TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA
I

DICCIONARIO
APOSTOLICO
I

BV4217
T4
v.1
1871-93

008534

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080015272

Motor 43/4 a - 5 1/2 l
Fund.s 7-a - 73/4 "

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUYE UN COPIOSÍSIMO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDIOSA OBRA, EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, Ó PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SÍ, SON LAS SIGUIENTES:

1.ª DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL. Comprende de 500 á 600 SERMONES COMPLETOS, y dispuestos de modo, que con ayuda de los Títulos, Planes, Divisiones, Pasages y Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para CUARESMA, ADVIENTO, etc.; siendo esta obra por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS, y un FLORES DOCTORUM mas completo que todos los conocidos hasta el dia.

2.ª VARIEDAD completísima de PANEGÍRICOS DE LA SMA. VÍRGEN, relativos á todos sus MISTERIOS, sus VIRTUDES, los HECHOS todos de su vida, y á los principales TÍTULOS y ADVOCACIONES con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de Sermones propios para el mes de MAYO, y acomodados á las diferentes clases de auditorios y demas consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.ª SERMONES panegíricos y doctrinales sobre los MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO; sobre la EUCARISTÍA, SAGRADO CORAZON DE JESÚS, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas dedicadas á las mas notables advocaciones de N. S. Jesús.

4.ª SERMONES morales; EJERCICIOS ESPIRITUALES para Religiosas y diferentes clases y categorías sociales; Misiones dispuestas al alcance de todas las inteligencias; NOVENARIO DE ANIMAS, y demas séries de índole análoga.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los mas sobresalientes autores nacionales y extrangeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Lector franciscano.

Comede volumen istud, et vade, loquere ad filios Israel. Ezech. III. 1.

PRIMERA PARTE.

Tomo I.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
LIBRERÍA CATÓLICA de los editores Pons y C.ª, Archs, 8, y Capellans, 3.
1871.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

BV4217
T4
N.1
1871-93

ALERE FLAMMAM VERITATIS

Los editores se reservan la propiedad con arreglo á la ley.

CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de M. Gonzalez, Puerta Nueva, núm. 30.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.
DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 500 á 600 Sermones completos, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los títulos, Planes de Sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para la Cuaresma, Adviento, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS y un FLORES DOCTORUM.

2.ª EDICION
CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA
POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,
bajo la direccion
del R. P. Ramon Buldú,
Lector franciscano.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. MARCH. XVI, 15.

Tomo I.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

45165

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO.

AGOTADA por completo la primera edicion de esta interesante obra, que emprendimos en el año 1858, hemos luchado entre las reiteradas instancias de nuevos suscritores y las calamidades de los presentes tiempos, que son un poderoso é insuperable obstáculo para una empresa de tan considerable cuantía material. En la dificultad del acierto hubiéramos permanecido indecisos ante la realidad y la perspectiva, que para un inmediato porvenir ofrece nuestra patria, si comprendiendo, por otra parte. la necesidad de cooperar á la mas fácil propaganda del bien, no hubiéramos tenido, como un deber de conciencia, la reimpresion de esta obra. Y pues por deber de conciencia la emprendemos, bien se comprenderá, que confiamos, no en la limitacion de nuestros alcances y recursos, sino pura y absolutamente en la Providencia.

La circunstancia de no quedar en nuestro poder un ejemplar siquiera de esta obra, es claro indicio del feliz éxito obtenido por la primera y numerosa edicion; y aun cuando podrian algunos considerar este título como recomendacion valedera y bastante, sin embargo, plácenos recordar aquí los

008534

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

motivos que nos impelieron á la publicacion de esta obra, las necesidades apremiantes que tendia á remediar, el conocido vacío que iba á llenarse con ella, y las singularísimas y no comunes ventajas reunidas en este Tesoro de Oratoria Sagrada y verdadera Biblioteca de Predicadores; obra única, sino en su clase, á lo ménos en su importancia, en su ordenamiento, en su idea esencial, y en lo vasto é inagotable de su aplicacion práctica. Por desgracia los tiempos no han sufrido mudanza; ó si alguna ostentan, es en sentido no propicio al crecimiento del bien; véase por donde, despues de trece años, tienen todavía la misma oportunidad las consideraciones emitidas en los dos primeros prospectos de esta obra; y bastará recordarlas, para que sirvan ellas de completa justificacion y de recomendacion eficaz de la empresa de trascendencia que hoy acometemos. Ahora, como trece años atrás, y sin duda mas que entónces, por el empeoramiento de nuestros desafortunados tiempos, subsisten las causas, que si en 1858 hicieron oportunísima la primera edicion de esta obra, hacen, en los presentes dias, indispensable la edicion segunda.

Decíamos á la sazon, que el clero secular, atento en su mayoría á la cura de almas, á la enseñanza en los Seminarios, y demas tareas afectas á la administracion de las diócesis y corporaciones eclesiásticas, se encontraba sobrecargada con la necesidad de llenar el vacío dejado en la predicacion de las verdades evangélicas por la supresion de las Órdenes religiosas en España. La necesidad subsiste, y aun ha sido acrecentada por causas de diversa índole; y de hecho, el clero secular necesita multiplicarse para atender á las tareas que le son propias, y á las que habian tomado, como de especial incumbencia, las Órdenes religiosas. Por un lado, ha ido en aumento el fervor religioso, que, por la misericordia del Señor y por la proteccion especial de la Santísima Vírgen, parece enderezar á nuestra

patria por el feliz camino de una buena restauracion. Y á la par que con esto han venido á mayor número las funciones y las prácticas religiosas, acompañadas siempre de la predicacion de la verdad evangélica, subsisten todavía, y en varias diócesis se notan, las consecuencias de la disminucion de eclesiásticos por natural efecto de las bajas ocasionadas en esta respetable clase por el tiempo y por los achaques de la vida; bajas mal compensadas por el escaso número de los que se presentan á recibir las órdenes sagradas.

Unida á estas consideraciones la mayor ilustracion, que muchas veces con simple apariencia de ella, se ha esparcido en todas las clases sociales, resulta, que el clero secular, sobrecargado de atenciones, falto de tiempo para ocuparse en ellas con holgura, y precisado á esforzar la ilustracion propia, para que pueda sobreponerse con ventaja á la ilustracion agena, ha menester, mas que nunca, un auxiliar poderoso y eficaz para salir airoso en la predicacion evangélica, á despecho de la sobriedad del tiempo de que dispone para la preparacion y el estudio.

Hé aquí brevemente justificado el auxiliar, que con la presente obra, intentamos ofrecerle.

Cierto es, que varias colecciones de Sermones, dadas á luz con la propia mira que dejamos apuntada, pueden haber servido de algun auxilio á los oradores sagrados; pero ha de haber sido con la precisa condicion de obligarlos, ó á tomar de memoria los discursos íntegros, ó á leerlos detenidamente para entresacar las proposiciones que constituyen el plan del sermon. Nunca, en obra alguna se les habia ofrecido, y mucho ménos en tanta copia, la facilidad de entresacar en brevísimo tiempo planes de sermon, ó de combinar unos con otros gran variedad de discursos, ventaja dispuesta de un modo especial en la presente obra. Consultando nuestro Tesoro de Oratoria Sagrada,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se corre el peligro de que dos oradores diferentes puedan recitar el mismo discurso, puesto que, seria una casualidad de todo punto inverosímil, que en la inagotable variedad de combinaciones á que se prestan unas con otras, las respectivas partes de los discursos, coincidiesen dos distintas aficiones y dos distintas inteligencias en una misma combinacion.

Fuera de esto; los que mas prácticos en la oratoria no necesiten sino el auxilio de una indicacion, tienen á mano en esta obra una coleccion inagotable de planes de sermon ya dispuestos y ordenados, ya susceptibles de combinarse unos con otros, encomendando su fácil desarrollo á la pericie y á los conocimientos del orador, si ya no es que prefiera buscar en la lectura de esta obra las consideraciones que le parezcan mas propias para la explanacion del discurso.

Si ya al publicar el segundo prospecto de la edicion primera, y refiriéndonos á los dos mil títulos diferentes consignados en la obra, pudimos dar una idea de lo inagotable de su caudal, con mas fundamento podemos encomiar esta ventaja despues de las ampliaciones con que hoy se presenta enriquecida la edicion. «Cada título, deciamos en el segundo prospecto, comprende uno, dos, tres y mas discursos íntegros, segun su respectiva importancia; y en igual ó mayor proporcion todavía se encuentran en cada título planes de sermon en los cuales, si bien se presenta un mismo asunto, se le considera bajo diferentes aspectos, que permiten, sin embargo, enlazar una ó mas proposiciones de un plan con uno ó mas párrafos de los discursos explanados.» A la coleccion escogida de lo mejor y mas notable de los mas eminentes oradores sagrados, así nacionales como extranjeros, así de antiguos, como de modernos tiempos, hemos añadido un crecidísimo número de discursos originales y adaptados á mil circunstancias diferentes, que, ya por imprevistas, ya por ménos frecuentes y mas raras, no vienen atendidas en las colecciones de sermones, atentas á lo mas general y mas en uso. Y como esto no podia bastar á nuestro intento, hemos llevado la minuciosidad y la prevision hasta el punto de incluir en esta obra discursos, y planes de discurso, adaptados á impensadas ceremonias, en que se necesita improvisar una plática para un acontecimiento de índole industrial ó económica, si ya no es de índole política. Por esta suerte miramos como muy difícil, que por ménos importante y por casual que sea, haya una circunstancia no prevista en esta obra.

Véase, pues, con cuanto fundamento decíamos al comenzar nuestra edicion anterior: «Por humilde que sea nuestro trabajo, siempre le cabrá la gloria de haber realizado por vez primera una empresa que, tal como nosotros la presentamos, nadie la ha intentado hasta ahora, ni en España, ni en el extranjero.»

VENTAJAS Y MEJORAS DE LA NUEVA EDICION.

Los consejos de la experiencia, si de gran monta en todas circunstancias, mucho mas indispensables en las relaciones con el público, nos han inducido á introducir, en la edicion presente, una série de mejoras, que confiadamente sometemos al imparcial juicio de los inteligentes.

Ante todo prescindimos del *Diccionario apostólico* de Montargon, que en su dia se reimprimirá por separado é independiente de esta obra.

Hemos suprimido tambien los extractos de los párrafos en el cuerpo del discurso, trasladándolos al índice de materias continuado al fin de cada tomo, donde la correlacion numérica señala su lugar, facilita su consulta, y agrupa mejor dichos extractos, haciendo mas óbvio el estudio y la comparacion de todos ellos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No hemos descuidado en la nueva edicion las mejoras materiales, pues, el tamaño es mas cómodo, y el carácter es de doble cuerpo, siendo el tomo ménos engorroso para llevarlo consigo, y siendo la lectura ménos cansada para la vista.

Y en punto á otro linage de ventajas, si bien es cierto, que hemos acortado algunos discursos, que adolecian de largos, en cambio, hemos ampliado otros varios, que dejaban ménos explanado su tema; así como hemos añadido discursos íntegros y planes, propios para facilitar la composicion original en los temas de mas general y mas frecuente explanacion.

Y no es ménos considerable y trascendental para el objeto de la presente obra el aumento de citas bíblicas y sentencias de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, con que hemos dado aliciente á la nueva edicion.

Por todo ello, y establecido ya el precedente de la aceptacion obtenida por la edicion primera, confiamos fundadamente, que la edicion segunda, reuniendo considerables ventajas sobre la anterior, nos dará, con la acogida que obtenga, un nuevo testimonio de haber venido á llenar un importante vacío; y habremos llevado á buen término una empresa, que, por lo útil, obtendrá los unánimes aplausos de los que necesitan dedicarse á la predicacion de las verdades evangélicas en medio de múltiples tareas, que no dan espacio para minuciosos estudios, ni permiten á la imaginacion ocuparse en largas meditaciones mal avenidas con la necesidad de frecuentes y no á todos fáciles improvisaciones.

INTRODUCCION
AL PÚLPITO,
Ó
MÉTODO PARA APRENDER Á PREDICAR BIEN.

CAPÍTULO I.
DE LA FORMACION DEL PLAN.

§. I.

Lo que se debe hacer para formar un plan sobre cualquier Evangelio.

Cuando el orador quiera formar un plan para un discurso, debe leer detenidamente todo el Evangelio de la fiesta, haciéndose cargo de todo lo que en él se trata, y observar si esto se refiere á algun santo, ó á otra persona, ó á Jesucristo.

Si el asunto del Evangelio se refiere á algun santo apóstol, ó á otra persona cuya virtud se pondere, el orador examinará y hará observar á su auditorio, si los hombres, por lo general, imitan ó no aquellos dechados de virtud; encareciendo la dicha que cabe al hombre justo, y confundiendo á los que, indiferentes ó cobardes, se dejan arrastrar por los malos ejemplos del mundo. Si el asunto leido se refiere á Jesucristo, debe entónces ponderarse, con mucha mayor energía, la necesidad de seguir sus huellas, imitándole en aquella accion, si obró como hombre, y alabando su misericordia y excitando la fe en él, si obró como Dios. Esta especie de Evangelio se llama *práctico* ó *histórico*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No hemos descuidado en la nueva edicion las mejoras materiales, pues, el tamaño es mas cómodo, y el carácter es de doble cuerpo, siendo el tomo ménos engorroso para llevarlo consigo, y siendo la lectura ménos cansada para la vista.

Y en punto á otro linage de ventajas, si bien es cierto, que hemos acortado algunos discursos, que adolecian de largos, en cambio, hemos ampliado otros varios, que dejaban ménos explanado su tema; así como hemos añadido discursos íntegros y planes, propios para facilitar la composicion original en los temas de mas general y mas frecuente explanacion.

Y no es ménos considerable y trascendental para el objeto de la presente obra el aumento de citas bíblicas y sentencias de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, con que hemos dado aliciente á la nueva edicion.

Por todo ello, y establecido ya el precedente de la aceptacion obtenida por la edicion primera, confiamos fundadamente, que la edicion segunda, reuniendo considerables ventajas sobre la anterior, nos dará, con la acogida que obtenga, un nuevo testimonio de haber venido á llenar un importante vacío; y habremos llevado á buen término una empresa, que, por lo útil, obtendrá los unánimes aplausos de los que necesitan dedicarse á la predicacion de las verdades evangélicas en medio de múltiples tareas, que no dan espacio para minuciosos estudios, ni permiten á la imaginacion ocuparse en largas meditaciones mal avenidas con la necesidad de frecuentes y no á todos fáciles improvisaciones.

INTRODUCCION
AL PÚLPITO,
Ó
MÉTODO PARA APRENDER Á PREDICAR BIEN.

CAPÍTULO I.
DE LA FORMACION DEL PLAN.

§. I.

Lo que se debe hacer para formar un plan sobre cualquier Evangelio.

Cuando el orador quiera formar un plan para un discurso, debe leer detenidamente todo el Evangelio de la fiesta, haciéndose cargo de todo lo que en él se trata, y observar si esto se refiere á algun santo, ó á otra persona, ó á Jesucristo.

Si el asunto del Evangelio se refiere á algun santo apóstol, ó á otra persona cuya virtud se pondere, el orador examinará y hará observar á su auditorio, si los hombres, por lo general, imitan ó no aquellos dechados de virtud; encareciendo la dicha que cabe al hombre justo, y confundiendo á los que, indiferentes ó cobardes, se dejan arrastrar por los malos ejemplos del mundo. Si el asunto leido se refiere á Jesucristo, debe entónces ponderarse, con mucha mayor energía, la necesidad de seguir sus huellas, imitándole en aquella accion, si obró como hombre, y alabando su misericordia y excitando la fe en él, si obró como Dios. Esta especie de Evangelio se llama *práctico* ó *histórico*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay otra especie de Evangelio, que se llama *instructivo;* tal es, cuando nuestro Señor ó un evangelista nos da algun precepto ó instruccion.

La tercera especie de Evangelios pertenece á los llamados *parabólicos*, y son aquellos en que se refiere alguna parábola para deducir la oportuna enseñanza. A veces un mismo Evangelio reune estas tres circunstancias, á saber, es histórico, instructivo y parabólico; y entónces el orador puede escoger la especie que mas cuadre á su propósito.

§. II.

Del plan sobre un Evangelio práctico ó histórico.

En primer lugar, conviene fijar la atencion en aquel acto que mas resalta en el Evangelio del cual debe hacerse mérito, y aprovechar todas las circunstancias que deben acompañar al referido acto; despues se observa si en el mismo Evangelio hay algo mas que concierna á dicho acto, ó al modo con que se verificó, ó á su intencion, ó á cualquiera otra circunstancia que pueda ser un motivo. En una palabra, nunca deben olvidarse aquellas seis circunstancias, de las cuales se hace bastante uso en la parte de ampliacion: *quis, cur, ubi, quomodo, quando, quibus auxiliis;* las cuales, especialmente en asuntos morales, revelan toda la gravedad é importancia del acto bueno ó malo, y en los panegíricos presentan un cuadro completo del carácter del santo, objeto de nuestras alabanzas. Ejemplo: tomo el Evangelio que habla de la prision del Bautista: busco la persona que padece, ó lo que su nombre significa, *quis;* es S. Juan, que significa *gracia*, y ya no dudo de que es un hombre justo. ¿Por qué padece? *cur?* por haber reprendido con energía la conducta culpable de un rey. ¿En dónde padece? *ubi?* en una prision lóbrega, entre cadenas, etc. *Quomodo?* ¿cómo padece? con una paciencia inalterable, con una serenidad propia de un justo; y así, siguiendo por las demas circunstancias. Estas, segun el tiempo, oportunidad y talento del orador etc., se aprovechan en todo, ó en parte; si el asunto abunda en pruebas y reflexiones, tal vez basten dos, ó una sola. En una palabra, el objeto del plan será siempre excitar al auditorio á la imitacion de las virtudes propuestas, ó clamar contra los vicios que las son contrarios. Pongamos un ejemplo.

EJEMPLO PRÁCTICO.

Non sum ego Christus, medius autem vestrum stetit quem vos nescitis. JOANN. 1, XX, 26.

Leido atentamente este Evangelio ¿cuál es el acto mas importante que en él se descubre? Sin duda la humildad del Bautista. El objeto será excitar y aficionar á los oyentes á la práctica de esta virtud, ya manifestando su mérito, sus ventajas, etc., ya describiendo la fealdad de la soberbia y sus fatales consecuencias.

Pero no debe jamas perderse de vista el acto de humildad que hemos leido, y que servirá de base á toda la instruccion. Ademas, se hacen observar las circunstancias de este acto, la condicion de la persona que lo ejerció, etc., y luego se anuncia la siguiente proposicion: «El Evangelio nos presenta hoy la humildad mas profunda en la mas elevada grandeza, la fidelidad mas completa en la mision mas importante, el celo mas puro en el negocio mas difícil.»

Procurando no apartarse del texto, se aprovechará la primera parte del mismo para manifestar la humildad y fidelidad: *non sum ego Christus*, á pesar de que era creido tal por su vida inocente y austera, y aquí se descubre su profunda humildad: *non sum ego Christus*; manifestando la mision de que estaba revestido, cual era la de preparar la venida al Salvador, y aquí se vé su fidelidad en una mision tan honrosa. Luego se aprovechará la segunda parte del texto para demostrar su celo: *medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis*, que demuestra su puro celo en desengañar á las turbas del elevado concepto en que le tenian, anunciándolas, que ya estaba entre ellos el Mesías, á quien buscaban en su persona.

OTRO EJEMPLO. (Á CONTRARIO.)

Accesit ad Jesum mater filiorum Zebedei cum filiis suis, adorans, et petens; aliquit ab eo. MATTH. XX.

El principal hecho que se presenta en este Evangelio es la ambicion de los hijos del Zebedeo, los cuales pretenden, pidiéndolo por ellos su madre, el primado de las doce sillas, que Jesucisto prometió á sus apóstoles. Esta ambicion, principalmente se descubre en aquellas dos palabras, *adorans, possumus; adorans,* presentándose á Jesús con toda reverencia y respeto, para inclinar su ánimo á la preten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sion que iban á exponer; *dic ut sedeant unus ad dexteram, et alius ad sinistram in regno tuo. Possumus:* á trueque de alcanzar el primado que pretenden, no titubean en declararse resueltos á morir en el martirio, al preguntarles Jesucristo si podrian beber el cáliz de su pasion. Ignorando, por una parte, lo que era el martirio, y que nadie puede sufrirlo sin un auxilio de la gracia, y, por otra, olvidados de esta gracia, y pensando únicamente en su pretension, contestan con cierta seguridad temeraria, *possumus:* de lo cual se puede desprender lo siguiente: La ambicion es una pasion, que degrada al hombre delante de Dios y delante de sus semejantes; 1.° porque le convierte en un vil adulador é intrigante; 2.° porque le hace osado y temerario.

No deben olvidarse las circunstancias que nos describen los evangelistas en el texto.

§. III.

Del Evangelio llamado instructivo.

Llámanse *instructivos*, segun hemos dicho, aquellos Evangelios que nos intiman algun precepto ó amenaza de Jesucristo, ó nos proporcionan alguna de sus enseñanzas. En ellos el orador debe concretarse á tomar las mismas palabras del Salvador, representar su persona, y ampliar el asunto con argumentos sacados de otros lugares de la sagrada Escritura, de la naturaleza misma de las cosas, ó de la propia experiencia.

EJEMPLO PRÁCTICO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? JOANN. VIII, 46.

En este Evangelio se consideran atentamente todas las circunstancias que acompañan á la instruccion, que Jesucristo está dando á las turbas, como su estilo enérgico, sus claras revelaciones, el testimonio de sus doctrinas y milagros, su mansedumbre, etc. Pero en todo ese conjunto lo que mas resalta es la obstinacion de los fariseos, que, á pesar de la sublime doctrina, de los asombrosos milagros y demas extraordinarias calidades de Jesucristo, se niegan á la verdad que se les anuncia. De este hecho principal se puede anunciar la siguiente proposicion: «La obstinacion á la voz divina pierde al hombre: 1.° porque combate precisamente á la misericordia, que le busca

y le ha de salvar; 2.° porque es causa de un entero abandono por parte de Dios.»

Considérense todas las circunstancias del Evangelio, y fácilmente se descubrirá lo que aumenta la malicia del hombre obstinado, y lo que va amontonando los tesoros de la divina justicia, y apresurando el abandono total por parte de Dios.

EJEMPLO PRÁCTICO.

Populus iste labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me. MATTH. XV, 8.

Consideradas todas las circunstancias de este Evangelio, se descubre una hipocresía muy refinada, que el Salvador reprende á los fariseos; enseñando al propio tiempo el modo de honrar á Dios, que es, primeramente, cumpliendo sus preceptos, y despues siguiendo las tradiciones piadosas de nuestros padres; pero jamas anteponiéndolas á aquéllos, como hacian los hipócritas fariseos.

Expuesto el Evangelio en este sentido, el orador recuerda la multitud de cristianos que se forjan una religion falsa, porque es incompleta: y para no confundir un asunto tan fecundo en sus aplicaciones, establece primero esta proposicion:

«Jesucristo clama terriblemente contra los hipócritas.» (Division) 1.° Contra los que concretan todos sus actos piadosos al interior, sin manifestarlos en el exterior; 2.° contra los que se dan por satisfechos solamente con los actos exteriores, sin que en ellos tome parte el corazon.

Manifestada en concisas palabras la obligacion, que incumbe al hombre de tributar á Dios un culto interior y exterior, fácilmente se convence á los primeros y á los segundos de su falsa piedad y religion; convencimiento, que despues se confirma con otras autoridades del Evangelio.

OTRO EJEMPLO.

Noli flere. LUC. VII.

Jesucristo nos enseña en este Evangelio, á no llorar sin consuelo la muerte de nuestros allegados, y á no temer la nuestra. En aquel acto, quizá, el Salvador dijo aquellas palabras á la viuda de Naim porque iba á devolver la vida á su único hijo difunto; pero siempre te

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos, que ellas no debian servir solamente para tranquilizar á aquella madre desconsolada, sino tambien para nuestra enseñanza: á la madre, lo propio que á nosotros, se dirige Jesucristo, diciendo: *noli flere;* esto es, no os aflijais por la muerte de vuestros deudos ó amigos. ¿Por qué? Si se recibe como debe recibirla un cristiano, la muerte es, 1.°, una pena debida á la culpa original; 2.°, un sacrificio debido á nuestro amor propio; 3.°, una recompensa debida á nuestras penas.

OTRO EJEMPLO.

Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros. MATTH. VI.

Por las palabras de este Evangelio se infiere, que el amor á los enemigos es un precepto de Jesucristo y no un mero consejo: *Ego dico vobis.* Si se atiende á las circunstancias que acompañan á este precepto, se conocerá el empeño que tiene el Salvador en reformar la ley antigua, y colocar la nueva ley de gracia sobre un punto mucho mas elevado.

El orador, despues de dada una rápida ojeada sobre la vida de Jesucristo, que *docuit et fecit*, y llamar la atencion de su auditorio sobre la excelencia de la ley de gracia, podrá fijar la siguiente proposicion: «Debemos perdonar á nuestros enemigos: 1.° porque Jesucristo lo manda; 2.° porque él lo practica; 3.° porque el que no perdona se hace mayor daño á sí mismo.

§. IV.

Del Evangelio parabólico.

Como las parábolas que se encuentran en el Evangelio son, por lo comun, historias ó símiles, seria fácil equivocar los Evangelios parabólicos con los históricos, entre los cuales hay diferencias á veces muy notables. No todos los parabólicos son históricos, ni todas las historias son parábolas. En la primera clase, encontramos comunmente revelados grandes misterios, ya relativos á Dios, ya concernientes á nuestros intereses eternos. En la segunda, leemos por lo comun meras instrucciones y preceptos. Por esto, al tratar de un Evangelio parabólico, el orador tendrá cuidado de dar á la parábola, no un sentido caprichoso, sino un sentido conforme con los santos Padres y admitido por la Iglesia.

EJEMPLO PRÁCTICO.

Mulier, si scires donum Dei, et quis est qui tibi dicit: da mihi aquam; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi. JOANN. IV, 10.

Si el orador quiere buscar cual es el don que aquí promete Jesucristo, ateniéndose siempre á lo mas general, no le será difícil conocer, que es el don de la gracia; y entónces el mismo discurso parabólico del Salvador le suministra materia para tratar ampliamente de este don, ó mejor, fuente de todos los dones; y siguiendo la misma intencion de Jesucristo, que quiere que apreciemos el don de su gracia, se podrá formular esta proposicion: «La gracia es un don, que debemos apreciar sobre todos los demas dones: 1.° porque nos alcanza la eterna felicidad: *qui biberit non sitiet in æternum;* 2.° por la facilidad con que puede obtenerse: *forsitan petisses,..... et dedissem.*»

Generalmente hablando, debe notarse siempre cual es el objeto al que se dirige el Evangelio, para ampliarlo y darle forma de discurso; y luego hacerse cargo de las verdades que anuncia y aplicarlas. Si el Evangelio se presta á la ampliacion, será la fuente pura de la cual se tomará el caudal necesario; de otra suerte, se acudirá á otras fuentes seguras y abundantes.

OTRO EJEMPLO.

Noli flere. LUC. VII.

De este Evangelio no se tomará ahora el hecho histórico, como se ha hecho antes, sino el objeto material que se propuso Jesucristo, esto es, consolar á la viuda; por lo mismo, el orador, proponiéndose el mismo objeto que Jesucristo, procurará el propio consuelo á sus oyentes. Como el Evangelio no funda este consuelo en motivos especiales, se sacan de la misma division del asunto del modo siguiente:

«El cristiano debe consolarse en la muerte propia ó de sus deudos:

1.° Porque siendo una pena, es necesario recibirla.
2.° Porque siendo un sacrificio, es preciso hacerlo.
3.° Porque siendo una recompensa, es necesario merecerla.»

Por esta division se vé claramente, que faltando los motivos en el Evangelio, se deben buscar en la definicion del asunto, en la descripcion de sus circunstancias, ó en la naturaleza de sus efectos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Finalmente, el orador procurará, al fijar la proposicion, que ésta no sea parcial y circunscrita, sino tan lata como sea posible; porque de este modo sus distinciones, casos escepcionales, restricciones, etc., le pueden servir como otras tantas pruebas, ó bien de argumentos para la confirmacion de dichas pruebas. La proposicion general tiene tambien la ventaja, de llevar la demostracion y confirmacion de la misma á un grado de evidencia persuasiva; porque el argumento siempre irá de lo mas general á lo ménos, de esto á lo particular; de suerte, que abrazando los principales miembros de dicha proposicion, se deja el asunto probado, bien desarrollado, y á cubierto de toda clase de objeciones.

CAPÍTULO II.

DE LAS PARTES PRINCIPALES DEL SERMON.

Las partes principales, de las cuales consta ordinariamente un sermon, son nueve: exordio, proposicion, division, introduccion, pruebas, confutacion, amplificacion, peroracion ó mocion de afectos, conclusion ó epílogo.

Estas nueve partes pueden reducirse á tres: 1.ª el exordio; 2.ª las pruebas, á las cuales van asociadas la introduccion que las precede, la confutacion de las objeciones que las sigue y la amplificacion que es su desenvolvimiento: 3.ª la peroracion ó conclusion, á la cual va unido el epílogo, la moralidad, y la mocion de los afectos, ó sea la parte patética.

§. I.

Del exordio.

El exordio lo dividen los retóricos en siete partes: introduccion, proposicion general, confirmacion, repeticion, complemento, proposicion particular y division. Pero, comunmente hablando, las partes mas esenciales del exordio son tres: proposicion general del asunto; complemento ó enlace que la une á la proposicion particular; proposicion particular ó principal del sermon, á la que va unida la division de los puntos ó partes del mismo. Por ejemplo: 1.° «Es necesario salvarse, porque no hay medio entre la salvacion y condenacion:» esta es la proposicion general. 2.° «Para salvarse es preciso tener una buena muerte:» este es el complemento ó enlace. 3.° «Pero es muy difícil conseguir una buena muerte, despues de haber llevado una mala vida:» esta es la proposicion particular ó la principal del sermon. Esta proposicion debe ser clara, breve en cuanto sea posible, fácil, y al mismo tiempo única; porque si en ella no hubiese unidad, el sermon no seria uno, sino múltiple.

De lo dicho se desprende, que los puntos en los cuales se divide el sermon, deben todos aspirar á la misma unidad, ó á demostrar la proposicion establecida. Esta unidad se obtiene tanto mas fácilmente, cuanto mas sencilla es la division: y, por lo tanto, se procurará no cargar dicha division con muchos puntos, porque á mas de afectar á la unidad del asunto principal, engendran la confusion en los oyentes. Así que, los puntos de la division deben ser dos, á lo mas tres, y á veces uno solo.

MÉTODO PRACTICO PARA PASAR DE LA INTRODUCCION Á LA DIVISION.

Es necesario, que la division sea clara é ilustrada, de modo, que preste poderosos motivos para excitar afectos análogos al asunto de que se trata.

POR EJEMPLO.

La naturaleza, la gracia y la gloria nos obligan á padecer.

Establecida claramente la division, es preciso hacer su análisis, probar cada uno de sus miembros, y luego mover espontáneamente todos los afectos posibles.

AFECTOS.

¿Cómo puedo estar obligado por naturaleza á padecer, siéndome tan repugnante? ¿Cómo se explica esta contradiccion?

Es necesario, pues, encontrar para la introduccion una causa general ó un principio, al cual pueda aplicarse esta verdad.

Esta causa general y este principio se encuentran de diferentes modos.

Primero, *á contrario*, tomando una objecion á las proposiciones de la division, y deduciéndola por afectos, como diremos despues, y luego terminando con estas ó parecidas palabras: sin embargo, yo veo, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EJEMPLO.

La naturaleza, la gracia y la gloria, nos obligan á padecer.

Tomo, *á contrario*, esta proposicion para probar, por induccion, que el hombre no deberia padecer; y comienzo á dar las razones, fundándolas en que el hombre es la imágen de Dios, y debe llevar el sello ó semejanza de su felicidad.

Aunque el designio de Dios, en la creacion del mundo, fuese el de comunicar sus perfecciones á sus obras, etc., sin embargo, en ninguna, como en el hombre, ha grabado mas eficazmente los rasgos de aquéllas; asi es, que siendo Dios bueno, le dió una índole naturalmente buena; como es sabio, le dió sabiduría; como es inteligente, le dió la razon; como es poderoso le dió poder; como es un bien que no carece de nada, la dió medios para satisfacer sus necesidades, y una abundancia de bienes con que puede ser feliz.

Confirmacion; así lo veo en la persona del primer hombre, que tenia, etc.

Luego se pasa al otro extremo de la antítesis. Sin embargo, señores, no sé porque fatalidad no hay una sola persona que no esté sujeta á padecimientos. La naturaleza nos obliga, la gracia nos empeña, y la gloria nos apremia á padecer. He aquí lo que voy á demostrar en este discurso, manifestando las tres obligaciones que os corresponden, á saber: obligacion por naturaleza, obligacion por gracia, obligacion por gloria. La naturaleza nos obliga como á individuos suyos, la gracia como á súbditos, y la gloria como á pretendientes, *et repetendo*, *et illustrando divisionem*.

OTRO EJEMPLO.

Fingiendo probar lo contrario de la division, y luego diciendo: sin embargo, voy á manifestaros, etc.

La ciencia tiene su incertidumbre, y esta incertidumbre trae orígen del pecado.

Se empieza por elogiar la ciencia, y luego se reconoce que tiene su demérito despues del pecado, siendo la causa sus incertidumbres.

El deseo de saber es natural en el hombre: *probet experientia, inductione*; y nada, por difícil que sea, se libra de sus investigaciones: funde los metales para descubrir la esencia que los constituye; baja á los abismos, desentraña los cadáveres para conocer las enfermedades; y so pretexto de curar á los vivos, anatomiza los muertos, etc.

Amplificando. La ciencia tiene bellezas y excelencias muy superiores á la fuerza, etc. Troya nunca fué tan bella como lo es en los versos de Homero. En fin, es preciso convenir, en que las obras y producciones del espíritu tienen una duracion, que no han tenido ni tendrán los reyes ni los reinos del mundo.

Sin embargo, la ciencia tiene sus imperfecciones: el pecado ha cubierto aun la mas cierta con el velo de la oscuridad.

SEGUNDO MÉTODO.

Está bastante generalizado el uso de aplicar la division á una verdad ó proposicion general, de suerte, que sigue inmediatamente la prueba á la confirmacion, ó el ejemplo á la induccion. Esto puede hacerse en el final del exordio, en las introducciones, en las pruebas, ó en las proposiciones particulares que deben probarse.

Al efecto, se aducen algunas consideraciones sobre la verdad de la division ó proposicion, ó se formula anteriormente alguna otra, deduciendo tal ó cual consecuencia que se toma de la division, de la proposicion, ó del texto del Evangelio ó parábola: luego se comienza por esta consecuencia, que viene á ser una razon formal. *Abstrahendo illam;* y á veces confirmándola con otras razones, y luego con su proposicion ó division. Cuando esta consecuencia es demasiado inmediata, podrá buscarse otra de que se derive aquélla; se comienza por la nueva consecuencia, de ésta se procede á consignar la inmediata, y de la consecuencia inmediata se procede á formular la proposicion.

EJEMPLO.

Con respecto al misterio de la Purificacion, podrá establecerse la division siguiente: 1.° María hace un sacrificio grande por la víctima que ofrece; 2.° un sacrificio humilde por su heróica abnegacion; 3.° un sacrificio augusto por las ceremonias que lo acompañan. ¿Cuál será la consecuencia que se podrá sacar? Que fué un sacrificio mayor de cuantos se habian ofrecido á Dios.

Pues bien; prescíndase de esta consecuencia, y formúlese esta proposicion general afirmativa:

«Los hombres han hecho á Dios sacrificios muy grandes.» Esta proposicion se prueba por induccion, ó sea por ejemplo, y despues se expone el asunto propio, diciendo: «Sin embargo, el sacrificio de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Santísima Vírgen es incomparablemente mayor que todos los demas.» Se toma de nuevo la proposicion ya dividida, que aquí servirá como de prueba, y se llama *assumptio*, porque confirma la primera proposicion. «Los hombres han hecho á Dios sacrificios muy grandes; pero el sacrificio que hizo María es incomparablemente mayor que todos los demas, puesto que es grande por la víctima que ofrece, humilde por su abnegacion, augusto por sus ceremonias.»

De este modo ya tiene el orador la introduccion y la division. Se ha de advertir, no obstante, que esta consecuencia es muy inmediata; y no ocultando bien, como tal, el artificio de las partes de la introduccion, debe abstraerse todavía por medio de otra proposicion mas universal, que será la siguiente:

«La religion, como primero y esencial deber del hombre, ha sido siempre objeto de estudio y de práctica en todas las naciones; motivo por el cual se instituyeron sacrificios entre los israelitas y otros pueblos.»

Esta proposicion se va amplificando y disponiendo por una induccion particular; despues de lo cual procede la otra proposicion en estos términos: «Sin embargo, es preciso observar, que todos estos sacrificios nada son, comparados con el importante sacrificio que hoy nos recuerda el Evangelio, etc.»

OTRO EJEMPLO.

Proposicion. «Fué necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria: así pues, tambien es necesario que nosotros padezcamos para obtenerla.» De esto se saca la siguiente consecuencia, que puede ser otra proposicion: «Jesucristo es admirable, por habernos dejado las penas como otros tantos medios para llegar al cielo.» Deduzco luego otra consecuencia ó proposicion mas general, de la que despues pasaré á la particular, y últimamente á la proposicion primera en esta forma: «Entre los muchos títulos que Isaías da al Salvador, uno es el de admirable: *vocabitur admirabilis*; y en efecto, es admirable bajo todos conceptos.» Despues de enumerarlos ó exponerlos, establezco la otra proposicion: «Pero es particularmente admirable en el camino que trazó para sí y para nosotros, como medio de llegar al cielo, y es el camino de los padecimientos, consecuencias inseparables de la profesion de su ley y de su doctrina.» Aquí será necesario saber los nombres que á Jesucristo da la Escritura, cual fué su mision en este mundo, lo que de él han dicho los santos Padres, etc., y servirse de todo segun el indicado método: como tambien de sus

atributos, por ejemplo, de su impasibilidad como Dios, la que, sin embargo, no fué una razon para que dejase de sujetarse á los padecimientos, etc.

§. II.

Del sermon.

El cuerpo del sermon, y en especial de las pruebas, ha de ser un silogismo perfecto, sin que lo parezca. Débese probar la proposicion mayor antes de probar la menor, y ésta antes de pasar á la consecuencia; excepto en la hipótesis de ser las dos tan claras, que sin necesidad de pruebas les baste la sola amplificacion.

Como antes de hacerse cargo de la prueba en cada miembro de la division hay la introduccion ó exordio, se procurará entre éste y la prueba un enlace natural y sencillo; para lo cual damos á continuacion las reglas y los ejemplos siguientes:

MÉTODO PARA LA INTRODUCCION DEL PRIMER PUNTO, PREPARATORIA DE LA PRUEBA.

Se toma la primera proposicion ó miembro de la division, y se procede como en la general; esto es, se forma de ella una proposicion que la confirme ó robustezca, ó bien, *á contrario*, *simili*, *dispari*.

Nótese, que la proposicion derivada del primer miembro ó division, debe ser mas inmediata, y ha de exponerse mas brevemente que en la introduccion general; y, por lo comun, debe ser una razon, ó *quia*, para que sea, en cierto modo, su confirmacion, y baste con ser expuesta simplemente por *quomodo* ó *per descriptionem*. Si se subdivide, se procederá como en la introduccion primera; en cuyo caso no deberá hacerse introduccion al primer miembro, que no se amplifica para evitar la prolijidad. La proposicion derivada ó deducida se toma muchas veces de los lugares intrínsecos, *á causis*, *ab antecedentibus*, *á consequentibus*, *simili*, *dissimili*, *ab enumeratione*.

EJEMPLO.

Para motivar esta proposicion: «La Iglesia condena nuestra cobardía,» busco las causas de este defecto, y las encuentro en la tendencia á exagerar las dificultades propias de los combates del espíri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tu, y en nuestra insensibilidad á las recompensas. Establezco, pues, la proposicion siguiente: Somos sensibles al dolor material, insensibles á las recompensas espirituales: *Abstraho et expono, vel per admirationem, vel conquerendo, et universaliter dicendo:* Que en vez de ser fervorosos, como debiéramos, somos de ordinario omisos y perezosos. El pecado nos priva de todo cuanto necesitamos para recobrar la libertad y nuestra felicidad: *Descendendo in particulari.* Somos frágiles y andamos en pos de los peligros, precisamente cuando tenemos mayor necesidad de evitarlos, encontrándonos despues sin valor para vencerlos.

Vuelvo á mi proposicion, de suerte, que no me cuesta otro trabajo que exponerla, amplificarla y confirmarla por los testimonios y las descripciones oportunas; luego formulo la segunda consecuencia en estos términos: La Iglesia condena esta cobardía.

Ahora solo debo decir: He aquí la cobardía que la Iglesia condena. Pero si, al contrario, me hubiese remontado á señalar la causa de esta condenacion, diria: He aquí porque motivo la Iglesia condena esta cobardía.

OTRO EJEMPLO.

No hay duda, que S. Francisco de Asís fué martirizado por el amor: deduzco pues esta consecuencia: «El amor fué el principal verdugo de S. Francisco.» Prescindo aun de esta proposicion, y saco otra que á su vez será una consecuencia: «El amor nos martiriza:» la cual se demuestra, *vel commiserando, vel conquerendo;* pero cuidaré bien de distinguir la parte que resulta martirizada por este amor, y la que resulta elevada y beatificada por el mismo: ó bien la parte inferior y la superior del hombre. Explicada esta diferencia, consigno la proposicion principal en estos términos: «Los hombres pueden y deben amar á Dios; pero ¡cosa singular! este amor es para ellos su martirio; sírvanos de prueba S. Francisco: él nos manifestará, que el amor fué un verdugo que atormentó su corazon.» Mas en este asunto cuidará el orador de distinguir entre amor y amor, de señalar las causas de la afliccion ó tormento que ocasiona el amor divino á las almas amantes, como son, la propia miseria é incapacidad, los pecados de los hombres, etc.; motivos todos que, nacidos del mas puro amor, convierten aquel martirio en una inexplicable felicidad; acabando por excitar en los oyentes el deseo de un martirio, en el cual encuentra el alma la posesion de todos sus anhelados goces.

En cuanto al órden de las pruebas se acostumbra hacer uso, en primer lugar, de la autoridad de las Escrituras y de los santos Padres, y despues se apela á las razones, las comparaciones y los ejemplos. Los textos de la Escritura deben citarse con mucha oportunidad y gravedad; pero no deben aglomerarse sin discrecion: es preferible citar dos ó tres, desarrollándolos bien, que áducirlos con prodigalidad. Tambien las sentencias de los santos Padres deben ser pocas y muy breves, pero que contengan bellas ideas y sentimientos.

Despues se acude á las razones naturales que suministran las ciencias, la historia, ó la experiencia, etc., con las cuales, como dicen algunos, se guarda cierta gradacion, comenzando por las mas débiles y pasando á las mas fuertes; pero parece muy oportuno, que las primeras sean fuertes, que, en segundo lugar, se presenten las débiles, y se reserven para el fin las mas concluyentes; porque el comenzar por las razones mas débiles podria producir mal efecto en el auditorio. Este es el órden que debe observarse *ordinariamente hablando*; mas en algunos casos puede invertirse; lo cual se deja al buen criterio del orador.

Al mismo tiempo se procurará, que las transiciones de un punto á otro, de una á otra prueba, tengan su enlace natural, evitando que la transicion de una idea á otra, se efectue de un modo brusco y violento, y haciendo lo posible para que la última idea ó razon que antecede, tenga alguna conexion con la del punto que sigue. El acertado juego de las transiciones conserva la unidad en el asunto, mantiene la uniformidad, aumenta el interés de la demostracion, y obtiene de los oyentes un grado mas ó menos plausible de persuasion, que inútilmente se pretenderia sin ellas.

En cuanto á la amplificacion de las pruebas, debemos distinguir dos clases: la *verbal*, que consiste en las palabras; y la *real*, que puede hacerse ó por *progresion*; por ejemplo: *es virtud sufrir la tribulacion con paciencia, mayor virtud es todavía desearla, y mucho mayor complacerse en sufrirla;* ó que nace de las circunstancias del asunto ó de la comparacion que se hace con otro de igual ó menor importancia. Las reflexiones morales se colocan regularmente en la peroracion; y á veces pueden hacerse despues de acabada una prueba: pero jamás debe moralizarse mucho, ni á menudo y como por incidencia, de manera, que el discurso venga á ser lánguido y fastidioso.

Digamos finalmente algo sobre el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODO DE HALLAR LAS PRUEBAS Y LOS ARGUMENTOS.

En las pruebas hay dos cosas muy notables, á saber: el sentimiento y el argumento; el argumento ó la razon que persuade los entendimientos, y el sentimiento que obra en el corazon. Los mas solo piensan en buscar razones, y olvidan los sentimientos.

DE LA ESCRITURA Y ELECCION DE LAS RAZONES.

Como el orador cristiano dirige sus palabras á cristianos, y, por consiguiente, exhorta y no sostiene controversias, no debe tomar jamas por sus divisiones *an et quid res sit, quando sit et ubi sit,* sino estas seis cuestiones: *Primo, à quo res sit. Secundo, quanta res sit. Tertio, qualis. Quarto, cur. Quinto, quibus auxiliis. Sexto, quomodo.* No es que deba aplicarse la division descarnada á estas cuestiones; pero tácitamente se debe aprovechar alguna ó muchas de estas seis cuestiones, que son muy á próposito para exhortar y excitar algunos afectos. He aquí porque la estructura consiste en la descripcion ó exposicion patética de un hecho, que se supone realizado, pero que se amplifica. En cuanto al modo ó á sus circunstancias, á fin de excitar por esta descripcion ó amplificacion los oportunos afectos, el orador cristiano deberá, á imitacion del orador profano que se propusiera excitar la venganza en el corazon del hijo por su padre asesinado, el cual no se detendria en probarle simplemente que su padre ha sido muerto, ni á decirle cómo y si ha sido por un accidente casual, sino que suponiendo el asesinato culpable, describiria las circunstancias, haciendo una pintura ó amplificacion que le impresionase y le demostrase su cuerpo ensangrentado, lo cual seria uno de los mas poderosos motivos para encender en su pecho la venganza; deberá, digo, el orador cristiano describir y amplificar del mismo modo aquellos asuntos, cuyo objeto es la venganza y odio al vicio, ó la compasion á la desgracia, etc. Y he aquí la diferencia entre uno y otro orador: unos demuestran y se detienen en probar *quid res sit*, y los otros se entretienen en la descripcion patética del hecho; y por esto los primeros persuaden alguna vez el entendimiento, y nada mas, mientras los últimos persuaden el entendimiento y cautivan el corazon.

POR EJEMPLO.

Los mas de los predicadores toman esta proposicion por un miembro de su division: «La humildad es gloriosa:» y probando *quid sit*, raciocinan como filósofos, y no como oradores cristianos. Prueban

A genere.

No hay virtud que no sea gloriosa, porque hace al hombre glorioso. Es así que la humildad es una virtud, luego, etc.

A diferentia seu specie:

No hay nada tan glorioso como parecerse á Dios. Es así que la humildad hace al hombre semejante á Dios, que es glorioso; luego, la humildad hace al hombre glorioso. Luego la humildad es gloriosa, porque lo que hace glorioso al hombre es tambien en sí glorioso. *Ergo*, etc.

Este modo, como hemos dicho, es mas filosófico que oratorio; y en su uso, jamás el orador podrá presentar su discurso acompañado de sus dos principales partes, la conviccion y el afecto.

Al contrario, en este mismo ejemplo, establecida una razon *à genere*, y fijada como principio, la explico y expongo *per affectum aliquem, vel mirando, vel conquerendo,* y digo: «Es sensible que el hombre, perdida su felicidad primera, conserve todavía el deseo de la misma; y que el único vestigio que le queda de su primitiva grandeza solo contribuya á hacerlo mas infeliz: busca su felicidad en todos aquellos objetos que precisamente no se la pueden dar; la busca en las riquezas, que, etc. etc.; y, sin embargo, solo se encuentra en la virtud, *el quasi compatiendo:* si; la felicidad solo se encuentra en la virtud, que, etc., y limitándonos á la humildad, ella es la, etc.» Aquí empieza la amplificacion; y en caso de apuro, nunca faltan pruebas oportunas cuando el asunto ha sido bien distribuido; pero siempre deben escogerse las mejores.

Tanto los argumentos, como la parte sentimental, se sacan de los respectivos lugares de la Retórica. «A definitione, seu descriptione, ab antecedentibus et consequentibus, simili, materiali, formali, finali, afficiente, etc. Sicut descriptione à causis laudationis, vituperationis, etc. Per figuras aptas ad motus excitandos, et à locis extrinsecis quæ artificiose debent tractari sicut auctoritates, ut dicemus infra, potissi-

mum ex iis locis quæ valent ad motus excitandos, et ad rem describendam, exprimendam et oculis subjiciendam, ut sicut potissimum similitudines, cogitationes, enumerationes, distributiones, inductiones à contrariis, et oppositis à se, quæ testimonia deben afferri, ita ut non confirment rem proprie, sed ut juvant ad describendam, non ut probemus quid senserit auctor citatus, quid res ita sit, sed quid res ita descripserit; unde divus Augustinus plurimum valet quia abundat descriptionibus, Tertullianus quia energia exprimit, divus Chrysostomus, divus Cyprianus, etc.»

Es preciso atender, que, como el principal objeto es hablar sobre el propuesto asunto, al exponer y ampliar las proposiciones y argumentos, no es propio hablar de tiempo pasado ó pretérito, lo cual no interesa tanto, sino de tiempo presente, que interesa mas, *quid rem subjicit*, ó futuro, *quid rem facit expectare*, *timere*, *prægustare* etc. v. g. El sacrificio que hizo la Santísima Vírgen en su purificacion, no se explicará en tiempo pretérito, diciendo: «Entró en el templo, ofreció á su Hijo, etc.;» sino en tiempo presente: «Veo á la Vírgen que entra, etc. Ved aquí lo que vamos hoy á considerar: María que ofrece su Hijo al sacrificio, que se acerca al altar, etc.»

Diremos algo sobre la modulacion de la voz y del gesto que debe usarse en los sermones. En cuanto á la voz debe el predicador evitar el hablar con voz ronca, alta ó monótona. Lo que mueve y concilia la atencion de los oyentes es, hablarles, ora con voz fuerte, ora média, ora baja, segun exige el sentimiento que se expresa, y hacer ya una exclamacion, ya una pausa, etc. Esta variedad de tonos y de maneras mantiene atento al auditorio.

En cuanto al gesto, debe evitarse que sea afectado, uniforme ó demasiado impetuoso, como tambien la agitacion excesiva del cuerpo. Los brazos deben moverse con cierta moderacion. La mano derecha debe accionar mas que la izquierda, y ninguna debe alzarse á mayor altura que la cabeza, ni extenderse desmedidamente hácia los lados, sino delante del pecho. El predicador debe pronunciar el exordio en medio del púlpito sin moverse hácia los lados, y sin accionar en el primer período. Solamente en el segundo período comenzará á mover la mano derecha, teniendo la izquierda apoyada en el pecho ó sobre el borde del púlpito. Pero cuando el exordio empieza por un *ex abrupto* ó con algun afecto vehemente, de lo que conviene mucho no abusar, entónces el gesto debe acompañar á la significacion de las palabras. Absténgase el orador de tener los brazos apoyados en los costados, de elevarlos en forma de cruz, ó llevarlos detrás de la espalda. Herir una mano con otra, ó golpear con ellas el borde del

púlpito, puede disimularse raras veces. El movimiento de la cabeza debe corresponder á la mano, volviéndola hácia donde ésta dirige la accion. Los ojos deben seguir el movimiento de la cabeza: es un defecto tenerlos siempre cerrados, mirar siempre al suelo ó fijarlos en una sola parte. Ordinariamente el orador ha de colocarse en medio del púlpito, para que le vean de todas partes; pero conviene que de cuando en cuando se vuelva hácia una y otra, sin dar las espaldas á nadie.

§. III.

De la peroracion ó conclusion.

La peroracion ó conclusion tiene tres puntos: el epílogo, las reflexiones morales y la mocion de afectos. El epílogo es una recapitulacion del sermon, en la que se resumen las pruebas mas convincentes y mas poderosas que se han dado, y deben servir de preámbulo y preparacion para mover los afectos.

La moralidad se saca precisamente de las mismas pruebas, presentando las consecuencias importantísimas que de aquéllas se desprenden; clamando contra el vicio, cuyos fatales efectos se acaban de demostrar, ó exhortando á la práctica de aquella virtud cuyas ventajas se han probado, etc., etc.; y luego sigue la mocion de afectos, en cuya parte se presenta, ó la desgracia del pecador indolente, ó la veracidad de un Dios que promete su amor, ó el valimiento del santo (si es panegírico), etc.

Si el orador es feliz en estas dos últimas partes, moralidad y mocion de afectos, siempre sacará mayor ó menor fruto de su discurso. Pero ¿qué predicador no desea sacar fruto de sus sermones, se dirá? Todos; esto es muy cierto; pero no lo es ménos, que muchos golpean el aire, y lo que ménos obtienen en sus sermones es el fruto del auditorio. Esto, á mi entender, puede provenir de diferentes causas.

1.ª Hay algunos que, esperándolo todo de lo alto, suben al púlpito tentando á Dios, y pensando que las declamaciones y símiles, á veces muy mal aplicados, bastan para convencer al auditorio: y en este punto es preciso desengañarse, especialmente en este siglo, en que á pesar de la ignorancia en materias de religion, nadie quiere ser tenido por ignorante; y el mas rústico ha aprendido para combatirla, aunque sin conocerla.

2.ª Como el predicador en el púlpito es realmente el instructor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los fieles, se comprenderá fácilmente, que para seguir esta delicada carrera es preciso haber estudiado, y no superficialmente, los ramos mas indispensables de la ciencia sagrada, cuales son: la teología dogmática y moral, la Sagrada Escritura, historia eclesiástica, y, en particular, la relativa á los Concilios y herejías mas famosas. La falta de esos indispensables requisitos hace, que unos hablen mucho, pero digan muy poco; y otros, especialmente los jóvenes, fijen toda la atencion en las figuras de retórica que han aprendido en el aula, y olvidan lo mas esencial. El que sube al púlpito, debe encontrarse en disposicion de poder enseñar á párvulos y á adultos.

3.ª Finalmente, tampoco sacarán ningun fruto de sus sermones los que, olvidando lo que se debe á un auditorio compuesto en su mayor parte de gente ruda, se remontan con palabras rebuscadas, con frases retumbantes y altisonantes períodos: porque el pueblo no lo entiende. Pero este asunto, que podria promover la crítica de alguno de nuestros modernos *Cicerones*, la trata por nosotros el sabio y santo Alfonso María de Ligorio, en una Carta sobre el modo de anunciar la divina palabra; carta que puede verse en la obra de dicho Santo, titulada: *Sermones abreviados para todas las dominicas del año* (1).

(1) Hállase en la misma casa editorial de Pons y C.ª, traducida al castellano.

MÉTODO

PARA COMPONER UN DISCURSO Ó SERMON CONTRA CUALQUIER PECADO,

sin necesidad de otra preparacion que la inteligencia del siguiente cuadro. Al efecto se toma un pasaje de la Escritura que trate del vicio que ha de formar el asunto del discurso; luego debe manifestarse en el exordio, de que manera y en que términos está prohibido el pecado en las Escrituras, en los santos Padres y aun entre los gentiles paganos. Acerca de las palabras severas que se usen, es indispensable hacer observar que se dirigen á la detestacion del pecado y á excitar la práctica de la virtud, y para lograrlo, se implorará el auxilio de las luces celestiales.

Será muy conveniente insinuarse en el cuerpo del discurso enalteciendo la virtud contraria al vicio, que forma el asunto del sermon, fundándose en la autoridad de los autores santos é ilustres que hubieran tratado de aquella virtud ó de aquel vicio, cuya enormidad puede demostrarse por la explicacion de sus causas, material, formal, eficiente y final, manifestando luego, que tal vicio ha sido siempre castigado con alguna terrible catástrofe; todo lo cual será bastante para hacer concebir horror. Sin embargo, como no á todos los entendimientos se les puede convencer por unos mismos motivos, se procurará considerar el vicio bajo tres aspectos ó consideraciones, á saber: 1.° el horror que causa á Dios; 2.° el desprecio con que le tratan los meros filósofos morales, y 3.° el odio que todas las criaturas le profesan. He aquí ahora las tres partes de este discurso: En la primera se demostrarán los motivos sobrenaturales que hacen odioso el vicio. En la segunda, el peligro inevitable en el cual está

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos aquellos que aman el pecado. En la tercera, se procurará infundir el convencimiento de que nadie debe diferir el renunciar á los malos hábitos.

- I. Razones sobrenaturales de parte de
  - 1 Dios,
    - 1 que aborrece el vicio,
      - 1 porque nos aleja de él infinitamente.
      - 2 porque nos hace indignos de su amor, de sus beneficios y de su conversacion, etc.
      - 3 porque nos coloca en el número de sus enemigos: ¡enemigos de Dios!
    - 2 que le odia con odio infinito,
      - 1 porque borra su imágen. ¡Borrar la imágen de Dios!
      - 2 porque aniquila sus gracias. ¡Aniquilar las gracias de Dios, que son tan preciosas!
      - 3 porque nos hace indignos de la gloria que nos está preparada.
    - 3 que ha preparado tormentos eternos;
      - 1 privándonos de su vision beatífica.
      - 2 arrojándonos á las llamas eternas.
      - 3 con los demonios.
  - 2 la gracia,
    - 1 que es incompatible con el vicio.
    - 2 á la cual estimamos en tan poco.
    - 3 á la que preferimos un placer sensual. ¿No es preferir Barrabás á Jesucristo?
  - 3 los malos ejemplos;
    - 1 con los cuales escandalizamos
      - 1 á nuestros inferiores.
      - 2 á nuestros iguales.
      - 3 á nuestros superiores.
    - 2 con los cuales injuriamos
      - 1 á la Iglesia.
      - 2 á los Angeles y
      - 3 á Dios.
    - 3 que traen deplorables consecuencias,
      - 1 porque autorizan, en cierta manera, á los viciosos.
      - 2 porque desacreditan la virtud.
      - 3 porque los licenciosos toman de aquí motivo para mofarse de nuestra religion.

Todos estos motivos ¿no son de suyo bastante poderosos para ha-

ceros concebir el horror que Dios tiene al pecado, y el deber que tenemos de detestarlo, á ménos que queramos renunciar enteramente á nuestra salvacion?

- II. Reflexiones morales que se desprenden
  - 1 del mismo pecado,
    - 1 acerca del cual he aquí algunas de sus consecuencias:
      - 1 empaña todo el brillo de algunas perfecciones que podemos tener.
      - 2 nos priva de la honra y buen nombre.
      - 3 nos arruina la hacienda, la salud y nos quita el sosiego.
    - 2 que es un traidor doméstico, que nos desarma para combatir á nuestros naturales enemigos,
      - 1 el mundo.
      - 2 el demonio.
      - 3 la carne.
    - 3 que causa todas nuestras inquietudes y angustias,
      - 1 quitándonos el sosiego y la alegría.
      - 2 sujetando la razon á nuestros apetitos.
      - 3 y oponiendo la razon á las luces divinas.
  - 2 de muchos testimonios tomados
    - 1 de las Escrituras.
    - 2 de los santos Padres.
    - 3 de los gentiles.
  - 3 de los males que nos ocasiona,
    - 1 encadenándonos vergonzosamente á la esclavitud
      - 1 del demonio.
      - 2 del mundo.
      - 3 de nuestras propias pasiones.
    - 2 haciéndonos insensibles
      - 1 á las inspiraciones de Dios.
      - 2 á los buenos ejemplos de los santos.
      - 3 á los efectos de los sacramentos.
    - 3 conduciéndonos, por último, á la impenitencia final, que es la verdadera señal de reprobacion.

¿No son estas razones bastante fuertes para convencernos, de que han sido poderosos los motivos que han tenido los moralistas, aun paganos, para detestar el pecado, y de que es imposible amarlo é inclinarse á él sin exponer á graves riesgos nuestra propia salvacion?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

- III. Razones naturales.
  - 1 Nada omitimos
    - 1 para remediar nuestra pobreza, nuestra hambre y nuestra sed. Y ¿qué mas pobreza, hambre y sed, que la de estar privado de la gracia de Dios?
    - 2 para curarnos de las enfermedades corporales. Y ¿qué mayor enfermedad, que la de tener mil heridas mortales en el alma?
    - 3 para granjearnos la benevolencia de las personas cuya proteccion necesitamos. Y ¿no es acaso la proteccion de Dios de la que tenemos mayor necesidad?
  - 2 Ejemplos que nos dan
    - 1 una multitud de gentiles, que se corrigen á la primera amonestacion.
    - 2 los gentiles, que por la sola luz natural han evitado el pecado.
    - 3 los animales mismos, que abandonan sus instintos por la educacion.
  - 3 Nada puede excusarnos
    - 1 porque ¿no sabemos que debemos odiar al pecado?
    - 2 porque verdaderamente podemos evitar el pecado.
    - 3 porque estamos persuadidos de que debemos evitar el pecado.
    - 4 porque sino lo evitamos, es porque no queremos.

Todas las criaturas aborrecen sus imperfecciones; y vosotros ¿no detestais las vuestras? Dios las odia, los filósofos las condenan, así lo habeis visto en este discurso; y, ya os lo he dicho: tambien vosotros debeis y podeis hacerlo fácilmente, con el auxilio de la gracia. Me inclino á creer que lo querreis.

MÉTODO

PARA DISERTAR SOBRE TODA ESPECIE DE VIRTUDES,

sin otra preparacion que la inteligencia del siguiente cuadro. Debe tomarse por texto un pasage de la Escritura, que pondere y recomiende la virtud que ha de formar el objeto del discurso. Luego hay que insinuar en el exordio la estimacion particular que hace Jesucristo de aquella virtud, porque nos hace partícipes de alguna de las divinas perfecciones, de las cuales se sirve el Espíritu Santo como de un instrumento precioso, para preparar, embellecer y perfeccionar su templo viviente. De estas expresiones toma el orador motivo para implorar la asistencia de este divino Espíritu, por medio de alguna invocacion, que se hace de aquella virtud, como el mas poderoso medio para atraer nuestras almas; y á fin de que nos comunique sus luces para hablar de ella con mayor detenimiento, y su gracia para practicarla santamente.

Es necesario empezar manifestando, en general, la enormidad de los vicios contrarios á la virtud que se propone, y que traen en pos una muerte desgraciada á cuantos se dejan dominar de ellos, citando á propósito algun ejemplo, deduciendo á continuacion, si hubiere oportunidad, la etimología, las causas material, eficiente, formal y ejemplar que se tomará, ó de Jesucristo, ó de algun santo que se hubiere hecho notable en la práctica de aquella virtud, formando, digámoslo así, el espíritu de sus perfecciones; los efectos y las prácticas de aquella virtud, sobre la cual se harán tres consideraciones, á fin de probar su excelencia, sus ventajas y su utilidad: en la primera, se apelará á las razones sobrenaturales para convencernos de que estamos obligados á practicarla; en la segunda, á las razones tomadas de la teolo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

- III. Razones naturales.
  - 1 Nada omitimos
    - 1 para remediar nuestra pobreza, nuestra hambre y nuestra sed. Y ¿qué mas pobreza, hambre y sed, que la de estar privado de la gracia de Dios?
    - 2 para curarnos de las enfermedades corporales. Y ¿qué mayor enfermedad, que la de tener mil heridas mortales en el alma?
    - 3 para granjearnos la benevolencia de las personas cuya proteccion necesitamos. Y ¿no es acaso la proteccion de Dios de la que tenemos mayor necesidad?
  - 2 Ejemplos que nos dan
    - 1 una multitud de gentiles, que se corrigen á la primera amonestacion.
    - 2 los gentiles, que por la sola luz natural han evitado el pecado.
    - 3 los animales mismos, que abandonan sus instintos por la educacion.
  - 3 Nada puede excusarnos
    - 1 porque ¿no sabemos que debemos odiar al pecado?
    - 2 porque verdaderamente podemos evitar el pecado.
    - 3 porque estamos persuadidos de que debemos evitar el pecado.
    - 4 porque sino lo evitamos, es porque no queremos.

Todas las criaturas aborrecen sus imperfecciones; y vosotros ¿no detestais las vuestras? Dios las odia, los filósofos las condenan, así lo habeis visto en este discurso; y, ya os lo he dicho: tambien vosotros debeis y podeis hacerlo fácilmente, con el auxilio de la gracia. Me inclino á creer que lo querreis.

MÉTODO

PARA DISERTAR SOBRE TODA ESPECIE DE VIRTUDES,

sin otra preparacion que la inteligencia del siguiente cuadro. Debe tomarse por texto un pasage de la Escritura, que pondere y recomiende la virtud que ha de formar el objeto del discurso. Luego hay que insinuar en el exordio la estimacion particular que hace Jesucristo de aquella virtud, porque nos hace partícipes de alguna de las divinas perfecciones, de las cuales se sirve el Espíritu Santo como de un instrumento precioso, para preparar, embellecer y perfeccionar su templo viviente. De estas expresiones toma el orador motivo para implorar la asistencia de este divino Espíritu, por medio de alguna invocacion, que se hace de aquella virtud, como el mas poderoso medio para atraer nuestras almas; y á fin de que nos comunique sus luces para hablar de ella con mayor detenimiento, y su gracia para practicarla santamente.

Es necesario empezar manifestando, en general, la enormidad de los vicios contrarios á la virtud que se propone, y que traen en pos una muerte desgraciada á cuantos se dejan dominar de ellos, citando á propósito algun ejemplo, deduciendo á continuacion, si hubiere oportunidad, la etimología, las causas material, eficiente, formal y ejemplar que se tomará, ó de Jesucristo, ó de algun santo que se hubiere hecho notable en la práctica de aquella virtud, formando, digámoslo así, el espíritu de sus perfecciones; los efectos y las prácticas de aquella virtud, sobre la cual se harán tres consideraciones, á fin de probar su excelencia, sus ventajas y su utilidad: en la primera, se apelará á las razones sobrenaturales para convencernos de que estamos obligados á practicarla; en la segunda, á las razones tomadas de la teolo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gía moral, demostrando las ventajas de ella; y en la tercera, á las razones puramente naturales, deduciendo que nadie puede dispensarse de practicarla.

PRIMERA CONSIDERACION.

- I. Razones sobrenaturales
  - 1 de parte de Dios, qué
    - 1 desea practiquemos aquella virtud. (*Prueba.*) Las almas escogidas no deben atenerse á otra razon sino que Dios lo quiere. ¿Lo quiere? luego es necesario hacerlo.
    - 2 lo quiere. (*Prueba.*) Así lo atestiguan las disposiciones naturales que al efecto nos ha dado; así lo atestiguan las persuasiones convincentes que se leen en las Escrituras, en las inspiraciones, etc.; así lo atestiguan las exhortaciones de otros buenos impulsos. *Este argumento es para los buenos cristianos.*
    - 3 lo manda. (*Prueba.*) Lo atestigua el texto que he citado, para confundir á los enemigos de su gloria, para hacernos capaces de las gracias y de los dones que el Espíritu Santo proporciona á aquella virtud, y dignos de las recompensas preparadas para los que la practican. *Este argumento es para convencer á los impíos.*
  - 2 de parte de la gracia,
    - 1 de la cual somos indignos sin la práctica de aquella virtud.
    - 2 que no podemos conservar sin aquella virtud, por posible que nos parezca.
    - 3 que no podemos despreciar sin pisotear la sangre de Jesucristo.
  - 3 de los buenos ejemplos
    - 1 de una infinidad de cristianos que por la sola práctica de aquella virtud.
      - 1 son recomendables.
      - 2 adquieren las demás.
      - 3 triunfan de todo.
    - 2 de muchos santos, que han sobresalido en
      - 1 la naturaleza
      - 2 la gracia
      - 3 la gloria

      por el amor particular á aquella virtud.
    - 3 de Jesucristo, que
      - 1 murió por defender aquella virtud.
      - 2 que nos ha redimido á fin de hacernos capaces de practicarla.
      - 3 que reside en nuestros altares para enseñarnosla.

Por todo lo cual estamos obligados á practicar esa virtud, pues tenemos muchos ejemplos que no dan lugar á excusa; y ademas de

ser un medio de adquirir y conservar la gracia, Dios desea, quiere y ordena que la practiquemos. (Conclusion de la primera parte.)

SEGUNDA CONSIDERACION.

- II. Razones morales
  - 1 de la misma virtud,
    - 1 de su necesidad
      - 1 para destruir los vicios contrarios
        - por exceso.
        - por defecto.
      - 2 para adquirir las demas virtudes, que no pueden subsistir sin ella.
      - 3 para conservarlas, porque es muy difícil que existan separadas.
    - 2 de su excelencia,
      - 1 haciéndonos semejantes á un espíritu celestial.
      - 2 á algun apóstol.
      - 3 á algun mártir.
    - 3 de su estimacion
      - 1 entre los santos del Antiguo y Nuevo Testamento.
      - 2 entre los gentiles.
      - 3 entre los mismos licenciosos.
  - 2 de sus efectos, ó
    - 1 utilidad,
      - 1 evitándonos muchas incomodidades.
      - 2 ahorrándonos muchos gastos.
      - 3 aliviándonos en las miserias transitorias de este mundo.
    - 2 delectacion,
      - 1 proporcionando un descanso á nuestro espíritu.
      - 2 moderando nuestras pasiones.
      - 3 conservando nuestra salud corporal.
    - 3 honor
      - 1 en el concepto de los hombres sensatos.
      - 2 en presencia de los ángeles, especialmente del Custodio.
      - 3 delante de Dios mismo.
  - 3 de los bienes que nos proporciona

Todas estas reflexiones se dirigen á manifestar las ventajas de esa virtud considerada en sí y en los efectos maravillosos que produce.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA CONSIDERACION.

- III. Razones naturales.
  - 1 Todas las criaturas se perfeccionan en su esfera respectiva:
    - 1 las inanimadas
      - 1 celestes
        - 1 el sol en su resplandor
        - 2 la luna en su influencia.
        - 3 el cielo en sus movimientos.
      - 2 terrestres
        - 1 los minerales.
        - 2 los metales.
        - 3 los elementos.
    - 2 las vejetativas
      - 1 las flores.
      - 2 las yerbas.
      - 3 los árboles.
    - 3 los animales
      - 1 los elefantes.
      - 2 los pájaros que aprenden á articular.
      - 3 los caballos.
  - 2 Ejemplo
    - 1 de una infinidad de gentiles, que han sobresalido en esa virtud.
    - 2 de una infinidad de gentiles, que han abrazado esa virtud por la sola razon natural.
    - 3 de animales, que corrigen su índole por medio de la enseñanza.
  - 3 Nada perdonamos
    - 1 para corregir nuestras deformidades corporales; ¿no es el vicio una deformidad de nuestra alma?
    - 2 para acrecentar la fortuna: ¿qué mayor fortuna que la de estar bien con Dios?
    - 3 para remediar las necesidades de nuestro cuerpo: ¿y no es una gran necesidad de nuestra alma la que podemos remediar por medio de esa virtud?

Si por estas razones habeis observado, que todas las criaturas buscan su propia perfeccion, que la virtud, de la cual nos hemos ocupado, os es necesaria, y tan ventajosa, que Dios os la impone; ¿qué podeis alegar para disculparos? Sin duda no llevareis la osadía al punto de decir, que no sabeis como practicarla; y en otro caso, ¿direis que no os es posible efectuarlo? O sabiéndolo y pudiendo hacerlo, ¿direis que no estais obligados á ello? Pues yo os digo, que sabiéndolo, podeis y estais obligados á practicarlo; pero si no quereis, entónces la excusa es imperdonable.

MÉTODO

PARA IMPROVISAR UN DISCURSO, AUNQUE SEA DE UNA HORA,

acerca de la obligacion que tenemos de observar todos y cada uno de los preceptos del Decálogo. En primer lugar, debe tomarse el mandamiento por texto, explicar el precepto en el exordio, observando las causas material, formal, eficiente, final y ejemplar, y luego se pedirán las luces á Dios para hablar con fruto.

El orador podrá insinuarse al auditorio por alguna idea sobre la excelencia de nuestra religion, superior á todas las demas religiones; principalmente, porque tiene por objeto especial restablecer el hombre en el estado de la justicia original; lo cual se obra por la fe, la esperanza, la caridad y el buen uso de los sacramentos; pero particularmente, por el cumplimiento de los mandamientos de Dios, confesando, que, absolutamente hablando, y atendida la corrupcion de la naturaleza humana, son dificiles de observar, bien que, por la gracia de Dios, hay medios que lo facilitan. La explanacion del discurso puede basarse en las razones sobrenaturales, en las razones humanas, y en las razones naturales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OFICIOS DE LAS TRES JERARQUÍAS.

- Razones sobrenaturales sacadas de la voluntad de Dios,
  - 1 que quiere, que todas las criaturas hagan su voluntad.
    - 1 Las que están en el cielo:
      - 1 todos los espíritus de las tres jerarquías:
        - 1 seraphim ardentes amore Dei.
        - 2 cherubim habentes plenitudinem scientiæ.
        - 3 throni in quibus majestas Dei insidet.
      - 2 y todos los bienaventurados.
        - 4 dominationes cæteris dominantes et hominibus.
        - 5 virtutes fortes, alios fortificantes.
        - 6 potestates cohibentes dæmones.
        - 7 principatus principantes inferioribus et regibus.
        - 8 archangeli annuntiantes magna.
        - 9 angeli custodes personarum privatarum.
    - 2 Las que están en el centro de la tierra:
      - 1 en el infierno
      - 2 en el limbo.
      - 3 en el purgatorio.
    - 3 Las que están sobre la tierra:
      - 1 los herejes.
      - 2 los infieles.
      - 3 los cristianos
  - 2 de su inmensidad; existiendo todo en todo
    - 1 por esencia.
    - 2 por potencia.
    - 3 por presencia.
  - 3 de las recompensas que promete, y de los suplicios con que amenaza
    - 1 el honor delante de los hombres,
    - 2 la amistad espiritual con los ángeles,
    - 3 la gloria en el otro mundo,

    si los observamos:
    - 1 la infamia,
    - 2 el abandono temporal de parte de Dios,
    - 3 la condenacion eterna,

    si los despreciamos.
- Razones humanas.
  - 1 La razon natural quiere, que los inferiores obedezcan á sus superiores:
    - 1 los criados á sus amos.
      - 1 Dios es amo, nosotros criados.
    - 2 los súbditos á sus señores.
      - 2 Dios es Señor, nosotros súbditos.
    - 3 los hijos á sus padres.
      - 3 Dios es padre, nosotros hijos.
  - 2 Ejemplo de los gentiles,
    - 1 que obedecen á una infinidad de dioses.
    - 2 que les tributan mil adoraciones, algunas de ellas bien penosas.
    - 3 que exigen, de cuantos dependen de ellos, que cumplan con sus deberes.
  - 3 Los bienes que nos traen,
    - 1 utilidad.
    - 2 delectacion.
    - 3 honor.

- Razones naturales.
  - 1 Insuficiencia de las excusas que alegamos para disculparnos, sea
    - 1 de nuestra parte.
    - 2 de parte de los mandamientos.
    - 3 de parte de Dios.
  - 2 Todos los seres nos condenarán:
    - 1 los cielos,
      - 1 el sol.
      - 2 la luna.
      - 3 los astros.
    - 2 los elementos,
      - 1 el fuego.
      - 2 el aire.
      - 3 el agua.
      - 4 la tierra.
    - 3 los minerales, los vejetativos y los sensitivos.
  - 3 Todas las criaturas y objetos de nuestra dependencia se rebelarán contra nosotros, nos acusarán del poco cuidado que hemos tenido en cumplir y en hacer cumplir los mandamientos:
    - 1 nuestros criados, nuestros súbditos, nuestros hijos.
    - 2 nuestras tierras, nuestros árboles y demas instrumentos inanimados de los cuales nos servimos.
    - 3 nuestros animales, nuestras casas y nuestros demas bienes.

Los tres cuadros de asuntos generales, que preceden, pueden servir de norma para la formacion de cualquier otro asunto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ABANDONO DE DIOS.

Qui elongant se à te peribunt.
Señor, los que de ti se alejan, perecerán.
(*Salm.* LXXII, 27.)

Sin embargo de que la mano vengadora de Dios ha señalado nuestros tiempos mas, ó ciertamente no ménos, que los pasados con tantos y tan fatales caractéres, con tantas, tan generales y grandes desgracias, se oye algunas veces resonar en los labios de los pecadores aquella antigua jactancia, que los seduce y anima para permanecer en su grande enemistad con Dios. «Yo pequé; ¿y qué mal me ha venido por eso?» *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Eccles. v, 4. Por el contrario, añadirá tal vez alguno, despues que empecé á satisfacer mis caprichos, he pasado los dias mas alegres y las noches mas tranquilas; han tenido en los mercados el mejor despacho mis géneros; he percibido mayores rentas y he gozado de la mas perfecta salud. Yo no quiero, pecadores, disputar hoy con vosotros sobre este punto, ni echaros en cara, con la prueba de mil desastres que os han sucedido, la falsedad de tan escandalosa jactancia; y asi os concederé, desde luego, que es verdad todo cuanto decís, y que no habeis experimentado, hasta el presente, por vuestras culpas ninguna manifiesta adversidad; mas, no obstante, si quereis poner la consideracion en lo que voy á deciros, y no os hallais rodeados de las tinieblas de aquella funestísima noche, de que habla Jesucristo en su Evangelio, os pondré á la vista, que no podeis decir sino contra toda razon: He pecado, y ¿qué mal me ha venido por esto? Vengo á descubriros un oculto é invisible castigo de Dios, que las mas veces no advertís ni temeis; pero tan terrible, que puede, por sí solo, mas bien que ningun otro, cerraros la boca, para que no os vanaglorieis indignamente de vuestra felicidad. Consiste, no en afligiros ni oprimiros, sino en abandonaros. ¿Qué decís? Bien echo de ver, que compren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ABANDONO DE DIOS.

Qui elongant se à te peribunt.
Señor, los que de ti se alejan, perecerán.
(*Salm.* LXXII, 27.)

Sin embargo de que la mano vengadora de Dios ha señalado nuestros tiempos mas, ó ciertamente no ménos, que los pasados con tantos y tan fatales caractéres, con tantas, tan generales y grandes desgracias, se oye algunas veces resonar en los labios de los pecadores aquella antigua jactancia, que los seduce y anima para permanecer en su grande enemistad con Dios. «Yo pequé; ¿y qué mal me ha venido por eso?» *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Eccles. v, 4. Por el contrario, añadirá tal vez alguno, despues que empecé á satisfacer mis caprichos, he pasado los dias mas alegres y las noches mas tranquilas; han tenido en los mercados el mejor despacho mis géneros; he percibido mayores rentas y he gozado de la mas perfecta salud. Yo no quiero, pecadores, disputar hoy con vosotros sobre este punto, ni echaros en cara, con la prueba de mil desastres que os han sucedido, la falsedad de tan escandalosa jactancia; y asi os concederé, desde luego, que es verdad todo cuanto decís, y que no habeis experimentado, hasta el presente, por vuestras culpas ninguna manifiesta adversidad; mas, no obstante, si quereis poner la consideracion en lo que voy á deciros, y no os hallais rodeados de las tinieblas de aquella funestísima noche, de que habla Jesucristo en su Evangelio, os pondré á la vista, que no podeis decir sino contra toda razon: He pecado, y ¿qué mal me ha venido por esto? Vengo á descubriros un oculto é invisible castigo de Dios, que las mas veces no advertís ni temeis; pero tan terrible, que puede, por sí solo, mas bien que ningun otro, cerraros la boca, para que no os vanaglorieis indignamente de vuestra felicidad. Consiste, no en afligiros ni oprimiros, sino en abandonaros. ¿Qué decís? Bien echo de ver, que compren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deis muy poco semejante castigo, y que aun ménos lo temeis. Así, pues, voy á manifestaros en mi discurso, cuanto debe temer cada uno de vosotros este abandono de Dios. ¿Y sabeis por qué? En primer lugar, porque es por sí mismo un gravísimo castigo, cuando se impone, y, en segundo lugar, porque es un castigo irremediable, luego que se ha impuesto. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la admirable conducta de la divina Providencia observó san Bernardo una extraña y espantosa misericordia, que, léjos de mejorar al hombre, le deja ir miserablemente de mal en peor y alejarse cada vez mas de lo justo y de lo honesto; una misericordia desconocida, que en lugar de derramar sobre el pecador una copiosísima lluvia de celestiales auxilios y gracias, seca la vena de todas, por lo ménos de las que se llaman eficaces, y aun de aquellas que ponen los teólogos en el número de las suficientes, y se tienen por mas extraordinarias y poderosas, quedando el desventurado, por decirlo así, como las execrables montañas de Gelboé, por las cuales, abrasadas y quemadas con una sequedad de muchísimo tiempo, en que no cayó una gota de agua ni de rocío, pasó lleno de ira y de enojo el benignísimo visitador de las otras: una misericordia, en fin, de que Dios no suele usar, sino cuando ya cansado de tolerar al pecador y altamente indignado, le olvida del todo y no cuida mas de él. Hé aquí cuan terriblemente y con que enfáticas palabras explicó Dios por Isaías esta cruel misericordia: téngase compasion del impío, y no aprenderá jamas la justicia. *Misereamur impio, et non discet justitiam.* Isai. xxvi, 10. Pues en el ejercicio de esta misericordia consiste justamente aquel gran castigo, que aunque poco temido de los pecadores, por ser invisible, mudo y secreto, es, á la verdad, el mas tremendo de cuantos encierra en los tesoros de su venganza la indignacion divina; quiero decir, el castigo de abandonarlos. Para comprender bien esto, echemos una ojeada á la Escritura.

2. Cuando Dios indignado resolvió, por último, privar de su amorosa proteccion á su tan querida en otro tiempo Jerusalén, y abandonándola en castigo de sus culpas entregarla al furor de sus enemigos; el profeta Amós, para pintar con un solo rasgo de su pluma la desolacion á que seria reducida, dijo con una frase verdaderamente profética, que en todos los sitios y lugares de ella impondria el Señor un profundo silencio. *In omni loco projicietur silentium.* Amós, viii, 3; como si quisiera decir: tus casas, Jerusalen, están al presente llenas de ciudadanos, que entre los banquetes y las copas las hacen estremecerse con locos bailes y gentílicas diversiones; pues

Dios impondrá en ellas silencio, y todas quedarán enteramente sin habitadores: tus calles y tus plazas hierven ahora de infinitas gentes naturales y extrangeras; pues Dios impondrá en cada una de ellas silencio, y se verán convertidas en una melancólica selva y en un solitario desierto: un funesto silencio habrá en el santuario y enmudecerá el templo, en que los bellos cánticos de David resuenan hoy tan dulcemente: en una palabra, el horror, la soledad y el silencio se posesionarán de tí por todas partes. Un silencio semejante y tan funesto intima Dios, á nuestro modo de entender, á todo aquello que dentro y fuera del pecador pudiera despertarle de su letargo, cuando abandona al infeliz. Hay, por ejemplo, excelentes confesores, que, con mano igualmente firme que discreta, expriman la podredumbre de las profundas gangrenas; y Dios impone silencio en aquellos tribunales de penitencia, diciendo: confesores, silencio; no encuentre éste en adelante mas que hombres ineptos, que ó no conozcan sus heridas, ó aunque las conozcan, no cuiden de curarlas. Hay predicadores, que valiéndose ya de los ruegos, ya de las amenazas, pudieran fácilmente reducirle á que se reconciliase con Dios; pero Dios mismo impone silencio en estos púlpitos, y dice: predicadores, silencio; vaya éste en lo sucesivo á oir otros oradores, que con armoniosos períodos recreen los oidos, sin hacer compungirse el corazon, de suerte, que aunque quede admirado, no quede convertido. Tenemos sobre todo ángeles invisibles á nuestro lado, que no se apartan de los oidos de nuestro corazon, ni cesan con voces secretas, con inspiraciones y remordimentos de estimularle á la penitencia; y así, ángeles, santos, inspiraciones, remordimientos, silencio. En medio, pues, de tan funesto y espantoso silencio de sus gracias, una sola voz hace Dios oir, diciendo al pecador en el acto mismo de arrojarle de sí y de abandonarle á sus ignominiosas pasiones: anda y prosigue así. *Qui in sordibus est, sordescat adhuc.* Apoc. xxii, 11.

3. ¿Habeis reflexionado, señores, sobre el castigo que fulminó Dios contra la serpiente allá en el paraiso terrenal, por haber seducido á pecar, primero á la mujer, y despues con ella y por ella, tambien al hombre? No fué otro que éste: andarás arrastrándote sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida. *Super pectus tuum gradieris, et terram comedes cunctis diebus vitæ tuæ.* Gen. iii, 14. Fué condenada á morder siempre rabiosamente la tierra y á ir arrastrando con todo el cuerpo por ella. Pues ¿qué, pregunta san Agustin, andaba por ventura antes de esto derecha y orgullosa la culpada serpiente? No, responde el santo. ¿Pues á qué la condenó Dios? La condenó, se responde á si mismo, á hacer desde entónces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en pena aquello que hacia antes por naturaleza. Y ¿no es semejante el castigo con que castiga Dios no pocas veces á tantos pecadores y á tantas pecadoras sin que lo adviertan? Pasa una semana, pasa otra, pasa el mes, pasa el año; pasan tres, cuatro años, y no se abandonan aquellas obscenidades, no se deja aquel mal hábito, ni se refrenan aquellos desahogos de la incontinencia. Pues bien, dice Dios: el que está sucio, prosiga ensuciándose. *Qui in sordibus, etc.* Primeramente pecaste por fragilidad, despues por eleccion y con estudio y pertinacia, de suerte, que tu pecar se ha convertido en naturaleza. ¿No te enmiendas? Peca, pues, en pena.

¡Ojalá fuese esta una idea caprichosa mia, y no como lo es una lastimosa verdad, apoyada en una lastimosa experiencia! ¿Cuántos hay, que señalan con caidas y recaidas, no digo los años resbaladizos ó peligrosos de la juventud, sino los años mas juiciosos de la vejez, hasta no poder ya imaginar ni concebir otra felicidad ú otro paraíso, que el de un sórdido y brutal placer? ¿Cuántos hay, que se vanaglorian aun de las acciones mas vituperables y nefandas, contando alegremente y jactándose entre los compañeros, de haber desflorado muchas azucenas, y seducido con los mas sagaces artificios las mas modestas y tímidas palomas? ¿Cuántos hay, aun entre los ungidos del Señor, que manejan con manos impuras y sin estremecerse, los mas sacrosantos misterios con náusea del mismo Dios, que los sufre, y con horror de los hombres que se escandalizan? ¿Cuántos hay, que á pesar de su avanzada edad, de las enfermedades que aumentan é irritan, y de una fiebre lenta que los consume, no quieren abandonar sus brutales disoluciones? En los ojos de éstos y de otros muchos ¿no leeis vosotros mismos y aun mas claramente vosotros, ministros del Señor, cuando llegan á vuestros piés, no leeis: éste es un abandonado de Dios? ¡Ó miserables! hélos aquí, que, como inmundos animales, están incesantemente y cada vez mas revolcándose en el cieno, sin haber medio, por mas que se haga ó se les diga, de hacerlos levantarse ni un palmo de su impurísimo y asquerosísimo lodazal. *Sus lota in volutrabo luti.* II. Petr. II, 22. Pero, en suma, no convenia exasperar tanto con tan dilatado pecar la ira de Dios. Ahora que está exasperada, dice Isaías, no esperes que quiera echar mano de los azotes ni perjudicarte, ó en los bienes, ó en la reputacion, ó en la vida: no, no; pena de tus pecados sea tu mismo pecar. El Señor está indignado, ¿y qué ha sucedido? ¡Ó Dios mio! por estar tú enojado, hemos pecado: terrible castigo, que explica teológicamente y justifica santo Tomás, donde dice: la gracia se pierde por el pecado; y como de éste se sigue el pecar, se llama el pecado pena del anterior pecado.

Terrible castigo he dicho, porque es un mero castigo; pues si os dignaseis, Dios mio, de afligirme con cualquiera otra especie de castigo, ya de humillacion, ya de algun infortunio ó desgracia, aceptándolo yo, segun los amables designios de vuestra bondad y providencia, pudiera hacer que me fuese útil y provechosa. Desengañado con ella, por ejemplo, de la vanidad del mundo, lo amaria ménos, y acaso me retiraria de él enteramente y seria pena medicinal. Obligado y precisado á padecer, por ventura padeceria con un espíritu de penitencia, y os ofreceria mis propios trabajos en sacrificio y en descuento de mis culpas, y seria pena satisfactoria. Pudiera á lo ménos suceder fácilmente, que no pudiendo libertarme del azote, humillase mi arrogancia y lo llevase con resignacion, y seria pena meritoria. De este modo, en cualquiera otro mal encuentro alguna especie de bien, y de cualquiera otro mal puedo valerme, en efecto, para preservarme del pecado, para satisfacer por el pecado, y aumentar tambien el capital de mis méritos con que obtener el paraiso; mas si Dios me abandona, fieles, me sucede un mal que no trae consigo ningun bien. Yo no satisfago á Dios en nada, yo no merezco nada para con Dios; yo, segun Dios, no me hago nada mejor, sino por el contrario, cada dia peor. Dios me castiga y nada mas. Y ¿no es un carácter bastante distintivo de la pena de los condenados allá abajo en el infierno, el ser pena y mera pena?

En esta suposicion, sea en buena hora cierto, que Dios suspende sobre la cabeza del pecador cualquiera otro azote: sea en buena hora tambien cierto, que lo hace prosperar aquí en la tierra, y que está lleno de orgullo con sus facultades, con sus riquezas y con sus honores; pero ¡ay de él, que esto quiere decir, que ha llegado á su colmo la ira del Señor! No me lo creeis á mí? dice Agustino; pues preguntádselo al Salmista. Y ¿qué dice éste? Exasperó al Señor el pecador, y este no le buscará segun el exceso de su arrogancia. *Exacerbavit Dominum peccator, secundum multitudinem iræ suæ non quæret.* Psalm. x, 4. Así es; no le buscará, y todo le sucederá á medida de sus desenfrenadas pasiones y de sus bestiales apetitos; no le buscará, y nada encontrará que le aparte ó disuada de sus pecaminosos designios y de sus criminales atentados; no le buscará, y siempre irán en aumento sus intereses temporales; no le buscará, y llegará á ser insensible hasta no inquietarse nada, hasta no sentir nada, y aun hasta creerse feliz en el estado infelicísimo de su culpa. ¿Y cuándo le vendrá á suceder todo esto? Cuando la indignacion del Señor haya crecido hasta lo sumo. ¿Echais de ver, hermanos, de san Bernardo, que Dios muchas veces está enardecido con la

indignacion, cuando ménos muestra estarlo? *Vides quia tunc magis irascitur Deus; cum non irascitur?* Si tal vez no parece así á alguno de vosotros, porque se le muestra con cierto aire de bondad y de clemencia, piense enhorabuena lo que guste. Por lo que á mí hace, llenando con el mismo santo el aire de suspiros y sollozos, diré vuelto á este gran Dios: ¡ó Señor! ¿qué protestas son las que haceis de no irritaros mas, *nec irascar amplius*, Ezech. xvi, 42; y qué especie de misericordia quereis usar conmigo? No quiero semejante misericordia, la rehuso, me declaro contra ella; y si quereis daros á conocer por aquel Dios y Padre de las misericordias que sois, en efecto, no me concedais tanta paz y tanta tranquilidad: irritaos é indignaos. Yo tengo ojos; irritaos y atormentadlos con una incurable ceguedad: yo tengo lengua; irritaos y castigadla con privarla del habla para siempre: yo tengo manos, tengo brazos, tengo piés; irritaos y debilitadlos con espantos y temores, y con una cruel parálisis: yo tengo vida; quitádmela, Dios mio, pero no me abandoneis. Semejante súplica debe hacerse tanto mas, que tal abandono es un castigo irremediable, impuesto que sea. Y ¿por qué? ¿Acaso porque el pecador se halla realmente en el estado de una verdadera y absoluta imposibilidad de poner remedio? No, cristianos: yo que no pienso avanzarme hasta donde se han avanzado otros autores católicos y doctos, solo diré, conformándome con lo que he insinuado (mirad dentro de que discretos límites quiero contenerme), que dispensándole Dios, aun en tal estado, gracias y auxilios suficientes para obrar bien, puede el pecador, absolutamente hablando, mirar por sí en tan gravísimo peligro, cuando no de otro modo, con encomendarse á Dios é implorar su misericordia; pero que no obstante es irremediable el castigo, porque, por una parte, no estando Dios obligado á conferirle aquellos auxilios y gracias que le conducirian infaliblemente á la salvacion, tiene resuelto no dispensarle ninguna; y, por la otra, está asimismo resuelto el pecador, y lo estará siempre, á no valerse de aquellos que en efecto le confie y que podrian salvarle. En Dios hay gravedad y reserva, y en el pecador obstinacion y dureza. Y ¿se requiere algo mas para que, en vista de todo lo expuesto, se pueda decir, que es irremediable tan tremendo castigo? Me abro el paso para exponer esto con un dicho muy bello y muy célebre del grande Agustino.

4. «Con toda justicia, dice el santo, la luz de la verdad abandona al que prevarica en la verdad de la ley.» Apoyándome yo en tan grave dicho para explicaros, amados oyentes, mi pensamiento, diré, que en una alma abandonada por Dios se ha hecho, en cierto modo,

un riguroso y cruel invierno; á lo cual aludió tal vez el Profeta, cuando exclamó atemorizado: delante de su frio ¿quién podrá subsistir? *Ante faciem frigoris ejus, quis sustinebit?* Psalm. xlvii, 17. Oidme el motivo: el invierno es aquella helada y mala estacion, en que parece que el sol abandona y desprecia la tierra. Pues ¿qué, no sale aun entónces rodeado del brillante acompañamiento de sus rayos? ¿no dora aun entónces los montes y llanuras con sus resplandores? Sí; mas la luz que esparce en aquellos turbios y helados dias es una luz lánguida, una luz débil, una luz que desaparece bien pronto y que calienta aun ménos. Semejante á esta retirada del sol en tiempo de invierno, me parece la retirada que Dios hace de los pecadores cuando los abandona. Aun en un estado tan deplorable alumbra á los infelices con sus rayos, es decir, con el resplandor de sus gracias, este benéfico Sol de justicia, esparciendo generalmente su luz sobre los justos é injustos, *super justos et injustos*, Matth. v, 45, sin dejar yacer á éstos rodeados de las tinieblas de una oscurísima y perpétua noche; mas los rayos, que los alumbran, son unos rayos pasajeros, pálidos, amortiguados é ineficaces, con los cuales, segun el lenguaje del Evangelio, ven á un mismo tiempo y no ven: *Videntes non vident.* Matth. xiii, 13; á la manera de los soldados de Benadad, cuando á ruegos de Eliseo fueron castigados con aquella tan extraña ceguedad, de que se habla en el libro IV de los Reyes: *Percute, obsecro, gentem hanc cæcitate.* IV Reg. vi, 18. Y ¿cómo pensais, oyentes mios, que condescendió Dios á la súplica que le hizo su Profeta, de cegar aquellos escuadrones? ¿Acaso con quitarles de improviso enteramente la vista? No por cierto: lo veian todo, mas no conocian nada. Veian, por ejemplo, la persona que los acompañaba; mas no distinguian que era Eliseo, y preguntaban por él. Veian aquellas torcidas sendas por donde caminaban; mas no advertian que los guiaban á dar en manos de los enemigos. Vieron tambien y entraron por las puertas de la ciudad; mas no conocieron que era la enemiga Samaria. *Percussitque eos Dominus, ne viderent.* Ibid. De un modo, no muy diverso, lo ven todo y no lo ven á un mismo tiempo los pecadores abandonados. Ven, por ejemplo, que hay paraíso, ven que hay infierno, porque lo saben; y saben y ven que el camino, que nos conduce allá abajo, es ancho, espacioso y andado por muchos; conociendo, asimismo, algunas veces, el peligro de los que caminan por él; pero que éste sea el camino por donde tambien andan ellos, pero que ellos se hallan en semejante peligro, ah! esto no lo ven. Ademas; ven estas mismas verdades, es cierto; pero tan solamente con los ojos medio cerrados, y entre claras y oscuras; las ven, diremos, entre los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crepúsculos de un dia triste y nublado, cuando el sol se pone; las ven, en suma, bastante para no ser infieles: mas no las ven bastante para ser buenos cristianos. Finalmente; estos pecadores son los que, segun dice Job, en medio de la misma luz del dia se hallan miserablemente en las tinieblas de la noche: *Per diem incurrent tenebras.* Job. v, 14. Tinieblas tanto mas malignas y horribles, cuanto que ellos mismos, al principio, las quisieron y buscaron.

Ahora pues, en la terrible oscuridad de una tan tenebrosa noche, extendida por toda el alma del pecador, y que cada vez hace mas oscura y espantosa el pecador mismo, por las negras y densas nubes que va incesantemente aumentando con nuevos pecados; ¿cómo podrán introducirse los rayos de las ilustraciones celestiales, que, segun veremos, á consecuencia del fatal abandono, no vibra ya Dios sino muy amortiguadas y lánguidas, no teniendo mas virtud ó eficacia que la de la mera luz, es á saber, la del presentarse solamente á los ojos, sin poder abrírselos de por fuerza á quien lo rehusa, ni mucho ménos romper ventanas ni puertas, que tal vez le cierra alguno por no verlas? Será, pues, forzoso, que el desventurado se precipite en aquella horrorosa y funestísima ceguedad, que, como un grave castigo, pedia Isaías en el enajenamiento de su ardiente celo para su contumaz pueblo, diciendo: ciega, Señor, el corazon de este pueblo: *Excæca cor populi hujus.* Isai. vi, 10; ceguedad, que por la oscura malicia del pecador, no pueden quitarle las luces ordinarias de la divina gracia: *Excæcavit... illos malitia eorum.* Sap. ii, 21.

5. Si de las gracias ordenadas á iluminar el entendimiento, queremos pasar á las que se ordenan á mover la voluntad, veo, amados fieles, que son enteramente inútiles en un corazon que se ha hecho inflexible y endurecido como el diamante: *Cor suum possuerunt, ut adamantem.* Zach. vii, 12; triste efecto de la explicada privacion de las gracias aneja al abandono de Dios; así como es triste efecto, por volver á la anterior comparacion, de privar el sol de su luz á la tierra, en tiempo de invierno el endurecerla. ¿No lo habeis observado? A medida que el sol va retirando sus luces y vibrando pequeños y lánguidos rayos, se entristece la infeliz, se descolora y desfallece. Desiertos los campos, desnudas las plantas, marchitas las flores, secas las yerbas y melancólicos los prados, no ya un verde vivo y ameno, no ya un cielo claro y brillante, sino solo oscuridad, tristeza, melancolía y horror presenta. Las frias tempestades, las excesivas lluvias y los impetuosos vientos la desolan, hasta tanto, que, por fin, con el peso de las nieves y de los hielos se congela y petrifica. ¡Ó qué imágen tan viva de un alma abandonada de Dios, y de la cual, por

consiguiente, ha retirado sus gracias y sus luces mas copiosas y mas brillantes! Cae prontamente la miserable por una necesidad muy lastimosa, pero que solo á ella puede imputarse, en un frio mortal y en una mortal dureza, que únicamente se podria ablandar, mudando, por decirlo así, de estacion, y saliendo y alumbrándola el Sol divino, á la manera que sale nuestro sol y alumbra la tierra con ardientes rayos en el estío: quiero decir, que únicamente podria ablandarse, echando Dios mano de alguna de aquellas extraordinarias gracias de favor y de eleccion, que tiene reservadas en los tesoros de su misericordia; pero á la cual ha resuelto no recurrir en favor de éste, una vez que le ha abandonado. Así pues, ¿qué será del infeliz?

Vengan fieles amigos ó compasivos parientes, á persuadirle con ruegos los mas afectuosos, que ponga ya fin á una vida disoluta, que es el escándalo de todo el país: el corazon está duro, no cede: *Induratum est cor.* Exod. vii, 22. Vengan ministros del Señor, y acométanle con las mas severas amenazas de una muerte próxima, de un juicio formidable y de una desventurada eternidad: el corazon está duro, no se amedrenta. Vengan directores espirituales, y, despues de caritativas y saludables amonestaciones, póngale de por fuerza en las manos algun libro devoto, capaz de convencerle y reducirle á la razon. El corazon está duro, no se conmueve. Venga Dios mismo, y con el azote en la mano, empieze á darle muchos y terribles golpes de bancarrotas, de tribulaciones y de enfermedades. El corazon está duro, no se resiente, y antes, por el contrario, mucho mas se endurece, al modo de un yunque, añade Job, en una negra y ahumada fragua, con los repetidos golpes del herrero. *Cor ejus indurabitur tanquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus.* Job, li, 15. Y ¿no pudiera yo confirmaros todo esto con el durísimo Faraon? Mas, pues que el tiempo no me lo permite, limitaré mi argumento y diré así: el único remedio en que podria fundar esperanzas de salvarse este pecador, castigado por Dios con abandonarle, seria Dios mismo, autor de tal castigo; serian sus gracias, unas de iluminacion para alumbrar su entendimiento, y otras de afeccion para mover su voluntad; pero ni las unas ni las otras, atendida, por una parte, la firme resolucion de Dios, justamente irritado, de no echar mano de gracias extraordinarias y privilegiadas, y atendida, por la otra, la fuerte obstinacion del pecador de no valerse de las ordinarias y suficientes; no le alumbrarán ni ablandarán, puesto que ya no hay remedio para él. Con razon, pues, el santo David se volvia á Dios, y le suplicaba tan fervorosamente, que nunca le arrojase de su presencia: *Ne projicias me à facie tua.* Psalm. lx, 13: sí, con razon, porque,

segun el doctísimo Belarmino, entónces se dice, que una persona aparta ó arroja á otra de su presencia, cuando la deja y desampara, para no volverla mas á su gracia. De aquí es, que algunos llamaron á semejante abandono principio de condenacion, y aun otros condenacion anticipada; y no por otra razon, ciertamente, sino por la grande y estrecha union que tiene con el último y eterno abandono, en que Dios exterminando y arrojando de sí para siempre á los pecadores, les dirá en el dia del juicio: malditos, apartáos de mí. *Discedite à me, maledicti.* Matth. xxv, 41.

¿Qué decís ahora, amadísimos oyentes? ¿Acaso, que en vano me he tomado hoy la molestia de predicaros este sermon, si hablando de Dios he hablado de un enfermo, que ya no quiere tomar ningun remedio para curar su mal? Mas vosotros no os haceis cargo de que si he hablado de él, no he pensado hablar con él mismo. ¿Quién no vé, que en tal caso hubiera hablado al aire, y dirigido mis palabras á un sordo, que no me escucha? No he hablado pues á él, sino de él á vosotros; á vosotros, que quizá estais cerca de recibir tan horrendo castigo. Ya me parece que sobre vosotros se estremece el cielo, y que desde allá arriba resuenan sobre vuestra cabeza estas tremendas voces de Jeremías: hemos curado á Babilonia y no ha sanado, y así abandonémosla: *Curavimus Babylonem, et non est sanata: derelinquamus eam.* Jerem. lxi, 9. Con esta alma contumaz se ha hecho ya experiencia de los bálsamos mas selectos y de las medicinas mas saludables; la hemos curado con las paternales correcciones de los confesores; la hemos curado con las celosas invectivas de fervorosos predicadores; la hemos curado con internos y vivos temores, con dulces ilustraciones, con inquietudes y remordimientos; la hemos curado hasta con el hierro y con el fuego, con desgracias y enfermedades; y, á pesar de todo esto, aun no ha sanado, ni da tampoco esperanzas de sanar, antes cada vez mas hedionda y llena de gusanos, sigue la perversa llaga echando materia y podredumbre. Véte, pues, dice Dios, que aunque en adelante tenga cuidado de un turco, de un infiel ó de cualquiera otro, de tí no quiero acordarme mas: te abandono. Véte, repite María; te arranco del pecho aquella ternura que en tus juveniles años te traía muchas veces á mis altares con los ojos llenos de lágrimas, y desde luego te abandono. Véte, repiten los ángeles; ya no te hablaremos mas al corazon con aquellas tan contínuas y fuertes inspiraciones: te abandonamos. Véte, gritan los santos; ya no tendrás nuestro poderoso amparo ni nuestra amorosa proteccion: tambien nosotros te abandonamos. En tal situacion, ó alma, ¿qué será de tí? ¡Ah hombres, que vivís olvidados del Señor! haceos

por último cargo de esto: *Intelligite hæc qui obliviscimini Deum.* Psalm. lix, 22; y andad, miéntras teneis luz: *Ambulate dum lucem habetis.* Joan. xii, 35. Miéntras que os ilumina algun rayo de luz, y antes que se aumenten mas las tinieblas y se oscurezca enteramente el dia, volved, ó extraviados, al recto camino, y buscad, pecadores, los caminos de Dios para poneros en salvo.

6. ¿Qué seria, amados oyentes, si á alguno de nosotros se hubiese ya impuesto tan gran castigo, y se hallase á la hora esta abandonado de Dios? ¡Ó infeliz, que ya no habria remedio para él! *Nemo possit corrigere, quem ille despexerit.* Eccles. vii, 14. Y ¿no habrá, por ventura, aquí presente mas de uno, que se lo haya merecido, y merecido muchas veces, y que aun él mismo lo haya pedido muchas veces á Dios? Hablad vosotros, hermano mio y hermana mia; vosotros, digo, que á pesar de sus positivas prohibiciones y de sus amenazas os encaprichasteis en elegir la culpa. ¿Qué dijisteis entónces al Señor? Si el santo Job no os entendió mal, dijisteis con el lenguaje de los hechos: Señor, no puede negarse que son buenos, justos y santos vuestros divinos preceptos; pero por mas rectos que sean vuestros caminos, no me agradan, y así no me importuneis mas y retiraos: *Dixerunt Deo: Recede à nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus.* Job, xxi, 13. Por tanto, de nadie podeis quejaros, si Dios despues de muchas desatentas repulsas vuestras, y despues de haber vuelto inútil y amorosamente á vosotros, hallándoos obstinados en vuestro inconsiderado parecer de no quererle, responde por fin: será necesario que yo me rinda á tu dureza. ¿Quieres que me retire? pues me retiro. ¿Que me aparte? pues me aparto. ¿Que te abandone? pues te abandono.

En vista de eso, padre, ya no hay remedio. Yo estoy sin duda abandonado de Dios, yo estoy sin duda abandonada de Dios.—¿Qué queréis que diga? Aunque vosotros lo hayais verdaderamente merecido, ni Dios siempre lo hace, ni yo sé que lo haya hecho, siendo éste, como os he dicho, un castigo, que se impone sin estrépito ni ruido. Y ¿quién ha de poder reconocer al que está en efecto abandonado, si éste, mas que otros, afecta risa en sus labios y alegria en su semblante?—Pero, padre, segun el juicio que formais, ¿estoy ó no estoy abandonado, estoy ó no estoy abandonada de Dios?—Hacedme la gracia, amado hermano y amada hermana, de no obligarme á hablar sobre lo que yo quisiera guardar un profundo silencio. Dejad mas bien que me postre á los piés de este divino Salvador, y que estrechándome con su cruz, le pida anegado en lágrimas, que se compadezca de vosotros, y que vuelva á miraros con ojos de miseri-

cordia. Mas ¿de qué servirán mis ruegos, si estuvieseis abandonados de él, cuando, en el acto mismo de abandonaros, habria cerrado para siempre los oidos á toda especie de súplicas é intercesiones? ¿No le pedia llorando el buen Samuel por el reprobado Saul? Pero *¿hasta cuando, profeta*, le respondió Dios, *me has de estar importunando con tus tristes ruegos en favor de Saul?* No quiero oir hablar mas palabra de él: ¿me entiendes? ya le he abandonado. *Usquequo tu luges Saul, cum ego projecerim eum* I. Reg. xvi, 1.—Tanto mas, pues, crece, padre, nuestro temor. Ea, acabad de una vez y decidnos por lo ménos, que os parece: ¿estoy abandonado, estoy abandonada de Dios?—¡Jesús, mil veces, y en que estrechura quereis hoy ponerme! Y ¿de qué serviria, al fin, que yo os lo dijese, si no os pareceria ni un gran bien el no estarlo, ni un gran mal el estarlo?—O, padre, no digais eso, que yo, por lo ménos, solo de pensar al presente que puedo estarlo, ¡ay Dios mio! tiemblo... me estremezco...—¡Si lo dijeseis de veras..... si lo dijeseis de veras....! Pero ¿debo yo tan fácilmente creerlo?—Si, padre.—Pues alentaos y consolaos: no, aun no estás abandonado, aun no estás abandonada de Dios; pero guardaos y temed. ¿Qué indicio quereis mas claro de no estarlo, que vuestro mismo temor? Los abandonados de Dios ya no temen; y si vosotros lo estuvieseis, ninguna impresion os hubieran hecho mis palabras: sostendriais su peso sin sentirlo, y ya no os acordariais mas de ellas. Tema, pues, solamente el estarlo, quien hoy no teme.

Empero ¡ó misericordiosísimo Dios, terrible por otra parte en vuestras mismas misericordias! hacednos hoy la gracia de que todos temamos. Miéntras que temiéremos ser abandonados de vos, no os abandonaremos; y miéntras que no os abandonemos, no nos abandonareis. Si por las culpas, que hemos cometido, nos creeis dignos de castigo, hénos aquí dispuestos para sostener todo el peso de vuestra justísima ira, y para llevar con resignacion vuestros azotes. Llevaré, diré yo por todos, la ira del Señor sobre mí, porque pequé contra él. *Iram Domini portabo, quoniam peccavi.* Mich. vii, 9. Solo os rogamos, que no nos castigueis con apartar de nosotros vuestro amabilísimo rostro, ni con ocultarnos en vuestra ira vuestro afabilísimo semblante. *Ne avertas faciem tuam à me: ne declines in ira á servo tuo.* Psalm. xxvi, 9. Acordaos, Jesús mio, de aquel dolorosísimo abandono que sufristeis en vuestras últimas agonías, cuando con voces débiles y moribundas exclamasteis desde la cruz á vuestro eterno Padre: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Matth. xxvii, 46. Por los méritos de tan gran dolor vuestro, Amor mio crucificado, y por una

tan gran fatiga de vuestro santísimo corazon, os pido que no nos abandoneis jamas.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

ABANDONO DE DIOS.—El hombre abandonado de Dios es el mas desgraciado, 1.° porque está en manos de su mayor enemigo; 2.° porque es víctima de todas sus pasiones.

ABANDONO DE DIOS.—El pecador abandonado de Dios es, 1.° el pecador mas osado; 2.° el pecador que debe estar mas arredrado.

ABANDONO DE DIOS.—El hombre abandonado de Dios, se halla en un estado el mas deplorable; 1.° por la mayor facilidad de pecar; 2.° por la mayor dificultad de salir del pecado.

ABANDONO DE DIOS.—Cuando Dios nos abandona, 1.° experimentamos el mas terrible de todos sus castigos; 2.° menospreciamos lo mas santo de nuestra religion; 3.° buscamos con frenesí nuestro bien en lo mas pernicioso del mundo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Percutiat te Dominus amentia, et cæcitate ac furore mentis, et palpes in meridie, sicut palpare solet cæcus in tenebris, et non dirigas vias tuas. Deut. xxviii, 28.

Te castigará el Señor con la locura ó *delirio*, con la ceguedad y con frenesí: de suerte, que andarás á tientas en medio del dia, como suele andar un ciego rodeado de tinieblas, y así no acertarás en ninguna cosa que emprendas.

Palpavimus sicut cæci parietem, et quasi absque oculis attrectavimus: impegimus meridie quasi in tenebris, in caliginosis quasi mortui. Isai. lxix, 10.

Vamos palpando la pared como ciegos, y andamos á tientas como si no tuviéramos ojos: en medio del dia tropezamos como si estuviésemos en medio de la noche: estamos en oscuros lugares como los muertos *en los sepulcros*.

Obscurentur oculi eorum, ne videant; et dorsum eorum semper incurva. Psalm. lxxviii, 24.

Oscurézcanse sus ojos para que no vean, y tráelos siempre agobiados.

Cavete, ne forte decipiatur cor

Guardaos que no se deje sedu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vestrum, et recedatis à Domino... iratusque Dominus claudat cœlum, et pluviæ non descendant, nec terra det germen suum, et pereatis. DEUTER. XI, 16, 17.

Quis novit potestatem iræ tuæ, et præ timore tuo iram tuam dinumerare? PSALM. XLIX, 11.

Iniquitates vestra diviserunt inter vos et Deum vestrum; et peccata vestra absconderunt faciem ejus à vobis, ne exaudiret. ISAI. LXIX, 2.

Peccata vestra prohibuerunt bonum a vobis. JEREM. V, 25.

Misereamur impio, et non discet justitiam. ISAI. XXVI, 10.

Impios tradidi gladio, dicit Dominus. JEREM. XXV, 31.

Iniquitates suæ capiunt impium... Ipse morietur, quia non habuit disciplinam, et in multitudine stultitiæ suæ decipietur. PROV. V, 22 y 23.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit, sed sequitur eum ignominia, et opprobrium. PROV. XVIII, 3.

Elevatum est cor tuum in decore tuo; perdidisti sapientiam tuam in decore tuo, in terram projecite. EZECH. XXVIII, 17.

cir vuestro corazon y os aparteis del Señor... no sea que irritado el Señor cierre el cielo, y no caigan lluvias, ni la tierra produzca sus frutos y seais luego exterminados.

¿Quién podrá conocer la grandeza de tu ira, ni comprender cuán terrible es tu indignacion?

Vuestras iniquidades han puesto *un muro de* separacion entre vosotros y vuestro Dios; y vuestros pecados le han hecho volver su rostro de vosotros para no escucharos.

Vuestros pecados han retraido de vosotros el *bienestar*.

Téngase compasion del impío, y no aprenderá *jamás* la justicia.

He entregado los impíos, dice el Señor, al filo de la espada.

El impío será presa de sus mismas iniquidades. *Al fin* él morirá infelizmente, porque desechó la amonestacion, y se hallará engañado por el esceso de su locura.

De nada hace ya caso el impío cuando ha caido en el abismo de los pecados, pero se cubre de ignominia y de oprobio.

Se ha engreido tu corazon por causa de tu hermosura, y corrompídose tu sabiduría por causa de tu brillo, por eso te arrojé al suelo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La misericordia que Dios, al parecer, usó con el desgraciado Cain, grabando en su frente una señal para que nadie atentase contra su vida, es un terrible ejemplo de su abandono, porque, en sentir de los sagrados intérpretes, aquella señal lo era de su reprobacion, y

daba espanto á cuantos le miraban: por esto nos dice el sagrado texto, que vivió errante sobre la tierra. GEN. IV.

Los hombres entregados á todas las pasiones antes del diluvio universal, son una imágen viva y significativa del infeliz pecador á quien Dios abandona. Engaños, violencias, brutalidades, tiranía y crueldad, formaban el carácter de los habitantes del mundo en una época en que la humanidad se habia degradado: este es el carácter que distingue todavía á los que son abandonados de Dios.

Saul entregado á su espíritu perverso, no siente el haber ofendido á Dios, sino el verse por sus iniquidades desprestigiado en el concepto de su pueblo: así los que cegados por la propia estimacion se adoran á sí mismos, no sienten las injurias que hacen á Dios, sino el descrédito que les acarrea su depravada conducta. I. REG. XV.

Faraon, obstinado á la vista de espantosos prodigios y repetidas plagas, nos ofrece tambien uno de los mas terribles efectos del abandono de Dios. Consúltese el libro del Exodo desde el cap. IV hasta el XIV inclusive, y se verá claramente que, llegada esa hora fatal del abandono de Dios, los avisos, los milagros, las amenazas, los favores y castigos se convierten para el pecador en motivos de mayor obstinacion y coraje.

Consúltese el cap. XXIII del Evangelio de S. Mateo, y pondérense las terribles palabras de Jesucristo contra los escribas y fariseos, especialmente la frase: *Et vos implete mensuram patrum vestrorum;* recuérdense los esfuerzos que hicieron aquellos hipócritas para sorprender al Salvador, desacreditar su doctrina, desvirtuar sus milagros y hacer odiosa su persona: su obstinacion los llevó al extremo de darle muerte afrentosa y cruel; y se verán los precipicios en que cae el hombre cuando á fuerza de resistir á las divinas gracias se acarrea el abondono de Dios.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Cum in gravi peccato miser homo labitur, suadet ei diabolus ne pœniteat, misericordiam ei prædicat, longum spatium vitæ promittit, ut sic in contemptum Dei, et desperationem sui inducat. GREGOR. in quad. homil.

Cuando el hombre frágil cae en algun pecado grave, el diablo le disuade de que se arrepienta, le recuerda que la misericordia de Dios no tiene límites, le promete larga vida para inducirle por este camino al desprecio de Dios y á la desesperacion.

Non est grave cadere luctantem,

No es lo peor sucumbir en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sed jacere dejectum. Non est perniciosum in prœlio vulnerari, sed post vulnus acceptum desperatione curandi medelam vulneri denegare. Chrys. epist. ad Heliodor. mon.

lucha, sino el ser insensible en la derrota. No es lo mas fatal salir herido en el combate, sino el rehusar el remedio como si se desconfiase de curar.

Nulla præsumptio perniciosior, quam de propria justitia, aut scientia superbire. Aug. sup. illud Eccli. 7 non te justifices ante Deum, etc.

No hay peor presuncion que la de hacer alarde y enorgullecerse de la propia virtud ó sabiduría.

Véase IMPENITENCIA FINAL.

ABJURACION.

PLÁTICA.

1. ¡Qué ministerio tan dulce y consolador vengo á ejercer hoy cerca de vosotros! ¡Dichoso yo, á quien plugo al Señor elegir para ser el instrumento de sus grandes misericordias! No ha mucho estabais apartados del reino de Dios, no por culpa vuestra, ni por vuestra voluntad, sino por una desgracia inherente á vuestro orígen. Conociais á Jesucristo; pero no conociais á su esposa la Iglesia, dispensadora única de todos sus tesoros, y única madre de todos sus hijos. Alzábase una antigua barrera entre vosotros y la Ciudad santa donde Jesús estableció su morada, donde se custodia el depósito de sus leyes y de la sana doctrina, donde se ofrece el sacrificio de propiciacion por los pecados del mundo, donde el espíritu que nos santifica comunica sus dones, donde fluyen sin cesar las corrientes de las gracias y de los divinos consuelos. Ha llegado, por fin, el momento en

que esa barrera va á desplomarse; ábrense ya para recibiros las puertas de la verdadera Jerusalen; pisais el pavimento sagrado en la casa del Dios vivo; y á vuestra vista teneis el altar donde, dentro de poco, sereis admitidos á la participacion de los mas adorables misterios. En cualquiera otra parte, el culto que se tributa á Dios es una mera sombra y un simulacro; el ministerio, una representacion desprovista de eficacia; la creencia, un error; la esperanza, una ilusion; y el nombre de cristiano un título ideal ajeno á todos los derechos que nos le hacen tan caro y precioso. Solo aquí está la sustancia, la presencia de la Divinidad, la realidad del sacrificio y de los sacramentos de la nueva ley, la legitimidad y el poder del sacerdocio, la integridad de la fe, la solidez de las promesas, la eficacia de la oracion, las prendas infalibles de una vida inmortal.

Tomad posesion de todos estos bienes, vosotros, que felizmente habeis visto brillar un rayo de la luz celestial en medio de las densas tinieblas que os rodeaban; vosotros, que siguiendo en pos de su claridad y buscando la verdad con incansable perseverancia, llegasteis á conocerla, y vais á salir para siempre de la region sombría de la muerte para trasladaros á la esfera en que el sol de justicia brilla, da calor y vivifica.

2. ¡Gran Dios! ¡Cuán visible es vuestra predileccion por ciertas almas! ¡Cuán admirables son los prodigios de vuestra misericordia para con unos, al par que terribles los efectos de vuestra justicia para con otros! ¿Por qué, Señor, (si no es permitido sondear el mas profundo de vuestros secretos) por qué, cuando tantos hijos de la Iglesia desprecian la verdadera doctrina en que se habian nutrido con la leche, se apartan de la luz que les alumbró desde su cuna, y renuncian á la salud que tenian, por decirlo así, en sus manos; hay, al contrario, almas que, oriundas del seno del error y nutridas de sus máximas, conciben instantáneamente la idea de tornar á aquella antigua fe que sus padres abandonaron tanto tiempo ha, y llevadas de un ardor que las eleva sobre toda consideracion humana, y las hace desafiar á las preocupaciones de una secta y de un mundo impío, rompen los lazos de la carne y de la sangre, y sacrifican unos intereses que estima en tanto la naturaleza, por comprar con ellos la dicha de ser contadas en el número de las ovejas de vuestro aprisco, y de los herederos de vuestro reino? ¿Qué ha podido hacerlas merecedoras de una gracia tan eficaz y admirable? ¿Diremos, acaso, que se debia á la rectitud de sus espíritus y á la generosidad de sus corazones? No, Dios mio; este seria un lenguaje demasiado humano. Sabemos que vuestros beneficios son gratuitos; que si á veces los conce-

sed jacere dejectum. Non est perniciosum in prœlio vulnerari, sed post vulnus acceptum desperatione curandi medelam vulneri denegare. Chrys. epist. ad Heliodor. mon.

lucha, sino el ser insensible en la derrota. No es lo mas fatal salir herido en el combate, sino el rehusar el remedio como si se desconfiase de curar.

Nulla præsumptio perniciosior, quam de propria justitia, aut scientia superbire. Aug. sup. illud Eccli. 7 non te justifices ante Deum, etc.

No hay peor presuncion que la de hacer alarde y enorgullecerse de la propia virtud ó sabiduría.

Véase IMPENITENCIA FINAL.

ABJURACION.

PLÁTICA.

1. ¡Qué ministerio tan dulce y consolador vengo á ejercer hoy cerca de vosotros! ¡Dichoso yo, á quien plugo al Señor elegir para ser el instrumento de sus grandes misericordias! No ha mucho estabais apartados del reino de Dios, no por culpa vuestra, ni por vuestra voluntad, sino por una desgracia inherente á vuestro orígen. Conociais á Jesucristo; pero no conociais á su esposa la Iglesia, dispensadora única de todos sus tesoros, y única madre de todos sus hijos. Alzábase una antigua barrera entre vosotros y la Ciudad santa donde Jesús estableció su morada, donde se custodia el depósito de sus leyes y de la sana doctrina, donde se ofrece el sacrificio de propiciacion por los pecados del mundo, donde el espíritu que nos santifica comunica sus dones, donde fluyen sin cesar las corrientes de las gracias y de los divinos consuelos. Ha llegado, por fin, el momento en

que esa barrera va á desplomarse; ábrense ya para recibiros las puertas de la verdadera Jerusalen; pisais el pavimento sagrado en la casa del Dios vivo; y á vuestra vista teneis el altar donde, dentro de poco, sereis admitidos á la participacion de los mas adorables misterios. En cualquiera otra parte, el culto que se tributa á Dios es una mera sombra y un simulacro; el ministerio, una representacion desprovista de eficacia; la creencia, un error; la esperanza, una ilusion; y el nombre de cristiano un título ideal ajeno á todos los derechos que nos le hacen tan caro y precioso. Solo aquí está la sustancia, la presencia de la Divinidad, la realidad del sacrificio y de los sacramentos de la nueva ley, la legitimidad y el poder del sacerdocio, la integridad de la fe, la solidez de las promesas, la eficacia de la oracion, las prendas infalibles de una vida inmortal.

Tomad posesion de todos estos bienes, vosotros, que felizmente habeis visto brillar un rayo de la luz celestial en medio de las densas tinieblas que os rodeaban; vosotros, que siguiendo en pos de su claridad y buscando la verdad con incansable perseverancia, llegasteis á conocerla, y vais á salir para siempre de la region sombría de la muerte para trasladaros á la esfera en que el sol de justicia brilla, da calor y vivifica.

2. ¡Gran Dios! ¡Cuán visible es vuestra predileccion por ciertas almas! ¡Cuán admirables son los prodigios de vuestra misericordia para con unos, al par que terribles los efectos de vuestra justicia para con otros! ¿Por qué, Señor, (si no es permitido sondear el mas profundo de vuestros secretos) por qué, cuando tantos hijos de la Iglesia desprecian la verdadera doctrina en que se habian nutrido con la leche, se apartan de la luz que les alumbró desde su cuna, y renuncian á la salud que tenian, por decirlo así, en sus manos; hay, al contrario, almas que, oriundas del seno del error y nutridas de sus máximas, conciben instantáneamente la idea de tornar á aquella antigua fe que sus padres abandonaron tanto tiempo ha, y llevadas de un ardor que las eleva sobre toda consideracion humana, y las hace desafiar á las preocupaciones de una secta y de un mundo impío, rompen los lazos de la carne y de la sangre, y sacrifican unos intereses que estima en tanto la naturaleza, por comprar con ellos la dicha de ser contadas en el número de las ovejas de vuestro aprisco, y de los herederos de vuestro reino? ¿Qué ha podido hacerlas merecedoras de una gracia tan eficaz y admirable? ¿Diremos, acaso, que se debia á la rectitud de sus espíritus y á la generosidad de sus corazones? No, Dios mio; este seria un lenguaje demasiado humano. Sabemos que vuestros beneficios son gratuitos; que si á veces los conce-

deis á título de recompensa, lo que realmente recompensais en vuestras criaturas, no son sino vuestros propios dones; y que la razon primera de vuestros beneficios solo se halla en vuestra misma bondad.

¿Qué agradecimiento no debeis, pues, á vuestro Dios, vosotros á quienes se ha dignado escoger y atraer bácia sí por un puro efecto de su amor? Todas las gracias temporales, los dones todos de la naturaleza son nada en comparacion de un favor tan singular. ¡Ah! ¿De qué os hubieran servido el nacimiento, la fortuna, los talentos y todos los bienes materiales, si hubieseis permanecido en el error hasta la muerte? La probidad misma, la delicadeza, el honor y las demás virtudes humanas; ¿de qué os hubieran aprovechado si el Señor os hubiera dejado vivir y morir en desgracia suya? Admiremos, empero, los medios de que se vale su bondad y los recursos de su sabiduría. Dios se ha servido de esas ventajas perecederas como de medios para proporcionaros los únicos bienes que subsisten eternamente; os ha colocado en una posicion elevada para haceros conocer mejor el vacío y la falsedad de las grandezas humanas; por medio de aflicciones saludables y de útiles reveses os ha proporcionado una ocasion oportuna de meditar en los intereses del porvenir; os ha hecho encontrar el remedio del error en la misma intemperancia de la lectura, en que con tanta frecuencia halla sus escollos la fe; os ha dado el amor de lo verdadero junto con un tacto exquisito para discernirlo. En el número sin cuento de los libros que la prensa da á luz todos los dias, os ha enseñado á distinguir las producciones del genio unido á la virtud, que tanto favorecen á un siglo tan deshonrado, por otra parte, por sus delirios; que esparcen una nueva luz sobre esas verdades antiguas, bases de todas las demas, que en vano han pretendido oscurecer la herejía y la incredulidad; y que tan poderosamente vengan á la religion y á la moral de los ultrajes que han recibido. Esos escritos han fijado toda vuestra atencion y formado vuestras delicias; sus autores se han convertido en vuestros amigos y consejeros; los elocuentes discursos pronunciados en la sagrada cátedra os han guiado al pié de nuestros altares; lo demas es obra de la gracia, ó por mejor decir, ella lo ha hecho todo: por manera, que cuando habeis venido á reclamar mi ministerio, ya no he tenido que desvanecer dudas ni esclarecer tinieblas; solo he tenido que satisfacer vuestros deseos ardientes y vuestro tierno afecto á la esposa de Jesucristo, que os hace aspirar únicamente á lanzaros en sus brazos como en los de una madre querida y respetada.

3. Venid, pues, hermanos mios, y ni un momento se retarde

vuestra reconciliacion con ella. Protestad en alta voz vuestra sumision á sus leyes, vuestro respeto á sus pastores legítimos, vuestra fidelidad inviolable en creer todo lo que ella enseña, en practicar cuanto manda, y en arreglar toda vuestra vida segun su espíritu y sus máximas. Consolad á la Iglesia de Dios, que hoy os recibe en su seno, y que sin cesar deplora la apostasía de sus hijos, el desprecio que hacen de sus dogmas y de sus mas venerandos preceptos, su odio, su furor, sus escándalos. ¡Ay de mí! No me es posible disimularlo. En esta sociedad respetable fundada por los apóstoles, de la cual empezais hoy á formar parte, hallareis un corto número de modelos que seguir, y muchos malos ejemplos que evitar. Llegado han los tiempos vaticinados; la relajacion ha prevalecido; la caridad ha menguado; y á excepcion de un corto número de verdaderos justos, los hijos de la luz apenas se distinguen de los hijos de las tinieblas.

No sucederá así, ¡oh divino Salvador! con esos que vuestra esposa va á dar á luz en este momento. No en vano se gloriará la Iglesia de estos renuevos de su fecundidad, que honran su vejez y jamás tornarán á su vergonzoso estado. No será ilusoria la alegría que experimenta al recoger hoy estos restos del gran naufragio, que tres siglos há le costó tantas lágrimas y conmovió sus entrañas. Esas almas francas y generosas, que en alas de una conviccion profunda y una sincera piedad se dejan conducir á sus fines, preferirán mil veces la pérdida de su vida antes que faltar á los juramentos que van á pronunciar, antes que contradecir con sus acciones el sagrado título de católicos que van á recibir, antes que avergonzarse de su fe, ó abusar de las gracias de que las va á colmar el cielo. En todas partes se las verá esparcir el buen olor de Jesucristo, inspirar con su fervor un noble estímulo á los fieles mas celosos, y atraer, con la persuasion y con el ejemplo, al rebaño del eterno Pastor una porcion de esas ovejas, que todavía prestan oidos á la voz de pastores mercenarios.

Ved ahí lo que de vosotros espera la Iglesia, amados hermanos mios; y ved ahí los deberes que contraeis al dar este paso para incorporaros á la gran familia católica. Pero no quiero prolongar por mas tiempo la santa impaciencia con que deseais pronunciar vuestras santas promesas. Presente está Dios para recibirlas; los ángeles se apresuran á ser testigos de este acto; el cielo todo está ansioso de recoger vuestras palabras; y el sacerdote solo espera que las pronuncieis para desataros, en nombre de la Iglesia y con su autoridad, los lazos que todavia os tienen separados de ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leed, pues, esa antigua profesion de fe, que se remonta hasta las primeras edades del cristianismo, y que ha sido aprobada por tantos Concilios. Declarad vuestra adhesion á las doctrinas de Nicea y de Trento, y uníos exteriormente, así como lo estais ya en espíritu y corazon, á la única autoridad invariable é infalible que hubo jamas en la tierra. Haciéndolo así, y viviendo, en adelante, conforme á las leyes de esta Iglesia universal depositaria de la verdad, mereceréis la paz, la alegria y la gracia de los justos en la tierra, y la gloria y felicidad de los predestinados en el cielo.

Para las sentencias de la sagrada Escritura y autoridades de los santos padres, véase Conversion, *y* Fe.

ALOCUCION SOBRE LA ABJURACION.

¿Quereis, amado hermano mio (ó hermana mia), conocer y experimentar mas de cerca la grandeza de la gracia que hoy recibís? Considerad con los ojos de la fe la deplorable condicion de que os ha sacado la mano bienhechora del Señor, y el feliz estado en que os va ha colocar. Envuelto por vuestro nacimiento en las tinieblas de la herejía, estabais como una oveja sin pastor; como una rama separada del árbol, que perece por falta de alimento; como un viajero extraviado, que alarga su camino y sus fatigas sin llegar jamas al término que se habia propuesto. Hablemos con mas claridad: entregado á vuestro propio espíritu, careciais de una luz segura que os guiase por las sendas de la justicia y de la salvacion. Ninguna autoridad, digna de vuestra sumision, podia resolver vuestras incertidumbres y prescribiros lo que debiais creer y practicar; finalmente, á vuestra alma, cubierta de heridas mortales, le faltaban los médicos y los remedios que únicamente podian curaros; mas volviendo á entrar en la Iglesia, vais á participar de todos los bienes de que es depositaria, y á recibir de la misma los auxilios indispensables á vuestras necesidades. Ella es la columna y el órgano de la verdad, el arca misteriosa donde se ha de buscar un abrigo, so pena de sumergirse en el diluvio de los errores humanos; es la santa ciudad de Dios, el templo de su adoracion, la casa en que habita, la esposa del cuerpo místico de su Hijo muy amado. En su doctrina y en su autoridad encontrareis la regla infalible de vuestra fe y de vuestras costumbres; en la virtud de sus sacramentos, la santidad y las fuerzas que el pecado os habia arrebatado; en la eficacia de sus oraciones, las gracias abundantes que se conceden solamente á sus gemidos.

Aqui el sacerdote, dirigiendo la palabra á los fieles que están presentes, añadirá:

Y vosotros, cristianos, á quienes congrega hoy la piedad en este lugar, para participar del gozo de la Iglesia por la felicidad de uno de vuestros hermanos, afligios, al propio tiempo, por la suerte de tantos otros, que la herejía nos ha arrebatado y que perseveran obstinadamente en su separacion; pedid á Dios que se digne disipar sus tinieblas, vencer su resistencia, traerlos á la casa paternal, y devolverles la herencia celestial, de cuya parte se han privado voluntariamente. Pero si deseais con sinceridad su conversion, recordad que vuestros escándalos les han servido de pretexto, y que en castigo de ellos ha sobrevenido el cisma. No deis márgen á tan injusta y deplorable excusa: dadles buenos ejemplos, y haced que la santidad de vuestras costumbres les prevenga en favor de la pureza de vuestra fe. Así sea.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PLAN PRIMERO.

La abjuracion es tan agradable á Dios, que va siempre acompañada de abundantes gracias; porque 1.° es un acto de filial sumision á su voluntad: 2.° Un acto de desprecio á todo humano respeto: 3.° un acto muy edificante á propios y á extraños.

I. Nada agrada tanto á Dios, como seguir sus inspiraciones, y hacer su voluntad santísima. El que abjura sus errores, sigue sus inspiraciones, reconoce sus errores, y vuelve al camino de la verdad, que es como si dijéramos: abre los ojos á la luz, y en un momento de verdadera conviccion exclama con Saulo: *¿Domine quid me vis facere?* Act. ix, 6. Pues á esta sumision del hombre á la voz de Dios, sigue siempre el cumplimiento de las magníficas promesas del Señor. Abrahan Genes. xii, xvii, 23. xxii. Moisés y el pueblo de Israel, Exod. xv, 26. xix, 5, 6. xx, 6. xxiii, 22 et seg... Deut. iv, 40. vii. xi. Saul I. Reg. xiii, 12: Jonás I. Matatias I. Mach. ii, 20. Pedro y Andrés, Matth. iv, 19, 20.

II. No hay duda que el hombre extraviado, antes de abjurar solemnemente sus errores, tiene que sostener una horrenda lucha contra su amor propio, tal vez contra sus parientes y amigos, y siempre contra la fatal preocupacion: « ¿que dirán? » lucha que no podria sostenerse victoriosamente sin un señalado auxilio de la gracia. Pero, en aquel acto solemne, el hombre triunfa de su amor propio, de todos

los obstáculos de la sangre y de los respectos humanos. Es un acto de valor, de abnegacion, de verdadera libertad, al cual están vinculados grandes premios, y muy señaladamente el que Jesucristo prometió á los que, por amor suyo, abandonarian á sus padres, hermanos, esposa, etc.; porque realmente se les abandona en cuanto son contrarios á nuestra salvacion.

III. Si los malos ejemplos pierden á las almas, los ejemplos buenos contribuyen poderosamente á salvarlas. De ahí los terribles anatemas de Jesucristo contra los escandalosos; de ahí el precepto de edificar al prójimo por medio de buenas obras, para que sea glorificado el Padre celestial. Con la abjuracion queda Dios glorificado; los hermanos extraviados sienten el aguijon de la duda; los fieles se confirman en sus creencias, y se consuelan al ver que una alma entra en el redil de los verdaderos hijos de Dios, y herederos de la gloria. Muchos son los bienes que produce una sincera abjuracion.

PLAN SEGUNDO.

Muy extraviados andan los hombres sobre las ideas de libertad y de consecuencia. Parece que solo se quiere reconocer al hombre libre cuando se entrega al mal; y solo es considerado como consecuente miéntras persiste en el error. Vamos, pues, á demostrar, que el hombre, al abjurar sus errores, muéstrase verdaderamente libre y consecuente.

I. La verdadera libertad no consiste en hacer el mal, sino en practicar el bien. Dios, autor de la libertad, es impecable. No hay verdadera y santa libertad donde no hay el espíritu de Dios. Por tanto, nunca el hombre obra con tanta libertad como cuando rompe las cadenas del error y del vicio para abrazar la verdad y practicar la virtud. Esto hace el hombre que abjura sus errores. Ademas, las necesidades interiores que siente el hombre no se satisfacen con errores y vicios, sino con la verdad y la virtud; y el hombre nunca queda mas satisfecho, ni es mas libre é independiente, que cuando ha vencido los errores y dominado las pasiones que le esclavizaban.

II. El hombre tiene doble vida, y por lo mismo tiene tambien doble instinto de conservacion: el instinto de la conservacion de su cuerpo, y el de la conservacion de su espíritu. Y ¿qué no hace para conservar su espíritu, su memoria, para inmortalizarse? No puede calificarse de inconsecuente el hombre que, aquejado de un mal, prueba todos los remedios hasta dar con el verdadero y eficaz; muy al contrario, obra conforme al instinto de su conservacion. Pues

lo mismo debemos decir del hombre que, aquejado de error, que es mal del espíritu, mal que no le permite vivir tranquilo, busca el remedio eficaz, que es la verdadera Religion. El hombre debe vivir y morir en la religion en que ha nacido, si es la verdadera; pero debe abandonarla lo mas pronto posible si es falsa. El error no puede gozar de los mismos fueros que la verdad; por lo mismo que nos arrastra á la condenacion, debe ser expulsado de los entendimientos y de toda la sociedad. Por tanto, el hombre que abjura sus errores, se pone en el lugar que le corresponde, rechaza lo que debe ser rechazado; condena lo que debe ser condenado; maldice lo que le hacia infeliz. ¿Hay en esto inconsecuencia?

ABNEGACION.

Qui vult venire post me abnegat semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. (*Matth.* XVI, 24.)

Todas las obras de Dios, ménos el hombre, son perfectas en su género, con aquella perfeccion que hace esté dispuesta una cosa para realizar los fines á que se destina. Examinad las plantas: imposible os será describir la delicadeza, sabiduría y admirable mecanismo de sus órganos para la nutricion y produccion de las flores y los frutos. Examinad los animales, y no podreis ménos de admirar su mecanismo, su industria, su propagacion, y de abismaros con placer en la profundidad de las maravillas de Dios. Para llegar á sus fines ¡qué habilidad en la eleccion de medios! qué precauciones! qué constancia! qué uniformidad! Todos los sabios del mundo no lograrán jamas que las abejas construyan sus panales, y las arañas sus telas mejor que ahora lo hacen.

008334

los obstáculos de la sangre y de los respectos humanos. Es un acto de valor, de abnegacion, de verdadera libertad, al cual están vinculados grandes premios, y muy señaladamente el que Jesucristo prometió á los que, por amor suyo, abandonarian á sus padres, hermanos, esposa, etc.; porque realmente se les abandona en cuanto son contrarios á nuestra salvacion.

III. Si los malos ejemplos pierden á las almas, los ejemplos buenos contribuyen poderosamente á salvarlas. De ahí los terribles anatemas de Jesucristo contra los escandalosos; de ahí el precepto de edificar al prójimo por medio de buenas obras, para que sea glorificado el Padre celestial. Con la abjuracion queda Dios glorificado; los hermanos extraviados sienten el aguijon de la duda; los fieles se confirman en sus creencias, y se consuelan al ver que una alma entra en el redil de los verdaderos hijos de Dios, y herederos de la gloria. Muchos son los bienes que produce una sincera abjuracion.

PLAN SEGUNDO.

Muy extraviados andan los hombres sobre las ideas de libertad y de consecuencia. Parece que solo se quiere reconocer al hombre libre cuando se entrega al mal; y solo es considerado como consecuente miéntras persiste en el error. Vamos, pues, á demostrar, que el hombre, al abjurar sus errores, muéstrase verdaderamente libre y consecuente.

I. La verdadera libertad no consiste en hacer el mal, sino en practicar el bien. Dios, autor de la libertad, es impecable. No hay verdadera y santa libertad donde no hay el espíritu de Dios. Por tanto, nunca el hombre obra con tanta libertad como cuando rompe las cadenas del error y del vicio para abrazar la verdad y practicar la virtud. Esto hace el hombre que abjura sus errores. Ademas, las necesidades interiores que siente el hombre no se satisfacen con errores y vicios, sino con la verdad y la virtud; y el hombre nunca queda mas satisfecho, ni es mas libre é independiente, que cuando ha vencido los errores y dominado las pasiones que le esclavizaban.

II. El hombre tiene doble vida, y por lo mismo tiene tambien doble instinto de conservacion: el instinto de la conservacion de su cuerpo, y el de la conservacion de su espíritu. Y ¿qué no hace para conservar su espíritu, su memoria, para inmortalizarse? No puede calificarse de inconsecuente el hombre que, aquejado de un mal, prueba todos los remedios hasta dar con el verdadero y eficaz; muy al contrario, obra conforme al instinto de su conservacion. Pues

lo mismo debemos decir del hombre que, aquejado de error, que es mal del espíritu, mal que no le permite vivir tranquilo, busca el remedio eficaz, que es la verdadera Religion. El hombre debe vivir y morir en la religion en que ha nacido, si es la verdadera; pero debe abandonarla lo mas pronto posible si es falsa. El error no puede gozar de los mismos fueros que la verdad; por lo mismo que nos arrastra á la condenacion, debe ser expulsado de los entendimientos y de toda la sociedad. Por tanto, el hombre que abjura sus errores, se pone en el lugar que le corresponde, rechaza lo que debe ser rechazado; condena lo que debe ser condenado; maldice lo que le hacia infeliz. ¿Hay en esto inconsecuencia?

ABNEGACION.

Qui vult venire post me abnegat semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. (*Matth.* XVI, 24.)

Todas las obras de Dios, ménos el hombre, son perfectas en su género, con aquella perfeccion que hace esté dispuesta una cosa para realizar los fines á que se destina. Examinad las plantas: imposible os será describir la delicadeza, sabiduría y admirable mecanismo de sus órganos para la nutricion y produccion de las flores y los frutos. Examinad los animales, y no podreis ménos de admirar su mecanismo, su industria, su propagacion, y de abismaros con placer en la profundidad de las maravillas de Dios. Para llegar á sus fines ¡qué habilidad en la eleccion de medios! qué precauciones! qué constancia! qué uniformidad! Todos los sabios del mundo no lograrán jamas que las abejas construyan sus panales, y las arañas sus telas mejor que ahora lo hacen.

008334

El hombre, por el contrario, bien que entre las criaturas visibles sea la mas noble que ha formado Dios; bien que esté dotado de esos grandes dones de razon y libertad, que le hacen semejante al Criador; bien que sea tan grande que arranca á los aires las aves y al mar sus peces para su subsistencia, y tan poderoso que mide la grandeza y distancia de los astros, anuncia de antemano sus movimientos, señala fijamente las épocas de sus revoluciones, y llega hasta hacerse obedecer del rayo; el hombre, digo, este hombre tan grande, esta obra superior de las manos de Dios, está llena de defectos. Su entendimiento, destinado á conducirle al conocimiento de la verdad, le envuelve en mil errores y absurdos; su voluntad, que le ha sido dada para que escoja el bien, se mira como arrastrada al mal por una propension que le es innata; su corazon, que solo en Dios puede hallar descanso, es víctima de mil pasiones á cual mas funestas; en una palabra, todo en el hombre es ignorancia, miseria, dolor y desgracia, tan luego como sale á la luz de este mundo.

Una obra tan excelente y al mismo tiempo tan defectuosa, no puede haber salido así de la mano del Criador. Siendo todo desórden en el hombre, no ha podido éste salir como es hoy de las manos de Dios, que es todo órden; hemos de creer, pues, que la obra divina ha sido violentamente cambiada y que ha decaido de su estado primitivo. Pero ¿quién ha obrado este cambio? quién ha introducido en el hombre este desórden? Vosotros lo sabeis muy bien; fué una contravencion á las órdenes expresas del Omnipotente; una transgresion de la voluntad divina; mas claro, un acto de propia voluntad. El Señor habia colocado á nuestros primeros padres en un lugar de delicias, en donde gozaban de todo lo que podia hacerles verdadera y positivamente felices. Nada les faltaba de cuanto el corazon humano es capaz de ansiar; solo un fruto, que era el de la ciencia del bien y del mal, les estaba prohibido, y no podian comer de él sin incurrir en la animadversion divina; pues el Señor les habia dicho terminantemente: «en el dia que comiereis de ese fruto morireis.» Tal era la voluntad de Dios, manifestada de una manera terminante; empero, el enemigo comun de Dios y del hombre, insinuándose en el corazon de la mujer, hizo nacer en él un afecto desordenado, un deseo funesto de hacer su propia voluntad; y, en efecto, la hizo, alargando su mano al frondoso árbol y gustando su fruto. No contenta con haber obrado contra el mandato de Dios, obligó en cierto modo á su esposo á participar de su pecado; y ambos con el fruto prohibido comieron la degradacion, la miseria y todas esas desdichas que nos han trasmitido. ¡Tristes resultados de un acto de propia voluntad!

Persuadido el demonio de que miéntras los hombres renuncien á sí mismos, á sus pasiones, á su voluntad, serán inútiles cuantos esfuerzos haga para perderlos, trabaja de contínuo en inspirarles un desmedido orgullo; se esfuerza á persuadirles que, siendo libres, no deben sufrir la menor resistencia sus deseos; y que es un baldon tolerar que nadie domine su voluntad; y de este modo logra que unos seres miserables se alcen alevosamente contra su Criador y quebranten sus preceptos. Y de aquí ¡cuántos males, cuántos infortunios, cuántas calamidades se originan en el mundo!

Es preciso, pues, que el sacerdote, en cumplimiento de su ministerio, levante su voz contra la propia voluntad, é inculque á los fieles la abnegacion. Esta es la primera virtud que Jesucristo exige de todos sus discípulos; por eso voy á demostraros, que la abnegacion nos es absolutamente necesaria. ¡Plegue al Señor que lo haga cual cumple á mi deber y del modo mas fructuoso para vuestras almas! Pidámoslo por la intercesion de la Vírgen Santísima: A. M.

1. Todos los siglos han admirado esta sublime palabra de Dios criador: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Gen. I, 26. El hombre, por consiguiente, fué creado en un estado perfecto, que llamamos de la inocencia. El pecado destruyó nuestra perfeccion primitiva, y, ademas, abrió profundas llagas en nuestra naturaleza. El hombre, á consecuencia del pecado, es un enfermo, que solo puede ser curado con remedios enérgicos. Vino el médico celestial, vino Jesucristo para aplicar el mas eficaz remedio á las llagas de nuestra degradada naturaleza. ¿Y sabeis que es lo primero que nos prescribe? La abnegacion. Subia el Salvador á Jerusalen, y por el camino explicaba á sus discípulos lo que en aquella ciudad habia de sucederle. «Nosotros, les dijo, vamos, como veis, á Jerusalen, dónde el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas y ancianos, que le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles: y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida, y al tercer dia resucitará. Marc. x, 33.» Pedro, tomando á Jesús aparte, trató de disuadírselo: «¡Ah Señor! exclamó, de ningun modo: no, no ha de verificarse esto en tí.» Pero Jesús vuelto á él le dijo: «Quítateme de delante, Satanás, que me escandalizas; porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres. Matth. xvi, 22.» Jesús reprende con tanta severidad á Pedro, á quien acababa de escojer para Cabeza de los apóstoles y Vicario

suyo en la tierra, porque trataba de apartarle del sacrificio, del acto mas sublime de abnegacion. Y luego añadió: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. Ibid.» ¿Qué significa negarse á sí mismo? Renunciar á su propia voluntad, para cumplir la voluntad de Dios. Negacion, pues, de la propia voluntad, ó sea, abnegacion; ved ahí lo primero que Jesucristo exige de todos sus discípulos.

¿Y sabeis por qué nos pide la renuncia de nuestra propia voluntad? Por que nos separa de él, haciéndonos contravenir á sus preceptos. La voluntad humana es la emponzoñada raiz de donde brotan todos los males, y la gran destructora de todas las virtudes. La propia voluntad es el foco de los malos pensamientos, de los deseos impuros, de los afectos desordenados, y de cuántos males conducen á la criatura á su eterna infelicidad. Cese de reinar la propia voluntad, decia san Bernardo, y no habrá infierno. El demonio, dice san Agustin, se hizo tal por su propia voluntad. Ella fué la que precipitó á Luzbel desde la cumbre del empíreo, y le convirtió de ángel de luz en ángel de tinieblas; por cuyo motivo podríamos llamarla, en su verdadero sentido, la madre del demonio; pues que éste no hubiera existido, si aquélla no le hubiese sugerido el loco designio de rebelarse contra Dios.

El enemigo de nuestra salvacion, persuadido por su propia experiencia de los males que causa la propia voluntad, sírvese de ella como de un instrumento el mas á propósito, y de una arma la mas poderosa para perdernos. Empero, ¿seríamos nosotros bastante insensatos para adherirnos á nuestra depravada voluntad? ¿Nos atreveríamos á someter á ella nuestro eterno porvenir? ¿Qué diríamos de un hombre que confiase su direccion á un sugeto imbécil, fátuo y privado de sentido comun? Diríamos que ese infeliz no podria esperar otra cosa, sino verse sumido en los mas lamentables extravíos. ¿Qué pensaríamos del que se arriesgase al imperio de un brioso corcel sin freno ni cosa alguna, que pudiera contenerle en su impetuosa carrera? Pensaríamos que este desgraciado acabaria por estrellarse contra el primer obstáculo que se le presentase por delante. ¿Qué juzgaríamos del que fiase su existencia á un bajel sin remo, sin vela, ni brújula, ni otro medio alguno de darle direccion? Juzgaríamos que su fin seria quedar sepultado en el abismo. Ahora bien; ¿Puede imaginarse director mas inepto, mas inconstante é imbécil que esa voluntad, que, desde el pecado del primer hombre, lleva consigo el gérmen de todos los extravíos? ¿Hallareis caballo mas desenfrenado, que esa voluntad que no se contiene ante ningun dique, que huella, cuando bien le place, todas las leyes del deber, y se precipita en la cima de los mas vergonzosos desórdenes? ¿Hay bajel mas frágil que esa voluntad naturalmente inconstante, á quien el mas lijero viento de las pasiones arrastra donde quiera, sin rumbo cierto, contra la que chocan de contínuo las impetuosas olas de mil caprichos, que la despedazan y sepultan en lo mas hondo de los vicios? Huyamos, pues, de esta voluntad, si no queremos perecer. «Si un ciego, dice Jesucristo, se mete á guiar á otro ciego, entrambos caen en la hoya. Matth. xv, 15.» ¿Y puede hallarse un guia mas ciego que la propia voluntad? El que confie, pues, á ella su direccion, puede estar seguro de que se extraviará y será víctima de su temeridad.

2. Por esto nos aconseja el Espíritu Santo, que no caminemos en pos de nuestros deseos, y que huyamos de nuestra propia voluntad. *Post concupiscentias tuas nos abeas, et á voluntate tua avertere.* Eccl. xviii, 30. Nuestro guia, nuestra suprema regla debe ser la voluntad de Dios. Desde el instante mismo que nos es conocida, hemos de conformarnos con ella, sin omision alguna, sin la menor excusa. Al primer indicio del querer de Dios, ha de seguir la ejecucion, sin dilacion alguna. ¿No le debemos nuestra existencia? ¿No tiene absoluto dominio sobre nosotros? ¿No nos ha concedido el libre albedrío para que se lo consagrásemos todo entero y lo empleásemos solamente en complacerle? Consegrémoselo, pues; nuestra conformidad con su voluntad divina es la principal fuente de nuestra perfeccion y de nuestra felicidad; bien así como nuestra desconformidad con su voluntad suprema es la fuente de todos los pecados que nos cierran las puertas del cielo, y de todas las penas que no nos dejan gozar ni un solo instante de verdadera felicidad en la tierra.

3. En comprobacion de esta verdad, voy á referiros un hecho consignado en las Santas Escrituras. Saul, dócil á la voluntad de Dios, era feliz y dichoso; desde el instante que no se dejó regir por ella, fué un monarca desgraciado. Mandóle el Señor, por medio de Samuel, que destrozase los ejércitos de Amalec, sin perdonar á hombre ni muger, ni siquiera á los muchachos y niños de pecho; y que de sus bienes nada se reservase, sino que lo destruyese todo. Saul, empero, si bien cumplió con el precepto de Dios, exterminando completamente á los Amalecitas, y pasando á cuchillo á todo el pueblo, perdonó, no obstante, á su rey Agag, y reservó los mejores rebaños de ovejas y de vacas, y los carneros, y las mejores ropas, y en general, todo lo bueno. Entónces, habló el Señor á Samuel, y le dijo: «Pésame de haber hecho rey á Saul; porque me ha abandonado y no ha ejecutado mis órdenes.» Fué, pues, el profeta en busca de Saul; en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contróle en el acto de ofrecer un holocausto de las primicias del botin que habia traido de los Amalecitas, y le dijo: ¿ Por qué contra la voluntad de Dios has reservado estos despojos de sus enemigos? Yo he obedecido la voz del Señor, contestó Saul, y he pasado á cuchillo los Amalecitas. Verdad es que el pueblo ha separado del despojo ovejas y vacas, como primicias de lo que se debia destruir; pero los ha conservado para inmolarlas al Señor. Replicóle Samuel: ¿Por ventura el Señor no estima mas que los holocaustos y las víctimas, el que se haga su voluntad? La obediencia vale mas que los sacrificios; y el ser dócil importa mas que el ofrecer la grosura de los carneros. Por tanto, ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado á tí, y no quiere ya que seas Rey. I. Reg. xvi. Aqui teneis una prueba luminosa y convincente de lo mucho que desagrada á Dios el adherirse á su propia voluntad. ¡Oh! ¿quién no temblará al ver el castigo de Saul? Si tan indignado se mostró el Señor con él por haber reservado parte del botin, aun cuando lo hiciera con el fin de ofrecerle un sacrificio de alabanza y de accion de gracias; ¿qué no deberíamos temer nosotros, si por hacer nuestra voluntad nos reveláramos contra la suya? No aceptaria ninguno de nuestros sacrificios; y hasta nuestras obras mas buenas y santas, por lo mismo que en ellas dominaria nuestra propia voluntad, serian como si no fuesen, y tal vez convertiríanse en perjudiciales y nocivas para nosotros.

Escuchad la terrible reconvencion que por boca de Isaías dirige Dios al pueblo hebreo. «Clama, dijo el Señor al profeta; clama, no ceses: haz resonar tu voz como una trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa de Jacob sus pecados; ya que cada dia me requieren como en juicio, y quieren saber mis consejos. Como gente que hubiese vivido justamente, y que no hubiese abandonado la ley de su Dios, asi me demandan razon de los juicios ó decretos de mi justicia, y quieren acercarse á Dios. ¿Cómo es que hemos ayunado, dicen al Señor, y tú no has hecho caso? hemos humillado nuestras almas, ¿y te haces el desentendido? Es, responde el Señor, porque en el dia mismo de vuestro ayuno haceis vuestra voluntad.» *In die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.* Isai. lviii, 1 y sig. La misma contestacion recibirán indudablemente en el dia del juicio algunas personas que pasan por buenas, pero que obran siempre por su propio capricho. En vano clamarán entónces al Señor, viéndole airado: ¿No hemos practicado varias devociones? ¿No nos hemos privado de algunos placeres inocentes? ¿No hemos recibido con alguna frecuencia los santos sacramentos? Pues ¿cómo es que no teneis en cuenta todos

estos actos de virtud? Hemos trabajado inútilmente, y cuando pensábamos recoger el fruto de nuestras buenas obras, no encontramos sino odio, indignacion y justicia inflexible. *Quare jejunavimus et non aspexisti?* «No acepto vuestras obras, dirá el Señor; no me son agradables vuestras obras, porque en todas ellas reinó vuestra propia voluntad. Algunas de estas obras eran de suyo buenas y laudables; pero las haciais regidos por vuestro capricho, arrastrados de una propension á llenar vuestros deseos, y no para complacerme á mí. ¿Hice yo por ventura mi propia voluntad en la tierra? ¿No estuve siempre sumiso á la voluntad de mi Padre celestial? Vosotros debiais imitarme; y, sin embargo, siempre habeis hecho vuestra voluntad, y no la mia. Id, pues, lejos de mí:» *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.*

4. ¡Pluguiese al cielo, que ninguno de nosotros tuviese motivo para temer tan terrible reconvencion en el dia de la cuenta! ¡Ojalá reconociéramos el sublime precio de la abnegacion, y las incalculables ventajas que proporciona! Una paz íntima, sólida, permanente y casi siempre deliciosa, aun en medio de las mayores aflicciones, reina en el corazon de los hombres virtuosos, que, renunciando su propia voluntad, se esfuerzan á querer lo mismo que Dios quiere, y á no querer lo que él no quiere. ¿Sabeis que es lo que Dios mas desea, despues de su gloria? Desea nuestra felicidad; y todas las miras de su providencia nos enseñan, con respecto á este punto, que su fin es conciliar estas dos cosas, esto es, su gloria y nuestra dicha, y hacer que vayan juntas. Los medios son infalibles; á nosotros toca dejarle obrar, y resignarnos á lo que, ya directamente, ya mediante las criaturas, nos viene de sus manos. Querer lo que él quiere, es querer nuestra propia felicidad; y aceptar los medios que él nos ofrece, es aceptar el único camino que á ella puede conducirnos. ¿Y es posible, que teniendo á nuestra vista un camino tan llano, tan seguro, tan corto, tan expedito para llegar á la felicidad, nos repugne seguirlo? Direis tal vez: la abnegacion es costosa: nuestra conformidad con la voluntad de Dios exige penosos sacrificios. No lo niego; pero precisamente por esto es agradable á Dios y preciosa á sus ojos. ¿Quisiérais acaso que la perfeccion y la felicidad no os costasen ningun esfuezo? ¡Qué locura! ¿Está puesto en razon tan vano deseo? ¿cabe dentro la esfera de nuestra condicion presente?

Ademas de que, tenemos muy á la mano el medio de hacer suavísima y facil nuestra abnegacion. Nada nos impide emplearlo; antes al contrario, todo nos convida á ello. Entreguemos á Dios nuestra volun-

tad, y supliquémosle nos haga cumplir la suya con la eficacia y dulzura de su gracia. El único impedimento está en nosotros, que queremos ser dueños absolutos de nuestra voluntad para satisfacer nuestros deseos y no querer lo que Dios quiere. ¡Ah! renunciemos á esta pretension funesta, que no es mas que una usurpacion. Reconozcamos, al fin, que Dios nos dió el libre alvedrío para que solamente lo empleásemos en complacerle. Desde el instante que se lo consagremos, el amor nos enseñará, de la misma manera que lo enseñó á los santos, á cifrar nuestra gloria y felicidad terrenas en la sumision á la voluntad divina. ¿Qué nos importará entónces, que la abnegacion nos sea penosa? ¿Qué mayor contento que el poder sufrir algo por Dios? Ya sabemos que el amor vive de sacrificios; cualquiera sacrificio, pues, que debamos hacer á la voluntad divina, lo haremos de buen grado y hasta con placer. Por un lado, con la gracia divina, nuestro valor y nuestra generosidad irán continuamente en aumento; y por otro, la misma gracia allanará las dificultades de tal suerte, que nos parecerá muy hacedero y facil lo que nos parece ahora dificil y costoso; y la voluntad de Dios llegará á ser el alimento de nuestra alma de tal modo, que fuera de esta voluntad, el alma no encuentre vida.

Entremos, pues, dentro de nosotros; examinemos á fondo nuestro corazon, y si hallamos que nuestra propia voluntad se insinua en nuestras obras, hagamos una firme resolucion de sacrificarla. Pidamos á Dios con toda el alma, que para gloria suya y para felicidad nuestra se cumpla en nosotros su voluntad santísima, y que no tengamos de hoy mas voluntad, ni deseo, ni afectos propios. Decid á Dios con toda la efusion de vuestros corazones, lo que Jesucristo decia á su eterno Padre en el huerto de Getsemaní: *Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la tuya.* Y podeis añadir con un gran Santo: Recibid, Señor, toda mi libertad y toda mi voluntad. De vos lo hubimos todo; justo es que todo os lo demos: vuestro amor y vuestra gracia me bastan; nada mas he menester en este mundo para disfrutar la verdadera paz del corazon y el gozo de las almas justas, y despues la gloria por eternidades de eternidades.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere. Si præstes animæ tuæ concupiscentias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis. Eccli. xviii, 30 et 31.

No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos. Si satisfaces los antojos de tu alma, ella te hará la risa y fábula de tus enemigos.

Circumcidimini Domino, et auferte præputia cordium vestrorum, viri Juda, et habitatores Jerusalem: ne fortè egrediatur ut ignis indignatio mea, et succendatur, et non sit qui extinguat, propter malitiam cogitationum vestrarum. Jerem. iv, 4.

Circuncidaos por amor del Señor, y separad de vuestro corazon las inmundicias, oh vosotros varones de Judá, y moradores de Jerusalen: no sea que se manifieste cual fuego mi enojo, y suceda un incendio, y no haya quien pueda apagarle por causa de la malicia de vuestros designios.

Si oculus tuus dexter scandilizat te, erue eum, et projice abs te; expedit enim tibi, ut pereat unum membrorum tuorum, quàm totum corpus tuum mittatur in gehennam. Matth. v, 29.

Que si tu ojo derecho es para tí una ocasion de pecar, sácale y arrójale fuera de tí; pues mejor te está el perder uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et seguatur me. Ibid. xvi, 24.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su crúz, y sígame.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis. Galat. vi, 24.

Los que son de Cristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios, y las pasiones.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ejemplos insignes de abnegacion nos ofrece el patriarca Abraham saliendo de su patria, dejando á sus parientes y amigos para dirigirse á tierras enteramente desconocidas, Gen. xii, 1; y mostrándose dispuesto á sacrificar á su único hijo, sin esperanza de tener otro, solo porque Dios se lo habia mandado. Ibid. xxii, 2.

Sublime fué tambien la abnegacion de los Levitas en el desierto, cuando Moisés, rotas las tablas de la ley que habia recibido de Dios, al ver al pueblo entregado á la intemperancia y á la idolatría, exclamó: «El que sea del Señor, júntese conmigo»: y se le reunieron todos los hijos de Leví, á los cuales dijo: «Esto dice el Señor Dios de Israel: ponga cada cual la espada á su lado; pasad y traspasad por medio del campamento desde uno á otro extremo, y cada uno mate aunque sea al hermano, y al amigo y al vecino.» Ejecutose la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

órden, y perecieron á sus manos veinte y tres mil personas. Exod. xxxii.

Tambien descuella en la historia sagrada la abnegacion de Ruth, que por no abandonar á su suegra Noemi, salió de su tierra, dejó sus padres, exponiéndose á verse reducida á la miseria. Ruth. i.

Véase tambien la abnegacion de Job en el colmo de su desgracia, expresada con aquellas palabras: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* Job. i, 21.

No es ménos heróica la abnegacion del anciano Eleázaro y de los siete hermanos Macabeos, que prefirieron el martirio á las falsas promesas del tirano. II. Machab. vi et vii.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Voluntatem dico propiam, quando quod volumus, non ad honorem Dei, non ad utilitatem fratrum, sed propter nosmetipsos facimus. Bernard. ser. 3, de Resurrect.

Hacemos nuestra propia voluntad cuando lo que queremos lo ponemos en práctica, no por la gloria de Dios, ni por el bien de nuestros hermanos, sino por nosotros mismos.

Ille profecto sanctus est, qui voluntati propiæ renuntiavit. Joan. Climac.

Es verdaderamente santo el que ha renunciado á su propia voluntad.

Domine, quid me vis facere? O verbum breve, sed plenum, sed vivum, sed efficax, sed dignum omini acceptatione. S. Bernardinus. Ser. i de conv. S. Pauli.

Señor, ¿qué quereis que haga? O palabra breve, pero llena, pero viva, pero eficaz, y digna de ser muy estimada.

Optimus minister tuus est, qui non magis intuetur hoc á te audire, quod ipse voluerit; sed potius hoc velle, quod à te exaudierit. S. August. 20, conf. 2, 26.

Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que mandais es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que vos mandareis.

Non ores ut fiat, quæ fieri velis; sed potius ora ut fiat voluntas Dei in me. S. Nilo, cap. 29 de orat.

No pidais á Dios que haga lo que vos quereis, sino pedidle que se haga su voluntad en mí.

Æquius est ut nos ejus, quam ut ille nostram sequatur voluntatem. Nemo melius ordinat, quid agat, nisi qui paratior est non agere, quod divina potestate prohibetur, quam cupidior agere, quod humana cogitatione meditatur. Agus. lib. de Cathechizandis rudibus.

Mas razon es, que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra. Aquel ordena y traza mejor sus cosas, que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él habia trazado y pensado.

Véase AMOR PROPIO.

ABOMINACION DESOLADORA.

I.

Cum videritis abominationem desolationis... qui legit, intelligat.

Cuando viereis la abominacion desoladora.... quien lea esto nótelo bien.

(*Matth.* xxiv, 15.)

El corazon se comprime y los cabellos se erizan al leer la historia de la destruccion de Jerusalen, segun la refiere Josefo, historiador judío, nada sospechoso en esta materia. El tiempo de las gracias se habia concluido para aquel pueblo ciego, y era preciso que empezase el cumplimiento de las profecías. Jamás la venganza divina se ha manifestado mas terrible ni mas visiblemente, que en la destruccion de Jerusalen. Los judíos nunca habian debido sobrellevar tantas penalidades, ni aun en los cautiverios de Egipto, Asiria y Babilonia, como bajo el imperio de Tito y, en general, bajo la dominacion de los romanos. Pero estos males ¿vinieron acaso sobre los judíos, como cae el rayo sobre el infeliz que se siente herido y es víctima á un tiempo? No; muy al contrario. Los judíos habian recibido muchos avisos del cielo para que hicieran penitencia, y permanecieron sordos á todos los avisos y llamamientos. Jesucristo les predicó, obró en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

órden, y perecieron á sus manos veinte y tres mil personas. Exod. xxxii.

Tambien descuella en la historia sagrada la abnegacion de Ruth, que por no abandonar á su suegra Noemi, salió de su tierra, dejó sus padres, exponiéndose á verse reducida á la miseria. Ruth. i.

Véase tambien la abnegacion de Job en el colmo de su desgracia, expresada con aquellas palabras: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* Job. i, 21.

No es ménos heróica la abnegacion del anciano Eleázaro y de los siete hermanos Macabeos, que prefirieron el martirio á las falsas promesas del tirano. II. Machab. vi et vii.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Voluntatem dico propiam, quando quod volumus, non ad honorem Dei, non ad utilitatem fratrum, sed propter nosmetipsos facimus. Bernard. ser. 3, de Resurrect.

Hacemos nuestra propia voluntad cuando lo que queremos lo ponemos en práctica, no por la gloria de Dios, ni por el bien de nuestros hermanos, sino por nosotros mismos.

Ille profecto sanctus est, qui voluntati propiæ renuntiavit. Joan. Climac.

Es verdaderamente santo el que ha renunciado á su propia voluntad.

Domine, quid me vis facere? O verbum breve, sed plenum, sed vivum, sed efficax, sed dignum omini acceptatione. S. Bernardinus. Ser. i de conv. S. Pauli.

Señor, ¿qué quereis que haga? O palabra breve, pero llena, pero viva, pero eficaz, y digna de ser muy estimada.

Optimus minister tuus est, qui non magis intuetur hoc á te audire, quod ipse voluerit; sed potius hoc velle, quod à te exaudierit. S. August. 20, conf. 2, 26.

Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que mandais es conforme á su voluntad, sino con querer él lo que vos mandareis.

Non ores ut fiat, quæ fieri velis; sed potius ora ut fiat voluntas Dei in me. S. Nilo, cap. 29 de orat.

No pidais á Dios que haga lo que vos quereis, sino pedidle que se haga su voluntad en mí.

Æquius est ut nos ejus, quam ut ille nostram sequatur voluntatem. Nemo melius ordinat, quid agat, nisi qui paratior est non agere, quod divina potestate prohibetur, quam cupidior agere, quod humana cogitatione meditatur. Agus. lib. de Cathechizandis rudibus.

Mas razon es, que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra. Aquel ordena y traza mejor sus cosas, que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él habia trazado y pensado.

Véase AMOR PROPIO.

ABOMINACION DESOLADORA.

I.

Cum videritis abominationem desolationis... qui legit, intelligat.

Cuando viereis la abominacion desoladora.... quien lea esto nótelo bien.

(*Matth.* xxiv, 15.)

El corazon se comprime y los cabellos se erizan al leer la historia de la destruccion de Jerusalen, segun la refiere Josefo, historiador judío, nada sospechoso en esta materia. El tiempo de las gracias se habia concluido para aquel pueblo ciego, y era preciso que empezase el cumplimiento de las profecías. Jamás la venganza divina se ha manifestado mas terrible ni mas visiblemente, que en la destruccion de Jerusalen. Los judíos nunca habian debido sobrellevar tantas penalidades, ni aun en los cautiverios de Egipto, Asiria y Babilonia, como bajo el imperio de Tito y, en general, bajo la dominacion de los romanos. Pero estos males ¿vinieron acaso sobre los judíos, como cae el rayo sobre el infeliz que se siente herido y es víctima á un tiempo? No; muy al contrario. Los judíos habian recibido muchos avisos del cielo para que hicieran penitencia, y permanecieron sordos á todos los avisos y llamamientos. Jesucristo les predicó, obró en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presencia innumerables prodigios, por último, les anunció su ruina; pero les concedió cuarenta años para arrepentirse y hacer penitencia. No fué esto todo, sino que se dignó manifestarles las señales precursoras de su ruina, para que al verlas, pudiesen todavía apartarla de sí con sus lágrimas y penitencia. Saliendo un dia del templo el Salvador, sus discípulos empezaron á admirar el órden arquitectónico, la belleza artística y la solidez de aquel suntuoso edificio, y con este motivo interrumpió el divino Maestro sus observaciones con las siguientes palabras: ¿Veis esta gran fábrica? Pues yo os aseguro que será destruida de modo, que no quedará de ella piedra sobre piedra. Atónitos al oir esta profecía, los discípulos le preguntaron en que tiempo habia de realizarse tan terrible suceso; y el Salvador, despues de indicarles algunas señales precursoras del tremendo castigo que habia de caer sobre aquella nacion, añadió: Cuando veais la abominacion de la desolacion, ó mas bien, la abominacion desoladora, que predijo el profeta Daniel, establecida en el lugar santo, entónces huid corriendo á los montes los que esteis en la Judea, para no perecer en el comun naufragio.

Con efecto; en pos de aquella abominacion vino la ruina de Jerusalen y de la Judea; y viene siempre tambien la ruina de las naciones, que como la Judea se obstinan en sus pecados. Pero ¿cuándo podrá decirse, que esta abominacion desoladora se haya apoderado de un pueblo? 1.° Cuando en vez de observarse las máximas del Evangelio, se vive segun los principios de lo que se llama opinion: 2.° cuando por cumplir con una falsa política, se falta á la religion: 3.° cuando se prefiere el libertinaje á la morigeracion de costumbres. Lo demostraré despues de haber implorado la gracia. A. M.

1. La opinion, á la que Pascal calificó de reina absoluta, y á la cual el mundo obedece ciegamente, es un mónstruo que corrompe todo cuanto se refiere á las costumbres. Nada mas grande, nada mas digno de respeto en el mundo que la virtud, que siendo el mas precioso de los dones del cielo, se contenta con su nobleza, y se retrae de los aplausos de los hombres. Celosa de agradar siempre á Dios, y solo á Dios, se complace en ser desconocida. Emanada de Dios, solo de Dios espera el premio. Pues bien; la opinion compara la virtud con los bienes frívolos de la tierra, hace burla de su modestia, la corrompe con cierto género de alabanzas, la esclaviza á merced del juicio público, y mas de una vez la confunde con un vano fantasma de perfeccion. La opinion llama virtuosos á ciertos hombres, que prefieren ser públicamente tenidos por buenos á la realidad de su bondad íntima, á ciertos hombres, que dejarian de parecer virtuosos si tuviesen ménos vicios; á la vez, que interpreta mal las acciones de los que únicamente desean agradar á Dios, y desprecian los equivocados ó maliciosos juicios del mundo.

Pero no se contenta la opinion con degradar y corromper lo que en el mundo hay mas digno de respeto; hace mas, aplaude y sanciona los vicios. ¿Puede darse algo mas odioso é infame, que arrebatar al hombre la reputacion y el honor? Pues bien, calumniad al prójimo, que miéntras lo hagais con cierto gracejo, miéntras os valgais de chistes que exciten la risa, la opinion os aplaudirá. ¿Hay vicio alguno mas contrario al Evangelio que la venganza? Sin embargo, la opinion casi siempre la aprueba. Observad á los que son objeto de los aplausos y de las adulaciones de la opinion; y vereis que, por lo comun, son hombres de costumbres poco edificantes, y muchas veces son hombres que hacen alarde de sus extravíos. Digámoslo en pocas palabras: la opinion no se cuida de los preceptos divinos; quiere que respetemos las costumbres del mundo, que vivamos como vive la multitud, y de este modo arrastra al abismo, como dice S. Agustin, á la mayor parte de los hombres.

Y siendo esto así, cuando veamos en un pueblo, que casi todos sus individuos toman por norma de su conducta la opinion, y no el Evangelio, y solo quieren observar algunas de las máximas evangélicas que estan en uso, pero no las que se oponen á lo que la opinion enseña, ¿no podremos decir, que en ese pueblo ha tomado asiento la abominacion desoladora, ó sea, este mónstruo que corrompe las costumbres y hasta santifica el vicio? Por esto, cual en pos de la abominacion asoladora vino la ruina de la Judea, en pos de la opinion aplaudida y respetada, cuando ella reprueba lo que nos manda Jesucristo, vienen los castigos mas terribles.

Falsa política y libertinaje.

2. Tambien podemos decir, que se ha generalizado en un pueblo la abominacion desoladora, cuando se da tal importancia á una falsa política, que por cumplir con ella, se falta á lo que manda la religion. Pocas veces las ideas y miras de la política están en armonía con las miras é ideas religiosas. Los escribas y fariseos, discurriendo como políticos, condenaron á muerte al que podia y queria hacerlos felices en el tiempo y en la eternidad. Viendo que Jesucristo obraba tantos prodigios, y que por esto todo el pueblo le aplaudia, dijeron: «Si le dejamos continuar obrando así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y la nacion.» Se valieron, pues, de miras políticas para dar muerte á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesús. Ven los milagros que hace, milagros que demuestran claramente su divinidad; sin embargo, por política, se declaran contra él. Los políticos del imperio romano resolvieron ahogar en sangre la Iglesia, bien que esta promueva siempre cuanto conduce á la felicidad verdadera de los pueblos. Los potentados ansiosos de ensanchar su poder, han disputado á la religion sus derechos, y la han perseguido con harta frecuencia. La historia enseña, que cuantas veces los políticos se han declarado contra la religion, han causado la ruina de los estados. Jeroboan, cabeza de las diez tribus de Israel, prohibió al pueblo el que fuese á Jerusalen y al templo á adorar á Dios, por temor de que, cobrando aficion al templo y á la ciudad, se adhiriesen tambien á Roboan, su rey. Esta fué una determinacion política, y al parecer, discreta; pero en realidad fué imprudente y perniciosa, de modo, que motivó la destruccion del estado y del reino. Quiso aquel monarca introducir en las diez tribus el cisma religioso, levantando altares en Dan y Bethel, presumiendo que esto conduciria á que se asegurase el cisma político; y aquella determinacion causó la ruina de toda su familia. El imperio romano, queriendo acabar con la Iglesia, fué debilitándose hasta que por fin desapareció por completo. Los potentados, disputando á la Iglesia sus derechos, han minado los suyos, y causado males sin cuento á las naciones. Así pues, cuando una nacion cobra tanto cariño á una falsa política, que por cumplir con ella falta á lo que la religion prescribe, bien puede temer le suceda lo que á los judíos, de quienes dice S. Agustin: «por temor de perder los bienes temporales olvidaron los bienes espirituales, y el resultado fué que perdieron los unos y los otros.»

3. Por último, se ve establecida la abominacion desoladora en un pueblo, cuando se prefiere el libertinaje á las buenas costumbres. Estas son el fundamento de la sociedad; por esto se ha creido constantemente, que ningun pueblo puede subsistir sin religion, porque sin ésta no hay costumbres, y sin costumbres no se concibe la sociedad. Muchos vicios, como la embriaguez, la incontinencia, la excesiva aficion á los placeres, y otros, tienden directa ó indirectamente á perturbar la sociedad. ¿Qué será, pues, de un pueblo cuando prefiere el libertinaje á las costumbres? Su ruina es inevitable. Si no se tratase de una cosa tan evidente, aduciríamos pruebas sacadas de la historia; pero nadie pone en duda esta verdad.

Procuremos, pues, que la abominacion desoladora no se establezca entre nosotros. El castigo de los judíos dura todavia: todos los pueblos los han tenido á la vista, y todos los han mirado con desprecio. Cuando vieron establecida en el lugar santo la abominacion desoladora, podian hacer penitencia, podian implorar la misericordia de Dios, que tantas veces les habia libertado de sus enemigos y perdonado sus delitos; pero permaneciendo en su obstinacion, merecieron ser castigados con un rigor sin igual. Si queremos evitar los divinos castigos, vivamos segun las máximas de la religion, despreciando las prácticas del mundo, cuando son contrarias á lo que prescribe la ley de Dios: despreciemos las miras de los falsos políticos, cuando bajo pretexto de favorecer intereses materiales, atacan los intereses morales: procuremos arreglar nuestras costumbres á los preceptos del Evangelio, y desterrar por todos los medios el libertinaje; de este modo nunca se verá establecida entre nosotros la abominacion desoladora, que es el preliminar constante de grandes catástrofes; de este modo seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

ABOMINACION DESOLADORA.

II.

Cum videritis abominationem desolationis.
Cuando viereis la abominacion desoladora.
(*Matth.* XXIV, 15.)

Jerusalen es una expresiva figura de nuestra alma. Lo que aconteció á Jerusalen cuando se vió establecida en el lugar santo la abominacion desoladora, acaecerá místicamente al alma, si llega á verse establecida en ella esa abominacion desoladora. Y ¿cómo se manifiesta esta abominacion respecto del alma? 1.° cuando el pecado queda impune: 2.° cuando se le autoriza: 3.° cuando se le recompensa. Vamos á demostrarlo. A. M.

1. El pecado mortal es un atentado de la voluntad creada contra la voluntad increada, una resistencia formal á sus justísimas leyes, y, segun expresion de Sto. Tomás, un acto de virtud del cual el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre se aparta de su Criador para adherirse á la criatura. ¡Rebeldía inconcebible! El hombre, vil esclavo, que no tiene de suyo mas que un vacío inmenso, una total impotencia, se atreve á alzarse contra el Sér eterno, inmutable, independiente, dueño supremo de las naciones y árbitro de sus destinos; é infringe todos sus derechos, los derechos mas legítimos y sagrados, absolutos y supremos, esenciales y eternos. Por el pecado infringe el derecho de primer principio, que nos obliga á preferirle á todas las cosas y en todas ocasiones: el derecho de último fin, por el cual estamos obligados á referirlo todo á él y á no vivir sino para él: el derecho de árbitro y legislador, que le hace dueño de nuestras voluntades, y en virtud del que puede mandarnos y prohibirnos lo que fuere de su beneplácito: el derecho de hacerse temer, porque es infinitamente justo; de hacerse obedecer, porque es infinitamente grande, y de hacerse amar, porque es infinitamente bueno. Verdad es, que el hombre que peca, no manifiesta quizás esta rebeldía con los labios; pero la manifiesta por medio de sus actos, que son el lenguaje del corazon.

2. Y no solo se rebela contra Dios, sino que, ademas, envuelve indudablemente en el pecado el mayor de los desprecios. Con efecto; ¿puede darse mayor desprecio, que servirse del mismo brazo de Dios para ofenderle, puesto que sin la cooperacion del poder divino no puede el hombre ejecutar cosa alguna? ¿Puede darse mayor desprecio, que pecar á despecho de Dios, que en todo lugar está presente? Lo que no se atreveria á ejecutar delante de un miserable esclavo, lo que quisiera ocultarse á sí propio, el pecador no vacila en ejecutarlo en presencia del Omnipotente, profanando sus divinas miradas. ¡Osadía sin igual! ¡Despreciar á aquel Dios que decide sin apelacion de la suerte del hombre y que puede, en un momento, precipitarle al abismo! Nos admiraria la imprudencia de un hombre á quien otro tuviese sujeto por los cabellos, y pendiente sobre un precipicio, y á pesar de esto se atreviese á injuriar al que es árbitro de su vida; pero ¿cuánto mas debemos admirarnos de la temeridad del que abusa de la omnipotencia del Sér supremo, que tiene armado su brazo para castigarle y puede, en un momento, privarle de la vida?

3. Pues cuando esta inconcebible rebeldía, este desprecio práctico de Dios, queda por algun tiempo impune, señal es de que el Señor deja tranquilo al pecador para castigarle luego con penas eternas. Los castigos temporales ejercen una poderosa influencia en el corazon del hombre. Cuando la adversidad se presenta con su ceñudo rostro, con su mano de hierro, y con todos sus terribles caracteres, conocemos la vaciedad de lo que nos incitaba á pecar, y elevando los

ojos al cielo, nos sentimos inclinados á reformar nuestras costumbres. Por esta razon, cuando sin embargo de ofender con frecuencia á Dios, no experimenta el hombre ningun castigo, y permanece tranquilo en desgracia de su Criador, no puede darse ya un castigo mas terrible. Entónces la abominacion desoladora ha tomado asiento en el alma; entónces ha de venir en breve sobre el hombre, cual vino sobre Jerusalen, el último y el mas terrible castigo.

4. . Y ¿qué diremos cuando el pecado es autorizado? El hombre debe retraerse de pecar, porque pecando hace á Dios el mayor de los agravios, puesto que ataca directamente su gloria é injuria sus atributos; y tambien se causa á sí propio el mayor de los males, puesto que se atrae el odio de su Criador, y se expone á todos los rigores de su venganza en el tiempo y en la eternidad. Sin embargo, muchos son los que temen mas la justicia de los hombres que la de Dios, y no reparan en perder la gracia de Dios, miéntras no tengan que temer de los hombres, porque los que les autorizan para cometer el pecado, debieran impedirle y castigarle. ¿Qué mayor desprecio puede hacerse de Dios, que abstenerse de pecar por temor de las criaturas, y ofenderle cuando uno se cree autorizado por las criaturas para hacerlo? Cuando á semejante extremo llega el hombre, bien podemos decir, que la abominacion desoladora se ha introducido en el lugar que ménos le corresponde, en el alma, donde debiera arder el fuego santo del divino amor; su ruina puede, por consiguiente, considerarse como inevitable.

Y lo será todavía mas si al pecado se le recompensa. Todos los males que nos abruman son castigos del pecado. La pobreza, las enfermedades, las pestes, incendios, inundaciones, la muerte, todo es castigo del pecado. Si el hombre hubiese conservado la inocencia, habria sido feliz; despues de permanecer por algun tiempo en el paraíso terrestre, habria sido trasladado al paraíso donde los bienaventurados participan de la misma felicidad de Dios. Premiar lo que es digno de un castigo eterno, es el mayor de los desórdenes. Cuando, pues, un pecador recibe galardon de las criaturas por un acto que Dios castiga en el otro mundo con penas eternas, bien podemos decir, que, establecida ya en su alma la abominacion desoladora, va á ser víctima de la divina justicia. El demonio tiene como esclavizada el alma, que por el pecado se ha alejado de Dios; pero cuando este pecado queda por algun tiempo impune, cuando se le autoriza, y aun mas, cuando se le recompensa, entónces el enemigo de nuestra salvacion ejerce sobre el alma un poder tiránico, la cerca y estrecha como los romanos sitiaron y asediaron á Jerusalen; siendo, por la

propia razon, muy temible, que haga en breve con ella lo que los romanos hicieron con la antigua ciudad de los profetas.

6. ¿Qué hicieron los romanos con Jerusalen? Primeramente la rodearon con un valladar, para que ni los de dentro pudiesen salir, ni entrar en ella los de fuera; pues bien, esto mismo hará el demonio con el pecador, cuyo pecado no solo queda aquí impune, sino que hasta recibe recompensa. Le interceptará, digámoslo así, todas las salidas, para que no pueda salir por el camino del cielo; la cercará con los pecados, los cuales, representados por el enemigo infernal, en su número, en su magnitud y gravedad, en su fealdad y hediondez, son un valladar que no ofrece al alma punto alguno de salida. Los malos ejemplos que dió el pecador, los bienes que recibió en pago de sus pecados, las gracias de que hizo abuso, todo se lo representará de tal manera el demonio, que su alma se hallará como metida en una cárcel, de la cual le es imposible evadirse.

Los romanos, ademas de cercar á Jerusalen con un vallado, la cercaron tambien de gente y máquinas de guerra, para evitar que saliesen los sitiados á destruir el valladar. Tal harán los demonios con el que haya dado entrada en su alma á la abominacion desoladora; cual leones que dan al aire sus rugidos, la cercarán en crecido número, para inutilizar todos los esfuerzos que tratase de hacer para salvar el vallado. Lo tercero que hicieron con Jerusalen los ejércitos romanos, fué reducirla á extraordinaria estrechez y angustia. ¿Cuántas serán las angustias del alma, en que tiene asiento el pecado impune, el pecado autorizado, el pecado recompensado? No hay lengua que pueda explicarlas dignamente; ajena absolutamente á todo consuelo, será víctima de la mayor desesperacion, y algun dia verá pendientes sobre sí las amenazas de un Dios irritado, porque se negó á conocerle: bajo de sí verá un abismo sin fondo, arrojando inextinguibles llamas; en sí propia solo encontrará una conciencia abrumada con el peso de innumerables delitos; y á sus inmediaciones verá espíritus malignos sin cuento, demonios de aspecto tan horrible, que preferiria sufrir todos los tormentos del mundo antes que ver á aquellos enemigos de su alma.

Aun cuando hubiese hecho algunas obras buenas, no podrán éstas proporcionarle ningun consuelo; lo propio le sucedió á la ciudad de Jerusalen, en la cual los romanos no dejaron piedra sobre piedra. Por estas piedras podemos entender místicamente las obras buenas que hacen los hombres en estado de gracia; obras buenas que les preparan en el cielo hermosos palacios y tronos; pero despues

que se ha introducido en su alma la abominacion desoladora, esos palacios se derrumban, y no queda de ellos piedra sobre piedra de la que pueda utilizarse el hombre cuyos pecados no han sido castigados, sino que, al contrario, han recibido recompensa.

Temblemos, pues, y estremezcámonos cuando el Señor no castiga nuestros pecados en este mundo; guardémonos bien de ofender á Dios, aun cuando los que pudieran y debieran impedir los pecados nos autoricen para cometerlos; lloremos amargamente si por desgracia hemos recibido alguna merced de los hombres, en premio de habernos rebelado contra el Criador: procuremos arrojar de nuestra alma la abominacion desoladora; no cesemos de implorar la divina clemencia, para que no experimentemos el castigo que hubo de sufrir la ciudad deicida. Léjos de observar tan reprensible conducta, aprovechemos con afan el tiempo en que el Señor nos visita para favorecernos con su gracia; y de este modo alcanzaremos el perdon de nuestras culpas, y la gloria que está reservada á los que lloran sus pecados.

ABOMINACION DESOLADORA. — Lo es, 1.° la hipocresía de un cristiano que lleva una vida escandalosa.

2.° La enorme malicia de un pecador que ensalza la virtud sin ánimo de practicarla.

ABOMINACION DESOLADORA. — Es el pecado no castigado. El pecado autorizado. — El pecado recompensado.

Véanse: LÁGRIMAS DE JESUCRISTO, y PECADO MORTAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ABSOLUCION.

INSTRUCCION.

Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis.

Quedarán perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis.

(*Joann.* xx, 23.)

El sacerdote, dice S. Pablo, es ministro de Cristo, y dispensador de los misterios de Dios. ¡Dignidad sublime! No es el sacerdote ministro ó delegado de un rey, cuyo dominio se extienda exclusivamente á un determinado número de personas ó de provincias, sino ministro de Cristo, que murió por todos, para que todos, recibiendo su fe, se salvaran; tampoco es administrador de los limitados bienes de un potentado de la tierra, sino dispensador de los misterios de Dios, que son fuente inagotable de riqueza y de felicidad para el mundo.

Una de las grandes prerogativas del sacerdote, como dispensador de los misterios de Dios, es la potestad de perdonar los pecados. En el órden natural, nadie pudiera, ordinariamente hablando, poner en libertad al mísero esclavo de sus culpas, al pecador agobiado bajo la pesada cadena de sus prevaricaciones; nadie, repito, ni todos los justos que han excitado mas la admiracion del mundo, ni todos los patriarcas, que tan señaladas mercedes recibieron de Dios, ni la série de profetas que suscitó su poder, ni la multitud de guerreros que su mano forma y dirige; y lo que es mas aun, ni los coros de los ángeles que llenan el cielo; y lo que es incomparablemente mas digno de notarse, ni la misma Vírgen Madre de Dios. Si un pecador acudiese á los espíritus bienaventurados para que le perdonasen los pecados: implora nuestra intercesion, le responderian los habitantes

del empíreo, y nosotros ofreceremos tus oraciones á Dios; pero romper las cadenas de la culpa que te oprimen, solo es dado á los sacerdotes, á los dispensadores de los misterios de Dios, á quienes se ha dicho: Recibid el Espíritu Santo; lo que ateis en la tierra, atado quedará en el cielo; y lo que aquí desateis, tambien allá quedará desatado. A los piés del sacerdote han de postrarse, pidiendo la absolucion de sus culpas, el rico lo mismo que el pobre, el sabio lo mismo que el ignorante, el grande lo propio que el pequeño, el noble como el plebeyo, el rey como el mas humilde de sus súbditos, el obispo como el simple fiel, el papa lo propio que la mas modesta mujer. Semejante prerogativa no tiene igual. En el pecho del sacerdote deposita la humanidad, con una confianza sin ejemplo, sus miserias, sus pensamientos mas ocultos, sus obras mas vergonzosas y repugnantes, sus alegrías y sus dolores, sus lágrimas y su satisfaccion, sus afectos y sus pasiones, su corazon y su alma; y se lo deposita, porque solo de este modo espera conseguir el perdon de sus pecados.

Como el sacerdote ha de hacer el sacrificio de las pasiones ajenas, despues de haber hecho el de las propias, su mano ha de aplicarse con suavidad; y como tiene bajo su poder las culpas y las necesidades de la humanidad, su corazon ha de prestarse á la misericordia, á la mansedumbre y á la compasion; á la caridad é indulgencia, pero sin perjudicar á los derechos de Dios, en nombre y por virtud del cual obra, al dispensar á los fieles la riqueza de sus misterios. Voy á demostraros pues, 1.° que el sacerdote debe tener compasion del penitente para disponerle á recibir la absolucion de sus pecados; 2.° que el penitente debe recibir con agrado los avisos y correcciones que el sacerdote le da, y las penitencias que le impone en cumplimiento de su ministerio. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Terrible es la lucha que ha de sostener el hombre consigo mismo, si ha de realizar el noble objeto de su creacion. El hombre viejo, que nos arrastra á tantos desórdenes, no cesa de exigir de nosotros que cedamos á los halagos á que el mundo quiere tenernos siempre sometidos. Y no se diga, que la tentacion da treguas, y deja algunos instantes de descanso al alma; no, oyentes. A cada hora nos solicitan los placeres, ó nos domina nuestro egoismo, y es preciso luchar para no ser vencidos en la tentacion. Desde el instante que guardemos una actitud puramente pasiva, debemos considerarnos ya como arrastrados á un abismo de desórdenes, que no puede sondear el ojo del hombre. Una culpa nos llevará á otra un mal paso nos com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prometerá á que demos muchos otros; y para levantarnos, despues de haber caido, será preciso que haga un esfuerzo, digámoslo asi, la omnipotente mano de Dios. La inocente avecilla, presa en la red, hace mil esfuerzos para salir de ella; mueve sus alas con violento impulso, pica los cordeles, saca entre ellos la cabeza; pero todo en vano, porque sus fuerzas no alcanzan á destruir la cárcel en que está encerrada; lo propio le acontece al infeliz pecador cogido en el lazo que le tendió el enemigo infernal. No es esto, empero, lo mas terrible: triste es, y muy triste, que el pecador no pueda por si solo emanciparse de tan aflictiva situacion; pero es cien veces mas desconsolador, que ni siquiera haga esfuerzos para romper las cadenas que le oprimen cuando está privado de la gracia del Señor.

2. ¿Se dirá, pues, que el hombre en semejante estado no es muy digno de compasion? Y siendo así, como lo es, ¿no habrá de recibirle el sacerdote con grande amor y ternura? El mismo Dios se entristece y aflige, si cabe expresarme de este modo, al ver el miserable estado de un pecador; y experimenta, digámoslo así, cierta inquietud y molestia, en vista de la situacion del hombre á quien los pecados tienen como aprisionado y desprovisto de libertad y fuerzas para sacudir el vergonzoso yugo que le oprime. Hablando por boca de su profeta Ezequiel de los pecados de su pueblo, dice, que la conducta y los pecados de los hombres le han contristado. No contristeis al Espíritu Santo, en cuya gracia fuisteis señalados en el dia de la redencion, esclama el Apóstol en su carta á los Efesios IV. Y por ventura ¿no fué la vista de los pecados de los hombres, por los cuales habia de dar satisfaccion á la divina justicia, lo que en el huerto de Getsemaní hizo sudar sangre á Jesucristo? Tambien á nosotros, que somos ministros del Señor, debe causarnos tristeza y congoja el infeliz estado del hombre, que se ha sometido á la esclavitud del demonio; y para sacarle de él debemos ser compasivos como el Señor. Dios sufre con paciencia los ultrajes que le hace el hombre; muéstrase paciente, dice S. Pedro, porque no quiere que ninguno perezca, sino que todos hagan penitencia. Podria confundirnos luego que cometemos el primer pecado, y no dejar de nuestra existencia señal ni vestigio en la tierra: pero nos tolera un dia, un mes, un año, muchos quizá, esperando que nos arrepintamos. Podria castigar nuestro primer acto de rebeldía, sumiéndonos para siempre en los abismos de la tierra; pero su generosidad hace callar al cielo, á la tierra, y al mismo infierno, que piden venganza, confiando en que un dia acudiremos arrepentidos á pedirle perdon. Hace todavía mas su misericordia. No se muestra puramente pasiva ó paciente al ver,

que los hombres cometen muchas y muy graves culpas, sino que les busca, los llama, les brinda con el perdon. Esos remordimientos y amarguras que experimenta el pecador, aun en el seno de sus placeres, ¿qué son sino compasivos avisos del Señor? Esos rayos de luz y de esperanza, que con frecuencia le dan á conocer la gravedad de sus extravíos y le hacen confiar en la bondad suprema, ¿qué son sino avisos de la divina misericordia? Los rigores y aflicciones que experimentamos en el mundo, y que nos obligan á buscar el consuelo en los brazos de Dios; las pérdidas, las enfermedades, las tristezas, ¿qué son sino avisos de la misericordia de Dios? Y cuando arrepentidos los pecadores vuelven á él, ¿cómo le acoge y recibe? ¿Los maltrata por ventura? ¿Los castiga? ¿Los reprende? Nada de esto; los recibe como si con aquel pecador convertido adquiriese un tesoro para el cielo. Pues bien, esa misericordia infinita, esa misericordia que llena toda la tierra, debe procurar imitarla el dispensador de los misterios de Cristo, cuando un pecador se postra á sus piés para recibir el perdon.

3. San Agustin, Ep. LX, *ad Bonifac. comit.*, exhorta á los confesores á que tomen por modelo al padre del hijo pródigo, é imiten la misericordia con que le recibe despues de tan grandes desaciertos y extravíos. Se arroja sobre él con los brazos abiertos, para enseñar al ministro de Dios á recibir al pobre pecador con todo el cariño y la complacencia, que revela esta accion amorosa: le da mil y mil besos, para manifestar, que no debe recibir con repugnancia al pecador por hediondos que sean sus vicios: no le zahiere, no le mira con indignacion, sino que al contrario, le acoge con placer, le estrecha contra su pecho, manda á los criados que le vistan de las ropas mas preciosas de su casa, y que preparen un opulento banquete para celebrar el regreso del hijo. Tal debe ser la conducta del confesor. No debe perdonar diligencia para animar, consolar y fortalecer al pecador en sus resoluciones de convertirse, venciendo los grandes obstáculos que se le presenten.

4. Tertuliano dice, *Lib. de pudicit.* VI, *et* XVI., que en los primeros siglos de la Iglesia se grababa la imágen de un pastor con una oveja sobre los hombros en el cáliz que servia para las misas que se ofrecian por los pecadores; dando con esto á entender á los sacerdotes, que deben portarse con el pecador como el pastor con la oveja perdida. No solo busca el pastor la oveja que se ha descarriado, sino que, al encontrarla, la acaricia, la reconoce con tierna solicitud, la limpia, la ofrece al punto alimento por si está hambrienta, y le dirige afectuosas palabras. El buen pastor lo olvida todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sobre sus hombros toma la oveja perdida, para que no se canse subiendo ó andando por escabrosas sendas; sobre sus hombros la lleva hasta el sitio donde se encuentra el rebaño; y sobre sus hombros la conduce á la ciudad ó al redil si observa que está fatigada. De este modo ha de tratar el confesor al penitente verdaderamente arrepentido; debe acogerle con amabilidad, hablarle con dulzura, recordando que por él descendió Jesucristo del cielo, por él derramó su sangre divina, por él instituyó los sacramentos, por él dejó en su Iglesia y dió á sus ministros la potestad de redimir los pecados; y que si fuera posible que se olvidara de los justos, lo haria para acariciar al pecador que de corazon se convierte; como prefirió, al parecer, Magdalena á Marta, Pedro á Juan y Pablo á Estéban.

5. Pero no olvide el pecador, que debe recibir con agrado los avisos y las reprensiones del que en nombre de Dios le dispensa la gracia; no olvide, que debe cumplir la penitencia que le impone. El ministro de Dios no puede, al dispensar las misericordias del cielo, romper las leyes de la equidad y de la justicia; debe aterrar al arrogante, amenazar al soberbio, castigar al voluptuoso, hacer que el avariento se desprenda de todo cuanto injustamente posee, y reprender con aspereza é imponer molestas penitencias al obstinado, que despreció las inspiraciones del cielo y las promesas del Señor. Jesucristo antes de pronunciar la sentencia de vida á favor del hijo de la viuda de Naim, mandó á los que llevaban el féretro que se detuviesen; y el ministro de la penitencia debe procurar por todos los medios que estén á su alcance, detener al pecador que sigue el camino de la perdicion, y retraerle de las ocasiones que le conducen á ella, antes de pronunciar aquellas palabras llenas de virtud divina: Yo te absuelvo de tus pecados. Debe poner freno á sus pasiones. Mandó un dia el Señor al profeta Ezequiel, que, vendando sus ojos, subiese en hombros de unos mozos robustos, que, en lo mas oscuro de la noche, le llevasen por derrumbaderos y precipicios á la vista de sus conciudadanos. Y si te preguntan, le dijo, que objeto te propones con un acto tan singular, diles que tú eres el símbolo de su conducta y de la de su monarca Sedecías. Ezequiel en este caso era tambien el símbolo de los que, ciegos y preocupados se dejan arrastrar por sus pasiones á grandes precipicios, con inminente peligro de perderse para siempre; y es preciso que el prudente confesor con avisos, reprensiones y penitencias, obligue á los desatentados pecadores á detenerse en su carrera.

Debe, además exigir, del pecador obras que acrediten su arrepentimiento. No puede contentarse con buenas ofertas y palabras, es necesario que le pida obras que le convenzan de la sinceridad de sus buenos propósitos. Si son ciertos vuestros deseos de servirme, decia Jehú á los que le prometian reconocerle por su soberano, traedme aquí la cabeza del rey Acab; que la vea yo con mis ojos, y estaré cierto de que deseais sinceramente acabar con esta casta para prestarme obediencia. Los pecadores prometen fácilmente lo que prometian á Jehú algunos vasallos suyos: *Servi tui erimus, quæcumque jusseris faciemus*; IV, Reg. IV. Seremos siervos tuyos, dispuestos á ejecutar cuanto nos mandares. Pero el dispensador de los misterios de Dios debe pedirles obras, debe obligarles á dejar el camino que han seguido hasta entónces, debe intimarles que corten las cabezas de las hidras que los pervirtieron, ó sea las ocasiones de pecar, para que de este modo, convencido ya de la sinceridad de sus buenos deseos, pueda concederles en nombre del Señor, la salud y la vida de su alma: debe en fin, aplicar el conveniente remedio á las diferentes dolencias del espíritu. El Señor dijo por Zacarías, XI, 7, que no gobernaba á todas sus ovejas de igual manera, sino que guiaba á unas con una vara de flores, y á otras con un duro azote; lo propio ha de hacer el ministro del Señor. Al afligido y escrupuloso le animará y dará fuerzas con suaves exhortaciones que le infundan confianza en la divina misericordia; á los demas, empero, debe aterrarles con terribles amenazas, con ásperas reprensiones y con penitencias molestas. Así, pues, ya que el ministro del Señor debe usar de rigor para cumplir con su deber, y no exponerse á ser terriblemente castigado como mal administrador de los tesoros de la Iglesia, justo es que los penitentes reciban con agrado cuantos avisos y reprensiones se les dén, y cumplan cuantas penitencias se les impongan para su dicha y felicidad.

En el tratado Misericordia de Dios *encontrará el orador muchas reflexiones que pueden servir para ampliar lo que dejamos demostrado en el primer punto de este discurso; y en el de la* Confesion *hay tambien algunas reflexiones que pueden servir para el segundo.*

ABSOLUCION.—Hay ciertas disposiciones, que deben acompañar al pecador cuando busca la absolucion.

Hay otras disposiciones, que debe tener el pecador cuando se está dispuesto á darle la absolucion.

Hay disposiciones en fin, que deben hallarse en el pecador despues de haber recibido la absolucion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ABSOLUCION.—La absolucion es nula, cuando los que la reciben no tienen propósito de enmendarse.

Se conoce que la absolucion es nula por la mala disposicion de los que la reciben.

Véanse: CONFESION SACRAMENTAL y DIRECTOR ESPIRITUAL.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.

Qui abstinens est, adjiciet vitam.
El hombre sobrio alargará la vida.
(*Eccles.* XXXVII, 34.)

Antes de la caida original reinaba el mas completo órden en la naturaleza humana, pues el espíritu estaba sometido á Dios, y la carne al espíritu. Cada cosa ocupaba su lugar: ninguna facultad ó potencia perdia de vista su objeto. Esta armonía, que el hombre admiraba aun en sí propio, era ya, si asi puedo expresarme, un goce precursor de los que han de formar nuestra eterna dicha. Hé ahí por qué, al desaparecer esta armonía, el hombre se encontró tan diferente de lo que habia sido hasta entónces, que no solo se escondió de la presencia de Dios, sino aun quiso ocultarse á sí propio, cubriendo su concupiscencia desordenada, y deteniéndose al responder al Señor que le llamaba; no hubo de parecerle sino que ya no era el mismo Adan que tan perfecto salió de las manos del Criador. Y en efecto, no lo era; el desórden se habia introducido en la naturaleza humana, la razon se insubordinaba contra Dios, y la carne contra el espíritu.

En este último sentido, fué mucho mas profunda la herida que causó la culpa original. La concupiscencia de la carne y de los sentidos se desenfrenó de tal suerte, que intentó siempre, é intenta en todas ocasiones, sobreponerse á las mas santas leyes y á las mas racionales exijencias del espíritu. La carne triunfó de la razon; el apetito se sobrepuso á todas las represiones de los deberes, el cuerpo se consideró como rey en este palacio de la creacion, donde con tanto esmero le sirven las pasiones.

El que aspira á conseguir la felicidad eterna, es preciso que castigue su cuerpo, que lo esclavize por medio de la abstinencia. Asi como para tomar parte en alguna lucha ó en carreras de competencia, procuran los hombres con grande esmero abstenerse de todo lo que pueda debilitar sus fuerzas ó disminuir su velocidad, con la mezquina mira de ganar una corruptible corona, del mismo modo, y con mayor razon, debemos nosotros abstenernos de todo cuanto pueda ser un obstáculo en la carrera que seguimos desde nuestro nacimiento, ó desde nuestra regeneracion por medio del bautismo; debemos abstenernos, digo, para que corriendo sin tropiezo podamos ganar una corona inmortal. Los placeres y la sensualidad ponen en inminente riesgo nuestra salvacion; la abstinencia, al contrario, nos ayuda á conseguirla. Esto es lo que vamos á demostrar; imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nuestra vida es una carrera en que no todos alcanzan el premio ofrecido, sino solamente los que mas corren, retrayéndose de todo cuanto pueda detenerlos. Uno de los enemigos mas implacables que de contínuo procura suscitarnos obstáculos, es nuestro cuerpo, nuestra carne, nuestras pasiones y nuestros apetitos. Con el cuerpo está identificada la tendencia á la rebeldía y al pecado; si no la mortificamos y sujetamos, imponiéndola frenos, no dará de sí mas que rebeldía y pecados, y en último resultado la condenacion eterna. Por eso han apelado siempre á la abstinencia todos los que se han propuesto vencer al demonio y preservarse de un castigo eterno.

Despues de haber criado Dios á nuestros primeros padres, les señaló para su alimento las plantas y los frutos de la tierra, sin hablarles de la carne de los animales. Pasado el diluvio, permitió Dios á Noé y á sus hijos que comiesen carne de animales, pero les prohibió al propio tiempo beber su sangre. Moisés, en sus leyes, prohibió á los judíos comer carne de los animales que llama *impuros*. El uso del vino estaba prohibido á los sacerdotes durante el tiempo que estaban ocupados en el servicio del santuario y del templo, como tambien á los nazarenos. En la Escritura se elogia la conducta de los rechabitas por haber respetado la prohibicion de beber vino, impuesta por sus padres; JEREM. XXXV, 16. Los apóstoles prohibieron á los primeros

ABSOLUCION.—La absolucion es nula, cuando los que la reciben no tienen propósito de enmendarse.

Se conoce que la absolucion es nula por la mala disposicion de los que la reciben.

Véanse: CONFESION SACRAMENTAL y DIRECTOR ESPIRITUAL.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.

Qui abstinens est, adjiciet vitam.
El hombre sobrio alargará la vida.
(*Eccles.* XXXVII, 34.)

Antes de la caida original reinaba el mas completo órden en la naturaleza humana, pues el espíritu estaba sometido á Dios, y la carne al espíritu. Cada cosa ocupaba su lugar: ninguna facultad ó potencia perdia de vista su objeto. Esta armonía, que el hombre admiraba aun en sí propio, era ya, si asi puedo expresarme, un goce precursor de los que han de formar nuestra eterna dicha. Hé ahí por qué, al desaparecer esta armonía, el hombre se encontró tan diferente de lo que habia sido hasta entónces, que no solo se escondió de la presencia de Dios, sino aun quiso ocultarse á sí propio, cubriendo su concupiscencia desordenada, y deteniéndose al responder al Señor que le llamaba; no hubo de parecerle sino que ya no era el mismo Adan que tan perfecto salió de las manos del Criador. Y en efecto, no lo era; el desórden se habia introducido en la naturaleza humana, la razon se insubordinaba contra Dios, y la carne contra el espíritu.

En este último sentido, fué mucho mas profunda la herida que causó la culpa original. La concupiscencia de la carne y de los sentidos se desenfrenó de tal suerte, que intentó siempre, é intenta en todas ocasiones, sobreponerse á las mas santas leyes y á las mas racionales exijencias del espíritu. La carne triunfó de la razon; el apetito se sobrepuso á todas las represiones de los deberes, el cuerpo se consideró como rey en este palacio de la creacion, donde con tanto esmero le sirven las pasiones.

El que aspira á conseguir la felicidad eterna, es preciso que castigue su cuerpo, que lo esclavize por medio de la abstinencia. Asi como para tomar parte en alguna lucha ó en carreras de competencia, procuran los hombres con grande esmero abstenerse de todo lo que pueda debilitar sus fuerzas ó disminuir su velocidad, con la mezquina mira de ganar una corruptible corona, del mismo modo, y con mayor razon, debemos nosotros abstenernos de todo cuanto pueda ser un obstáculo en la carrera que seguimos desde nuestro nacimiento, ó desde nuestra regeneracion por medio del bautismo; debemos abstenernos, digo, para que corriendo sin tropiezo podamos ganar una corona inmortal. Los placeres y la sensualidad ponen en inminente riesgo nuestra salvacion; la abstinencia, al contrario, nos ayuda á conseguirla. Esto es lo que vamos á demostrar; imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nuestra vida es una carrera en que no todos alcanzan el premio ofrecido, sino solamente los que mas corren, retrayéndose de todo cuanto pueda detenerlos. Uno de los enemigos mas implacables que de contínuo procura suscitarnos obstáculos, es nuestro cuerpo, nuestra carne, nuestras pasiones y nuestros apetitos. Con el cuerpo está identificada la tendencia á la rebeldía y al pecado; si no la mortificamos y sujetamos, imponiéndola frenos, no dará de sí mas que rebeldía y pecados, y en último resultado la condenacion eterna. Por eso han apelado siempre á la abstinencia todos los que se han propuesto vencer al demonio y preservarse de un castigo eterno.

Despues de haber criado Dios á nuestros primeros padres, les señaló para su alimento las plantas y los frutos de la tierra, sin hablarles de la carne de los animales. Pasado el diluvio, permitió Dios á Noé y á sus hijos que comiesen carne de animales, pero les prohibió al propio tiempo beber su sangre. Moisés, en sus leyes, prohibió á los judíos comer carne de los animales que llama *impuros*. El uso del vino estaba prohibido á los sacerdotes durante el tiempo que estaban ocupados en el servicio del santuario y del templo, como tambien á los nazarenos. En la Escritura se elogia la conducta de los rechabitas por haber respetado la prohibicion de beber vino, impuesta por sus padres; JEREM. XXXV, 16. Los apóstoles prohibieron á los primeros

fieles el uso de la sangre y la de las carnes sofocadas. Por el testimonio de Orígenes sabemos, que muchos cristianos, en los primeros tiempos de la Iglesia, se abstenian de carne y vino para someter su cuerpo á la privacion y reprimir las pasiones. San Jerónimo, hablando de los fieles, dice: Nosotros no nos alimentamos de carne; lo que no debe entenderse con referencia á todos, y en todo tiempo, sino con respecto á muchos y en determinados dias. Tambien recuerda á ciertas personas aquellas palabras del Apóstol: «Bueno es no beber vino.» La Iglesia, en fin, nos impone la abstinencia y el ayuno en ciertos dias; y el que no quiera renunciar el nombre de cristiano, es preciso que obedezca. No hemos heredado de Cristo un trono, sino una cruz; no una vida de placeres, sino una vida de dolores. Al mundo le parecerá duro este lenguaje; pero quiera ó no quiera, esta es la ley del Salvador, cuyo ejemplo no debemos nunca olvidar, so pena de exponernos á que se nos cuente entre los réprobos.

2. Jesucristo como hombre se sometió á todo género de mortificaciones. Pues bien; si su cuerpo, ajeno al pecado, se sometió voluntariamente á las privaciones para borrar la culpa original y proporcionarnos auxilios eficaces con los cuales no incurriéramos en nuevos pecados, ¿cómo podemos nosotros retraernos de la mortificacion, nosotros, hijos del pecado, engendrados en pecado, é inclinados siempre á cometerle? Si Jesucristo, impecable por naturaleza, lleva siempre su cruz para arrebatar al pecado y á la muerte sus victorias, ¿cómo nosotros, cuya naturaleza es tan propensa al pecado, hemos de resistirnos á castigar nuestros cuerpos con abstinencias y austeridades?

El apóstol S. Pablo, receloso de sí propio, y temiendo por sí, decia á los de Corinto: Yo no corro al acaso, sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco á esclavitud por temor de que, predicando á otros, sea yo reprobado. II Corint. IX, 27. Si S. Pablo, que á tantos enseñó la verdad, temió por su salvacion, ¿qué diremos nosotros? Su temor debe aterrarnos. Cuando el carnero tiembla, decia S. Agustin, ¿qué hará el tímido corderillo? Y S. Gregorio, papa, añade, que cuando S. Pablo manifestaba estos temores, habia sido arrebatado ya al tercer cielo y visto arcanos que no puede el hombre revelar.

3. La vida cristiana es una verdadera milicia en la tierra, y cada cristiano es un soldado, que, luchando, ha de conquistar la corona. En este campo de batalla no se permite tregua, porque el descanso seria la seguridad de la derrota. Nuestro cuerpo es el mayor aliado y amigo del demonio: con él nos impele sin cesar á la perpetracion de la culpa; nos es, por lo tanto, absolutamente necesario

castigarle siempre y mortificarle con abstinencias y austeridades.

4. Por eso los santos Padres nos recomiendan en los términos mas expresivos la abstinencia para evitar la condenacion eterna. San Ambrosio nos dice, que si Jesucristo se mortificó, fué para enseñarnos que solamente por medio de la abstinencia y de la mortificacion podemos vencer las sugestiones del espíritu maligno: *Ut sciremus quia aliter illecebras mali non possemus vincere.* epist. ad Eulo Verul. S. Gregorio observa, que si bien el rey de Babilonia amontonó estopa y pez en el horno para alimentar el fuego, todo fué ineficaz para consumir á los abstinentes mancebos: *Sed tamen abstinentes pueros minime consumit.* lib. 30 Morali. Trabajo mucho, decia San Juan Crisóstomo, para vivir con sobriedad, reprimo las inclinaciones, y sujeto la naturaleza á muchas fatigas: *Multum sustineo laborem, ut sobrie vivam; non trado meipsum affectibus, sed affectus comprimo, et ipsam naturam multis sudoribus subjicio.* Super locum citatum sancti Pauli. El cristiano, dice S. Basilio, debe distinguirse de los demas por la palidez del rostro y su cuerpo macilento; esta debilidad le dará fuerzas: *Cristianum à cæteris secernit macilentia corporis, pallorque deflorescens.* reg. xvii. Los que practican la virtud de la abstinencia lo hacen, dice S. Jerónimo, para humillar la soberbia del ánimo y cumplir la voluntad de Dios: *Eo affligunt carnem suam quo animæ frangant superbiam, atque descendant ad implendam Domini voluntatem.* Epist. 14 ad Celant.

5. Sin embargo, obsérvase, que reina entre los cristianos el mas desenfrenado apetito de goces; y en vez de ponerse en práctica la abstinencia, solo se buscan medios de satisfacer las exigencias de las pasiones, solo se apetecen placeres, solo se procura complacer á la carne y prestarse á sus inclinaciones. Tal es ahora la conducta de los hombres; pero no es la conducta que debe seguir un cristiano. San Pablo castigaba su cuerpo, porque se temia de las inclinaciones de la carne; lo propio les ha sucedido á muchos grandes santos; y nosotros ¿podremos permanecer tranquilos, teniendo á la vista el ejemplo de los grandes hombres de la Iglesia y modelos de santidad? Dejemos, pues, que los modernos discípulos de Epicuro solo piensen en satisfacer sus pasiones, sin reconocer mas Dios que su cuerpo. Ya que nosotros nos gloriamos de ser discípulos de Jesucristo, imitemos á los santos, que siguiendo las huellas del Salvador, ganaron el cielo. La abstinencia nos proporcionará la verdadera dignidad y nobleza que corresponden al hombre. Por no haber querido abstenerse del fruto prohibido, nuestros primeros padres perdieron

su inocencia original; la abstinencia nos devolverá á nosotros los derechos perdidos y nuestra primitiva grandeza.

En el tratado del Ayuno *hay abundantes materiales con que ampliar este discurso, el cual hemos reducido en atencion á que al tratarse de la* Abstinencia *suele tratarse tambien del* Ayuno.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Para que todo en el hombre estuviese ordenado, y sus sentidos permaneciesen sujetos á la razon, y la razon á la ley divina, le impuso Dios el precepto de la abstinencia. La violacion de este precepto introdujo el desórden en su cuerpo y en su alma; Dios se lo intimó de nuevo para reparar ese desórden, refrenando las pasiones y sujetándolas á la razon. La abstinencia debe ser: 1.° interior, esto es, abstinencia de todo pecado; y 2.° exterior.

I. No principió el pecado de nuestros primeros padres al comer la fruta vedada, sino al concebir el deseo y formar la resolucion de comerla. No fueron ménos contrarias á la abstinencia sus disposiciones interiores, que su obra exterior. De lo que se deduce, que cuando el corazon es malo, de nada sirve la abstinencia. ¿Cuál es el objeto de esta virtud? Refrenar las pasiones y los sentidos. ¿De qué sirve, pues, cuando no logra su objeto? Luego la principal abstinencia ha de consistir en dominar los arrebatos del amor propio, del orgullo, de la ira, etc. El que fabrica una casa, empieza por el fundamento; y el fundamento de la mortificacion exterior es la interior.

II. Nuestras tendencias á las cosas de la tierra, á los objetos caducos, á la carne, al goce, al deleite, á la vanagloria, etc., nos indican claramente la necesidad de negar al cuerpo ciertos gustos, por los cuales suspira; por esto decia el Apóstol: *¿quis liberabit me de corpore mortis hujus?* Rom. VII, 24? Y con la abstinencia y la penitencia lo sujetaba. Este ejemplo han de imitar los verdaderos cristianos. De lo contrario, los sentidos y los deseos del cuerpo los arrastrarán al pecado.

Pero esta abstinencia exterior ha de ser el indicio de la interior, si no queremos imitar al demonio, que, como dice san Isidoro, peca y no come. ¿De qué les sirvió á los Escribas y Fariseos ayunar dos dias en cada semana? «Tus abstinencias y ayunos serán tanto mas agradables á Dios, en cuanto vayan acompañados de santas costumbres: sea en tí un adorno de las virtudes, lo que en otros es preservativo de los vicios.» S. Jeron. á Demetr.

II.

Los preceptos divinos nos prohiben ciertas cosas porque en sí son malas: los preceptos eclesiásticos nos prohiben otras, que no serian malas á no ser prohibidas. Sin embargo, siendo uno mismo el principio de autoridad que nos intima unos y otros preceptos, el verdadero cristiano aprecia y observa con la misma exactitud los preceptos de la Iglesia, que los del Decálogo. Lo que la Iglesia prohibe, por prohibido debemos tenerlo, y abstenernos de ello: 1.° Por que no hay abstinencia mas saludable: 2.° Por que no hay abstinencia mas edificante.

I. Nada tan saludable como lo que está conforme con los preceptos de Dios: es saludable al alma, porque la conserva en gracia; es saludable al cuerpo, porque lo que de nosotros exige Dios, cuyo yugo es suave, lejos de debilitar nuestras fuerzas, las sostiene. La abstinencia prescrita por la Iglesia es tan conforme con los preceptos de Dios, que el que la practica, sabe que obra segun la voluntad divina. ¡Gran ventaja! En las abstinencias voluntarias puede faltarnos la intencion recta, la prudencia, la oportunidad y otros requisitos, que hacen de la obra buena una obra defectuosa. Isai. LVIII, 3 et seq. Pero no es fácil que suceda esto en la abstinencia prescrita por la Iglesia. Y despues de practicada, no nos queda mas que decir: «somos siervos inútiles: hicimos lo que debíamos hacer.» No hay, pues, cosa mas saludable que la abstinencia prescrita por la Iglesia.

II. Muy edificante es la conducta de un hijo perfectamente sumiso á las órdenes de sus padres. Esto es lo que hace el cristiano obedeciendo á su piadosa madre, la Santa Iglesia, cuando nos prescribe la abstinencia; edifica, pues, en gran manera á sus hermanos los fieles.

Esta edificacion sube de punto, si se considera que el fiel, con su obediencia á esos preceptos, da claro testimonio de que para él la Iglesia manda en nombre de Dios, autorizada por Dios, regida y gobernada por Dios, y que, por lo tanto, obedeciéndola, obedece al mismo Dios. ¿Qué saludables efectos produjo el ejemplo del anciano Eleázaro, mártir del precepto de la abstinencia? II Mach. VI, 18 et seq.

El que observa las prescripciones de la Iglesia sobre la abstinencia, impone respeto á los enemigos de la misma, confunde á los fieles, que descuidan la observancia de sus preceptos, y alienta á los verdaderos. ¡Cuánta edificacion!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.—Como el precepto de la abstinencia tiene por objeto reprimir las pasiones, debemos estar convencidos de que la principal abstinencia consiste en no pecar.

El cambio que ha efectuado la abstinencia en los que la han puesto en debida práctica, debe confundirnos, cuando las nuestras no sirven para mejorar nuestra conducta.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.—Las cosas de las cuales quiere la Iglesia que nos abstengamos, deben considerarse como fruto vedado.

Nada hay mas saludable que la abstinencia practicada por precepto y segun el espíritu de la Iglesia.

Los que sin fundado motivo se dispensan de las abstinencias que les están prescritas, revelan poca observancia de la religion.

ABSTINENCIA DE CONSEJO.

EXHORTACION Á LAS RELIGIOSAS.

Nos autem, qui sumus diei, sobrii simus.
Nosotros empero, que somos hijos del dia *ó de la luz*, vivamos en sobriedad.
(*I Thessal.* v, 8.)

No voy á hablaros de la abstinencia de precepto; al dirigirme á vosotras, almas religiosas, que abandonasteis el mundo con todos sus placeres y atractivos, creeria inferir un agravio á vuestra piedad, inculcándoos la virtud á cuya observancia están obligados los cristianos

seglares en ciertos tiempos y dias del año. Unicamente quiero hablar de las abstinencias prescritas por las reglas, y que si bien no obligan bajo pena de culpa grave, son, no obstante, unos consejos evangélicos precisamente para aquellas personas que, no contentas con la simple observancia de los mandamientos, se han consagrado á Dios con el fin de llegar á mas alta perfeccion; hablo de las abstinencias, que muchas veces, cual sucede con otras prácticas religiosas, bajo el pretexto de que su incumplimiento no importa pecado grave, se olvidan, y tal vez se miran con cierto desden; abstinencias, que forman la valla tras la cual la virtud del claustro se defiende de los ataques del mundo, del demonio y de la carne. En efecto, para concretarse al cumplimiento de los deberes de los seglares, no hay necesidad de encerrarse ni de ocultarse á los ojos de un mundo corrompido, con el laudable objeto de emplearse mas en el servicio de Dios, y tener con él una conversacion mas íntima. En este caso, el hábito religioso y penitente solo seria un velo destinado á encubrir la hipocresía, y á dar apariencias de mortificacion á las pasiones mundanas.

Venerables esposas de Jesucristo; precisamente en estas prescripciones de vuestro instituto consiste el testimonio de vuestra fidelidad; la observancia de esas pequeñeces, ó que á lo ménos lo parecen, atrae innumerables gracias, y no pocas veces la gracia de las gracias, que es la perseverancia final. En vuestro instituto, una de estas prescripciones es la abstinencia, aquella parte de la templanza que se refiere á la comida y bebida, y que vuestro santo fundador os dejó como un consejo evangélico, como un medio muy eficaz para vuestra perfeccion, como un arma terrible contra vuestras mismas pasiones. Por esto debeis mirar las abstinencias de la religion: 1.° Como un medio de conservar vuestra inocencia. 2.° Como el apoyo de vuestra virginidad. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Uno de los medios mas eficaces para adelantar en la perfeccion religiosa es, sin duda, el retiro y la oracion: para conseguir empero este retiro, para ser alma de oracion, es indispensable mortificar los sentidos. Una religiosa, que se retrae de las mortificaciones, podrá hacer oracion, alabar á Dios y hablar de cosas espirituales; pero Dios podrá decir de ella lo que por boca de Isaías dijo de su pueblo ingrato y sensual: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me*, Matth. xv, 8; todas las alabanzas que sus labios pronuncien serán vanos sonidos, pero no saldrán de un corazon que prefiere las exterioridades á las gracias interiores del Señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.—Como el precepto de la abstinencia tiene por objeto reprimir las pasiones, debemos estar convencidos de que la principal abstinencia consiste en no pecar.

El cambio que ha efectuado la abstinencia en los que la han puesto en debida práctica, debe confundirnos, cuando las nuestras no sirven para mejorar nuestra conducta.

ABSTINENCIA DE PRECEPTO.—Las cosas de las cuales quiere la Iglesia que nos abstengamos, deben considerarse como fruto vedado.

Nada hay mas saludable que la abstinencia practicada por precepto y segun el espíritu de la Iglesia.

Los que sin fundado motivo se dispensan de las abstinencias que les están prescritas, revelan poca observancia de la religion.

ABSTINENCIA DE CONSEJO.

EXHORTACION Á LAS RELIGIOSAS.

Nos autem, qui sumus diei, sobrii simus.
Nosotros empero, que somos hijos del dia *ó de la luz*, vivamos en sobriedad.
(*I Thessal.* v, 8.)

No voy á hablaros de la abstinencia de precepto; al dirigirme á vosotras, almas religiosas, que abandonasteis el mundo con todos sus placeres y atractivos, creeria inferir un agravio á vuestra piedad, inculcándoos la virtud á cuya observancia están obligados los cristianos

seglares en ciertos tiempos y dias del año. Unicamente quiero hablar de las abstinencias prescritas por las reglas, y que si bien no obligan bajo pena de culpa grave, son, no obstante, unos consejos evangélicos precisamente para aquellas personas que, no contentas con la simple observancia de los mandamientos, se han consagrado á Dios con el fin de llegar á mas alta perfeccion; hablo de las abstinencias, que muchas veces, cual sucede con otras prácticas religiosas, bajo el pretexto de que su incumplimiento no importa pecado grave, se olvidan, y tal vez se miran con cierto desden; abstinencias, que forman la valla tras la cual la virtud del claustro se defiende de los ataques del mundo, del demonio y de la carne. En efecto, para concretarse al cumplimiento de los deberes de los seglares, no hay necesidad de encerrarse ni de ocultarse á los ojos de un mundo corrompido, con el laudable objeto de emplearse mas en el servicio de Dios, y tener con él una conversacion mas íntima. En este caso, el hábito religioso y penitente solo seria un velo destinado á encubrir la hipocresía, y á dar apariencias de mortificacion á las pasiones mundanas.

Venerables esposas de Jesucristo; precisamente en estas prescripciones de vuestro instituto consiste el testimonio de vuestra fidelidad; la observancia de esas pequeñeces, ó que á lo ménos lo parecen, atrae innumerables gracias, y no pocas veces la gracia de las gracias, que es la perseverancia final. En vuestro instituto, una de estas prescripciones es la abstinencia, aquella parte de la templanza que se refiere á la comida y bebida, y que vuestro santo fundador os dejó como un consejo evangélico, como un medio muy eficaz para vuestra perfeccion, como un arma terrible contra vuestras mismas pasiones. Por esto debeis mirar las abstinencias de la religion: 1.° Como un medio de conservar vuestra inocencia. 2.° Como el apoyo de vuestra virginidad. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Uno de los medios mas eficaces para adelantar en la perfeccion religiosa es, sin duda, el retiro y la oracion: para conseguir empero este retiro, para ser alma de oracion, es indispensable mortificar los sentidos. Una religiosa, que se retrae de las mortificaciones, podrá hacer oracion, alabar á Dios y hablar de cosas espirituales; pero Dios podrá decir de ella lo que por boca de Isaías dijo de su pueblo ingrato y sensual: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me*, Matth. xv, 8; todas las alabanzas que sus labios pronuncien serán vanos sonidos, pero no saldrán de un corazon que prefiere las exterioridades á las gracias interiores del Señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta aberracion se observa, particularmente, en aquellas religiosas de complexion delicada, que, no contentas con lo que para la subsistencia les proporciona la comunidad, buscan nuevos medios de complacer su apetito en especiales manjares, ó á lo ménos en determinados modos de condimentarlos. Echando en olvido el carácter de la vida religiosa, que es vida de mortificaciones, se afanan por proveerse de manjares exquisitos y sabrosos, con el pretexto de conservar las fuerzas y la salud para ser útiles á la comunidad. Pero ¡cuántos males de aquí provienen contra la observancia religiosa! Se molesta á los parientes, se buscan amigos, se multiplican las relaciones, se contraen compromisos, que es preciso cumplir para no revelar ingratitud ó descortesía, se pierde un tiempo precioso en el locutorio, se falta acaso al voto de pobreza, se da motivo de escándalo. ¡Ah! una religiosa que observa esta conducta, no sigue el espíritu de su regla; distraida en el rezo y en la oracion, descontenta en el refectorio, inobservante en el silencio, inquieta en todos los actos de obediencia ¿cómo podrá de este modo santificarse? Sin la oracion ¿cómo podrá conservar el fervor y la espontaneidad necesarias en todos los actos de la vida religiosa?

2. Desprovista de las gracias que debieran ser su sostén, solo le falta que se relacione muy á menudo con los seglares, para distraer completamente su corazon, con menoscabo de su conciencia. Si las paredes del claustro son la valla que guarda la inocencia, en cambio el locutorio es el lugar donde no pocas veces se pierde. Sabido es, que rara vez sirve para edificaros el trato con los seglares; casi siempre sino os escandaliza, os llena de ideas importunas, ó que se refieren á la disipacion del siglo; y estas ideas se os vienen á la memoria en el coro, en la oracion, en los actos mas santos del dia. ¿Cuánto mas sucederá esto, si el trato con los seglares es frecuente, y motivado por la gula ó por miras agenas á la mortificacion? Si un S. Bernardo, tan rígido consigo, tan mortificado, tan fervoroso, tan retirado, que no dejaba el monasterio sino por fuerza y por motivos de piedad y utilidad manifiesta, acostumbraba decir, que nunca volvia al monasterio con el mismo fervor y devocion con que habia salido; ¿qué diremos de una religiosa, que anda en pos de relaciones frecuentes con el mundo, y no por motivos de piedad, sino para infringir una de las prescripciones de su regla, para satisfacer su gula, para desmentir con su desafecto á la mortificacion el carácter de penitente que le da el santo hábito?

Además, el trato frecuente con los seglares hace, que se adquieran noticias sobre la conducta de unos y otros; con las conversaciones entra la aficion á enterarse mas y mas, acaso por medio de preguntas; y la misma confianza que á los seglares inspira una religiosa, los retrae de ser cautos en referírselo todo, y explicárselo en términos á que nunca debiera dar oidos una esposa del Señor. De este modo tal vez se obtienen ciertos regalitos, tal vez se llega á satisfacer con ellos el apetito de la gula; pero tambien se ofende á Dios, porque se pierde aquella feliz inocencia en que se complacia su corazon divino. ¡Ah! ¡cuán desgraciada es la religiosa que, desatendiendo las abstinencias prescritas por su instituto, se propone satisfacer su apetito con manjares ó bebidas, ora ese apetito se refiera á la cantidad, ora á la calidad, ó al modo de condimentarlos! Su inocencia corre entónces peligro: el demonio y el amor propio le sugieren mil pretextos, y con el disfraz de una falsa prudencia la arrastran á una série de faltas, que son tanto mas funestas en cuanto no se repara en ellas.

Examinemos ahora otra circunstancia, que manifiesta cuánto peligra la inocencia de una religiosa; tal es la poca aficion al retiro y la constante propension á conversar, defectos que se notan principalmente en las religiosas poco inclinadas á la mortificacion y la abstinencia. Observad, venerables hermanas, que asi como la abstinencia exterior comunica á la religiosa cierta abstinencia interior y espiritual, y la inclina á mortificar sus sentidos y potencias; asi la falta de mortificacion, ó sea la gula, se comunica á todos los demas sentidos, sucediendo, por regla general, que nos sentimos tanto mas inclinados á conversar, á reir, á solazarse, cuanto mas á sabor hemos comido. Y en estas conversaciones animadas, y no siempre espirituales, se sueltan con mayor facilidad ciertas expresiones, se hacen ciertos ademanes, que sin ser absolutamente malos, ponen á veces en riesgo la inocencia. Ademas, una transgresion nos conduce á otra, y un abismo á otro abismo; y á proporcion que se multiplican las faltas, van faltando las gracias, disminuye la caridad, se entibia el fervor, se olvidan ciertas prácticas muy útiles, se hace molesta ó á lo ménos indiferente la frecuencia de sacramentos; y por un efecto muy natural de la economía, que Dios observa en las distribuciones de sus dones, el alma queda inactiva para la virtud, perpleja para juzgar la gravedad ó lenidad de sus transgresiones, y ménos accesible á los escrúpulos ó remordimientos cuando el pecado ha triunfado repetidas veces de su espíritu y de su corazon: y entónces ¡pobre inocencia! si no se ha perdido está muy cerca del precipicio y próxima á caer en él. La exacta observancia de las abstinencias prescritas por vuestro instituto os librará de ese funesto peligro, de esa pérdida deplorable. La

mortificacion de vuestro apetito, acreditando vuestra fidelidad en cosas de poca monta, os proporcionará abundantes gracias para emprender y practicar otros actos de mayor importancia, por los cuales merecereis algun dia oir de boca de Jesucristo aquellas lisonjeras palabras: Albricias, ó sierva incorruptible: pues por haber sido fiel en cosas de escasa monta, yo te premiaré como si te hubieses distinguido en otras de grande importancia: *Euge serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.* Matth. xxv, 21.

3. No es ya una práctica mas ó ménos loable lo que debeis esmeraros en conservar; es una de las solemnes promesas que habeis hecho á Dios, poniendo por testigos de vuestras palabras á la Iglesia triunfante y á la militante; es el voto solemne de virginidad, por el cual no será excesiva precaucion alguna. Es un tesoro que llevamos en vasos muy quebradizos, como dice el Apóstol: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus*, II Cor. iv, 7: es un tesoro que fácilmente se deteriora, un cristal que fácilmente se empaña; ¿cuántas precauciones se habrán de tomar, por lo tanto, para presentarlo puro á Dios, como se lo ofrecimos en un momento solemne? Un tesoro que llevamos por un camino donde nos asechan gran número de salteadores ó enemigos, de los cuales el mas cruel y astuto es nuestro cuerpo animal, ¿será nunca guardado con excesivo celo para ponerlo á salvo? Oracion, abstinencia, modestia, silencio, retiro y otras virtudes, y, sobre todo, una humildad profunda para vencer y desbaratar las pretensiones de ese *yo* tan altivo y prendado de sí mismo; hé aquí las armas de que debemos valernos para proteger la virginidad. Pero como el enemigo mas terrible de esa virtud es el cuerpo, uno de los medios principales para conservar la pureza consiste en despojar de sus brios á ese enemigo, lo cual se consigue por medio de la abstinencia.

4. La oracion es muy útil y eficaz cuando va unida con el ayuno, dijo el arcángel S. Rafael á Tobías: *Bona est oratio cum jejunio*; Tob. xii, 8: y aunque los expositores entiendan aquí por ayuno las mortificaciones de la carne, no obstante, en nuestro caso significa mas particularmente la abstinencia. Estos son los dos atavíos con que se presenta adornada la sagrada Esposa, dice S. Bernardo: *Ex aromatibus mirrhæ et thuris*, Cant. iii, 6: la mirra significa las mortificaciones, y el incienso la oracion, virtudes en las cuales debe distinguirse la verdadera religiosa esposa de Jesucristo. La abstinencia sin la oracion, dice el citado padre, produce la soberbia; la oracion sin la abstinencia, nos infunde la cobardía. Bernard. serm. lix ex parvis. En efecto: la abstinencia sin la oracion viene á ser una abstinencia

filosófica y pagana, practicada mas por vanagloria que por espíritu de mortificacion cristiana, y, por lo tanto, no tiene mérito delante de Dios: la oracion sin la abstinencia es una oracion á que nos inclinamos por carácter y no por sincero convencimiento y disposicion para poner en práctica las resoluciones que Dios nos inspira; ved aquí porque la oracion practicada de este modo deja al alma irresuelta, y tan propensa á pecar como á arrepentirse, sin abrigar, empero, decidida intencion de practicar los medios oportunos de la abstinencia y de las mortificaciones, para disminuir las fuerzas de un enemigo tan temible.

5. Si la oracion es íntima hermana de la mortificacion y particularmente de la abstinencia exterior, tambien nos facilita la abstinencia interior y de los demas sentidos, necesaria á toda religiosa para su mérito y perfeccion. La abstinencia exterior por sí sola os volveria altivas como á los fariseos, que se vanagloriaban de ayunar dos dias por semana, y en sus reuniones eran los hombres mas intemperantes, en sus ácciones los mas inmorales, en sus negocios los mas injustos: con la abstinencia interior y exterior, vuestra vida religiosa será una verdad, será lo que debe ser, un sacrificio entero, un sacrificio digno, un sacrificio cual Dios lo pide y que no puede ménos de aceptar con agrado: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies*, Psalm. l: el espíritu compungido es el sacrificio *mas agradable* á Dios; no despreciarás, oh Dios *mio*, el corazon contrito y humillado. Hé aquí el mayor sacrificio, que por medio de una completa abstinencia podeis ofrecer á Dios.

San Agustin, hablando de la mortificacion, dice, que así como en aquel admirable templo de Jerusalen, Salomon hizo levantar dos altares, uno exterior, donde eran inmolados los animales que debian ofrecerse en sacrificio, y otro en el *Sancta sanctorum*, sobre el cual se quemaba el incienso compuesto de diversas sustancias aromáticas, así debemos nosotros erigir un altar místico en nuestro corazon, en el cual ofrezcamos á Dios el incienso de la oracion y el sacrificio de nuestras potencias, y otro exterior en nuestro cuerpo, donde le ofrezcamos los apetitos y deseos de la carne por medio de la abstinencia y otras prácticas de mortificacion exterior. August. serm. cclv de temp.

6. Hablemos ahora de los caracteres de la abstinencia. Como no es uno solo el medio de que se vale el cuerpo para someter el alma á sus inclinaciones, y darse á los deleites terrenos; como ese cuerpo apegado á brutales inclinaciones, no mira condiciones ni modo, no

repara en actos ni respeta lugares aunque sean sagrados, ni se limita á ciertos tiempos, sino que en todo lugar, tiempo y circunstancias y de todos modos, se rebela contra la ley del espíritu y nos arrastra á las bajezas del mundo; así vuestra abstinencia no debe concretarse á un solo objeto, ni á ciertos dias, ni á lugares y circunstancias. Estableceremos, pues, algunas reglas, con las cuales se comprenderán los carácteres de la verdadera abstinencia.

1.ª No comer cosa alguna antes ni despues de la hora señalada por la comunidad, ni fuera del refectorio.

2.ª Contentarse con lo que se da á la comunidad, rehusando otros manjares, y aun los mismos condimentados con mas esquisito gusto, y evitando de este modo toda excepcion ó especialidad sin reconocido motivo.

3.ª En la misma comida comun no excederse en la cantidad, para no faltar á la virtud de la templanza.

4.ª No comer con mucho anhelo ni precipitacion, sino con modestia y decencia, sin dejarse llevar de un apetito puramente animal.

5.ª Guardarse de la costumbre de hablar con frecuencia de comidas; y especialmente de murmurar ó quejarse de lo que se da á la comunidad.

6.ª Rechazar inmediatamente todo pensamiento ó tentacion de gula.

7.ª Evitar toda relacion fuera del convento que pueda ser ocasion de recibir regalos referentes á manjares ó bebidas.

Con estas reglas, que son los verdaderos caracteres de la abstinencia, con las cuales pierde en intensidad, no solamente la gula, sino tambien muchos afectos carnales, os será fácil sujetar el cuerpo á las leyes del espíritu, y conservar la flor preciosa de la virginidad. No descuideis este importante punto de la moral cristiana, no tengais en poco la virtud de la abstinencia, porque la Escritura santa está llena de sentencias que nos la recomiendan, nos recuerda cien hechos que la santifican, y nos cita numerosos personajes santificados, unos por medio de la abstinencia, condenados otros por haberse dejado llevar de la gula y de todas sus brutales consecuencias.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Quis abstinens est, adjiciet vitam. Eccli. xxxvii, 34.	El hombre sobrio alarga la vida.
Utere quasi homo frugi his, quæ aponuntur tibi: ne cum manducas multum, odio habearis. Eccli. xxxi, 19.	Toma como persona frugal de los platos que se te presenten, para que no te hagas odioso ó despreciable con el mucho comer.
Quam sufficiens est homini erudito vinum exiquum, et in dormiendo non laboravis ab illo, et non senties dolorem. Ibid. 22.	¡Oh cuán poco vino es suficiente para un hombre bien educado! y así cuando duermas, no te causará desasosiego, ni sentirás incomodidad.
Vigilia, cholera, et tortura viro imprurito: somnus sanitatis in homine parco; dormiet usque mane, et anima illius cum ipso delectabitur. Ibid. 23 *et* 24.	Pervigilio, cólera y retortijones padecerá el hombre destemplado. Sueño saludable gozará el hombre templado: él dormirá hasta la mañana, y despertará con el corazon alegre.
Sanitas est animæ et corpori sobrius potus. Ibid. 37.	Beber vino con templanza es salud para el alma y para el cuerpo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

1. No puede negarse, que la abstinencia es una virtud muy meritoria delante de Dios, puesto que es el único precepto que Dios impuso al primer hombre: *Ex omni ligno paradisi comede: de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas.* Gen. ii, 16, 17.

2. En la ley antigua, el hombre ó la muger que se consagraban á Dios con voto, quedaban por esto mismo privados de beber vino y todo lo que pudiese embriagar. Num. vi.

3. Cuando David andaba afanoso por apoderarse de Belen, ciudad ocupada por los filisteos, cediendo á la intensidad de la sed que le abrasaba, dijo: ¡Ah! si alguno me diera ahora á beber agua de la cisterna que hay en Belen junto á la puerta! Al punto tres soldados atravesaron el campamento de los filisteos, fueron á sacar agua de dicha cisterna, y se la trajeron; pero David se abstuvo de beberla, y á pesar de su sed abrasadora, derramó el agua en obsequio del Señor, haciéndose mas célebre por este acto de abstinencia, que por las victorias que consiguió de los filisteos. III Reg. xxiii, 15 y sig.

4. Los profetas practicaban tambien la abstinencia. Elías solo pide un pedazo de pan y un poco de agua á la viuda de Sarepta. III Reg. xvii. La muger de Jeroboan, yendo á visitar al profeta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Anías, le trae diez panes y un vaso de miel; porque ya suponia que el varon de Dios no comia carne. Ibid. xiv.

5. Ananías, Misael y Azarías fueron escogidos entre los jóvenes judíos para servir en la corte de Nabucodonosor. Por no faltar á las abstinencias prescritas por la ley, rehusaron los manjares de la casa real. Dénsenos legumbres para comer, y agua para beber, dijeron á Malasar, encargado de servirles viandas y vinos de la mesa del rey. En premio de su abstinencia el Señor les dió su bendicion, hizo que comprendieran todos los escritos y la ciencia de los caldeos, de suerte, que cuando fueron presentados al rey, los halló, en todos los ramos científicos á que alcanzó el exámen, diez veces mas sabios que á todos los magos de su reino. Y cuando mas tarde fueron encerrados en un horno encendido, el Señor los preservó milagrosamente. Daniel, cap. 1 y 3.

6. Léanse en el mismo libro las abstinencias que practicaba Daniel, y las magníficas visiones y demas gracias sobrenaturales con que el Señor se las premió.

7. Eleázaro y los siete hermanos sufrieron los mas atroces tormentos por no faltar á las abstinencias prescritas por la ley. En vano algunos, movidos de una cruel compasion, aconsejaban al venerable anciano, que aparentase cumplir la órden de Antíoco, para evitar de este modo la muerte, sin infringir las prescripciones de la ley. Eleázaro, llevado de nobles sentimientos dignos de su edad y de sus venerables canas, y deseoso de conservar la buena conducta que habia observado desde niño, contestó, que preferia la muerte antes que aparentar que obraba contra los preceptos de la ley establecida por Dios; porque, decia, ni es decoroso á nuestra edad valerse de ficciones, ni, por otra parte, obrando de este modo, me libraria del poder del Todopoderoso. Así que, murió dejando á toda su nacion en la memoria de su muerte un modelo de virtud y fortaleza, que bien pronto fué imitado por siete hermanos, que sufrieron con gusto un horrible martirio por no faltar á las abstinencias prescritas por la ley de Moisés. (Léase el libro 2.° de los Macabeos, capit. 6 y 7).

8. Muy importantes son, respecto á la abstinencia, los ejemplos de Jesucristo, el cual multiplicó varias veces el pan y los peces; pero nunca la carne. Matth. xv. Marc. vi et viii. Luc. ix. Joann. vi.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Qui sic à carnibus temperant, ut alias escas prætii majoris inquirant, multum errant. Non enim est hoc suscipere abstinentiam, sed imitari luxuriam. S. Aug. in serm. de dom. 4 in adventu.

Los que se abstienen de comer carne para procurarse alimentos mas delicados, van muy errados; pues de este modo, en vez de practicar la abstinencia dan pábulo á la lujuria.

Abstinentia tua et jejunium tuum eo magis Deo grata sunt, quo cum moribus sanctis afferuntur: ut quæ in aliis sunt umbracula vitiorum, in te sint ornamenta virtutum. S. Hier. in epist. ad Dem. virginem.

Tus abstinencias y ayunos serán tanto mas agradables á Dios, en cuanto vayan acompañados de santas costumbres; de suerte, que sea en tí como un adorno de las virtudes lo que en otros es un preservativo de los vicios.

Nonnulli vitam appetentes, in medio itinere corruerunt, dum solam abstinentium carnium putant, et leguminibus onerant stomachum, quæ moderate parceque innoxia sunt: et ut quod sentio, loquar, nihil sic inflamat corpora, sicut indigestus cibus. Hier. in epist. ad turiam.

Algunos deseosos de conservar su vida, la perdieron en la mitad de su carrera, porque mientras se abstenian de comer carnes, llenaban el estómago de legumbres, las cuales, comidas con moderacion no causan daño alguno; y en una palabra, nada enardece tanto los cuerpos como el alimento no digerido.

Mater sanitatis est abstinentia, mater ægritudinis voluptas, sine enim carne et vino cito friget Venus. Hier. in quodam epistola.

La abstinencia es el orígen de la salud, así como el placer es orígen de enfermedades. No comas carne ni bebas vino, y bien pronto quedará amortiguada la lujuria.

Modicus ac temperatus cibus et carni et animæ utilis est. Hier. ad Rusticum monachum.

Tomar poco alimento es útil para el cuerpo y para el alma.

Per abstinentiam carnis vitia extinguenda sunt. Greg. lib. 20 moral.

Por la abstinencia de la carne se extinguen los vicios.

Qui à paradisi gaudiis per cibum cecidimus, ad hæc in quantum possumus per abstinentiam resurgamus. Greg. in homil.

Los que por la gula nos vemos privados de las delicias que se disfrutaban en el paraíso terrestre, procuremos en cuanto nos sea dable recobrarlas con la abstinencia.

Abstinentia est, quando quis pro amore Dei et salute propria, non ab illicitis tantum, imo interdum

La abstinencia consiste en privarnos por amor de Dios y para nuestra propia conservacion, no

et à licitis atque concessis se cohibet. Greg. lib. v moral.

Qui cibis abstinent, et mala agunt, demones imitantur, quibus culpa adest, et cibus desest: Isidor. super Amos proph.

De abstinentia prodeunt castæ cogitationes, rationabiles virtutes, salubria consilia, et per voluntarias afflitiones caro concupiscentiis moritur, et virtutibus spiritus innovatur. Leo papa in ser. de jej. deci. mensis.

solo de lo ilícito, sino principalmente de lo que se nos permite usar.

Los que se abstienen de ciertos manjares, pero no de pecar, imitan al demonio, que peca y no come.

Los pensamientos castos, las virtudes mas puras, los saludables consejos son hijos de la abstinencia; y con las mortificaciones voluntarias el cuerpo ahoga la concupiscencia, y el espíritu cobra nuevo aliento para dedicarse á la práctica de las virtudes.

Véase AYUNO.

ACCIONES.

MODO DE SANTIFICARLAS.

Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite.

Ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.

(*I Corint.* x, 31.)

La vida presente, hermanos mios, es un tiempo de pruebas, y el trabajo es una de las principales á que se ha de someter nuestra

existencia: todos estamos sujetos á esta ley dura y penosa. Sin embargo, la fe viene á templar sus rigores, mostrándonos en el trabajo una pena, una expiacion; y así nos ofrece un gran consuelo. A veces se ha intentado desterrar esta idea, pretendiendo, que el trabajo podia cambiarse en un atractivo: es imposible. El trabajo será siempre pesado: el hombre, ya que Dios le ha condenado á trabajar, jamás conseguirá, á despecho de todos sus esfuerzos, sacudir esta cadena que le está abrumando. Pero convengamos tambien, en que con el auxilio de la fe tiene la pena sus dulzuras, por ser una expiacion. ¿Qué haremos, pues, para que el trabajo sea una expiacion, un acto de virtud, un mérito? ¿Qué para santificar el trabajo, para santificar principalmente nuestras ocupaciones ordinarias? Tal será el asunto de este discurso.

Dios, como criador y conservador del hombre, tiene derechos sobre todos los movimientos, sobre los actos de la vida humana. No concebimos pensamiento alguno que no venga de Dios, y que, por consiguiente no se deba á él; no cometemos accion alguna, por insignificante que sea, que no tenga su principio y su fuerza en Dios, y que, por lo mismo, no le pertenezca. Robar á Dios un solo pensamiento, una sola palabra, una sola accion, es atentar á su supremo dominio, y violar las leyes de la justicia. Por esto nos dice el Salvador, que un dia daremos cuenta de una palabra inútil; y con mucha mas razon deberemos darla de una accion inútil.

Háblase á veces de acciones indiferentes. A las luces de la fe, no hay acciones indiferentes; y si bien es verdad, que puede darse este nombre á ciertas acciones que en sí no son buenas ni malas, con todo, ofrecidas á Dios pueden volverse buenas, ó cometidas con miras mundanas, pueden volverse inútiles, malas. Pero ante Dios todas las acciones merecen galardon ó castigo: galardon, si se ofrecen á Dios; castigo, si le son usurpadas, esto es, si no se refieren á él de uno ú otro modo.

No podemos, pues, suponer en el tiempo una accion ó palabra, que no tenga su eco en la eternidad. Es necesario que la eternidad pese sobre cada uno de nuestros instantes, pues si venimos al mundo, si abrimos los ojos á la luz, fué para trabajar y prepararnos esta eternidad; por cuya razon la eternidad entera responde á cada uno de nuestros instantes; y dejar de referir nuestros pensamientos y palabras á esta eternidad, es, por consiguiente, negar á Dios la gloria que de nosotros espera.

Amados oyentes, nuestra salvacion depende, en gran parte, de la santificacion de nuestras acciones. Si las ofrecemos todas á Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

et à licitis atque concessis se cohibet. Greg. lib. v moral.

Qui cibis abstinent, et mala agunt, demones imitantur, quibus culpa adest, et cibus desest: Isidor. super Amos proph.

De abstinentia prodeunt castæ cogitationes, rationabiles virtutes, salubria consilia, et per voluntarias afflitiones caro concupiscentiis moritur, et virtutibus spiritus innovatur. Leo papa in ser. de jej. deci. mensis.

solo de lo ilícito, sino principalmente de lo que se nos permite usar.

Los que se abstienen de ciertos manjares, pero no de pecar, imitan al demonio, que peca y no come.

Los pensamientos castos, las virtudes mas puras, los saludables consejos son hijos de la abstinencia; y con las mortificaciones voluntarias el cuerpo ahoga la concupiscencia, y el espíritu cobra nuevo aliento para dedicarse á la práctica de las virtudes.

Véase AYUNO.

ACCIONES.

MODO DE SANTIFICARLAS.

Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite.

Ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.

(*I Corint.* x, 31.)

La vida presente, hermanos mios, es un tiempo de pruebas, y el trabajo es una de las principales á que se ha de someter nuestra

existencia: todos estamos sujetos á esta ley dura y penosa. Sin embargo, la fe viene á templar sus rigores, mostrándonos en el trabajo una pena, una expiacion; y así nos ofrece un gran consuelo. A veces se ha intentado desterrar esta idea, pretendiendo, que el trabajo podia cambiarse en un atractivo: es imposible. El trabajo será siempre pesado: el hombre, ya que Dios le ha condenado á trabajar, jamás conseguirá, á despecho de todos sus esfuerzos, sacudir esta cadena que le está abrumando. Pero convengamos tambien, en que con el auxilio de la fe tiene la pena sus dulzuras, por ser una expiacion. ¿Qué haremos, pues, para que el trabajo sea una expiacion, un acto de virtud, un mérito? ¿Qué para santificar el trabajo, para santificar principalmente nuestras ocupaciones ordinarias? Tal será el asunto de este discurso.

Dios, como criador y conservador del hombre, tiene derechos sobre todos los movimientos, sobre los actos de la vida humana. No concebimos pensamiento alguno que no venga de Dios, y que, por consiguiente no se deba á él; no cometemos accion alguna, por insignificante que sea, que no tenga su principio y su fuerza en Dios, y que, por lo mismo, no le pertenezca. Robar á Dios un solo pensamiento, una sola palabra, una sola accion, es atentar á su supremo dominio, y violar las leyes de la justicia. Por esto nos dice el Salvador, que un dia daremos cuenta de una palabra inútil; y con mucha mas razon deberemos darla de una accion inútil.

Háblase á veces de acciones indiferentes. A las luces de la fe, no hay acciones indiferentes; y si bien es verdad, que puede darse este nombre á ciertas acciones que en sí no son buenas ni malas, con todo, ofrecidas á Dios pueden volverse buenas, ó cometidas con miras mundanas, pueden volverse inútiles, malas. Pero ante Dios todas las acciones merecen galardon ó castigo: galardon, si se ofrecen á Dios; castigo, si le son usurpadas, esto es, si no se refieren á él de uno ú otro modo.

No podemos, pues, suponer en el tiempo una accion ó palabra, que no tenga su eco en la eternidad. Es necesario que la eternidad pese sobre cada uno de nuestros instantes, pues si venimos al mundo, si abrimos los ojos á la luz, fué para trabajar y prepararnos esta eternidad; por cuya razon la eternidad entera responde á cada uno de nuestros instantes; y dejar de referir nuestros pensamientos y palabras á esta eternidad, es, por consiguiente, negar á Dios la gloria que de nosotros espera.

Amados oyentes, nuestra salvacion depende, en gran parte, de la santificacion de nuestras acciones. Si las ofrecemos todas á Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas serán meritorias; todas serán recompensadas en este mundo con aumento de gracia, y en el otro con aumento de gloria. ¡Qué desgracia para un cristiano perder el mérito de tantas acciones como se ve precisado á hacer! ¿Qué desconsuelo experimentará en la hora de la muerte el discípulo del Evangelio, viéndose pobre de méritos, cuando con lo mismo que hizo podia ser muy rico, sin mas que haberlo hecho todo por Dios, y haber ofrecido sus acciones á Dios? Pero, ¿qué es indispensable hacer, preguntareis tal vez, para ofrecer á Dios estas acciones, y para que, dignas de él, lo sean tambien de recompensa? Dos cosas, hermanos mios: nos es indispensable el principio sobrenatural de la gracia, y en seguida un motivo sobrenatural. Esto es lo que me propongo demostraros: imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para que nuestras acciones sean dignas de recompensa, nos es indispensable un principio sobrenatural, que eleve nuestra naturaleza, nuestra accion; un órden superior que nos ponga en relacion con nuestros destinos eternos. ¿Qué es lo que constituye la belleza del hombre y su verdadera grandeza? Su alma. El alma, ved ahí lo que forma la dignidad del hombre y la dignidad de sus acciones. El alma es el principio del movimiento de todos nuestros órganos; el alma brilla en todos los rasgos de nuestra fisonomía, y resplandece en nuestras miradas. El alma constituye toda la hermosura, toda la grandeza, toda la dignidad, toda la nobleza del hombre. Pero notadlo bien, hermanos mios; desprovista de la gracia, el alma nos deja aun en un órden meramente natural. Dios nos ha hecho para un mundo superior, y para ello nos ha dado algo mas que el alma. De la misma manera que el alma es la vida de nuestro cuerpo, la gracia debe ser la vida de nuestra alma. Y ¿qué es la gracia? La vida superior. Como el alma es la vida que penetra los órganos, así la gracia es la vida superior que penetra el alma, nos eleva á un órden mas eminente y nos relaciona directamente con el Sér supremo. Como el alma es la dignidad del cuerpo, así la gracia es la dignidad y la vida del alma. ¿Qué es lo que Dios estima en el hombre? ¿Son siquiera las cualidades del alma, las prendas del espíritu, el talento, el genio? No: Dios concede estos bienes lo mismo á sus enemigos que á sus amigos. Un hombre despojado de la gracia, aunque fuese el primer ingenio del mundo, nada es absolutamente á los ojos de Dios; y aunque tuvierais el espíritu profético, si no ardeis en el fuego de la caridad, si careceis de la gracia, como dice S. Pablo, nada sois delante de Dios. Por mas que nuestras acciones fuesen morales, por

mas que diésemos nuestros bienes á los pobres, sin la caridad, estas obras no podrian aun servirnos para la eternidad. Aun cuando os entregarais á las austeridades de la penitencia hasta el extremo de sufrir el martirio, si fuese posible sufrirlo sin la caridad, sin la gracia, de nada serviria para la eternidad vuestra dolorosa abnegacion. Ha de haber, pues, en nosotros, un principio mas noble, que esta alma simplemente natural, ha de haber el don sobrenatural de la gracia.

Eso es lo que constituye nuestra hermosura. Cuando Dios desde las alturas celestiales convierte sus miradas á sus hijos, no repara en el vestido que llevan, ni en las formas exteriores de su cuerpo; ni aun examina el talento y el genio. No! Si Dios estimara al hombre por sus talentos, por sus méritos exteriores y palmarios, hermanos mios, ¡cuántos hijos suyos tendrian que elevar sus quejas al cielo! Entónces podrian preguntar al Señor: ¿Por qué, Padre mio, no has colocado en mis sienes la corona, la auréola del genio? ¿Por qué no tengo un nombre algo famoso en la tierra?... Pero no, lo que Dios mira es su gracia.

Así, pues, hermanos mios, el alma que vive en estado de pecado mortal, destituida de esta gracia, nada hace para el cielo. No hay duda en que podrá hacer obras buenas de suyo, materialmente buenas; pero estas obras no tendrán derecho á la recompensa eterna. ¿Acaso miéntras permanezcamos en estado de pecado, no podemos ya ejercer buenas acciones? Puede haber acciones que por sí mismas no merezcan el cielo, pero que á lo ménos nos acerquen á Dios y faciliten la reconciliacion con él. Podemos esforzarnos para acercarnos á Dios; no merecemos la gracia, pero entretanto preparamos nuestro corazon para recibirla.

2. Con todo, ¿basta el principio sobrenatural de la gracia para atribuir á Dios nuestras acciones? Si bastase poseer la gracia para que en nosotros se santificara todo, eso seria sumamente fácil. Los que se acercan con frecuencia á los sacramentos, los que cumplen sus deberes, que no cometen pecados mortales ó de ellos se purifican inmediatamente, se hallan en estado de gracia; pero ¿significa esto, que sus acciones se atribuyen á Dios? No! La gracia debe no solamente estar en nosotros, sino animar cada una de las acciones que practicamos. Esto sentado, acontece, que algunas causas exteriores suspenden la accion del alma sobre el cuerpo: el sueño, las dolencias, detienen de pronto esta accion directa, inteligente y libre, y entónces las acciones no se fundan en un motivo inteligente y libre. Podemos poseer la gracia, sin hacerla obrar en nuestras acciones. Es posible que la gracia permanezca en cierto modo ociosa, que no obre

con nosotros; solo trabaja la naturaleza, y entónces la accion cae bajo su imperio y no sube hasta Dios.

¿Cómo sabremos si nuestras acciones vienen de la gracia, si son inspiracion de la gracia? Hagámonos tan solo algunas preguntas. ¿Qué motivo nos hace obrar? Notadlo bien: nunca obramos sin un motivo que nos determine. Cuando há poco habeis salido de vuestras casas para venir á esta iglesia, si se os hubiese detenido y preguntado: ¿A dónde vais? ¿á dónde os dirigís?—Voy á la iglesia, al sermon. Teniais un motivo que os hacia avanzar, que dirigia vuestros pasos. En una palabra, llevais siempre una mira, un objeto, y el objeto es el motivo de nuestras acciones. Si vosotros trabajais, ¿para qué trabajais? Para ganar tal salario. Ahora bien: esta ganancia es un motivo natural, teneis un fin natural, os encaminais á un objeto natural; os proponeis alcanzar esta ganancia, término de vuestro trabajo: vivís asidos á la tierra, trabajais para la tierra, no teneis ninguna mira que se eleve sobre la vida natural, que os levante hasta la eternidad: esta accion no sube hasta la eternidad. La accion que practicamos va siempre tan alta como el motivo que nos induce á obrar.

O bien decís: en todas las acciones del dia quiero expiar mis pecados. De esta manera, el mismo fin que os proponeis, hace que todas vuestras acciones sean actos de expiacion. Desde el momento en que ofreceis á Dios el trabajo como una expiacion, expiais; y de la mañana á la tarde vuestros sudores vienen á ser otras tantas expiaciones delante del Señor. Si con vuestras penas y trabajos quereis obtener la gracia para vosotros, para personas que os son queridas, para vuestra familia, entónces vuestras acciones se convierten en oraciones.

3. Elevaos mas. Si con vuestras acciones anhelais agradar á Dios y probarle vuestro amor, entónces se convierten en actos de amor de Dios. Esto es lo mas perfecto; pues es de considerar, que Dios nos aprecia especialmente por el amor, lo cual establece precisamente una verdadera igualdad en el mundo. No hay igualdad de talento, ni igualdad de fortuna, ni de fuerzas físicas, ni de medios naturales; pero todos tenemos la facultad de amar. ¿Y quién es delante de Dios el hombre mas grande? No el mas encumbrado en la tierra, como tampoco es el mas pequeño ni el mas humilde. El mas grande delante de Dios es el que cumple mejor el precepto: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo;» es el que conserva mas amor en su corazon, pues el amor es el cumplimiento de toda la ley. Nadie hay entre vosotros, hermanos mios, que no pueda rendir este tributo á Dios: nadie hay que no tenga corazon... Una pobre mujer, una pobre criada tiene un corazon, lo

mismo que todos los reyes y reinas del mundo; y por lo tanto puede consagrarse á Dios y á sus hermanos: en una palabra, puede probar su amor y por consiguiente elevarse; y si este corazon es mas grande que el de un rey ó de una reina, Dios se goza y reside en él con mas amor. Podemos pues seguir siempre el camino del amor ó de la caridad; podemos elevarnos y embellecer nuestras acciones con el sentimiento de amor.

Pero ¿cómo llegaremos á saber, que son estos motivos superiores los que nos hacen obrar? ¿Basta, por ejemplo, ofrecer por la mañana el dia á Dios, ofrecerle nuestras acciones como acciones de amor, para que le sean realmente atribuidas y se conviertan realmente en acciones de amor? No! Sin embargo, esta ofrenda puede á veces bastar, si vuestro corazon sigue el movimiento que le habeis dado, si durante todo el dia se mantiene en esta altura y dirige siempre vuestras acciones á Dios; y si aunque no la hubieseis hecho por la mañana, vuestro corazon va á Dios y se la hace directamente por medio de obras. Conviene pues, ofrecer el dia por la mañana; mas si al hacer la oracion no se piensa en ofrecer las acciones, y durante la accion el corazon se eleva á Dios, si el corazon acepta el trabajo como una pena, como una expiacion ó como un acto de mérito ó de virtud, se ejerce un acto de amor.

Pero esto no es fácil. Debemos conocer á fondo nuestra alma, recogernos á menudo en nuestro corazon; debemos luchar mucho tiempo antes de llegar á este desprendimiento, á este amor perfecto de Dios; pues en cada uno de nosotros mismos, en cada hombre, hay como dos hombres: en nosotros no hay el amor solamente, hay tambien la naturaleza; hay dos tendencias. Cuando empezais una accion, quizás la ofreceis á Dios; pero luego viene á mezclarse otro sentimiento: la naturaleza quiere recobrar sus derechos y obrar segun sus inspiraciones. Empezais á obrar por Dios, y acabais tal vez obrando por la naturaleza. Cuando examinamos nuestro corazon, hermanos mios, nos asombramos de la vida egoista que hay en nosotros. ¿Cuántos son los hombres que obran por motivos nobles, y que no tengan siempre el egoismo por objeto? A veces creemos practicar un acto de virtud, y luego nos extrañamos, terminado el acto, de ver el amor propio, la sensualidad. Esa accion era buena en su punto de partida; y cuando nos figuramos llegar al término superior, al cielo, ya hemos caido otra vez bajo la funesta influencia del orgullo. Hay lucha; y la perfeccion del hombre, aquí abajo, consiste en tener siempre fija la mirada en estos dos movimientos del corazon, en el impulso natural y en el impulso sobrenatural. Con una

atencion contínua á estos dos movimientos, se logra paulatinamente, si no ahogar las sugestiones de la naturaleza, á lo ménos prevenir sus efectos y contraer mayor disposicion para recibir la gracia, obedecerla, y obrar por un motivo sobrenatural, por amor de Dios. Todos podemos inocular este sentimiento en nuestras almas: si queremos, pues, nuestro corazon es siempre capaz de amar. No hay corazon tan degradado, que no pueda sentir arder en él esta llama celestial. Podemos siempre ascender; pero debemos descender profundamente en nuestros corazones para ver las imperfecciones, que, por decirlo así, forman su naturaleza. Quedareis muy sorprendidos cuando analiceis bien vuestros pensamientos, vuestras acciones, y os maravillareis de ver en vosotros tantas bajezas; pero no debeis avergonzaros hasta el punto de apartar de vosotros mismos vuestras miradas. El alma mas perfecta delante de Dios, no es la que no siente estas malas tendencias, sino la que mas sabe triunfar de ellas, la que mas sabe reprimir los primeros impulsos de la naturaleza para hacer triunfar siempre la vida sobrenatural. ¿Y cuál será el alma que recibirá el premio mas hermoso? La que mas habrá luchado, la que mas cuidado habrá tenido de sus movimientos interiores. Aquí está la perfeccion.

4. Háblase mucho de acciones grandes, de acciones pequeñas, de acciones miserables en sí mismas. A los ojos de Dios es muy distinto. ¿Qué cosa mas grande, sino marchar al frente de un ejército, alcanzar brillantes victorias, conquistar muchas provincias, y difundir el vencedor la rumorosa fama de su nombre por todos los ángulos del mundo? Acciones grandes son esas en la tierra, no cabe duda; acciones son esas que á todos llenan de admiracion, y de que, tal vez, se hablará todavía á los dos mil años de la muerte del Conquistador: pero, delante de Dios, ¿qué son esas acciones? Quizás, en el juicio final, solo se mencionarán para imponerles el castigo que han merecido por el orgullo que las originára, y por la violencia de los medios sin necesidad empleados. ¿Qué cosa mas pequeña, mas baja, que las acciones de una pobre mujer en su casa, de una pobre criada? Seguramente, hermanos mios, no hay para que atraer á ellas las miradas del mundo; son acciones muy insignificantes, ¿no es verdad? Sí por cierto; pero si las anima esta vida superior, de que hace poco he hablado, son grandes, y un dia serán premiadas delante de todo el universo reunido. En ese dia todas esas insignificantes acciones se verán grabadas en el libro de Dios, y merecerán eterna recompensa.

Ved ahí, hermanos mios, como cabe enaltecernos por el principio de toda grandeza y nobleza que reside en nosotros, por la gracia y los nobles motivos que á obrar nos impulsan.

¿Quereis que confirme esta doctrina con un excelente ejemplo? Há poco mas de mil ochocientos años, que en una miserable aldea de la Judea vivia una reducida y pobre familia. Veíase allí un anciano, un artesano, que trabajaba en su taller mañana y tarde, para ganar el sustento de su familia; veíase tambien allí una pobre mujer, que en nada se distinguia exteriormente, y que se dedicaba á los quehaceres domésticos; en fin, veíase un hijo que ayudaba á la madre en sus quehaceres, ó que, mas grandecito, ayudaba al padre en sus trabajos. ¡Pobre y reducida familia! ¿no es verdad? El mundo, al pasar por delante de aquella humilde morada, debia decir: ¡Son personas oscuras! Habia á la sazon en el mundo grandes capitanes, pues era la brillante época del imperio romano, famosos generales, que alcanzaban brillantes victorias y hacian saber á todas las naciones entónces conocidas, el nombre y la gloria de Roma. Aquellos hombres extendieron su celebridad en la tierra. Pero ¿qué pensaba de ellos el cielo? ¿Conmovíanle las marchas de los ejércitos y el estrépito de las victorias? El cielo contemplaba atentamente los movimientos de la oscura familia, el cielo contemplaba maravillado al pobre anciano, que ganaba penosamente su vida, y los ángeles bajaban á recoger con respeto y amor las gotas de sudor que de su rostro caian. Todos los bienaventurados se prosternaban con respeto y amor delante de aquella pobre mujer, pues ya la saludaban como Reina de los ángeles y de los hombres. Y la Divinidad, en su plenitud, habitaba en aquel niño, que era el Hombre-Dios; y con cada accion suya glorificaba mas á Dios que todos los hombres juntos. ¿Y de dónde se deriva el principio de tal grandeza en aquella reducida y pobre familia? ¿De dónde el principio de toda gloria? De la gracia que animaba á José, el mas santo de los patriarcas; y luego de un motivo sobrenatural: José trabajaba para mantener á su familia, para alimentar al Hombre-Dios; pero trabajaba movido por la gracia que respiraba el corazon de María, por la gracia que le hacia resplandecer con toda su luz, y, al mismo tiempo, un motivo que le impulsaba á obrar por amor á su Dios y á sus hermanos. En cuanto á Jesucristo, la misma Divinidad era el principio de sus acciones, y quien las dirigia al cielo, en donde tenian orígen. Ahora bien: lo que hacia aquella familia, nosotros podemos hacerlo, no ciertamente con igual perfeccion; pero el mismo principio que estaba en Jesucristo, está en nuestras almas: nosotros somos miembros de su cuerpo, partícipes de su vida y naturaleza: *Divinæ consortes naturæ*. Dios está en nosotros, si queremos, por la gracia; por consiguiente, Dios obra en nosotros para enaltecer nuestras acciones; y puede ser móvil y térmi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no de todas ellas. Elevemos pues á él nuestros pensamientos, elevemos á él nuestras acciones; empero para ello examinémonos con frecuencia, dirijamos siempre una atenta mirada á las miserias que se levantan de este corazon, y así nos purificaremos sin cesar, hasta que lleguemos al desprendimiento perfecto, al completo amor de nuestro Dios para la santificacion de nuestras acciones.

5. En la historia de Sta. Teresa se lee, que cierto dia se le apareció nuestro Señor y se le quejó de la escasez de servidores generosos que encontraba en el mundo, de esos servidores que obran por un motivo sobrenatural de amor perfecto y con miras desinteresadas. Y entónces le dijo, que el padre Álvarez, confesor de la santa, era el servidor mas puro que sus miradas encontraban en la tierra; sin embargo, adolecia aun de muchas imperfecciones. Esta es la imágen de su vida, añadió; y le presentó un racimo de uvas. La mayor parte de los granos eran dignos de la mesa de un rey; pero muchos estaban manchados y empezaban á corromperse; y algunos estaban ya del todo corrompidos. ¡Viva imágen de su vida! pues aquellos granos tan puros y hermosos simbolizaban las acciones hechas por el amor perfecto de Dios; los granos algo maleados representaban, si, las acciones hechas por un movimiento de amor, pero con un lijero desvío de negligencia ó de sensualidad; y en fin, los que estaban enteramente podridos, figuraban las acciones hechas por un principio meramente material. ¡Ah! hermanos mios, si con la misma imágen Dios nos presentara nuestra vida, ¿tendríamos muchos granos enteramente puros? La mayor parte, tal vez todos, estarian corrompidos.

Entremos en nuestros corazones; figurémonos que estamos citados ante el tribunal de Dios, que nos pide cuenta de nuestras acciones. ¿Qué has hecho, servidor? Yo te envié á trabajar en mi viña, esto es, á cumplir tus deberes en la tierra á la vista del cielo. ¿Qué has hecho? Has servido los intereses de la tierra; pero ¿has trabajado para mí?... Hermanos mios, la sentencia será severa, pues habrá que dar cuenta hasta de una palabra inútil. Y son inútiles una palabra, una accion, un pensamiento cuando no se refieren de ningun modo al cielo.

Cuando abrigais, hermanos mios, la idea del deber, ya cabe decir, que es un motivo sobrenatural. Quien quiera que seamos, tenemos en este mundo una posicion, un puesto que ocupar. Dios, que en él nos coloca, parece decirnos: Conserva este puesto hasta que vengan á relevarte, esto es, hasta que la muerte venga á ceder tu lugar á tus sucesores. ¿Quién es el mas perfecto? El que guarda su puesto

con mas amor. Pero cuando se obedece generalmente á este sentimiento del deber, aunque vuestro brazo se detenga por un poco de negligencia, aunque la fatiga enerve vuestras acciones, si os acordais de que es un deber y os entregais al trabajo, obedeceis á una ley superior, á la voluntad divina, que os ha colocado en tal puesto; entónces, ya comprendeis que hay un motivo sobrenatural. Cuando nos hallamos bajo la impresion de la ley general del deber, cuando queremos cumplir así todas las obligaciones de nuestra condicion para obedecer á la ley de Dios, basta esta mira general para elevar nuestras acciones hasta la eternidad; pero aun podemos remontarlas mas con sentimientos de amor mas perfecto.

Estamos en el mundo para llenar los deberes de nuestra condicion, con arreglo, empero, á los principios que acabo de exponer. Trabajemos así, hermanos mios, y recogeremos grandes tesoros para la eternidad. ¡Oh! si nos fuera dado ver el cielo, atento siempre á cada uno de los pasos que damos en la tierra, á cada uno de los momentos que miden nuestra existencia; si nos fuera dado ver esa gloria, ¡con qué ardoroso afan trabajaríamos! No hay un segundo, un instante, que no pueda merecernos la eternidad, pues no hay ningun instante en que nuestro corazon no pueda formar un acto de amor por nuestro Dios, un acto de obediencia á su ley; ni tampoco hay un solo instante en que no podamos hacer una accion perdida para el cielo, guiados por la vanidad, por la vana complacencia, por el amor propio, por la sensualidad. El tiempo perdido no se recobra jamas. Suele decirse: recobrar el tiempo, como el viajero que ha retardado su marcha y apresura el paso para alcanzar al compañero de su viaje: si no hubiese moderado el paso, habria podido avivarlo mas y llegar antes. Así es, que el tiempo no se recobra. El tiempo nos escapa en el mismo instante en que le dejamos pasar; nos escapa para no volver. Pues bien, ya que no reparemos el pasado, podemos, con todo esforzarnos para repararlo relativamente, trabajando con mas ardor para la santificacion y purificacion de nuestras acciones.

Hagamos pues de manera, hermanos mios, que á fuerza de atenciones y cuidados, nuestras acciones sean dignas de Dios; que hayan pasado, como el oro, por el crisol; que sean el oro puro de la caridad, digno de ser colocado en los eternos tabernáculos y presentado á Dios por toda la eternidad. Amen.

ACCION DE GRACIAS.

Quis est pluviæ pater?
Quién es el padre de la lluvia?
(*Job.* XXXVIII, 28.)

Si no hay satisfaccion mas dulce ni consuelo mas sólido para un corazon bien formado, que el cumplir con las sagradas leyes de la gratitud y del reconocimiento, no extraño, mis amados hermanos, la respetuosa devocion y el santo gozo con que os presentais en este dia delante de este altar de Dios vivo, para dar gracias y un testimonio público y solemne de lo que debeis á este supremo autor de todas las cosas, y las vivas ansias con que deseais que yo sea el intérprete de los afectos de vuestro piadoso corazon. Nada hay, en efecto, mas razonable ni mas conforme á la justicia que el honrar al bienhechor con sus propios beneficios, y el manifestarle, cuanto permita nuestra flaqueza, todo el agradecimiento que por ellos puede esperar. Pero nosotros, miserables, exclamaré con el real Profeta, ¿qué podríamos dar al Señor por todos los bienes que nos ha dado? *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* ¿Cómo le agradeceremos las mercedes que nos ha hecho, ofreciéndole algo por todas, sin dejar de agradecer ninguna, tantos beneficios generosos y comunes á todos los hombres, tantos particulares á cada uno, ya espirituales, ya temporales?

Y ¿qué gracias y alabanzas serán bastantes para agradecer debidamente la bondad y la misericordiosa providencia de nuestro Padre celestial, que ha querido concedernos la lluvia benéfica y conveniente de que tanto necesitaban nuestros campos, y que nosotros de ningun modo merecíamos? ¿A quién de vosotros no ha llenado de afliccion y de pesadumbre, el ver por tanto tiempo un cielo de bronce, segun la expresion de la sagrada Escritura, y la tierra seca y endurecida como si fuese de hierro? ¿Un cielo tan despejado y tan sin nubes, que con su misma serenidad y alegría nos llenaba de tristeza; una tierra tan seca y de semblante tan horrible, que estéril é infecunda no admitia el arado ni nos daba la menor esperanza de los frutos que necesitamos para nuestro sustento? Al ver malogrados vuestros afanes y llenos de desconsuelo, ¡cuántos de vosotros no habeis tambien regado con vuestras lágrimas aquella misma tierra que antes habiais regado con vuestro sudor!

Pero ya el cielo ha mudado de semblante, se ha desatado en copiosas lluvias, y la tierra se muestra risueña y promete corresponder á las fatigas de su dueño. Yo os pregunto ahora: ¿á quién somos deudores de una transformacion tan importante? ¿Quién es el que ha regado los montes y los valles y ha fertilizado la tierra, para que se llene de frutos? ¿Quién es el que ha cubierto el cielo de nubes y ha preparado la lluvia para la tierra que la pedia con ansia? ¿Quién si no aquel Señor cuyo poder es infinito y cuyo saber no tiene medida? Así lo hemos confesado tantas veces en los ruegos que dirigimos á su infinita piedad: *Quid operit cœlum nubibus,* SALM. CXLVI; y el Señor se ha complacido en oir las oraciones de los que ponian toda su esperanza en su misericordia. Solo este Señor podia darnos este oportuno socorro, que no pudiéramos esperar ni del poder de los reyes mas grandes, ni del ingenio de los filósofos mas profundos.

¿Sabes, le preguntaba Dios al santo Job, quién es el padre y el autor de la lluvia? *Quis est pluviæ pater?* Esta misma pregunta tan breve, es la que yo quiero repetiros en el dia de hoy, destinado á dar las debidas gracias á nuestro supremo bienhechor, para que nunca se borre de vuestra memoria tan señalado beneficio, y para que jamás dejeis de bendecir al Señor con un sacrificio de alabanza, que le será muy gustoso y agradable, y le moverá, como dice santo Tomás, á concedernos nuevos beneficios. *Laudate Dominum*, os diré con David, *quoniam bonus:* Alabad al Señor; dadle el culto que os pide con alegría y con decoro. Penetrados de admiracion, de gozo y de confianza, decid, no solo con el corazon, sino tambien con la boca, en el templo, en vuestras casas, en las plazas y en los campos: *Gracias á Dios, gracias á Dios.*

Sí, Dios mio, Padre de nuestro Señor Jesucristo, seais siempre bendito, adorado y glorificado, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos curais con una mano, cuando nos heris con la otra; que en medio de vuestra ira no os olvidais de vuestra misericordia; y no solo cuida vuestra divina Providencia de los hijos que os aman, y de los siervos que os temen, sino tambien de vuestros mis-

mos enemigos, que reniegan y blasfeman de vuestro nombre, y lloveis sobre los justos y los pecadores.

Bendito seais, Jesús amantísimo, Jesús Hijo de Dios vivo, Dios verdadero, Salvador de todos los hombres, que por vuestra santa cruz reconciliasteis al cielo con la tierra, y nos enseñasteis á llevar con paciencia las tribulaciones: Pontífice soberano, que penetrasteis los cielos, y, sentado á la diestra del Padre, os compadeceis de nuestros males y empleais en favor nuestro el absoluto poder que teneis en el cielo y en la tierra: bendito sea vuestro dulcísimo Nombre, conocido sea y reverenciado de los ángeles y de los hombres. Y vos, Vírgen purísima, mil veces feliz, sagrada vírgen María, digna sois de toda suerte de alabanzas; templo de Dios vivo, sagrario del Espíritu Santo, vos sola sin ejemplar fuisteis siempre graciosa y agradable á nuestro señor Jesucristo. Madre inmaculada, santa Madre de Dios, verdadero consuelo de los afligidos, bendita sea vuestra gracia y vuestra belleza, que así robais el cariño y la confianza de los tristes mortales. Bendita sea vuestra misericordia, y así os veais servida y venerada de todas las criaturas.

Alabemos á Dios, no olvidemos jamas sus dones; pero acordémonos para honrarle y bendecirle por ellos, ejercitándonos en un contínuo y sincero reconocimiento de los beneficios de su amable providencia. Esta es una de las virtudes mas importantes en todas las condiciones de la vida, y, tal vez, la ménos conocida aun dentro del cristianismo. Esta es una de las virtudes que hay mas necesidad de predicar á los hombres, porque nos excita al amor de Dios; y este reconocimiento de los beneficios de su liberalidad nos conduce á Dios con mucha mas eficacia que el miedo y el temor. Si hiciésemos mas reflexion sobre los beneficios de Dios, estaríamos ménos descontentos de lo pasado, mas satisfechos de lo presente, y ménos inquietos de lo porvenir: nuestra suerte nos pareceria mejor y viviríamos mas sumisos á la Providencia. Pero aunque esta tierna madre nos tiene colmados y penetrados de sus cuidados, de sus atenciones y de sus favores, nosotros gozamos de ellos sin apreciarlos; y cuanto mas nos dé entónces, creemos que nos debe aun mas. El rico mas colmado de sus dones vemos que es menos sensible, que el pobre que le da gracias al comer el pan grosero de que le provee; y todos en general somos mas inclinados á quejarnos y murmurar de la Providencia, que á agradecer sus beneficios.

Yo quisiera corregir en este dia tamaño extremo de ingratitud; y para proponeros mi designio, me atengo al pensamiento del doctor angélico santo Tomás, y hago consistir este reconocimiento cristiano

en estos dos puntos, conocer y reconocer: conocer que todo viene de Dios; y reconocer, dirigiéndolo todo á Dios. Atended si gustais: *conocer que todo viene de Dios, y de este modo honrarle como á primer principio, es el primer deber: reconocer, dirigiéndolo todo á Dios, y honrarle asi como á último fin, es nuestra segunda obligacion.* Vírgen purísima, que desde que empezasteis á vivir fué toda vuestra ocupacion el bendecir y amar á Dios, yo espero, que para inspirar á estos vuestros fervorosos devotos unas verdades tan importantes, me alcanzareis la gracia que necesito y que todos os pedimos diciéndoos: A. M.

1. Entre todas las obligaciones del hombre, colmado de tantos beneficios de Dios, una de las mas esenciales es saber, á lo ménos, quien es el autor de los bienes que goza y de que mano los recibe. Ved porque el Dios de Israel, siempre que favorecia á su pueblo con alguna gracia, queria que sus profetas y sus sacerdotes le hiciesen conocer el autor de ella; y así este era el asunto mas frecuente de sus instrucciones y de sus advertencias. Todo esto es obra del Señor, decia David: *A Domino factum est istud.* El Señor ha combatido por nosotros; *Dominus quasi vir pugnans*, cantaba Moisés. Vos, Señor, sois nuestro Padre: todo lo que somos, lo somos por vos; y todo cuanto tenemos, de vos le tenemos: *Et nunc, Domine, pater noster es tu.* En estos y otros mil testimonios de que estan llenos los Libros santos, vemos con cuanto zelo se renovaba la memoria de los beneficios de Dios para imprimirlos profundamente en el corazon.

Pero esto solo aun no es bastante, segun advierte el angélico doctor, porque este reconocimiento interior y secreto debe manifestarse tambien en el exterior, es decir, que debe ser acompañado ó seguido de una confesion pública, que sea un homenaje hecho á Dios por sus beneficios, y que le declare por autor y dispensador de todos ellos (bien sabido es cuan encomendada haya sido esta práctica, pues vemos, que cuando el Señor hacia á su pueblo algun beneficio señalado, luego ordenaba una memoria ó fiesta en su agradecimiento). No se contentaba Dios con un simple conocimiento de sus prácticas, que quedase oculto en el alma; pedia, ademas, una confesion pública y un testimonio sensible de ellas: *Et erit quasi signum in manu tua.* Estos hechos por sí solos nos declaran bien esta verdad, que yo os predico, verdad la mas sensible de todas; pero que la olvidamos con la mayor facilidad. Procuremos en este dia penetrarla bien en sí misma y en sus consecuencias, si queremos reparar tantas ingratitudes pasadas, y no estar siempre negándole á Dios el justo reconocimiento que le debemos.

Porque entre las innumerables perfecciones del Señor, la religion no nos señala un carácter que le sea mas propio y mas inseparablemente unido, que el de primer principio, principio universal; de tal suerte, segun el Apóstol, que todo viene de Dios, todo es por Dios y todo está en Dios: *Ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia:* todo sin excepcion en el órden de la naturaleza y en el órden de la gracia. Observad estas dos palabras. Digo todo en el órden de la naturaleza; y ¿no es esto lo que nos grita toda la naturaleza? Los cielos nos lo anuncian; las estrellas del firmamento lo publican; el aire, la tierra, las aguas, todos los elementos que componen este mundo visible, todas las criaturas usan del mismo lenguaje; lenguaje mudo, pero tan inteligible, que basta la simple razon para comprenderle. Yo instaba á todas las criaturas, dice san Agustin, á que me dijesen quien es mi Dios y que idea me debo formar de él, y al punto me parecia que resonaba á los oidos de mi corazon un grito general, y que de todas partes se levantaba una voz para responderme: Dios es el que nos ha hecho á todos. En esto podrás conocer quien es: *Clamaverunt omnes voce grandi: ipse fecit nos.*

Pero si me es permitido añadir algo al pensamiento de san Agustin, todas estas obras del Señor ¿por qué las ha criado el Señor, y para quien si no porque sirven al hombre y no por ellas mismas? De suerte, que todas las utilidades, todas las comodidades, los socorros que sacamos de los cielos, de la tierra y de todas las obras de Dios, son otros tantos beneficios de su liberal mano y de su providencia paternal. En fin, este mismo hombre, esta criatura inteligente y, por consecuencia, la mas noble que debajo del cielo haya sido formada, ¿quién sino el Criador del universo le ha sacado de la nada, le ha animado con su soplo, le ha dado la vida, le ha proveido de todas las facultades del alma y del cuerpo, le conserva con su asistencia contínua y le sostiene con su omnipotencia? El santo Job lo confesaba así á Dios: Por vos subsisto, oh Señor, y no por otro alguno: yo no era nada ó no era sino polvo; pero á la manera que el obrero maneja el barro y le da la hechura que quiere, así vos me habeis hecho tal como soy y todo lo que soy: bien os acordareis, oh Dios mio, y yo mismo debo no olvidarlo jamas: *Memento, quæso, quòd sicut lutum feceris me.*

Aun digo mas; que Dios es el único autor de todo en el órden de la gracia. ¿No es esto lo que nos enseña san Pablo, cuando para abatir nuestra presuncion y hacernos conocer nuestra insuficiencia nos declara, que por nosotros mismos no somos capaces ni aun de tener un buen pensamiento, cuanto ménos de ponerlo por obra? ¿No

es esto mismo lo que nos enseña el Salvador de los hombres cuando dice á sus discípulos: No podeis hacer nada sin mí, y ninguno, sea quien fuere, puede venir á mí si mi Padre no le llama? ¿No es esto mismo lo que nos anuncian las Escrituras cuando nos dicen, que Dios es quien alumbra nuestro espíritu, Dios quien mueve nuestro corazon, Dios quien dirige nuestros pasos, Dios quien santifica nuestras obras, Dios quien convierte al pecador y perfecciona al justo?

¡Ah, cristianos! estas no son mas que ideas generales; pero ¡cuántos beneficios particulares se encierran en ellas! Este ha nacido con un temperamento el mas feliz, no siente ninguna de las incomodidades de la vida, y á pesar de las fatigas de un trabajo contínuo, goza de una salud inalterable; ¿cómo? Por merced de Dios. Aquel en un estado de prosperidad ve que todo le sale bien á medida de su deseo; su caudal se aumenta; sus cosechas son abundantes; establece su familia; y ¿cómo? Por el favor de Dios. Pero ¿á qué me empeño en contar los beneficios que todos recibimos de Dios, si esto seria nunca acabar? Me debo contentar, oh Dios mio, con deciros, que toda la tierra está llena de vuestra misericordia; toda la tierra está llena de vuestros dones; en todos los siglos habeis sido nuestro Dios y lo sereis en todos los siglos; es decir, que siempre habeis sido y siempre sereis el alma de este universo, el primer movil y el principio dominante, el Padre comun, que desde el trono de su gloria, en que está sentado, extiende sus cuidados á todas sus criaturas, y emplea en su favor sus inmensos tesoros y sus fondos inagotables: *Tua, Pater, providentia gubernat.* SAPIENT., XIV.

2. Pues ya lo he dicho, amados mios: ved á lo ménos lo que debemos conocer, no con un conocimiento pasajero, sino vivo y siempre presente. Ved, vuelvo á decir, en lo que debemos pensar, y, si posible fuera, tener á cada momento delante de nuestros ojos para objeto de nuestras reflexiones, porque este conocimiento es el mas propio para mantenernos en tres disposiciones excelentes, que os pido que noteis; quiero decir, en una dependencia de Dios contínua y absoluta, en una humildad profunda, y, finalmente, en este ejercicio perpétuo de alabanzas y de accion de gracias que nos recomendó san Pablo tantas veces. ¡Oh! ¡si yo pudiera inspiraros estos sentimientos tan cristianos y tan dignos de la religion que profesais!

En efecto, si llego á imprimir fuertemente en mi espíritu este punto fundamental, que todos los bienes, sean de la especie que fueren, ya temporales, ya espirituales, proceden de Dios y no puedo esperarlos ni recibirlos sino de su mano; que de todos ellos es el único dueño y de consiguiente su único repartidor; que tiene en sus ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos los bienes y los males, las riquezas y la pobreza, la enfermedad y la salud, las aguas y los vientos, y que todo lo distribuye como quiere y segun le agrada; que él es el que hiere y el que sana, el que empobrece y el que enriquece, el que aflige y el que consuela; conmovido con este pensamiento, siento desde luego toda mi dependencia; y cuanto mas la siento, me hallo mas dispuesto por el impulso mas razonable á servirle, agradarle y rendirle todos los deberes. Sed vosotros mismos los jueces. Cuando vuestra fortuna, segun el mundo, y vuestros adelantamientos dependen de un poderoso, que tiene en su mano el haceros felices; ¿qué no haceis por darle gusto? ¿A qué sumisiones, á qué obsequios, digámoslo mejor, á qué esclavitudes no os sujetais? Y respecto de Dios ¿cómo nos portamos? ¡Qué insensatez y qué locura! El soplo de su ira puede destruir en un momento los frutos de la tierra. Los frios del invierno, la intemperie de la primavera, la sequedad, el granizo, los turbiones, los insectos están en su poder y dispuestos á su voluntad: á una señal de su querer todo queda arruinado, destruido, aniquilado. Nosotros lo sabemos y lo tememos; y en lugar de apartar estos castigos con una vida cristiana, parece que queremos atraerlos sobre nuestras cabezas amontonando pecados, que son la causa de todas las desgracias de que nos vemos afligidos ó amenazados. ¡Gran Dios, hacednos conocer que dependemos de vos, y que nada tenemos sino de vuestra bondad, para que no nos envanezcamos con nuestros bienes!

3. Y á la verdad, si reflexionamos que cuanto hay en nosotros lo hemos recibido de Dios, ¡qué motivo tan poderoso para mantenernos en una humildad profunda! Así discurria el apóstol san Pablo; y aunque no ignoraba la santidad de su ministerio, los frutos de su predicacion, sus milagros, sus éxtasis, el hambre, la sed, los azotes, las calumnias, y todos los trabajos que habia sufrido por Jesucristo, se explicaba á sí mismo la leccion que habia dado á sus discípulos: *¿Quid habes quod non accepisti?* ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y concluia: ¿Qué me resta pues, sino mis flaquezas y mis miserias? Y en el fondo ¿de qué podria gloriarme yo, que soy el último de los apóstoles, yo que ni aun merezco el nombre de apóstol: *¿qui non sum dignus vocari apostolus?* Comprendamos bien nosotros este artículo capital de nuestra fe, que jamás se borró del corazon de san Pablo: que todo lo que somos, sea lo que fuere, excepto el pecado, lo tenemos de la gracia y de la liberalidad del Señor y no de otro alguno. Comprendedlo sobre todo vosotros, que os hallais dotados de bienes naturales, de robustez, de riquezas, de hermosura, de alguna habilidad, y aun mas, vosotras almas virtuosas; comprendedlo bien

todos y no os olvidareis jamás de lo que sois; pues aunque os halleis colmados de todas las prosperidades y dichas de la vida, ó bien hayais llegado á un estado de virtud perfecta, siempre teneis que volver á la conclusion del Apóstol: ¿Qué cosa hay en mí que no me haya sido dada? Y si me la han dado y no la tengo por mí mismo, ¿qué motivo hay para vanagloriarme? *¿Quid habes quod non accepisti? ¿Quid gloriaris quasi non acceperis?*

4. No, hermanos mios, no pensaremos entónces en alzarnos; mas nuestra práctica, la mas ordinaria, será la de alabar al Señor, bendecirle y deshacernos en afectuosas y frecuentes acciones de gracias; práctica talmente recomendada en las santas Escrituras, que parecen no haber sido dictadas por el Espíritu Santo, sino para instruirnos en esta obligacion; práctica tan conforme á las intenciones de la Iglesia, que es casi el único objeto de sus augustas ceremonias y de sus solemnidades; práctica tan comun entre los santos, que incesantemente y en cualquiera tiempo tenian en la boca esta expresion de alabanza: Bendito sea el nombre del Señor; dando gracias á Dios por todas las cosas, segun la máxima y el ejemplo de san Pablo: *In omnibus gratias agite.* Esta conducta no nos debe admirar, porque Dios en todas partes se presentaba á sus ojos, no solamente como Dios de majestad, sino en calidad de bienhechor, de conservador, de santificador, que ó por sí mismo, ó por medio de sus criaturas les hablaba, los instruia, los asistia, no les dejaba carecer de ningun socorro necesario, ni para la vida del cuerpo, ni para la vida del alma. Y ¿qué extraño es, que su corazon se inflamase entónces, y su amor los hiciese prorrumpir en sentimientos tan tiernos y afectos tan ardientes? *Benedic, anima mea, Domino et omnia quæ intra me sunt;* Salmo ciii. Celebra, alma mia, y canta las misericordias de tu Señor; no tenga ninguna cosa ni dentro ni fuera de mí, que no bendiga su santo nombre. Estas eran las disposiciones de los santos, y estas serian las nuestras si nos aplicásemos á considerar, que Dios es el primero y soberano principio de donde salen todos los bienes. Pero además de conocer que todo viene de Dios, es menester tambien dirigirlo todo á Dios y reconocerle como último fin.

5. Estas mismas fueron siempre las disposiciones de esta Vírgen incomparable, de esta Reina de todos los santos; estos fueron los afectos de su abrasado corazon, que no podemos leer sin pasmo en aquel sagrado cántico, que segun san Ambrosio, es el éxtasis de su humildad y de su reconocimiento: *Magnificat anima mea Dominum:* Yo alabo y engrandezco al Señor y le doy las gracias con todas las fuerzas de mi espíritu. Oye los magníficos elogios de su prima santa

Isabel, que alumbrada por el Espíritu Santo, la llama bienaventurada y distinguida entre todas las mujeres; y María, olvidándose de sí misma, se eleva de un vuelo á la divinidad. ¡Qué grande es el Señor de nuestros padres! ¡Qué no pueda yo expresar todo lo que siento de su grandeza! Su alma, entónces, transportada en el poder y en la bondad de su Dios, reconoce sus dones, adora sus misericordias y publica sus beneficios; y toda absorta en el júbilo no se alegra en sí misma ni por sí misma, sino solo en Dios, único autor de su felicidad. Léjos de gloriarse de sus propios méritos, no ve en sí otra cosa que abatimiento y nada. Yo era, dice, la mas desconocida y la mas pequeña de sus siervas, y se ha dignado de dirigir á mí sus atenciones. ¡Qué reconocimiento! ¡Qué amor! ¡Qué humildad! *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes:* Seré llamada bienaventurada, porque el Señor puso los ojos en mi bajeza.

Así hablaba esta Señora, á quien Dios poseyó desde el principio de sus caminos, es decir, que por toda la eternidad habia sido objeto digno de las complacencias de Dios; y no hubo instante alguno de su vida ejemplarísima en que Dios no dijese de ella: *Tota pulchra es, amica mea:* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí la menor mancha. Así hablaba esta Señora, que desde el primer instante de su concepcion era ya mas pura, mas santa, mas inmaculada, mas agradable á Dios, que todos los ángeles y todos los santos lo son actualmente en la gloria. Nada digo, que no sea conforme al sentir de los doctores de la Iglesia. Estos nos enseñan, que María, en el primer momento de su concepcion, recibió todas las gracias que pudo recibir una pura criatura: nos aseguran, que se reunen en María todos los favores que el Criador omnipotente y magnífico ha repartido entre los ángeles que destinó á ser ministros suyos: añaden, que María desde luego fué ilustrada con todas las luces que el Espíritu santificador ha comunicado á sus escogidos; y sin embargo de estar enriquecida de tesoros, de gracias, se reputa por una esclava del Señor, por esclava inútil y aun la menor entre todos los que le adoran. Así hablaba esta Señora, saludada ya por un ángel como Madre de Dios, esta Reina del cielo y de la tierra, que llevaba en su purísimo vientre al que no cabe en toda la extension de los cielos, y habia dado el ser hombre al Verbo eterno, por quien fueron hechas todas las cosas.

Pues ¡qué! ¿no conocia sus privilegios, las gracias que se la habian dado sin medida, y, sobre todo, su dignidad casi infinita, como la llama santo Tomás, la dignidad de ser Madre de Dios verdadero? Sí, conoce toda su grandeza; pero sin dejarse deslumbrar del lustre de

una distincion que la eleva sobre los mismos ángeles, todos sus privilegios, todas sus ventajas las atribuye á solo Dios, porque todo esto no le ha podido venir sino de Dios. Ved por qué dice con tanta ingenuidad como modestia, que no es mas que una sierva del Señor: Mi felicidad es grande, lo confieso; pero la debo á una gracia puramente gratuita del Señor; sola su voluntad es el orígen de mi gloria, y de los favores con que le agradó prevenirme: me ha escogido por efecto de su bondad, y esto es lo que me penetra y arrebata de amor. Él es el soberano Señor cuyo nombre es santo, y su poder sin límites es, que ha obrado en mí tan grandes cosas: *Fecit mihi magna qui potens est.* Aprendamos del ejemplo de esta Vírgen santa á honrar á Dios como primer principio de donde salen todos los bienes; pero es menester honrarle como último fin refiriéndolo todo á Dios.

6. Como Dios es el primer principio de todas las cosas, tambien por una consecuencia natural es su último fin; es decir, que como todas las cosas pertenecen á Dios, al modo que una obra pertenece al artífice que la ha hecho, deben todas, en el uso que hacemos de ellas, volver á Dios, ser empleadas para Dios, y servir todas al cumplimiento de los designios de Dios, y de su divina voluntad. Aun por esto queria Dios que le ofreciesen los hijos primogénitos, y que le presentasen los primeros frutos de la tierra: porque yo soy el Señor y todo es mio: *Mea sunt omnia.* Razon soberana, razon comun y general para todos los estados y para todos los tiempos, porque respecto de todos los estados y de todos los tiempos el dominio de Dios es siempre el mismo; y no teniendo nosotros nada que no hayamos recibido de Dios, nada tenemos que no debamos referir y volver á Dios como á su orígen.

Esta es una verdad incontestable, y que desde luego la conoce nuestro entendimiento; y ya que vemos que en nuestros dias no se muestra Dios ni ménos liberal, ni ménos benéfico que en otros tiempos, y en lugar de interrumpir sus gracias y entibiarse sus cuidados los ha redoblado, razon será que empleemos sus dones en su servicio, y que no haya en nosotros un pensamiento, una palabra, una obra, que no se dirija á su majestad y á su mayor gloria.

Esta es nuestra obligacion muy esencial; y en cumplirla consiste todo el hombre, dice el Sabio: *Hoc est omnis homo.* Eccli., XII. Pero ¿quién es entre nosotros el que paga este reconocimiento tan justo á los beneficios de Dios? Al contrario, bien léjos de honrar á Dios con sus dones, ¿en qué los empleamos y qué uso hacemos de ellos? Esta es la ocasion de reprendernos á nosotros mismos, si nos hallamos culpables; y yo me limitaré á hablar del gran beneficio que

acabamos de recibir, y por el cual damos á Dios este testimonio público de nuestro reconocimiento. Va uno á reconocer sus campos, pasea sus tierras, gusta de ver sus ganados, y siente una secreta complacencia, como es natural. Pero ¿no seria mas natural, que levantase al mismo tiempo los ojos al cielo y exclamase: ¡Cuán admirable es vuestra providencia, oh Dios mio! yo os doy gracias por todos estos bienes que me dais? No permitais que yo sea esclavo de ellos, ni que me llenen de orgullo; haced que sirvan para mi bien y para gloria vuestra, para alivio del necesitado, para socorro del pobre, para obras de piedad y de misericordia. Pero no habla así: se vanagloria interiormente, y poco falta para que diga al modo del Rico avariento: Entre mis bodegas y mis graneros se aumentará mi caudal; ya podré vivir á gusto, comer, beber, jugar, divertirme, hacerme respetar de todos: *Anima mea, quiesce, comede, bibe, epulare.* Luc. XII. Todo lo aplica para sí, para su comodidad, para su regalo, para su lujo, para sus vicios.

¿No nos acordaremos para nada de la divina Providencia? Sí, nos acordamos; pero es para quejarnos de ella cuando las cosas no van á medida de nuestro deseo. El que gana mucho con sus haciendas y con sus negocios, por lo comun no piensa que lo debe todo á la Providencia; pero si una contrata se desgracia, si los temporales son malos, si le aflige algun contratiempo, entónces murmura de ella. ¡Oh ingratitud increible! ¡Hacer servir al pecado los bienes que derrama continuamente sobre nosotros! Gozamos de los favores de la Providencia sin sentirlos, y cuanto mas nos da, entónces creemos que nos debe dar aun mas. El que mas tiene comete ordinariamente mayores desórdenes, porque no usa de sus bienes para los fines que Dios se los ha dado, y no se acuerda de ofrecerlos y dirigirlos á Dios por un justo reconocimiento. ¡Y luego extrañaremos que decaigan los caudales, que se arruinen casas opulentas, y que lleguen á pedir limosna muchos ricos orgullosos! Cristianos mios, que queramos ó no queramos todo es de Dios, todo nos viene de su mano, y no hay quien pueda resistir á su voluntad y á su poder. Pidamos á Dios con humildad, pues es nuestro Padre, y nos dará lo que nos convenga. Démosle gracias por sus beneficios, y ofrezcámonos á cumplir en todo su voluntad. Este es el principal agradecimiento que quiere de nosotros. No necesita de nuestros bienes; pero nos manda que usemos de ellos para los fines de su gloria. Y no dudemos, católicos; nuestro reconocimiento y el buen uso de sus favores le empeñarán en concedernos de nuevo otros muchos. ¿Y qué no podremos esperar de su bondad, teniendo por nuestra abogada una Madre tan pura, tan santa y tan perfecta como María? *Pete, mater mea:* Pedid, madre mia, le dirá su Hijo omnipotente, con mas razon que Salomon se lo decia á Betsabé: pedid ó mas bien mandad todo lo que querais; porque ¿cómo podré negar nada á vuestros ruegos?

¡Oh Vírgen soberana, oh Vírgen inmaculada! Dios ha querido poner en vuestras manos todo su poder, y os miramos como árbitro de nuestra suerte; ved por qué recurrimos y no cesaremos de recurrir á vos en nuestras mayores aflicciones. Nos habeis tratado como Madre de clemencia, y nos habeis socorrido en la gran necesidad que padecíamos: pues nosotros nos ofrecemos de nuevo por hijos vuestros, y miramos como nuestra mayor obligacion la de alabaros y honraros sin cesar. Recibid, Señora, las gracias que os damos de todo corazon, y no os olvideis de que sois nuestra Madre, nuestra patrona y nuestra esperanza. Por vuestra mano nos ha dispensado Dios la gracia que le pedíamos; y por vuestra mano deseamos que pasen nuestro reconocimiento, nuestros votos y nuestras gracias, porque así tendrán mas virtud y le serán mas aceptables. Decid á Dios que somos hijos vuestros, y esto basta para que nos salve. Alcanzadnos el amor de Dios, un perpétuo reconocimiento á sus beneficios, una resignacion entera á su santísima voluntad, y los bienes temporales que necesitamos para apetecer con mas confianza los eternos, los cuales esperamos gozar en vuestra compañía por eternidades en la gloria. Amen.

Véase AGRADECIMIENTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADORACION.

Dominum Deum tuum adorabis.
Adorarás al Señor Dios tuyo.
(*Matth.* IV, 10.)

Hay ciertas verdades que por sabidas debieran callarse, y otras, que por estar sancionadas con el voto unánime de todos los pueblos, no debieran discutirse. Entre unas y otras debe contarse la necesidad de adorar á Dios, y no nos detendríamos á demostrarlo, si no tuviésemos en cuenta la triste época en que vivimos. En efecto: es necesario no echar en olvido, que nuestro siglo ha tenido la osadía de llamarse á sí propio ilustrado, y que es mas bien siglo de retroceso y de ignorancia, por el pirronismo universal que le caracteriza. Este siglo de materialismo, como le llamará la posteridad, no se ha satisfecho con ejercer su fatal influencia sobre la tierra, sino que ha llevado sus pretensiones hasta declarar la guerra, digámoslo así, al mismo Dios, y disputarle sus derechos. Uno de estos, el que ha merecido especiales ataques del filosofismo, ha sido la adoracion que debemos á Dios; la filosofía ha pretendido, sin duda, que recaigan sobre ella las adoraciones de los hombres, para dominar como señora en el mundo. ¡Infeliz época que presenciára este triunfo, si fuese posible conseguirlo! Por eso vamos á demostrar, que debemos adorar y servir á Dios; y cuanto nos interesa que le adoremos y sirvamos. Dios, considerado en sí, es todo grandeza, poder, autoridad, majestad; pues bien, por estos títulos estamos obligados á adorarle y servirle. Dios, respecto de nosotros, es todo bondad, ternura, amor, misericordia; por estos títulos conoceremos el modo con que debemos adorarle y servirle. Hé aquí el asunto y division de este discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para confundir y humillar toda altivez que ose levantarse contra Dios, permítaseme engolfarme desde luego en la profundidad

de este piélago inmenso. Un asunto tan grande, tan sublime y tan elevado, entusiasma y excita en el alma un brio, que ni da tregua para elegir colores, ni meditar las expresiones. Olvidaos, oyentes, de todo, olvidaos del que habla. ¡Qué dicha seria la vuestra y la mia, si no vieseis ni oyeseis á otro, que al Dios tan digno de ocupar por completo vuestro corazon y entendimiento!

Si en la sociedad civil reconocemos títulos de grandeza, de elevacion, de preeminencia y de autoridad, que dan á unos el derecho de mandar, que sujetan á otros á la necesidad de obedecer; si reconocemos vínculos de subordinacion legítima, que someten los pueblos á la voluntad de los grandes, de los príncipes y reyes de la tierra; si comprendemos que hay hombres, que por la posicion que ocupan en el mundo, deben ser servidos y respetados por los demas hombres, ¿osaremos nosotros disputar á Dios el derecho de exigir nuestra sumision y obediencia? ¿Qué son, en resúmen, esas grandezas humanas que el mundo respeta y adora? Una pálida imágen, una vana y transitoria sombra de la grandeza de Dios, verdadera grandeza propia é intrínseca: grandeza que nace y se deriva del mismo Dios. Pero los hombres solamente son grandes por otros. Palacios magníficos, corte numerosa, vasto imperio y dilatados dominios; ejércitos poderosos, pueblos dóciles y obedientes: esto constituye la grandeza de los hombres; esto los sustenta, y á veces ni esto basta á mantenerlos. La grandeza humana es grandeza exterior. Despojad á los grandes de ese aparato exterior de brillo, de pompa, de majestad que deslumbra, que hiere la imaginacion: consideradlos en sí; y ¿qué vereis? meros hombres, y acaso ménos que hombres; pues las virtudes que ennoblecen á la humanidad rara vez se avienen con los dictados que hinchan y fomentan la vanidad; no parece sino que el cielo las tiene reservadas para otras clases, como para resarcirlas con riquezas espirituales de los bienes de fortuna, de que las priva.

2. La grandeza humana es vacilante é incierta. Un imperio no se levanta sino sobre las ruinas de otro imperio; al paso que un pueblo ensancha los límites de su jurisdiccion, la misma prosperidad le desengaña; y en la destruccion de las naciones que arruina, lee la sentencia de su suerte. Es grandeza postiza. El poder de los reyes proviene del de los reinos: del valor y de la multitud de los vasallos dependen las fuerzas y la autoridad del príncipe. Es grandeza, que con mucha frecuencia perjudica á la grandeza verdadera. Es grandeza, que de sí misma y por sí misma no hace al hombre verdaderamente grande. Así que los hombres son grandes por otros, y Dios es grande por sí mismo. Porque para ser grande, no tiene necesidad si-

no de sí propio: es rey verdadero, porque nada debe á su pueblo, antes su pueblo le debe á él todas las cosas, y porque el universo, que le adora, es obra de sus manos. La grandeza de Dios es grandeza libre é independiente: grandeza pacífica y feliz: grandeza fuente de felicidad. La grandeza de Dios es una grandeza infinitamente poderosa. El poder humano por vasto que sea, está circunscrito dentro de ciertos términos y límites. Podeis acasó mucho; pero no lo podeis todo: ó acaso lo podeis todo contra muchos, pero no podeis nada contra todos; y cuando vieseis finalmente postrado á vuestros piés todo el universo, hay un Dios, contra quien nada podeis, y quien todo lo puede contra vosotros. La grandeza de Dios es pura, pues no la oscurece ninguna sombra. La grandeza de Dios es eterna. Todo pasa, todo perece, todo se destruye, todo se hunde acá abajo; y nada desaparece mas velozmente que la misma grandeza. Las fortunas mas prósperas están sujetas á las mas tristes y prontas mudanzas: no parece sino, que para dispertar nuestro Dios en los hombres la memoria de su majestad suprema, y manifestarles con ejemplos memorables la instabilidad de las cosas terrenas, se complace en destruir las obras de la industria y de la vanidad humana, reduciendo á pavesas esos ídolos tan adorados. Yo ví, dice David, levantarse como el humo esos grandes del mundo, y noté que se desvanecieron como él. Ví tambien crecer de repente esos cedros que cubrian con su sombra á las naciones de la tierra: pasé adelante: desanduve el camino, y no hallé ya sino un tronco seco y carcomido, cuyas hojas servian de juguete al viento. Yo ví, dice Job, esa flor, que por la mañana abria su capullo haciendo ostentacion de los mas vivos colores, y la ví por la tarde mustia y marchita. Monarcas, conquistadores, grandes, políticos, ingenios famosos, admiracion y asombro de su siglo: ¿qué viene á ser todo? un torrente que se precipita con ruidoso estrépito, del cual no quedan inmediatamente sino los vestigios de su curso, y aun estos vestigios desaparecen luego. Así los grandes personajes se sepultan en el olvido; pues cuando los hombres ya no existen, pronto se olvida lo que fueron; ó si su gloria dura despues de su muerte, no les aprovecha nada, porque los elogios no tienen eco en la estancia silenciosa del sepulcro. Pero vos, Señor, Dios eterno é inmortal, siempre igual, siempre semejante á vos mismo, estais contemplando todos los tiempos que se desprenden del seno de la eternidad sin que os afecten: *Tu autem idem ipse es.* Lo que sois ahora, ya lo erais antes del orígen de los siglos: pasarán los siglos, arrebatarán tras sí todo lo criado, pero despues de todos los siglos vos seréis siempre lo que sois ahora: contemplando el espectáculo de las contínuas revoluciones que mudan la superficie de la tierra, vos veis el principio y fin de todas las cosas; y la eternidad, que fué vuestro principio, será vuestra duracion.

3. No digamos ya, pues, ¿quién es Dios para que yo le sirva? *Quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Antes digamos, ¿quién soy yo para no obedecer á Dios cuando se digna de hablar? ¿Quién soy yo para contradecir á una voluntad tan respetable, para oponerme á una autoridad tan absoluta, para sublevarme contra una majestad tan infinita, para provocar una injusticia tan rigurosa, para irritar una cólera tan terrible? Porque si quereis ver, amados oyentes mios, un misterio, que en cierto sentido parece tan incomprensible, como el misterio de la grandeza de Dios, mirad nuestra rebeldía contra Dios: mirad su religion entregada entre nosotros á la temeraria curiosidad de tantos entendimientos soberbios, que blasfeman lo que ignoran: sus mas augustas verdades calificadas de delirio y de escándalo; infringidas sus mas sacrosantas leyes; profanadas sus fiestas; despreciado su culto; violados alguna vez su templo y sus altares; vednos resistir á su voluntad; conculcar su autoridad; dejarnos arrastrar sin vergüenza y sin remordimientos de todos los deseos de una concupiscencia desenfrenada; despreciar sus amenazas; renunciar sus promesas; provocar sus venganzas, desconocerlas, negarlas, hasta ruborizarnos de ser suyos, hasta tener locamente por blason levantar bandera contra él.

¿Qué letargo, qué embriaguez tan profunda puede comunicaros tanto atrevimiento? ¿Qué es el hombre comparado con Dios? ¿Qué viene á ser ese hombre flaco y frágil, comparado con Dios fuerte y omnipotente; ese hombre abatido y servil, comparado con el Dios de gloria y de majestad? ¿Qué viene á ser ese hombre infeliz y deplorable, comparado con aquel Dios de paz y de felicidad; ese hombre de error y de tinieblas, comparado con el Dios de luz y de verdad? ¿Qué viene á ser ese hombre sujeto á tantas pasiones y vicios, comparado con aquel Dios de las virtudes y de la santidad; ese hombre momentáneo, comparado con Dios eterno? Y si el hombre cotejado con Dios y puesto en parangon con Dios, no es mas que una sombra vana que se desvanece al menor rayo de esta fuente de las luces; ¿qué será la grandeza humana comparada con la grandeza de Dios? Y siendo tal el abismo y la profundidad inmensa de la miseria del hombre en cotejo con Dios, ¿qué delirio, qué frenesí, qué fanatismo agita al hombre prodigiosamente, cuando se opone á Dios, y se rebela contra Dios? Pasmaos y estremeceos, cielos y tierra, exclamaba el Profeta, de ver al hombre sumergido en errores y en tinieblas, al hombre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no entiende ni conoce al hombre, rebosando orgullo y presuncion, sacrílegamente ocupado en examinar los caminos de Dios, en criticar su religion, en abolir la autoridad de su revelacion, en sacudir el terror de sus juicios, en disputar, segun la expresion de San Agustin, contra Dios sobre lo que quiere Dios del hombre, y sobre lo que el hombre debe á Dios: *Disputare de Deo contra Deum*. Este hombre, formado de tierra y lodo, mas frágil que la hoja que arrebata el viento, tímido al principio al quebrantar la ley del Altísimo, alentado luego para multiplicar pecados; empeñado despues en resistir á la gracia, y sofocar la voz y los gritos de la conciencia; aletargado, finalmente, y sumergido en funesto sueño, víctima sacrificada á la divina venganza, á quien temerariamente espera con una seguridad indolente, ó provoca con insensata intrepidez; este hombre mortal (pero ¿qué digo mortal, si apenas tiene tiempo para nacer?); este hombre mortal pone tanta diligencia en añadir pecados á pecados en el breve espacio que separa su cuna de su sepultura, que parece teme que se le pase ningun momento sin que injurie á Dios con el escándalo de sus ultrajes; sin provocar sus iras, sin avivar sus rayos, y sin hacer mas profundo el horrendo abismo de maldades y desesperacion, á donde apresuradamente corre á sepultarse. ¡Oh fatal engaño del mundo, oh veneno mortal de la concupiscencia, oh encantos perniciosos del infierno! ¿Es posible que hayais derramado en nuestro entendimiento tantas sombras, y destilado en nuestro corazon tanta malicia, que nos habituemos á mirar sin espanto el espectáculo del hombre opuesto á Dios, del hombre sublevado contra Dios?

4. Ved, oyentes, por donde debiéramos juzgar nosotros de nuestras ingratitudes; ved por donde juzgará Dios de nuestras transgresiones de su ley santa; ved porque esos pecados, que nada ó casi nada importan ponderados en la balanza del mundo y de las pasiones, hacen tanto peso en la balanza del santuario; ved porque ha sido necesaria la sangre de un Dios para borrar nuestras culpas. En efecto, la malicia del pecado que ofende, es proporcionada á la grandeza del Dios ofendido: siendo pues la grandeza de Dios una grandeza infinita, y siendo la malicia del pecado una malicia que excede á cuanto se puede escogitar, síguese, que no podria ser reparada sino por los méritos infinitos de un Dios Salvador. Esta es una verdad que, bien meditada y profundamente considerada, nos llenaria de un santo respeto y de un temblor saludable, y nos defenderia del ímpetu de las pasiones mas desenfrenadas. Arrebatado Abrahan de un vivo sentimiento de la grandeza de Dios y de su propia bajeza, exclamaba: ¿Me perdonareis, Señor, si no siendo mas que polvo y ceniza, tengo la osadía de hablaros? *Loquar ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis?* No siendo yo pues tampoco mas que ceniza y polvo, ¿me atreveré, no digo á hablar á Dios, sino á hablar contra Dios, á resistir á Dios, á sublevarme contra Dios? Y ¿con qué pretextos cohonestaré mi sedicion? acaso con lo difícil y doloroso de los sacrificios que pide? Pero cuando Dios me habla, ¿es tiempo de dar oidos á la voz de mi corazon y de mis apetitos? Y cuando arrebata un Isaac del seno de un padre amoroso, ¿hace otra cosa que reintegrarse de sus propios dones? Y ¿qué podré yo darle que no sea suyo? Y si desprecio su amor, ¿podré librarme de sus venganzas? Y ¿no será mas intolerable tener á Dios por enemigo, que cuanta repugnancia puede causar á nuestra libertad reconocerle por Señor? ¡Ah! rindámosle sumision perfecta, obediencia ciega y total. Porque, ¿quién creerá haber hecho demasiado, ni haber hecho lo bastante para Dios? ¿Quién sino quien no le conoce, pensará en disputarle sus obsequios? Con que la infinita grandeza de Dios nos enseña, cuan justo y necesario es servirle; su bondad infinita nos enseñará ahora como le hemos de servir.

5. Dícese comunmente, y parece verdad, que el orígen de los desvarios del hombre es la ternura de corazon con que tan fácilmente se deja mover é impresionar de lo halagüeño de los objetos. El caduco incentivo de una humana hermosura, las apariencias de la grandeza y de la opulencia, el atractivo de un vano deleite, que provoca con sus falaces encantos, conmueven sus pasiones con tanta violencia, y las alteran tan impetuosamente, que alborotado y fuera de tino, hirviendo en bulliciosos deseos, se abalanza con todas sus fuerzas tras el objeto que le sedujo. No penseis, oyentes mios, que vengo á exhortaros hoy á que sujeteis vuestro corazon á las leyes de una razon austera y dominante: solo os ruego encarecidamente, que volvais la vista al objeto que yo os pondré delante; y dejad despues que obre vuestro corazon libremente; que si es compasivo, si es sensible, si es capaz de amar, estoy cierto de que no amará sino á Dios: confesará que solo Dios es amable, pues sola la bondad de Dios es acreedora á nuestro amor: *Nemo bonus nisi unus Deus*. Marc. x, 18.

Lo que entre los hombres produce las amistades, une las correspondencias, y gobierna la mano que dispensa los beneficios, es el capricho, la inclinacion, la semejanza de genios, de virtudes, y aun de vicios; y muchas veces la pasion y la extravagancia del entendimiento. El hombre se ciñe á un escaso número de amigos; y mira á todos los demas como extraños, indiferentes, y alguna vez como importunos y aborrecibles. ¡Hombres locos y miserables! en lugar de

captaros las simpatías de un hombre como vosotros, aspirad á conquistar el corazon de Dios! vuestro es si le quereis, y todo él está á vuestra disposicion, aunque otros le poseen tambien todo entero; pues este inmenso é infinito corazon contiene y reune en la unidad de su amor todas las edades y todas las naciones. Todo es obra de sus manos; todo objeto de sus cariños; el pobre y el rico; el vasallo y el monarca; el grande y el pequeño; el ingenio mas torpe, y el entendimiento mas elevado; el hombre de más defectos, y el de mayores prendas; hombres de todos caracteres, de todos estados, de todas condiciones; á tí, hermano mio, quien quiera que seas, á tí te ama Dios, que tambien ama á los demas; y el amor que les tiene no te priva á tí de su corazon, siempre que sepas merecerle por la docilidad á los llamamientos de su gracia: *Nemo bonus nisi unus Deus.* Los hombres buscan en todo su propio interés: aman en tí, no lo que eres, sino lo que puedes; no tu persona sino tus servicios; tu contínua asistencia, tu condescendencia, tu actividad, y, mas que todo, tu fortuna. Mas Dios nos ama, y solo nos ama por las prendas que ha infundido en nosotros, y nos las ha hecho propias y personales. Su amor es una propension de ternura, una suave inclinacion, en fuerza de la cual desciende hasta nosotros. ¡Ay! ¿qué ve en nosotros que le merezca su amor? Él nos amó cuando todavía no existíamos; él nos amó cuando aun no le amábamos nosotros: *Prior dilexit nos.* Él nos amó cuando merecíamos toda su indignacion; y si ahora somos acreedores á su amor, somos deudores á este mismo amor de todas las virtudes en que se funda nuestro mérito. Y ¿qué utilidad se le sigue de ser amado de nosotros? No busca por cierto nuestro agradecimiento á sus beneficios, siendo como es feliz sin nosotros, sino que le recibe como un tributo que de rigorosa justicia se le debe, no como un bien de que tenga necesidad: *Nemo bonus nisi unus Deus.* Los hombres son naturalmente insensibles y desprovistos de compasion. Pero no sucede así con Dios, dice el Apóstol, que es rico y liberal con todos los que le invocan: *Dives in omnes qui invocant illum.*

6. ¿Y qué se sigue de aquí? Procurad entenderlo, amados oyentes mios, y conservadlo siempre en la memoria. Síguese, que el culto que tributais á Dios, y el que exige de vosotros, es un culto de amor y de gratitud. Con efecto, si hubiera intentado Dios nuestro Señor que solo dominasen en nuestro corazon los afectos de temor y de esperanza, no necesitaba haber padecido y muerto por nosotros; bastábale solo haber hecho alarde de su grandeza. Aquel Dios, que pues intimaba el amor al pueblo judaico, le intima con mucha

mas razon al pueblo cristiano. No es este ya un Dios que revela sus iras, no ya un Dios que graba su ley sobre una piedra, ni un Dios que pone á las naciones las armas en la mano para castigar las ingratitudes de su pueblo; sino un Dios de paz, un amigo fiel, un salvador, un libertador, un padre benigno; es un esposo amorosísimo, un Dios que nace, un Dios que padece, un Dios que muere por nosotros. Al Dios de gloria y de majestad se le debe adoracion; al Dios de fuerza y de poder se le debe obediencia y sumision; al Dios de luz y de verdad un culto de fe y de docilidad; al Dios de los premios y castigos un culto de temor y de esperanza; al Dios de las virtudes y de la santidad un culto de alabanza y de imitacion; al Dios que ama, que quiere ser amado y que es infinitamente amable, se le debe un culto de amor y de agradecimiento, un culto de ternura y de confianza, un culto de corazon, y de todo corazon, un culto de amor y de caridad, y una adoracion de amor y de caridad. Sin este culto ni le dareis todo lo que pide, ni todo lo que merece. Sin este culto no solo es infructuoso el amor que os tiene, sino que es perjudicial; pues no solamente no os salvará este amor, sino que os condenará y reprobará.

Porque ¿quereis saber, oyentes, cómo nos ha de juzgar Dios en el último dia? Juzgarános no solo segun su justicia, sino tambien segun su amor, y aun por su mismo amor. Verdad que al parecer promete mucho consuelo, porque despues de haber sido en el discurso de esta vida mortal objeto de un amor tan tierno, tenerle por árbitro de nuestra suerte eterna, ¡qué cosa mas dulce! pero verdad, que si la meditais bien, basta para llenaros de terror y espanto. Sí, amados oyentes mios, debiéramos temer ménos, en cierto sentido, ser juzgados en el tribunal de la justicia de Dios, que en el tribunal de su amor. ¿Por qué? porque la justicia de Dios, si me es lícito explicarme así, se irrita principalmente contra los pecados; pero su amor se indigna hasta de nuestra tibieza é indiferencia.

Serán pues juzgadas (oidlo vosotros especialmente los que os preciais de virtuosos, y entrad la mano en vuestro pecho), serán juzgadas segun este amor puro y desinteresado esas almas viles y cobardes, con eterna aficion al pecado, preparadas siempre á cometerle, si el miedo no reprimiese su servil concupiscencia.

Serán juzgadas segun este amor esas almas tan linces en hacer diferencia entre lo que es de consejo y lo que es de precepto, entre lo que Dios desea y lo que manda, entre lo que solo le desagrada y lo que le irrita; esas almas tan dispuestas á entregarse ansiosamente á los deleites cuando no sea pecado; esas almas, que en tanto temen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perder á Dios, porque saben que perdiéndole, se perderán ellas para siempre.

Serán juzgadas segun este amor benéfico, liberal y pródigo, esas almas que limitan su virtud á términos tan estrechos; esas almas, que cauteladas siempre contra los llamamientos de la gracia, ponen sumo cuidado en no qúerer saber lo que Dios les pide, para excusarse de ese modo del trabajo de concedérselo, y de la reconvencion de habérsele negado.

Serán juzgadas segun este amor alimentado con las lágrimas y sangre de un Dios crucificado, esas almas adheridas á su propio dictámen é idolatras de sí mismas, que profesan una devocion suave é indolente, fomentándola con los halagos del descanso, con el sueño, con la ociosidad, con las diversiones y placeres mundanos; esas almas que se contentan con adorar á Jesucristo sin imitarle, con llorar sus penas sin participar de ellas, con reverenciar la cruz sin cargarla en sus hombros; esas almas que se contentan con no pecar mas, sin acordarse de lavar los pecados pasados con los gemidos y rigores de la penitencia.

Serán juzgadas segun este amor generoso é intrépido, aquellas almas serenas y tibias, desnudas de celo por la gloria del Señor. Vemos perecer en nuestra presencia la fe, la honradez, las buenas costumbres; vemos esos mónstruos de escándalo, esos escándalos de impiedad y de irreligion; esos torrentes de impiedad, cuyas crecidas ondas revierten sobre toda la heredad de Jesucristo; vémoslo, y mirando con tranquilidad las revoluciones que amenazan, permitimos que la mentira calumnie á la verdad, que el vicio insolente se mofe de la vergonzosa modestia; descargamos en otros el cuidado de vindicar á Dios, á quien nos preciamos de amar; y quiera el cielo, que á la flojedad que tiene por virtud su indiferencia ó tolerancia, no añadais la ceguedad de reputar el celo por delito.

Serán juzgadas segun este amor sabio y perspicaz, esas almas devotas segun su capricho, que formándose un sistema de virtud, sin consultar mas que sus ideas particulares, parece quieren dar la ley á Dios en lugar de recibirla; almas que habituadas á vivir segun el Evangelio, en aquella parte solamente que se conforma con el dictámen de su engañada razon y con las inclinaciones de su corazon, no estiman por virtud ninguna cosa que violente sus inclinaciones, ó que repugne á su entendimiento.

Finalmente, Dios juzgará nuestros sentimientos por los suyos; nuestra conducta por la suya; nuestro corazon por el suyo; y este amor divino, que hoy es nuestro asilo, será nuestro soberano y

nuestro juez. A él se le ha dado todo poder sobre el cielo y sobre la tierra; Dios le ha hecho, mientras dure el mundo, depositario de las riquezas de su gracia, que con tanta abundancia derrama en nuestros corazones; pero en la consumacion de los siglos pondrá en su mano sus rayos y venganzas: si entónces no reconoce en nosotros sus propiedades y caracteres, le experimentaremos un amor tan justamente irritado, cuanto fué un amor despreciado y desconocido; y reducidos á desear que Dios nos hubiese amado ménos, quedaremos oprimidos con el peso de sus beneficios, mas que con el de su ira. ¡Oh! quiera el Señor, que este sagrado fuego no se encienda entónces en su cólera; y que arda en nuestros corazones ahora para consumir nuestros vicios y acrisolar nuestras virtudes! que desde ese altar donde abrasa un Dios que se ha hecho su víctima, prenda en nosotros, haciéndonos víctimas de ese Dios que se sacrifica por nuestro amor! En mi nombre, Dios de mi corazon, y en nombre de esos fieles vuestros, me atrevo á deciros, que os amamos, y que solo os pedimos amaros mas. Dignaos oir el deseo que habeis excitado en nuestro corazon.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Innumerables son los cristianos que se contentan con una sombra ó fantasma de religion, y se persuaden que, para salvarse, bastan algunas devociones superficiales hechas de corrida, y con un corazon apegado al mundo. J. C. nos dijo: que «no todos los que clamarán Señor! Señor! entrarán en el reino de los cielos.» Sabeis por qué Dios quiere que le adoremos; pero debemos adorarle, 1.° con pureza de intencion: 2.° con humildad profunda.

I. ¿Qué significa adorar á Dios con rectitud ó pureza de intencion? Significa, adorarle de un modo conveniente, de suerte, que la adoracion sea agradable á sus divinos ojos, con un culto sincero, interior, sin doblez, mentira, ni hipocresía; con un culto que consista principalmente en las disposiciones del corazon, puesto que de él, dice J. C., salen los adulterios, los homicidios y demás transgresiones de la ley. Esto os lo quiso significar el Salvador con estas palabras: « Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y verdad. »

La rectitud de intencion lo es todo. El sacrificio de Cain desechado y el de Abel admitido; el incienso de Coré execrado y el de Aaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aceptado; los gemidos de Saul no oidos y los de David escuchados, nos prueban hasta la evidencia, que en la disposicion interior consiste principalmente la bondad ó inutilidad de las obras.

El mismo Dios, en las santas Escrituras, nos pide el corazon: *præbe fili mi, cor tuum mihi*, Prov. XXIII, 26: á Moisés le mandó dorar la parte interior del arca antes que la exterior. David, en su oracion, decia á Dios: *paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*, PSALM. LVI, 8. ¿Donde están los verdaderos adoradores? *veri adoratores?* ¡Ay de los que se contentan con exterioridades! ¡Ay de los modernos fariseos, que son tan numerosos. Consúltese ISAIAS XXIII, S. MATEO XXIII.

II. El hombre, por un deber sagrado fundado en su misma naturaleza, debe adorar á Dios, exterior é interiormente. Esta adoracion, para que sea digna de Dios, debe ser profundamente humilde. La humildad mantiene al hombre en su baja esfera, y considera á Dios en su elevacion infinita: es decir, coloca en su respectivo lugar á estos dos seres infinitamente distantes; y es así como Dios quiere ser adorado.

¿Qué es la adoracion? Un acto de sumision profunda, por el cual reconocemos á Dios como autor de cuanto existe, como dueño absoluto de todos nosotros, como Ser dotado de infinitas perfecciones; es decir: es una declaracion y confesion de que él es Todo y nosotros somos nada. Adorar á Dios con humildad, es adorarle verdaderamente, como dice Jesucristo: *los verdaderos adoradores: veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate.* JOAN. IV.

ADORACION. — Todos debemos adorar á Dios: 1.°: porque le pertenecemos. 2.°: por los beneficios que nos dispensa.

ADORACION. — Debemos adorar á Dios: 1.° con recogimiento del corazon: 2.° con modestia del cuerpo. Adorarle sin recogimiento del corazon es hipocresía. Adorarle sin modestia del cuerpo es impiedad.

ADORACION. — Véase AMOR DE DIOS.

ADULADORES.

I.

Quid ergo baptizas, si tu non es Christus?

¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo?

(*Joann.* I, 25.)

No hay que confiar en los aplausos que el mundo nos prodiga en los sucesos prósperos. ¡Qué hombre se dejará arrastrar de las lisonjas de sus semejantes, oyendo con placer sus alabanzas, cuando, si bien se reflexiona, léjos de darle ellas motivo de engreimiento, deberian cubrirle de vergüenza! Si la virtud, á que justamente se tributan honores, se ve con frecuencia expuesta á los insultos de los mismos que antes la admiráran, ¿qué podrán prometerse los que por un vislumbre de prosperidad mundana son elogiados con los encomios debidos á la virtud de que ellos, casi siempre, están muy agenos? El Evangelio de este dia nos lo enseña de un modo el mas elocuente.

El gran Consejo de Jerusalen dirigió una embajada solemne al santo Precursor de Jesucristo, que con feliz suceso predicaba la penitencia á las orillas del Jordán. Esta alma privilegiada con el olor de sus virtudes atraia las turbas, y con su voz imperiosa triunfaba de los mas obstinados pecadores, que, penetrados de un vivo dolor de sus culpas, le hacian una sincera confesion de ellas, le pedian el bautismo, y no pocos de ellos se constituian discípulos suyos. El supremo Senado, á quien tocaba examinar á los que se entremetian á predicar y explicar la ley al pueblo, envió al Bautista una diputacion compuesta de personas respetables, para que le preguntasen, si era él el Mesías, por cuya venida suspiraba el pueblo hebreo. ¡Qué sorpresa, hermanos mios, para una alma que no estuviese tan profundamente radicada en la humildad, como la del santo Precursor de Jesucristo! ¡Qué trastorno de ideas no hubiera causado en los ambiciosos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aceptado; los gemidos de Saul no oidos y los de David escuchados, nos prueban hasta la evidencia, que en la disposicion interior consiste principalmente la bondad ó inutilidad de las obras.

El mismo Dios, en las santas Escrituras, nos pide el corazon: *præbe fili mi, cor tuum mihi*, Prov. XXIII, 26: á Moisés le mandó dorar la parte interior del arca antes que la exterior. David, en su oracion, decia á Dios: *paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*, PSALM. LVI, 8. ¿Donde están los verdaderos adoradores? *veri adoratores?* ¡Ay de los que se contentan con exterioridades! ¡Ay de los modernos fariseos, que son tan numerosos. Consúltese ISAIAS XXIII, S. MATEO XXIII.

II. El hombre, por un deber sagrado fundado en su misma naturaleza, debe adorar á Dios, exterior é interiormente. Esta adoracion, para que sea digna de Dios, debe ser profundamente humilde. La humildad mantiene al hombre en su baja esfera, y considera á Dios en su elevacion infinita: es decir, coloca en su respectivo lugar á estos dos seres infinitamente distantes; y es así como Dios quiere ser adorado.

¿Qué es la adoracion? Un acto de sumision profunda, por el cual reconocemos á Dios como autor de cuanto existe, como dueño absoluto de todos nosotros, como Ser dotado de infinitas perfecciones; es decir: es una declaracion y confesion de que él es Todo y nosotros somos nada. Adorar á Dios con humildad, es adorarle verdaderamente, como dice Jesucristo: *los verdaderos adoradores: veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate.* JOAN. IV.

ADORACION. — Todos debemos adorar á Dios: 1.°: porque le pertenecemos. 2.°: por los beneficios que nos dispensa.

ADORACION. — Debemos adorar á Dios: 1.° con recogimiento del corazon: 2.° con modestia del cuerpo. Adorarle sin recogimiento del corazon es hipocresía. Adorarle sin modestia del cuerpo es impiedad.

ADORACION. — Véase AMOR DE DIOS.

ADULADORES.

I.

Quid ergo baptizas, si tu non es Christus?

¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo?

(*Joann.* I, 25.)

No hay que confiar en los aplausos que el mundo nos prodiga en los sucesos prósperos. ¡Qué hombre se dejará arrastrar de las lisonjas de sus semejantes, oyendo con placer sus alabanzas, cuando, si bien se reflexiona, léjos de darle ellas motivo de engreimiento, deberian cubrirle de vergüenza! Si la virtud, á que justamente se tributan honores, se ve con frecuencia expuesta á los insultos de los mismos que antes la admiráran, ¿qué podrán prometerse los que por un vislumbre de prosperidad mundana son elogiados con los encomios debidos á la virtud de que ellos, casi siempre, están muy agenos? El Evangelio de este dia nos lo enseña de un modo el mas elocuente.

El gran Consejo de Jerusalen dirigió una embajada solemne al santo Precursor de Jesucristo, que con feliz suceso predicaba la penitencia á las orillas del Jordán. Esta alma privilegiada con el olor de sus virtudes atraia las turbas, y con su voz imperiosa triunfaba de los mas obstinados pecadores, que, penetrados de un vivo dolor de sus culpas, le hacian una sincera confesion de ellas, le pedian el bautismo, y no pocos de ellos se constituian discípulos suyos. El supremo Senado, á quien tocaba examinar á los que se entremetian á predicar y explicar la ley al pueblo, envió al Bautista una diputacion compuesta de personas respetables, para que le preguntasen, si era él el Mesías, por cuya venida suspiraba el pueblo hebreo. ¡Qué sorpresa, hermanos mios, para una alma que no estuviese tan profundamente radicada en la humildad, como la del santo Precursor de Jesucristo! ¡Qué trastorno de ideas no hubiera causado en los ambiciosos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre sedientos de oir de sus prójimos alabanzas, aunque no les sean debidas, ver á los comisionados del supremo Consejo hablarles con la mayor sumision, y preguntarles, como preguntaron al Bautista: ¿Eres tú el Mesías prometido en la Ley y anunciado por los profetas? Pero Juan les contestaba con profunda humildad: Yo no soy el Mesías que aguardais, sino su Precursor, ó la voz que clama: Preparad los caminos del Señor. Si la Sinagoga desea conocer á su libertador, á pocas diligencias que haga verá satisfechas sus ansias. Decid á los que os han enviado, que yo no soy sino un ministro del Mesías, y que me tengo por indigno de desatar la correa de su calzado. ¡Qué generosa confesion, hermanos mios! Sin embargo, los comisionados del supremo Consejo, de este sublime testimonio del Salvador, que tanto enaltecia al Bautista, tomaron ocasion de reprenderle agriamente. ¿Si tú no eres el Cristo, le dicen, á qué te metes á bautizar? ¿Es posible, hermanos mios, que aquel respeto y veneracion con que por sus palabras compuestas hubieran adulado á unos oidos ménos humildes que los del Bautista, se hayan tan pronto cambiado en desdén y desprecio? ¡Es posible que al mismo á quien acaban de lisonjear, le insulten como sacrílego! No lo extrañeis, hermanos mios, porque los aduladores, no solo son incapaces de decir la verdad y de amarla, sino de adquirir y conservar amistad. Esto es lo que me propongo demostraros.

Quiera el Señor, que concibiendo vosotros un horror entrañable á este fatal vicio, que para desdicha de los hombres hace cada dia los mas funestos estragos, lo detesteis con todo vuestro corazon. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Vírgen Santísima: A. M.

1. Apenas hay persona alguna que, considerando el gran cúmulo de males que causa la adulacion, no declame contra ella, ya en público, ya en secreto. Sin embargo, tan generalizado está este vicio, que son muy pocos los que no tropiezan en este escollo. Es tal el carácter de esta peste contagiosa, que inficionando sobre manera á los mortales, son pocos los que reconocen su contagio, porque toma las apariencias de urbanidad, afabilidad y buena correspondencia, virtudes indispensables á los hombres para vivir en sociedad, y unirlos dulcemente. Esto es lo que hace muy difícil aplicarla el remedio. No obstante, si bien se reflexiona, se verá, que la adulacion se opone á estas virtudes, por lo mismo que ella consiste en un excesivo deseo de agradar á otros, y manifiesta este desordenado intento en acciones ó en palabras. No se me oculta que, cuando el deseo de agradar al prójimo no pasa de querer evitar algun mal que

amenaza, ó de conseguir algun verdadero bien que se apetece, la adulacion no es criminal; pero por su naturaleza es siempre pecado, á lo ménos venial, y, por la misma razon, es siempre reprensible. Que si la adulacion se dirige á dañar considerablemente al prójimo, bien sea en lo espiritual, bien en lo temporal, es un pecado gravísimo de perfidia. Y lo es mucho mas aquella adulacion que, no contenta con alabar excesivamente ciertos vislumbres de virtud y algunas acciones solo buenas en la apariencia, se atreve á cohonestar los pecados y darles su aprobacion, haciéndose de este modo participante de las maldades agenas, y poniendo, en cuanto está de su parte, un muro impenetrable para que el extraviado no entre nunca en el camino de la verdad. A estos aduladores, ó mas bien, á estos corruptores de las costumbres, bien podemos aplicarles aquellas palabras del profeta Isaías: «¡Ay de vosotros los que llamais mal al bien y bien al mal, v, 20, haciendo traicion á vuestra conciencia!» Y para convenceros de que este es el proceder de los aduladores, no tengo necesidad de recurrir á lo que diariamente sucede, no solo en los palacios de los grandes, sino hasta en las clases menos acomodadas; bastará considerar la conducta que observaron los enemigos irreconciliables de la verdad, enviados al Bautista á las márgenes del Jordán.

Estos embajadores se presentan al santo Precursor con aparente respeto y tratan de lisonjearle, preguntando si es el Mesías prometido. ¿Podian ellos sospechar que el Bautista era el Salvador del mundo? No: ellos conocian los oráculos de los profetas, oráculos que estaban obligados á explicar al pueblo: ellos sabian muy bien, que estos oráculos no convenian al Bautista, ni era posible apropiárselos: ellos no ignoraban, que el Mesías habia de salir de la tribu de Judá, y que el Bautista pertenecia á la tribu de Levi; que la patria del Mesías era Belen y que el Bautista habia nacido en otra ciudad; que el Mesías era hijo de una Madre Vírgen, lo que no creian de la madre del santo Precursor. Cuando, pues, preguntaban al Bautista si era el Cristo, hacian traicion á su conciencia. ¿Deseaban que el predicador de la penitencia les anunciase la verdad? Tampoco; el Bautista habia dado testimonio de la divinidad de Jesucristo; señalando con el dedo al Salvador, habia dicho: ved ahí el cordero de Dios; ved ahí el que quita los pecados del mundo. Con todo, ni la Sinagoga, ni los diputados enviados á Juan creian en Jesucristo. ¿Qué se proponian, pues, adulando al Bautista? Movidos de oculta envidia, lo que deseaban era desacreditar primero al Bautista, y luego al Salvador, á quien muchos seguian á causa del testimonio glorioso que de él habia dado su

santo Precursor. Ved ahí el móvil de aquellos malvados: ellos no decian la verdad, ni querian conocerla. El Bautista los cubre de confusion, rechazando un título que le era muy ageno. A una alma tan humilde no hacen impresion alguna las lisonjas, que tal vez hubieran causado en otros los mas lastimosos estragos. Su candor angelical no se resiente de los violentos ataques de la adulacion, que tan fatales desastres ha causado y está causando á los hombres. ¡Vicio infame! De él procedió la seduccion de la primera mujer; el comun enemigo, conociendo su propension á ser adulada, le sugerió placentero la criminal idea de una inmortalidad quimérica, y de un conocimiento perfecto del bien y del mal. A la adulacion debió en parte su orígen y su propagacion la idolatría; pues algunos aduladores por lisonjear á sus soberanos y emperadores, les erigieron estátuas, y les tributaron honores divinos. De la adulacion proviene el orgullo insoportable en las personas de alto rango, ó que disponen de cuantiosos capitales. Si muchos de estos se mantienen en sus vicios y desórdenes, es porque algunos aprueban sus violencias, alaban sus venganzas y disculpan sus disoluciones. No hay clase de pecados que no dimanen de la adulacion, ó, por lo ménos, no encuentren en ella su fomento. Por ella el vicio pasa por virtud; el lujo, la prodigalidad y los gastos desmedidos por rasgos de un corazon generoso, desprendido y magnífico. Las relajaciones mas vergonzosas son unos entretenimientos conformes á la educacion despreocupada, si consultamos á los aduladores. Estos no temen graduar á la mas sórdida avaricia de prudente economía.

Y ¿quereis saber cual es el resultado de esta infame complacencia, si aquellos á quienes ha extraviado ó ha sostenido en sus desconcertados procederes llegan á conocer la verdad, y toman la noble resolucion de confesarla? Echad una ojeada sobre la conducta de los enviados á Juan por el supremo Consejo de Jerusalen. No bien el Bautista les hubo declarado que él no era el Mesías, sino su Precursor, toda la afabilidad y dulzura de aquellos comisionados, todo su respeto y veneracion, se convirtió en un abrir y cerrar de ojos, en despecho y desabrimiento. Los que, al parecer, buscaban cordialmente la verdad, la desechan cuando se les manifiesta, y prorumpen en palabras injuriosas. Si tú no eres el Cristo, le dicen al Bautista, ¿á que te metes á bautizar? No hay mas que decir la verdad á los aduladores, y ellos repetirán con indignacion las mismas injurias y denuestos; y los que poco antes erais el objeto de sus alabanzas, pasareis á ser el blanco de sus invectivas y negras calumnias. Tenemos, pues, que los aduladores son incapaces de decir y abrazar en su corazon la verdad. Ahora añado, que tambien son incapaces de adquirir y conservar la amistad.

2. Consiste la amistad en el amor de nuestra benevolencia entre diversas personas, amor fundado en motivos poderosos, que recíprocamente les hacen tomar parte en sus venturosos sucesos como en sus infortunios. Pero no es esta la amistad de que voy á ocuparme ahora; pues es evidente, que la adulacion está en oposicion con ella. Yo no quiero hablaros de aquella amistad, que solo tiene cierta semejanza con la precedente, en cuanto por ella el hombre es compuesto y decente con aquellos á quienes trata, cual si realmente fuesen sus amigos, y que es indispensable para la vida social. Esta amistad, que tal vez llamaríamos mas propiamente afabilidad, es la que por la precision de vivir en compañía de otros, hace al hombre urbano, cortés y comedido en su porte y trato; teniendo siempre en cuenta la condicion y circunstancias de las diversas personas con quienes tiene que rozarse, á fin de que su conducta no peque ni por demasiado placentera ni por áspera, sino que, por el contrario, tanto su conversacion como su porte, sean racionalmente gratos y suaves, ya con sus amigos, ya con los extraños. Esta afabilidad no se debe perder nunca de vista, á no ser que así lo exija la gloria de Dios, la salvacion del prójimo ú algun otro motivo poderoso. Pues bien, yo quiero demostraros, que la adulacion es incompatible con esta afabilidad de cuyos caracteres parece revestirse, y que se necesita de una vista mas perspicaz que la de un lince, para discernir las astucias de un adulador y descubrir sus ficciones. El sabe disfrazarlas con tal artificio, que con dificultad se conoce el modo con que bajo de las apariencias de bien encubre el mal; cuando son efectos de una adulacion la mas refinada, sus ademanes cariñosos y palabras halagüeñas, nosotros las creemos muestras de la amistad mas entrañable. ¿Qué extraño será, que el adulador consiga con estos medios insinuarse y posesionarse de nuestro corazon? Y una vez logrado esto, ¿cómo dejar de hacer nuestro confidente, al que ha llegado á hacerse dueño de nosotros? Mas, ¡oh perfidia la mas execrable! ¿sabeis que uso hace el adulador de sus conocimientos, despues de haber escudriñado los senos de nuestra alma? Yo bien quisiera tender un velo sobre sus injustos procederes, tanto en el tiempo en que nos lisongea, como despues de haberse apartado de nuestra confianza, ó porque tuvimos la dicha de conocer sus torcidas intenciones y habérselas manifestado, ó porque no logró lo que apetecia de nosotros; pero debo deciros algo de estos procederes indignos para haceros detestar la adulacion.

El adulador se persuade, cuando goza de nuestro favor, que esta-

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS ESCUELA TECNICA SUPERIOR DE INGENIERIA ICAI

mos obligados á concederle cuanto exige de nosotros. Que si llega á perder nuestro favor, no dudeis que aquel espíritu de traicion, sea cualquiera el porte que con él hayamos observado, pondrá nuestro honor y reputacion, nuestros intereses y fortuna, y lo que es peor, nuestra salvacion, sino en el mas desastroso precipicio, á lo ménos al borde de él. ¡Cuántas deplorables caidas pudiera recordaros en prueba de esta verdad, y que fueron el resultado de la adulacion! ¡Cuántos caudales arruinados! ¡Cuántas fortunas cambiadas! ¡Cuántas personas, despues de haber perdido el honor y la reputacion, han llegado á ser el oprobio de sus semejantes, por haber abrigado la adulacion y dado con ella márgen á sus aduladores para su descrédito y difamacion! Pero ¿qué necesidad tengo de poneros á la vista los muchos ejemplares que nos ofrece la historia, y que no pueden ménos de inspirarnos horror contra un vicio, que nunca será bastante execrado? Me bastan para esto los argumentos que me suministra vuestro mismo convencimiento. Yo apelo á vosotros, para que en el disgusto de vuestras almas me digais lo perjudiciales que os han sido sus resultados, y cuan á costa vuestra habeis tocado el desengaño. Este testimonio es el mejor, y me hace esperar que sacareis fruto de mis exhortaciones.

No lo olvideis, hermanos mios; es necesario que esteis siempre sobre aviso en un asunto que tanto os interesa. Tened gran cuidado en no dejaros sorprender de la adulacion; si vuestras buenas obras son alabadas en vuestra presencia, reconoced, que en las tales alabanzas, mayormente si son excesivas, se os tiende un lazo que puede producir las mas tristes consecuencias. No dudeis, que si se os prodigan elogios desmesurados, es para poner á prueba vuestra sinceridad. A los que disculpan y aun aprueban vuestros extravíos, guardaos de considerarlos como amigos; ellos por sus miras particulares solo aspiran á que vosotros no llegueis á conocer la verdad. Cerrad, pues, vuestros oidos á la adulacion, que tantos estragos causa diariamente en las almas; y para rechazar mas fácilmente sus asaltos, reconoced, á imitacion del Bautista, vuestra nada, y no perdais nunca de vista la gloria del Señor. Con la humildad temereis mas las alabanzas que las censuras; y el Señor, que se complace en exaltar á los humildes, os dispensará abundantes gracias, y os colmará despues de gloria, como os la deseo.

ADULADORES.

II.

Melius est à sapiente corripi, quam stultorum adulatione decipi.

Mas vale ser reprendido del sabio, que ser seducido con las lisonjas de los necios.

(*Eccles.* VII, 6.)

No pudiendo sufrir los fariseos las reprensiones del Salvador, tuvieron consejo entre sí para escogitar los medios de sorprenderle en sus palabras, y sacar de él alguna respuesta censurable que pudiesen emponzoñar, y por la cual pudiesen acriminarle. El medio que adoptaron fué el de enviarle algunos de sus discípulos con otros de los herodianos, que con rostro modesto y aire de probidad le tendiesen un lazo. Para encubrir mejor su perversidad, le saludaron al principio con respeto, y comenzaron por alabar su sinceridad y rectitud. Maestro, le dijeron, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino ó la ley de Dios con arreglo á la pura verdad, sin consideracion á nadie, porque no atiendes á la calidad de las personas; nos dirigimos pues á tí, para que nos instruyas sobre un punto en el que parece interesarse la gloria de Dios. Dinos sinceramente tu parecer sobre esto: ¿es ó no lícito á los judíos, pueblo de Dios, pagar el tributo al César? Jesucristo, que conocia perfectamente todo lo que abrigaban dentro de su corazon: Hipócritas, les dijo, ¿por qué tratais de sorprenderme? ¿Pensais que podreis conseguir con ardides lo que no habeis podido con la guerra abierta que me habeis hecho? ¿Os creeis capaces de perderme con las lisonjas, cuando no habeis podido lograrlo con detracciones ni falsos testimonios?

Con la misma aspereza con que trató Jesucristo á los discípulos de los fariseos, deberíamos nosotros tratar á los aduladores, gente pérfida, que con sus lisonjas corrompen lo mas puro, deslucen lo mas

hermoso, inficionan lo mas sano y pierden las almas. Pero, ¿cuántos son los que en esto imitan la conducta del Salvador? cuántos los que rebaten las lisonjas con las mas acres reprensiones? Confesémoslo: sí; son muchos los aduladores, y no es menor el número de los que quieren ser adulados. Para que vosotros no imiteis á los unos ni á los otros, voy á demostraros cuan grande es la malicia de los aduladores, y cuan grave la culpa de los que desean ser adulados. Imploremos primero los auxilios necesarios. A. M.

1. La lengua mal empleada es, en expresion del apóstol Santiago, un mundo entero de maldad. ¿Qué injusticias no cometen, que estragos no causan las lenguas maldicientes? Pues aun son mayores los que causan las lenguas lisonjeras. Nosotros, si nos quejamos de la malignidad de los que murmuran de nuestras acciones, ¿con cuánta mas razon debiéramos quejarnos de los que lisonjean nuestras pasiones? El daño que éstos nos hacen es tanto mas funesto, que el que nos causa el maldiciente, cuando es mas halagüeño y ménos sensible: tanto mayor, cuanto va de los bienes temporales, que nos quita una lengua maldiciente, á los bienes eternos, que nos arrebata el adulador, aplaudiendo nuestros defectos y fomentando nuestros vicios. La lengua aduladora es con toda propiedad *universitas iniquitatis*, un mundo entero de maldad.

Los aduladores son hipócritas tentadores, como los llamó Jesucristo. Son hipócritas, porque con palabras y acciones manifiestan lo contrario de lo que sienten; alaban lo que merece vituperio, y aprueban lo que conocen ser malo, oponiéndose á su propio juicio para satisfacer pasiones ajenas. Quieren parecer sinceros, se vanaglorian de serlo, y no lo son; afectan hablar como los que tienen el corazon en los labios, y su alma está llena de dobleces y de engaños, dice el real profeta; sus expresiones parecen sinceras, y no son sino máscaras de la malicia, que esconden en el fondo de sus corazones: *Loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum.* De ahí nace aquella variedad de figuras con que comparecen los aduladores en el teatro del mundo. Los vereis llorar con los tristes, reir con los alegres, satíricos con los maldicientes, contenidos entre los modestos, disolutos entre los relajados, dispuestos á mudar de semblante á todas horas, á fin de agradar á los que ellos adulan.

No es menester que entreis en los palacios, de donde, desterrada la verdad, ha tomado posesion la mas astuta lisonja; entrad solamente en las casas de los poderosos y hombres de conveniencias, y vereis alabar la educacion de unos niños que se crian sin temor de

Dios, y sin conocimiento de sus obligaciones; aplaudida como gracia la desvergüenza, y celebrado como chiste el desacato. Entrad en una sala, y vereis á los piés de una mujer uno ó muchos aduladores empeñados en persuadirla, que es un portento de hermosura y de perfecciones. Verdad es, que puede ella conocer la falsedad de lo que la dicen; mas no por eso deja de engreirse.

Jesucristo, á mas de llamar con razon hipócritas á los aduladores, les llama tentadores. El primero de todos los tentadores fué adulador; la adulacion fué la asechanza que el demonio puso á nuestros primeros padres. Comed de esa fruta que os ha sido prohibida, les dijo, ¿qué temeis? no sereis víctimas de la muerte: muy al contrario, sereis como dioses. Cayeron ellos en la tentacion por desgracia nuestra, y desde entónces el demonio se ha valido siempre de la adulacion como del medio mas poderoso para hacer caer al hombre. De los aduladores se sirve, segun dice Tertuliano, como de sus agentes y procuradores. A una jóven recogida le dice uno de estos ministros de Satanás, que atropelle el pudor y los escrúpulos que la contienen: que disfrute de los privilegios de su hermosura antes de que se marchite; que no tema la muerte, pues está muy léjos de su lozana edad. Al avaro le persuade de que su conducta es cuerda y prudente; de que debe atesorar riquezas para sus hijos; de que lo demas es desacierto. Al vengativo le repite, que la venganza es justa, y que el pundonor exige satisfaccion de las ofensas.

De este modo los aduladores, con la blandura de sus palabras, quitan el horror á los pecados; con aparente serenidad calman los remordimientos de las conciencias; con vil condescendencia fomentan los vicios; y así se hacen cómplices de los delitos de otros. Si solo el no corregir fraternalmente las faltas de nuestros semejantes, cuando podemos, es grave pecado contra la caridad; ¿cuál será, pues, el pecado de los aduladores que las aprueban y aplauden? Merecen sin duda el castigo de los demonios, cuyo oficio ejercen, y le sufrirán infaliblemente, como no reparen el mal que hicieron.

¿Y cuán difícil es repararle? Los magos de Faraon transformaron con sus encantos las varas que tenian en sus manos en serpientes; pero no pudieron con otros encantos reducir las serpientes á la primera figura de varas; pues asimismo, dice Orígenes, bien pueden los aduladores con sus palabras hacer perder á una alma su primera inocencia; pero es muy difícil que con palabras se la restituyan. ¡Infelices! siendo ellos la causa de la ruina del prójimo, el Señor les llena de maldiciones.

2. Habeis visto, oyentes, cuan grave culpa es adular; veamos

ahora cual es la malicia de los que admiten las adulaciones. Casi todos, decia S. Jerónimo, escuchamos gustosos á los que nos adulan. Por mas que parezca que rechazamos modestos las alabanzas que nos dan, interiormente las recogemos con placer. Por mas que nos sonrojemos al oirlas, nuestro corazon desmiente las señas del rostro, y, en verdad, nos alegramos de que aplaudan nuestros pretendidos méritos: *Quamvis calidus rubor ora perfundat, ad laudes tamen nostras intrinsecus lætemur.* S. Hier. epist. 18 ad Eustach. Pues esta pasion tan generalizada es la mas ciega é irracional. Como hombres, no deberíamos pensar sino en nuestra miseria, en nuestra nada. Como cristianos, no nos pertenece sino una parte de la humillacion y, cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué quereis, hombres, que os adulen? ¿Por vuestro nacimiento? Venisteis al mundo sin eleccion. Lo mismo podiais nacer de un plebeyo que de un noble. ¿Por vuestro empleo? La mano que ayer os elevó á la mayor dignidad, puede ser que mañana os abata. ¿Por vuestras riquezas? O sois avaros, dice S. Jerónimo, ó herederos de avaros. ¿Por las virtudes que adornan vuestro entendimiento y voluntad? ¿Y de dónde os vinieron? Si no vienen de vosotros mismos, ¿por qué os desvaneceis como si fueran vuestras? Si por ningun motivo podeis desear que os alaben como hombres, aun ménos podeis desearlo como cristianos, esto es, como discípulos de un Dios, que mereciendo infinitas alabanzas, prohibió á los apóstoles que publicáran su gloriosa transfiguracion, rechazó con aspereza las palabras de los fariseos cuando le lisonjeaban; y, por el contrario, sufrió con paciencia que le llamaran sedicioso y endemoniado. ¿Y qué diferencia hay entre vosotros y el Salvador? Confundíos, pues, ya que no teneis otra cosa propia que la nada y el pecado. Confundíos, y acatando el ejemplo que nos dió nuestro divino Maestro, sofocad los deseos de ser aplaudidos y adulados, que son de los mas perniciosos.

Esta pasion es enemiga de toda virtud, y madre de una infinidad de pecados. La cólera se opone á la paciencia, la envidia á la caridad, la avaricia á la liberalidad, la gula á la templanza, la blasfemia á la religion, en fin, cada vicio á la virtud que le es contraria; pero la vanagloria ó el amor desordenado á las alabanzas se opone á todas, porque destruye la humildad, que es su fundamento. Es un sútil veneno, que corrompe la santidad, ciega el espíritu, mata el corazon con el mal uso de los mismos remedios que debian curarle.

Hasta llega este vano amor á las alabanzas á equivocarse con la idolatría, que es el peor de todos los pecados; pues, oponiéndose directamente á Dios, pretende despojarle de la corona, y abrogarse los respetos y adoraciones que le son debidos. Dios, celoso de su gloria, no la cede á nadie: *Gloriam meam*, dice, *alteri non dabo:* Isai. xlii, 8; y ¡los cristianos se atreven á robársela, deseando ser adulados por el bien que no tienen, ó que viene únicamente de él para que le glorifiquen! Maldito el ídolo que habeis hecho, dice Salomon, y maldito el artífice que le fabricó: *Per manus quod fit idolum, maledictum est et ipsum et qui fecit illud:* Sap. xiv, 8. Dios igualmente detesta y aborrece al impío que hizo el ídolo, y á la impiedad que es su obra: *Similiter odio sunt Deo impius et impietas ejus:* Sap. xiv, 9. Uno y otra están comprendidos en las mismas maldiciones: la obra y quien la hizo sufrirán las mismas penas.

Aduladores, que postrados á los piés de una criatura la ofreceis el incienso de las alabanzas como al ídolo vuestro, y que rendís la adoracion mas profunda, hasta sacrificar vuestro corazon, á una divinidad, hechura de vuestro sacrílego capricho, entendedlo bien; vosotros sois malditos: *Maledictum est et ipsum et qui fecit idolum.* Y vosotros, vanos y ridículos ídolos, que rodeados de profanos inciensos, agradeceis y mirais con agrado á esos ciegos idólatras de vuestra belleza ó fortuna, sois tambien malditos del Señor: *Maledictum idolum.* Vosotros perecereis sin remedio, porque, como dice San Agustin, In Psalm. ix, 21, una vez que el hombre llega á gustar de la adulacion, y á persuadirse de que es lo que dicen los aduladores, desconoce sus propios defectos, y por eso no se arrepiente. Acostumbrados sus oidos á la blanda melodía de las alabanzas, no puede sufrir la aspereza de un desengaño. Huye de cuantos le dicen la verdad, como el rey Acab huia del profeta Miqueas. Escoge, como dice S. Pablo, maestros que le digan lo que desea, no lo que Dios manda: *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros.* II Timoth. iv, 3. Y así aduladores y adulados perecerán: *Maledictum idolum et qui fecit illud.*

Habeis visto, amados oyentes, cuan grave culpa es adular y querer ser adulado. El que adula á otro, aplaudiendo sus malas inclinaciones, se hace partícipe de todos sus pecados, como dice Sto. Tomás, 2, 2, q. 115. Si, pues, por interés ó por otra idea habeis sido aduladores, haceos desengañadores para reparar el daño que habeis causado: decid desnudas las verdades. Si acaso habeis gustado de adulaciones, cerrad los oidos á esos áspides engañosos: mas os daña la lengua aduladora, que la espada de vuestros enemigos. Abridlos para oir las verdades que os den á conocer vuestra miseria y vuestros pecados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios mio, vuestra majestad es infinita y mi miseria es inmensa. Delante de vos me humillo y me confundo. Perdonad mi loca temeridad; ya no volveré á arrebataros la gloria que os es debida, ó adulando á otros, ó admitiendo las adulaciones. No me olvidaré jamas de lo que soy y de lo que os debo, para poder merecer el perdon de mis culpas, y tener la dicha de disfrutar un dia de vuestra misma felicidad.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El adulador causa un mal inmenso á toda clase de personas. 1.° Si adula á los buenos, les pone en grave riesgo de perder el mérito de sus buenas obras. 2.° Si adula á los malos, fomenta sus vicios.

I. La adulacion, segun san Agustin, consiste en engañar á alguno con falsas alabanzas para insinuarse en su amistad ó complacerle. Notad bien estas palabras: *con falsas alabanzas:* aquí está el pecado. Si adulamos á una alma buena, la ponemos en peligro de olvidarse de Dios, autor de todos los bienes que posee, y de atribuírselos á sí misma; con lo que perderia todo el mérito de sus buenas acciones.

De la adulacion se valió el demonio para seducir á la primera mujer, poniéndole á la vista una inmortalidad quimérica y un conocimiento perfecto del bien y del mal.

II. Si la adulacion es perjudicial á los buenos, ¿cuánto mas lo será á los malos? Elogiad al hombre, que obra á impulsos de sus pasiones, aplaudid sus caprichos como virtudes, y vereis como pierde el freno del temor de Dios, y no piensa mas que en satisfacer sus malvados deseos. Son inumerables los males causados por viles aduladores. ¿Cuántas muertes ocasionó Coré adulando al pueblo? *Sufficiat vobis (Moysi et Aaron), quia omnis multitudo sanctorum est, in ipsis est Dominus;* Rom. xvi. ¿Qué rebeliones excitó Absalon con sus adulaciones? *videntur mihi sermones tui boni et justi, sed non est qui te audiat constitutus à rege;* II Reg. xv. ¿Qué desastres no acarrearon al pueblo de Israel los falsos profetas, que adulaban y aconsejaban al impio Acab? III. Reg. xxii.

La adulacion, trastornando el juicio mas recto y pervirtiendo la voluntad, llega tambien á corromper las sociedades, pintando los vicios como si fuesen virtudes.

II.

Con razon dijo un profeta: Está horrorosamente desolada toda la tierra, porque no hay nadie que reflexione en su corazon; Jer. xii, 11. ¿Quién se atreveria á adular, si reflexionase seriamente cuan vil es el oficio que desempeña? ¿Quién amaria ser adulado, si reflexionara que con esto procura su ruina y su deshonor? ¿Quién sufriria le adulasen, si considerase que es víctima del mas torpe engaño? Para desterrar de la sociedad á esos indignos traficantes voy á manifestaros: 1.° Que es una debilidad indigna de un alma grande el sufrir la adulacion. 2.° Que es una vanidad semejante al orgullo del demonio el solicitarla.

I. Una alma verdaderamente grande ama siempre la verdad y la virtud. ¿Cómo, pues, no ha de aborrecer la adulacion, que es un vicio, una mentira? El adulador hace traicion á los mas nobles intereses de sus hermanos, pues en vez de amarlos, procurándoles el bien y contribuyendo á su santificacion, les causa un daño manifiesto, y, á imitacion de Joab, les hiere mortalmente, bajo la apariencia de una amistad engañosa.

El adulador sacrifica el bien público. La causa de inumerables males sociales es la adulacion, que destruye la justicia, si llega á introducirse en el gobierno; sofoca la ley, si penetra en el foro; altera la paz, toda vez que se insinua en las reuniones, rebaja los vínculos domésticos cuando entra en la familia, mata al pudor y á la moralidad si se apodera del individuo: es, por último, un lazo tendido mas ó ménos diestramente á los piés del prójimo: *Homo qui blandis fictisque sermonibus loquitur amico suo, rete expandit gressibus ejus.* Prov. xxix, 5.

El adulador hace traicion á la causa de la religion, manifestando con su disimulo y artificios, que teme mas á los hombres que á Dios; importándole muy poco ofender al cielo, con tal que logre lo que pretende en la tierra. ¿Y puede una alma grande sufrir un vicio, que hace traicion á los verdaderos intereses de sus hermanos, de la sociedad y de la religion? ¡Imposible! Recordemos la máxima de san Agustin: *Beata mens quæ... nec adulatur aliquando, nec adulatori credit.* Ep. xvii, ad Demetr.

II. Si es indigno de una alma grande sufrir la adulacion, ¿cuándo mas lo es buscarla? El hombre que busca ser adulado, imita á Satanás. ¿Y no es una locura tenerse por sabio, bello, valiente, virtuoso, porque un farsante le da estos dictados? El infeliz que busca

ser adulado está perdido; porque nunca conocerá sus defectos. Viendo que se aplauden sus malas inclinaciones, llegará á creer, que son actos laudables; su conciencia se hará insensible á los remordimientos; tal vez contará vivir largos años, pero se engañará, porque el Espíritu Santo dice: *Viro, qui corripientem dura cervice contemnit, repentinus ei superveniet interitus.* Prov. xxix, 1. Triste y deplorable destino del hombre soberbio é indócil: se tiene por perfecto ante los hombres, y solo lo es á sus propios ojos.

ADULADORES. — Pecan 1.°, contra la caridad. — Pecan 2.°, contra la sinceridad. — Pecan 3.°, contra la amistad.

ADULADORES. — Son mas de temer que los envidiosos. — Son mas perjudiciales que los calumniadores. — Son mas funestos que los enemigos declarados.

ADULACION. — Es una torpe esclavitud. — Es una criminal complacencia. — Es una amistad fingida.

ADULADORES. — Trabajan en desterrar del mundo la verdad. — En colocar el vicio en lugar de la virtud. — En representarnos mal á los buenos y á los malos.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Fili mi, si te lactaverint peccatores, non acquiescas eis. Prov. i, 10.

Hijo mio, por mas que te halaguen los pecadores, no condesciendas con ellos.

Simulator ore decipit amicum suum. Prov. xi, 9.

El hombre falso engaña con palabras á su amigo.

Vir iniquus lactat amicum suum, et ducit eum per viam non bonam. Prov. xvi, 29.

El hombre inícuo halaga á su amigo, y le guia por malos caminos.

Qui justificat impium, et qui condemnat justum, abominabilis est uterque apud Deum. Prov. xvii, 15.

Quien absuelve al impío y quien condena al justo, ambos son igualmente abominables á Dios.

Qui dicunt impio, justus es, maledicent eis populi, et detestabuntur eos tribus. Prov. xxiv, 24.

Aquellos *jueces* que dicen al malvado: tú eres justo: serán malditos de los pueblos y detestados de todas las tribus.

Qui corripit hominem, gratiam postea inveniet apud eum, magis quam ille qui per linguæ blandimenta decipit. Prov. xxviii, 23.

Quien corrige á una persona será al fin mas grato á ella, que otro que la engaña con palabras lisonjeras.

Homo, qui blandis, fictisque sermonibus loquitur amico suo, rete expandit gressibus ejus. Prov. xxix, 5.

El que hablando con su amigo, usa de palabras halagüeñas y fingidas, se tiende una red á sus piés.

Meliora sunt vulnera diligentis, quam fraudulenta oscula odientis. Prov. xvii, 6.

Mejores son las heridas que vienen del amigo, que los besos fingidos del enemigo.

Quomodo probatur in conflatorio argentum, et in fornace aurum: sic probatur homo ore laudantis. Prov. xxvii, 21.

Como en la hornaza se prueba la plata, y en el crisol el oro, así se prueba el hombre por la boca del que le alaba.

Melius est à sapiente corripi, quam stultorum adulatione decipi. Eccl. vii, 6.

Mas vale ser reprendido del sabio, que seducido con las lisonjas de los necios.

Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo. Eccli. xix, 23.

Hay quien maliciosamente se humilla, mas su corazon está lleno de dolo.

Populo meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt, et viam gressuum tuorum dissipant. Isai. iii, 12.

Pueblo mio, los que te llaman bienaventurado son los que te traen engañado y destruyen el camino que tú debes seguir.

In ore suo pacem cum amico suo loquitur, et occulte ponit ei insidias. Jerem. ix, 8.

Con los labios anuncia la paz á su amigo, y en secreto le arma asechanzas.

In malitia sua lætificaverunt regem, et in mendaciis suis principes. Oseæ. vii, 3.

Con su perversidad dieron gusto al rey, dieron gusto á los príncipes con sus mentiras.

Magister, scimus quia verax es. Matth. xxii, 16.

Maestro, sabemos que eres veraz.

Videns autem (Herodes) *quia placeret judæis, apposuit ut apprehenderet et Petrum.* Actor. xii, 3.

Despues viendo que esto complacia á los judíos, determinó tambien prender á Pedro.

Neque enim aliquando fuimus

Porque nunca usamos del len-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

in sermone adulationis, sicut scitis. I. Thessal. II, 5.

guaje de adulacion, como sabeis.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La adulacion fué la primera astucia de que se valió el demonio para arruinar al género humano. Aunque el pretexto era asaz manifiesto y la promesa exagerada, la promesa hecha á la débil mujer del don de la inmortalidad y del de la ciencia del bien y del mal, no dejó de ser una tentacion fuerte para el corazon de Eva. Genes. III.

Absalon, príncipe ambicioso, se degradó hasta el extremo de ir por las antesalas y por las puertas de palacio examinando á los que pedian audiencia al rey y de abrazarles, lamentándose de que nadie hiciese justicia, y diciendo á todos, que sus respectivas peticiones no podian ser mas justas; II Reg. XV: conducta que le acarreó el desprecio de los hombres sensatos. Tal es el fruto que recogen los aduladores.

La muerte del rey Acab fué efecto de la lisonja. Consultando él á cuatrocientos falsos profetas, si debia ó no emprender la guerra contra el rey de Siria, le contestaron afirmativamente, añadiendo con palabras muy lisonjeras, que Dios entregaria la ciudad en manos del rey: *Ascende et dabit eam Dominus in manu regis:* solo el profeta Miqueas le decia, que no emprendiese la guerra; y por haberle dicho la verdad, fué encerrado y tratado duramente: pero el impío rey fué herido de muerte en castigo de su obstinacion. III Reg. XXII.

La adulacion decanta los vicios y oprime la virtud mas justificada y notoria: así lo vemos en el primer ministro de Asuero, llamado Mamucha, quien á pesar de no poder negar la justa resistencia de Vasti al caprichoso deseo de Asuero, llamola inobediente, rea de lesa majestad y digna de ser repudiada por el rey. Esther. I.

Léase el libro tercero de los Reyes, en donde se admiran los actos viles de aquel rey tan sabio, Salomon, para complacer á las mujeres extranjeras, por las cuales se dejó dominar enteramente.

La muerte de Jesucristo fué decretada por complacer al pueblo judío.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Cognatum virtutibus vitium adulatio. S. Cypr. serm. de jejun. et tent. Christ.

La adulacion es un vicio que pretende confundirse con las virtudes.

Amicus videri vult adulator; nihil amico inimicum magis. Id. ibid.

El adulador quiere parecer amigo; pero es el enemigo mas cruel del hombre.

In multis isto maxime tempore regnat hoc vitium; quodque est gravissimum, humilitatis ac benevolentiæ loco ducitur; eo fit ut qui adulari nescit, aut invidus, aut superbus putetur. S. Hieron. epist. ad Cœlant.

En estos tiempos reina mucho el vicio de la adulacion, y lo que es peor, se mira como señal de humildad y benevolencia; sucediendo, que al que no sabe adular le tienen por envidioso ó soberbio.

Emolliri adulationibus non solum fortitudinis non est, sed etiam ignaviæ esse videtur. S. Ambros. lib. 2 de offic.

Es mas propio de los corazones flojos que de los fuertes el adormecerse al son de la lisonja.

Collaudare delinquentes longe plus est, quod ad supplicis pertinet æstimationem, quam delinquere. S. Chrysost. hom. II de David et Saul.

Por lo que toca á la gravedad del castigo, peor es alabar á los pecadores, que cometer el pecado que se alaba.

Adulantium linguæ altigant animas in peccatis; delectat enim ea facere, in quibus non solum non metuitur reprehensor, sed etiam laudatur auditor. S. August. in Psalm. IX.

La lengua de los aduladores sumerge mas profundamente al pecador en sus culpas; porque es muy natural hacer aquello que no solo no se nos reprende, sino que se nos alaba.

Duo sunt genera persecutorum, scilicet vituperantium et laudantium; sed plus persequitur lingua adulatoris, quam manus persequentium. Id. in Psalm. LIX.

Hay dos clases de perseguidores; unos que vituperan, y otros que adulan: pero mayor daño causa con su lengua el que adula, que el que persigue con sus obras.

Non facis mala; sed si laudas male facientem, hoc non parvum malum est. Id. in Psalm. XLIX.

Dices que no haces mal alguno; pero si alabas al que obra mal, no dejas de cometer un mal muy grave.

Qui laudari vult ab hominibus vituperante te, non defendetur ab hominibus judicante te, nec corripietur damnante te (o Deus). Id. lib. 10 de Conf. cap. XXXVI.

El que pretende ser alabado de los hombres (oh Dios mio), mientras tú le vituperas, no podrá ser defendido por ellos cuando tú le juzgares, ni avisado cuando le hubieres condenado.

Quisquis male viventibus adu-

Cualquiera que alabe á los que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

latur, pulvillum sub capite jacentis ponit, ut qui corrigi ex culpa debuerat, in ea fulcitus laude quiescat. S. GREGOR. HOM. IV SUP. EZECHIEL.

Habet vera amicitia nonnumquam objurgationem, adulationem numquam. S. BERNARD. IN EPIST.

viven mal, hace como quien coloca una almohada muy blanda bajo la cabeza del que duerme, y logra adormecer en la culpa al que deberia corregirse de la misma.

La verdadera amistad sabe á veces usar de la represion, pero nunca de la lisonja.

ADULTERIO.

I.

Oculos habentes plenos adulterii.
Tienen los ojos llenos de adulterio.
(*II Petr.* II, 14.)

Dios quiere vuestra justificacion, y quiere que os abstengais de las inmundicias de la carne, decia S. Pablo á los tesalonicenses. Esto mismo debemos inculcar con frecuencia á los fieles de nuestros dias, pues el mas hediondo de los vicios se ha generalizado, hasta el extremo de llenar de consternacion á quien medite con gravedad y fe sus consecuencias. La carne ha sembrado la corrupcion por sus caminos. Las leyes de la honestidad están dadas al olvido; los vínculos de familia, tan santos é inviolables, se han relajado; los sentimientos grandes y nobles han desaparecido del corazon, y la sociedad se ha trocado en un foco de asquerosidad. Tras estos desórdenes, que tanto afectan al individuo, á la familia y á la sociedad, han venido, están viniendo, y aun han de venir males sin cuento; males públicos y privados, expiaciones necesarias, que Dios exige para satisfaccion de su justicia y para aviso de los hombres. La voz grave del Apóstol

debiera ser hoy ruidosa y llena como el trueno, para que tuviese eco entre los fieles que á tan repugnante lubricidad se entregan. Ni la degradacion tiene hoy límites, ni la perversidad trae remordimientos eficaces. ¿Dónde está la inocencia? ¿Dónde el pudor? ¿Dónde el decoro? ¿Dónde la virtud? Todo parece haber desaparecido de la tierra, cual si hubiésemos retrocedido á los degradados tiempos del paganismo. Los corazones están hoy como gentílicos altares consagrados á la mas hedionda de las pasiones. Nosotros estamos obligados á levantar con energía nuestra voz contra los vicios dominantes; y aunque á la vista de la inmensidad del mal parece como que nos arredra la falta de fuerzas, nos alienta la esperanza de que, con la gracia del Señor, fructificará en unos ó en otros, ahora ó mas adelante, la semilla de la divina palabra. Mucho pudiera deciros en reprobacion de las faltas de todo género, que se cometen contra la honestidad; pero precisado á concretarme en tan vasto ramo, solo me ocuparé por hoy del feo y repugnante vicio contra la fidelidad conyugal. Con la mútua fidelidad en el matrimonio están identificados los mas tiernos afectos y sagrados intereses. Conviene, pues, evidenciar la gravedad de este pecado, para que horrorizados de su malicia y de sus gravísimas consecuencias, os resolvais todos, y cada uno de vosotros, á conservar vuestra honradez y aspirar á vuestra santificacion, como dice el Apóstol. A este fin voy á demostraros la gravedad de este pecado, sus causas y sus remedios. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El adulterio es un pecado de lujuria, cometido entre dos personas ambas casadas, pero pertenecientes á dos distintos matrimonios; ó entre dos personas, una de las cuales está unida á otra por el sacramento del matrimonio. Este pecado es de los mas graves, en primer lugar, porque profana la santidad del sacramento; santidad que S. Pablo llama *grande* en Cristo y en la Iglesia. Ese sacramento es santo, porque es santo su autor Jesucristo; es santo, porque aumenta en nosotros la gracia; es tan santo, que por su virtud pueden los casados conservarse puros al lado de la impureza; es santo, porque tiene en la Iglesia por objeto el dar santos ó hijos á Dios; y es santo, en fin, por su significacion, pues representa la inmaculada union de Cristo y de la Iglesia su esposa.

Pues bien; ese sacramento tan santo lo profanan horriblemente los casados, que cometen pecado de impureza con personas de distinto sexo, unidas en distinto matrimonio; lo profanan horriblemente las personas casadas, que pecan con otras que no lo están; y lo profanan

latur, pulvillum sub capite jacentis ponit, ut qui corrigi ex culpa debuerat, in ea fulcitus laude quiescat. S. GREGOR. HOM. IV SUP. EZECHIEL.

Habet vera amicitia nonnumquam objurgationem, adulationem numquam. S. BERNARD. IN EPIST.

viven mal, hace como quien coloca una almohada muy blanda bajo la cabeza del que duerme, y logra adormecer en la culpa al que deberia corregirse de la misma.

La verdadera amistad sabe á veces usar de la represion, pero nunca de la lisonja.

ADULTERIO.

I.

Oculos habentes plenos adulterii.
Tienen los ojos llenos de adulterio.
(*II Petr.* II, 14.)

Dios quiere vuestra justificacion, y quiere que os abstengais de las inmundicias de la carne, decia S. Pablo á los tesalonicenses. Esto mismo debemos inculcar con frecuencia á los fieles de nuestros dias, pues el mas hediondo de los vicios se ha generalizado, hasta el extremo de llenar de consternacion á quien medite con gravedad y fe sus consecuencias. La carne ha sembrado la corrupcion por sus caminos. Las leyes de la honestidad están dadas al olvido; los vínculos de familia, tan santos é inviolables, se han relajado; los sentimientos grandes y nobles han desaparecido del corazon, y la sociedad se ha trocado en un foco de asquerosidad. Tras estos desórdenes, que tanto afectan al individuo, á la familia y á la sociedad, han venido, están viniendo, y aun han de venir males sin cuento; males públicos y privados, expiaciones necesarias, que Dios exige para satisfaccion de su justicia y para aviso de los hombres. La voz grave del Apóstol

debiera ser hoy ruidosa y llena como el trueno, para que tuviese eco entre los fieles que á tan repugnante lubricidad se entregan. Ni la degradacion tiene hoy límites, ni la perversidad trae remordimientos eficaces. ¿Dónde está la inocencia? ¿Dónde el pudor? ¿Dónde el decoro? ¿Dónde la virtud? Todo parece haber desaparecido de la tierra, cual si hubiésemos retrocedido á los degradados tiempos del paganismo. Los corazones están hoy como gentílicos altares consagrados á la mas hedionda de las pasiones. Nosotros estamos obligados á levantar con energía nuestra voz contra los vicios dominantes; y aunque á la vista de la inmensidad del mal parece como que nos arredra la falta de fuerzas, nos alienta la esperanza de que, con la gracia del Señor, fructificará en unos ó en otros, ahora ó mas adelante, la semilla de la divina palabra. Mucho pudiera deciros en reprobacion de las faltas de todo género, que se cometen contra la honestidad; pero precisado á concretarme en tan vasto ramo, solo me ocuparé por hoy del feo y repugnante vicio contra la fidelidad conyugal. Con la mútua fidelidad en el matrimonio están identificados los mas tiernos afectos y sagrados intereses. Conviene, pues, evidenciar la gravedad de este pecado, para que horrorizados de su malicia y de sus gravísimas consecuencias, os resolvais todos, y cada uno de vosotros, á conservar vuestra honradez y aspirar á vuestra santificacion, como dice el Apóstol. A este fin voy á demostraros la gravedad de este pecado, sus causas y sus remedios. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El adulterio es un pecado de lujuria, cometido entre dos personas ambas casadas, pero pertenecientes á dos distintos matrimonios; ó entre dos personas, una de las cuales está unida á otra por el sacramento del matrimonio. Este pecado es de los mas graves, en primer lugar, porque profana la santidad del sacramento; santidad que S. Pablo llama *grande* en Cristo y en la Iglesia. Ese sacramento es santo, porque es santo su autor Jesucristo; es santo, porque aumenta en nosotros la gracia; es tan santo, que por su virtud pueden los casados conservarse puros al lado de la impureza; es santo, porque tiene en la Iglesia por objeto el dar santos ó hijos á Dios; y es santo, en fin, por su significacion, pues representa la inmaculada union de Cristo y de la Iglesia su esposa.

Pues bien; ese sacramento tan santo lo profanan horriblemente los casados, que cometen pecado de impureza con personas de distinto sexo, unidas en distinto matrimonio; lo profanan horriblemente las personas casadas, que pecan con otras que no lo están; y lo profanan

horriblemente, por último, las personas libres, que pecan con otras que ya están unidas en matrimonio. Los adúlteros, profanando un sacramento tan grande y tan santo, se muestran, bajo ese punto de vista, á los ojos cristianos como otros tantos sacrílegos, dignos de que el Señor fulmine contra ellos los rayos de su justicia. El adúltero profana la santidad del sacramento, la santidad del Autor del sacramento, la santidad de la gracia que confiere el sacramento, la santidad del fin del sacramento, y por último, la santidad de la alta y misteriosa significacion del sacramento. La Iglesia, siendo esposa de Cristo, está encargada de darle, como madre fecunda, al mismo tiempo que inmaculada, muchos millares de hijos tambien puros y santos; profanando, pues, el sacramento del matrimonio, profanais, en cuanto está de vuestra parte, la pureza de Cristo y de su esposa la Iglesia, cuya purísima union está por él representada.

En segundo lugar, el adulterio profana la firme promesa de fidelidad, que en presencia de la Iglesia se juraron los casados. Difícilmente se hallará una promesa mas solemne, puesto que se hizo en presencia de Dios, testigo de vuestros votos; en presencia de los ángeles, que los escribieron, digámoslo así, en el cielo; en presencia del sacerdote, que los solemnizó y legitimó en la tierra, y en presencia de los fieles, que os oyeron pronunciarlos. La Iglesia, que pidió para vosotros las bendiciones celestiales, os unió con un mismo lazo sagrado, que solo la muerte puede romper, y os dijo con S. Pablo: «La mujer *casada* no es dueña de su cuerpo, sino que lo es el marido: y asimismo el marido no es dueño de su cuerpo, sino que lo es la mujer.» I Cor. VII, 4. Pues bien; el adúltero destruye, en cierto modo, la obra de Dios, pues en cuanto está de su parte, separa lo que Dios ha unido, y divide la carne que es una sola carne, y los huesos que son un solo hueso. ¡Qué terrible cuenta, oh adúlteros, que terrible cuenta os pedirá Dios, por romper lo que él ha unido, faltando á la promesa de mútua fidelidad que en su divina presencia os hicisteis!

2. Pero examinemos las funestas consecuencias del adulterio, y este cuadro no podrá ménos de causarnos todavía mas horror. Todos sabemos, que se celebra y tiene por uno de los mas felices para una familia el dia en que los padres acompañan á sus hijos al templo del Señor, para unirlos con los lazos puros y santos del matrimonio: esta satisfaccion, empero, se cambia con rapidez excesiva. A las dulces expansiones del corazon suceden las mas terribles sospechas; los que antes solo se hablaban con ternura y cariño, usan un lenguaje desdeñoso y altivo, y solo tienen en boca frases desagradables y duras; y estalla una lucha enconada en el mismo hogar donde todos se prometian una paz duradera y embellecida con los atractivos del amor. En tan crítica y desconsoladora situacion, el hombre y la mujer maldicen el dia en que se unieron. ¿Quién ha trocado en veneno la complacencia de aquellos corazones? El adulterio. Sea cual fuere el orígen de este crímen, siempre trae consigo largo séquito de males. Los adúlteros se enredan, digámoslo así, en una interminable cadena de crímenes, haciendo que se consideren como legítimos, hijos que no lo son; y perjudicando á las familias de tal suerte, que no basta luego ni la prudencia, ni la ley, ni la buena fe para desenmarañar aquella confusa amalgama de injusticias y de complicaciones, trasmitidas quizá con la herencia legada á los nietos ó mas lejanos descendientes. Los ministros del Señor, y aun los mas prudentes letrados, al verse precisados á tomar parte en negocios de este género, se ven en sérios apuros para poner un arreglo á tantas dificultades y conflictos. Por un lado, el verdadero padre abandona á su hijo; y por otro, la mujer adúltera aumenta el número de sus hijos con otros que no son de su marido. El hombre niega al que es su hijo lo que le debe; y la mujer perjudica á los suyos legítimos, haciendo que se tenga luego por heredero á quien no le corresponde por razon de su ilegitimidad. ¡Calculad, si podeis, los daños, los perjuicios, las injusticias, las complicaciones que han de ser la consecuencia necesaria de estos precedentes, y medid la responsabilidad que pesa sobre los autores de tan graves y deplorables desórdenes! Esta consideracion debiera imponerles respeto; mas aun, debiera aterrarlos. La responsabilidad del adúltero es inmensa; y esta responsabilidad pesará sobre él toda su vida, y aun mas allá del sepulcro. Nunca en su conciencia dejará de haber inquietud y remordimientos; y difícilmente podrá evitar, que su casa no se vea turbada por disensiones, riñas, separaciones escandalosas, difamaciones recíprocas, celos, venganzas y otros excesos.

El adulterio no es solamente un crímen individual, es tambien un crímen social. La familia es el fundamento de la sociedad; por consiguiente, si no hay paz en las familias, tampoco habrá órden en la sociedad; si desaparece la primera, desaparece tambien el segundo. ¿Quién ignora que las costumbres son mas útiles que las leyes? Para la sociedad son un perjuicio los hijos, fruto de inclinaciones criminales, porque su presencia es una prueba incontestable de la inmoralidad; y sin moralidad ¿qué vale el aprecio recíproco, el respeto á sí mismo, el amor al órden!, la nobleza de sentimientos', y las virtudes que menguan la importancia ó hacen inútiles las cárceles, los hospi-

tales y la multiplicacion de las leyes? El autor de la *Sabiduria* dice, que los hijos de los adúlteros jamás llegarán á la edad madura, y que la raza del tálamo impuro será extirpada: *Filii adulterorum in consummatione erunt, et ab iniquo thoro semen exterminabitur.* Sap. III, 16. Sus hijos, dice el Espíritu Santo, hablando de la mujer adúltera, sus hijos no echarán raices, ni darán frutos sus ramos. Ella dejará en maldicion su memoria, y jamas se borrará su infamia: *Non tradent filii ejus radices, et rami ejus non dabunt fructum; derelinquet in maledictum memoriam ejus, et dedecus illius non delebitur.* Eccli. XXIII, 35 et 36. Esto se verifica con toda exactitud. El adulterio arruina las familias mas ricas y poderosas, y de este modo contribuye al malestar de los pueblos. Y cuando decimos que arruina las familias, no nos referimos únicamente á los bienes de fortuna; la pérdida de las riquezas puede subsanarse; lo que no se repara es la falta de educacion. La mujer adúltera cuida poco de sus hijos; odia el trabajo, y solo piensa en sus criminales amores; si por un instinto mas eficaz que sus infames inclinaciones, se acuerda alguna vez de sus sentimientos maternales, y da lecciones de virtud á sus hijos, será por breve tiempo; su vigilancia durará poco, porque la pasion recobrará cuanto antes su dominio. Pero aun cuando vigilase y corrigiese, ¿qué valdrian sus palabras para contrarestar la influencia de sus perversos ejemplos? No se extrañe, por lo tanto, que la ruina sea el porvenir inmediato de una casa, en la cual halla cabida el adulterio; tal es la consecuencia necesaria del vicio mas hediondo que se conoce.

3. En fin, podemos demostrar la gravedad del adulterio por las penas con que la justicia divina y la humana han castigado á los que se han hecho reos de este enorme pecado. «Abimelech, dijo Dios al rey de Gerara, vas á morir por haber tomado una mujer que tiene marido.» Entónces Abimelech mandó llamar á Abrahan, y le dijo: «¿Por qué has dicho que Sara era tu hermana, siendo, como es, tu mujer? ¿No consideras que sobre mí y sobre mi reino has podido atraer el castigo de un pecado tan grande como el adulterio, si Dios no nos hubiese preservado de cometerle?» *Quid fecisti nobis? Quid peccavimus in te, quia induxisti super me, et super regnum meum peccatum grande?* Gen. XX, 9. Cuando alguno cometa adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera, dijo Dios á Moisés, sufrirán la pena de muerte: *Si mœchatus quis fuerit cum uxore alterius, et adulterium perpetraverit cum conjuge proximi sui, morte moriatur et mœchus et adultera.* Lev. XX, 10. Conmueve y estremece ciertamente la descripcion de la ceremonia que observaba

el sacerdote con la mujer en quien recaian sospechas de adulterio, segun se explica en el sagrado libro de los *Números*. El marido acusaba á la mujer ante el sacerdote; y éste, descubriéndola la cabeza, y poniéndola sobre sus manos el sacrificio de recordacion, la juramentaba y decia: «Si no ha dormido contigo hombre ajeno, si no te has manchado abandonando el tálamo de tu marido, no te harán daño esas aguas amarguísimas en las cuales he aglomerado las maldiciones; pero si has sido adúltera, el Señor te ponga para maldicion y escarmiento á todos en su pueblo: haga que se pudran tus muslos, y que tu vientre hinchándose reviente; y entren las aguas de maldicion en tus entrañas, y entumeciéndose tu regazo, púdranse tus muslos.» A lo que respondia la mujer: «Así sea. Así sea.» Num. V, 21 et 22. A David le anunció Natan, que no se apartaria jamas de su casa la espada, es decir, la desgracia y los males, porque habia usurpado aquella oveja con que el profeta de Dios significó la mujer usurpada á Urías, y el homicidio que subsiguió á este adulterio: *Non recedet de domo tua gladius usque in sempiternum, eo quod tuleris uxorem Uriæ.* II Reg. XII, 10.

¿Cómo no he de castigar á este pueblo, dice Dios por Jeremías; cómo no he de castigarle, si veo que cada cual está codicioso de la mujer de su prójimo? ¿Cómo de tales gentes no ha de vengarse mi alma? *Unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat. Numquid super his non visitabo, dicit Dominus, et in gente tali non ulciscetur anima mea?* Jerem. V, 8. Llorará la tierra, dice el profesa Oseas, porque se derramaron sobre ella la maldicion, la mentira, el homicidio, el hurto y el adulterio. Cap. IV, 2. Honroso y respetado debe ser para todos el matrimonio, é inmaculado su lecho; porque á los adúlteros Dios ha de juzgarlos, segun dice S. Pablo: *Adulteros judicabit Deus.* Hebr. XIII, 14. Son muy dignas de notarse estas palabras del santo Apóstol: «A los adúlteros, dice, juzgará Dios;» con lo cual parece significar, que tendrán á Dios por vengador de su crímen; y así lo significa el mismo Apóstol cuando, en la epístola á los tesalonicenses, dice: *Quoniam vindex est Dominus de his omnibus.* Cap. IV, 1.

Los cánones penitenciales condenaban al adúltero á quince años de penitencia pública. Todos los pueblos han mirado con sumo horror el adulterio; y todos lo han castigado con mas ó ménos severidad. Hasta los poetas mas licenciosos le han pintado con negros colores, y le han censurado terriblemente. Tíbulo dice, que el adulterio ha de castigarse con pena de muerte. Horacio se contenta con describir los males que acarrea; pero Juvenal le pinta con unos colores tan fuertes, que causan horror.

4. Los filósofos moralistas que han investigado las causas del adulterio, se han detenido por lo comun en las antipatías y en los deseos de venganza; pero estas causas, aunque por desgracia verdaderas, son secundarias, y no nos descubren el verdadero orígen del mal; pues una mujer, verdaderamente religiosa, sufrirá con resignacion el abandono de su esposo, pero nunca se degradará con el crímen. Salomon y el autor del Ecclesiástico nos describen el verdadero orígen de este desórden. El adúltero, dice el primero, perderá su alma por la pobreza de su corazon: *Qui adulter est, propter cordis inopiam perdet animam suam.* Prov. VI, 32. Y el otro asegura, que la mujer, antes de ser infiel á su esposo, fué rebelde á la ley de Dios. Eccl. XXIV, 32 et 33. La pobreza de corazon, la rebeldía á la ley divina, son las verdaderas causas de este cáncer hediondo de la sociedad. Cuando una mujer ha dado entrada en su corazon á ciertas máximas desoladoras, lo ha perdido todo; pues únicamente la pureza de corazon inspira nobles sentimientos, amor al deber, y fuerza para hacer los mayores sacrificios. No se olvide nunca, que si hay tantos desgraciados, es porque no se quiere comprender que la vida de los casados es una vida de sacrificios. Una mujer cuyo corazon está corrompido, no comprende esta verdad; desde el instante que deja de ser casta, deja tambien de ser amable; podrá todavía presentar algun atractivo, pero no podrá nunca agradar. La mujer virtuosa, al ver la infidelidad de su esposo, sufre, y sufre mucho, vierte amargas lágrimas, pero conserva casto su corazon, guarda su inocencia; y al contrario, la mujer, que por detestables máximas se ha dejado apartar de la senda del deber, se venga de los defectos de su esposo con el adulterio.

La incredulidad y rebeldía á la ley de Dios es la otra causa del adulterio. Desde que una mujer deja de temer á Dios, teme poco á su marido; y ya solo piensa en engañarle con pérfidas caricias ó mentiras odiosas. Como la conciencia no le opone obstáculos, nunca le faltan ardides. El ojo del adúltero, dice Job, sondea la oscuridad, y dice: nadie me ve; y cubre su rostro; y prevaliéndose de las tinieblas, penetra en las casas. Job. XXIV, 15. A pocos pasos, dice Salomon, Prov. VII, 10 et seq., le sale al encuentro una mujer con atavíos de ramera, apercibida para cazar almas, locuaz y callejera, enemiga del sosiego, de modo, que sus piés no pueden parar en casa; esta mujer le echa sus brazos, etc. Prov. VII, 13 ad 24. En ningun libro se ha hecho una pintura mas exacta de la mujer adúltera.

Muchos de los antiguos filósofos, persuadidos de que las leyes

son impotentes para refrenar este desórden, concibieron ciertos medios, que solo podian ser eficaces para acrecentar el mal. Los mas sensatos propusieron el divorcio como un remedio eficaz, y no comprendieron, que el divorcio es un adulterio permanente y legal; que sanciona el mal y no le cura. La legislacion de Moisés era propia para reprimirlo; para evitar y desvanecer las sospechas, obligando á la mujer á sufrir el castigo de los celos. La ley cristiana corta el mal en su raiz, renovando el precepto del Decálogo, que prohibe hasta el codiciar la mujer del prójimo. Cualquiera, dice Jesucristo, que miráre á una mujer con mal deseo hácia ella, ya adulteró en su corazon. Matth. V, 28. Pero, sobre todo, el conjunto de los preceptos de la ley cristiana destruye el adulterio; pues su doctrina condena el menor deseo deshonesto, y tiende á que impere el espíritu sobre la materia: de este modo santifica el cuerpo y el alma; y en el matrimonio dá mas importancia á la union de las almas, que á la de los cuerpos; por eso en concepto de la religion, el matrimonio es indisoluble. Fundado el cristianismo sobre el principio, que el espíritu es superior á la materia, considera al cuerpo como un vaso en el cual está como encerrada el alma, y manda á los fieles que conserven, destruyendo interiormente todo deseo impuro, y huyendo exteriormente de toda ocasion de pecar, la santidad de su cuerpo. Thessal. IV, 3 et 4. No es esto solo: mira el cuerpo como un santuario en que habita el Señor; y amenaza con la muerte eterna al que osare profanarlo. Le considera, ademas, como una hostia, que debe conservarse pura y santa para que sea agradable á Dios. ¿Puede imaginarse nada mas á propósito para acabar con el adulterio? La religion, y solo ella, puede inducir al hombre y á la mujer á respetar su cuerpo; la religion nos enseña, que la infidelidad de uno de los consortes no excusa la infidelidad del otro, pues que la misma ley que reprueba todo deseo y toda accion deshonesta, condena tambien una venganza tan odiosa.

Teman pues los adúlteros por su crímen. El mismo Dios se constituye vengador de su pecado. En la ceremonia que el sacerdote practicaba en la ley antigua con la mujer, de cuya fidelidad sospechase el marido, ceremonia que hemos descrito antes, las aguas de maldicion que el sacerdote hacia beber á la mujer, le corrompian el muslo, é hinchaban y reventaban la matriz, en el caso de ser adúltera como el marido sospechaba. No consistia esto en que las aguas tuviesen por sí virtud para causar aquel efecto, sino que Dios le producia al hacerse la ceremonia. Dábase con esto á entender: primero, que Dios era el defensor de la fidelidad conyugal; segundo, que era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

testigo y guarda de la inocencia; tercero, que veia y revelaba los mas ocultos pecados; y por último, que el adulterio era un horrible crímen, digno de público y terrible castigo. Se nos dirá tal vez, que el mismo Salvador en cierta ocasion se abstuvo de condenar á una mujer culpada de adulterio; pero no negó, que mereciese el castigo que exigian para ella los escribas y fariseos que la acusaban; muy al contrario, dió bastante á conocer, que la juzgaba digna de aquel castigo, cuando dijo á sus acusadores: Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le tire la primera piedra. Negándose todos á efectuarlo, Jesucristo, que habia venido á salvar, y no á perder á los pecadores, le dijo: Si ellos no te condenan, tampoco yo quiero condenarte. Anda, y no vuelvas mas á pecar.

Esto mismo digo yo á los adúlteros: No volvais á pecar, no volvais á profanar la santidad del sacramento, violando la mútua fidelidad jurada en presencia de la Iglesia. Conservad la santidad y la honra de nuestro cuerpo; y al efecto graben los hombres en su corazon estas palabras del Espíritu Santo: No pongas tus ojos en la mujer de otro hombre, ni preguntes á su criada, ni permanezcas junto á su lecho: *Ne respicias mulierem alieni viri, et ne scruteris ancillam ejus, neque steteris ad lectum ejus.* Eccl. XLI, 27. Y las mujeres no olviden, que por la ley se las exige mucha modestia y circunspeccion, de suerte, que ni en sus palabras, ni en sus miradas, ni acciones haya cosa alguna que provoque á pecado.

Señor, que perdonasteis á la adúltera arrepentida, preservad á todos de este pecado; y á los que le hayan cometido, concededles la gracia del arrepentimiento para que logren la gloria.

ADULTERIO.

II.

Oculos habentes plenos adulterii.
Tienen los ojos llenos de adulterio.
(*II Petr.* II, 14.)

El profeta Natan para manifestar al rey David la enormidad del adulterio, que este príncipe habia cometido, valiose de la comparacion del hurto en la parábola de la oveja predilecta, que cierto hombre rico arrebató á un pobre para obsequiar á su huésped. Tambien el adúltero es, en cierto modo, ladron, pues quita á su prójimo la honra, que vale mucho mas que los bienes materiales, y turba la paz de las familias, introduciendo en ellas hijos espurios. Ya hemos demostrado la gravedad del adulterio; pero tratándose de un asunto tan importante, voy á exponer lo que nos dicen de consuno contra el adúltero la razon, las leyes y el mismo Dios. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Empecemos por lo que nos aconseja la razon. Toda la economía social y su feliz acuerdo se fundan en esta máxima: No hagas á otro lo que no quisieras que otro te hiciere á tí. ¿Puede alguien sufrir impasible, que otros manchen su tálamo? ¿Cuál entre los adúlteros toleraria semejante afrenta? Pues ¿qué podrán responder, exclama S. Zenon, los casados lúbricos, que cifran sus delicias en lo que ellos en manera alguna sabrian tolerar, ni sufrir? ¿Cómo pueden excusar la gravedad de su crímen? Los adúlteros profanan la santidad del matrimonio, haciendo lo posible por romper el lazo que únicamente la muerte puede desatar; arrebatan á los hijos legítimos sus bienes, introduciendo entre ellos hijos espurios; y quitan á las familias la tranquilidad, excitando celos y sembrando discordias. Con razon, pues, dice S. Juan Crisóstomo, que el adulterio es una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

especie de hurto, y un crímen mayor que todos los hurtos: *Adulterium latrocinium est; imo omni latrocinio gravior transgressio.* Hom. III, in prim.

Cuando un pobre hambriento se apodera de lo ajeno, halla tal vez quien se compadezca de su accion, y en cierto modo la excuse; *porque hurta para satisfacer su hambre*, dice Salomon en el sagrado libro de los Proverbios; Cap. VI, 30; sin embargo, si la justicia le coge, le castiga. Así el hombre libre, que paga tributo á sus deseos desordenados, merece castigo, y castigo grande delante de Dios; pero en nuestro concepto es al parecer digno de alguna piedad; pues hambriento de placeres, como no puede satisfacer su apetito con placeres lícitos, sacíase por medios que le están vedados. Pero ¿qué excusa podrá alegar un casado, que, dejando lo lícito y suyo, va á tomar lo ajeno? Filon, considerando á los adúlteros como enemigos del género humano, quiere que sean condenados á muerte. De todos modos, la conciencia los declara dignos de severísimo castigo.

2. Lo propio hacen las leyes. La de Moisés prevenia, que los adúlteros muriesen apedreados. Los apóstoles procuraron inspirar á los fieles grande horror á toda clase de torpezas, pero en especial al adulterio. S. Clemente, discípulo y sucesor de S. Pedro, refiere esta sentencia del mismo apóstol, que se lee en los Decretos: *¿Qué pecado puede darse mas grave que el adulterio?* Y si alguna vez, por fragilidad humana, alguno hacia injuria al matrimonio, querian los apóstoles, que todos los fieles mostrasen el sentimiento que les causaba este crímen, é hiciesen alguna penitencia pública. A esta costumbre tal vez alude el Apóstol, cuando admirándose de que los Corintios tolerasen en tranquilidad y calma á un adúltero incestuoso, les decia: «Y vosotros estais rebosando orgullo, en vez de afligiros y llorar amargamente para apartar de vuestro lado al que ha cometido semejante delito:» palabras, que comentadas por S. Juan Crisóstomo, le hicieron exclamar: «Uno solo era el culpable, y no obstante, S. Pablo se aflige como si toda la ciudad estuviese perdida por este motivo.»

Siendo así, no debe extrañarse, que en los primitivos tiempos de la Iglesia se impusiesen enormes penitencias á los que cometian esta culpa. En los cánones penitenciales de S. Basilio se dice, que al adúltero debe por espacio de quince años privársele de los sacramentos. En los cuatro primeros no se le permitia entrar en la iglesia, sino que debia quedarse á la puerta, llorando y pidiendo á los fieles que rogasen por él. Los cinco años siguientes podia entrar en la iglesia, mas solo durante el tiempo del sermon. Los otros cuatro

años siguientes, entraba libremente en el templo, pero debia colocarse entre los penitentes. Por último, los otros dos años se le permitia ser sin reserva partícipe de las demás funciones eclesiásticas; pero se le privaba de la comunion. Y no solo esto, sino que, durante los quince años, el adúltero habia de ayunar algunos dias á la semana, mortificar su cuerpo con el cilicio y rezar ciertas oraciones. ¿Qué os parece, oyentes, de estas penitencias? Pues bien, la gravedad del adulterio es siempre la misma; tanto lo detesta Dios ahora, como lo detestaba entónces; y sin embargo, ¿con qué facilidad se comete este enorme pecado?

Mas de una vez se me ha hecho extraño, que el adulterio dejase de ser rigurosamente castigado entre los cristianos, cuando todas las naciones han abominado esta peste, y han procurado con severísimas leyes desterrarlo. En el Asia los pisides exponian á los adúlteros á la vergüenza; sin embargo, los trataban con mucha mayor benignidad que los demás pueblos. Los tenedos y los árabes decapitaban á los adúlteros. De los partos, dice un historiador, que ningun delito vengaban mas severamente que el adulterio. Los lepiteos, en el África, conducian tres dias consecutivos al adúltero por las calles públicas para su infamia: y, además, le obligaban á permanecer de pié en la plaza, desceñido y mal compuesto, para ser objeto del general desprecio. Sesostris en Egipto hizo quemar vivas muchas adúlteras; y desde entónces el adulterio fué execrable entre los egipcios, como lo fué tambien para los pueblos de Europa. En Candia coronaban á los adúlteros con una corona de lana, para echarles en cara su molicie y afeminacion, que les habian inducido á manchar el lecho ajeno; y luego despues los condenaban á perpétua infamia, en virtud de la cual quedaban inhábiles para todos los cargos y empleos. Con semejante afrenta eran declaradas infames las adúlteras entre los cumeos. Los romanos permitian al marido castigar á la esposa adúltera con las mortificaciones ó la clase de muerte que le pluguiese. Salviano creia, que si los vándalos consiguieron tantas victorias, fué porque la Divina Providencia quiso que ellos aplicasen sus leyes, las mas rigurosas, contra los adúlteros, á los miembros corrompidos de la república. Tácito asegura, que apenas se conocia el adulterio entre los antiguos germanos, á causa del rigor con que castigaban este crímen. Seria nunca acabar querer aquí referir lo que en esta materia refieren los anales del mundo. ¿Y entre los cristianos se ha de saber públicamente, que ciertos casados mantienen detestables relaciones, sin que nadie se dé por sentido ni se admire al oirlo? Confieso, que al considerar esto, difícilmente sabria tranquilizarme si no leyese en S. Pablo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estas terribles palabras: *Dios juzgará á los adúlteros.* Como si dijese: No os extrañe que los hombres no castiguen como se merece este enorme pecado; su causa la ha abocado Dios á su tribunal; él los juzgará como es menester, y los castigará cual se merecen.

3. Veamos ahora lo que contra este crímen nos dice el Señor. En diferentes lugares de la Sagrada Escritura, al adulterio se le llama *pecado muy grande, pecado profundo,* para indicar su enorme gravedad. Por el Profeta Jeremías dice Dios, que no dejará de tratar con gran rigor á los adúlteros. Yo, dice, he sido generoso con ellos, y ellos han abusado de las cosechas y demás dones, gastándolos en obscenidades, y comprando personas venales que no tienen juicio, *han adulterado.* Si alguno por pobreza ú otra causa no podia satisfacer sus depravados deseos, se ha precipitado, cual caballo desenfrenado, en pos de mujeres ajenas á que le ha llevado su liviandad. ¿Y creeis que este delito ha de quedar impune, como si Dios no lo viese, ó viéndolo, no hubiese de tomar de él terrible venganza? *Numquid super his non visitabo?* ¿Podrian quedar los adúlteros sin el merecido castigo? No: porque es demasiado el horror que inspiran tan feos excesos.

Pero, ¿en qué consistirán estas venganzas de Dios? Sobre los torpes adúlteros, como asegura el profeta Daniel, vendrá la ira de Dios como una tempestad terrible, y serán castigados en cuerpo y alma. El Espíritu Santo dice tambien, que el adúltero pierde su alma y sus conveniencias temporales, y no tiene mas que perder. Y el Sabio les dice, que no entren en las casas de mujeres malas, no sea que viertan en su muerte amargas lágrimas cuando vean consumidas sus carnes propias con feísimos pecados, sin esperanza de remedio. Prov. v, 10. El cuerpo de la mujer perdida es como el estiércol corrompido, dice el Espíritu Santo; por lo cual el ciego deshonesto, que se junta con ella, mancha su cuerpo y su alma, y es un hombre abominable en todos conceptos. Eccl. ix. Esta maldecida clase de adúlteros pierde á toda la tierra, segun dice un Profeta, porque es un mal contagioso, que se pega y comunica de unos á otros, generalizando la corrupcion. En el Libro tercero de Esdras se llaman locos y dementados los adúlteros: con efecto, no parece sino que pierden el juicio, pues de nada les aprovecha ni vale la razon, ni hace mella en sus corazones el justo temor del castigo de Dios que les espera. El apóstol S. Pablo fulmina contra los adúlteros sentencia de condenacion eterna. I Cor. ix, 9.

4. No os engañeis, pues, oyentes: *Adulteri regnum Dei non possidebunt.* Los adúlteros no llegarán á la posesion del reino eterno,

que nos está preparado. Es reino, y por lo mismo no se ha hecho para gente infame. Es reino, y por lo mismo no se ha hecho para gente cobarde. Es reino, y por eso es necesario, no solo pelear, sino pelear hasta vencer para conquistarlo. Es reino, que han ganado con tantas penitencias los confesores, con tanta sangre los mártires, con tanta pureza las vírgenes; juzgad, pues, si se debe dar á quien, no por el deleite, sino por el capricho de variarlo, se resuelve á cometer un crímen tan enorme, y contra el cual fulmina el Señor tan terribles anatemas.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El adulterio ha sido castigado en todos tiempos, en todos los pueblos y por todas las leyes, algunas de las cuales imponian la pena de muerte alevosa é infame; por ser causa: 1.° de grandes discordias: 2.° de irreparables escándalos: 3.° de una completa deshonra.

I. El fin del matrimonio es la santificacion de los consortes, estimulándose mútuamente á amar á Dios, y á practicar las virtudes propias de su estado. Para esto es necesario, que vivan íntimamente unidos. El adulterio destruye radicalmente esta union, por cuanto el consorte adúltero entrega á otro su voluntad junto con su cuerpo, lo que no puede dejar de suscitar profundas discordias.

II. Causa irreparables escándalos. Un adúltero es siempre escandaloso, porque, cuando ménos, se escandalizan mútuamente los dos cómplices. Pero á mas de esto, por oculto que se tenga al crímen, llega á saberse. David creyó fácil ocultarlo; y las odiosas órdenes, que á este fin dió, descubrieron su delito. ¿Cómo puede repararse el mal que un padre adúltero causa á sus hijos con sus escándalos, un amo á sus criados, una autoridad á sus súbditos? ¿Cuántos hubiéranse contenido dentro de los límites de la honestidad, y han pecado al ver la conducta criminal de sus superiores? ¿Cómo se repara la pérdida de tantas almas?...

III. Por mas que el mundo aplauda ciertos desórdenes, el adúltero lleva siempre en su frente y en su conciencia el estigma de su deshonra. Es un hombre infiel, perjuro, ladron, vil, que por un capricho ha entregado á otro, no ménos vil, su alma, su cuerpo, sus intereses, su familia, su tranquilidad y su reputacion...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

El adúltero es un hombre desprovisto, 1.° de honor, 2.° de fe, 3.° de compasion.

I. El hombre, por incrédulo é impío que sea, aprecia su honor y su reputacion. ¿Qué no hicieron los paganos por conservar la reputacion? Dios mismo nos advierte, que procuremos conservar nuestro buen nombre; y añade, que el buen nombre vale mas que abundantes riquezas. El adulterio echa por tierra este buen nombre. ¿Qué reputacion tiene el que introduce la deshonra en su propio tálamo? ¿Puede hablar de honor el que viola un juramento solemne de fidelidad hecho á Dios y á los hombres? El adúltero es un hombre sin palabra, sin formalidad, sin honra.

II. No tiene fe. La religion le habla de la grandeza del matrimonio, viva representacion de la union de Cristo con su Iglesia. Le impone el deber de amar á su esposa con amor tan puro, tan constante y tan fiel, como Cristo ama á la Iglesia. Le amenaza con terribles castigos si olvida su juramento. Si no hace caso de esas importantes verdades y de esas amenazas, ¿no demuestra haber perdido la fe? Los Escribas y Fariseos vieron los estupendos milagros de Jesucristo, y no se convirtieron. ¿Por qué? El Salvador les llamó, no solo adúlteros, sino llenos de adulterios; hé aquí la causa de su incredulidad.

III. El adúltero se despoja de toda compasion legítima. Está ligado con un juramento á un sér débil. En vez de servirle de protector, es su perseguidor; en vez de consolarle, es su tormento; en vez de ser su alegría, se convierte en su angustia; ha de ser su bienestar, y es el principal agente de su inquietud.

¿Qué diremos de la dureza de su conducta respecto á la prole? ¡Ah! muy á menudo vemos descuidada y enteramente abandonada su vigilancia, su educacion, su alimentacion, su porvenir. ¡Parece imposible, que de tal manera abandone á los pedazos de su corazon!... Y sin embargo, hasta tal punto de insensibilidad le conduce esta malhadada pasion.

III.

El adulterio es un crímen tan fecundo en consecuencias, que no pudiendo enumerarlas, las reducimos á las siguientes: 1.ª Es la ruina de las familias: 2.ª La pérdida de las almas: 3.ª El destructor de todos los vínculos sociales.

I. Profanado el matrimonio por el adúltero, ó se separa, ó coabita con su consorte. En el segundo caso, no se piensa en la conservacion de los intereses, sino que ambas partes tienen sus particulares miras. De ahí los fraudes, las ocultaciones, los gastos caprichosos, el olvido del buen régimen doméstico, los gastos para agentes secretos. En el primer caso, es evidente, que multiplicados los hogares, multiplícanse los gastos. En ambos casos tenemos quebranto de intereses, descuido de la familia, proyectos de venganza, agitacion contínua, descrédito mútuo, etc. Por último no faltará algun letrado *interesado*, que explote esta situacion anómala, llevándose la mejor parte; y quiera Dios, que, valiéndose de la ocasion, no haya otra cosa peor. El resultado será la ruina de la familia.

II. Todo esto tiende á la ruina de las almas. No hablemos de la del adúltero, pues pesa sobre él la maldicion de Dios. El consorte inocente está expuesto á perderse á causa de sus resentimientos y sus tentaciones de vengarse por la afrenta recibida. Descuidada la educacion moral de los hijos, y testigos de tantos escándalos, ¿es de presumir que teman á Dios? ¿Qué edificacion recibirán los domésticos? ¡Ay! si el escándalo de una persona desconocida es muy poderoso para perder sus almas, ¿cuánto mas lo será para los hijos y domésticos el escándalo dado por los jefes de familia?

III. El adulterio afloja todos los vínculos sociales. El adulterio altera la armonía entre parientes, relaja las leyes de la obediencia, enfria las relaciones de la amistad, elude la rectitud de las leyes, destruye la confianza, populariza el crímen, y debilita los vínculos de los demas matrimonios.

Para convenceros de la verdad de estas reflexiones, meditad lo que era la familia y el reino de David antes de su adulterio, y lo que fué despues. Consúltese el lib. II de los Reyes para la primera época hasta el cap. XI; para la segunda época, desde el XI en adelante.

DIVISIONES.

ADULTERIO.—El adulterio es un delito que introduce la division entre las personas que deben estar mas acordes y unidas.

Es un delito que da la deshonra junto con la vida.

Es un pecado que expone á la impenitencia á los que incurren en él.

ADÚLTEROS.—Los que no son adúlteros deben precaverse de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llegar á serlo, considerando, cuán fácilmente incurren los hombres en este pecado.

Los adúlteros deben precaverse de la justicia de Dios, considerando el rigor con que castiga los adulterios.

Los que se proponen ser adúlteros por un plazo determinado, deben temer que la muerte les sorprenda en tan triste situacion, por la dificultad que á convertirse oponen los culpables de tan feo pecado.

ADÚLTEROS.—El disimuló de los adúlteros, que ocultan cuidadosamente su pecado á las presunciones y al conocimiento del prójimo, es altamente sacrílego.

Es grande y terrible la maldicion que atraen sobre sí los adúlteros públicos ó conocidos.

ADÚLTEROS.—No hay pasion que cobre tantos brios como la de los adúlteros, cuando no pueden realizar sus depravados designios.

Las intrigas y los medios de que se valen los adúlteros para satisfacer sus pasiones, son las mas bajas y diabólicas.

Los adúlteros no reparan en injusticias ni crueldades, para evitar la infamia y el castigo que por sus crímenes les amenazan.

ADÚLTEROS.—Uno de los mayores excesos en que incurren los libertinos es el de no casarse y ser adúlteros.

Es gravísima la infidelidad de los malos cristianos, que, haciendo menosprecio de los deberes á que los obliga el matrimonio, cometen pecado de adulterio.

Una de las mayores crueldades de que puede hacerse cargo á los pecadores es la de facilitar sus adulterios, dando muerte á infelices séres.

ADÚLTEROS.—Los adúlteros son hombres desprovistos: 1.° de honor; 2.° de fe; 3.° de compasion.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Qui tetigerit hominis hujus uxorem, morte moriatur. Gen. xxvi, 11.

Cualquiera que tocare á la mujer de este hombre, será irremisiblemente condenado á muerte.

Si mœchatus quis fuerit cum uxore alterius, et adulterium perpetraverit cum conjuge proximi sui, morte moriantur et mœchus et adultera. Levit. xx, 10.

Si alguno pecare con la mujer de otro, ó cometiere adulterio con la que está casada con su prójimo, mueran sin remision así el adúltero como la adúltera.

Si dormierit vir cum uxore alterius, uterque morietur,... et auferes malum de Israel. Deuter. xxii, 22.

Si un hombre pecare con la mujer de otro, ambos á dos morirán... y quitarás el escándalo de Israel.

Attende tibi, fili mi, ab omni fornicatione, et præter uxorem tuam nunquam patiaris crimen scire. Tob. iv, 13.

Guárdate, hijo mio, de toda fornicacion; y fuera de tu muger, nunca cometas el delito de conocer otra.

Hoc enim nefas est, et iniquitas maxima. Job. xxxi, 11.

Porque es *el adulterio* un crímen enorme, y una iniquidad horrenda.

Oculus adulteri observat caliginem, dicens: non me videbit oculus, et operiet vultum sum. Job. xxiv, 15.

El ojo del adúltero está aguardando la oscuridad *de la noche*, diciendo: nadie me verá, y embózase *para que no sea conocido* su rostro.

Qui autem adulter est, propter cordis inopiam perdet animam suam: turpitudinem et ignominiam congregat sibi; et opprobrium illius non delebitur. Prov. vi, 32.

Pero el adúltero acarrea con su insensatez la perdicion de su alma: va acumulando para sí oprobios é ignominias, y jamas se borrará su infamia.

Qui tenet adulteram, stultus est et impius. Prov. xviii, 22.

El que retiene la adúltera es un insensato é impío.

Filii autem adulterorum in consummatione erunt, et ab iniquo thoro semen exterminabitur. Sap. iii, 16.

Mas los hijos de los adúlteros jamás llegarán á la edad madura, y extirpada será la raza del tálamo impuro.

Dererinquet in maledictum memoriam ejus, et dedecus illius non delebitur. Eccl. xxiv, 36.

Ella (la adúltera) dejará en maldicion su memoria; y jamas se borrará su infamia.

Non recedet gladius de domo tua usque in sempiternum, eo quod despexeris me, et tuleris uxorem Uriæ Hethæi. II Reg. xii, 10.

No se apartará jamas de tu casa la espada *de la muerte*, porque me has despreciado, y has quitado la mujer á Urías Hetheo.

Dico autem vobis, quia quicum-

Así, pues, os declaro, que cual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, mœchatur: et qui dimissam duxerit, mœchatur. MATTH. XIX, 9.

quiera que despidiere á su mujer, sino en caso de adulterio, y *aun en este caso* se casare con otra, éste tal comete adulterio; y que quien se casare con la divorciada, tambien lo comete.

Omnino auditur inter vos fornicatio, et talis fornicatio qualis nec inter gentes, ita ut uxorem patris sui quis habeat. I CORINT. V, 1.

Es ya una voz pública de que entre vosotros se cometen deshonestidades, y tales, cuales no se oyen ni aun entre gentiles, hasta llegar alguno á abusar de la mujer de su propio padre.

Neque adulteri... regnum Dei possidebunt. I COR. VI, 9.

Ni los adúlteros... han de poseer el reino de Dios.

Fornicatores autem, et adulteros judicabit Deus. HEBR. XIII, 4.

Dios condenará á los fornicarios y á los adúlteros.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El adulterio fué tambien otro de los pecados que obligaron á la justicia divina al castigo de los sodomitas por medio de una horrorosa y devastadora lluvia de fuego y azufre. GEN. XIX.

Es terrible el castigo y la mortandad que hubo en Israel por haber violado los benjamitas á la mujer de un levita: en las batallas, á que dió motivo la venganza de este ultraje, perecieron de una y otra parte mas de sesenta mil hombres: los habitantes de Gabaa fueron pasados á cuchillo, y quedó poco ménos que abolida la tribu de Benjamin. JUD. XIX et XX.

El adulterio es tambien orígen de otros excesos. David no se contentó con haber tomado la mujer de Urías, sino que, para disimular el adulterio, hizo matar al mismo Urías, hombre probo y militar valiente; pero el Señor vengó tamañas atrocidades con terribles y prolongados castigos, no obstante el sincero arrepentimiento de aquel rey adúltero. II REG. XI, y siguientes.

Los adúlteros, para ocultar sus crímenes, no reparan en atribuir á los demas la misma pasion que los devora: así los depravados ancianos acusaron de adulterio á la inocente Susana, porque no quiso acceder á impúdicos deseos. DAN. XIII: así los Escribas y Fariseos presentaron á Jesucristo la mujer adúltera para que fuese apedreada, cuando ellos estaban encenagados en este vicio: por esto al oir de

boca del Salvador: «El que de entre vosotros esté limpio de este pecado, que le tire el primero,» huyeron uno tras otro. JOANN. VIII.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Adulterium latrocinium est, imo omni latrocinio gravior transgressio. CHRYSOST. HOM. 3 IN I AD THESSAL.

El adulterio es un hurto; aun mas, es un delito que excede en gravedad á todos los hurtos.

Qui committit adulterium, etiamsi nullum habeat accusatorem, non desinit tamen intus seipsum accusare. CHRYS. HOM. 1 DE LAZARO.

El que incurre en pecado de adulterio, aunque nadie le acuse, no deja de acusarse interiormente á sí mismo.

Christianus uxori suæ soli masculus nascitur. TERTULL. LIBR. DE PUDICIT. CAP. XVIII.

El cristiano nace varon con el objeto de que lo sea exclusivamente para su mujer.

Quid in omnibus peccatis adulterio gravius? S. CLEMENT. EPIST. AD JACOB. FRATR. DOMINI.

Entre todos los pecados, ¿cuál es mas grave que el adulterio?

Unus erat (adulterus), et tantum gemebat Paulus, tanquam tota perdita civitate. CHRYS. IN I CORINTH.

Uno era solamente (el adúltero), y el apóstol Pablo lo sentia tanto como si toda la ciudad estuviese por eso perdida.

Adulter præ dementia sola in peccati voraginem corruit. ID. HOM. 10 AD POPUL. ANTIOCH.

El adúltero solo por desatentado y loco incurre en este pecado.

Conjugalis fidei violationem apud fideles cujusdam sacrilegi instar esse. SIRICIUS PONT. EPIST. AD DIVERS. CAP. IV.

La infidelidad conyugal entre los cristianos puede tomarse por sacrilegio.

Propterea magis debent illicitas concupiscentias viriliter frænare, quia viri sunt. AUG. LIB. II DE ADULT. CAP. VIII.

Por lo mismo que son hombres, deben hacer mas alardes de valor en refrenar sus pasiones.

In conjugali vinculo, si pudicitia conservatur, damnatio non timetur. AUGUST. DE BONO VIDUIT. CAP. IX.

En la union marital no se teme el castigo eterno, mientras se conserva el respeto á la honestidad.

Nemo alienum affectet thorum, nec latendi spe, aut faciendi impu-

Nadie desee la mujer del prójimo, ni la solicite con la esperanza

nitate, nec longiori mariti absentia provocetur. Adest præsul conjugii Deus, quem nihil latet, nullus evadet. Si conjugem fefelleris, eum non falles; si maritum evaseris et judicem, non evades judicam totius mundi. S. Ambr. lib. de Abrah. cap. II.

de que su pecado quedará oculto y sin castigo, porque su marido estará por mucho tiempo ausente; pues te ve Dios, que preside en el matrimonio, á quien nada se oculta, y de cuyas manos no podemos escapar. Podrás engañar al esposo; pero no engañarás á Dios; podrás librarte del marido y del juez; pero no te librarás del juez de todos.

Quid hic respondere possint lubrici mariti non video, qui quod pati nolunt, libenter efficiunt S. Zenon Serm. de pudicit.

No se que contestacion pueden dar los maridos lúbricos, que cometen con infame placer lo que en perjuicio propio no qusieran absolutamente tolerar.

Adulteri capite plectendi sunt, ut publici hostes humani generis. Philon, lib. de specialib. legib.

Los adúlteros deben castigarse con pena de muerte como enemigos del género humano.

ADVERSIDAD.

Ego ipse consolabor vos.
Yo mismo os consolaré.
(*Isai.* LI, 12.)

La adversidad es una condicion inseparable de la vida, y no hay persona, clase ni categoría que no se vea precisada á experimentar sus efectos. A consecuencia del pecado original, que rompió los dignos lazos que unian íntimamente á Dios y al hombre, al hombre y las demas criaturas, que el Señor habia sometido al dominio del rey de la naturaleza, solo se echan de ver el desconcierto y el desórden,

así en las relaciones que median recíprocamente entre los hombres, como en la armonía que debiera notarse en las facultades del individuo, para realizar en la tierra el destino que su Criador le ha impuesto y señalado. El desconcierto, considerado bajo el primer aspecto, nos explica los ódios de la humanidad, las antipatías, las luchas, las guerras y las penalidades; y, en el segundo concepto, nos da la razon de esa tristeza, al parecer inexplicable, que por lo general alienta en su interior, aun el hombre á quien suponemos mas feliz, y especialmente el desgraciado pecador; de todo lo cual se desprende, que las adversidades son siempre, de uno ú otro modo, el efecto de la culpa; son el agua amarga con que está amasado el pan de nuestra degradada existencia.

Sentado este principio, único que puede explicarnos la condicion actual del hombre, es ya fácil deducir, que únicamente á Dios le es dado suministrarnos un bálsamo para curar nuestras llagas, un lenitivo para templar nuestros dolores, y un consuelo que haga llevaderas nuestras adversidades. Ora á fuer de padre irritado nos someta á las duras pruebas de la adversidad, ora en prenda de su amor se complazca en que le demos testimonios de fidelidad en medio de las tribulaciones, ello es, que solo de su mano pueden venirnos los consuelos, pues le ablandan las lágrimas con que humedecemos la cadena de la adversidad merecida, la paciencia y la constancia con que sobrellevamos los contratiempos con que su amor nos prueba. Dios es el único orígen de nuestros consuelos, cuando gemimos en la tribulacion y en el contratiempo; á Dios, pues, debemos acudir exclusiva y constantemente para no perdernos en el vasto piélago de las adversidades.

Sin embargo, en nuestros dias, para nada se cuenta con Dios, ni para temer su justicia cuando le irritamos, ni para confiar en su bondad cuando traemos apesadumbrada el alma. El mundo absorbe toda nuestra atencion con un deplorable exclusivismo; somos tan locos, que cambiamos por una gota de consuelo que nos suministra, el torrente de consoladoras delicias que Dios puede enviarnos. Oyentes, no pidamos al que no tiene agua, que temple nuestra sed; el mundo no puede consolarnos; pedid consuelos á la religion, y no lo dudeis, la religion os proporcionará la paz y la tranquilidad de corazon. Esto es lo que voy á demostraros. Pidamos primero los auxilios necesarios. A. M.

1. El amor que Dios profesa á los hombres, y las contínuas adversidades de que la humanidad adolece, ved aquí un misterio, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nitate, nec longiori mariti absentia provocetur. Adest præsul conjugii Deus, quem nihil latet, nullus evadet. Si conjugem fefelleris, eum non falles; si maritum evaseris et judicem, non evades judicam totius mundi. S. Ambr. lib. de Abrah. cap. II.

de que su pecado quedará oculto y sin castigo, porque su marido estará por mucho tiempo ausente; pues te ve Dios, que preside en el matrimonio, á quien nada se oculta, y de cuyas manos no podemos escapar. Podrás engañar al esposo; pero no engañarás á Dios; podrás librarte del marido y del juez; pero no te librarás del juez de todos.

Quid hic respondere possint lubrici mariti non video, qui quod pati nolunt, libenter efficiunt S. Zenon Serm. de pudicit.

No se que contestacion pueden dar los maridos lúbricos, que cometen con infame placer lo que en perjuicio propio no qusieran absolutamente tolerar.

Adulteri capite plectendi sunt, ut publici hostes humani generis. Philon, lib. de specialib. legib.

Los adúlteros deben castigarse con pena de muerte como enemigos del género humano.

ADVERSIDAD.

Ego ipse consolabor vos.
Yo mismo os consolaré.
(*Isai.* LI, 12.)

La adversidad es una condicion inseparable de la vida, y no hay persona, clase ni categoría que no se vea precisada á experimentar sus efectos. A consecuencia del pecado original, que rompió los dignos lazos que unian íntimamente á Dios y al hombre, al hombre y las demas criaturas, que el Señor habia sometido al dominio del rey de la naturaleza, solo se echan de ver el desconcierto y el desórden,

así en las relaciones que median recíprocamente entre los hombres, como en la armonía que debiera notarse en las facultades del individuo, para realizar en la tierra el destino que su Criador le ha impuesto y señalado. El desconcierto, considerado bajo el primer aspecto, nos explica los ódios de la humanidad, las antipatías, las luchas, las guerras y las penalidades; y, en el segundo concepto, nos da la razon de esa tristeza, al parecer inexplicable, que por lo general alienta en su interior, aun el hombre á quien suponemos mas feliz, y especialmente el desgraciado pecador; de todo lo cual se desprende, que las adversidades son siempre, de uno ú otro modo, el efecto de la culpa; son el agua amarga con que está amasado el pan de nuestra degradada existencia.

Sentado este principio, único que puede explicarnos la condicion actual del hombre, es ya fácil deducir, que únicamente á Dios le es dado suministrarnos un bálsamo para curar nuestras llagas, un lenitivo para templar nuestros dolores, y un consuelo que haga llevaderas nuestras adversidades. Ora á fuer de padre irritado nos someta á las duras pruebas de la adversidad, ora en prenda de su amor se complazca en que le demos testimonios de fidelidad en medio de las tribulaciones, ello es, que solo de su mano pueden venirnos los consuelos, pues le ablandan las lágrimas con que humedecemos la cadena de la adversidad merecida, la paciencia y la constancia con que sobrellevamos los contratiempos con que su amor nos prueba. Dios es el único orígen de nuestros consuelos, cuando gemimos en la tribulacion y en el contratiempo; á Dios, pues, debemos acudir exclusiva y constantemente para no perdernos en el vasto piélago de las adversidades.

Sin embargo, en nuestros dias, para nada se cuenta con Dios, ni para temer su justicia cuando le irritamos, ni para confiar en su bondad cuando traemos apesadumbrada el alma. El mundo absorbe toda nuestra atencion con un deplorable exclusivismo; somos tan locos, que cambiamos por una gota de consuelo que nos suministra, el torrente de consoladoras delicias que Dios puede enviarnos. Oyentes, no pidamos al que no tiene agua, que temple nuestra sed; el mundo no puede consolarnos; pedid consuelos á la religion, y no lo dudeis, la religion os proporcionará la paz y la tranquilidad de corazon. Esto es lo que voy á demostraros. Pidamos primero los auxilios necesarios. A. M.

1. El amor que Dios profesa á los hombres, y las contínuas adversidades de que la humanidad adolece, ved aquí un misterio, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

subleva é irrita al espíritu exasperado con los contratiempos. La religion, para consolarnos, empieza por justificar á la Providencia en las adversidades, manifestándonos el orígen de que proceden éstas, y el fin ú objeto que traen consigo. ¿A quién debemos las adversidades? La religion nos enseña, que Dios interviene en todo; y nos enseña tambien, que depende de la voluntad de Dios el prolongar ó remover nuestros contratiempos: *Bona et mala à Deo sunt.* Eccles. xi, 14. Mortales, que gemís bajo el peso de la adversidad, oid lo que os dice la religion: No culpes á la fortuna, ni á los hombres: Dios ha dispuesto los contratiempos que han interrumpido el curso de tus felicidades: él te ha entregado indefenso en manos de ese enemigo que te persigue: él se vale de ajenos instrumentos para afligirte. Ved aquí lo que os dice la religion, con la seguridad de que si desatendeis sus consejos, vuestro mismo corazon le hará justicia.

Con efecto, ¿quién es aquel Dios que te trata con tanto rigor? Acuérdate, hombre, que él es aquel Príncipe de paz, aquel Rey de Sion, de quien dijeron los profetas, que dejaria vestigios de su misericordia por donde quiera que estampase las huellas de sus piés; y que, lleno de mansedumbre y de paz, vendria á padecer, á callar, á perdonar, á morir y á amar. Acuérdate, que el Dios que te envia la adversidad, es aquel Dios de tan piadosas entrañas, que derramó tantas lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro; que no puede ver llorar á Marta y Magdalena sin compadecerse y sentir el mas íntimo dolor; que lastimado del silencio doloroso de la viuda de Naim, mandó á la muerte que restituyese á aquella madre desconsolada el hijo, único objeto de sus penas; aquel Dios que lloró las calamidades de la ingrata y deicida Jerusalen; aquel Dios, cuya justísima cólera se deja aplacar de la sincera y amarga contricion del pecador arrepentido. Acuérdate, que el Dios que te envia la adversidad, es aquel Dios que por tí descendió del cielo á la tierra; que en el discurso de su vida mortal se apuró y se consumió en las vigilias, en las peregrinaciones, en las fatigas de un ministerio trabajoso; que es un Dios, finalmente (para decirlo en una palabra), que espiró por tí en una cruz, y que te dió tan evidente testimonio de su amor con el sacrificio de su vida. Tal es, pues, el admirable espectáculo que la religion pone á tu vista; un Dios que te castiga, y un Dios que te ama; un Dios que te aflige, y un Dios que se aflige por tí; un Dios que te provoca á derramar lágrimas, y un Dios que derrama su sangre por tí. ¡Qué cúmulo de aparentes contradicciones! ¡Oh sabiduría de los consejos de Dios! ¡Oh grandeza y majestad divina de nuestra religion! Pero este mismo cúmulo de contradicciones aparentes, desvanece todas las sombras y aclara todas las dudas: y así era necesario para contener mis quejas, conferir en mi entendimiento estas dos verdades: que Dios permite mis adversidades; y que el Dios, que las permite, es un Dios que ama. ¿Por qué? porque si mi Dios fuese un Dios ocioso é indolente, si me condenara á padecer sin amarme, le reconvendria de que se recreaba cruelmente con mis desdichas.

2. Pero, ¡ah! oyentes! Si yo estoy cierto que en los designios de aquella sabiduría infinita, que tan presente tiene lo que todavía no existe, como lo que ya existe, los infortunios transitorios que me afligen son convenientes y necesarios para mi eterna felicidad; ¿cómo es posible, que me queje de mi Dios? ó antes, ¿cómo es posible, que no me pasme del amor y de la bondad que usa con un ingrato? ¿Qué efectos obra pues en mí la religion? Despues de haberme enseñado, que Dios es el dispensador y el único árbitro de la suerte de los hombres, que su providencia cuidadosa teje la tela de nuestra vida, y ordena la série de todos los sucesos, me dice: *Vide, ò homo, quid sentias de Deo tuo.* ¿Qué juicio haces, hombre, de tu Dios? Si ya, pues, que le reconoces por testigo y autor de tus trabajos, quieres acabar de conocerle enteramente, ven, sígueme, sube al Calvario, acércate á ese Dios casi difunto: advierte esa sangre que corre por el monte santo: ya nada la tierra en ella; ya están extinguidas las llamas del infierno; ya está aplacada la cólera divina; pero su amor no está satisfecho todavía; aquel amor que le abrasa y le consume el pecho, no descansará hasta que extraiga de los senos de las secas venas la última gota de su sangre, para satisfacer y expiar mas abundantemente tus iniquidades, á fin de que bañado, anegado y cubierto de la sangre del Hijo, no te presentes ya ante los ojos de su Padre, sino como objeto eterno de amor y de ternura: *Vide, ò homo, quid sentias de Deo tuo.*

Y ahora, ¿qué piensas de tu Dios? ¿Necesita todavía justificar su conducta? Lo que ha hecho por tí, ¿no declara aun suficientemente lo que al parecer ejecuta hoy contra tí? ¿Tendrias osadía para imaginar, que un Dios que muere y se sacrifica en holocausto de su amor, es un Dios enemigo de tu felicidad, un Dios que no carga la mano sobre tí sino para hacer alarde de su poder y de su imperio, ostentándole en tus lágrimas y angustias? Si á tantos sacrificios se sujetó por tí para hacerte dichoso en el cielo, ¿cómo es posible que, contradiciéndose á sí mismo, quiera hacerte miserable en la tierra? No, amado hermano mio, no: si Dios no viese que tu estado presente redunda en beneficio tuyo, no te hallarias sumergido en esas desgracias: y no quiero que me creas á mí, ni que le creas á él, sino á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su sangre derramada por tí: *Vide, ò homo, quid sentias de Deo tuo.* No condenes pues ligeramente á tu Dios, ¡oh hombre ciego y temerario! Tú ignoras los bienes que se ocultan bajo las apariencias de la adversidad; pero él ve lo que tú no ves, él conoce lo que tú no conoces, y él dice lo que decia á S. Pedro: *Quod ego facio, tu nescis modò, scies autem postea.* Joann, xiii, 7. Súfrete un poco: espera con paciencia que se revelen esos grandes misterios. ¿Por ventura estoy obligado yo á comunicarte mis designios? ¿no te los declara bastante mi amor? ¿no tienes ánimo para entrar en un camino desconocido siguiéndome? ¿no te basta saber que voy delante? ¿temes perderte viniendo tras de mí? ¿dudas de mi sabiduría? ¿dudas de mi amor? ¿no he hecho bastante para merecer tu confianza? Tú piensas como hombre, y yo pienso como Dios. Yo sé lo que te conviene, y tú lo ignoras, aunque algun dia lo sabrás. Y si entónces bendecirás mi providencia, ¿no podrás ahora resolverte á venerarla? *Quod ego facio, tu nescis modò, scies autem postea.*

La gloria eterna, segun los principios de nuestra religion, es el premio de las adversidades de esta vida: de modo, que si queremos ser glorificados con Jesucristo, es necesario padecer con Jesucristo. Por consiguiente, ya no veo en el Dios que me lleva por los caminos de la afliccion y de las lágrimas, sino un Dios benéfico y amoroso, que me castiga temporalmente para remunerarme con una felicidad eterna; y si es lícito á alguno quejarse de la Providencia, no debe ser por cierto aquel hombre á quien el cielo aflige, sino aquel que por la prosperidad mundana trae aventurada la herencia celestial. ¡Oh vergüenza y oprobio de nuestra religion! ó antes bien, ¡oh ceguedad, oh ingratitud de nuestro siglo! Que se vean obligados los ministros del Evangelio á venir á este templo á sosegar las quejas y murmuraciones en que prorrumpís en vuestras desgracias, cuando, ¡ay desdichados de nosotros! solo debieran venir á serenar las zozobras de los venturosos del siglo! y cuando esta parte de nuestro ministerio, aseguro resueltamente que si vosotros fueseis cristianos verdaderos en la fe y en las costumbres, habia de ser la mas dificultosa de cumplir! Bien sé, Señor, que fué voluntad vuestra, que este valle de lágrimas no produjese por lo comun sino espinas y abrojos para vuestros escogidos. Pero ¿me atreveré, Dios mio, no siendo mas que polvo y ceniza, á levantar mi voz, interrogar vuestra sabiduría, é intentar descubrir el piélago inmenso de vuestros consejos? *Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis.* Genes. iv, 27.

3. Supuesto, Señor, que por eso son necesarias las adversidades, porque fué vuestro beneplácito dar el cielo á este precio, ¿no

hay, pregunto, para llegar á la patria celestial, otro camino sino el penoso y estrecho de las tribulaciones? ¡Ay, amados oyentes mios! Si la virtud y la felicidad mundana fuesen compatibles y pudiesen subsistir juntas, no temo afirmar (puesto que tengo por fiador de mi palabra el amor infinito de un Dios crucificado), que Jesucristo se hubiera ceñido á padecer por nosotros sin llamarnos á padecer con él. Pero es tal nuestra miseria, y tal el halago tentador de la propia comodidad y de la vida deliciosa, que en pocos dias, y tal vez en pocos instantes, decae, se enfria y perece el fervor de muchos años. ¡Ah! herid, cortad, Señor: ejecutad vos lo que nos pedís que hagamos; tomad por vuestra mano lo que no acabamos de daros, ni de negaros por la nuestra; excusadnos la vergüenza y el delito de tantos buenos propósitos quebrantados y de tantos combates sin vencimientos; despojadnos hasta de la sombra de estos falaces bienes. Es verdad, que al principio nos entristeceremos, nos quejaremos, nos lamentaremos; pero desimpresionados luego y desengañados, solo lloraremos la flaqueza de haberlo sentido: *Confundentur enim ab idolis, quibus sacrificaverunt.* Isai. i, 29. Mudando de fortuna, mudaremos de dictámen; y ese mundo tan adorado será el objeto de nuestro odio; pues la adversidad le desnudará de todos aquellos atractivos que nos le hacian tan amable; ella le despojará de aquel *no sé qué*, que á la primera vista roba el corazon, de aquella flor halagüeña, que nos ocultaba su veneno; ella nos le representará ingrato, voluble, inconstante en sus amistades, cruel é irreconciliable en sus odios, insufrible y altivo en sus desprecios, mudable y falso en sus promesas. Porque bien sabemos, que si incurrimos en alguna desgracia, todos huyen y se retiran de nosotros; y al vernos solos entre pesares, lágrimas y desabrimientos, ¿qué juicios hacemos entónces del mundo? Entónces solo pensamos en huir de ese mundo por quien tanto nos desvivimos. El mismo mundo huye de nosotros, y nosotros huimos de su comunicacion; pues sus pompas, sus fiestas, sus teatros donde ya no podemos hacer figura, donde ya no podemos lucir, solo servirian para renovarnos la triste memoria de nuestras pasadas glorias, y darnos á conocer mejor nuestro estado presente. Ahora aquellos bienes eternos que mirábamos antes con tanta indiferencia, someten todos nuestros deseos.

Pues qué, direis, ¿no tiene la gracia de Jesucristo otros medios sino el de la adversidad para libertar las almas del contagio de la felicidad humana? Bien sé, oyentes, que todo lo puede Dios, que todo está sujeto á las leyes de su imperio. Pero no me negareis, que un hombre que sabe componer grandes virtudes con una gran fortuna;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un hombre á quien el mundo solicita para hacerle feliz, y él no le ama, que este tal, es uno de aquellos prodigios que el cielo manifiesta á la tierra, cuando quiere regalar al pueblo con el espectáculo de una virtud heróica: prodigios, que manifiesta raras veces, que los oculta luego, y que pasan siglos primero que se vuelvan á descubrir. Es propio de la prosperidad infundir olvido de Dios, y extinguir poco á poco la llama del amor divino; y en el curso ordinario de las cosas solo á la adversidad le toca revivir este fuego celestial.

4. Habeis visto, que en las adversidades es necesaria la religion para justificar la providencia divina: vereis ahora que lo es tambien para que el hombre halle consuelo en ellas. Señor, exclamaba David, aunque desterrado, prófugo, hecho el blanco del ódio y de la envidia, cercado de asechanzas y peligros que me persiguen, y que encuentro hasta en los desiertos mas remotos, contemplé en tu ley santa, y sentí mi corazon lleno de consuelo: *Memor fui judiciorum tuorum à sæculo, Domine, et consolatus sum.* Psalm. cxviii, 52. Vosotros, hombres flacos y engañados, buscais vuestro consuelo en el mundo: y vosotros, hombres soberbios y arrogantes, le esperais de vuestra razon. Unos y otros esperais en vano; pues ni el mundo, ni la razon podrán jamas aliviar vuestras penas. Implorais el auxilio del mundo; pero, ¿en qué infortunios juzgais que puede el mundo consolaros?

Por de pronto, ¿cuántas desdichas hay, que no conviene que las sepa el mundo? Ya es una necesidad que, sabida, envileceria la sangre mas ilustre; ó una mudanza inopinada en la aficion del superior; ó la privanza reciente y oculta todavía de un competidor, que se va levantando sobre la ruina de tu fortuna; presagios de una caida próxima, que si se traslucieran en lo público, la apresurarian; que entendidos por tus protectores, se abstendrian de favorecerte, y te despojarian de aquellos débiles resíduos de opinion, que empleados con arte, podrán precaver la desgracia que te amenaza. Ya es una afrenta, un ultraje, un trastorno de tu fortuna, que te ocasiona un enemigo poderoso; y es necesario que beses con todo eso la mano que le ofende; y es necesario que no te des por entendido del golpe que te descarga; porque tus quejas no servirian sino para concitarte una nueva tempestad, y para hacerte reo de un delito, que un injusto opresor y árbitro de tu fortuna no te disimularia: esto es de la memoria de su perfidia, y del sentimiento que tendria si entendiese que tú eras sabedor de ella; cuyo delito no te lo perdonaria sino en cuanto tus modales y conducta le ayudasen á olvidarle; y no se reconciliaria contigo, sino despues que tú le reconciliases y pusieses en paz

consigo mismo. El que por otra parte no sabe ser desdichado en el mundo, aumenta cada dia sus desdichas. Y así se ve precisado á quejarse y gemir en secreto: porque como se ve cercado de testigos, no se atreve á dar rienda libre á sus lágrimas; y solo disfrutando furtivamente de este triste desahogo, espera las sombras y el silencio de la noche para desahogar con libertad su dolor. Vuelve aprisa el dia, y le impone la misma necesidad de disimular su turbacion y llanto, obligándole á aparentar un gesto risueño, y á mesurar el semblante, para que no se trasluzca por él la pena que le aflige interiormente. ¡Ay dura necesidad! en que muchas veces le cuesta mas al hombre disimular sus desgracias, que tolerarlas; y miéntras tanto, la pesadumbre contenida en el corazon, carcome, roe, consume y no deja de padecer sino dejando de vivir.

Y, ¿cuántas desdichas no nos causan los mismos de quien debiéramos esperar la paz y la felicidad de nuestra vida? La tierra recien criada, inundada con la sangre de Abel; José vendido por sus hermanos; Job escarnecido por su mujer; David maldecido por Semei, vendido por sus amigos traidoramente, huyendo de su propio hijo; Sanson entregado á los filisteos por Dálila: acaecimientos trágicos, mónstruos de ingratitud, que escandalizarian una edad ménos estragada que la nuestra; porque entónces bastaba un mal ejemplo para infamar á toda una nacion, á todo un siglo entero; pero en el nuestro, se repiten con tal frecuencia esos escándalos, que ménos casi se avergüenza el corazon de ocasionarlos, que el entendimiento de mostrarse admirado de ellos. Ademas; ¿cuántas desdichas hay en que el mundo no se atreve á consolaros? Acaba la muerte, madre tan infeliz como amante, de arrebatarte ese hijo único en la flor de su edad, y penetrada de desconsuelo y tristeza, no puedes sufrir ninguna especie que te renueve la memoria de tu difunto hijo. Si en esta sazon se atreve una boca indiscreta á pronunciar su nombre, aviva tu dolor este triste recuerdo, parece que un dardo mortal ha penetrado tu alma, y que te se muere segunda vez. Con que el mundo se ve obligado á dejarte en manos de tu dolor de miedo de no encrudelecerte; y confesando con su silencio su imposibilidad de consolarte, el único servicio que te puede hacer, es contribuir á que olvides tu desgracia, afectando que la ignora. ¿Cuántas desdichas hay que ahuyentan al mundo? Eso de amistad sincera, de union perfecta de corazones, de ternura y agradecimiento que ha de sobrevivir al sepulcro y á la prosperidad, son vocablos verdaderamente estériles y vacíos, que no se usan ya sino para pompa de nuestros teatros, y para sazonar una escena fabulosa. La verdad es, que todos huyen si-

guiendo los pasos de la fortuna que se retira, y que os desamparan esas almas indignas y venales, que la esperanza congregaba al rededor de vosotros, y que ahora las llama á otra parte.

¿Cuántas desdichas hay de que el mundo parece se conduele, y sin embargo, no las quiere remediar? Sufrís la sentencia contraria de un pleito que os aniquila; acaéceos un revés inopinado que destruye todos vuestros proyectos y todas vuestras esperanzas, un accidente desastroso que ocasiona la decadencia de vuestra casa. ¿Y qué hacen vuestros amigos? Es verdad que os ayudan á quejaros, que aprueban vuestras murmuraciones, que acusan la suerte injusta, que se lastiman de vosotros con verdadera compasion; pero no pasan de aquí, no penetran hasta el orígen del mal. Muchos amigos, y pocos valedores: muchos que se duelen de vuestra adversidad, pero ninguno se mueve á remediarla. Ofrécense muchas manos á enjugar vuestras lágrimas; pero ninguna se aplica á agotar el manantial de donde nacen.

Ven, pues, tú, razon humana, á socorrernos, y haz que el hombre halle dentro de sí lo que en vano busca fuera. Pero ¡ay, amados oyentes mios! que la razon es sumamente poderosa para atribularnos, y de ninguna virtud para consolarnos. Ella prevé lo venidero para contristarnos con la representacion de los males que todavía no existen: ella con sus melancólicas reflexiones se representa lo pasado para apesadumbrarnos con el recuerdo de males que ya no hay: ella herida vivamente de un objeto, y dedicándose á meditarle, á pensar, y á ahondar en él con la consideracion, registra, junta y reune las causas, las circunstancias y las consecuencias del mal presente: y estas circunstancias puntualmente, estas consecuencias y estas causas del mal, acrecientan y agravan su peso intolerable.

3. Por tanto, solo puede consolarnos aquel Dios que nos dice en su Evangelio: *Venite ad me omnes qui laboratis, et ego reficiam vos.* Matth. xi, 28. Venid á mí todos los que os hallais atribulados, y yo os consolaré. Con efecto, ¿por qué pensais que el mundo y la razon son inútiles para aliviarnos en nuestras calamidades? Avivad vuestra atencion, amados oyentes mios, y os lo procuraré explicar. Procede de que ni tienen virtud para destruir y amortiguar en nosotros el amor y los sentimientos de las desgracias pasadas, ni para inducirnos á amar los bienes del infortunio que actualmente experimentamos. Esta resolucion, pues, que es mas asombrosa y estupenda que cuantas ocasionan la mudanza de los reyes y de los reinos, la obra aquel Señor que nos habla en su Evangelio. ¿Y cómo la obra? Elevándonos por medio de las claras y puras luces de la fe

sobre la esfera de las cosas caducas, nos trasporta anticipadamente á la region de la eternidad; y entónces ¡qué vil y despreciable se nos representa el tiempo! ¡qué indigno nos parece de nuestro amor, ó de nuestros sentimientos! Con efecto, ved aquí la diferencia esencial que hay entre el hombre carnal y el cristiano verdadero. Aquél hace del tiempo suma estimacion; éste en nada le aprecia: aquél se considera como nacido para disfrutar del tiempo; éste como nacido para gozar de la eternidad. ¿Qué se sigue de aquí? que desde el punto que yo fijo la vista en la eternidad, desde el punto que me miro destinado para la eternidad, y que me considero como hombre eterno, miro el tiempo y todos los bienes temporales como cosas extrañas y ajenas de mí. ¡Venturosos del siglo, á quien todo sucede á medida de vuestros deseos, que dormís ese sueño de vuestra sensual indolencia sin que os lo interrumpa el menor contratiempo! Entended, que todo esto, en conclusion, no es mas que un sueño, y que insta la hora de dispertar. Corre esta vida con la velocidad del torrente mas impetuoso, y todos nos acercamos al término. ¿Qué importa que el breve camino que me resta que andar esté sembrado de flores, ó plantado de abrojos y de espinas, pues mis dolores y vuestros placeres apenas tendrán tiempo para excitarse? Avergonzaríame yo de sentir unos infortunios á los que han de sobrevivir mi alma y mi cuerpo eternamente; y pues estoy criado para una felicidad eterna, ¡qué caudal debo yo hacer de una dicha transitoria! Si salvo mi alma, habré sido siempre feliz; y si la condeno, habré sido desdichado siempre.

Dios, manifestándonos el abismo y la profundidad de sus consejos eternos, nos da á entender la conexion y dependencia que las adversidades que nos envia tienen con nuestra salvacion: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans.* Jerem. xxxiii, 4. Si yo, nos dice, os hubiera amado ménos, no os hubiera castigado tanto: si llené vuestros caminos de espanto y de turbacion, fué para apartaros de las sendas erradas de los pecadores; porque habiendo vosotros olvidádoos de mí, me hubierais obligado, finalmente, á que yo me olvidase de vosotros. Jamas hubierais dejado este mundo falso, si vuestras desdichas no os hubiesen abierto los ojos para ver sus perfidias; y hubierais perdido para siempre vuestras almas, si no hubieseis perdido aquellas riquezas que cebaban vuestra codicia, y aquellos honores que fomentaban vuestra soberbia. Es verdad, que no estabais sujetos á aquellas pasiones que constituyen á los grandes pecadores; pero no hubierais adquirido aquellas virtudes que hacen justos. Parecíaos que no amabais al mundo, y realmente le amabais.

Bendecid, pues, el momento en que se han roto vuestras cadenas. Considerad lo que hubierais perdido si me hubieseis perdido á mí; y lo que os he quitado, ¿os parece que es comparable con lo que os doy?

Ya nos dice: volved los ojos á las maldades de vuestra vida pasada: considerad los caminos por donde habeis andado: advertid de cuantos delitos se conserva la memoria y vestigios en vuestra alma; de los cuales no ha querido mi misericordia remitir la venganza para aquel formidable instante en que se ve obligada á enmudecer en presencia de mi justicia, sino que he querido anticipar el tiempo de vuestro castigo, con el fin de abreviar su duracion y de suavizar su rigor: pues cuando yo castigo en este mundo los pecados, solo llevo el intento de perdonar al pecador.

Ya nos abre los tesoros de la gloria; y haciendo correr á nuestra vista el torrente de delicias que inunda la ciudad santa de Sion, hace que se oigan en nuestro corazon estas dulces palabras: luego enjugaré vuestras lágrimas. Congrega los habitadores de la celestial Jerusalen, y poniéndolos delante de nuestros ojos, ved, nos dice, y considerad esta venturosa muchedumbre: todos anduvieron por los caminos de la tribulacion. Unos, exclaman con el santo Job: mientras vivíamos en la tierra, fuimos como el blanco á donde asestó el dolor todos sus tiros. Otros, dicen con S. Agustin: Nosotros tenemos el pecho atravesado de mortales heridas. Ninguno de nosotros dejó de beber el cáliz amargo de las aflicciones: Ninguno de nosotros dejó de tener combates que sustentar, persecuciones que sufrir y sacrificios que ofrecer.

Ya se ofrece él mismo á nuestra consideracion en aquel estado en que el sol le alumbró al morir exhausto, anonadado, harto de oprobios, nadando en un mar de dolores y de sangre, dando la vida en el Calvario, desamparado de su Padre y de sus discípulos, cargado con la maldicion del cielo y de la tierra. ¿Es posible, hombre ingrato y fementido, que nada baste para reprimir tus quejas? Quéjate ya enhorabuena; pero quéjate á Jesús crucificado. Mas ¡ay Dios mio! ¿Qué podré yo decir ni pensar á vista y á presencia vuestra? ¿qué soy yo? ¿qué no sois vos? y ¿qué son mis trabajos comparados con los vuestros? ¡Ay! no puedo hacer otra cosa que llorar con vos y por vos. Con la consideracion de vuestros dolores pondré en olvido los mios; y si llego á quejarme, no será ya porque padezca, sino por no saber padecer.

Hermanos mios, á quien nuestro Dios ama con tanta especialidad, conoced vuestra dicha y vuestra gloria; pues no solo os concede su Majestad la gracia de que creais en él, sino que os hace la de que padezcais por él. ¡Cuán plenamente acreditas la divinidad de tu orígen, oh Religion sacrosanta! Tú, que entras en los consejos del Altísimo, nos descubres aquella maravillosa armonía de la sabiduría y de la misericordia, que justifica á la divina Providencia y consuela al hombre en sus tribulaciones: ciencia, que solo pudiste aprender de aquel Hijo unigénito, que habita en el seno de su eterno Padre. Desengañémonos; si queremos hallar la luz, es necesario recurrir á la Religion, la cual nos representa un Dios que ordena libremente los acontecimientos. Dentro de ella yo adoro, yo me rindo, yo me sujeto á un Dios, que como padre amoroso ha firmado y sellado con su sangre la alianza de la adopcion, que me coloca en el número de sus hijos: si respiro, si me aseguro, si espero es en un Dios, cuya sabiduría gobernada por el amor, no con otro fin me desposee de los bienes caducos, origen de pecados en este mundo y de pesares inconsolables en el otro, sino para hacerme virtuoso en la tierra y feliz en el cielo: y si alabo, si bendigo á este Dios, la gratitud es el único afecto, ó, cuando ménos, el afecto dominante de mi alma. ¡Dios mio! yo os bendigo por las adversidades que me enviais; ellas son para mí una prenda de vuestro amor. Concededme vuestra gracia para sufrirlas, no digo ya con resignacion, sino con placer, para que, despues de haber sufrido por vuestro amor en la tierra, tenga la dicha de gozar con vos en la gloria Amen.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El hombre, llevado por el instinto de la propia conservacion, huye naturalmente de toda molestia, de toda contrariedad y de todo mal. Llama males á los bienes que mortifican su amor propio. Pero Dios, con ejemplos, nos enseña y demuestra la utilidad de lo que nos mortifica. ¿Qué ventajas nos trae la adversidad? 1.° Nos pone en la necesidad de humillarnos. 2.° Nos hace fácil la penitencia.

I. La experiencia nos enseña, que el hombre, miéntras todo le sale prósperamente, se olvida de su orígen, de sus deberes, de su fin. Cuando la pasion le arrastra á algun exceso, no piensa mas que en la satisfaccion de sus deseos: sin la tribulacion se olvidaria enteramente de Dios y de su alma. ¿Habríanse humillado los hermanos de José sin las contrariedades de Egipto? En la adversidad confesaron, que sus penas eran castigo de la inhumanidad con que habian tratado

á su hermano José. Despues de muchos años, habian olvidado su delito: vino la adversidad, y lo recordaron. Gen. xlii. David, despues de haber delinquido con Betsabé y asesinado á Urias, no se arrepintió: el profeta Nathan, por órden de Dios, le echó en cara sus crímenes un año despues; y entónces pidió perdon. II Reg. xii. El mismo David ¿hubiera sufrido con resignacion las maldiciones de Semei, á no haberlas oido en tiempo de adversidad? Ibid. xvi.

II. El hombre en la adversidad conoce sus pecados; y este conocimiento no solo le humilla, sino que le mueve á detestarlos y á hacer penitencia de ellos. Entregado á sus propios sentimientos, es cada vez mas orgulloso; las consideraciones, los encomios, las concesiones que se le hacen, nunca le parecen exageradas; porque tiene de sí un concepto equivocado. Viene la adversidad, y entónces entra en sí mismo, baja humilde su cabeza, condena sus locas pretensiones, y procura aplacar á Dios, haciendósele propicio con la penitencia. Recuérdese la conversion de los Israelitas acometidos por las serpientes de fuego. Num. xxi. La conversion de Manasés. II Paral. xxxiii.

El que en la adversidad no se convierte, está perdido como el impio Acab, del cual está escrito: *tempore angustiæ suæ auxit contemptum in Dominum*. II Paral. xxxviii.

II.

No cabe duda que las prosperidades enorgullecen al hombre, y que este orgullo le arrastra á satisfacer los deseos de la carne, verificándose lo que decia el grande Apóstol á los discípulos de Galacia: *Cum spiritu cæperitis, carne consummamini*. Gal. iii, 3. De ahí el amor desordenado á la vida, que nos hace cobardes. El Señor nos envia la adversidad, y 1.° nos impide abandonarnos al deleite ó voluptuosidad: 2.° nos hace fuertes para padecer, si es necesario.

I. El hombre acosado de tribulaciones solo piensa en verse libre de ellas, ó á lo ménos, atenuarlas. La conciencia le recuerda sus pecados; y entónces detesta el vicio y la afeminacion. Mientras Josué gobernó el pueblo de Israel, los israelitas no se apartaron del Señor, porque veíanse amenazados por sus enemigos y tenian que librar muchas batallas: mas apenas hubo muerto aquel santo caudillo, con las dulzuras de la paz empezaron las sensualidades y los actos de idolatría. Josué i et segg. Nunca los hijos de Israel oraron con tanto fervor como cuando los Filisteos iban á echarse sobre ellos. I Reg. vii.

II. ¿Qué es lo que sabe, dice el Espíritu Santo, el hombre que no ha sido tentado, ó probado por medio de la tribulacion? Tan cobarde y poco sufrido como es quien ha vivido siempre entre prosperidades, otro tanto es fuerte y constante el que ha sido probado con la adversidad. Los Romanos, miéntras su vida fué sobria y llena de privaciones, se mostraron invencibles; pero desde que se introdujo entre ellos la afeminacion, el lujo y la molicie, fueron derrotados. Leed la historia de la Iglesia; hallareis que nunca hubo tantos mártires como en los períodos de grandes adversidades: nunca abundaron tanto los malos cristianos y los apóstatas como en los períodos de paz. En las dulzuras de la paz se amortigua el fervor, se apaga la caridad; en las adversidades y persecuciones, al contrario, se ora con mas fervor, se alcanza mas fuerza, y á veces se obtiene hasta la gracia del martirio.

DIVISIONES.

ADVERSIDAD.—Los que se reconozcan culpables de alguna ó algunas faltas, deben sufrir con resignacion la adversidad y poner enmienda en su pecado.

Los que se reconocen inocentes, deben sufrir la adversidad como un medio de añadir nuevos quilates á su inocencia.

ADVERSIDAD.—Cuando á Dios le place enviarnos infortunios, es preciso recibirlos como castigos.

Cuando á Dios le place darnos miserias, debemos considerarlas como pruebas á que nos somete.

Cuando á Dios le place imponernos aflicciones, debemos aceptarlas como gracias que nos dispensa.

ADVERSIDAD.—Los penitentes deben aceptar las adversidades como remedios eficaces para todas sus enfermedades espirituales.

Los justos deben recibir los contratiempos como recompensas de sus buenas obras.

Las almas perfectas deben acoger las adversidades como una preparacion para otras mayores.

ADVERSIDAD.—El soberano Juez es el primero á quien deben aplacar los pecadores en sus adversidades.

Los santos nuestros patronos, que ruegan por nosotros, son los primeros abogados á quienes deben los pecadores dirigirse en sus adversidades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERSIDAD.—La adversidad nos proporciona las siguientes ventajas:

1.° Nos hace temer los juicios de Dios.
2.° Nos induce á mirar con disgusto la vida presente.
3.° Nos hace tener en grande estima la felicidad eterna.

ADVERSIDAD.—La adversidad nos proporciona las siguientes ventajas:

1.° Nos aparta de nuestros devaneos, colocándonos en la necesidad de acudir á Dios.
2.° Nos hace aprovechar de la verdad, alejando de nuestro lado á los aduladores.
3.° Nos da ocasion de aplacar la justicia de Dios, ofreciéndole como víctimas nuestro espíritu y nuestro cuerpo.

ADVERSIDAD.—La adversidad nos es ventajosa cuando la aceptamos como un aviso que Dios nos envia.

La adversidad nos es funesta cuando no nos aprovechamos de este aviso.

ADVERSIDAD.—La adversidad nos es ventajosa cuando nos inspira la devocion.

La adversidad nos es funesta cuando nos induce al abuso de lo mas santo que hay en nuestra religion.

ADVERSIDAD.—La adversidad es ventajosa cuando obliga á los hombres á servirse ó auxiliarse mútuamente con caridad.

La adversidad es funesta cuando se toma como un motivo para crear odios irreconciliables.

ADVERSIDAD.—La adversidad es ventajosa á los justos, porque aumenta su esperanza.

La adversidad es funesta á los malos, porque les pone en peligro de desesperacion.

ADVERSIDAD.—La adversidad nos es ventajosa, cuando nos servimos de ella para alcanzar la gloria.

La adversidad nos es funesta, cuando de ella tomamos pretesto para obrar mal, convirtiéndola en causa de nuestra condenacion eterna.

ADVERSIDAD.—La adversidad es ventajosa á los que toman motivo de ella para atender con mayor diligencia al negocio de su salvacion.

La adversidad es funesta á los que se vuelven negligentes para las cosas del cielo.

ADVERSIDAD.—La adversidad ofrece á los ricos, que hacen un buen uso de sus riquezas, una ocasion feliz para darse al retiro.

La adversidad ofrece á los ricos, que abusan de las riquezas, una ocasion para abandonarse á todos los excesos.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Tempore angustiæ suæ auxit (Achaz) contemptum in Dominum. II PARALIP. XXVIII, 22.

En el tiempo de su angustia (Achaz) aumentó las ofensas contra el Señor.

Postquam coangustatus est, oravit Dominum Deum sum, et egit pœnitentiam valde coram Deo. II PARALIP. XXXIII, 12.

Viéndose en la opresion (Manasés) oró al Señor su Dios, y concebió un verdadero arrepentimiento delante de Dios.

Hoc autem pro certo habet omnis qui te colit (Domine), quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur: si autem in tribulatione fuerit, liberabitur. TOB. III, 21.

Lo que tiene por cierto cualquiera que te adora *y sirve* (oh Señor), es que si su vida saliere aprobada, será coronado; y si estuviere en la tribulacion, será librado.

Beatus homo, qui corripitur a Deo: increpationem ergo Domini ne reprobes; quia ipse vulnerat, et medetur: percutit, et manus ejus sanabunt. JOB. V, 17.

Dichoso el hombre á quien *el mismo* Dios corrige: no desprecies, pues, la correccion del Señor; porque él mismo hace la llaga y la sana, hiere y cura con sus manos.

Domus eorum (impiorum) securæ sunt, et pacatæ, et non est virga Dei super illos. JOB. XXI, 9.

Sus casas (de los impíos) *al parecer* están seguras, ni descarga sobre ellos el azote *de Dios*.

Virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt. PSALM. XXII, 4.

Tu vara y tu báculo *con que me has corregido y sostenido* han sido mi consuelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Juxta est Dominus iis, qui tribulato sunt corde. PSALM. XXXIII, 19.

El Señor está al lado de los que tienen el corazon atribulado.

Sicut igne probatur argentum, et aurum in camino, ita corda probat Dominus. PROV. XVII, 3.

Como la plata se prueba en la fragua, y el oro en el crisol, así prueba el Señor los corazones *con la tribulacion.*

Cum angustiaretur in me anima mea, Domini recordatus sum. JONÆ. II, 8.

En medio de las angustias que padecia mi alma, he recurrido *á tí*, oh Señor.

Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? LUC. XXIV, 26.

¿Por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria?

Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei. ACTOR. XIV, 21.

Es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis. II CORINT. I, 7.

Así como sois compañeros en las penas, así lo sereis tambien en la consolacion.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Los israelitas en el desierto se rebelan contra Dios y Moisés cuando experimentan los efectos de la benevolencia; pero se mueven á hacer rigurosa penitencia al verse castigados con el azote de las serpientes de fuego. NUM. XXI.

Achaz, rey de Judá, afligido por Dios con muchas contrariedades, derrotado y cautivo en castigo de sus impiedades, léjos de convertirse al Señor por medio de la penitencia, se obstinó mas en su mala vida, aumentando en su mismo cautiverio los actos de impiedad é idolatría. II PARALIP. XXVIII.

El rey Manasés fué impío miéntras gozó de prosperidad; pero preso despues en Babilonia y cargado de cadenas, clamó al Señor de corazon, hizo verdadera penitencia, y Dios escuchó benigno sus súplicas. II PARAL. XXXIII.

El rey Nabucodonosor, durante la pujanza y prosperidad de su gobierno, fué arrogante y orgulloso; pero destronado por sus mismos súbditos, y condenado por el Altísimo á vivir en los bosques con las fieras, reconoció el poder de Dios, se humilló, y alabó los decretos y disposiciones de su justicia. DANIEL IV.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Intelligat homo medicum esse Deum, et tribulationem medicamentum esse ad salutem, non pœnam ad damnationem. AUG. SUP. PSALM. XXI.

Sepa el hombre, que Dios es el médico supremo, y que las tribulaciones, léjos de ser una pena para nuestra condenacion, son una medicina para nuestra salud espiritual.

In fornace ardet palea, et purgatur aurum. Illa in cinerem vertitur, et illud sordibus exuritur: fornax mundus, aurum justi, ignis tribulatio, orfifex Deus. AUG. SUP. PSALM. LX.

En el mismo horno arde la paja y se purifica el oro: aquélla se convierte en ceniza, éste se desprende de la escoria: el horno significa el mundo, el oro el alma del justo, el fuego las tribulaciones, y el artífice es Dios.

Quanto in hoc sæculo persecutionibus, paupertate, inimicorum potentia, vel morborum crudelitate fuerimus afflicti, tantò post resurrectionem in futuro majora præmia consequemur. HIERON. IN EPIST. AD CYPR.

Cuanto mas por persecuciones, miseria, injusticias y enfermedades padezcamos en este mundo, tanto mayor será el premio que nos espera despues de haber resucitado á una vida inmortal.

Plerumque postquam in hoc mundo non possumus obtinere quod volumus, postquam in terrenis desideriis de imposibilitate lassamur, tunc mentem ad Deum reducimus, tunc placere incipit, quod displicebat. GREGOR. IN HOM. *Homo quidam.*

Muchas veces por no haber obtenido lo que deseábamos de este mundo, y por habernos fastidiado la imposibilidad de satisfacer nuestros depravados deseos, nos convertimos á Dios, comenzando á amar lo que hasta entónces habíamos aborrecido.

Quomodo stellæ in nocte lucent, in die latent, sic vera virtus, quæ sæpe in prosperis non apparet, in adversis eminet. BERN. SUP. CANT.

Así como las estrellas brillan de noche y se ocultan de dia, así la virtud verdadera resplandece en la noche de la adversidad, ocultándose á veces en tiempo de fortuna.

Ne indignemini, si mali in hoc mundo floreant, et vos patimini: quia non est christianæ religionis in mundo exaltari, sed deprimi:

No os escandaliceis al ver que los pecadores prosperan y vosotros sufrís; porque la religion cristiana no os promete en este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mali nihil habent in cœlo, vos nihil in mundo. Beda in Glos.

mundo prosperidades, sino penas: en cambio, si vosotros nada debeis esperar del mundo, los pecadores tampoco deben esperar el cielo.

In horreo Domini non reponitur granum, donec flagellis aut triturantium pedibus sit excussum. Petrus Chrys. in quad Epist.

No se deposita el buen grano en el granero del Señor, sino despues de haber sido sacudido y separado de la paja, pisoteado por los que se ocupan en la trilla.

Omnis cordis aut corporis afflictio, citra meritum et fructum salutis est, sine patientiæ condimento. Idem ibid.

Cualquier pena exterior ó interior sufrida sin paciencia, carece de mérito y de eficacia para la salvacion.

Parva toleramus, si recordemur, quid biberit ad patibulum, qui nos invitat ad cœlum. Cassian. sup. Psalm.

Es muy poco todo cuanto sufrimos, si consideramos cuanto padeció hasta morir en cruz el que nos convida para ir al cielo.

Véase: AFLICCIONES y PENALIDADES.

ADVIENTO.

Gloria in excelsis Deo.
Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.
(*Luc.* II, 14.)

El designio de la Iglesia en la institucion del Adviento ha sido, honrar al Verbo encarnado en el purísimo seno de la Vírgen, y disponernos de este modo á la gloriosa natividad de este Hombre-Dios. No podemos, pues, ocuparnos mejor, durante todo este santo tiempo,

que en contemplar este grande misterio de la Encarnacion; y aunque el Hijo de Dios se halla en él tan profundamente humillado y como anonadado, debemos, no obstante, considerarle como un misterio de gloria para el mismo Dios, segun nos está declarado en este sagrado cántico, que cantaron los ángeles en el nacimiento de Jesucristo: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.* Con efecto; vistiéndose de una naturaleza semejante á la nuestra y haciéndose hombre, vino el Verbo divino á la tierra; lo primero, para descubrir sensiblemente á los hombres la gloria de Dios; lo segundo, para combatir entre los hombres y destruir entre ellos todos los enemigos de la gloria de Dios; y lo tercero, para inflamar en el corazon de los hombres un celo ardiente por la gloria de Dios. Dediquémonos á meditar y profundizar bien estas tres verdades, que nos darán abundantemente materia de reflexiones y afectos los mas propios para nuestra edificacion. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Que encarnado el Verbo eterno haya venido á descubrir á los hombres la gloria de Dios, es expresa doctrina del Evangelista san Juan: *El Verbo*, dice, *se hizo carne, permaneció y conversó con nosotros, y hemos visto su gloria.* Joann. 1, 14. ¿Qué consecuencia es esta? ¿No debia, á lo que parece, inferir de otro modo el evangelista santo, y decir, el Verbo se hizo carne, y bajo esta carne mortal de que se vistió, nos ocultó la gloria de su divinidad? Si dijera, el Verbo se hizo carne, y hemos sido testigos de sus voluntarias flaquezas, de sus abatimientos y anonadamientos, no tuviéramos dificultad en comprender el pensamiento de este querido discípulo, y nos pareceria muy natural; pero que el Verbo se haya hecho carne, que haciéndose carne como nosotros, se haya sujetado á todas nuestras miserias, y que en esto, no obstante, haya hecho brillar su gloria, es cosa, que, al parecer, se contradice, y de lo que á primera vista no vemos el enlace ni conformidad. Nada es, no obstante, mas arreglado que este razonamiento, dice S. Agustin; y solo basta un poco de atencion para ver toda su solidez y verdad. Porque, si la gloria de Dios debia revelarse á los hombres de un modo sensible, era justamente por los abatimientos del Verbo; y solo este Verbo abatido era quien podia hacernos conocer la excelencia de un Dios crucificado. De suerte, concluye S. Agustin, que si S. Juan no hubiera dicho, el Verbo se hizo carne, no hubiéramos podido decir, que habíamos visto su gloria. ¿Cuál es, pues, la gloria de Dios de que aquí se habla, y en qué consiste? La gloria de Dios, segun la debemos entender ahora, es decir: la gloria que está en Dios y que deseamos co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mali nihil habent in cœlo, vos nihil in mundo. Beda in Glos.

mundo prosperidades, sino penas: en cambio, si vosotros nada debeis esperar del mundo, los pecadores tampoco deben esperar el cielo.

In horreo Domini non reponitur granum, donec flagellis aut triturantium pedibus sit excussum. Petrus Chrys. in quad Epist.

No se deposita el buen grano en el granero del Señor, sino despues de haber sido sacudido y separado de la paja, pisoteado por los que se ocupan en la trilla.

Omnis cordis aut corporis afflictio, citra meritum et fructum salutis est, sine patientiæ condimento. Idem ibid.

Cualquier pena exterior ó interior sufrida sin paciencia, carece de mérito y de eficacia para la salvacion.

Parva toleramus, si recordemur, quid biberit ad patibulum, qui nos invitat ad cœlum. Cassian. sup. Psalm.

Es muy poco todo cuanto sufrimos, si consideramos cuanto padeció hasta morir en cruz el que nos convida para ir al cielo.

Véase: AFLICCIONES y PENALIDADES.

ADVIENTO.

Gloria in excelsis Deo.
Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.
(*Luc.* II, 14.)

El designio de la Iglesia en la institucion del Adviento ha sido, honrar al Verbo encarnado en el purísimo seno de la Vírgen, y disponernos de este modo á la gloriosa natividad de este Hombre-Dios. No podemos, pues, ocuparnos mejor, durante todo este santo tiempo,

que en contemplar este grande misterio de la Encarnacion; y aunque el Hijo de Dios se halla en él tan profundamente humillado y como anonadado, debemos, no obstante, considerarle como un misterio de gloria para el mismo Dios, segun nos está declarado en este sagrado cántico, que cantaron los ángeles en el nacimiento de Jesucristo: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.* Con efecto; vistiéndose de una naturaleza semejante á la nuestra y haciéndose hombre, vino el Verbo divino á la tierra; lo primero, para descubrir sensiblemente á los hombres la gloria de Dios; lo segundo, para combatir entre los hombres y destruir entre ellos todos los enemigos de la gloria de Dios; y lo tercero, para inflamar en el corazon de los hombres un celo ardiente por la gloria de Dios. Dediquémonos á meditar y profundizar bien estas tres verdades, que nos darán abundantemente materia de reflexiones y afectos los mas propios para nuestra edificacion. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Que encarnado el Verbo eterno haya venido á descubrir á los hombres la gloria de Dios, es expresa doctrina del Evangelista san Juan: *El Verbo*, dice, *se hizo carne, permaneció y conversó con nosotros, y hemos visto su gloria.* Joann. 1, 14. ¿Qué consecuencia es esta? ¿No debia, á lo que parece, inferir de otro modo el evangelista santo, y decir, el Verbo se hizo carne, y bajo esta carne mortal de que se vistió, nos ocultó la gloria de su divinidad? Si dijera, el Verbo se hizo carne, y hemos sido testigos de sus voluntarias flaquezas, de sus abatimientos y anonadamientos, no tuviéramos dificultad en comprender el pensamiento de este querido discípulo, y nos pareceria muy natural; pero que el Verbo se haya hecho carne, que haciéndose carne como nosotros, se haya sujetado á todas nuestras miserias, y que en esto, no obstante, haya hecho brillar su gloria, es cosa, que, al parecer, se contradice, y de lo que á primera vista no vemos el enlace ni conformidad. Nada es, no obstante, mas arreglado que este razonamiento, dice S. Agustin; y solo basta un poco de atencion para ver toda su solidez y verdad. Porque, si la gloria de Dios debia revelarse á los hombres de un modo sensible, era justamente por los abatimientos del Verbo; y solo este Verbo abatido era quien podia hacernos conocer la excelencia de un Dios crucificado. De suerte, concluye S. Agustin, que si S. Juan no hubiera dicho, el Verbo se hizo carne, no hubiéramos podido decir, que habíamos visto su gloria. ¿Cuál es, pues, la gloria de Dios de que aquí se habla, y en qué consiste? La gloria de Dios, segun la debemos entender ahora, es decir: la gloria que está en Dios y que deseamos co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocer, no es otra cosa que las perfecciones de Dios; por consecuencia, descubrir á los hombres las perfecciones de Dios es descubrirles su gloria. ¿No es esto, pues, lo que nos manifiesta admirable y sensiblemente el Hijo de Dios en su adorable Encarnacion?

En primer lugar; ¿podia la misericordia de Dios manifestarse con mas explendor que en este misterio? ¿Podia darnos otra idea que con ésta pudiera compararse? ¿Ha hecho jamas cosa alguna en el mundo que se le haya parecido ó acercado? ¡Oh prodigio, exclama Zenon de Verona! ¡Un Dios reducido á la pequeñez de un niño, y esto hecho por amor á su imágen, y por criaturas formadas de su mano! Reconozcamos, pues, la excelencia de nuestra religion en las excelentes ideas que nos da del Señor que adoramos y de su bondad sin medida. Todas las religiones paganas ¿han tenido jamas en la vanidad de sus fábulas cosa, que pueda imaginarse semejante? Nosotros tenemos dioses, decia uno de los sabios del paganismo; pero estos dioses se tendrian por mónstruos si vivieran entre nosotros, segun los viciosos y corrompidos que son. Y nosotros, dice S. Agustin, servimos á un Dios en quien todo es maravilloso; pero entre todas las maravillas que incluye en su sér divino, lo mas maravilloso é incomprensible que hay es su amor. Solo el misterio de la Encarnacion basta para confundir toda la idolatría y toda la supersticion pagana. Porque, segun la excelente observacion de san Gregorio Niceno, la verdadera religion consiste en tener ideas de Dios conformes á su naturaleza y grandeza; y este gran misterio nos hace concebir una tan sublime estimacion de la misericordia de Dios, que no es posible pueda tenerla mayor el humano espíritu.

Lo mismo sucede respecto de la sabiduría de Dios. Aunque la prudencia ciega del siglo juzgue de ello como quiera, se puede decir, y es cierto, que un Hombre-Dios es la obra principal y mas grande de una sabiduría toda divina; porque de este modo eligió Dios el medio mas conveniente de reparar su propia gloria y obrar la salvacion de los hombres. Este Dios de majestad habia sido ofendido; le era necesaria una satisfaccion, que fuese digna de él; y ningun otro que un Dios podia satisfacer dignamente á un Dios. El hombre se habia perdido; Dios queria salvarle, librándole de la muerte eterna; y como no habia sino un Dios, que por sus infinitos méritos pudiera libertarle de esta muerte, por consecuencia, solo un Dios era quien le podia salvar. Era necesario tambien, que este Salvador fuese á un mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre. Pues si solamente hubiera sido Dios, no hubiera podido padecer; y si solo hubiera

sido hombre, sus abatimientos y trabajos no hubieran sido suficientes satisfacciones. Ademas de que, si solo hubiera sido Dios, hubiera sido invisible, y no hubiera podido darnos ejemplo; y si solo hubiera sido hombre, su ejemplo no hubiera sido para nosotros una regla del todo segura y libre de todo extravío. Pero siendo Dios y hombre, como hombre pudo abatirse, como Dios dió á sus abatimientos un valor inestimable y sin medida; como hombre se manifestó á nuestros ojos para servirnos de guia, y como Dios nos tomó como de la mano para hacernos emprender con confianza el camino que él recorrió, y por donde quiso llevarnos. Por este motivo, en estos dias de gracia y de salvacion, no debemos tener otro afecto mas comun, que exclamar con el Apóstol: *¡Oh riquezas y abismo de la sabiduría y juicios de Dios!* Rom. VI, 33.

2. Pero, ¿qué virtud y qué poder no se necesitaba tambien en Dios para el cumplimiento de esta grande obra? ¡Qué esfuerzo y qué milagro no es de la diestra del Altísimo un Dios hombre, concebido por una madre vírgen; esto es, en la misma persona y en el mismo Jesucristo estar la divinidad junta con nuestra humanidad, la inmortalidad con nuestra flaqueza, la grandeza con nuesta bajeza, lo infinito con lo finito y perecedero, el ser con la nada, y en la misma madre estar tambien unida la maternidad con la virginidad! Esta es propiamente la obra de Dios. Todo lo que hasta entónces habia hecho en el universo no era para él, segun la expresion de la misma Escritura, sino un juego; pero aquí es donde se esplaya enteramente su poder; y en la flaqueza de un Dios niño es donde hace brillar toda su virtud y su fuerza.

3. Solo la justicia de Dios es la que, al parecer, está desconocida, y que no tiene parte alguna en este misterio de gracia. Pero nos engañamos si así lo pensamos; pues aun se puede añadir, que de todas las perfecciones divinas que resplandecen en la persona del Salvador, la justicia es cuyos efectos son en ella mas sensibles, y cuyos inviolables y soberanos derechos aparecen en ella con mas evidencia. Tanto, que S. Juan Crisóstomo no tuvo dificultad en avanzar esta proposicion, al parecer atrevida, pero que nada tiene que no sea sólido; dice, pues, que en el infierno, donde Dios ejerce sus mas rigurosos castigos, no da tanto á conocer su justicia como en el seno virginal de María donde encarnó el Verbo. La prueba es indisputable. Porque en el infierno solo son hombres réprobos los que están sujetos á esta divina justicia; pero en el seno de María es un Hombre-Dios el que empieza á venir á ser su víctima y hacerle sacrificar. ¿Qué es, pues, sino una justicia, para la cual es necesario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una hostia semejante y un tal obsequio? Por lo que el real Profeta, perfectamente ilustrado en la ciencia y discernimiento de los divinos atributos, despues de haber dicho, que *Dios manifestó á los hombres al autor de su salvacion*, añade, *que reveló su justicia á todas las naciones*. PSALM. XCVII, 2.

4. Despues de una tal manifestacion de la gloria de Dios como se ha dicho, ¿no es extraño sea tan poco conocido en el mundo? Decidme: lo que se llama mundo, los secuaces y esclavos de él, los hombres y las mujeres llenos del espíritu del mundo, ¿conocen acaso á Dios? ¿No profesan ignorarle ó á lo ménos olvidarle? ¿No viven como si no hubiera Dios? Su gran principio, ¿no es borrarle, en cuánto les es posible, de su memoria, y jamas pensar en él? Esta es la queja que daba el discípulo S. Juan, explicando la generacion eterna y temporal del Hijo de Dios: *Dios estaba enmedio del mundo*, JOANN. I, 10, como señor y árbitro de él, *y el mundo no le conocia*. Y esta es tambien la queja que el mismo Jesucristo daba á su Padre: *Padre santo, el mundo no os conoce*. JOANN. XVII, 25. Por mas que le haya anunciado vuestras grandezas, permanece y permanecerá siempre en su ceguedad. ¡Ceguedad digna de llorarse, exclama Salviano! ¡Ceguedad que llega hasta poner á Dios en nuestra estimacion muy inferior á todo lo demas! se le pierde sin pesar, se mantienen apartados de él sin inquietud, prefieren á él la menor ventaja y el menor placer, y sobre nada se le da la preferencia. Su gracia y su odio nos son igualmente indiferentes. Y la razon es siempre la misma: esto es, porque el mundo jamas le ha conocido bien.

¿Luego el designio de Jesucristo se arruinó enteramente? Descendió entre nosotros, y quiso vivir en medio de nosotros para publicar en el mundo la gloria de su Padre; ¿pero en los siglos futuros vió frustrada su esperanza? No, sin duda, porque ademas de este mundo pervertido, que cierra los ojos á la luz que el Salvador de los hombres derrama sobre nosotros, hay otro mundo fiel y predestinado, esto es, el pequeño mundo de los justos y escogidos. Estos son los que Jesucristo se reservó, y se reserva todavía. Estos son á los que dió á conocer los misterios de Dios, y en particular el misterio de un Dios hecho hombre. Sí; á vosotros lo dió á conocer, dice S. Bernardo; á vosotros que sois humildes, que estais sumisos y obedientes, que sois modestos en vuestro estado, que no procurais elevaros sobre vosotros mismos por un orgullo presuntuoso, que velais sobre vuestra conducta y sobre todos vuestros pasos para arreglarlos; y á vosotros, en fin, que os dedicais á meditar las perfecciones de vuestro

Dios y á practicar su ley. ¡Quiera el cielo que seamos nosotros de este mundo cristiano!

5. Aun hizo mas Jesucristo; pues para establecer mejor entre los hombres la gloria de Dios, vino á destruir todos los enemigos que la combatian. Dios tenia tres grandes enemigos de su gloria, que eran el demonio, el pecado y los bienes de la tierra, ó mas bien, el desordenado amor de los bienes de la tierra. El demonio habia usurpado un imperio tan absoluto sobre las almas, que segun el testimonio del mismo Jesucristo, era tenido por el príncipe del mundo; y con efecto lo era, no por un poder legítimo, sino por una tirana posesion. El pecado, dice S Pablo, reinaba desde el tiempo de Adan hasta Moisés, y desde Moises hasta Jesucristo, causando en todas partes tristes ruinas, desolando el reino de Dios, y suscitando contra él sus propias criaturas. En fin, el desordenado amor de los bienes de la tierra dominaba en casi todos los corazones, donde le habian colocado los hombres como su ídolo, y al que sacrificaban su conciencia y su salvacion. Ved aquí, digo yo, los tres enemigos que el Hijo de Dios vino á combatir, y de los que consiguió tan singulares ventajas por la gloria de su Padre. Tan cierto es esto, que el demonio aun no esperó el dia en que debia nacer este Mesías para cederle su lugar. Si creemos en este asunto á los autores paganos, que no pueden ser sospechosos cuando dan testimonio á nuestra religion, poco tiempo antes del nacimiento de Jesucristo se vieron caer los ídolos de los falsos dioses, donde el espíritu de la mentira se hacia adorar. Todos los oráculos callaron, excepto los que anunciaban la venida de este Dios hombre; y mas de una vez se vieron obligadas las potestades infernales á confesar, que su reino habia acabado; y que un Señor, superior á todos los señores, estaba próximo á venir para gobernar todo el mundo y sujetarle á la ley del verdadero Dios.

Todo esto, no obstante, eran solo presagios de lo que debia hacer Jesucristo para destruir el pecado, que era otro enemigo no ménos difícil de vencer, ni ménos opuesto á la gloria de Dios. Para entender bien este punto, es necesario suponer, primeramente, una indubitable verdad que nos enseña la fe; y es, que todo lo que pasó en la Encarnacion y en el nacimiento del Salvador, que la siguió, nada tuvo de fortuito respecto de él; todo fué á eleccion suya, sin que hubiese en ello una sola circunstancia que no hubiese previsto en particular, y que él mismo no hubiese determinado. Los demas niños, dice S. Bernardo, no escogen, ni el tiempo de su nacimiento, ni el lugar de su patria, ni las personas de quienes reciben la vida, porque no tienen razon para deliberar en ello, ni poder para mandarlo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero el Hijo de Dios tenia uno y otro; y como en lo sucesivo de los tiempos debia morir, porque queria y del modo que queria, por eso tambien encarnó y nació en el mundo porque lo quiso y del modo que quiso; de tal modo, que lo que los evangelistas nos han dicho, ya de su Encarnacion, ya de su Natividad, ya de la pobreza de María su madre, ya de la oscuridad de José reputado padre suyo, ya del rigor de la estacion en que nació, y ya de la total desnudez y general abandono en que se halló, son otros tantos medios de que intentó valerse para el fin que se habia propuesto.

6. En todo esto nos es fácil ver como todo se dirigió con efecto á la ruina del pecado. Porque el Salvador del mundo vino á trabajar en destruir la culpa; y segun lo que ya hemos advertido, vino á satisfacer por los pecados de los hombres, y á presentar á Dios el sacrificio de nuestra salvacion. ¿Qué le faltó, pues, desde entónces, para ser la víctima de este sacrificio, y una víctima perfecta? La víctima, dicen los teólogos, debe ser mudada y como transformada; ¿qué mudanza no es, pues, la de un Dios *bajo la forma de un hombre?* Philip. xii, 7. La víctima debe ser abatida; ¿y qué abatimiento no es el de un Dios reducido al estado de un niño, y aun, al estado de un esclavo? La víctima debe tambien ser despojada de todo; y ¿hubo acaso desamparo semejante al de un Dios, que no debia tener al nacer por habitacion sino un establo, y por cuna un pesebre? La víctima debe tambien morir; y es cierto que Jesucristo aun no ha parecido en el mundo; pero nacer como nacerá bien pronto, y como se preparó para ello por los trabajos y dolores, y expuesto á todas las injurias del aire, ¿no es una especie de muerte? Esto es, pues, el sacrificio empezado, aunque no esté acabado; y por consecuencia tiene razon san Bernardo para decir, que el pecado recibió en esto una profunda y mortal herida. Si este Dios Salvador no lo borra ya con su sangre, en lugar de sangre va á derramar lágrimas; y estas lágrimas, dice san Ambrosio, son saludables aguas que lavarán los delitos de mi vida: lágrimas tanto mas preciosas, cuanto serán mas gloriosas á Dios, y le vengarán del enemigo mas mortal é irreconciliable.

Es necesario convenir al fin, en que la destruccion del pecado no seria todavía completa, si el mismo Salvador no cortára su mas fecunda y contagiosa raíz, cual es el desordenado amor ó deseo de los bienes de la tierra. Viene, pues, á combatir á este poderoso enemigo de dos modos; uno, respecto de los escogidos, y otro, respecto de los réprobos; uno, respecto de los justos y verdaderos fieles, y otro, respecto de los impíos y mundanos. En los justos y almas fieles triunfará de este desordenado afecto á las riquezas del mundo, á los honores y placeres de él, arrancándoselos del corazon. Y en los mundanos é impíos le combatirá, á lo ménos condenándole, declarando contra él anatemas, y haciéndole ménos excusable y mas delincuente ante Dios. ¿Somos nosotros cristianos? Esto es, ¿somos nosotros de estas almas dóciles, y felizmente dispuestas á recibir las impresiones de la gracia de Jesucristo, y aprovecharnos de sus ejemplos? La vista de este Dios hombre debe infaliblemente hacer morir en nuestros corazones todo deseo desordenado de riquezas, y desprendernos de todo aquello que se llaman bienes temporales. Porque, ¿qué proporcion hay entre verle pobre, y vivir en la opulencia; verle abatido, y querer vivir con honores; y verle padecer, y estar mortificado, y querer disfrutar de todas las comodidades, y vivir deliciosamente? ¿Somos acaso de este mundo réprobo, avaro é interesado, de este mundo ambicioso y vano, de este mundo sensual y de disolucion, y de este mundo insensible á todas las instrucciones que viene á darnos este Dios niño? Si así es, ¿qué sentencias de condenacion no va á fulminar contra nosotros? Sea el fruto de este Adviento ponernos en estado de hacer, que nazca en nosotros con un nacimiento del todo espiritual y santo. Nos pondremos, pues, en esta feliz disposicion, conformándonos á él con el espíritu, con el corazan y con la conducta.

7. En fin: Jesucristo vino á inflamar en el corazon de los hombres un celo santo por la gloria de Dios; pero ¿cómo? Lo primero, por la grande estimacion que nos dió de esta gloria de Dios; y lo segundo, por el propio y esencial interés que nos hizo hallar en ella. Cuando nos dedicamos á considerar el misterio de la Encarnacion divina, y cuando viendo á Jesucristo en el estado que la fe nos lo propone, venimos á hacer estas reflexiones: que por reparar la gloria de Dios descendió un Dios del trono de su Majestad, y no creyó fuese un estado demasiado gravoso envilecerse de este modo y anonadarse: que no conoció medio mas propio que éste, ni otro precio que pudiese igualar al bien que iba á restablecer; que no obstante todo lo que le habia de costar, quiso mas bien sujetarse á los últimos extremos de la miseria humana, que dejar de volver á su Padre toda la gloria que se le habia quitado, sin menoscabar de ella el menor grado; por poco que discurramos y que comprendamos estos principios, ved las consecuencias que por sí mismas resultan, y estamos obligados á sacar. La primera, que la gloria de Dios es un bien superior á todos los bienes, pues fuera de Dios no hay otro bien á que no haya renunciado el Hijo de Dios por el restablecimiento de esta gloria. La segunda, que nada hay que no debamos sacrificar á la gloria de Dios, pues el mismo Hijo de Dios se sacrificó á ella. La ter-

cera, que procurar la gloria de Dios es lo mas grande y digno que hay de un hombre racional, y con mucha mas razon de un hombre cristiano, pues esta ha sido una obra digna tambien de un Hombre-Dios. La cuarta, por el contrario, que ofender la gloria de Dios es el mayor mal, porque es ofensa de Dios, y ofensa que no pudo ser expiada sino por los méritos de un Dios; esto es, por todos los dolores y desprecios que tuvo que padecer y á que se expuso. La última y legítima de todo lo dicho, que nada nos debe ser mas precioso, mas sagrado ni mas amable que la gloria de Dios; y que en nada podemos emplear mejor nuestro celo, que en extenderla y dilatarla en cuanto dependa de nosotros.

Otra consideracion debe tambien excitarnos á ello con mucha eficacia; y es, nuestro interés; y de todos nuestros intereses el mas importante, cual es nuestra salvacion, que está ligada á ella: porque la gloria de Dios y nuestra salvacion son aquí como inseparables. Con efecto; esta gloria de Dios en la Encarnacion del Verbo divino consiste en salvar los hombres, y obrar la grande obra de nuestra redencion; de tal modo, que en este misterio Dios glorificado y el hombre salvado son propiamente una misma cosa. ¿Cuánta parte, pues, debemos tomar en una gloria en que somos tan interesados? Hablando en general, cuanto mas contribuimos voluntariamente y con celo á la gloria de Dios, tanto mas adelantamos para con Dios, y tanto mas merecemos sus recompensas.

8. Pero ¿por qué medios podemos glorificar nosotros á Dios? Por los que el Salvador de los hombres vino á glorificarle. Jesucristo dió á conocer la gloria de Dios, haciendo conocer sus infinitas perfecciones; adoremos, pues, éstas, reconozcámoslas en la santa humanidad del Hijo de Dios, y tributémoslas en cada dia de este Adviento; y aun, si se puede, á cada hora, frecuentes y piadosos obsequios. Jesucristo vino tambien á restablecer la gloria de Dios, destruyendo el imperio del demonio; arrojemos, pues, de nuestro corazon este pernicioso enemigo, cuyas sugestiones hemos escuchado demasiado en muchas ocasiones; y para libertarnos enteramente de su tiranía, arrojemos con él otros muchos demonios domésticos que le han abierto la puerta, y han protegido sus perniciosos designios: estos demonios domésticos son vuestras pasiones é inclinaciones viciosas. Jesucristo vino á reparar la gloria de Dios por la destruccion y expiacion del pecado: lloremos nuestras culpas, borrémoslas con nuestras lágrimas y penitencia, tomemos las precauciones necesarias para libertarnos de las caidas á que el mundo podria arrastrarnos, y conservemos á Dios para siempre nuestras almas puras y

sin mancha. Jesucristo vino á asegurar la gloria de Dios contra los nuevos insultos del pecado por la renuncia á los bienes de la tierra, cuyo desarreglado amor corrompia al mundo; renunciemos á estos falsos bienes, á lo ménos con el corazon, si conocemos que no estamos llamados á renunciarlos con efecto.

Estas son, oh adorable Salvador, las excelentes reglas que venís á enseñarnos y que debemos seguir; pero para practicarlas y seguirlas, necesitamos de una gracia poderosa. ¿La hay acaso mas poderosa que la misma que traeis con vos? Dándonos una nueva ley, nos dais tambien una nueva gracia, que es la gracia del Redentor. Con el auxilio de ésta ¿qué no conseguiremos para gloria de vuestro Padre y vuestra? Nosotros no dejaremos de pedírosla con confianza, y vos no dejareis de derramarla sobre nosotros con abundancia. Ella nos alumbrará, nos guiará y nos sostendrá. Pero ¿qué será cuando á esta gracia interior añadireis la fuerza de vuestro ejemplo; y cuando saliendo del feliz seno donde estais escondido y oculto como en un santuario, os manifestareis al mundo y nos servireis de modelo? Apresuraos á manifestaros, que nosotros os esperamos y os deseamos: *Que se abra la tierra y produzca al Salvador*. Isai. xlv, 8. Que venga á llenarnos de su espíritu, á animarnos con sus afectos, á manifestarnos sus caminos, y á conducirnos, en fin, á la celestial bienaventuranza; donde, despues de haber glorificado á Dios en la tierra, debemos ser nosotros llenos enteramente de gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AFLICCIONES.

I.

Jacebat multitudo magna cæcorum, claudorum, aridorum.

Yacia allí una gran muchedumbre de ciegos, cojos y tullidos.

(*Joann.* v, 3.)

En este valle de lágrimas ¿qué hemos de hacer si no llorar? En este destierro penoso y aflictivo ¿qué hemos de tener si no aflicciones y penas? Una tierra inculta y embreñada ¿qué ha de producir si no malezas y espinas? Tal es el mundo, hermanos, tal es el mundo en que vivimos. Es un valle de miserias; es un destierro horroroso; es una tierra infeliz, fecunda solamente en pesares y amarguras; y estéril de todo punto en alegrías y en glorias. Id contando, si os parece, una larga serie de personas, desde el mas humilde súbdito hasta el mas augusto príncipe, y en todas vereis derramadas muchas gotas del cáliz de la amargura y de la copa del dolor. No hay Olimpo tan elevado á donde no lleguen las tempestades de las penas, ni roca tan fuerte y tan dura, que no excaven las aguas de las tribulaciones. Podemos decir, que las aflicciones son como una peste, que no perdona estado ni condicion; ó como una polilla, que roe las telas mas finas lo mismo que los mas groseros sayales. Los pastores de Lot turban á los de Abraham; Sara echa de casa á Agar; Laban mortifica á Jacob; Lia desprecia á Raquel; José es puesto en venta por sus hermanos y calumniado por su señora; Faraon oprime á Israel; los gabaonitas engañan á Josué; Absalon devasta las tierras de Joab y se rebela contra David; Mardoqueo no hace caso de Aman, Jezabel persigue á Elías; y en fin las aflicciones y sentimientos tienen un derecho incontrastable y universal sobre el linaje humano, y una especie de despotismo absoluto sobre los cetros y los cayados, sobre el sacerdocio y sobre la plebe. El mundo es semejante á aquella piscina de

Jerusalen, en donde no se veian mas que cojos, tullidos, ciegos y paralíticos: *Multitudo cæcorum, claudorum, aridorum.*

Que estas miserias y desdichas cayeran sobre los impíos como fruto digno de sus maldades, no era cosa de extrañar; lo que parece desacredita la providencia de un Dios justo y equitativo es, ver que los mas inocentes sienten tambien, y quizá mas de lleno, el peso de estas calamidades y son el blanco de los trabajos. De aquí tomaron los hombres motivos de extraviarse cuando se metieron en el intrincado laberinto de investigar la causa de las tribulaciones. Los maniqueos se imaginaban una deidad maligna, que siendo principio del mal, gustaba de distribuirle sobre la tierra. Pelagio ponia una naturaleza turbulenta, que no pudiendo subsistir en un estado, se complacia en turbar el órden del universo. Platon, en sentir de san Agustin, suponia un Dios, que no encontrando mas que culpados, no podia hacer sino infelices. Nosotros tenemos el entendimiento mas ilustrado que los herejes y paganos, y la religion y la fe nos inspiran sentimientos mas racionales. Todos los efectos que observamos en la naturaleza, por mas opuestos que parezcan al órden de las cosas, son disposiciones admirables de aquella sabiduría soberana de Dios, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja del árbol, ni un átomo del aire. Por lo mismo, cuanto adverso acaece á los justos en esta vida, está bajo el órden de la divina Providencia, que todo lo dispone para su bien. Yo quiero en este rato vindicar esta providencia de Dios, por si acaso á alguno parece ménos equitativa, y animar á todos á sufrir con gusto las tribulaciones de que se ven cercados; pues que éstas vienen de Dios, no como juez que castiga, sino como padre que ama. Digamos, pues, que las aflicciones de esta vida son medicinas específicas para la salud del hombre, ó bien sea justo, ó bien sea pecador. Si es justo, son materia de mérito y de corona; si es pecador, son motivo de reconocimiento y de conversion. Al justo le hacen perfecto, al pecador le hacen justo; y tanto en el uno como en el otro obran efectos admirables, si se reciben con humildad y se sufren con paciencia. A. M.

1. El profeta David no podia concordar la idea de una providencia soberana, justa y sabia con la prosperidad de los pecadores y con las aflicciones de los justos. Esta oposicion aparente le hacia vacilar en la fe, y fué necesario que Dios le descubriera sus ocultos designios para sostenerle. Pero es cierto, que si las aflicciones se miraran á buena luz, cesarian los motivos de queja contra la Providencia. Los pensamientos de Dios están muy distantes de nuestros pensamientos: los bienes de la tierra no son verdaderos bienes; por eso los comuni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ca á sus enemigos: los males de este mundo no son verdaderos males; por eso los distribuye á sus elegidos. Cuando viereis al impío exaltado, entronizado y pujante, no le tengais envidia, tenedle lástima: cuando viereis al justo humillado, abatido y sufriendo, no le tengais lástima, tenedle envidia. Esta es la grande dificultad que el mundo no penetra: acostumbrado á groseros resplandores, no percibe la sencillez de aquella luz divina que lleva diversos rumbos. La prosperidad es una gloria halagüeña y atractiva; por eso se apetece: las riquezas son la llave maestra para ganar voluntades; por eso se buscan con ansia: la elevacion es el altar de los sacrificios; por eso tantos pretenden elevarse: los deleites son la golosina del gusto; por eso se ceban tantos en sus dulzuras: todos los bienes del mundo ocultan sus horrores y fealdades, y se visten de galas y adornos postizos para sorprender á sus amadores; y con esta fantástica y adulterada hermosura logran una tropa numerosísima de secuaces, que corren desalados á cargar con el hierro dorado de sus cadenas. Pero los trabajos, las cruces y las desdichas, como no se dejan ver sino con semblante funesto, con rostro ceñudo, amargo y desabrido, todos huyen de ellas como de la muerte, se aborrecen, se abominan, y el lleno de la desgracia es sentir el azote de la afliccion. ¡Juicio errado en todas sus partes, hermanos mios, como son casi todos los del mundo! Por eso mismo que la gloria mundana infatúa, corrompe y deslumbra, Dios libra al justo de estos escollos y le hace sentir los pesares, para que no le arrastre el torrente rápido de los placeres: lo que os parece que le es mas contrario, eso puntualmente le es mas ventajoso, decia el apóstol san Pablo. El hierro de la tribulacion labra la tierra del alma y la hace fecunda en virtud: este fuego disuelve el oro de la voluntad y la purifica: esta mano pesada no hace mas que arrancar la apostema para impedir la corrupcion: podemos decir, que este leon de Sanson oculta en su boca un enjambre de abejas, que fabrican el mas dulce y sabroso panal. Hable el impío con verdad y diga: ¿cuáles son las consecuencias de las glorias del mundo? La relajacion del espíritu, el desenfreno de las pasiones, la soltura de los sentidos, el olvido de Dios, el desprecio de la ley, el abandono de su propia salud, y un letargo profundo en que le puso amodorrado el vino de las delicias. Hable el justo por experiencia y diga: ¿qué efectos produce la adversidad? La renovacion del alma, la elevacion de la mente, la reforma de las costumbres, la humildad del corazon, el dolor de sus pasadas tibiezas, el propósito de corregir su conducta, el desprecio del siglo presente, la memoria de la eternidad, el deseo de descansar con Jesucristo, y la satisfaccion de saber, que Dios no

desprecia jamas un espíritu atribulado. En la tribulacion sacude la pereza, renueva el fervor, acude á Dios, implora sus piedades, conoce su nada, sofoca su soberbia, ahoga los humos de su altivez y adora con rendimiento la mano del que le hiere para sanarle. ¿Es esto castigo ó es amor?

Contemplad á Salomon y á Job, dos vivos retratos diametralmente opuestos, el primero de prosperidad, el segundo de miseria; poned los ojos en la gloria de Salomon, y hallareis cuanto el corazon humano pudiera desear: riquezas y tesoros inmensos, palacios magníficos y edificios soberbios en que sudaron el arte y el ingenio; estados amenos y floridos, jardines deliciosos, embelesos de la vista y del entendimiento, así por la simetría de sus cuadros como por la diversidad de las plantas y de las flores; un rey pacífico y majestuoso, amado de sus vasallos, respetado de los príncipes y monarcas, y admirado de toda la tierra; sus deseos no bien formados cuando ya cumplidos; la fortuna se le rie, descansa en brazos de la felicidad, y todas las criaturas parecen nacidas para sus glorias. Volveos luego hácia Job, aquel pobre hombre que será siempre por antonomasia el varon de dolores y el primogénito entre los afligidos, y vereis, que sus bienes se desvanecen como el humo, se arruinan sus casas, le usurpan sus derechos, la muerte acaba de un golpe con sus hijos; sus amigos le abandonan, sus domésticos le maltratan, los extraños se burlan de él, su misma mujer le insulta y le impropera; y como si no fueran bastantes los hombres para afligirle, el cielo se conjura y se arma para su ruina: multiplica heridas, acrecienta llagas, sus carnes comidas de gusanos, sus huesos podridos de la lepra; herido de piés á cabeza, tirado en un muladar como el desecho del pueblo presenta una imágen de calamidad y desdicha, que mueve á lástima con solo acordarse de su infelicidad y desventura. Yo os pregunto que me digais, ¿cuál de estos dos hombres os parece mas favorecido de Dios? Si decís que Salomon, os engañais enteramente: la larga prosperidad perdió á Salomon, oscureció sus luces, embriagó y corrompió su corazon, fué demasiado feliz para permanecer fiel; al contrario, las adversidades de Job sirvieron de lustre á su paciencia y de sustentáculo á su virtud. A Salomon le dió el Señor sabiduría; pero ¿qué es la sabiduría en medio de una fortuna constantemente risueña? A Job le trató con mas amor, con mas particulares miras; por eso le probó con aflicciones.

Aunque las aflicciones no produjeran otro efecto que humillar al hombre y ejercitar su paciencia, era suficiente motivo para recibirlas con gusto, besar la mano de quien las envia; pero tienen otro efecto

mas noble, que es hacer al justo vivo retrato de Jesucristo y grabar en su alma la imágen del Salvador. Dios os ha elegido, decia el apóstol san Pablo á los fieles de Roma, Dios os ha elegido y predestinado para que seais conformes á la imágen de su Hijo: *Conformes fieri imagini filii sui.* ¡Oh dechado divino, que bajaste del cielo para reformar la tierra; enséñanos el camino recto para la patria, y graba sobre nuestro pecho los caracteres propios de los hijos de Dios! ¡Ah! hermanos, no busqueis otro sello que el sello de los trabajos y la prueba de la tribulacion. La cabeza coronada de espinas exige de justicia, que los miembros sean participantes de la amargura y de la hiel. Si el Padre eterno no perdonó á su propio Hijo; si le llagó de piés á cabeza y le hirió como á un leproso; los siervos ingratos y rebeldes ¿pueden esperar otro tratamiento de aquel rectísimo Dios, que nada impuro sufre delante de su presencia? ¿No es un favor y una gracia hacernos entrar, mal que nos pese, por la misma puerta estrecha por donde entró sin merecerlo el Jefe de nuestra salud? Cuando yo mire en el espejo sangriento de Cristo crucificado, ¿podré despegar mis labios para la queja, por mas que descarguen sobre mí las olas hinchadas del mar de la tribulacion? Cuando veo al Señor de la gloria y al primogénito entre los escogidos despreciado del mundo, perseguido, tenido por loco, maldecido y blasfemado; ¿será de extrañar, que yo experimente algunos tiros del ódio ó de la envidia de mis hermanos, y beba algunas gotas del cáliz del dolor y de la amargura? Si el autor de lo criado sufrió en su persona real el hambre, la desnudez, la pobreza y la muerte de cruz, ¿será mucho, que un vasallo fiel que se gloría de leal y agradecido, entre á la parte en estos despojos dolorosos, que cupieron al príncipe y monarca de los cielos? Si yo deseo cursar la escuela de la verdad en que se enseña la doctrina del cielo, ¿no será justo, que me proponga por maestro á un Dios pobre y necesitado, á un Dios cubierto de oprobio y de ignominia, á un Dios llagado y herido y exhalando su alma entre angustias y tormentos? Cada cosa en este mundo, decia san Gerónimo, tiene sus modelos perfectos para la imitacion. Los capitanes romanos imiten á los Camilos, Fabricios, Régulos, Scipiones: los filósofos imiten á Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles: los poetas imiten á Homero, Virgilio, Menandro, Terencio; pero el cristiano no tiene objeto mas noble, ni otro ejemplar mas perfecto, que Cristo crucificado. Este es el libro de oro que se ha de registrar, leer, encomendar á la memoria y grabar todas sus cláusulas en la mente y en el corazon. En este volúmen misterioso se contiene la suma del valor bélico, de la penetracion filosófica, de la armonía poética y la quinta esencia de

la sabiduría cristiana. Por lo que á mí toca, Dios me libre de gloriarme jamas en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado conmigo y yo con el mundo. Yo no quiero prosperidades del mundo, ni aplausos del mundo, ni riquezas del mundo, ni deleites del mundo, ni honores, pompas, bienes y glorias del mundo; no quiero otra cosa que ser conforme á la imágen del Hijo de Dios, que se abatió por mí hasta la muerte: *Conformes fieri imagini filii sui.*

Cuando yo veo á los patriarcas, que fueron los amigos de Dios, burlados, perseguidos, calumniados por un pueblo inconstante y revoltoso; cuando veo á los profetas, que anunciaron las verdades eternas, tenidos por impostores y falsarios, empozados, aserrados, degollados; cuando veo á los apóstoles, que fueron los primeros maestros del Evangelio, huyendo de la presencia de los tiranos, sosteniendo los tiros mas amargos de la envidia y del ódio, acometidos de unos lobos hambrientos y espirando entre sus garras; cuando veo un ejército glorioso de mártires, que cansan á los verdugos sin cansarse su constancia, alegres entre los grillos y las cadenas, entre los ecúleos y las catastas, entre los azotes y los clavos y cuantos instrumentos inventó la barbarie; cuando veo á los anacoretas y solitarios habitando en las grutas y cavernas sin mas compañía que las fieras, sin mas sustento que el pan mezclado con lágrimas, sin mas descanso que la dura tierra, pálidos, macilentos, consumidos á fuerza de rigores, ayunos y vigilias; cuando veo al ilustre coro de las vírgenes sepultadas vivas, encerradas en las paredes de un claustro, hechas voluntarias prisioneras y esclavas del esposo de la sangre, muertas al mundo y sus placeres, llevando sobre sus hombros la cruz de la penitencia, vestidas de saco y de cilicio sin atreverse á mirar al cielo por la confusion que cubre su rostro; cuando veo en los hospitales públicos ó en los retiros secretos, hombres postrados en el lecho del dolor, mas cadáveres que vivientes, para quienes la cama es un potro y un martirio, el sueño huye de sus ojos, las noches interminables, los quejidos contínuos, abandonados á la indigencia y pobreza, faltos de todo ménos de la paciencia cristiana; cuando veo á todos estos discípulos del Calvario, que llevan en su cuerpo y en su alma los carácteres de la mortificacion, y las llagas de Jesucristo enclavado; no puedo contener mi regocijo y me veo forzado á clamar: alegraos, almas dichosas, que vuestros nombres están escritos en el cielo: en medio de un mundo voluptuoso y regalado hallo todavía semilla de consuelo, pues hallo compañeros de Jesús en sus dolores; adorad la mano que os azota, y recibid estos golpes co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo favores y gracias. Dichoso el hombre que ofrece á Dios un sacrificio doloroso. ¡Qué brillante saldrá á su tiempo del crisol de las tribulaciones! Será un oro probado por siete veces, será marcado con el sello de la divinidad, y llevará grabada en su corazon la imágen de Jesucristo.

2. Si la providencia de Dios es adorable en órden á los justos á quienes aflige, respecto de los pecadores á quienes castiga, es justa y equitativa y al mismo tiempo benigna y amorosa. Es justa, porque los pecadores, por lo mismo que son culpados, han perdido los derechos que la inocencia les daba sobre el goce de los bienes de que se ven privados, y, por consiguiente, no les hace agravio si les quita aquellas gracias de que han abusado contra el autor que las dió. El jóven disoluto y voluptuoso, que ha perdido la salud, y se ve postrado en una cama lleno de achaques y dolores, no tiene de que quejarse, pues que se sirvió de la salud y robustez para ofender al Señor y fué la ruina espiritual de muchas almas. La doncella vana y remirada, que por un accidente impensado ha padecido notable alteracion en las facciones del rostro ó en la gentileza del cuerpo, y se ve desechada de todos aquellos de quienes fué el ídolo en otro tiempo, no tiene de que quejarse, porque hizo instrumento de la maldad lo que fué dádiva graciosa del autor de la naturaleza. El rico duro y soberbio, que por un golpe de fortuna se ve reducido á la miseria, no tiene de que quejarse, pues que no manejó las riquezas que le dispensó francamente la mano del Altísimo con desprendimiento generoso, sino que las retuvo con afecto criminal, y se sirvió de ellas, no para el alivio, sino para la opresion de los pobres, ó tal vez, para lascivias y liviandades. El esposo que perdió la esposa, ó la madre que ha perdido al hijo á quien desordenadamente amaba, no tiene de que quejarse, pues con este excesivo afecto profanó su corazon, y quitó á Dios el culto que á él solo se le debe. Todos los trabajos que cargan sobre los pecadores les son muy bien merecidos; y aun es punto de honor en Dios, vengar el torpe abuso que han hecho de sus bienes, y detener con este freno el curso de sus profanaciones. No hay motivo de resentimiento ni de queja contra Dios, pues mereciendo ellos por sus iniquidades el infierno mismo y una pena interminable, usa de demasiada clemencia conmutándola en unas penas ligeras, temporales, transitorias y llevaderas, ordenadas para su bien.

Estas razones son tan palmarias, que no dejan lugar á la réplica. Pero yo añado ahora para consuelo de todos, que las aflicciones, en los pecadores, no son meramente castigos proporcionados al pecado y á la culpa, sino que son misericordias y regalos de la divina piedad, cuyos designios se han de adorar y bendecir. ¿Qué es el hombre abandonado á sus pasiones y al goce de las delicias terrenas? Es un caballo desbocado que no obedece al freno; es un torrente impetuoso que rompe cuantos diques se le ponen delante; es un frenético cuya fantasía se halla llena y fecundada de especies lisonjeras: olvidado de Dios y de sí mismo, no se acuerda ni de su mortalidad, ni del barro de que está compuesto. Las verdades mas fuertes de la religion son ecos lánguidos, que apenas hieren sus oidos; se obceca voluntariamente, y tal vez tiene osadía de disputar á la fe sus dogmas y sus artículos; oye con gusto á los que raciocinan con libertad de los premios y castigos de la otra vida; insensiblemente se va rozando con el materialismo; y empapado en especies y nociones halagüeñas, no se acuerda de la muerte que le amenaza, ni del juicio que le espera: pasa los años en destemplanzas, en libertinaje, en juegos, saraos y torpezas; y cuanto mas se envejece mas se imposibilita para el remedio. Oscurecido el espíritu, emponzoñado el corazon y todas las potencias cautivas, no admite consejo saludable y levanta un altar sacrílego á la deidad de sus antojos, sin consultar otro oráculo que el amor propio, el amor del mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. ¿Quién despertará á este hombre del letargo ó le dará un grito tan fuerte, que le haga levantar del lecho del pecado ó le saque del abismo en que está hundido? En lo humano no hay fuerzas para esta grande obra; pero el Señor, que conserva todavía algunas miras amorosas sobre esta alma perdida, empieza á suavizar su dureza por medio de las tribulaciones y del castigo: medio fuerte, pero poderoso, al parecer cruel, pero en realidad benigno. Este hombre, dice el Señor, como en otro tiempo al pueblo ingrato, este hombre merecia ser abandonado á su misma ceguedad; mas yo le tocaré con la vara de mi justicia: á pesar mio lo hago; pero su obstinacion me fuerza. Despreciaste mi voz; yo guardaré silencio: perseguiste á mis ministros y te burlaste de ellos; ya no verás otros: los profetas que te instruirán serán la cautividad, la opresion y la miseria; entónces abrirás los ojos y te llenarás de saludable confusion: *Tunc confunderis et erubesces.*

Al trueno de la desgracia se desvanece la nube de la ilusion y entra el hombre á conocerse á sí mismo, á conocer el mundo y á conocer á Dios. Quitado el velo postizo que le tenia deslumbrado, se halla despojado de todo lo de afuera, que le es extraño y como prestado, y no ve mas que sus miserias y sus cualidades personales en que es igual el resto de los hombres. Entónces pierde su fiereza y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

altanería de su genio lisonjeado por la adulacion, y entra dentro de su corazon á mirarse con verdad y avergonzarse de su pasada soberbia: *Tunc confunderis et erubesces*. Empieza tambien á conocer al mundo; porque aunque en la prosperidad tenia una idea general de que sus bienes eran frágiles y engañosos, era una idea estéril é infecunda, que no le hacia ni mas recatado, ni mas desprendido; pero la adversidad los pinta como son y hace sentir sus amarguras. Ella enseña, que nada queda de consuelo en la grandeza, en la fortuna, en la opulencia, en la gloria, en la reputacion y en el honor. Enseña que los bienes son vanos, que los hombres son inconstantes, que los amigos son pérfidos y huyen cuando mas se necesitan. ¡Ah! decia David en medio de su desgracia, yo lo digo y lo diré sin retractarme; todo hombre es mentiroso y falso; el mundo está lleno de almas bajas y venales, que sirven al que mas da: los cortesanos son mercenarios vendidos á la fortuna y postrados delante de aquel altar en que se distribuyen mas gracias. Quitad el ídolo; le maldecirán: colocad otro; á este darán su adoracion. Un hombre indigno, si es poderoso, hallará mil aprobadores de sus ruindades; un hombre virtuoso, si es infeliz, no hallará quien le consuele: *Tunc confunderis et erubesces*.

Finalmente, en la prosperidad no se conoce á Dios, porque el hombre engreido y pagado de sí mismo, no se acuerda del autor de su sér y le parece que es independiente de todos; y aun se atreverá á insultar á la divinidad como Rapsaces, ó habérselas con el mismo Dios como el rey de los asirios; pero la adversidad sana de raiz esta locura, abate el ánimo insolente, y hace levantar los ojos y el corazon á la mano que hiere. Yo veo á Nabucodonosor vencedor, sembrar la desolacion en Jerusalen, arruinar el templo, robar los vasos sagrados, y dejar por todas partes señales de su impiedad y de su furor; yo veo á Nabucodonosor humillado y abatido adorar el poder de Dios y temblar de sus juicios. Yo veo á Manasés engreido en sus prosperidades, renovar las antiguas abominaciones y añadir otras nuevas, y, por su pésimo ejemplo, arrastrar el pueblo de Judá á la supersticion é idolatría; yo veo á Manasés, cargado de hierro y encerrado en un calabozo, confesar, que no hay otro Dios que el Señor del universo. Yo veo á los israelitas triunfantes doblar la rodilla á las deidades extranjeras; yo veo á los israelitas tributarios de las naciones y gimiendo bajo el yugo de los babilonios, invocar al Dios de sus padres y llorar amargamente su sacrílega apostasía. ¿Qué me canso? Yo veo á los grandes hombres que el mundo adora, en sus glorias y felicidades hinchados, soberbios, insolentes, indómitos,

despreciar á los mortales, insultar al cielo y á la tierra; pero á estos mismos, heridos de la mano de Dios, cercados de penas y dolores y tendidos en el lecho de la muerte, los veo hablar en otro tono, hacer otro juicio de la farsa del mundo, abrir los ojos á la ilusion é impostura, entrar en sentimientos humildes, clamar al cielo por aquel remedio y consolacion, que no puede venir de la tierra. Entónces se confunde el hombre, se avergüenza de su locura, da lugar á los sanos consejos, y sigue la direccion de una mano atinada que le guia por las sendas de la vida. Este hombre se hubiera perdido sin remedio; pero la afliccion curó sus llagas y le inspiró sentimientos de salud. ¿No es esto, bondad y misericordia de Dios? ¡Oh trabajos! yo os miraré como la semilla de la vida eterna, como las armas mas propias para conquistar la ciudad santa, y como el medicamento específico contra el veneno de la felicidad mundana, que infatúa los corazones. No hay que temer, hermanos mios, estas espinas y esta hiel; estad ciertos, que estas espinas han de brotar fragantes rosas, y que esta hiel se ha de convertir en dulzura y en gozo sempiterno. No apetezcais una vida colmada de felicidad y gloria, que estaria expuesta á una inevitable ruina; consolaos con los trabajos que nos ha dejado por herencia el maestro de la virtud; ellos os humillarán, os purificarán, os desapegarán del mundo, os adquirirán méritos para la patria, y os harán imitadores de Jesucristo, que fué afligido hasta la muerte.

¡Oh Dios mio, que tanto padecisteis por mi bien! haced que tambien yo padezca por vuestra honra. Dadme un pecho generoso, un corazon inclinado á trabajos, deseoso de la cruz y de las amarguras del Calvario, para que mi vida sea una copia de la vuestra, y reciba la corona inmortal en la eternidad de la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AFLICCIONES.

II.

Plorabitis et flebitis vos, mundus autem gaudebit.

Vosotros llorareis y plañireis, miéntras el mundo se regocijará.

(*Joann.* XXI, 20.)

Lágrimas y aflicciones: tal es, hermanos mios, nuestra herencia aquí bajo; y digo nuestra herencia, porque miéntras estemos en la afliccion, el mundo se alegrará; *Mundus autem gaudebit.* Mas por los dolores cristianamente aceptados, Dios nos prepara los goces eternos: *Sed tristitia vestra vertetur in gaudium.*

Esta doble promesa de Jesucristo encierra esencialmente el carácter de nuestra santa religion, que, elevando y sobrenaturalizando al hombre, nos señala mas allá de los sentidos, y aun mas allá de esta vida, la realizacion de la dicha; y si el mundo se alegra, ó mas bien cree alegrarse de lo que nos entristece, ¡ah! compadezcámosle y no le envidiemos esta alegría insensata, porque ella es de un dia, y la nuestra no tendrá fin; porque aquel que busque y crea encontrar aquí bajo todas sus satisfacciones, aquel no irá allá arriba; por el presente renuncia el porvenir, por la criatura renuncia al Criador; y se le dará segun lo que haya elegido.

Por esta doble promesa el Mesías echó por tierra la doctrina y las falsas esperanzas de la mayor parte de los judíos, que pedian á esta vida la recompensa de la sumision á la ley.

Por esta doble promesa, en fin, el Salvador ponia su palabra en perfecta armonía con los hechos, con la tradicion, con la creencia de todo lo que la gentilidad ha visto de espíritus rectos y de corazones generosamente ambiciosos.

Las aflicciones son un hecho, los sufrimientos del justo son un hecho, la prosperidad de los malvados es igualmente un hecho muchas veces probado; y en fin, la esperanza de una equitativa compensacion está en el fondo de todas las religiones: ella ha sobrevivido á la alteracion del dogma primitivo y final. Y aquel que venia á traer á los unos y á corroborar á los otros la fe en la inmortalidad del alma, daba prueba cuando prometia á sus discípulos las tribulaciones, las penas, los males de este mundo, porque evidentemente no podia ser á título de recompensa: esto era, pues, á título de prueba, como medio de santificacion, que debia estar seguido de coronacion en la alegría.

Nuestros males nos vienen de la caida: hoy me limito á enunciar esta verdad. Nos vienen tambien de nuestros pecados particulares: otra verdad que no quiero desenvolver. Únicamente examinaré la utilidad de las aflicciones, independientemente de sus causas, como pruebas y como medio de santificacion. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

Las aflicciones facilitan la salvacion, porque nadie se salva si no está puro, y nadie está puro si no está purificado. Nuestros dolores nos purifican de dos maneras: cuando son expiatorios, y el arrepentimiento les acompaña, anulan los pecados del individuo, bien así como los dolores y el sacrificio de Jesucristo anularon el pecado del linage humano, y lavaron la mancha original; cuando son santificantes, purifican hasta las disposiciones del alma. Me explicaré.

Seguramente, hermanos mios, que la felicidad, la prosperidad, deberia excitar en nosotros el amor de Dios; y cuanto mas dichosos fuéramos, tanto mas deberíamos perfeccionarnos por reconocimiento. Pero generalmente no es así; y el ejemplo de nuestro primer padre estaba para enseñarnos, que este sér limitado, creado, sacado de la nada, no siempre atribuye á Dios las gracias que de él recibe. Olvida con bastante frecuencia, que por sí mismo no es nada: si es hermoso, si disfruta de salud, si es fuerte, recto, si está dotado de una brillante inteligencia, si recibe homenajes del mundo, si obtiene una elevada posicion, si todo le sale á medida de su deseo, si es, en fin, lo que se llama dichoso; ¿qué es lo que pasa en su corazon, qué es lo que siente? ¿Es acaso la gratitud, el amor hácia Aquel que le ha colmado de dones? Ciertamente no, sino un orgullo, un estúpido orgullo, y lo que acompaña al orgullo; es decir, cierto desden por todo aquello que no le pertenece; por consiguiente, unos sentimientos contrarios á la caridad. Entre alabarse á sí mismo y burlarse del prójimo, no hay mas que un paso, que tarde ó temprano se da.

La prosperidad constante nos vuelve orgullosos y nos hace egoistas. La prosperidad destruye ó debilita la simpatía. ¿Qué es lo que constituye la simpatía? Sufrir, ó al ménos sentir y padecer con el prójimo y como el prójimo. Es difícil juzgar de lo que no se ha experimentado; y si la inteligencia basta para darnos ciertas nociones, por cierto que estas nociones no son las de los agenos dolores, tan variados, tan particulares, tan íntimos. Un hombre que habitualmente es dichoso, que no ha experimentado la afliccion, es, en cierto modo, ciego ó sordo; las miserias que gimen á su alrededor le son completamente extrañas. Tampoco es raro oir á estos séres, hablando de los dones temporales: «¡No comprendo cómo estos llorones no están contentos jamas! —¡Debe uno acomodarse á su posicion!» Y otras palabras ineptas, que indican una ruina completa de la simpatía. Tratan á uno de cobarde, ellos que jamas han combatido; á este otro de holgazan, ellos que jamas han trabajado: nunca han amado, y se burlan agradablemente de la sensibilidad. Son mónstruos: ¡ojalá la afliccion los convierta en hombres!

Tal vez me direis, que me complazco en presentaros un tipo odioso... Amigos mios, podreis, si os gusta, desechar el retrato; pero encontrareis á cada paso el original. Os confieso que yo únicamente he pintado la excepcion; no es ménos cierto, empero, que todos los dias encontrais en el mundo hombres, mas ó ménos gastados por la prosperidad, y que se muestran mas ó ménos insensibles á los sufrimientos de otro.

Todavia hay, pues, para contribuir á este egoismo, la complacencia en la felicidad, en la quietud, y el temor de salir de su regla, de verse obligado á compadecerse. Algunos hay que consienten en obligar á que se les tenga caridad, pero ellos jamas la tienen; tal vez en sueños les turbaria la memoria de aquel enfermo, de aquel pobre, de aquel loco....

Y de este modo acaba de extinguirse en ellos la sensibilidad, que aun habia quedado por fortuna: ésta muere por falta de ejercicio.

En fin, á los vicios del orgullo y del egoismo, de la prosperidad completa, que, segun el mundo, comprende la riqueza, y por consiguiente el poder, añádense todavia los vicios particulares de la sensualidad. La facilidad de los placeres acarrea prontamente el abuso, y las adulaciones de que el dichoso del siglo se halla rodeado, tuercen su conciencia y dejan el campo libre á sus pasiones, que no tienen correctivo.

Ved pues las tres inseparables compañeras de la prosperidad. Si

no estan instaladas con ella en la casa del pretendido feliz, ellas están siempre á la puerta, vigilantes, obstinadas, artificiosas como el tentador.

2. ¿Quién libertará esas almas? La afliccion, la cruz, que ya nos ha hecho asequible el cielo. ***Beati qui lugent:*** Bienaventurados los que lloran.

Sí, hermanos mios; los contratiempos, las ingratitudes, las enfermedades curan al feliz del siglo, purifican, como os he dicho, cambiando las disposiciones de su alma. Ha considerado como cosas que se le debian los dones temporales. Al perder estos dones, recuerda su propia nada, porque Dios le dijo al herirle: «Si tú hubieras poseido todas estas cosas por tu propio hecho, las conservarias por tu solo deseo. Yo soy quien te he elevado, yo soy quien te humillo.» El orgullo está, si no destruido, al ménos duramente atacado.

«Sufrirás en adelante, y comprenderás el sufrimiento; serás desdeñado á fin de que te arrepientas de tus desdenes; carecerás de socorros á fin de que te arrepientas de tu dureza....» Asi es atacado el egoismo. «Los placeres vergonzosos, que te hacian fáciles tus seducciones, estos placeres huirán con tu belleza, tu riqueza, tu poder, tu alegría. El golpe con que te he herido impedirá que cometas nuevas faltas. Pero la misericordia del castigo se extiende mas allá: extinguiré en el interior de tu alma, hasta el deseo intemperante, rompiendo violentamente la costumbre, llevando tus pensamientos hácia tus miserias, hácia la lucha, hácia la necesidad del trabajo.» Ved, pues, un freno á la sensualidad.

Pero estos, hermanos mios, no son sino los primeros efectos, los primeros resultados de la afliccion: otros vendrán en pos de ellos. ¿Cuáles? Helos aquí: un sentimiento general de su propia insuficiencia, la humildad; el sentimiento por los sufrimientos de otro, la caridad; el disgusto de la sensualidad por su comparacion con la calma y la dignidad recobradas en la temperancia, la castidad. Estos son los preciosos dones de Dios que nos proporciona la afliccion: yo espero estos dones productivos para el cielo: la humildad, la caridad, la castidad; tal es la vida del divino precursor, tal es la vida de su santísima Madre, tal es la vida de Jesucristo. La cruz puesta por Dios sobre las espaldas del hombre, es la que hace germinar de este modo en su pecho las virtudes enseñadas y practicadas por el divino modelo: ***Omnes qui pie volunt vivent in Christo-Jesu, persecutionem patientur.***

Este asunto, hermanos mios, es inagotable, y el tiempo me precisa. Justicia de las aflicciones, utilidad de las aflicciones, felicidad hasta de las aflicciones y desgracias de los goces mundanos, son otras

tantas verdades que se subsiguen á nuestro texto. No terminaré sin haberos hecho notar, que si las disposiciones del alma son cambiadas y mejoradas por el hecho, por *el hecho* de las aflicciones, lo son tambien mucho mas profundamente, y por tanto con mas eficacia, por la *aceptacion*; esto es lo que me hace decir, que las aflicciones son una felicidad.

¡Comprendeis, hermanos mios, ser dichoso el que sufre! No pertenece sino á la religion cristiana el aceptar el hombre de fe y de esperanza, lo que rechaza el hombre de carne. Y ¿por qué esta dicha, por qué esta aceptacion? Porque Dios, que ha querido sufrir por nosotros, ha santificado, divinizado el sufrimiento; aceptando la afliccion, somos imitadores de Dios; y nada hay tan grande sobre la tierra como el justo oprimido. Pero hay todavía otra razon. Muchos de nuestros sufrimientos morales para nosotros, cristianos, son debidos á la contradiccion que hay del sarcasmo á la persecucion sangrienta, de la lucha contra los perjurios del mundo, á la lucha contra la violencia armada, de la discusion con los bellos y débiles espíritus, al testimonio ante la espada, de la humillacion al martirio. Sufrimos, pues, mucho y muchas veces por nuestra fe, por Jesucristo; sufrimos por amor, y no hay felicidad mas grande para un alma generosa, que sufrir por el objeto amado, que sacrificarse por él.

¡Ved despues, hermanos mios, la coronacion! Somos muy débiles para que Dios nos haya exigido el amor sin satisfaccion, el trabajo sin recompensa, la afliccion sin compensacion. Fuera de la tierra, pues, en el cielo será donde se regocijará vuestro corazon; *Et gaudebit cor vestrum.*

Nosotros, hijos de la ley nueva, no pediremos con el Profeta: *Quare via peccatorum prosperatur, et benè est omnibus qui iniquè agunt?* ¿Por qué la prosperidad de los malvados? ¿Por qué? Porque la prosperidad es un peligro, una tentacion; porque el malvado no es imitador de Dios, que ha llevado su cruz; porque es desgraciado aquel que recibe aquí bajo la débil recompensa que ha podido merecer; porque la felicidad aparente es siempre real; porque la felicidad suprema de aquí bajo consiste en una buena conciencia que incesantemente nos diga: «Tú sigues las huellas del Señor, tú imitas á tu Salvador, y como él serás coronado en los cielos. Es la gracia que os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

La Escritura nos enseña, que las aflicciones que Dios nos envia son un favor, una gracia, un señal de amor, porque 1.° por ellas Dios nos instruye: 2.° por ellas nos prueba.

I. El fin que Dios se propone, cuando permite que seamos afligidos, es instruirnos acerca de nuestras obligaciones. Así como hay una instruccion de palabra, de predicacion y de doctrina, hay tambien una instruccion de prueba. Por esto en la Escritura, á la afliccion se le da el nombre de *instruccion* y de *disciplina*. La prosperidad mundana nos ciega, y esta ceguedad no se cura sino como la de Tobías con hiel y amargura; quiero decir, por medio de la tribulacion.

Tres cosas, segun san Bernardo, corrigen al pecador: la vergüenza, el temor y la afliccion. El pudor ó la vergüenza nos representa el horror de nuestras faltas pasadas; pero este medio solo será bastante para las almas nobles y generosas; pues tal es el desarreglo y desórden de los hombres, que casi no causa vergüenza alguna el pecar.

El temor disminuye la codicia y concupiscencia por la viva aprension de las penas eternas; pero este temor se desvanece pronto, y se pierde en las profundidades de una esperanza oscura y sombría, porque el pecador se persuade, que antes de la muerte podrá hacer penitencia.

La afliccion es mas eficáz: abate y humilla el espíritu, y combate en nuestro corazon y en nuestros sentidos nuestras mas naturales inclinaciones, y nos da á conocer cuan justo es Dios. Cualquiera que resiste y se hace insensible á los castigos que Dios le envia para convertirle, mucho me temo que su espíritu esté envuelto en impenetrables tinieblas; tiemblo, y no me atrevo á decir, que desespero de su salvacion.

II. Dios, por la afliccion, conoce los que le aman. Nada descubre tanto los verdaderos amigos como la adversidad. Puédese amar á Dios en los bienes que nos hace ó en los males que nos envia; pero sujetarse con sumision á las órdenes, que repugnan á nuestras inclinaciones y á nuestro gusto, no puede ser efecto sino de una *caridad que todo lo sufre, todo lo espera y todo lo vence.* Corint. xiii, 7. Es difícil juzgar, si amamos á Dios con la pureza y con el desinterés ne-

cesario cuando todo nos sucede bien; pero alabar á Dios en la adversidad, serle fiel cuando nos aflige, es la prueba mas cierta de una constante fidelidad.

La afliccion no solamente nos prueba para con Dios; nos pone tambien á prueba para con nosotros mismos, dándonos á conocer nuestros defectos. El hombre retiene en el fondo de su corazon un instinto secreto de su primitiva nobleza, que le mantiene en su orgullo, y, ademas, siente en sí mismo los efectos de una corrupcion, que le arrojan en el abatimiento. Dios, por medio de la afliccion, nos saca de estos dos estados tan peligrosos: nos da á conocer nuestra flaqueza y nos humilla; nos hace sentir el poder de su gracia y nos consuela.

II.

Nacer, padecer, morir; hé aquí la vida del hombre. Nosotros buscamos la felicidad en los placeres, y Jesucristo, por el contrario, llama dichosos á los que padecen, á los que lloran. Aprovechémonos pues de las aflicciones, aprendamos á santificarlas. A este fin os demostraré: 1.°, cuales son los designios de Dios en las aflicciones: 2.°, como hemos de aceptarlas.

I. ¿Cuáles son los designios de Dios al enviarnos aflicciones? Mostrarse dueño absoluto del hombre, su padre y su juez.

El hombre, en la prosperidad, se olvida de Dios: *Non est Deus in conspectu ejus.* Sal. x, 5. En la afliccion reconoce el dominio del Criador. Jonás, que á la sombra de una yedra recibia grandísimo placer, es una figura del hombre en la prosperidad. El profeta no acataba las disposiciones de Dios, y el Señor envió un gusanillo que royese la raiz de la yedra, la cual se secó. Entónces entró en sí Jonás, y conformóse con la voluntad de Dios. Lo propio hace Dios con el pecador; le envia la afliccion, el gusanillo que corroe su prosperidad; y entónces se humilla, piensa en Dios y reconoce su dominio.

La adversidad es la escuela en que el hombre aprende que virtudes ha de practicar. *Beati qui lugent.* Matth. v, 5. Las aflicciones nos excitan á practicar la virtud, y por lo mismo, Dios, al enviárnoslas, muéstrase Padre bondadoso, que desea nuestra perfeccion para poder hacernos participantes de su felicidad.

El pecador, en la prosperidad, va diciendo: *Peccavi, et quid mihi accidit triste?* Eccles. v, 4. Dios, para obligarle á abandonar sus desórdenes, le dispensa gracias ordinarias, y luego empuña la vara de su justicia; y por medio de las aflicciones le conduce al arrepentimiento.

II. ¿Cómo debe portarse el hombre en la afliccion? Debe aceptarla por amor á la justicia, con resignacion y con gozo.

Bienaventurados, dice Jesucristo, *los que padecen por la justicia.* ¿Qué mérito tendrian nuestras aflicciones, si no las aceptásemos como venidas de Dios? El Señor nos las envia para purificarnos ó perfeccionarnos; aceptémoslas, pues, por amor á la justicia, ó á la perfeccion.

No se haga mi voluntad sino là tuya, decia Jesucristo en el huerto de Getsemaní; y lo mismo debemos decir nosotros en las aflicciones. Por lo mismo que nos vienen de Dios, que nos las envia para nuestra felicidad, hemos de aceptarlas con resignacion.

Aun mas: hemos de aceptarlas con gozo. *No os pongais caritristes como los hipócritas*, dice Jesucristo. La paz y el gozo en las aflicciones son á la vez una prueba de una virtud sólida, y el mas hermoso triunfo de la religion. Son una prueba de una virtud sólida, porque, como dice el Espíritu Santo, el hombre que no ha sido probado por la afliccion, nada sabe. Solo despues de haber probado á Abrahan, le dijo el Señor: *Ahora conozco que temes á Dios.* Gen. xii, 12.

Son tambien el mas hermoso triunfo de la religion. El cristiano, que recibe con gozo las aflicciones, es como el cedro del Líbano, que los vientos y las tempestades no abaten. El gozo de los mártires enmedio de los mas terribles tormentos, fué un espectáculo que llenó de asombro á los Césares, confundió á los filósofos, y convirtió á innumerables paganos.

Véase: ADVERSIDAD.—PENALIDADES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AGRADECIMIENTO.

I.

Nos debemus gratias agere Deo semper.
Nosotros debemos siempre dar gracias á Dios.
(*II Thesal.* II, 12.)

El deber del agradecimiento es tan natural en nosotros, como es natural que el efecto guarde relacion con su causa. Este es el título en virtud del cual Dios atrae hácia sí todas las cosas, pues, como dice san Dionisio, es causa de todas ellas; y como de Dios dimanan todos los beneficios, á Dios han de volver por medio de la gratitud. El agradecimiento es uno de los primeros principios de la moral humana, y otro de los mas sencillos axiomas de la razon. En todos tiempos, en todos los países, la gratitud ha sido el mas santo de los deberes, y parece que Dios la ha grabado en el corazon del linage humano como para servir de base á todas las virtudes.

Sin embargo, el desagradecimiento á los inmensos beneficios de todo género de que nuestro buen Dios no cesa de colmarnos, es un mal ó una injusticia muy general en el mundo. Recibimos de Dios constantemente grandes y preciosos dones, y son muy pocos los que se muestran reconocidos á tantos beneficios. El hombre, en su orgullo, ha presumido, ó que es omnipotente para hacerse á sí propio el bien, ó que Dios se lo debe todo de justicia. No puede explicarse sino de este modo el olvido en que tenemos los beneficios celestiales. El Señor socorre nuestras necesidades, aunque muchas veces no se lo pidamos; y únicamente exige de nosotros el agradecimiento, no por interés suyo, ó porque tenga necesidad de nuestras acciones de gracias, sino para que de este modo nos hagamos dignos de nuevos y mayores beneficios. ¿Qué no puede prometerse de un Señor, que es todo amor, todo bondad, todo misericordia, el que le rinde el respetuoso y debido homenaje por los beneficios recibidos, y le pide muy encarecidamente, que se digne en adelante favorecerle con su acostumbrada piedad y misericordia? Para que vosotros, mostrándoos reconocidos á los beneficios de Dios, merezcais que el Señor os dispense con mas abundancia sus dones, quiero demostraros, que el agradecimiento es por parte nuestra un deber, y reasume al propio tiempo el espíritu de la verdadera religion. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. En el antiguo y en el nuevo Testamento se prescribe el deber de la gratitud, ademas de imponérnoslo nuestra misma razon. En el antiguo Testamento vemos, que todos los beneficios grandes ó públicos dispensados por Dios, se recordaban por medio de alguna solemne fiesta, que era un público testimonio del general reconocimiento. La celebracion del sábado era el recuerdo del beneficio de la creacion. La fiesta de la Neomenia ó el primer dia del mes, tenia por objeto dar gracias á Dios por el beneficio de la conservacion y gobernacion de las cosas creadas. La fiesta de la Pascua no era mas que la memoria de haber sido el pueblo de Israel libertado de su esclavitud de Egipto. La de Pentecostés era el recuerdo de haber dado Dios la ley al pueblo. La de los Tabernáculos se referia á la proteccion dispensada por el Señor al pueblo hebreo en los cuarenta años de peregrinacion por el desierto. En el Levítico, Cap. VII, 12, se describe un sacrificio especial establecido por Dios, para manifestarle el agradecimiento al beneficio recibido.

Si del antiguo Testamento pasamos al nuevo, hallaremos aun mas explícita y frecuentemente establecido el deber del agradecimiento. Jesucristo no multiplica los panes y los peces sino despues de haber dado gracias á su eterno Padre, como para significar, que por medio del agradecimiento y de la accion de gracias, alcanzaba la virtud de alimentar á la multitud que le rodeaba con tan pocos panes y tan pocos peces. Lo propio hizo el Salvador antes de resucitar á Lázaro, y de instituir la sagrada Eucaristía; y aun este sacramento no le instituyó sino para dejarnos un medio de ofrecer á Dios una perpetua accion de gracias por el beneficio de la redencion. Bien puede decirse, que nuestra santa religion es, en el citado concepto, un incesante testimonio de gratitud, el mayor de los beneficios que nos ha dispensado Dios.

No es extraño, pues, que el grande intérprete de los designios de Dios y sublime maestro de nuestros deberes, S. Pablo, no se canse de recomendarnos el deber de la gratitud, diciéndonos, que demos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre gracias á Dios, que solo dejemos oir la voz del agradecimiento, y que por este medio dirijamos á Dios, todas nuestras oraciones. S. Pablo daba gracias á Dios, en nombre de los fieles, por los beneficios que habian recibido; gracias porque eran dóciles á su doctrina: gracias porque á él mismo, que habia perseguido á la Iglesia, le habia constituido apóstol; y entre las oraciones da absoluta preferencia á la accion de gracias.

Lo propio hicieron todos los justos, pues los íntimos sentimientos de reconocimiento, eran como el alma del culto que tributaban á Dios. Estos fueron los sentimientos que reveló Adan, ya en su estado de inocencia, ya en su arrepentimiento, como se desprende de la sagrada Escritura. Tales fueron los sentimientos de Abel, el primer justo y el primer mártir de la religion. Tales fueron los sentimientos de Enoc, que por la pureza de sus costumbres y por la elevacion de su fe, mereció el alto y apreciabilísimo testimonio de haber encontrado gracia en la presencia de Dios. Tales fueron los sentimientos de Noé, quien apenas hubo salido del arca, se ofreció sin reserva, por medio de un solemne holocausto, á la voluntad de su Criador. Tales fueron, por último, los sentimientos de los patriarcas, que vivieron en los siglos mas remotos y trasmitieron su agradecimiento á Abraham, á Isaac, á Jacob, y á Moisés, el promulgador de la ley eterna, escrita antes únicamente en los corazones y en las almas de todos los mortales.

¡Ah, si yo fuera capaz de hablaros debidamente del reconocimiento que estos grandes hombres profesaron hasta su último aliento al Dios misericordioso de sus padres! ¡Ojalá supiera, cuando ménos, describiros los lugares donde pasaron la mayor parte de su vida! ¿Veis, os diria, aquel desierto poblado en otro tiempo por naciones idólatras? Pues allí el patriarca Abrahan, inspirado por su profunda gratitud, edificó un altar al Señor, que se le habia aparecido, y se habia dignado infundirle las mas lisonjeras esperanzas. ¿Veis aquel recuesto cubierto de malezas? Allí fué donde Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, salió á recibir al padre de los creyentes, que venia cargado de palmas y laureles cogidos al enemigo; allí fué donde aquel rey de Salem levantó sus manos puras al Dios de las batallas, ofreciéndole por primera vez, en accion de gracias, el sacrificio de pan y vino que, como lo profetizó despues Malaquías, habia de santificar con el tiempo toda la tierra, y abolir para siempre los ritos y ceremonias del sacerdocio de Aaron. Os describiria entónces el monte sobre el cual sobrecogido Jacob de la noche, y cediendo á un profundo sueño, vió aquella mística escala que, descansando sobre la tierra,

se apoyaba por el otro extremo en el cielo; y os daria una idea del sitio en que, luego de dispertado, y antes de proseguir su viaje, rindió á Dios las debidas gracias. Tambien os mostraria la estéril ribera en la cual Moisés, caudillo del pueblo del Señor, al ver sumergido el ejército de Faraon, que le perseguia, entonó en presencia de los israelitas aquel admirable cántico que leemos en el libro del Exodo, miéntras María, su hermana, rodeada de un numeroso coro de mujeres, iba repitiendo con igual entusiasmo y afecto las mismas palabras. Por último, os haria la descripcion del lugar en que el mismo Moisés, ya muy próximo á la muerte, cantó, cual otró cisne, con mayor fuerza y dulzura que nunca, la bondad y misericordias del Señor, pronunciando, en presencia de los ancianos y doctores de las doce tribus, aquel sublime himno, que empieza por estas palabras: *Oid cielos lo que hablo: oiga la tierra lo que dicen mis labios.*

El viajero que recorre aquellos lugares, encuentra todavía, despues de tantos siglos, preciosos monumentos, que reproducen aun, por decirlo así, el eco de los suaves y amorosos cánticos, que entonaron tantas veces aquellos varones inspirados por la fe y el agradecimiento; se detiene á contemplarlos; y renovándosele al instante el agradable recuerdo de la sincera devocion de los tiempos heroicos, siéntese interiormente conmovido por un entusiasmo y un respeto, que le enternece hasta humedecer sus párpados.

Podria ahora, oyentes, añadir los innumerables y edificantes ejemplos del mas vivo y ardiente reconocimiento, que nos dieron á una los demas santos y profetas del antiguo Testamento, fieles discípulos de Moisés y de Abrahan; pero serian interminables las citas. ¡Ah! Isaías, Habacuc, Jeremías, Daniel, David, Ezequiel; ¡quién lograra un pequeño destello de aquella luz celestial que inundó tan copiosamente vuestras almas! ¡Quién sintiera en su interior una chispa siquiera de ese fuego de amor y de agradecimiento, que encendió tan grande hoguera en vuestros corazones, y que respira aun en vuestros incomparables cánticos y salmos! ¡Quién pudiera tambien imitar vuestro fervor, oh felices jóvenes, que, por mostraros agradecidos á Dios, no temisteis escitar la venganza inaudita de Nabucodonosor, y en medio del fuego de abrasado horno, merecisteis la dicha de ver y gozar de la compañia de un ángel del Señor, que os preservó de los efectos del fuego, haciendo que soplase á vuestro alrededor un viento fresco como el que se levanta por la mañana al caer el rocío sobre los campos! ¡Quién pudiera, repito, imitar vuestro amor y agradecimiento, oh santos jóvenes! ¡Quién pudiera acompañar con los latidos del corazon las sentidas frases con que los tres, co-

mo si fueseis un hombre solo, glorificabais y bendeciais al Señor, que os habia salvado, y pronunciabais aquel dulce cántico que, tomado de vuestros labios, resuena aun todos los dias bajo las sagradas bóvedas de nuestros templos, siendo la expresion mas significativa del profundo agradecimiento y respeto, que los fieles nos gloriamos de profesar á nuestro Criador y Redentor!

Ya lo veis oyentes; el espíritu de toda la ley antigua, segun la entendian y practicaban los patriarcas, los profetas y demas santos del antiguo Testamento, era un contínuo y sublime acto de gracias dirigido al Criador de cielo y tierra, por los beneficios recibidos de su inmensa bondad. Añado ahora, que este mismo generoso sentimiento es tambien y con mayor razon, el alma, digámoslo así, del Evangelio.

Haced, oyentes, esta reflexion. Si la ley de Moisés, con ser tan imperfecta; si la alianza antigua, representando solo en bosquejo, digámoslo así, los bienes venideros, no obstante inspiró á los profetas, á los patriarcas y á los demas santos que la profesaron, unos sentimientos tan tiernos de agradecimiento al Ser supremo, ¿qué será de la ley ó nueva alianza? ¿Qué comparacion podrá haber en este punto entre una ley, cuyo principal resorte era el temor, y otra ley cuyo único distintivo y carácter es el íntimo reconocimiento, fruto de la mas ardiente caridad? ¿Qué comparacion podrá haber en este concepto entre la ley del Sinaí, publicada en medio de un torbellino inmenso de humo, en medio de la oscuridad y de la tempestad, en medio del lúgubre fulgor de les relámpagos y rayos, y el ruido de los truenos; y la suavísima ley del Calvario, donde no hubo mas llamas sino las que consumian el corazon amantísimo de nuestro Salvador; donde no hubo mas oscuridad que la consiguiente al eclipse del sol, que se cubrió para no ser testigo de la monstruosa ingratitud con que los hombres trataban al Redentor de todo el universo; donde no se oyeron mas palabras que las pronunciadas por Jesucristo desde la cruz, mientras la sangre, que salia con gran copia de sus venas, gritaba, no venganza como la de Abel, sino misericordia y perdon para los mismos que la derramaban y para todos nosotros? Al publicarse la ley en el monte Sinaí, el mismo Moisés temblaba de espanto; y, al contrario, el alma, que levantada en las alas de la contemplacion sube en espíritu al Calvario, y presencia tan tierna y trágica escena, y ve abiertas aquellas cuatro fuentes de la divina misericordia, cuyas aguas lavan las manchas del pecado, y que, por último, ve salir la Iglesia, cual paloma sin mancha, de la llaga del costado del Salvador, se siente al instante conmovida extraordinariamente

por los mas vivos sentimientos, no de temor, sino de caridad; su corazon se abrasa y desfallece á la irresistible fuerza del amor, y no puede ménos de prorrumpir en gritos de alegría y alabanza, que acreditan la profunda gratitud que interiormente la embarga.

2. Nuestra divina ley es una viva imágen de la feliz sociedad de los ángeles y santos del cielo. Examinad detenida y aisladamente sus excelentes máximas, y confesareis, que el agradecimiento es su distintivo, su carácter, su espíritu con preferencia á cualquiera otra ley. Para convenceros mas y mas de esta verdad, recorramos rápidamente algunas de sus primeras y principales épocas.

En la aurora misma del claro dia, que habia de empezar con el establecimiento de la religion, desterrando del mundo las sombras del pecado, en los primeros crepúsculos de este despejado dia, ya se dejaron oir en todas partes los alegres himnos de accion de gracias con que los pocos justos, que habia entónces en la tierra, manifestaban su júbilo y alborozo por la proximidad de la redencion del mundo. Fijemos, por un momento, la atencion en la retirada casa de Isabel, teatro de las mas grandes maravillas. Apenas la Vírgen pisa sus umbrales, cuando el Bautista, agradecido, revela su contento en el vientre de su madre: Isabel bendice una y mil veces la Madre del Salvador; y esta soberana Señora, la mas reconocida de todas las criaturas, abre al instante sus virginales labios para enaltecer al Todopoderoso por su infinita bondad y misericordia, y porque se ha dignado poner los ojos en su esclava, y servirse de ella como de instrumento para la salvacion universal del género humano. Nace pocos meses despues el Bautista, y en el mismo instante vuelve á articular palabras la muda lengua de su padre Zacarías; y este venerable anciano y profeta, imitando el reciente y doméstico ejemplo de María, prorumpe en las mas afectuosas acciones de gracias al Señor, porque visitando á su pueblo le ha redimido, y porque se acordó de su santa promesa.

Nace, finalmente, el brillante sol de justicia, que ha de alumbrar á los buenos y á los malos; nace el divino Niño, que ha de ser el gozo, la esperanza, el remedio y el consuelo universal de las naciones; nace el divino Niño, que ha de establecer la nueva alianza, perdonar los pecados, fundar el reino eterno de la justicia, y dar entero cumplimiento á las profecías; nace este divino y admirable Niño á la silenciosa hora de media noche, en la soledad, en el desamparo y la pobreza de un pesebre; y al momento numerosas legiones de espíritus celestiales llenan los aires con el festivo cántico: *Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cas semanas despues ese mismo Niño, ese Dominador, ese Angel del Testamento, es presentado en el templo, y Simeon y Ana, justos respetables por su ancianidad y por su heróica virtud, ambos cediendo á una inspiracion del Espíritu Santo, cantan públicamente sus alabanzas, y le prestan respetuoso homenaje en nombre de todo el género humano. Tan cierto es, oyentes, que nuestra santa religion nació, por decirlo así, en medio de los cánticos de alegria y de accion de gracias, y que su espíritu y divisa es el mas vivo agradecimiento.

La brevedad del tiempo y el justo temor de cansar vuestra atencion no me permiten ampliar mas estas citas del Evangelio; pero no importa: en los impulsos de vuestro propio corazon hallareis el efecto de lo que pudiera deciros. Sí: las máximas de nuestra divina religion, que vosotros, hermanos mios, llevais grabadas desde niños en vuestras almas, acabarán de persuadiros con una elocuencia muda, pero irresistible, que el verdadero carácter de un cristiano ha de ser el agradecimiento. Decidme, sino; ¿qué se desprende del santo Evangelio? ¿Qué mas nos inculcan y persuaden con mayor encarecimiento los escritos de los apóstoles, y en particular los de S. Pablo, que es por excelencia el doctor de la gracia, y los de S. Juan, de cuyos labios solo se desprenden palabras de ternura y de amor? ¿Qué mas nos aconsejan las santas y augustas ceremonias de la Iglesia? ¿Qué significa la circunstancia de acabar casi todas sus oraciones con estas dos palabras, *gracias á Dios*, que los cristianos de los primeros siglos traian siempre en boca? ¿Qué significa la majestuosa y alegre armonía de las campanas, que desde lo alto de las torres invitan al pueblo á que vaya sin dilacion al templo santo á dar gracias al Dios misericordioso de sus padres? ¿Qué significan esas brillantes luces con que iluminamos los altares, esas lámparas, que de dia y de noche arden delante del santuario, sino, que nuestros corazones, penetrados del mas vivo reconocimiento, deben de contínuo ofrecerse y consumirse en holocausto? ¿Qué significa ese precioso incienso, que los sacerdotes hacen humear en la presencia del Señor, sino, que nuestro reconocimiento debe despedir sin tregua un olor agradable por toda la congregacion de los fieles, elevándose de este modo nuestras oraciones sin ningun temor hasta el trono de la Trinidad beatísima? ¿Qué significa?.... Pero no acabaria nunca, oyentes, y me es preciso ya dar fin á mi discurso, en el que os he manifestado, que la gratitud es por parte nuestra un deber, y que el espíritu de los santos, el espíritu de uno y otro Testamento, el espíritu de la verdadera religion, que empezó en Adan, continuó en los patriarcas, fué publicado por Moisés, fué renovada y perfeccionada por Jesucristo, y que se propagará por todos los siglos, es, ha sido y será siempre el verdadero amor, del que proceden inmediata y contínuamente las fervorosas acciones de gracias.

No os olvideis, por lo tanto, de los beneficios que Dios os dispensa; no los pagueis con negra ingratitud. Recordadlos con frecuencia, sed siempre agradecidos; de este modo cumplireis con un importantísimo deber, y os encontrareis animados del espíritu de la verdadera religion. Ademas, siendo agradecidos, merecereis mayores beneficios, porque nunca permitirá el Señor que su generosidad sea menor que vuestra gratitud. A proporcion que le dareis gracias por los beneficios recibidos, atraereis sobre vosotros multiplicadas bendiciones celestiales, que os haran felices en el tiempo, y bienaventurados en la eternidad.

AGRADECIMIENTO.

II.

Nos debemus gratias agere Deo semper.
Nosotros debemos siempre dar gracias á Dios.
(*II Tessal.* II, 13.)

Entre los vicios que mas han inficionado en todos tiempos este miserable mundo en que vivimos los pecadores, bien puede asegurarse, en cierto modo, oyentes, que no hay ni ha habido ninguno mayor que la ingratitud á los inmensos beneficios que nuestro amabilísimo Criador nos dispensa de contínuo. Porque así como el íntimo y sincero agradecimiento que inspira el amor forma las mas dulces delicias de los ángeles y de los santos en el cielo, al contrario, la in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gratitud, que brota de la venenosa raíz de la soberbia y presuncion, causa en la tierra males y desgracias sin cuento. ¿Sabeis porque son tan pocos los fieles que adelantan en la virtud, que corresponden á su vocacion, y que siguen constantemente la estrecha senda que conduce al paraíso? ¿Sabeis porque son tantos los que se extravian por los anchos caminos de la perdicion, y se precipitan á cada paso en los horribles derrumbaderos del vicio? El motivo de esta desgracia es la ingratitud. El Señor no deja nunca de proporcionar dia y noche beneficios y auxilios á todos los hombres; pero son muy pocos los que se muestran reconocidos; y son muchos, por lo tanto, los que se hacen indignos de nuevos beneficios con los cuales evitarian el pecado.

La ingratitud, segun expresion de los santos Padres, es como un gusano que roe interiormente el alma, marchita el verdor y la lozanía de las virtudes, y la deja sin fuerzas ni actividad. Es un viento abrasador, que seca la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia y los arroyos de la gracia. El Señor considera, en cierto modo, como perdido el beneficio que recibe un ingrato; cierra, digámoslo así, sus oidos á las vanas oraciones de los soberbios, al propio tiempo, que atiende con mucho agrado á las preces que le dirige un corazon humilde, que cediendo á los impulsos celestiales, descubre y publica las maravillas de su santa providencia, ya para manifestar su agradecimiento, y ya tambien para que los demas hombres le alaben igualmente, pongan en él su confianza, y merezcan su proteccion. Los ángeles se complacen en presentar al trono del Altísimo los deseos de estos hombres agradecidos, y el Señor tiene particular gusto en dispensarles nuevas gracias.

Hé aquí como si bien el agradecimiento es un estrecho deber, produce, sin embargo, su mayor útilidad ó provecho en favor del mismo hombre agradecido. Voy á convenceros de la verdad de esta idea, manifestándoos que el agradecimiento obliga á Dios á colmarnos de nuevos y mayores beneficios. Vamos á demostrarlo. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Tan viva, tan enérgica é irresistible es la necesidad en que se encuentra nuestro corazon de dirigir á Dios los ayes que le arrancan sus penas, ó los suspiros que exhala su esperanza en los grandes conflictos, como es natural y precisa la gratitud á los divinos beneficios que de continuo experimentamos. Nuestro corazon es naturalmente agradecido, así como nuestra alma, segun la profunda sentencia de Tertuliano, es naturalmente cristiana; por esto, así como nos parece una monstruosidad la conducta del impío, que lucha consigo por no

reconocer á Dios, de igual modo debemos calificar al ingrato, que ahoga en su corazon el grito del reconocimiento. Nuestra vida debe ser una contínua accion de gracias, porque estamos siempre pendientes de la mano de Dios; y cuando lo pasado no nos prestase suficiente motivo para mostrarnos agradecidos al Señor, la esperanza de que nuestra gratitud le obliga á dispensarnos nuevos y mayores beneficios, deberia movernos á mostrarle incesantemente nuestro mas profundo reconocimiento.

Dios, bondad infinita, apetece esencialmente difundirse; por esto, cuando la ingratitud no pone límites á las finezas de su generosidad, sus beneficios no tienen número, así como su amor no tiene término. En este caso, su amor no es un rio, sino un mar de gracias y beneficios que penetra en nuestro pecho, y trueca nuestro corazon en un cielo, digámoslo así, donde se goza anticipadamente de la bienaventuranza, que es el conjunto de todas las dichas. Cuando el Señor nos pide que agradezcamos sus beneficios, no lo hace porque haya menester de nosotros, sino porque desea dispensarnos nuevas gracias... Quiere llenarlo todo con sus bondades; quiere que su vida sea vida de expansion, porque esta es la natural tendencia de lo bueno. Por esto las almas que á los dones dispensados por el Señor corresponden con el humilde agradecimiento, se ven inundadas de felicidad, y, en cierto modo compiten con Dios, en gratitud las almas, en beneficios el Señor.

Permitidme, oyentes, que, á propósito de esto, llame vuestra atencion sobre una frase muy significativa y que nos es bastante familiar. Si salvais á un hombre que ha corrido peligro de muerte junto á un precipicio, y si repuesto del susto le manifestais cierta extrañeza por la impresion que ha recibido, os contestará, que por naturaleza es agradecido. Si recorriendo un campo muy fértil, y viendo por todas partes una vejetacion que embelesa y le convierte en un Eden, revelais vuestro asombro á un amigo ó al que os acompañe, os dirá que aquel campo es muy agradecido á los sudores del labrador. Estas respuestas envuelven una verdad profunda; significan, que la gratitud trae la abundancia; que quien agradece, prospera; que quien da gracias, acumula sobre sí beneficios. Por esto, una perfecta salud nos indica la buena correspondencia de una naturaleza, y la abundancia de frutos nos revela la buena correspondencia de la tierra. Pues bien; lo propio sucede en nosotros; el agradecimiento ensancha nuestro pecho, y entónces se cree el bienhechor obligado á favorecerle con nuevas finezas.

Si esto acontece en la naturaleza, y aun en los mismos hombres,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿qué será cuando nos mostremos agradecidos á nuestro Criador? Noé, al salir del arca, ofreció holocaustos al Señor, que le habia librado de las aguas del diluvio; y en su consecuencia, Dios añadió á su primer beneficio otro grande, cual fué su promesa de que no volveria á destruir el género humano por los pecados de los hombres, como acababa de hacerlo. Dios prometió un hijo á Abrahan: este patriarca muéstrase agradecido; y el Señor hizo con él solemne alianza. Fácil seria multiplicar los ejemplos de que el agradecimiento obliga á Dios á dispensarnos nuevos y mayores beneficios. Cuando, pues, no hubiéremos de mostrarnos agradecidos á Dios, porque el agradecimiento es lo único y lo mas agradable que podemos ofrecerle, tendríamos que hacerlo por nuestra utilidad.

2. Y no basta que nos mostremos reconocidos á Dios cuando nos concede beneficios, sino que hemos de darle gracias en medio de los trabajos y de las tribulaciones que le plazca enviarnos. Siempre debemos bendecirle; cuando nos concede beneficios, y cuando nos somete á duras pruebas. ¿Quién duda, que las tribulaciones pueden ser para nosotros el orígen de la felicidad, si sabemos sobrellevarlas? Pues tambien á ellas ha de ser extensivo nuestro agradecimiento. Nada hay para mí mas santo, dice S. Juan Crisóstomo, que la lengua que en la adversidad da gracias á Dios: *Nihil hac lingua sanctius est, quæ in adversis Deo gratias agit.* Hom. 8 in epist. ad Coloss. Mostrarse agradecidos al Señor cuando nos colma de favores, es cosa muy justa; pero darle gracias cuando nos prueba con trabajos, es una virtud muy grande; y si al leer las santas Escrituras tanto nos complace la gratitud de Abel, de Noé, de Abrahan, de Isaac, de Jacob, de David y de otros muchos, no ménos nos encanta la conducta del pacientísimo Job, que bendecia á Dios, porque le probaba con penalidades y trabajos. Imitemos á este hombre admirable, siempre que nos veamos sometidos á las duras pruebas del infortunio, y bien pronto renacerá nuestra esperanza. Si el Señor duplica los beneficios á los que agradecen sus favores; ¿cuánto mas los multiplicará, tarde ó temprano, á los que besan su mano y le bendicen cuando los trata con rigor? En cierto modo, puede decirse, que Dios, en estos casos, se considera deudor; y cuando se propone pagar, lo hace con generosidad, con abundancia, en una palabra, cual corresponde á su grandeza. ¿Qué bienes no concedió á Job por haberle dado gracias en la tribulacion?

Sea pues vuestra vida una contínua accion de gracias á Dios; la gratitud constituye la profesion de cristianos. Nada hay tan abominable como el vicio de la ingratitud. Encontramos altamente censurable la conducta del pueblo judío y de la ciudad de Jerusalen por su ingratitud á los beneficios divinos. Los profetas no hallan palabras dignas para anatematizarla. «Porque Israel no supo, dice el Señor por boca del profeta Oseas, que fuí yo quien le dió el trigo, y el vino, y el aceite, y el que le dió la abundancia de plata y oro, que ofrecieron á Baal, por esto le trataré de otro modo.... pondré término á su alegría.... destruiré sus viñas y sus higueras. Cap. viii, 9.» «Alzaron su corazon y se olvidaron de mí; pues seré para ellos como leona y como leopardo en el camino de los asirios, les asaltaré como asalta la osa al que ha robado sus cachorros, y desgarraré sus entrañas. Cap. xiii, 6 et seq.» A Judá ingrata le dice Dios por boca del profeta Ezequiel: «Haré contra tí lo que no hice, y otras cosas, que nunca mas las haré semejantes.... comerán los padres á los hijos, y los hijos á los padres, en medio de tí, y arrojaré tus restos á merced del viento. Cap. v, 9.» El mismo Dios parece que no encuentra frases, figuras, amenazas y castigos suficientes para mostrar el enojo que le excita la ingratitud con que los hombres corresponden á sus beneficios. Dice, que de la casa del ingrato no se apartará nunca el mal, y que su esperanza se desvanecerá como se derrite la nieve.

Con razon, pues, dice S. Bernardo, que la ingratitud es el enemigo de la gracia y de la salvacion, y que no hay nada que desagrade á Dios como este vicio: *Nihil ita displicet Deo, quemadmodum ingratitudo.* Serm. i, de sep. miser. La tierra no puede producir cosa alguna mas hedionda y repugnante que el ingrato. La ingratitud es el crímen mas abominable del mundo; y no habiéndose establecido ninguna ley contra los ingratos, parece que se los abandona al inflexible Juez, que sondea lo mas profundo de los corazones, único Juez que puede castigarles como merecen.

No imiteis, pues, oyentes, á los ingratos. Vuestra vida es un don de Dios; vuestra salud, vuestros bienes, vuestra fortuna, son efectos de su bondad. Cantad pues sus alabanzas, y el Señor continuará dispensándoos con abundancia sus beneficios. Vuestro agradecimiento obligará á Dios á multiplicar sus dones, y así sereis felices en el tiempo, y bienaventurados en la eternidad.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Así como la ingratitud cierra, digámoslo así, las manos de Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y las de los hombres, así el agradecimiento las abre para dispensar mayores beneficios; de donde se infiere, que cuanto mayores son los beneficios recibidos, mayor debe ser el agradecimiento. Los cristianos, que tantos y tan grandes beneficios recibimos de Jesucristo, ¿cómo debemos manifestarle nuestro agradecimiento? 1.° Mirándole como autor de todo lo bueno: 2.° Estimando sus favores como él quiere que los estimemos: 3.° Haciendo de ellos el uso que él desea que hagamos.

I. El cristiano, por poco que reflexione, no puede ménos de notar lo que seria sin la gracia de Jesucristo, y lo que es ahora con ella. Seria esclavo, y ahora es libre; seria hijo de ira, y al presente es hijo de Dios; seria víctima del infierno, y ha pasado á ser heredero del reino de los cielos; etc., etc.; y todo esto lo es por la gracia de Jesucristo y por la infinita misericordia de Dios. ¿Podria dejar de mostrarse agradecido al ver, que Jesús es el autor de todo lo bueno que posee? Por esto el Apóstol nos enseña, que todas nuestras obras sean hechas por Jesucristo, dando gracias al Padre por su conducto.

II. Solo estima dignamente los favores que hemos recibido de Jesucristo el que los aprecia, no porque nos hacen mas amables á las criaturas, sino porque procuran la mayor gloria de Dios.

Hemos, ademas, de apreciarlos como tesoros incomparables, puesto que son el precio infinito de la sangre del Salvador.

III. Persuadidos del valor infinito de los favores de Jesucristo, la misma razon dicta, que debemos servirnos de ellos para mostrarnos agradecidos. ¿Qué objeto se propuso y se propone el Señor dispensándonos sus beneficios? Su mayor gloria, nuestra salvacion y la de nuestros hermanos. Hé aquí lo que hemos de procurar con los favores que hemos recibido de Jesucristo.

II.

«Dignos son de recibir mayores gracias, dice Casiano, los que conservan en su corazon el grato recuerdo de las que han recibido.» Sobre estos corazones derrama Dios sus gracias con abundancia. Dos son los efectos que produce en ellos su profundo agradecimiento, y que debiera producir en nosotros, á saber, una actividad y una humildad mayores cuanto mas abundantes son las gracias que reciben.

I. Un corazon agradecido piensa siempre como podrá corresponder mejor á las gracias recibidas. Así como el fuego cuanta mas leña recibe, mas arde, así éstos corazones, cuanto mas favorecidos se ven, mas arden en deseos de corresponder; y viéndose por sí solos incapaces de hacerlo cual conviene, procuran comunicar á otros sus propios sentimientos. Un ejemplo de este agradecimiento nos ofrece el virtuoso Tobías. Tob. xii.

II. Un corazon agradecido se humilla, considerando, que no merecia los favores recibidos; y no perdiendo nunca de vista su propia pequeñez, y la dignacion de Dios, que, siendo infinitamente grande, se comunica con tanta bondad á una miserable criatura. Por eso los santos, cuanto mas favorecidos se veian, eran tanto mas humildes: la humildad era el fruto de su agradecimiento. El mas grande ejemplo de esta humildad nos lo ofrece la purísima Vírgen María: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ* (y era ya su madre.) *Exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis.*

DIVISIONES.

AGRADECIMIENTO CRISTIANO.—Debe ser ilustrado.—Debe ser justo.—Debe ser contínuo.

AGRADECIMIENTO CRISTIANO.—No hay agradecimiento mas grato á Dios, que el que nos hace adorar su liberalidad.

No hay agradecimiento mas grato á Dios, que el que nos infunde temor de no hacer buen uso de sus beneficios.

AGRADECIMIENTO CRISTIANO.—El agradecimiento del cristiano muestra, que la gracia, que ha recibido, es una gracia que le es útil.

La grande humildad del cristiano, cuando ha recibido algun favor considerable, es la prueba de su mayor agradecimiento.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Custodi igitur temetipsum et animam tuam sollicite: ne obliviscaris verborum, quæ viderunt oculi tui. Deuter. iv, 9.

Consérvate, pues, á tí mismo, *oh Israel*, y guarda tu alma con mucha vigilancia. No te olvides de las *grandes* cosas que han visto tus ojos.

Dominare nostri tu, et filius tuus, et filius filii tui; quia libe-

Sé tú nuestro príncipe, y, despues de tí, tu hijo y tu nieto, ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rasti nos de manu Madian. Judic. VIII, 22.

Omnis populus post victoriam venit in Jerusalem adorare Dominum. Judith. XVI, 22.

Non lædas servum in veritate operantem, neque mercenarium dantem animam suam. Eccli. VII, 22.

Qui credit Deo, attendit mandatis: et qui confidit in illo, non minorabitur. Idem XXXII, 28.

Et conversi, hymnum canebant, et benedicebant Deum in cœlum, quoniam bonus est, quoniam in cœculum misericordia ejus. Machab. IV, 24.

Ascenderunt in montem Sion cum lætitia et gaudio, et obtulerunt holocausta, quod nemo ex eis cecidisset, donec reverterentur in pace. Idem V, 54.

De magnis periculis à Deo liberati, magnifice gratias agimus ipsi. II Machab. I, 11.

Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Matth. XI, 25.

Vade in domum tuam ad tuos, et anuntia illis, quanta tibi Dominus fecerit, et misertus sit tui. Marc. V, 19.

Et confestim vidit, et sequebatur illum, magnificans Deum. Et omnis plebs ut vidit, dedit laudem Deo. Luc. XVIII, 43.

Gratias autem Deo, quod fuistis servi peccati: obedistis autem ex corde in eam formam doctrinæ, in quam traditi estis. Rom. VI, 17.

que nos has librado del poder de Madian.

Todo el pueblo pasó, conseguida la victoria, á Jerusalen, á fin de adorar al Señor.

No trates mal al siervo que trabaja con fidelidad, ni al jornalero que por tí consume su vida.

Quien es fiel á Dios, atiende á sus preceptos, y el que confia en él no padecerá menoscabo alguno.

Y al volverse (del combate) entonaban himnos, y bendecian á voces á Dios, *diciendo:* porque el *Señor* es bueno, y porque es eterna su misericordia.

Subieron al monte de Sion con alegría y regocijo, y ofrecieron allí holocaustos en accion de gracias por el feliz regreso, sin que hubiese perecido ninguno de ellos.

Por habernos librado Dios de grandes peligros, le tributamos solemnes acciones de gracias.

Te glorifico, Padre *mio*, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes del *siglo*, y las has revelado á los pequeñuelos.

Vete á tu casa y con tus parientes, y anuncia á los tuyos la gran merced que te ha hecho el Señor, y la misericordia que ha usado contigo.

Y al instante vió (el ciego), y le seguian celebrando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo cuando vió esto, alabó á Dios.

Pero, gracias á Dios, vosotros, aunque fuisteis siervos del pecado, habeis obedecido de corazon la doctrina *del Evangelio*, segun cuyo modelo habeis sido formados *de nuevo*.

Pax Christi exultet in cordibus vestris, in quo et vocati estis in uno corpore: et grati estote. Coloss. III, 15.

Gratias agere debemus semper Deo pro vobis, fratres, ita ut dignum est, quoniam supercrescit fides vestra. II Thessal. I, 3.

La paz de Cristo triunfe en vuestros corazones, *paz divina*, á la cual fuisteis asimismo llamados para formar *todos* un solo cuerpo, y sed agradecidos *á Dios*.

Debemos dar á Dios contínuamente acciones de gracias por vosotros, hermanos *mios*, y es muy justo lo hagamos, puesto que vuestra fe va aumentándose mas y mas.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Noé, agradecido á los beneficios que habia recibido de Dios, en particular por haberle librado del diluvio, apenas sale del arca, erige un altar en el cual ofrece sacrificios al Señor. Gen. VIII.

El rey de Sodoma, reconocido al beneficio que le acababa de prestar Abrahan, derrotando á sus enemigos, solo le pide su tropa, y le cede todo el botin. Genes. XIV.

Aquel fiel mayordomo de Abrahan, Eliezer, al ver cuan afortunado habia sido en su largo viaje, y en la delicada comision de encontrar una buena esposa para Isaac, postrose humildemente adorando á Dios, y dándole gracias por haber dirigido tan benignamente su viaje. Gen. XXIV. Véanse tambien los capítulos 26 y 32, para poder apreciar el agradecimiento de Isaac y de Jacob.

Faraon nos da un expresivo ejemplo de agradecimiento, que los grandes y poderosos no debieran poner en olvido, al elevar á José al principal destino de su corte por haberle interpretado los dos sueños que tuvo. Gen. LI.

Léanse los capítulos 11 y 12 del libro de Tobías, cuyas demostraciones de agradecimiento á los beneficios de Dios, recibidos por ministerio del arcángel Rafael, no pueden leerse sin enternecimiento. Imitemos, pues, á aquellos dos justos agradecidos, y lograremos ulteriores gracias de un Dios rico en misericordias.

Cuanto ofenda á Dios la ingratitud, nos lo enseña el Salvador en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el capítulo XVII de S. Lucas, cuando despues de haber curado á diez leprosos, solo uno, y extranjero, va á darle las gracias por el beneficio recibido, y los nueve, que eran del pueblo elegido, se muestran mas ingratos por lo mismo que se ven mas fácilmente favorecidos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

¿Quid est tota die? it est, sine intermissione laudare: in prosperis, quia consolaris: in adversis, quia corrigis: antequam essem, quia fecisti me: cum essem, quia salutem dedisti: cum peccasem, quia agnovisti: cum conversus essem, quia adjuvisti: cum perseverassem, quia coronasti. AUGUST SUP. ILLUD PSAL. *Tota die repleatur os meum*, etc.

¿Qué significa alabar todo el dia? Significa dar gracias á Dios sin interrupcion: en la prosperidad, porque te consuela; en la adversidad, porque te corrige: porque me crió antes de existir, porque me conserva ahora que existo, me ha perdonado cuando he pecado, me ha ayudado para convertirme y ha premiado mi perseverancia.

Non est ista superbia elati, sed confessio non ingrati, et habere te cognoscere, et nihil ex te habere; ut nec superbus sis, nec ingratus. AUG. SUP ILLUD PSAL. *Custodi animam meam*, etc.

El confesar que tienes algo, pero que nada es tuyo, no es indicio de soberbia sino de agradecimiento, á fin de que no seas orgulloso ni ingrato.

Noli modicum diligere, quasi à quo modicum dimissum est; sed potius multum dilige, à quo tibi multum tributum est. IDEM AD SANCTAS VIRG.

No ames poco á Dios como si te hubiera perdonado poco; antes bien ámale mucho, como que son muchos los beneficios que te ha dispensado.

Quid melius et animo geramus, et ore promamus, et calamo explanemus, quam Deo gratias? *Hoc nil dici brevius, nec audiri lætius, nec intelligi gratius, nec agi fructuosius potest.* AUGUST. IN EPIST. AD MARCELL.

¿Puede darse algo mas meritorio que pronunciar y escribir *á Dios gracias?* Nada se pronuncia con mayor brevedad, nada se oye con mas alegría, nada puede pensarse mas agradable, nada se practica que tenga mas mérito.

Gratias agere Deo possumus, referre non possumus. IDEM IN PSALM. LVII.

Podemos dar gracias á Dios; pero nos es imposible contar los beneficios que nos ha hecho.

Optima beneficiorum custos est ipsa memoria beneficiorum, et perpetua confessio gratiarum. CHRYS. SUP. MATTH. XXV.

El mejor medio de conservar en buen aprecio los beneficios, consiste en pensar en ellos, y no dejar jamas de hacer patente el reconocimiento.

Admoneo vos ut Dominum semper benedicatis: si venerint mala, benedicite, et dissolventur mala; si prospera venerint, benedicite, perseverabunt bona prospera. IDEM IN TRACT. DE SYMB.

Os advierto, que siempre bendigais al Señor: bendecidle en medio de vuestros males; pues así los apartareis de vosotros; bendecidle en la prosperidad, porque así será constante.

Danti rependi quicquam gratius ab accipiente non potest, quam si gratum habuerit, quod gratis accepit. BERN. AD IMERICUM CANCELLARIUM.

El que recibe algun favor no puede retribuirlo de un modo mas agradable al bienhechor, que conservando con aprecio lo que ha recibido graciosamente.

Meliora meretur suscipere, qui collata bona de corde non probatur amittere. CASSIAN SUP. PSAL. *Quoniam misericordia*, etc.

Es digno de recibir mayores gracias el que guarda en su corazon el recuerdo de las que ha recibido ya.

Véase: ACCION DE GRACIAS.

AGUA BENDITA.

I.

Assumet aquam sanctam.
Tomará el agua santa.
(*Núm.* v, 17.)

Hay en la Iglesia católica una costumbre muy antigua, y es la de bendecir por medio de ciertas oraciones y ceremonias el agua con que se rocía á los fieles, y las cosas que sirven para su uso. En virtud de esta bendicion, la Iglesia pide á Dios, que aparte las impurezas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el capítulo XVII de S. Lucas, cuando despues de haber curado á diez leprosos, solo uno, y extranjero, va á darle las gracias por el beneficio recibido, y los nueve, que eran del pueblo elegido, se muestran mas ingratos por lo mismo que se ven mas fácilmente favorecidos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

¿Quid est tota die? it est, sine intermissione laudare: in prosperis, quia consolaris: in adversis, quia corrigis: antequam essem, quia fecisti me: cum essem, quia salutem dedisti: cum peccasem, quia agnovisti: cum conversus essem, quia adjuvisti: cum perseverassem, quia coronasti. AUGUST SUP. ILLUD PSAL. *Tota die repleatur os meum*, etc.

¿Qué significa alabar todo el dia? Significa dar gracias á Dios sin interrupcion: en la prosperidad, porque te consuela; en la adversidad, porque te corrige: porque me crió antes de existir, porque me conserva ahora que existo, me ha perdonado cuando he pecado, me ha ayudado para convertirme y ha premiado mi perseverancia.

Non est ista superbia elati, sed confessio non ingrati, et habere te cognoscere, et nihil ex te habere; ut nec superbus sis, nec ingratus. AUG. SUP ILLUD PSAL. *Custodi animam meam*, etc.

El confesar que tienes algo, pero que nada es tuyo, no es indicio de soberbia sino de agradecimiento, á fin de que no seas orgulloso ni ingrato.

Noli modicum diligere, quasi à quo modicum dimissum est; sed potius multum dilige, à quo tibi multum tributum est. IDEM AD SANCTAS VIRG.

No ames poco á Dios como si te hubiera perdonado poco; antes bien ámale mucho, como que son muchos los beneficios que te ha dispensado.

Quid melius et animo geramus, et ore promamus, et calamo explanemus, quam Deo gratias? *Hoc nil dici brevius, nec audiri lætius, nec intelligi gratius, nec agi fructuosius potest.* AUGUST. IN EPIST. AD MARCELL.

¿Puede darse algo mas meritorio que pronunciar y escribir *á Dios gracias?* Nada se pronuncia con mayor brevedad, nada se oye con mas alegría, nada puede pensarse mas agradable, nada se practica que tenga mas mérito.

Gratias agere Deo possumus, referre non possumus. IDEM IN PSALM. LVII.

Podemos dar gracias á Dios; pero nos es imposible contar los beneficios que nos ha hecho.

Optima beneficiorum custos est ipsa memoria beneficiorum, et perpetua confessio gratiarum. CHRYS. SUP. MATTH. XXV.

El mejor medio de conservar en buen aprecio los beneficios, consiste en pensar en ellos, y no dejar jamas de hacer patente el reconocimiento.

Admoneo vos ut Dominum semper benedicatis: si venerint mala, benedicite, et dissolventur mala; si prospera venerint, benedicite, perseverabunt bona prospera. IDEM IN TRACT. DE SYMB.

Os advierto, que siempre bendigais al Señor: bendecidle en medio de vuestros males; pues así los apartareis de vosotros; bendecidle en la prosperidad, porque así será constante.

Danti rependi quicquam gratius ab accipiente non potest, quam si gratum habuerit, quod gratis accepit. BERN. AD IMERICUM CANCELLARIUM.

El que recibe algun favor no puede retribuirlo de un modo mas agradable al bienhechor, que conservando con aprecio lo que ha recibido graciosamente.

Meliora meretur suscipere, qui collata bona de corde non probatur amittere. CASSIAN SUP. PSAL. *Quoniam misericordia*, etc.

Es digno de recibir mayores gracias el que guarda en su corazon el recuerdo de las que ha recibido ya.

Véase: ACCION DE GRACIAS.

AGUA BENDITA.

I.

Assumet aquam sanctam.
Tomará el agua santa.
(*Núm.* v, 17.)

Hay en la Iglesia católica una costumbre muy antigua, y es la de bendecir por medio de ciertas oraciones y ceremonias el agua con que se rocía á los fieles, y las cosas que sirven para su uso. En virtud de esta bendicion, la Iglesia pide á Dios, que aparte las impurezas del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pecado de los que se sirvan de los objetos bendecidos, y que los preserve de las asechanzas del enemigo de la salvacion y de las calamidades de este mundo. Ya en la época de la creacion, Dios confirió á las aguas cierta virtud vital de la que participan los demas elementos para sus respectivos efectos. Si la atmósfera ejerce cierta influencia, si el aire trae consigo cierto frescor, si la tierra produce plantas y se cubre de yerbas, si las flores prestan variados matices á sus prados, si los montes se embellecen dando vida á frondosos bosques en sus laderas y vertientes, todo es efecto de la virtud vital que en las aguas reconocemos. Pero desde que las aguas del Jordan fueron santificadas con el contacto del purísimo cuerpo del Redentor, se comunicó á todas las aguas la virtud suficiente para que, bendecidas por los sacerdotes, sirviesen de salud y de vida á los vivos, y de sufragio á los difuntos. Ya desde los primeros siglos la Iglesia colocó el agua bendita en pilas á la entrada de los templos, y exhortó á los fieles á tenerla en sus aposentos, para que haciendo con ella aspersiones sobre si mismos, alcanzasen el perdon de los pecados veniales, se viesen libres de muchas tentaciones del enemigo de nuestra salvacion, y de algunas calamidades.

Los enemigos de la Iglesia, comprendiendo mal sus usos y ceremonias, han considerado ciegamente como un resto del paganismo este uso del agua bendita, y le han calificado de supersticioso. No negaremos, que el pueblo ignorante y grosero ha hecho á veces un uso supersticioso del agua bendita; pero tambien es incontestable, que el uso de esta agua es de tradicion apostólica, que los santos Padres lo recomiendan, y que, segun la Iglesia, maestra de la verdad, es un medio de expiar el pecado y de ahuyentar al demonio. Del uso que deben hacer los fieles del agua bendita, y de su eficacia, nos ocuparemos en este discurso para que os aprovecheis de ella. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ademas de los sacramentos instituidos por el Redentor como medios muy eficaces para conseguir, conservar y aumentar la gracia, hay tambien los sacramentos, que, como demuestran los teólogos, sirven para sanar el alma y limpiarla de los pecados veniales, y de las penas debidas por estos y por los mortales. Verdad es, que los sacramentos no perdonan los pecados veniales *ex se*, ó *ex opere operato*, pero los perdonan *ex opere operantis*, en cuanto, por la intercesion de la Iglesia, nos excitan y mueven á que hagamos actos buenos meritorios de penitencia y de otras virtudes *per se*, suficientes para perdonar los veniales.

2. Entre los sacramentales ocupa el primer lugar el agua bendita, la cual limpia y santifica los fieles mucho mas de lo que la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la ternera sacrificada, santificaba á los hebreos. Por esto dice san Cirilo de Jerusalen, que así como los manjares, que por su naturaleza son puros, se truecan en inmundos si se invoca para su uso al demonio, así el agua se convierte en santa con la invocacion del nombre de Dios: *Ut illa quæ in aris offeruntur, cum natura sint pura, invocatione dæmonum impura efficiuntur, sic contra, aqua simplex per invocationem Spiritus Sancti, Christi, et Patris, accepta virtute, sanctitatem consequitur.* Cat. III. Los efectos admirables del agua bendita pueden deducirse de las oraciones que al bendecirla pronuncia el sacerdote. El ministro del Señor, al efectuar dicha ceremonia, pide á Dios, que con su bendicion omnipotente le comunique cierta virtud para ahuyentar al demonio, y poner remedio á las enfermedades, de suerte, que las casas y los lugares que ocupan los fieles, queden purificados desde el instante en que se los rocíe con agua bendita, apartando de ellos las calamidades, el enemigo de nuestra salvacion, y cuanto pueda ser perjudicial á la salud y tranquilidad de sus habitantes.

En la vida de Sta. Teresa, capítulo 31, leemos estas palabras escritas por la misma santa: «De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan mas los demonios para no tornar, como el agua bendita. De la cruz tambien huyen, mas vuelven luego. Debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolacion que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreacion, que no sabria yo darla á entender, con un deleite interior, que toda el alma me conhorta. Esto no es cosa que me ha acaecido solo una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos, como si uno estuviese con mucha calor y sed, y bebiese un jarro de agua fria, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia; y regálame mucho ver, que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito.» Y hablando de las tentaciones y turbaciones interiores que le causaba el demonio, añade en el mismo capítulo: «Estaba una vez en un oratorio, y apareciome (el demonio) hácia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenia espantable. Parecia le salia una gran llama del cuerpo. Díjome espantablemente, que bien me habia librado de sus manos, mas que él me tornaria á ellas. Yo tuve gran temor, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santigüeme como pude, y desapareció, y tornó luego; por dos veces me acaeció esto. Yo no sabia qué me hacer; tenia allí agua bendita, echéla hacia aquella parte, y nunca mas tornó. Otra vez me estuvo atormentando cinco horas con tan terribles dolores, y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podia ya sufrir. Los que estaban conmigo, estaban espantados, y no sabian que se hacer, ni yo cómo valerme... No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era... Como no cesaba el tormento, dije, si no se riesen pediria agua bendita. Trajéronmela, echáronmela á mí, y no aprovechaba; echela hácia donde estaba, y en un punto se fué, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran. Otra vez me acaeció lo mesmo, aunque no duró tanto; y yo estaba sola, pedí agua bendita, y las que entraron despues que ya se habia ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijeran mentira), olieron un olor muy malo, como de piedra de azufre. » Teodoreto tambien refiere, que habiendo dispuesto el emperador Teodosio, que fuesen destruidos algunos templos consagrados á falsas divinidades, no fué posible echar por tierra uno consagrado á Júpiter, por la resistencia que oponia el demonio, hasta que rociado con agua bendita, huyó de él Satanás, y el templo fué derribado sin la menor dificultad. *Apud Bellarminum lib. 3, cap. 7, de cultu sanctorum.*

3. No es ménos eficaz la virtud del agua bendita para devolver la salud á los enfermos, que, al ser rociados con ella, confian firmemente, que el Señor por su misericordia los curará, si les conviene, para alcanzar la felicidad eterna. Léase Belarmino en el lugar ya citado, donde hace mencion de una mujer, que despues de agotar inútilmente todos los recursos de la medicina, quedó libre de una penosa y grave enfermedad apenas fué rociada con agua bendita. Y lo propio dice de otro enfermo, que fué rociado con dicha agua por san Fortunato.

No es extraño, pues, que la Iglesia prevenga á los sacerdotes, que con frecuencia rocíen á los enfermos y moribundos con agua bendita; pues sirve para devolver á los primeros la salud, si realmente les conviene para su salvacion, y comunica á los segundos fuerza para triunfar del enemigo comun, que nunca como en aquella hora terrible hace mayores esfuerzos para perdernos. Sirve ademas el agua bendita para alcanzar el perdon de los pecados veniales. La Iglesia es la esposa amada de Jesucristo; por eso sus oraciones son siempre eficaces, y nos alcanzan de Dios cierto fervor y devocion. Segun el fervor con que recibimos el agua bendita, se nos perdona, dice el

angélico doctor, la pena que merecemos por nuestros pecados: *Reatus pœnæ remittitur secundum modum fervoris in Deum, qui per prædicta excitatur, quamdoque magis, quandoque autem minus.* D. Thom. III, p. q. 87, art. 3 ad 3.

Mandó el Señor á Moisés, que hiciese una concha ó bacía de bronce, la pusiese sobre un pedestal, y la colocase entre el tabernáculo del testimonio y el altar de los holocaustos, á fin de que sirviese para el lavatorio; que echase agua en ella para lavarse las manos y piés Aaron y sus hijos, cuando hubiesen de entrar en el tabernáculo del testimonio, y acercase al altar para ofrecer en él los perfumes al Señor; amenazándoles, que si dejaban de obedecerle, serian castigados de muerte. Exod. xxx. Si Aaron y sus hijos debian purificarse para acercarse al altar en que se ofrecian al Señor sacrificios de animales, ¿cuánto mas deben purificarse los cristianos al entrar en las iglesias, donde se ofrece en sacrificio al Señor la carne y sangre del Cordero que quita los pecados del mundo? La Iglesia tiene preparada el agua bendita en la entrada de los templos, para que rociados con ella y arrepentidos de nuestras culpas, quedemos purificados, y alcancemos del Señor las gracias que necesitamos para triunfar de las tentaciones y alcanzar la felicidad eterna.

Aprovechaos, pues, hermanos mios, de la virtud del agua bendita. Procurad tenerla tambien en vuestras casas. Rociaos con ella al salir de casa, cuando vayais á descansar y al levantaros; y estad seguros, de que si os servís de ella con una firme confianza en la bondad del Señor, resistireis á las tentaciones, os vereis libres de muchas calamidades, alcanzareis el perdon de los pecados veniales, pondreis un freno á las pasiones, y, por último, conseguireis la felicidad eterna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AGUA BENDITA.

II.

Asperges me, Domine, hyssopo et mundabor.

Rociarásme, Señor, con hisopo, y seré purificado.

(*Psalm.* L, 9.)

Puesto que Dios prometió perdonar al pecador, mediante el arrepentimiento, debemos nosotros, hermanos mios, dedicarnos con todas nuestras fuerzas á purificar nuestra conciencia, con sentimientos de un dolor amargo y profundo. Por esta razon importa, ante todo, reconocerse culpable y sentir la necesidad que hay de ser regenerado, confesándolo así á Dios. Ved ahí un principio de penitencia.

¿Qué pide, ademas, la Iglesia? Que á los sentimientos interiores juntemos señales visibles, á fin de excitar en nosotros el mas vivo pesar de haber pecado, de servir de buen ejemplo al prójimo, y de concebir vehementísimos deseos de una renovacion duradera. Y por este motivo, á mas de la práctica en los sacramentos, la Iglesia nos exige oraciones públicas al pié de los altares, genuflexiones, postraciones, cánticos piadosos, peregrinaciones, en una palabra, todos los actos de un culto exterior.

Una de estas señales exteriores de purificacion, que se usan especialmente en la Iglesia, es el *agua bendita*, cuyo asunto será el de esta instruccion, á fin de manifestaros, cuán digno es de respeto este medio de ablucion para nuestras almas, y cómo debe aplicarse en muchísimas circunstancias de nuestra vida, con vivos sentimientos de fe y de piedad. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es costumbre antiquísima en la Iglesia católica, bendecir por medio de exorcismos y oraciones el agua, con la cual se hace una aspersion sobre los fieles y sobre las cosas de que se sirven. Con esta bendicion la Iglesia pide á Dios, que purifique de pecado dichas cosas,

y desvie de ellas las asechanzas del enemigo de la salvacion y las plagas de este mundo. En las *Constituciones apostólicas*, redactadas á últimos del siglo IV, el agua bendita es considerada como un medio de expiar el pecado y de ahuyentar al demonio. Tertuliano habla del agua santificada por la invocacion á Dios. S. Basilio continua la bendicion del agua en el número de las tradiciones apostólicas.

San Epifanio hace tambien mencion del agua bendita. El papa S. Vigilio, en el siglo VI, quiere, que se rocíen en agua bendita los nuevos templos; y S. Gregorio el Grande, que se habiliten por el mismo medio los templos de los ídolos, para celebrar misa en ellos sin necesidad de destruirlos. Las oraciones que reza la Iglesia para la bendicion del agua, vienen sin duda alguna de la antigüedad mas remota. Las Constituciones apostólicas contienen la fórmula de esta bendicion: *Sanctifica, Domine, hanc aquam, tribue ei juvandi et depellendi morbum, fugandi dæmones, expellendi insidias.* Los Sacramentarios de S. Gelasio y de S. Gregorio comprenden los exorcismos y las bendiciones que practicamos. Carlomagno, en sus Capitulares, ordena, que todos los domingos el sacerdote, antes de celebrar la misa, bendiga agua en un vaso á propósito: *Aquam benedictam faciat in vase mundo*, á fin de que al entrar los fieles en la Iglesia se rocíen con ella.

En los primeros siglos del cristianismo se observaba ya la costumbre de rociarse á sí propio con agua bendita al entrar en una iglesia. Eusebio dice, que Paulino hizo colocar á la entrada de la iglesia de Tiro una fuente, *simbolo de expiacion sagrada*. HIST. ECCLES. l. X, 4. S. Juan Crisóstomo reprende á los que, entrando en la iglesia, lavan sus manos y no sus corazones. HOM. LXXI IN JOAN. Sinesio habla de una agua lustral colocada á la entrada de los templos, y dice, que es para la expiacion de la ciudad. EP. CXXI. El P. Lebrun, EXPL. DE LAS CEREM. T. I, P. 76, ha probado con el testimonio de los antiguos Padres, que el uso del agua bendita es de tradicion apostólica: uso conservado por los orientales, no obstante su separacion de la Iglesia romana desde há muchos siglos.

2. Habiendo descansado el Espíritu Santo sobre las aguas en la creacion del mundo, y siendo frecuentemente significado por el agua en las santas Escrituras, especialmente por una agua pura, segun las palabras del profeta Ezequiel: *Effundam super vos aquam mundam, et mundabimini ab omnibus inquinamentis vestris.* EZECH. XXVI, 1, 25; el agua bendita nos significa principalmente ese Espíritu Santo, y la santidad que nos es comunicada por sus virtudes.

El agua bendita es tambien el emblema de nuestro bautismo.

Ella nos recuerda las aguas de la piscina de salvacion en donde fuimos regenerados en Jesucristo, en donde fuimos lavados del pecado original, en donde fuimos incorporados á la Iglesia, hechos hijos de Dios y herederos del reino del cielo. ¡Oh recuerdo sagrado, que nunca debiera apartarse de nuestra memoria! ¡Agua santa de mi bautismo, que me puso mas blanco que la nieve, y que de un hijo de *ira* me hizo un hijo de *amor!*

El agua bendita es todavía un símbolo de pureza. Ella nos recuerda, que debemos ponernos en presencia de Dios y purificarnos con lágrimas y actos de penitencia de las manchas del pecado.

Mézclase la sal con el agua en el acto de bendecirla, porque la sal es el símbolo de la prudencia y de la discrecion; queriendo con esto enseñarnos la Iglesia, que el espíritu de Dios, al santificarnos, derrama sobre nosotros la pureza de la paloma y la prudencia de la serpiente.

3. Los efectos del agua bendita están indicados en las preces de la Iglesia al bendecirla. En ellas pide, 1.°, *que esta agua nos purifique;* 2.°, *que nos infunda el espíritu de oracion;* 3.°, *que ahuyente á los demonios;* 4.°, *que purifique el aire.*

Purificacion. El cristiano que se persuadiera de que solo el agua bendita puede purificarle, incurriria en error. La Iglesia al hacer la aspersion del agua bendita, pone en la boca de los fieles estas palabras del salmo: *Asperges me...* que equivale á decirnos, que debemos esperar de Dios la purificacion de nuestra alma, y no del agua. El agua bendita es una señal de purificacion, un medio que debemos emplear para despertar la contricion de nuestras culpas en nuestras almas; y solo en este sentido pide la Iglesia que nos lave de nuestras culpas diarias.

Muchos teólogos han sostenido, que podia borrar los pecados veniales.

Espíritu de oracion. El segundo efecto del agua bendita es infundirnos el espíritu de oracion, desviar cuanto pueda servir de obstáculo, y hacernos escuchar favorablemente de Dios como á fieles que somos de su Iglesia. Por esta razon se usa, especialmente antes de la misa parroquial, para advertir á los fieles, que tienen necesidad no solo de purificarse, sino tambien de llenarse del espíritu de Dios para asistir y participar del santo sacrificio.

Fuga de los demonios. El tercer efecto es ahuyentar á los demonios, arrojarlos é impedir que dañen á los cuerpos y almas. Por esta razon se emplea el agua bendita en los exorcismos, siendo ademas muy útil servirse de ella para resistir á las tentaciones.

4. *Al levantarse.* Debemos particularmente servirnos del agua bendita por la mañana al levantarnos, y por la noche al acostarnos. En ambas ocasiones debemos, amados hermanos, invocar el nombre del Señor con las palabras ya citadas del salmista: *Asperges*, etc. Trátase de un nuevo dia que comienza, y de una nueva noche que nos envuelve en tinieblas: escudémonos, pues, en la aurora de este dia con el agua de la salvacion, con esta señal de gracia, para pasar el dia en el ejercicio de la virtud, y para que la noche nos brinde un descanso útil y santificador.

En la oracion. La oracion fervorosa es uno como perfume que sube hácia los cielos. Ahora bien; para adquirir el fervor, que requiere la oracion, preparémonos con la señal de la cruz y con la aspersion del agua bendita. ¿Estaremos nunca bastante purificados para conversar con Dios?

En las tentaciones. ¡Qué de obstáculos se ofrecen en el ejercicio de las prácticas cristianas para el hombre debilitado por el pecado! ¡Qué de tentaciones de parte del mundo, de los placeres, de las vanidades, de las riquezas, de las potestades de la tierra; de parte de nosotros mismos, de los sentidos, de los apetitos insaciables de nuestra naturaleza, y hasta de parte del demonio! Pues bien, una señal omnipotente contra los demonios, segun los santos Padres, es el agua bendita: por esto rociamos con ella los lugares en donde haya que temer la malignidad del espíritu de las tinieblas...

En las calamidades, en las enfermedades y en los sepulcros. El agua bendita, hermanos mios, ha sido constantemente aplicada para combatir las calamidades y ciertas enfermedades, y tambien en los sepulcros. En semejantes casos se considera como una señal de gracia y de misericordia, la cual, juntamente con nuestras oraciones y nuestro arrepentimiento, puede aplacar la ira del Señor. Por lo tanto, no vacileis en presentarla á los enfermos al propio tiempo que el crucifijo, á fin de que, excitando en su corazon los mas vivos sentimientos de fe y amor á Jesucristo, les ayude á alcanzar su conversion, ó contribuya á su plena santificacion.

Con fe. Esta agua, hermanos mios, no obra sino en proporcion á la fe del que la usa, juntamente con las oraciones de la Iglesia. Así, pues, debeis tomarla como un objeto bendito, que tiene las virtudes que le ha atribuido la Iglesia en sus oraciones. Debeis considerarla como un símbolo de purificacion, y aplicárosla con la intencion de perfeccionaros delante de Dios. El espíritu de fe debe reinar en nosotros para todo cuanto viene de Dios.

Con compuncion. Podemos obtener el perdon de nuestras culpas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si sentimos el dolor que esta agua debe de excitarnos. Digamos pues al tomarla: *Cor mundum crea in me, Deus, et Spiritum rectum innova in visceribus meis.* PSALM. LX.

Amados oyentes, haced frecuente uso del agua bendita con fe y compuncion para que os sean perdonados vuestros pecados, triunfeis de las tentaciones, y alcanceis un dia la felicidad eterna.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Assumetque aquam sanctam in vase fictili, et pauxillum terræ de pavimento tabernaculi mittet in eam. NUMER. V, 17.

Y tomará del agua santa en un vaso de barro, y echará en ella (el sacerdote) un poquito de polvo del pavimento del tabernáculo.

Aspergantur aqua lustrationis. IBID. VIII, 7.

Sean rociados (los levitas) con el agua de la expiacion.

Asperges me hyssopo, et mundabor: lavabis me, et super nivem dealbabor. PSALM. L. 9.

Rociarásme, *Señor*, con el hisopo y seré purificado: me lavarás y quedaré mas blanco que la nieve.

In mari via tua, et semitæ tuæ in aquis multis. PSALM. LXXVI, 20.

Te abriste camino dentro del mar, y caminaste por en medio de muchas aguas.

Statuit procellam ejus in auram, et siluerunt fluctus ejus. PSALM. CVI, 29.

Cambió el huracan en viento suave, y clamaron los vientos del mar.

In sermone ejus siluit ventus, et cogitatione sua placavit abyssum. ECCLI. XLIII, 23.

A una palabra suya calman los vientos, y con solo su querer sosiega el mar profundo.

Sileat à facie ejus omnis terra. HABAC. II, 20.

Calle la tierra toda ante su acatamiento.

Omnis creatura Dei bona est, et nihil rejiciendum quod cum gratiarum actione percipitur; sanctificatur enim per verbum Dei, et orationem. I TIMOTH. IV, 4 et seq.

Toda criatura de Dios es buena, y nada se debe desechar de lo que se toma con hacimiento de gracias, puesto que se santifica por la palabra de Dios y por la oracion *ó bendicion*.

Descendit diabolus ad vos, habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet. APOCAL. XII, 12.

El diablo bajó á vosotros *arrojado del cielo*, y *está* lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Por el agua santa se probaba en el antiguo pueblo de Israel la fidelidad ó infidelidad de la mujer: muriendo instantáneamente despues de haberla bebido, si era culpable de adulterio. NUM. V.

La primera diligencia que Dios impone á Moisés para la consagracion de los levitas, es rociarlos con el agua santa ó de la expiacion. NUM. VIII.

Las inmundicias legales se purificaban por medio del agua. NUM. XIX.

No debemos pasar por alto la semejanza que tiene con nuestra agua bendita, lo que hizo el profeta Eliseo, infundiendo sal á las aguas insalubres de Jericó, y convirtiéndolas en saludables y fértiles. IV REG. II.

En el nuevo Testamento parece que Jesucristo, entre todos los elementos, quiso dar cierta preferencia al agua, obrando con ella muchos misterios y estupendos milagros. Antes de su predicacion quiso santificar las aguas del Jordan, recibiendo allí el bautismo, MATTH. III: el primer milagro lo obró con el agua convirtiéndola en vino; JOAN. II: y los evangelistas nos lo presentan muy á menudo ya embarcado, MATTH. VIII, ya paseándose por el litoral, MARC. I, ya caminando sobre las aguas, MATTH. XIV, ya, en fin, enviando el ciego de nacimiento á lavarse á las aguas de Siloe, JOAN. IX.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dispositio mundi modulatricibus quodammodo aquis Deo constitit. TERTULL. LIB. DE BAPT. POST INITIUM.

Dios dispuso el órden del universo por ciertas combinaciones de las aguas.

Ut illa quæ in aris offeruntur, cum natura sint pura, invocatione dæmonum impura efficiuntur, sic contra aqua simplex per Spiritus Sancti, Christi, et Patris invocationem, accepta virtute, sanctitatem consequitur. S. CYRIL. HIERSOLYM. CAT. III.

Así como las cosas que se ofrecen á los ídolos, aunque de sí sean puras, se vuelven impuras por la invocacion de los demonios; así, por el contrario, el agua natural queda santificada por la invocacion del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y conserva su eficacia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquam salè conspersam populis benedicimus, ut ea cuncti adspersi sanctificentur, ac purificentur, quod et omnibus sacerdotibus faciendum esse mandamus. SAN ALEXAND. I PONT. EPIST. 1.

Bendecimos agua con sal para los fieles, á fin de que rociados todos con ella sean santificados y purificados: lo que tambien ordenamos hacer á los sacerdotes.

Hujus benedictionis traditio especialis in Synagoga permansit, et in Ecclesia celebratur. S. AUGUST.

La tradicion particular de esta bendicion la vemos en la Sinagoga, y la Iglesia la ha observado.

Reatus pœnæ remittitur secundum modum fervoris in Deum, qui per prædicta excitatur, quandoque magis, quandoque autem minus. S. THOM. III, p. quæst. 87, art. 3 ad 3.

El reato de la pena se perdona (mediante el agua santa) segun el fervor hácia Dios, que por él se excita á misericordia á veces mas, á veces ménos.

Refluebat unda, ut sua fronte mulier in novum baptisma suorum dilueret illuviem peccatorum. S. CHRYSOL. SERM. XCIII DE MAGDAL.

Manaba el agua de las lágrimas, para que aquella mujer, por medio de este nuevo bautismo, borrase la muchedumbre de sus pecados.

ALEGRÍA CRISTIANA.

Lux orta est justo, et rectis corde lætitia.
Amaneció la luz al justo, y la alegría á los de recto corazon.
(*Psalm.* XCVI, 11.)

Dicen algunos, que la religion vuelve tristes y melancólicos á los hombres, y en tan fútil motivo se fundan para suponerla poco favorable al indispensable trato de los hombres. Los que confunden la alegría equívoca con la verdadera, creen, que el desvanecimiento y la embriaguez de goces son las situaciones mas naturales y provechosas al hombre; por esto miran con aversion y horror la influencia de aquellas máximas, que tienden á volvernos graves, sensatos y circunspectos, si bien, por esto, no nos priven de obrar con alegría y de tratar con la mayor amabilidad á nuestros semejantes. Como no han saboreado jamas los placeres inexplicables de la virtud, ignoran completamente en que consiste la santa alegría producida por la paz del corazon, ni aciertan á distinguir bien los goces y los pesares, la alegría y la tristeza de los verdaderos discípulos del Redentor, y solo calculan por sus propias exageraciones y su insoportable tedio. Así como la religion reprueba todos los excesos, ellos tratan á la religion de enemiga de la alegría; y porque sus crímenes llevan al colmo la tristeza y los sinsabores de su conciencia, miran la religion como principal orígen de un tedio insufrible.

Desvanezcamos este grave error para gloria de nuestra santa religion y para nuestro propio provecho. Hay alegría nociva, y hay alegría inocente y santa. La primera no debe llamarse alegría, porque lejos de serlo en verdad, es un raudal de amargura y de tristeza. La alegría inocente y santa es la que constituye los verdaderos goces y placeres, es un torrente de paz y de consuelo, y es, digámoslo así, una anticipacion de la alegría eterna, que consiste en la bienaventuranza. Examinemos hoy sus diferencias, y os convencereis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquam salè conspersam populis benedicimus, ut ea cuncti adspersi sanctificentur, ac purificentur, quod et omnibus sacerdotibus faciendum esse mandamus. SAN ALEXAND. I PONT. EPIST. 1.

Bendecimos agua con sal para los fieles, á fin de que rociados todos con ella sean santificados y purificados: lo que tambien ordenamos hacer á los sacerdotes.

Hujus benedictionis traditio especialis in Synagoga permansit, et in Ecclesia celebratur. S. AUGUST.

La tradicion particular de esta bendicion la vemos en la Sinagoga, y la Iglesia la ha observado.

Reatus pœnæ remittitur secundum modum fervoris in Deum, qui per prædicta excitatur, quandoque magis, quandoque autem minus. S. THOM. III, p. quæst. 87, art. 3 ad 3.

El reato de la pena se perdona (mediante el agua santa) segun el fervor hácia Dios, que por él se excita á misericordia á veces mas, á veces ménos.

Refluebat unda, ut sua fronte mulier in novum baptisma suorum dilueret illuviem peccatorum. S. CHRYSOL. SERM. XCIII DE MAGDAL.

Manaba el agua de las lágrimas, para que aquella mujer, por medio de este nuevo bautismo, borrase la muchedumbre de sus pecados.

ALEGRÍA CRISTIANA.

Lux orta est justo, et rectis corde lætitia.
Amaneció la luz al justo, y la alegría á los de recto corazon.
(*Psalm.* XCVI, 11.)

Dicen algunos, que la religion vuelve tristes y melancólicos á los hombres, y en tan fútil motivo se fundan para suponerla poco favorable al indispensable trato de los hombres. Los que confunden la alegría equívoca con la verdadera, creen, que el desvanecimiento y la embriaguez de goces son las situaciones mas naturales y provechosas al hombre; por esto miran con aversion y horror la influencia de aquellas máximas, que tienden á volvernos graves, sensatos y circunspectos, si bien, por esto, no nos priven de obrar con alegría y de tratar con la mayor amabilidad á nuestros semejantes. Como no han saboreado jamas los placeres inexplicables de la virtud, ignoran completamente en que consiste la santa alegría producida por la paz del corazon, ni aciertan á distinguir bien los goces y los pesares, la alegría y la tristeza de los verdaderos discípulos del Redentor, y solo calculan por sus propias exageraciones y su insoportable tedio. Así como la religion reprueba todos los excesos, ellos tratan á la religion de enemiga de la alegría; y porque sus crímenes llevan al colmo la tristeza y los sinsabores de su conciencia, miran la religion como principal orígen de un tedio insufrible.

Desvanezcamos este grave error para gloria de nuestra santa religion y para nuestro propio provecho. Hay alegría nociva, y hay alegría inocente y santa. La primera no debe llamarse alegría, porque lejos de serlo en verdad, es un raudal de amargura y de tristeza. La alegría inocente y santa es la que constituye los verdaderos goces y placeres, es un torrente de paz y de consuelo, y es, digámoslo así, una anticipacion de la alegría eterna, que consiste en la bienaventuranza. Examinemos hoy sus diferencias, y os convencereis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de que la alegría que produce la conciencia exenta de pecado, la alegría que nos da Dios, ó lo que es lo mismo, la alegría cristiana es la verdadera; y que la alegría que nos da el mundo, que procede del enemigo de nuestra felicidad, es falsa y engañosa. Ya veis que el asunto es importante; pidamos, pues, los auxilios de la gracia para tratarlo con todo el acierto que reclama. A. M.

1. El orígen de la verdadera alegría es la virtud; por consiguiente, donde hay mayor virtud, hay mayor alegría; y donde está la virtud perfecta, allí se encuentra tambien la perfecta y única alegría. Por eso he dicho, que la alegría cristiana es la verdadera, porque procede de la virtud: alegría santa en su orígen, santa en sus motivos, y santa en sus obras.

Nosotros no podemos ser felices sino poseyendo á Dios y gozándole; y nuestra alegría es mas ó ménos perfecta segun la mayor ó menor perfeccion de nuestras virtudes, en las que consiste la posesion de Dios. Cuando amamos á Dios, le poseemos; y la alegría que semejante posesion produce, es superior á todas las alegrías. Ni las adversidades mas terribles que sobrevengan, ni los sufrimientos mas agudos que se experimenten, ni todas las angustias que nos aflijan, nada puede turbar la interior alegría de los que poseen á Dios sin temor de perderle, como no sea por culpa propia. *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*, decia el Apóstol, II Corinth. VII, 4. Reboso de alegría en medio de mis tribulaciones. Poseyendo á Dios por la virtud, el corazon está completamente ocupado; y entónces, ni la pérdida de las riquezas le turba, ni las defecciones le contristan, ni la ambicion le tiene en sobresalto, porque únicamente Dios ocupa todas las potencias del alma; y lo que el mundo considera como pérdidas y motivos de tristeza, el alma virtuosa lo califica de ventajas y ganancias, que le obligan á mostrarse cada dia mas fiel y mas adicta al soberano bien, que constituye toda su inefable dicha. Solo una puerta tiene la tristeza para penetrar en el alma virtuosa, la puerta del propio pecado; pero el amor á la virtud la tendrá siempre cerrada. Si le sobreviniese la desgracia de perder á Dios, entónces lo habria perdido todo; y viéndose privada del inmenso bien que llena el universo, su tristeza no reconoceria límites. Siendo virtuosa no tiene otros deseos que los de agradarle y poseerle: toda su alegría consiste en saborear las aguas que brotan del costado de nuestro Salvador. Esta es la verdadera alegría, tan santa en su orígen, como que su orígen es el mismo Dios, el mismo costado del Salvador.

2. Vosotros, los que corriendo en pos de las fantasmas del mundo y de sus sombras é ilusiones, vivís sumidos en la tristeza y desolacion, buscad agua para vuestra sed de alegrías en las fuentes que salen del costado de Jesucristo; porque solamente allí hallarán suave y fresco rocío vuestros labios, que ahora se abrasan al chuparse en las desabridas aguas con que os brinda el mundo; solamente allí encontrará alegría vuestro corazon, envuelto ahora en la profunda tristeza que da de sí el pecado. Vosotros, los que por naturaleza os sentís inclinados á la melancolía, volveos á Dios, y hallareis alegría verdadera. Los espectáculos mundanos gastan vuestras sensaciones, pero no os alegran; os distraen, pero no os tranquilizan: apartados de Dios, que es nuestro verdadero centro y nuestro bien único, nunca podreis alegraros; pero si volveis á él experimentareis la santa alegría, tan íntima como la satisfaccion que dan á un hombre sediento las aguas de cristalina fuente. Esta es la única alegría verdadera, porque es santa en su orígen.

3. Ahora añado, que la alegría cristiana es tambien santa en sus motivos. El alma virtuosa medita las perfecciones de Dios, las maravillas de sus obras, sus beneficios temporales y sus promesas eternas; y esta consideracion no puede ménos de causarle una alegría inefable. Cuando el santo rey David convidaba á Sion y á las hijas de Judá á que se alegrasen y regocijasen, ¿qué motivos alegaba? Los juicios del Señor: *Propter judicia tua, Domine.* Psalm. LVII. 12. Cuando el mismo profeta deseaba experimentar un gozo santo, fijaba su atencion en las admirables obras de las manos de Dios: *In operibus manuum tuarum exultabo.* Psalm. XCI, 5. Grande es la alegría y la felicidad del alma virtuosa cuando considera las incomprensibles perfecciones de Dios. Si anda en busca de la eternidad, la encuentra en Dios; si busca la inmensidad, la ve personificada en Dios; si va en pos de la sabiduría, en Dios la admira; si pretende encontrar la omnipotencia, en Dios la acata; si suspira por la santidad, en Dios la venera; si en fin apetece la justicia ó la misericordia, la fe le enseña, que Dios es infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Si despues de considerar las perfecciones de Dios, examina las de sus obras, queda, digámoslo así, extasiada. Desde el sol hasta el insecto, desde el cedro hasta la hoja seca, desde el mar hasta los confines de la tierra, todo nos inspira amor y alegría; el universo es como una arpa, que acompaña con sus dulces sonidos los alegres cánticos de nuestro corazon. Y al verse el alma virtuosa tan favorecida por el Señor con toda clase de beneficios, llena de un santo entusiasmo, no puede ménos de exclamar con el real Profeta: *Cantabo Domino qui bona tribuit mihi.* Psalm. XII, 6. Señor, me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

colmais de bienes que el tiempo no gasta, ni la polilla corroe; de bienes que ni el ladron usurpa, ni el hombre consume; por eso mi corazon se alegra en vos, y os cantará siempre alabanzas.

4. Por último; la alegría cristiana es verdadera, porque es santa en sus obras. Dulcemente embriagada el alma virtuosa con el inefable gozo que la causa la tranquilidad de su conciencia, asi en sus pensamientos como en sus obras, asi en el trato íntimo de la familia como en las relaciones sociales, lleva por todas partes la alegría y la dulzura, la benevolencia y la caridad. Sus palabras son como un rocío, que humedece la tierra árida; y como ráfaga de luz que difunde sus rayos en una mansion tenebrosa. A su vista los mundanos se quedan sorprendidos, y envidian su carácter, no comprendiendo, que no es efecto del carácter, sino de la virtud lo que excita su admiracion y envidia. Si todos los hombres fuesen virtuosos, la sociedad no ofreceria tantos y tan repugnantes espectáculos que el tedio exacerbado, digámoslo así, por los desengaños de la vida produce en las sociedades civilizadas. Todo se trueca en tedio y desesperacion; por eso la sociedad se afana en aumentar las diversiones con que ha de excitarse la alegría; pero se afana en vano, porque solamente la virtud da de sí la verdadera alegria, que experimenta el corazon plenamente satisfecho con poseer á Dios y con la esperanza de gozarle para siempre. La alegría que los mundanos buscan es falsa é ilusoria; en vez de proporcionarles contento y gozo, será para ellos orígen, de amargas tristezas; porque es una alegría criminal en su orígen, criminal en sus motivos, y criminal en sus efectos.

5. No es extraño, que encontrándose el pecador, digámoslo así, fuera de su centro cuando se ve separado de Dios, trate naturalmente de buscar su tranquilidad y reposo, como le busca la piedra que ha sido arrojada á los aires. Su amor pide, como la abeja á las flores de la tierra, el sustancioso jugo con que presume labrar su dulce morada; y busca de objeto en objeto, de diversion en diversion, de placer en placer la satisfaccion de una necesidad, que crece de contínuo, porque contínuamente se frustra. Si fuese virtuoso, si amase á Dios, sentiria su corazon satisfecho; pero como no quiere amar á Dios, ni probar la alegría que es efecto de la virtud, ama las cosas del mundo, busca en ellas la alegría, y no conoce que en el cáliz de estas flores, á que aplica sus lábios, solo hay acíbar y veneno. La alegría que busca el pecador está viciada en su orígen, porque su orígen es el amor que pone en las criaturas, por no ponerle en Dios. Pues bien, las criaturas no satisfarán su corazon, y la alegría que sueña, se convertirá en melancolía y tristeza. Placeres momentáneos, que han dejado tras sí una sangrienta huella en la conciencia; esperanzas frustradas en un mar de deseos; deseos que se pierden en un océano de esperanzas; pasiones excitadas por la concupiscencia, y humilladas ante el desengaño; ódio á las riquezas, porque no proporcionan la felicidad; ódio á la pobreza, porque impone privaciones; ódio al mundo, porque engaña; ódio á Dios, porque amenaza; ódio al vicio, porque es un tirano; ódio á la virtud, porque es severa: ved aquí, oyentes, el cuadro que presenta la alegría del pecador. En el fondo de su corazon reina siempre la tristeza; nada le contenta: melancólico, desabrido, brusco, desesperado, ni puede sufrirse á sí propio, ni puede sufrir á los demas; su alma sumida en el crímen está triste hasta la muerte.

6. La alegría del pecador es criminal en su orígen; por esto se convierte en tristeza. Ahora voy á demostraros, que tambien es criminal en sus motivos. No contento el pecador con no amar á Dios, busca en la tierra algo que pueda sustituirle, para decirle en seguida, que se retire de su corazon, porque no le necesita para gozar. Si los placeres, las riquezas y las diversiones le dejasen satisfecho, retírate de mí, diria á Dios, yo puedo vivir sin tí; huye de mi corazon, pues aunque apetece el bien, no eres tú, sino las cosas de la tierra las que han de satisfacerle. Pero en vano busca en los objetos mundanos sus goces y alegrías; la tierra para él no produce mas que espinas: el pan de los placeres está amasado con amargura. No se canse el hombre mundano: por mas que trate de cultivar la tierra de los placeres para que le produzca alegrías, solo cogerá punzantes espinas, que atravesarán su corazon; y como su alegría decae en los medios por los cuales se busca, se convertirá siempre en tristeza.

7. Por último la alegría de los mundanos es criminal en sus efectos. La industria inventa todos los dias recursos para multiplicar las diversiones, y conseguir que el pecador ahogue los vivos remordimientos de una conciencia culpable; pero difícilmente hallareis una diversion, que no sea orígen de muchos pecados. En las reuniones se tienden lazos á la inocencia; y bajo la influencia de calculadas distracciones, se excitan todos los apetitos. El espíritu de lucro va siempre inventando nuevas diversiones; y el hombre, aun en medio de sus goces, está siempre triste. Partiendo de este principio, y obrando á impulso de semejante motivo, solo se produce el indicado efecto, y entónces es natural que la alegría mundana sea para los pecadores fecundo orígen de mortal tristeza. Por eso son insufribles é intolerables por su mal humor en el seno de la familia y siempre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se les habla de otra cosa que de diversiones. Nadie en lo bruseo y en lo déspota iguala al pecador. Su interior disgusto se deja traslucir de un modo visible en todos sus actos. En su mirada, en sus palabras y gestos va impreso un sello indeleble de melancolía. Hasta los instintos de hombre degeneran perceptiblemente en el pecador, que solo se acostumbra á las alegrías que traen consigo la disipacion del vicio y los desvanecimientos mundanos.

Lo contrario sucede con la alegría del cristiano. Santa en su orígen, en sus medios y en sus efectos, proporciona al que la experimenta cierta expansion, que se comunica á los que le rodean.

Alegraos, pues, os diré con el Apóstol; pero alegraos en el Señor. Amad á Dios, practicad la virtud; de este modo estareis siempre alegres, disfrutareis de paz y tranquilidad en la tierra, y de una alegría perfecta, y de la misma felicidad de Dios en el cielo.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Hay alegrías que nos las da el mundo, y las hay que nos las da nuestra conciencia limpia de pecado. Las primeras, léjos de serlo en verdad, *no son mas que torrentes de amargura:* las segundas *son torrentes de paz y de consuelo.*

I. La verdadera alegría es el efecto de la caridad, ó del amor de Dios; la que nos da, pues, el mundo, no es verdadera. Solo Dios puede satisfacer el corazon; las criaturas léjos de contentarle, mas bien le afligen. El hombre mundano no puede sufrirse á sí mismo: en el fondo de su corazon reina cierta tristeza, que pudiéramos llamar preludio de los tedios infernales. En vano multiplicará las diversiones y los placeres; á medida que éstos se aumentan, se excitan los apetitos. Él dice á Dios: huye de mi corazon, pues aunque apetece el bien, no eres tú, sino el mundo el que ha de satisfacerle. Y Dios le contesta: este mundo, donde buscas las alegrías, no te proporcionará sino penas y tormentos; hasta que vuelvas á mí estarás hambriento de felicidad.

II. La alegría, empero, que viene de Dios, no lleva consigo tristeza alguna, llena el corazon de paz y de consuelo. El que ama á Dios posee el bien que únicamente puede llenar nuestro corazon; y á proporcion que le ama, mayor es su alegría por la esperanza que tiene de ir un dia á gozar el bien amado. Aun cuando le sobrevengan terribles adversidades, ó experimente crueles dolores, no turbarán estos su alegría interior; y dirá con el Apóstol: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* Sus palabras son como el rocío que humedece la aridez de la tierra, y como nube que trae la vida á las plantas. Los mundanos se quedan sorprendidos al verle obrar con tan cordial alegría, envidiando lo que ellos llaman el carácter, no queriendo comprender, que no es el carácter, sino el efecto del amor divino lo que admiran y envidian.

LA ANTIGUA
Y LA NUEVA ALIANZA.

Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit ... Quæ sunt per allegoriam dicta: hæc enim sunt duo Testamenta.

Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos..... lo cual fué dicho por alegoría: estas dos *madres* son los dos Testamentos.

(*Galat.* IV, 22-24.)

Uno de los caracteres mas admirables del cristianismo y su prueba mas incontestable es, que comenzó al comenzar el mundo, se estableció en los primeros tiempos del género humano y se desenvolvió de edad en edad; y por la tradicion de los patriarcas, por la palabra de los profetas, por toda la ley mosaica, por sus ritos, sacrificios y promesas, se trasmitió hasta la plenitud y la perfeccion de los tiempos. Puede en su virtud decirse, que el Antiguo Testamento no hizo mas que figurar, simbolizar, contar de antemano en todos sus debates los prodigios y las virtudes, el poder y la gloria del Nuevo Testamento, del que es el Antiguo una contínua y magnífica profecía.

He aquí, como esas dos partes del precioso y sagrado depósito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se les habla de otra cosa que de diversiones. Nadie en lo bruseo y en lo déspota iguala al pecador. Su interior disgusto se deja traslucir de un modo visible en todos sus actos. En su mirada, en sus palabras y gestos va impreso un sello indeleble de melancolía. Hasta los instintos de hombre degeneran perceptiblemente en el pecador, que solo se acostumbra á las alegrías que traen consigo la disipacion del vicio y los desvanecimientos mundanos.

Lo contrario sucede con la alegría del cristiano. Santa en su orígen, en sus medios y en sus efectos, proporciona al que la experimenta cierta expansion, que se comunica á los que le rodean.

Alegraos, pues, os diré con el Apóstol; pero alegraos en el Señor. Amad á Dios, practicad la virtud; de este modo estareis siempre alegres, disfrutareis de paz y tranquilidad en la tierra, y de una alegría perfecta, y de la misma felicidad de Dios en el cielo.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Hay alegrías que nos las da el mundo, y las hay que nos las da nuestra conciencia limpia de pecado. Las primeras, léjos de serlo en verdad, *no son mas que torrentes de amargura:* las segundas *son torrentes de paz y de consuelo.*

I. La verdadera alegría es el efecto de la caridad, ó del amor de Dios; la que nos da, pues, el mundo, no es verdadera. Solo Dios puede satisfacer el corazon; las criaturas léjos de contentarle, mas bien le afligen. El hombre mundano no puede sufrirse á sí mismo: en el fondo de su corazon reina cierta tristeza, que pudiéramos llamar preludio de los tedios infernales. En vano multiplicará las diversiones y los placeres; á medida que éstos se aumentan, se excitan los apetitos. Él dice á Dios: huye de mi corazon, pues aunque apetece el bien, no eres tú, sino el mundo el que ha de satisfacerle. Y Dios le contesta: este mundo, donde buscas las alegrías, no te proporcionará sino penas y tormentos; hasta que vuelvas á mí estarás hambriento de felicidad.

II. La alegría, empero, que viene de Dios, no lleva consigo tristeza alguna, llena el corazon de paz y de consuelo. El que ama á Dios posee el bien que únicamente puede llenar nuestro corazon; y á proporcion que le ama, mayor es su alegría por la esperanza que tiene de ir un dia á gozar el bien amado. Aun cuando le sobrevengan terribles adversidades, ó experimente crueles dolores, no turbarán estos su alegría interior; y dirá con el Apóstol: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* Sus palabras son como el rocío que humedece la aridez de la tierra, y como nube que trae la vida á las plantas. Los mundanos se quedan sorprendidos al verle obrar con tan cordial alegría, envidiando lo que ellos llaman el carácter, no queriendo comprender, que no es el carácter, sino el efecto del amor divino lo que admiran y envidian.

LA ANTIGUA
Y LA NUEVA ALIANZA.

Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit ... Quæ sunt per allegoriam dicta: hæc enim sunt duo Testamenta.

Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos..... lo cual fué dicho por alegoría: estas dos *madres* son los dos Testamentos.

(*Galat.* IV, 22-24.)

Uno de los caracteres mas admirables del cristianismo y su prueba mas incontestable es, que comenzó al comenzar el mundo, se estableció en los primeros tiempos del género humano y se desenvolvió de edad en edad; y por la tradicion de los patriarcas, por la palabra de los profetas, por toda la ley mosaica, por sus ritos, sacrificios y promesas, se trasmitió hasta la plenitud y la perfeccion de los tiempos. Puede en su virtud decirse, que el Antiguo Testamento no hizo mas que figurar, simbolizar, contar de antemano en todos sus debates los prodigios y las virtudes, el poder y la gloria del Nuevo Testamento, del que es el Antiguo una contínua y magnífica profecía.

He aquí, como esas dos partes del precioso y sagrado depósito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las divinas revelaciones escritas por inspiracion del Espíritu Santo, siendo Dios su autor y Jesucristo su objeto, se unen por medio de inefables relaciones y misteriosas armonías; se ilustran mutuamente, se explican la una por la otra, y son, á la vez, el testimonio mas brillante, mas luminoso é irrefutable de la divinidad del Salvador, de la unidad, perpetuidad y verdad de la religion.

Sin embargo, hay entre las dos alianzas una diferencia esencial, que conviene no dejar desapercibida, y San Pablo nos la revela de un modo especial en una de las epístolas, que la Iglesia pone á nuestra vista y propone á nuestra meditacion. Investiguemos la idea del Apóstol para sacar de ella una instruccion sólida, y buscar en las consideraciones, que á la luz del cielo podrán desprenderse, motivos suficientes, no solo para impresionarnos y movernos á ternura, sino tambien para ilustrar nuestra fe, levantar nuestra esperanza, excitar nuestro amor, y reformar nuestra conducta. Antes, empero, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ante todo, la explicacion alegórica del nacimiento de esos dos hijos de Abraham, nos muestra claramente la índole de los dos Testamentos; el Antiguo, ley de esclavitud, simbolizado en Agar, la esclava, que no podia tener sino esclavos y por el simple impulso de los deseos de la carne; el Nuevo, simbolizado en Sara, la esposa fiel y legítima, que debia engendrar hombres libres en virtud de la promesa de Dios. A un lado está la Sinagoga, con todo el aparato de sus ceremonias y las exterioridades de sus ritos, con todas sus cadenas legales y sus sombras pasageras; al otro lado está la verdadera Iglesia de Jesucristo, el pueblo emancipado, el pueblo de la gracia y de la libertad, que cuenta ya anticipadamente en su seno los partícipes vivientes de la fe presente y venidera. Si con frecuencia se descubre en la antigua alianza un cuerpo sin alma, que no levanta sus miradas al cielo, un espíritu de abyeccion, que no atiende sino á la tierra y se niega con tenacidad á reconocer los destinos eternos, no debe atribuirse este desórden y esta falta á la ley divina, sino á la corrupcion humana.

En efecto; Dios es el orígen de la libertad de sus hijos; la desea, la quiere y la da: por una consecuencia necesaria, no impone la esclavitud, y proscribe el envilecimiento, que resulta del amor inmoderado del tiempo y del mundo, y del menosprecio con que son mirados los tesoros de la caridad y las riquezas sobrenaturales. No les faltaron las gracias y los beneficios á los indóciles judíos; viéronse, al contrario, colmados de ellos. La misericordia infinita les obligaba

con multiplicadas amonestaciones á la gratitud; y aun cuando por un impenetrable secreto de su sabiduría, el Altísimo no hubiese suavizado la dureza de sus corazones, les dispensaba nuevos beneficios; el crímen estuvo en abusar de las gracias, que tan generosamente se les dispensaban.

Confesemos, empero, que no puede darse cosa alguna mas consoladora y gloriosa para nosotros, que los magníficos privilegios que San Pablo enumera en su admirable epístola. Nos declara verdaderos hijos de Dios, su verdadera Iglesia y sus herederos legítimos; á los judíos los excluye de todos esos títulos y honores. Somos la familia privilegiada por la adopcion y el amor; somos miembros de Jesucristo.

Lleno de confusion, pregunto, sin embargo: ¿cuántos cristianos generosos se cuentan entre nosotros, que puedan aspirar á esas ventajas inapreciables? El Apóstol señala en la alianza divina dos condiciones escenciales; la caridad, que es el lazo de los corazones, y el espíritu de los fieles, que conserva la ternura filial. Debemos amar á Dios con la confianza, con el desprendimiento con que un hijo ama á su padre; debemos mirarle como nuestro bien supremo, preferirle á todas las cosas de la tierra, dedicarle nuestra vida y nuestros actos con libertad y franqueza completas, y no por un temor servil; debemos estar dispuestos á todos los sacrificios y á todos los actos de abnegacion.

¿Sentimos en nosotros esta disposicion necesaria, cuando retenidos por la cadena de las pasiones y de los vicios, y cohibidos por nuestros hábitos criminales, no cuidamos de romperlos, permanecemos en ellos con falsa seguridad, y no deseamos vernos libres de su yugo humillante? ¿Cómo se concilian el desvelo por los intereses eternos con todos nuestros cuidados temporales, nuestras pretensiones humanas, nuestra indiferencia por la salvacion, nuestra frialdad, negligencia é inaplicacion en la práctica religiosa? ¿No es cierto que lo damos todo al mundo y casi nada á Dios?

El enojo y el disgusto se apoderan de nosotros, y buscamos la alegría en las fugaces expansiones de la criatura; vivimos en una dura esclavitud. ¿En qué aprovechamos la redencion de Jesucristo y el tesoro de sus gracias? ¿Cómo podemos gloriarnos de la preeminencia de que gozan los cristianos sobre el pueblo de Israel? ¿No tienen, al contrario, mucho de que estremecerse, los que no tienen grabados en sus frentes los caractéres inefables de esa caridad, sin la que no podemos ser hijos de Dios, y venimos á parar, como los judíos, al último grado de la esclavitud?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2. Mas, para comprender con mayor claridad la doctrina del Apóstol, observemos, que hay tres clases de esclavitud: una, que corresponde á todos los hombres; otra, que es exclusiva de todos los malos; y otra, en fin, que San Pablo designa de un modo especial, y que se aplica á algunos miembros indóciles de la Iglesia.

En efecto; hay, ante todo, una esclavitud inseparable del pecado, esclavitud no destruida por virtud de la regeneracion en las almas de los hombres, á quienes Jesucristo ha concedido la facultad de hacerse hijos de Dios: *Dedit eis potestamen filios Dei fieri.* Fijáos en un hombre cualquiera, que por sus crímenes ha sido condenado; arrastra sus cadenas en un presidio; está sentenciado á un trabajo penoso durante su vida; es esclavo segun las leyes humanas, que le llaman *servum pœnæ;* está penado y no se cuenta entre las personas libres. Hé aquí, en cierto modo, una imágen de nuestra triste y comun condicion desde el pecado original.

Presos y encerrados en el mundo, como en una cárcel de la que no saldremos sino por la muerte, nos tiene sujetos á mil penalidades, á mil fatigas, á mil pesadumbres, á mil incómodas necesidades, mientras permanecemos en este mundo. Impelidos hácia la tumba, no podremos resistir al rápido torrente que arrastra nuestra existencia pasagera. Sujetos á la corrupcion del cuerpo y á las inclinaciones de la carne degradada, no podemos, sino haciendo heróicos esfuerzos, conservar la dignidad de nuestra alma y dirigir sus aspiraciones; nuestro espíritu se abandona á las deplorables ideas del desórden y del error; nuestra voluntad es desgarrada por deseos funestos, y está obligada á luchar sin tregua, y tenemos que estar combatiendo constantemente. Tal es el peligroso estado de servidumbre general é inevitable en que han puesto á todos los hombres las deplorables consecuencias del pecado. Únicamente los verdaderos cristianos pueden, hasta cierto punto, sustraerse á esa servidumbre y reconquistar la santa libertad de la gracia, porque están dispuestos á reconocer la justicia de esta terrible expiacion, á sufrirla con amor y con valor; y sobrellevando con paciencia las presentes miserias, merecen que para ellos brille la aurora de la emancipacion en el horizonte de la eternidad.

Con respecto á la esclavitud que corresponde propiamente á los malos, consiste en que están bajo el dominio y la posesion del demonio que los subyuga, los atormenta, y los precipita, como un tirano triunfante en la pendiente de sus abismos. Los domina de un modo tan absoluto, que san Agustin no repara en calificarlos con esta palabra enérgica: *Animalia diaboli.* Los mueve y los dirige á donde

quiere; obra como amo en sus almas y en sus cuerpos; y sus pérfidas sugestiones tienen una fuerza mas irresistible que las tentaciones con que puede molestar á las almas justas. La Sagrada Escritura alude á esta terrible servidumbre cuando nos dice, que el príncipe de las tinieblas ejerce su poder sobre los hijos de la incredulidad: *Qui operatur in filios diffidentiæ.*

Y obsérvese, que en todo esto no hace mas que cumplirse un secreto designio de Dios, pues somete nuestra revuelta naturaleza al imperio de Satanás, á quien ha imitado en su obstinacion y en su desobediencia. Claro está, que no tiene el derecho de mandar al hombre; pero habiendo el hombre aceptado voluntariamente el yugo del demonio, merece permanecer en esta infernal esclavitud: «Comerán, dicen nuestros Libros Santos, los frutos de su vicio, y se hartarán de sus consejos: *Comedent igitur fructus viæ suæ, suisque conciliis saturabuntur.*» Han preferido el reinado del demonio, y le tendrán eternamente por rey.

Sí; ejercerá esta espantosa dominacion en la otra vida, donde le contemplarán frente á frente las almas infortunadas, á las que habrá engañado y seducido bajo su poder inícuo; ejercerá en ellas todo su encono y su furor; y empleará toda su fuerza en colmarlas de angustias y en inundarlas con un diluvio de males. Así como la caridad de Dios colmará los deseos legítimos de sus elegidos, así el demonio pondrá su alegría en ejercer en los réprobos todos sus deseos. Así como Dios embriagará á los bienaventurados con un torrente de santas delicias, así el demonio colmará á los condenados con un torrente de amarguras. Y por último; así como el reino de los cielos será el imperio eterno de la caridad de Dios con los elegidos, y de la caridad de los elegidos hácia Dios, así el reino de la muerte y de las tinieblas será el imperio eterno del ódio y del encono del demonio contra los hombres y de los hombres contra el demonio. Este tirano infernal querrá siempre y podrá siempre atormentar á sus víctimas, y sus víctimas no tendrán fuerza suficiente para resistirle, y solamente sabrán odiarle sin tregua ni mesura.

3. Sin embargo, preciso es confesarlo; el poder del demonio sobre la tierra, aun cuando se ejerce sobre los malos, sobre los que, por un abuso fatal de su libertad y de su resistencia ciega á la gracia, se nos presentan ya como los predestinados del infierno, está cohibido y reducido á ciertos límites; varias causas cohiben su funesto desarrollo.

Y ante todo, Dios combate contra su enemigo, y combate en bien de los que siguen siendo sus propios hijos; no le permite emplear

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos sus medios, y toda su fuerza para atar de un modo irresistible á los infortunados esclavos de la iniquidad. La misericordia del cielo prodiga sus afectuosos desvelos; no cesa un punto de mover á penitencia á todos los corazones rebeldes; y con frecuencia, en el mas crítico momento, triunfa por el divino heroismo de la adhesion y de la ternura.

Y no olvidemos, que el demonio pone su objeto principal en hacer criminales á los hombres, porque su imperio se robustece tanto mas, en cuanto son culpables; y si en esta vida les guarda consideraciones, si les ahorra miserias y pesares, sabrá indemnizarse con los tormentos de su dominacion cruel y definitiva. Por lo tanto, el secreto de su malicia y de su falaz proceder consiste, en excitar y en secundar todas las pasiones, en procurar riquezas y placeres, y en utilizarlos para el buen éxito de sus pérfidos designios. Temiendo que las almas se emancipen de su dominacion, esquiva todo lo que pudiera realzarlas en su envilecimiento, las colma de elogios y les presenta ejemplos que tienden á autorizar sus desvíos. Las entretiene y las halaga con esperanzas engañadoras, las colma de gloria y de honores, les proporciona empleos y ocupaciones, que no conceden espacio á un pensamiento útil y saludable, á un deseo de conversion. A veces, y segun las circunstancias, suscita calamidades y males para reducirlos á la tristeza y á la desesperacion; pues todo le sirve para conservar el imperio sobre los que están sujetos á su dominacion, y para aumentar en lo futuro los horrores de su servidumbre.

4. Nada hay tan real, tan comun y tan terrible como esta esclavitud espantosa; y sin embargo, no es esta la esclavitud de que nos habla el Apóstol en su epístola. San Pablo no habla de todos los malos, de todos los que profesan abiertamente la impiedad y el libertinaje, de los que están manchados con crímenes groseros y visibles, é infringen la ley de Dios con la mas grosera osadía; no habla sino de los que, perteneciendo á la Religion, parecen observar sus preceptos, toman apariencias de virtud, y se presentan como irreprehensibles á los ojos del mundo. ¿Cuál es la falta que les echa en cara? Que están privados de una cualidad esencial; no les anima el espíritu de caridad. Su pecado consiste, en el principio que mueve sus actos cristianos, no en los actos que se originan de este principio. Tienen en la boca la palabra de los hijos de Dios; en apariencia obran como ellos; pero su corazon no es como el corazon de los hijos de Dios; mas como los hombres no pueden ver ese corazon, no descubren en ellos lo que merece censura. Es un gusano que corroe la raíz del árbol y lo mata.

Hé aquí el móvil que los inspira y dirige. Ya es una vanidad secreta, ya una envidia encubierta, ya un interés encubierto. Sustituyen á Dios una criatura, y en esto consiste su crímen; mas obran con tales apariencias de piedad, que engañan á los demas y se engañan á sí propios. Podrian amar todo lo que aman, y andar en pos de lo que buscan, si todo ello se hiciese con sinceridad para fomento del espíritu religioso. Piadosos en apariencia y cristianos en la exterioridad, su piedad no descansa en una base sólida; no tienen ese amor interno que lo refiere todo á Dios; son esclavos, son hijos del Antiguo Testamento, «hijos de Agar, que no tienen sino la prudencia humana..... y que no conocen el camino de la verdadera sabiduría: *Filii Agar qui exquirunt prudentiam quæ de terra est... viam autem sapientiæ nescierunt.*»

Esta doctrina del Apóstol, ¡cuánto debiera hacernos estremecer! ¿No hemos de temer, que á la hora decisiva de la muerte, nos encontremos entre los individuos de la familia abandonada y maldecida, que no tendrá parte en la herencia del cielo, en esa herencia, que no corresponde sino á los hijos de Dios? Si somos hijos, dice san Pablo, somos herederos: *Si filii et hæredes*. Tal es la condicion indispensable, tal es el título que habremos de presentar, y que, miéntras esperamos la decision suprema, debemos conservarlo como el bien mas precioso.

Recordemos que la caridad es el carácter peculiar de la Ley nueva, es el orígen fecundo de la libertad y de la gracia; y tengamos presente, que nuestros actos, en los que no concurra este principio esencial del cristianismo, serán actos de esclavitud. No nos demos por satisfechos con actos exteriores, y procuremos á nuestras virtudes un mérito y una gloria mas duraderas. Sirvamos á Dios de todo corazon por la fe; no tengamos por felices sino á los que están ricos en tesoros de amor divino, y en él ponen todos sus deseos, y á este objeto dirigen todas sus oraciones en la tierra, á fin de gozar de este amor en el cielo. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALMA.

(SU ESPIRITUALIDAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.
Crió Dios al hombre á imágen suya.
(*Gen.* 1, 27.)

Cuando vemos á una multitud de sábios dedicarse con un ardor infatigable, unos al estudio de la estructura del cuerpo humano, de sus órganos y de su mecanismo para conocer mejor los medios de conservar y reparar sus fuerzas, precaver ó aliviar los males de la humanidad, y ciñéndose otros á miras ménos útiles, poner todo su conato en observar en el hombre la variedad de sus colores, de sus formas y hábitos físicos para hacer su descripcion, así como se hace la de las plantas y la de los animales; ¿será posible, que carezca para nosotros de atractivo é interés el estudio de lo mas noble y elevado que tiene el hombre, que son las cualidades de su alma y de su corazon? ¿Nos hemos de entregar de tal modo á las causas materiales, que no nos parezca mas que una quimera cuanto está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera, que solo nos inspiren tédio y aun menosprecio las cosas morales y espirituales, que nada pierden de su verdad porque sean ménos palpables? Sí; parece que en nuestros dias, particularmente, se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos, en manejar, en cierto modo, sus resortes físicos, y en perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible, sumiéndonos en cálculos sin fin ni conexion alguna con nuestros deberes. Parece, en efecto, que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazon sentir otros deseos; y que la imaginacion crece ya de vigor para elevarnos al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su

grandeza, poder y beneficios, ó excitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma y de sus facultades y destino. Sin embargo; ¡qué cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal, y, como verdaderos filósofos, sepamos considerarle en esa inteligencia que le constituye Rey de la naturaleza; en sus relaciones con la divinidad, que ennoblecen su sér, y de las que nacen sus deberes religiosos; y en su conexion con sus semejantes, que le liga con toda la especie; de donde se derivan todas sus obligaciones domésticas y civiles. No nos detengamos en los adornos que decoran el exterior del templo, y entremos en el santuario para admirar su riqueza y majestad. La grandeza del hombre no está en esa parte de sí mismo, que pasa y muere; bajo este punto de vista, se asemeja demasiado á las bestias, pues vive y perece como ellas: su verdadera grandeza consiste en su inteligencia. Y qué; ¿esta alma que vive y piensa dentro de mí, mas activa que la llama, mas veloz que el relámpago, mas grande que el universo, que abraza y mide con su comprension; esta alma, que multiplicándose de cierto modo en todos lugares y épocas, vive en lo presente por el conocimiento actual, en lo pasado por la memoria, en lo futuro por la prevision, y que traspasando los límites del espacio se engolfa en lo infinito; esta alma no merece fijar nuestra atencion mas bien que este cuerpo, que al fin no es mas que una masa de vil polvo?

Ocupémonos, pues, de la parte mas íntima de nosotros mismos. La Sagrada Escritura nos dice, que Dios hizo al hombre á imágen y semejanza suya. Y ¿en qué consiste esta semejanza? Consiste, primeramente, en que tiene la misma naturaleza que Dios. El Señor de todas las cosas es un espíritu puro, y nuestra alma es tambien una sustancia espiritual. Esto es lo que me propongo demostraros en el presente discurso. A. M.

1. Hay en cada uno de nosotros cierta cosa que conoce, piensa y juzga: esta es nuestra alma; y por poco que se quiera reflexionar sobre esta triple capacidad de experimentar sensaciones, engendrar ideas y formar juicios, hallaremos en ella una triple demostracion de su simplicidad, de su inmaterialidad y espiritualidad: tres términos, que serán sinónimos en mi modo de hablar.

Es verdad, que por medio de los sentidos, de la vista, oido, olfato, gusto y tacto, se comunica el hombre con los objetos exteriores materiales de que se compone el universo; pero aquí es donde convie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ne aclarar bien las cosas para no confundir lo que es puramente físico con lo que es puramente intelectual. Cuando un cuerpo luminoso hiere mi vista, ó un cuerpo sonoro hiere mi oido, estas dos impresiones se trasmiten, si así se quiere, hasta el cerebro, en donde convengo, en que se conmueve no sé que fibra; pero entre esta impresion y conmocion, mas ó ménos rápida, mas ó ménos fuerte, y la sensacion que experimenta el alma, hay un intérvalo inmenso. Procuremos comprender bien, que una impresion en los órganos no llega á ser percibida por el principio sensitivo; de este modo cuando un cuerpo extraño me toca, aunque sea ligeramente, y yo lo advierto, se afecta mi alma y experimenta una sensacion; pero si otro me hiere, aunque sea con mas fuerza, hallándome sumergido en el sueño, ó de tal modo distraido que no lo sienta, habrá ciertamente impresion, pero no habrá sensacion. La sangre circula por nuestras venas; y para esto es preciso que tenga movimiento; pero como no le notamos ni sentimos, nadie se atreverá á decir que causa sensacion.

Los sentidos exteriores, como el oido, la vista y el olfato, reciben las impresiones físicas de los objetos, pero no las conocen, así es, que el ojo recibe la impresion de los rayos luminosos, pero no es él quien experimenta la sensacion de la luz; el oido se conmueve con el cuerpo sonoro, pero no tiene la idea del sonido; el ojo ignora lo que sucede en el oido, y el oido no sabe lo que pasa en el ojo, sino que todas las impresiones recibidas por los diferentes órganos se trasmiten á un principio único, que es donde reside la sensacion, y el que las compara y les da valor. Esto nos va á conducir á una demostracion rigurosa de la espiritualidad del alma.

No solo conocemos nuestras sensaciones, no solo reflexionamos sobre lo que ellas nos presentan, sino que comparamos frecuentemente las unas con las otras. Así es, que á un mismo tiempo experimento diversas sensaciones, excitadas unas veces por un mismo objeto, como cuando veo, gusto y sirvo un manjar, ú oigo y toco un instrumento; y otras excitadas por muchos, como cuando oigo una música, y veo algunas personas, ó cuando siento el calor del fuego, percibo un olor, y como una fruta. Yo distingo perfectamente todas estas sensaciones, la comparo y juzgo cuál de ellas me agrada y conmueve mas; prefiero la una á la otra, y la elijo: de aquí se infiere, que este *yo*, que compara las diferentes sensaciones, es sin duda alguna un ser simple, porque si fuera compuesto, recibiria en diversas partes las varias impresiones que cada sentido le trasmitiese: los nervios del ojo, por ejemplo, llevarian á una parte las impresiones de

la vista, los de la oreja á otra parte las impresiones del oido; y así las demas. Pero si fuesen las distintas partes del órgano físico del cerebro, por ejemplo, las que recibiesen cada una por su lado las sensaciones, ¿cómo se verificaria su reunion y comparacion? Toda comparacion pide un *comparador*, así como todo juicio supone un juez único; y estas operaciones no pueden verificarse sin que las diversas sensaciones vayan todas á parar á un ser simple.

Para subir á los principios mas elementales, diremos, que no podemos juzgar de las cosas sino por las ideas; y que solamente por las nociones puras y exactas de los objetos podemos distinguirlos, y juzgar de su semejanza ó disparidad. No hay nada mas sencillo y luminoso que el principio siguiente: cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos opuestos, de modo, que lo que se asegura de la una se niegue de la otra, decimos, que se diferencian en especie y naturaleza. Esta es la única regla por la cual se distinguen los objetos; de modo, que si pregunto por qué una piedra no es un árbol, y por qué el agua no es fuego, no se me puede dar otra razon sino, que sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son diversos. Recordamos, pues, las cualidades mas constantes y conocidas de la materia, y veamos si no están en sentido opuesto con el pensamiento; en cuyo caso, fuerza será convenir en que lo que piensa no es materia. Pasemos á este exámen.

2. La materia tiene extension, y está formada de partes colocadas unas fuera de otras; y ¿quién ignora, que el pensamiento es por sí simple y sin division de partes? Los objetos corpóreos del pensamiento pueden muy bien ser de un volúmen ó de una magnitud desigual; pero la percepcion que yo tengo de ellos no se mide por sus dimensiones; y la idea que me formo del sol, no es mas ancha ni mas larga que la de una flor. ¿A quién no repugnaria oir hablar de ideas de una línea de largo y de una pulgada de grueso? Si alguna vez hablamos de vastas y profundas meditaciones, esto no es mas que una metáfora, para hacer como palpables las operaciones del entendimiento.

La materia tiene figura, forma y color; y ¿qué figura daremos al pensamiento? ¿Es redondo, cuadrado, cúbico ó triangular? ¿Es azul celeste, ó encarnado como la escarlata? Pregúntese al aldeano mas sencillo si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa; y no solo le parecerá ridícula é impertinente esta pregunta, sino que creerá, que quieren mofarse de su ignorancia: tanto es lo que repugna esta pregunta al sentido comun.

La materia es divisible; puede separarse en partes distintas unas

de otras; el pensamiento, por el contrario, es indivisible, y, ó no existe, ó existe entero; y es una cosa inaudita, que se tome una mitad, un tercio ó una cuarta parte de él. Véase, pues, como las propiedades mas constantes y generalmente reconocidas de la materia, están en oposicion manifiesta con las del pensamiento. En vano se querrá suponer en la materia alguna cualidad oculta que la haga capaz de pensar; pues sobre ser la tal cualidad secreta y maravillosa una suposicion del todo arbitraria, será siempre un proceder extraño y reprobado por la sana lógica, el combatir una cosa bien conocida por otra ignorada enteramente. Por otra parte, todo cuanto pueda tener la materia mas recóndito y oculto, no evitará que sea materia extensa, configurada y divisible: cualidades incompatibles con la inteligencia. Tampoco me digais, que no se sabe si Dios, por su omnipotencia, podria dotar de pensamiento á la sustancia material. No es poner límites á la omnipotencia, suponer, que no puede hacer lo que implica contradiccion; y, antes bien, seria insultar á su sabiduría creerla capaz de formar el plan de una cosa absurda. Así, pues, el Todopoderoso no puede hacer que lo que ha sido no haya sido, que un cuadrado sea circular, y un círculo cuadrado. El pensamiento y la extension son de una clase opuesta, como el sonido y los colores; y así como no se puede dar color al sonido de un clarin, ni hacer sonar la fragancia de una flor, tampoco pueden identificarse en un mismo sugeto lo material y lo inmaterial, lo extenso y lo inextenso. Un ser no existe sin sus cualidades esenciales, como tampoco puede existir con las que se excluyen necesariamente; por consiguiente, si tiene extension, es preciso que carezca de pensamiento; y si adquiere el pensamiento, tiene que perder la extension. Estas son las nociones que nos da la recta razon; y si nos fuera permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas juicioso seria dudar de todo, á pesar de que semejante recurso es el colmo de la locura humana.

Por último, la materia es susceptible de movimiento; pero este nada tiene de comun con el pensamiento. Yo tengo una idea muy exacta y clara del primero; conozco tambien mi pensamiento, las operaciones de mi inteligencia, su querer y sus juicios, y veo que todas son cosas de diferente naturaleza. Y cuando digo movimiento, es lo mismo que decir agitacion, mudanza de partes, traslacion de un sitio á otro; bajo cuyo supuesto, dígame todo el que proceda de buena fe, si su pensamiento es un cuerpo que se mueve. Es preciso no confundir los movimientos exteriores con la idea ó con el conocimiento que tenemos de ellos. Luego que nos representamos un movimiento, el entendimiento concibe la idea de un cuerpo, que ya está en un

sitio, ya en otro; pero cuando yo considero los actos interiores, por los cuales queremos ó no queremos, pensamos, reflexionamos ó juzgamos, ¿me siento acaso inclinado á figurarme una materia en movimiento? Si alguno me dijese, que las bellezas poéticas de Virgilio, la filosofía de Descartes, los descubrimientos de Newton y la sublime elocuencia de Bossuet, no han sido en sus cérebros mas que partículas de la materia agitada y el resultado de la magnitud, volúmen, velocidad y choque de éstas, confieso, que semejante lenguaje me pareceria en extremo ridículo, y me inclinaria á creer, que el género humano no ha sido creado ni para hablarle ni para oirle: ¿no es un absurdo el decir, que el conocimiento de sí mismo es una mudanza, y que los sentimientos de reconocimiento y de amistad son tránsitos de un sitio á otro? Pues en verdad, que no serian otra cosa si el pensamiento fuese un movimiento.

El gran recurso de los materialistas de nuestros dias, es decir, que es necesario no confundir la materia inerte ó pasiva con la materia organizada; que en este último estado puede tener nuevas cualidades que no tenia antes, así como por la mezcla de muchas sustancias se obtienen resultados, que no hubiera dado cada una de ellas aisladamente; pero esta es, tambien, una ilusion grosera. En efecto: ¿cuál puede ser esa organizacion, que hace pensar á la materia? No es ciertamente la de las plantas; pues no creo que la violeta mas bien organizada y odorífera, sea por esto un ser pensador. Tampoco es la de los animales; pues aun no se ha probado, que estos raciocinen. Se trata pues de la organizacion del cuerpo humano; pero ¿qué hace ésta aun siendo mas perfecta? Pone partes materiales en relaciones de simetría y de concordancia, y, en una cierta proporcion, con ciertos efectos y movimientos; pero aunque de aquí resulten nuevas combinaciones de las sustancias materiales, nunca es mas que materia extensa, divisible y con figura determinada, en la cual es inútil buscar el pensamiento. Es un principio bien sencillo y claro, que no hay efecto sin causa, y que por lo mismo, lo que se halla en un efecto debe hallarse tambien en su causa. Reúnase una multitud de ciegos, déseles todas las combinaciones posibles, y jamas resultará un hombre con vista, porque en ninguno de ellos se halla aptitud para recibir por combinacion con los otros las impresiones de la luz; del mismo modo es imposible, que de la combinacion de partes que no piensan resulte nunca un ser pensador. ¿Qué sucede en las composiciones químicas? Se combinan las fuerzas particulares de tal modo, que la una da impulso á la otra; y auxiliándose mútuamente concurren todas al bien comun, sin que esta composicion de sustancias ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ga otra cosa mas que desarrollar lo que ya preexistia, y solo necesitaba ponerse en accion. De este modo, el azufre encendido desprende el aire condensado en el salitre; y aquél, ya dilatado, sigue las leyes naturales de su elasticidad, de donde resulta la explosion. Por consiguiente, si el pensamiento resultase de las combinaciones de la materia organizada, seria necesario que hubiese anteriormente en ella cierta aptitud de pensar, que esperase solamente una ocasion para desarrollarse: luego esta aptitud de pensar no puede hallarse en lo que es extenso, divisible, y con figura, pues son cosas incompatibles, y seria lo mismo que decir, que en el color de una flor se puede hallar cierta aptitud para llegar á ser sonora.

Para resumir, pues, esta segunda prueba de la espiritualidad del alma, sacada de la naturaleza del pensamiento, diré: lo que no tiene extension, figura ni divisibilidad, como el pensamiento, no puede identificarse con lo que tiene figura, extension y divisibilidad como la materia; luego lo que piensa no es materia.

3. Si las sensaciones y las ideas pasasen sin dejar en nosotros ningun vestigio, y si nuestra alma no conservase la memoria de ellas, no podria hacer uso alguno de estos conocimientos pasajeros, que se borrarian tan pronto como se adquiriesen, y seria incapaz de comparar, juzgar y raciocinar; pero, por el contrario, está dotada del sublime poder de hacer revivir las nociones que ha concebido sucesivamente, de volvérselas á representar, reunirlas, combinarlas, establecer principios y sacar consecuencias; en una palabra, de juzgar y raciocinar: nueva capacidad de nuestra alma, y nueva prueba de su simplicidad.

Yo os quiero suponer con un gran caudal de conocimientos en historia, en ciencias, en artes, en política; pero un solo principio es el depositario de todo ese cúmulo de sensaciones que hayais experimentado, de ideas que hayais concebido, y de reflexiones que hayais hecho. No hay en vosotros un principio para las sensaciones, otro para las ideas, y otro para los juicios; no hay en vosotros muchos *yo:* solamente hay uno; y el *yo*, que ve este mundo, es el mismo que conoce su belleza y juzga que su autor es un sér inteligente. Este último acto de vuestro entendimiento, por el que se eleva hasta Dios, hasta sus infinitas perfecciones, y hasta los deberes que dimanan de ellas, supone una multitud de sensaciones, de ideas preliminares y juicios particulares; y en este sentido puede decirse, que vuestro juicio interior es compuesto; pero el acto, en sí mismo, por el que el entendimiento juzga y decide, es simple; esta operacion intelectual es indivisible; y hé aquí como todas las mas íntimas funciones de nuestra inteligencia nos persuaden de su inmaterialidad.

No trato ahora de disputar á los doctores del materialismo la ciencia y el ingenio; abandono sus obras, bajo de estos conceptos, á los que tienen el derecho de juzgarlas. Conozco, que con una detestable metafísica acerca del alma y de sus facultades se pueden poseer excelentes conocimientos del cuerpo humano y de los males que le afligen; siempre respetaré la ciencia, el talento y los servicios, donde quiera que se hallen; pero negaré altamente á todos estos apóstoles del materialismo la primera de todas las cualidades en las obras polémicas, quiero decir, la lógica, la sana metafísica, y el talento de raciocinar, de enlazar las ideas, y de encadenar consecuencias exactas con unos principios bien demostrados. Parece extraño, que sistemas tan absurdos en metafísica, y tan funestos por otra parte á la moral, hayan podido tener tantos sectarios; mas esto no debe causarnos admiracion. Esta monstruosa doctrina no es nueva, y debe su orígen á pasiones mucho mas antiguas que ella; pero á lo ménos, en otro tiempo, solo se hallaba en ciertos libros, que no eran generalmente conocidos, al paso que hoy está diseminada en tantas producciones sabias y literarias, que infesta con la mayor facilidad á una juventud siempre ansiosa de cuanto lisonjea sus inclinaciones, y embota el aguijon de los remordimientos, liberta al alma de todo temor, y con la esperanza de la impunidad le da absoluta licencia para hablar y obrar á su antojo. Mas adelante tendré ocasion de exponer las funestas consecuencias de esta doctrina; veamos ahora los argumentos mas especiosos que nos oponen los materialistas.

4. Nada han despreciado éstos para apoyar sus sistemas, intentando alegar á su favor la experiencia y la analogía.

Dicen, apoyándose en la experiencia: «Advertid como el alma experimenta las mudanzas y vicisitudes del cuerpo; parece que ella nace, crece y envejece con él; y la razon se desarrolla y se debilita con los órganos. ¡Qué influencia no ejercen sobre las sensaciones y pensamientos del alma el temperamento, la edad, el clima, la educacion, las costumbres y el régimen! ¿No habeis observado las relaciones perpétuas entre lo moral y lo físico del hombre? ¿No deberemos inferir de todo esto, que son una misma y única cosa, aunque variamente modificada?»

Apoyándose en la analogía nos dicen: «Advertid como los animales os dan todas las señales de seres que sienten, piensan y raciocinan; sin embargo, ¿son mas que unas máquinas bien organizadas? ¿Os atreveriais á suponerles un alma? La teología cristiana se opone

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á ello; por consiguiente no es inverosimil, que el hombre lo deba todo á su organizacion física.»

Procuremos, señores, analizar bien las cosas. Al mismo tiempo que creemos en la distincion del alma y del cuerpo, confesemos, que, segun las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ambos una correspondencia perpétua. El alma está hecha para el cuerpo, y el cuerpo para el alma; ésta es como una reina, cuyos ministros y servidores mas ó ménos fieles son los órganos. No decimos que las impresiones hechas en los sentidos no exciten en el alma sensaciones é ideas; ni que las voluntades y afecciones del alma no causen movimientos en los órganos; tampoco suponemos, que el alma no tenga, sobre todo, necesidad del ministerio del cérebro para las operaciones de su inteligencia; que no sea mas á propósito una configuracion determinada para el desarrollo de ciertos sentimientos y de ciertas ideas; ni que la constitucion física, la edad, el clima y el régimen no influyan en el estado del alma: no es esto lo que ahora se disputa, y es, por consiguiente, inútil, hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, observadas y reconocidas en todas las edades. Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mútua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias por lo que se debe decidir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, segun hemos establecido al principio de la discusion. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que nos ha obligado á confesar, que el alma se distingue del cuerpo. Si observais, que un centinela deja con regularidad su puesto en el momento que se le avisa por medio de cierta señal dada de antemano, ¿os ocurriria por esto la idea de confundir al centinela con la señal?

Ve un materialista, que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Llegará un espiritualista que observará, que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma; que los sentimicntos de placer ó de dolor, de ódio ó de amistad, afectan y conmueven los órganos y la fisonomía, hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá, que lo que creemos que es un cuerpo, no es mas que una apariencia de tal, y una imaginacion de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos extravíos, reconozcamos la influencia recíproca del alma y del cuerpo; veamos en el hombre una inteligencia unida á los órganos, y digamos, que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo

de sus facultades intelectuales. El alma tiene, sin duda, cualidades, que de ningun modo convienen á los órganos; pero como, en general, solo por el ministerio de éstos despliega sus facultades; ¿deberá admirarnos, que los defectos, las imperfecciones y la alteracion de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento? Cuando un músico, por ejemplo, toca un arpa, la perfeccion del instrumento, su afinacion, y el número de cuerdas sonoras influyen en la hermosura y armonía de los sonidos, en tales términos, que si el instrumento es defectuoso, es muy posible que el artista mas consumado no saque de él mas que sonidos desagradables; ¿y por esto confundiremos al músico con el arpa?

Observareis, que parece sigue el alma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaré lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en general; pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni excedernos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creereis que la debilidad de su entendimiento procede únicamente de la de sus órganos? No: tambien procede de su falta de experiencia y de conocimientos adquiridos, de la ignorancia de la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figuraos dos niños de una organizacion del todo igual; pero que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su mas tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero puede manifestar á los diez años una inteligencia, que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Os admirais de la concordancia que creeis notar entre el desarrollo del alma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla general é invariable. ¡Cuántas excepciones no admite! ¡Cuántas almas se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¡Qué vigor y qué elevacion de pensamientos no se advierte muchas veces en cuerpos débiles; y qué debilidad, al contrario, en cuerpos vigorosos! ¡Qué magnanimidad en algunos ancianos, y qué abatimiento en otros hombres aun en su edad viril! Y esos niños delicados, esas mujeres tímidas, esos ancianos decrépitos á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de dónde han sacado tanto heroismo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No, no siempre la degradacion del cuerpo trae consigo la del alma; y son tantas las excepciones, que ellas so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las nos suministrarian una nueva prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de uno y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduría del Criador, y un medio por el que conserva la armonía de este mundo. Por tanto, diremos, tomando el pensamiento y aun las expresiones de un apologista moderno: « Si un niño tuviese su razon completa, le seria insufrible la debilidad de su cuerpo; y léjos de sonreirse en los brazos de su madre, se le veria triste, inquieto y celoso aspirar con impaciencia á todo el vigor de su padre; tendria, aun envuelto en sus pañales, las pasiones y los proyectos de un hombre; y enfureciéndose porque no puede satisfacer sus deseos, el mismo conocimiento de su libertad le haria mirar como una horrible prision la cuna donde descansa tranquilamente. Los padres no tendrian mas autoridad que la de la fuerza, y los ancianos carecerian de aquel derecho legítimo que les da la madurez de sus juicios al respeto de la juventud. Todo se trastornaria en el órden de las cosas humanas. *Helviennes*, Observations *despues de la carta XLIII.* » Diré en dos palabras, señores, que hay una dependencia mútua entre el cuerpo y el alma; pero es un delirio inferir, que dos cosas son idénticas, porque entre ellas hay una mútua dependencia.

Estamos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene, en que los animales sienten y piensan, y, sin embargo, se niega que tengan un alma espiritual; de lo que se quiere inferir, que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por de contado, señores, yo no puedo ménos de extrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque, al cabo, yo conozco con el sentimiento mas vivo y mas claro todo cuanto pasa en mí, los pensamientos y las operaciones de mi entendimiento; pero carezco de toda nocion respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto, seria preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. El verdadero filósofo camina de lo que conoce á lo que ignora. ¿Por qué rareza quereis juzgar de lo que conoceis por aquello que ignorais? ¡Extravagante dialéctica! ¿Deberemos acaso buscar la luz en el centro de las tinieblas?

Dejo á los anatómicos el comparar la organizacion de los animales con la del hombre para establecer sus relaciones y su diferencia.

Mirando las cosas bajo de otro punto de vista, consideremos aquello en que se parecen, y aquello en que vemos resaltar maravillosamente la superioridad del hombre.

En el animal se echa de ver el instinto que le dirige; aquella fuerza desconocida, pero cuyos efectos vemos, y que le domina de tal modo, que, en todos tiempos y lugares hace uniformemente las mismas cosas. Hay tambien en el hombre, en ciertos casos, una especie de instinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace. Por él comprime un niño récien nacido el pecho de su madre para sacar su alimento; y los ojos heridos por una luz demasiada fuerte se cierran con rapidez; por este instinto presentamos las manos en una caida para libertar la cabeza; por él, cuando sostenemos un peso por un lado, inclinamos el cuerpo hácia el opuesto para hacer el equilibrio, y ejecutamos todos estos movimientos y otros muchos semejantes de un modo puramente maquinal é indeliberado y sin premeditacion; siendo de notar, que el mas estúpido aldeano sabe y ejecuta todo esto con tanta perfeccion como el hombre mas sabio y el maquinista mas consumado: y hé aquí como por el instinto se asemeja el hombre algunas veces al bruto.

¿Qué otra cosa veis ademas en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frio ó de calor, de alegria ó de placer, de hambre y de sed, las cuales se refieren á su bienestar, á su conservacion y á su salud; en una palabra, que tiene un alma sensible. Nada nos impide conceder alguna cosa semejante á los animales, como creer, que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le acaricia y le castiga; que el caballo es dócil por sentimiento á la mano que le guia; que los animales, en general, experimentan sensaciones relativas á sus necesidades físicas, y á la conservacion de su especie: bajo de este aspecto, pueden tener un alma, no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir. Y ¿en dónde se encuentra que la religion condene semejante sentimiento? ¿Desde cuando ha impuesto la obligacion de creer, que los animales son como las plantas, que vejetan y crecen sin experimentar la sensacion del calor que las vivifica, ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros Libros santos nos hacen la pintura, tan magnífica por su sencillez, de las obras de la creacion, se contentan con decir, que Dios cubrió la tierra de plantas, colocando en cada especie la semilla que debia reproducirlas; pero hablando de los animales, los llama hasta tres veces *una alma viviente*, por lo que nada nos prohibe conceder á los animales una alma sensible.

¿En qué consiste, pues, la diferencia? Vedla aquí, señores. Observad los animales; vereis que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente las mismas: incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan; los hijos no saben mas que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Qué animal ha descubierto un modo nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol trabaja su nido del mismo modo que la de Europa; al otro lado del Vístula, como mas allá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad mas uniforme; y el castor no es hoy mas ni ménos hábil que lo era hace dos mil años. Esta rigurosa é invencible uniformidad parece suponer, que los animales son mas bien movidos por una fuerza cuya direccion no está á su arbitrio, que por una razon que medite, combine y se determine eligiendo. Sobre todo; ¿quién se atreverá á decir, que el animal puede elevarse hasta el autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el órden y la virtud, que siga las leyes por impulsos de la conciencia, y rinda al Criador homenajes voluntarios? Ved, por el contrario, ¡qué admirable variedad en las obras del hombre! Cada dia hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las artes y de las ciencias, y cambia la faz de la tierra. Abraza en su comprension todas las obras del Criador, para admirar en ellas la suprema Sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable; y se eleva, por último, al conocimiento del bien, de la verdad y de la eternidad.

Ahora, señores, nos es ya fácil responder á las dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿quereis que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entónces no es extraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros, que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dudarlo. ¿Quereis, al contrario, concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar altamente á que probeis que no tienen alma, cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservacion y necesidades físicas del mismo.

¡Cosa singular! ¡El hombre, señores, soberbio hasta el punto de abrogarse lo que procede del Criador, y de mirar con celos el bien de su semejante, hace hoy esfuerzos prodigiosos de ciencia y de ingenio para persuadirse, que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada

al hombre, hasta nivelarle con las bestias y aun con las plantas, se quiere ennoblecer á éstas, concediéndoles las facultades é inteligencia del hombre; se ponderan las inclinaciones y sentimiento de las plantas; se mira con enajenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo. Así se envilece la dignidad de la especie humana; y así una filosofía, aun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre, en cierto modo, de sus derechos, y sublevar contra él las demas criaturas; y, para servirme de la expresion original de un grande escritor: «Parece que el pueblo de la creacion conspira á destronar á su Rey.» Pero no: la soberanía del hombre no perecerá, y, á pesar de los sofistas, siempre conocerá la excelencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes, se descubre en la majestad de su porte, en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas, y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio; pero, sobre todo, la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento, que esparce al rededor de sí por medio de la palabra, y va á todas partes por medio de la escritura; y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo, que está hecha á la imágen de Dios. Sí; el alma, por su imperio sobre esta porcion de materia, que está unida á ella y á la que gobierna, representa alguna parte de la accion poderosa del motor del universo; y por la rapidez de sus pensamientos, la memoria de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la inteligencia infinita, que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables, y la extension de sus esperanzas ilimitadas, la advierten, que está destinada por gracia á aquella eternidad, que Dios posee por naturaleza. ¡Oh Dios, criador del universo! Vos que sois el único Rey inmortal de los siglos, y que os habeis dignado constituir al hombre rey del globo que habita, haced, que apreciemos vuestros dones, que nos aprovechemos de ellos, y que ejerzamos, cual conviene, esta soberanía, que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin de que un dia participaremos con vos en las mansiones de la inmortalidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALMA.

(SU LIBERTAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.
Dios crió al hombre á imágen suya.
(*Gen.* 1, 27.)

Tal es el destino de la virtud sobre la tierra: si ella tiene amigos sinceros que la defienden con valor, tambien tiene enemigos furiosos que la combaten con encarnizamiento; su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es, hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto; ¿qué extraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó ménos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo, que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores aun entre ingenios nada vulgares. Estas reflexiones, señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á entablar sobre el libre albedrío. Ciertamente; si hay alguna doctrina luminosa y sencilla, cuyo sentimiento esté universal y profundamente grabado en el corazon humano, es la de que existe en nosotros un principio activo, capaz de deliberar, elegir y decidirse, y la de no ser máquinas sometidas á impulsos puramente mecánicos, ni plantas que vegetan por leyes puramente físicas, ni animales guiados por un ciego instinto que los domina y arrastra. Mas, sin embargo, yo no sé si el estudio de la filosofía presenta una cuestion mas envuelta en las nubes del sofisma, que la de la libertad del alma humana, combatida por todo lo mas sutil é intrincado que ha podido inventar la dialéctica. En este punto,

la corrupcion del corazon se ha unido á los extravíos del entendimiento; y por odioso y funesto que sea el fatalismo, no ha dejado de tener sectarios en todos los siglos. ¡Tan cómodo es persuadirse, que las pasiones no arrastran con una fuerza irresistible, que nuestras acciones dependen únicamente de nuestros órganos, y que un invencible destino forma nuestros vicios y nuestras virtudes! Bien se puede, con semejante doctrina, ostentar en los discursos la moral mas rígida; porque, al mismo tiempo, se adormece por ella la conciencia en el vicio, la sensualidad no es turbada en sus placeres, y hasta el mismo crímen puede vivir en la calma de la inocencia.

Al tratar hoy, señores, de vindicar la libertad de nuestras almas de los ataques de los sofistas antiguos y modernos, es preciso no equivocarnos sobre el verdadero objeto de la discusion, y entendernos bien para no enredarnos en disputas interminables. No pretendo, que en todas sus ideas, sus deseos é impulsos esté el hombre á cubierto de toda necesidad. ¡Cuántos movimientos de que no es dueño tienen sus órganos! ¡Cuántas impresiones en los sentidos, cuántas sensaciones consiguientes á ellas, y cuántos pensamientos indeliberados no experimentamos á pesar de nosotros mismos! Nadie ignora, tampoco, que hay cosas agradables por sí mismas, á las que nos entregamos sin fuerza ni violencia, y en las que, sin embargo, no somos libres. El amor de nosotros mismos, el deseo de nuestra felicidad, es ciertamente el mas conforme á nuestra voluntad, y es, sin embargo, el en que el hombre es ménos libre. Bossuet, al principio de su *Tratado sobre el libre albedrío*, fija el sentido de la cuestion con las siguientes palabras: «La cuestion se reduce á saber, si hay cosas que están de tal modo en nuestro poder y á nuestra eleccion, que podamos elegirlas ó no elegirlas.» De este modo la libertad consiste en la facultad de determinarse por su propia eleccion.

Esta facultad es otro de los rasgos de nuestra semejanza con Dios. Vamos, pues, á demostrarla, y, al mismo tiempo, rebatiremos las dificultades que se presenten. Pidamos antes la gracia. A. M.

1. Todo nos dice, que nuestra alma tiene la facultad de deliberar y obrar por eleccion; que es señora de sus determinaciones, y, en una palabra, que es libre. Consultemos desde luego el sentimiento, ese testimonio interior, que nos advierte de todo cuanto pasa en nosotros. Si queremos por un momento recogernos dentro de nosotros mismos, descubriremos, que nuestra alma se conoce, se ve, se siente á sí misma; que tiene un conocimiento seguro de sus pensamientos, de sus facultades y de sus operaciones; y que un sentimiento vivo y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profundo, que no puede evitar, la advierte de su estado, de lo que experimenta, y, en fin, de lo que es: por consiguiente, á poco que cada uno de nosotros se escuche y se consulte á sí mismo, siente que piensa y que existe. Sí; cada uno de nosotros siente clara y distintamente, á lo ménos en una infinidad de circunstancias, que puede hablar ó callar, andar ó estar quieto, guardar un secreto ó revelarlo, socorrer á un indigente ó desatenderle, obrar ó no obrar; y si esta libertad fuese una ilusion, ¿cómo podria yo sentirla de este modo? ¿Podemos sentir lo que no existe, la nada, tan positivamente como lo que es real y efectivo?

Si queremos conocer á fondo esta libertad, hagamos la experiencia en una de las cosas indiferentes por sí mismas, y en la que ninguna razon ó motivo nos incline mas á una que á otra parte: por ejemplo, si yo me determino á levantar el brazo y á moverle, me es indiferente llevarle á derecha ó á izquierda, y puedo ejecutar ambos movimientos con igual facilidad. Moviéndole de este modo á mi arbitrio, puedo muy bien experimentar el placer de usar de mi libertad; pero éste es siempre el mismo, ya lleve mi brazo á un lado, ya lo dirija al opuesto; y cuanto mas profunda y sériamente considero porque le llevo, por ejemplo, á la derecha, tanto mas palpablemente conozco, que es tan sólo porque mi voluntad me ha determinado á ello por su propia actividad, y por esa facultad de elegir, que constituye su esencia. Soy ciertamente, y de tal manera, dueño de mis movimientos, que puedo anunciar los que haré, y comprometerme tambien á confirmar ó desmentir cuantas conjeturas se quieran hacer sobre ellos; y es tan positivo el poder que tengo de elegir, que si se conjeturase que en cierto momento debo levantar un brazo, no temeria comprometerme á tenerle inmóvil; y acaso bastaria que se me creyese obligado á hacer un movimiento determinado para que ejecutase el contrario. Sin duda es libre el hombre en cosas mucho mas importantes que en el movimiento de sus brazos; pero yo no necesito por ahora de mas ejemplo que este para hacer ver, que el hombre no es una máquina, y para echar de este modo por tierra el fatalismo.

Tal vez se nos objetará, que este sentimiento íntimo de nuestra libertad puede muy bien ser una ilusion, y que acaso somos determinados necesariamente por impulsos reales, aunque insensibles, y afectados como si fuésemos libres, aun cuando no lo seamos. Esto seria querer impugnar un hecho con una posibilidad, una realidad con una suposicion del todo imaginaria, y el sentimiento positivo de la libertad, con una negacion arbitraria de este mismo sentimiento. Y cuando yo siento que tengo el poder de hablar ó callar; cuando

tengo un sentimiento tan profundo y luminoso de mi libertad, como el de mi pensamiento y existencia; ¿se ha de querer mirar como una ilusion lo que yo siento de un modo tan claro y positivo? ¿Por qué no llamais igualmente quimérico el sentimiento de vuestra existencia? Con semejantes raciocinios todo se trastorna, y no queda medio alguno de distinguir el juicio de la locura, ni la mentira de la verdad. Con tal manía de oponerse á todos nuestros sentimientos interiores mas claros y mas vivos, se nos conduciria á dudar hasta de nuestros pensamientos y existencia, porque, al cabo, nosotros no sabemos que pensamos y existimos sino porque nosotros mismos sentimos nuestro pensamiento y nuestra existencia.

Yo convengo, en que hay algunos actos en los cuales somos arrastrados por una secreta necesidad; pero tambien lo sentimos perfectamente. Así, el hombre se ama á sí mismo con un amor, que sin duda le es en extremo grato, pero necesario, porque no nos es posible dejar de amarnos. Podemos muy bien experimentar alguna vez deseo de viajar para instruirnos, así como experimentamos el de ser felices; pero con la diferencia, de que ni aun se nos ocurrirá la idea de que podamos dejar de querer nuestra felicidad, cuando por el contrario, sentimos claramente, que podemos dejar de emprender un viaje: para esto meditamos y nos consultamos á nosotros mismos, miéntras que jamas sujetamos á deliberacion si queremos ser felices ó no; lo cual demuestra, que si nos sentimos necesariamente impelidos por nuestra naturaleza á desear ser felices, tambien nos sentimos libres en escoger los medios para serlo.

Haré algunas reflexiones bien sencillas, y sin embargo muy embarazosas para esos metafísicos ingeniosos, que quieren combatir con sus sofismas el sentimiento de nuestra libertad. Llamais ilusion, les diré, al sentimiento de mi libertad, y quereis combatirla con los argumentos de no sé qué metafísica; pero advertid, que todas vuestras razones serán inútiles para mí, si no llego á conocer su verdad. No puedo conocerla sino por el sentimiento de una luz interior, que me anuncie su presencia; porque la verdad no lo es para mí sino por el sentimiento que tengo de ella. Y si no debo creer el sentimiento de mi conciencia, que me dice que soy libre, ¿por qué razon quereis que crea el sentimiento de esa misma conciencia cuando me diga que teneis razon? Si no debo dar crédito al sentimiento de mi libertad, ¿por qué he de darlo al de la verdad de vuestros raciocinios? ¿Creeis que he de sentir mas claramente la fuerza de vuestras razones, que mi misma libertad? Ya estais enredados en vuestros propios lazos; pero aun hay mas: me acusais de que cedo con demasiada facilidad á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las apariencias, y de que soy muy crédulo; quereis despreocuparme, y en consecuencia desplegais todo vuestro sistema del fatalismo; me lo explicais en todas sus partes, queriendo convencerme de la solidez de vuestras ideas y de la debilidad de las mias; ¿pero no es esto mismo creerme capaz de examinar, de meditar mis ideas y las vuestras, de deliberar, de elegir; y, en fin, de decidirme á favor ó en contra de vuestra doctrina? ¿Y este poder es acaso otra cosa que el uso mismo de mi libertad? Ved, pues, como para probarme y convencerme de que no soy libre, os veis forzados á suponer que lo soy.

Esta última consideracion nos conduce á la segunda prueba tomada de la evidencia del raciocinio.

2. Es incontestable, que la libertad es posible: todos los hombres tienen idea de ella, y todas las lenguas tienen voces y modos de hablar muy claros y precisos para explicarla. Todos distinguen lo que nos es posible, y lo que está sujeto á nuestra eleccion de lo que no lo está; y aun los que niegan la libertad, no dicen que no entienden esta palabra, sino que no existe lo que se quiere significar por ella. Pero, ¿por qué razon no ha de haber podido Dios dar al hombre la facultad de elegir entre diferentes objetos y determinarse por un impulso propio, personal é inherente á su naturaleza? Si Dios ha podido comunicarnos alguna parte de su infinita inteligencia, dándonos la razon, y algun tanto de su poder creador, concediéndonos la facultad de crear, en cierto modo, tantas formas nuevas en la materia, y de inventar tantos modos de hermosear y perfeccionar la naturaleza misma; ¿por qué no ha de haberle sido posible hacernos partipantes de su soberana libertad en el grado de subordinacion y de imperfeccion que conviene á la criatura? La razon misma, ilustrada por la experiencia, nos dice, que no hay ningun motivo determinante, ningun bien particular ni inclinacion alguna natural, que nos arrastre irresistiblemente; y que así podemos elegir por la accion misma de nuestro libre albedrío.

No hay duda, que el hombre obra determinado por algun motivo, y por eso es inteligente y racional; pero ¿es irresistible este motivo? Hé aquí el punto decisivo de la cuestion. Si lo es, ¿por qué, antes de ceder, reflexionamos y deliberamos? A nadie le ocurre sujetar á una deliberacion si ha de morir algun dia, ó si al abrir los ojos ha de ver la luz; en esto nos dejamos llevar del curso inevitable de las cosas: pero cuando se presentan razones para obrar ó no obrar, conocemos que debemos pesarlas, porque queremos obrar por eleccion.

¡Qué ceguedad hacer al hombre un sér puramente pasivo bajo el imperio de la necesidad, y querer explicar sus determinaciones, sus voluntades y elecciones por medio de impresiones mecánicas! ¿Qué relacion hay entre el acto de mi voluntad, cuando escoge, y el choque de un cuerpo impelido por otro? No depende de las facultades del que ha sido impelido deliberar sobre el movimiento ó empuje que recibió, modificarle ó tomar una direccion opuesta á la que le ha sido dada; el alma, por el contrario, se recoge en sí misma, medita sobre las impresiones que experimenta, y despliega, segun la acomoda, su fuerza y actividad. Pónganse los dos platos de una balanza en un perfecto equilibrio: el peso que se eche en uno de ellos le hará bajar, sin que pueda resistirse á la fuerza que le arrastra, pues no está en su poder permanecer fijo como antes, porque es meramente pasivo; pero no así nuestra alma, que es activa, y obedece ó resiste segun su voluntad. Guardémonos de formar falsas ideas de los motivos que obran en nuestra alma, y no nos figuremos, engañados por nuestra imaginacion, que un *motivo* es como un cuerpo que carga con todo su peso sobre otro cuerpo. Un motivo es una idea, un sentimiento, una consideracion, que se excita en el alma; es cierta cosa espiritual. Una razon para obrar no es la accion misma; y hay mucha distancia entre las luces del entendimiento y las decisiones de la voluntad. ¿Y cuántas veces por una contradiccion, que patentiza nuestra libertad, seguimos en la práctica lo que desaprobamos en teoría?

Ahora conocereis cuán fútil es la objecion de que, proviniendo nuestras ideas de los sentidos, y nuestras determinaciones de nuestras ideas, todo viene á depender de la organizacion física. Yo responderé, que no sucede lo mismo con respecto al alma, sustancia activa y que delibera, que con respecto á un instrumento al tocar sus cuerdas; pues el alma, despues que la accion de los nervios, músculos y fibras ha excitado en ella las sensaciones y por medio de ellas las ideas, tiene la facultad de compararlas, combinarlas y valuarlas; y si bien, por una parte, es pasiva como un instrumento músico, si se quiere, es, por otra, activa por su misma naturaleza. Lo que en este punto nos alucina es, que en muchas cosas se encuentra la necesidad al lado de la libertad; de lo que resulta, que la confundimos por falta de reflexion: me explicaré. Los colores que veo, los sonidos que oigo, los olores que percibo, y las impresiones exteriores que reciben los órganos, excitan en mi alma ciertas sensaciones que no puedo evitar: en esto me siento forzado. Tampoco soy libre en no sentirme acosado del hambre ó de la sed, penetrado de alegría ó de dolor, y agitado de deseos; ni en de-

jar de experimentar ciertos movimientos indeliberados y pasajeros; pero pasa el momento de la necesidad, y empieza luego la libertad: la voluntad ejerce su imperio sobre estas mismas impresiones; es su soberana y no su esclava, así como los órganos son sus ministros y no sus señores; pues aunque pueden ser rebeldes, jamas su rebelion destruye la autoridad de aquélla, sino que, al contrario, la supone. Sabemos distinguir debidamente las impresiones necesarias de todo aquello en que somos libres; y tambien ciertos actos indeliberados de aquellos que están á nuestra eleccion. Así, el guerrero mas intrépido puede temblar involuntariamente al principio de una batalla; pero penetrado de lo que le mandan el honor y el deber, marcha hácia el enemigo con un valor premeditado. Así tambien, á la mitad de un concierto agradable formais la intencion de oirlo hasta el fin; pero si os acordais de alguna obligacion que teneis que cumplir, reflexionais, y al momento os decidís por eleccion á sacrificar el placer al deber. ¿Y quién no sabe discernir estas diversas afecciones y distinguir en qué es libre, y en qué no lo es?

La razon, pues, no dice, que no hay ningun motivo, ni bien particular, ni inclinacion natural que tenga una fuerza irresistible: por lo cual el hombre es libre antes de obrar, puesto que puede elegir; y es libre en sus acciones, toda vez que dependen de su eleccion.

3. Consultemos, por último, la fe del género humano. Si se tratase de los secretos de la naturaleza, de las ciencias llamadas exactas, del conocimiento físico del globo y del mundo planetario; en una palabra, de todo lo que supone grande capacidad ó sabias investigaciones, no deberíamos ciertamente tomar la opinion general de los pueblos por arbitrio y regla de la nuestra; pero en las cosas que todos sienten, que están unidas á la conducta regular de la vida, y son la regla universal de las acciones y de los juicios de todos los hombres, no puede ménos de llamar nuestra atencion el convencimiento universal, constante é imperturbable de las naciones y de los siglos. ¿Y cómo seria posible dejar de ver en él, uno de los sentimientos que inspira la naturaleza, y que están arraigados en el fondo mismo del ser racional? Si en algunas cosas los mismos sabios son pueblo á causa de sus preocupaciones, tambien el pueblo es verdadero filósofo sobre varios objetos. Entre los ingenios mas sublimes y nosotros, hay muchas cosas comunes; y es necesario tambien, que entre sus ideas y las nuestras haya un punto de comunicacion sin el cual no podríamos entendernos. Este punto de comunicacion es el sentido comun; y en lo que pertenece al sentimiento y al sentido comun confieso, que respeto mucho la autoridad del género humano.

Y ¿cuál ha sido su creencia sobre el libre albedrío? No es difícil saberlo. Si los hombres son libres, es natural que deliberen antes de obrar; que dirijan sus pensamientos á lo futuro; que su prevision les reserve recursos, y se decidan siempre por el partido que crean mas prudente. Esto es precisamente lo que han hecho en todos tiempos; de tal modo, que los que han obrado sin reflexion, han sido mirados como almas superficiales, ó se les ha tenido por temerarios ó locos. Si somos libres, es natural aconsejar á los hombres, que huyan del vicio, que practiquen la virtud, que sacrifiquen las pasiones á la obligacion, y merezcan por una conducta sin tacha la consideracion pública. Todo esto en la doctrina de la libertad está á nuestro alcance; y así vemos á los sabios, á los hombres virtuosos, á los legisladores de todos tiempos, y á cuantos han sido amigos de la humanidad, consagrar sus trabajos y desvelos á hacer á los hombres mejores y mas felices. Por último, si somos libres, es natural que la sociedad nos imponga leyes; que nos obligue á seguirlas; que premie á los que se mantienen fieles á ellas, y castigue á sus infractores; y esto mismo es lo que la historia nos refiere de todas las sociedades civiles. Se han visto ademas filósofos sistemáticos alzarse contra la libertad y combatirla en sus escritos; pero en la práctica desmentian su teoría, obrando y conduciéndose como si fuesen libres. De este modo, en todos tiempos y lugares han presentado los hombres todos los fenómenos y las señales características de la libertad; han pensado, han hablado y han obrado como deben hacerlo los seres libres: de donde se infiere, que la libertad es uno de los atributos de la naturaleza humana.

4. Paso ahora á las pruebas indirectas del libre albedrío, sacadas de los mismos absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario, ó sea del fatalismo.

Muchas veces, señores, el medio mas corto y fácil de juzgar un sistema es examinarle por sus consecuencias inmediatas. Puede el sofista, á fuerza de sutilezas y de los ardides ingeniosos de la dialéctica, dar un vislumbre de verdad á los errores mas monstruosos; de modo, que llegue á ser difícil seguirle en sus complicados argumentos, ó hacer ver su falsedad, aun cuando se conozca perfectamente. Entónces, es preciso examinar las consecuencias necesarias de su doctrina; pues el árbol se conoce por sus frutos; y cuando las consecuencias son absurdas, ¿podrán ser verdaderos los principios? Apliquemos esto al fatalismo: si os dijese terminantemente, que no hay en realidad vicio ni virtud en este mundo; que los remordimientos no son mas que una quimera y el vano tormento de los ilusos, os

escandalizariais de tales proposiciones. Si añadiese, por último, que tampoco hay Dios, ¿no os irritariais aun mas? Pues veamos ahora si no son estas las tres consecuencias inmediatas é inevitables del fatalismo; y de este modo seremos conducidos por la fuerza misma de las cosas á la doctrina opuesta, la del libre albedrío.

Yo sostengo desde luego, que en el sistema del fatalismo no hay realmente bien ni mal; en este concepto me dirijo á sus defensores, y les pregunto: ¿os parecen desórdenes y crímenes los asesinatos, los parricidios, los envenenamientos, la calumnia, la crueldad en los padres, la ingratitud en los hijos, la perfidia en los amigos, y la mala fe en el comercio de la vida? Por el contrario, ¿os parecen cosas arregladas, y teneis por virtudes la probidad, el agradecimiento, la justicia en el magistrado, el valor en el guerrero, y la beneficencia en el rico? ¿Es malo lo uno y bueno lo otro? Hablad: si todo es igual á vuestros ojos; si no advertis otra diferencia entre el bueno y el malo, que la que se nota entre el voraz gavilan y la tímida paloma; si el parricidio y el amor filial son para vosotros lo mismo que una furiosa tempestad ó un dulce rocío, ¿qué sentimientos son entónces los vuestros? ¿Y no os parece semejante doctrina tan horrible, que no os atreveriais á profesarla públicamente? Mas si á un lado veis crímenes, y al otro virtudes, sois inconsecuentes; porque al fin, si, segun vosotros los fatalistas, todo existe necesariamente; si todo lo que es, debe ser y no puede ser de otro modo, y si todo está encadenado por las leyes del destino irresistible; todo entónces está en su lugar, y todo está ordenado; entónces, no se ha quebrantado regla alguna, ni hay desórden, porque éste no es otra cosa que la infraccion de una regla, que debe seguirse y no se ha seguido. Así, Neron cantando el incendio de Troya á la vista de Roma ardiendo, y San Luis administrando justicia debajo de la encina de Vicennes, no hacian mas que cumplir con sus inevitables destinos; el uno fué justo por la misma razon que el otro fué cruel; es decir, por el curso de una invariable necesidad. Del mismo modo Tito y Calígula, siendo el primero las delicias del género humano, y su espanto el segundo, son dos anillos igualmente necesarios de la cadena de los seres, el uno de hierro, si se quiere, y de oro el otro, pero nada mas; pues la diferencia de su conducta no dependia de su eleccion, así como la diferencia entre aquellos dos metales no consiste en ellos; así, por último, puede llamarse inocente un asesino, citado ante los tribunales, y teñidas aun sus manos en la sangre de su semejante. Y en efecto, en el sistema del fatalismo tendria derecho para decir al magistrado: «Me he visto tan precisado á cometer este homicidio,

como vos lo podeis estar á vengarle; el temperamento obra en mí, como en vos, por un impulso irresistible de la naturaleza; yo he debido ser el tigre que devora su presa, y vos debeis ser el cazador que le persiga; sois mas feliz que yo, pero no soy culpable mas que vos.» En verdad, señores, que si el magistrado fuese fatalista, podria, sí, condenar al asesino, pero no replicar á su arenga.

La segunda consecuencia es, que los remordimientos son una quimera, y que el único partido prudente es sofocarlos. El remordimiento consiste en la conviccion íntima que tenemos de haber debido y podido dejar de hacer la accion ejecutada, de cuya conviccion resulta en el hombre un combate aflictivo entre la conciencia que le acusa, y el entendimiento que se ve obligado á condenarle. Pero si quitais al hombre la libertad, si el culpable no pudiese evitar el mal, ¿habria cosa mas necia que reprochárselo? Que el hombre responsable de un hurto, de una muerte, ó de una calumnia voluntaria, y penetrado de que tenia libertad para no cometer estos delitos, se reconvenga á sí mismo, es una cosa muy natural; pero si ha sido arrastrado á ellos irresistiblemente, y le han sido tan inevitables como una enfermedad y la muerte, seria tan ridículo echárselos en cara como lo seria que un moribundo se acusase de su agonía.

La tercera consecuencia del fatalismo es, que no hay Dios. En efecto, la primera idea que despierta en el alma el recuerdo de Dios es la de un ser santo por esencia, que no puede aprobar ni cometer delitos; y despojarle de su santidad es lo mismo que aniquilarle. Por consiguiente, el fatalista se ve precisado ó á no reconocer á Dios, ó á hacerle autor de todos los males que infestan la tierra. Segun su sistema, el mundo moral, así como el físico, se dirigiria por impulsos y movimientos inevitables, y todas las acciones humanas, asi como los fenómenos de la naturaleza, no serian mas que el desarrollo necesario de la direccion primitiva, impresa en las almas como en los cuerpos. Entónces no solo permitiria Dios el mal como procedente del abuso de la libertad, sino que él mismo seria la verdadera causa de él; entónces el crímen del asesino, asi como la erupcion de un volcan, que abrasa los lugares inmediatos con su lava encendida, seria efecto de la voluntad divina, y el mal procederia de Dios y no del hombre. ¡Ah! antes diré, no solo sin temor de blasfemar, sino penetrado de un profundo respeto á la santidad del Dios, que adoro, que si fuese preciso admitir el fatalismo, y creer que el hombre no es libre, convendria predicar al instante el ateismo como la primera de todas las verdades. Pero si todas estas consecuencias nos espantan, volvamos á la doctrina enseñada por la sana razon y por la Reli-

gion; volvamos á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Mas se dirá todavía, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder, es preciso que suceda; su ciencia es infalible, y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente, no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez; voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros, no hace que éstos cambien de naturaleza; conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano, que hoy nos habíamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo, que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos, no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar, no es precisamente porque Dios lo ha previsto, sino que lo ha previsto porque yo debia determinarme á ello; asi como yo os veo en este recinto porque estais en él, pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados, estariais en él igualmente. Parece que se cree, que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo, que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos.

Léjos, pues de nosotros el fatalismo, no ménos temible por sus consecuencias, que falso en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto, que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opinion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías. Pero es una verdad horrible, que el fatalismo conduce al crímen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles, que no son mas culpables por sus delitos, que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, señores, la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre J. J. Rousseau, y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: «Huid de esos hombres, que á pretexto de explicar la naturaleza, siembran en los corazones doctrinas destructoras... Derribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos, el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crímen, las esperanzas de la virtud, y ¡aun se precian de ser los bienhechores del género humano! Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos; y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.» Detestemos, pues, el fatalismo, sirvámonos santamente de la libertad, para poder ser premiados en el cielo, que os deseo.

ALMA.

(SU INMORTALIDAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.
Crió Dios al hombre á imágen suya.
(*Gen.* 1, 27.)

Hubo un tiempo mas dichoso, en que nuestros padres no se reunian en los sagrados templos sino para oir elogios de la virtud, porque la virtud era el patrimonio comun de aquellos siglos de fe y el distintivo de sus respectivas generaciones. Los oradores sagrados no ocupaban entónces la cátedra del Espíritu Santo para defender los dogmas de nuestra santa fe, sino para proponerlos á la piadosa veneracion del pueblo fiel que los escuchaba. ¡Cuán agradable debia ser entónces el ejercicio de este misterio sagrado de la divina palabra! ¡Cuán satisfactoria debia ser la noble tarea de difundir sobre almas bien preparadas, junto con la doctrina de salvacion, las luces y los consuelos que derrama sobre los fieles! Pero las circunstancias han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gion; volvamos á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Mas se dirá todavía, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder, es preciso que suceda; su ciencia es infalible, y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente, no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez; voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros, no hace que éstos cambien de naturaleza; conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano, que hoy nos habíamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo, que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos, no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar, no es precisamente porque Dios lo ha previsto, sino que lo ha previsto porque yo debia determinarme á ello; asi como yo os veo en este recinto porque estais en él, pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados, estariais en él igualmente. Parece que se cree, que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo, que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos.

Léjos, pues de nosotros el fatalismo, no ménos temible por sus consecuencias, que falso en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto, que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opinion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías. Pero es una verdad horrible, que el fatalismo conduce al crímen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles, que no son mas culpables por sus delitos, que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, señores, la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre J. J. Rousseau, y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: «Huid de esos hombres, que á pretexto de explicar la naturaleza, siembran en los corazones doctrinas destructoras... Derribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos, el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crímen, las esperanzas de la virtud, y ¡aun se precian de ser los bienhechores del género humano! Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos; y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.» Detestemos, pues, el fatalismo, sirvámonos santamente de la libertad, para poder ser premiados en el cielo, que os deseo.

ALMA.

(SU INMORTALIDAD.)

Creavit Deus hominem ad imaginem suam.
Crió Dios al hombre á imágen suya.
(*Gen.* 1, 27.)

Hubo un tiempo mas dichoso, en que nuestros padres no se reunian en los sagrados templos sino para oir elogios de la virtud, porque la virtud era el patrimonio comun de aquellos siglos de fe y el distintivo de sus respectivas generaciones. Los oradores sagrados no ocupaban entónces la cátedra del Espíritu Santo para defender los dogmas de nuestra santa fe, sino para proponerlos á la piadosa veneracion del pueblo fiel que los escuchaba. ¡Cuán agradable debia ser entónces el ejercicio de este misterio sagrado de la divina palabra! ¡Cuán satisfactoria debia ser la noble tarea de difundir sobre almas bien preparadas, junto con la doctrina de salvacion, las luces y los consuelos que derrama sobre los fieles! Pero las circunstancias han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cambiado, y los oradores sagrados se encuentran ahora en condiciones bien distintas y desfavorables.

Desde que el espíritu del hombre, limitado y ciego, se dió á la discusion, y en vez de venerar y respetar unas verdades, que no puede comprender, pretendió profundizarlas, nos vemos en la dolorosa necesidad de probar los dogmas que nos propone nuestra santa fe. Hé aquí, cómo y por qué voy á demostrar la inmortalidad de nuestra alma. ¡Dogma consolador! Dogma, que la razon natural nos da resuelto y que el corazon acepta; dogma, que no olvida nunca el justo, porque constituye toda su esperanza, mientras sufre las pesadumbres de la tierra; dogma, que no olvida tampoco nunca el malo, porque teme el terrible castigo de todas sus prevaricaciones; dogma, en fin, tan enlazado con la idea de Dios, que si no hay una vida futura, en la que nuestra alma reciba un premio ó castigo eterno, tampoco ha de haber Dios, es decir, no ha de haber sabiduría eterna, ni bondad eterna, ni eterna justicia: y si no hay todo esto, tampoco hay Dios.

Siendo así, ¿cómo se explica, que este dogma sea objeto de tantas impugnaciones? Es preciso decirlo con gran sentimiento; hay hombres para quienes es un suplicio su noble condicion: llevados del deseo de gozar tranquilos los placeres á que se entregan, ponen en aprietos su inteligencia para aniquilarla, si pudiesen, y celebrar la identificacion de su espíritu con la mas hedionda materia. Como hablan ó escriben segun el interés de sus vicios, y no segun les inspira su razon, procuran engañarse á sí mismos, y engañar á los demas. Si tuviesen valor para reformar sus costumbres, esa creencia, que para ellos es hoy un tormento, seria despues un dulce consuelo; pero como esos miserables no tienen valor para tanto, tratan de reducir la vida humana á la vida presente, para correr sin freno por los espaciosos ámbitos de la licencia. Inútiles son, empero, sus esfuerzos; el oprobio á que aspiran, no ha de concedérseles. Su alma inmortal les dirá siempre: Aquí estoy para defenderme contra tí; contra tí, que me eres deudor de la vida; contra tí, que quisieras suprimirme porque te recuerdo tu dignidad, y te impido gozar de los placeres sin que los remordimientos los envenenen.

Como pudiera suceder, que la perversidad de algunos hombres hubiese llegado á seducir á personas sencillas é ignorantes, no será inoportuno demostraros el dogma santo de nuestra inmortalidad, manifestando, que está muy conforme con la naturaleza humana; y que el error contrario es el mas injurioso á los atributos de Dios y el mas opuesto á la felicidad del hombre mismo. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Pretender que la muerte es el definitivo término del hombre, y que al descomponerse el cuerpo, el alma torna otra vez á la nada, es una blasfemia contra Dios, puesto que se niega á la vez su sabiduría, su bondad y su justicia. En esta suposicion absurda ¿qué vendria á ser la sabiduría del Criador? Decidme, oyentes; ¿no es evidente, á cuanto cabe, que entre los séres de que se compone este mundo visible, el mas excelente de todos es el hombre, y que los demas no han sido criados sino para él? ¿Para quién se ha dispuesto este magnífico palacio? ¿Para quién despide el sol su calor y su luz? ¿Para quién se cubre la tierra de doradas mieses y la naturaleza presenta en todas sus partes un espectáculo tan brillante y magnífico? Solo el hombre, entre todos los séres que hay sobre la tierra, lleva impreso el sello de la divinidad, y ejerce sus derechos con un imperio que nadie puede disputarle. En vano los montes oponen grandes barreras á los antojos humanos; el hombre mas fuerte que esas imponentes moles, las somete á las exigencias de sus proyectos. En vano la tierra se esfuerza por ocultar en sus entrañas los preciosos metales que reclama su industria; el hombre los arranca para destinarlos á diferentes usos. En vano el mar brama y eleva sus olas hasta las nubes; el hombre se pasea tranquilo sobre ellas, y aun las obliga á llevarle hasta las extremidades del mundo. Si los vientos soplan con furia, el hombre sabe obligarlos por medio de las velas á que le conduzcan al deseado puerto. Todo en el mundo es esclavo de la voluntad del hombre ó paga tributo á sus necesidades. Hasta los astros del firmamento están sujetos á su cálculo y le sirven de guia al través del occéano, ó de áridos desiertos. No midais la grandeza de este sér por el espacio que sobre la tierra ocupa su cuerpo; medidla por la extension, si puedo expresarme así, de ese espíritu que mide el universo, que desde el punto imperceptible en que se halla colocado lo domina todo, desde la incalculable elevacion de los espacios hasta el fondo de los abismos; se remonta á lo pasado, abarca lo presente, y alcanza á un porvenir sin límites.

Pues ese espíritu es el que forma la excelencia y la dignidad del hombre. A esta sustancia noble, activa, inteligente y libre corresponde pensar, conocer, juzgar y querer. Ella se lanza á las regiones intelectuales, sondea las cosas invisibles, y llega hasta el trono de Dios. Esencialmente distinta por su naturaleza del cuerpo grosero que anima y gobierna, se considera degradada cuando le lisonjea, y contaminada si obedece á sus torpes deseos. El alma lo sujeta y castiga, y hasta lo sacrifica: el alma se prenda de lo verdadero, de lo bello, de lo honesto y de lo sublime; encuentra en la virtud encantos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la mueven á despreciar los demas bienes; prefiere la castidad á los placeres, la gloria á la inaccion, el deber á la misma vida. ¿Qué digo, oyentes? El alma tiene alas para elevarse hasta el empíreo, y allí contempla con entusiasmo las inefables perfecciones del Criador, le bendice, le adora, y se deja consumir en su amor. ¿Y cómo seria posible, que no hubiese sido criado todo para el alma, cuando sólo ella conoce el autor de todas las cosas, aprecia el mérito de sus beneficios, está en relaciones especiales con él, se atreve á llamarle padre, y le paga, á nombre de todas las criaturas, el tributo de alabanza y de accion de gracias que se le debe? Pues tal es nuestra alma, creada á imágen y semejanza de Dios, solo inferior en un grado á los ángeles, pero incomparablemente superior á los demas séres criados. Tan pura y tan celestial es en su orígen, tan ajena á todo lo terrestre y corruptible, que los sagrados libros la llaman *el aliento del Todopoderoso*.

Ahora bien: decidme, oyentes, ¿es posible que, por disolverse el barro de la tierra, se haya de suponer que el alma siendo espiritual, perezca con el cuerpo? Porque el polvo se convierte en polvo, porque un conjunto de elementos groseros y materiales se desune y descompone, ¿se creerá que una sustancia simple, inmaterial, incapaz de descomposicion, como quiera que no consta de partes, haya de ser arrastrada en la comun ruina de un edificio de barro que se desmorona? No, no puede haber muerte natural ni disolucion para el alma: seria necesario un acto de la omnipotencia de Dios para aniquilarla. Pero, ¿querrá Dios aniquilarla? No; al contrario, la creó para que existiese siempre; y la garantía segura de esta verdad es su infinita sabiduría.

2. ¿Quién puede dudar de eso? Dios ha creado el mundo para el hombre; y ¿el hombre habrá sido creado para ser destruido? ¿Habrá producido con tanto esmero una vana sombra, para verla desaparecer en un momento? Cuando nosotros, débiles mortales, procuramos dar á nuestras obras el carácter de perpetuidad, Dios, artista inmortal, orígen del sér y de la vida, ¿no habrá trabajado mas que para la muerte y la nada? ¿Habrá imitado acaso la extravagancia ó insensatez de un arquitecto, ó la imprevision de un niño, levantando un edificio solo por el gusto de destruirlo, y plantando un árbol solo por el placer de arrancarlo? En este supuesto, cuando al fin de los tiempos se consuma esta gran destruccion, si alguno de los espíritus celestiales, señalando hácia las ruinas del universo, dijera: ¡Señor! ¿por qué os tomasteis el trabajo de crear el universo? ¿Qué fin os propusisteis al formar ese conjunto magnífico de un mundo que ya no

existe, al crear esa muchedumbre de séres animados é inanimados, que excitaron nuestra admiracion, entre los cuales muchos fueron dotados como nosotros de inteligencia, y practicaron sublimes virtudes? ¡Ah! mira, diria el Señor, mira esos escombros humeantes, contempla esos montones de ceniza, huesos y polvo: hé aquí el término á que se dirigian tantas maravillas; hé aquí el objeto que me propuse en mis designios eternos: hé aquí, en fin, lo que debia quedar de mis obras! ¡Dios mio! El que os atribuyese semejante lenguaje blasfemaria de vuestra sabiduría, y ofenderia vuestra infinita bondad.

En efecto; si nosotros estuviésemos destinados á morir completa y totalmente, preciso nos seria decir, que el Criador, léjos de manifestarse nuestro padre, no habria distinguido nuestra naturaleza con tantos y tan gloriosos privilegios sino para hacernos las mas infelices de todas las criaturas; sus mayores beneficios no serian para nosotros sino otros tantos síntomas de crueldad. No olvideis, oyentes, que nosotros, en cuanto al cuerpo, estamos sujetos á mas enfermedades y dolores que todos los animales; anticipamos nuestros males con la prevision; los agravamos, los reproducimos y los prolongamos con la reflexion, con la memoria y con el arrepentimiento. Verdad es que los demas animales envejecen y mueren; pero ninguno tiene sino nosotros el triste sentimiento de conocer su decadencia; solo nosotros vemos aproximarse nuestro último momento; solo nosotros conocemos los horrores de una disolucion inevitable, y sabemos de antemano la corrupcion hedionda que nos espera en el sepulcro. Fuera del hombre, ¿qué otro sér experimenta las penas del alma, mil veces mas terribles que los padecimientos del cuerpo? ¿Qué otro sér experimenta la desazon y la tristeza que devoran, la negra melancolía y la desesperacion horrible? Ademas de sus propios dolores, sufre por las aflicciones ajenas, llora las desgracias de los séres que le son queridos, tiembla en sus peligros, y muere, en cierto modo, cuando la muerte arrebata alguno de sus amigos y parientes.

En medio de tantas aflicciones y miserias, para colmo de su tormento, le devora una sed ardiente de felicidad: por un irresistible impulso de su naturaleza la busca, la pide, la quiere á toda costa; pero en ninguna parte la halla: en el fondo de su sér lleva grabada la idea de un bien perfecto, inmutable, infinito, único proporcionado á sus necesidades y á la vasta capacidad de su corazon. Por lo mismo, ninguna belleza le encanta, porque en todas ellas descubre mil defectos; las diversiones le cansan por su frivolidad; los placeres de los sentidos son demasiado viles, y acaban por saciarle y disgus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tarle; las riquezas le dan mas desazones que verdaderas alegrías, pues nunca han hecho á un hombre verdaderamente dichoso; los honores, las dignidades, el poder, no son sino una ilustre apariencia, que solo dan de sí incomodidades y disgustos; la gloria es un nombre vano, que deja vacío el corazon y no alcanza á desvanecer la tristeza; la ciencia es una ilusion, puesto que los hombres sabios ignoran mucho mas de lo que en sus estudios han podido aprender.

Ahora bien; ¿es posible, Dios mio, que no nos hayais criado sino para sufrir males reales y verdaderos, y para que andemos desasosegados trás los bienes imaginarios? En las demas criaturas vemos una justa proporcion entre sus necesidades y los objetos destinados á satisfacerlas. El irracional puede satisfacer sus apetitos, y, saciándolos, es dichoso. Pero nosotros, ¡ah! nosotros nada hallamos en la tierra, que pueda saciar nuestra sed; tenemos hambre de la vida del sér y de la belleza perfecta, de la verdad sustancial, de la felicidad pura, de la gloria y de la grandeza, que jamas se acaban. Hé aquí nuestras necesidades, Dios mio; vos nos las habeis dado, y para satisfacerlas ¿no nos habreis preparado mas que la nada? Si nada hay para nosotros mas allá del sepulcro, del mundo y del tiempo, ¿cómo es, que nuestros deseos exceden en grandiosidad al universo, y en duracion á los siglos? ¿Cómo es, que nuestros pensamientos se nutren de lo infinito, y nuestras esperanzas aspiran á un porvenir sin término? Si solo vivimos para morir, ¿de dónde procede este horror á la destruccion, este apego y esta invencible pasion por la inmortalidad? Si no debemos jamas veros ni poseeros, ¿por qué habeis permitido que os conociéramos? ¿por qué no habeis hecho comprender que vos sois nuestro único bien? ¿por qué habeis abierto en nuestro seno un abismo que vos solo podeis llenar? En suma, Dios mio, si fuese verdad, como osa decir el incrédulo, que vos no llevais al través de los áridos y espinosos senderos de una vida sembrada de dolores é infortunios, solo para sacrificarnos á la nada al fin de nuestra carrera, ¿cómo podríamos bendecir vuestra mano creadora? ¿Cómo podríamos creer en vuestra infinita bondad?

3. Por último, si admitiéramos esta suposicion monstruosa, negaríamos toda nocion de la divina justicia. Basta echar una mirada sobre la sociedad humana y el mundo moral para advertir el desórden y la confusion que allí dominan. ¿No hemos visto, y vemos, en efecto, hollados todos los derechos y los mas sagrados deberes; impune el crímen, triunfante el vicio, la virtud oprimida bajo el peso del ridículo y del desprecio; aplaudida la impiedad, la religion víctima de la burla y del sarcasmo; contínuas conjuraciones contra el cielo y contra el respeto debido á las leyes; horribles revoluciones que destruyen los imperios, cadalsos inundados de sangre inocente, leyes inícuas, que proscriben la fidelidad y autorizan la traicion; doctrinas execrables con que se deprava á la tierna infancia, á la juventud incauta, á la multitud ciega; la prosecucion de un designio, que tiende á sumir nuevamente el universo en el caos, y reducir al hombre al estado salvaje; y un desenfreno tan extraordinario en las costumbres, que por decoro no podemos mencionar los excesos del vicio para censurarlos? Si bien no han sido iguales los excesos en todos los siglos, en todo tiempo, empero, ha habido usurpaciones, revoluciones sangrientas, guerras horribles, iniquidades escandalosas; en todos tiempos ha habido impíos rodeados de prosperidades, y justos que han gemido en la opresion. ¿Y Dios ha de presenciar tranquilo é indiferente estas escenas de desórden y desconcierto, dejando que se sucedan en todos los siglos, sin dar al fin del mundo un espectáculo digno de sí, espectáculo en el cual repare todos estos desórdenes y haga triunfar á su justicia?

Pero ¿qué digo? ¿Seria posible, que Dios, agravando el horror del espectáculo que la sociedad ofrece á nuestra vista, no esperase á los actores, al salir de este teatro manchado de sangre y prostituido por los crímenes, sino para condenarlos á todos sin distincion á una muerte eterna, al inocente lo propio que al culpable, al santo como al sacrílego, al tirano lo mismo que á la víctima? ¡Oh Dios! Si tales fuesen vuestros juicios, ¿dónde estaria vuestra justicia? ¿qué podriais responder á un justo, á un mártir, que en el momento en que acaba de espirar por vos en los suplicios, cayendo en vuestras manos y viéndoos dispuesto á sumirle en la nada por premio de su fidelidad, os dijese: Señor, yo he cumplido vuestras voluntades santas; todo os lo he sacrificado sin reserva: en castigo de haberos amado, hombres inícuos, que os aborrecian, me han quitado la vida del cuerpo; y vos ahora volvereis mi alma á la nada de que salí? No me quejaré, ¡Dios mio! cúmplase vuestra sentencia: no me arrepiento de haber derramado por vos toda mi sangre; y volveria á derramarla todavía si me fuera posible: pero, ¡gran Dios! ¿debia yo despues de esto esperar la misma suerte que vuestros enemigos y mis verdugos? ¿Es esto lo que mi sacrificio ha merecido de vuestra justicia? Y si pudiese haber un juez entre vos y yo ¿hallaria justa esta recompensa de la virtud?

Ya lo veis, oyentes, el que niega la inmortalidad del alma ofende á la sabiduría de Dios, suponiendo que la obra maestra de sus manos no es mas que polvo y ceniza, y que por un poco de materia

crió Dios tantas maravillas, y vino Jesucristo á ser crucificado. Ofende á la bondad divina, porque no es propio de un padre negar á sus hijos un consuelo, despues de haber atravesado una vida sembrada de penalidades y amarguras. Ofende, por último, á la divina justicia, puesto que si el alma no es inmortal, Dios dejaria de ser justo, porque acá en la tierra suele la virtud hallarse rodeada de aflicciones, al propio tiempo que el vicio se pasea triunfante.

4. Podria ahora añadir, que los que niegan la inmortalidad del alma, no contentos con atacar su dignidad, destruyen el fundamento de las sociedades. Estableced y pregonad el principio de que todo para nosotros acaba con el sepulcro, y desde luego el hombre carecerá de resolucion y fuerzas para sacrificar sus malos instintos, y no encontrará obstáculos ni miramientos, que le impidan sacrificar á su capricho á sus semejantes. Estableced y pregonad el principio de que no hay una vida futura, y no encontrareis en la tierra virtudes, abnegacion, sacrificios; pero, en cambio, surgirán en todas partes vicios, egoismo, pasiones, robos, adulterios, asesinatos, sacrilegios. Estableced y pregonad el principio de que no hay, despues de ésta, una vida eterna, y no habrá quien obedezca á Dios, ni quien obedezca á los hombres; y á su vez la rebelion y la insubordinacion se tendrán, no digo por lícitas, sino aun mas, por gloriosas. Estableced y pregonad el principio de que no hay una vida, en la cual el justo y el pecador reciben el premio y el castigo merecidos, y no habrá quien sea fiel á los deberes ni respete los derechos; al propio tiempo que las infracciones de la ley de Dios y de las leyes de los hombres se tendrán por permitidas y aun se calificarán de loables. Estableced y pregonad el principio, de que el alma humana ha de volver algun dia á la nada; y los hombres, sociables ahora, se convertirán en mónstruos, serán usurpadores y asesinos en vez de ciudadanos honrados.

Detestad, pues, oyentes, este monstruoso error de la mortalidad de nuestro espíritu; no descuideis el porvenir, que ha de durar tanto como Dios; no olvideis nunca, que se trata, ó de ser eternamente felices, ó eternamente desgraciados. No hay medio entre estos dos destinos. La fe, la razon, la creencia de todos los siglos, todo nos dice, que hay una vida futura, y que si somos justos, seremos en ella felices, y si ahora nos damos al vicio, seremos en ella eternamente desdichados. Vivid, pues, pensando siempre, que os espera una vida eterna, donde la virtud es premiada, y castigado el vicio. Fijad en el cielo vuestras miradas, suspirad por él, y trabajad constantemente para ser un dia felices y dichosos en la bienaventuranza eterna.

ALMA.

(SU GRANDEZA Y EXCELENCIA.)

Deus creavit hominem ad imaginem suam.
Dios crió al hombre á imágen suya.
(*Gen.* 1, 27.)

La grandeza del hombre está en su alma. ¿Qué cosa, en efecto, es mas noble, mas grande en el mundo, que el poder de pensar, de querer buscar la verdad, el deber y á Dios? ¿Y qué otra cosa es el alma sino es ese poder de pensar, esa capacidad del deber, de la verdad y de Dios? Pero, hermanos mios, esa grandeza del alma, ¿en qué consiste, y dónde se la encuentra? Escuchad al Espíritu Santo, y él os hará saber, que se halla en su orígen, y que proviene de su autor.

Hé aquí, que Dios sale de su eterno reposo, que realiza fuera de sí su pensamiento infinito. Él habla, la nada lo oye, la nada se hace fecunda, y el universo es criado. Pero el Arquitecto divino se detiene de repente en medio de su obra, la Trinidad se recoge, se consulta, delibera; se podria creer, que reune toda la energía criadora para una obra suprema. ¿Para qué esta deliberacion, para qué este consejo? Porque no se trata ya de formar el mundo de los cuerpos. En hora buena, dice Tertuliano, cuando se trataba de los cuerpos, se trataba de esclavos; pero ahora se trata de formar almas, es decir, de hacer criaturas semejantes á Dios, una imágen finita del infinito. Y por eso, ese mismo Dios, que no da mas que una palabra á las creaciones materiales, consagra la reflexion á la creacion de las almas, debiendo honrarse á sí mismo en la criatura sublime, que debia ser la imágen de sus perfecciones divinas en la tierra. *Creavit Deus.*

Esta es la verdadera grandeza del hombre. Toda ella consiste en

crió Dios tantas maravillas, y vino Jesucristo á ser crucificado. Ofende á la bondad divina, porque no es propio de un padre negar á sus hijos un consuelo, despues de haber atravesado una vida sembrada de penalidades y amarguras. Ofende, por último, á la divina justicia, puesto que si el alma no es inmortal, Dios dejaria de ser justo, porque acá en la tierra suele la virtud hallarse rodeada de aflicciones, al propio tiempo que el vicio se pasea triunfante.

4. Podria ahora añadir, que los que niegan la inmortalidad del alma, no contentos con atacar su dignidad, destruyen el fundamento de las sociedades. Estableced y pregonad el principio de que todo para nosotros acaba con el sepulcro, y desde luego el hombre carecerá de resolucion y fuerzas para sacrificar sus malos instintos, y no encontrará obstáculos ni miramientos, que le impidan sacrificar á su capricho á sus semejantes. Estableced y pregonad el principio de que no hay una vida futura, y no encontrareis en la tierra virtudes, abnegacion, sacrificios; pero, en cambio, surgirán en todas partes vicios, egoismo, pasiones, robos, adulterios, asesinatos, sacrilegios. Estableced y pregonad el principio de que no hay, despues de ésta, una vida eterna, y no habrá quien obedezca á Dios, ni quien obedezca á los hombres; y á su vez la rebelion y la insubordinacion se tendrán, no digo por lícitas, sino aun mas, por gloriosas. Estableced y pregonad el principio de que no hay una vida, en la cual el justo y el pecador reciben el premio y el castigo merecidos, y no habrá quien sea fiel á los deberes ni respete los derechos; al propio tiempo que las infracciones de la ley de Dios y de las leyes de los hombres se tendrán por permitidas y aun se calificarán de loables. Estableced y pregonad el principio, de que el alma humana ha de volver algun dia á la nada; y los hombres, sociables ahora, se convertirán en mónstruos, serán usurpadores y asesinos en vez de ciudadanos honrados.

Detestad, pues, oyentes, este monstruoso error de la mortalidad de nuestro espíritu; no descuideis el porvenir, que ha de durar tanto como Dios; no olvideis nunca, que se trata, ó de ser eternamente felices, ó eternamente desgraciados. No hay medio entre estos dos destinos. La fe, la razon, la creencia de todos los siglos, todo nos dice, que hay una vida futura, y que si somos justos, seremos en ella felices, y si ahora nos damos al vicio, seremos en ella eternamente desdichados. Vivid, pues, pensando siempre, que os espera una vida eterna, donde la virtud es premiada, y castigado el vicio. Fijad en el cielo vuestras miradas, suspirad por él, y trabajad constantemente para ser un dia felices y dichosos en la bienaventuranza eterna.

ALMA.

(SU GRANDEZA Y EXCELENCIA.)

Deus creavit hominem ad imaginem suam.
Dios crió al hombre á imágen suya.
(*Gen.* 1, 27.)

La grandeza del hombre está en su alma. ¿Qué cosa, en efecto, es mas noble, mas grande en el mundo, que el poder de pensar, de querer buscar la verdad, el deber y á Dios? ¿Y qué otra cosa es el alma sino es ese poder de pensar, esa capacidad del deber, de la verdad y de Dios? Pero, hermanos mios, esa grandeza del alma, ¿en qué consiste, y dónde se la encuentra? Escuchad al Espíritu Santo, y él os hará saber, que se halla en su orígen, y que proviene de su autor.

Hé aquí, que Dios sale de su eterno reposo, que realiza fuera de sí su pensamiento infinito. Él habla, la nada lo oye, la nada se hace fecunda, y el universo es criado. Pero el Arquitecto divino se detiene de repente en medio de su obra, la Trinidad se recoge, se consulta, delibera; se podria creer, que reune toda la energía criadora para una obra suprema. ¿Para qué esta deliberacion, para qué este consejo? Porque no se trata ya de formar el mundo de los cuerpos. En hora buena, dice Tertuliano, cuando se trataba de los cuerpos, se trataba de esclavos; pero ahora se trata de formar almas, es decir, de hacer criaturas semejantes á Dios, una imágen finita del infinito. Y por eso, ese mismo Dios, que no da mas que una palabra á las creaciones materiales, consagra la reflexion á la creacion de las almas, debiendo honrarse á sí mismo en la criatura sublime, que debia ser la imágen de sus perfecciones divinas en la tierra. *Creavit Deus.*

Esta es la verdadera grandeza del hombre. Toda ella consiste en

reproducir en su alma los caracteres de su divino Autor. Y con efecto; Dios piensa, el alma piensa; Dios quiere, el alma quiere; Dios tiene tres personas distintas en una sola persona, el hombre tiene una esencia doble; y así, por cualquiera parte que se considere, el hombre descubre en sí mismo el reflejo de la naturaleza divina. Y Dios ha grabado tan firme y profundamente su sello en él, que seria, en cierto modo, mas fácil aniquilarse, que borrar la imágen del Criador. *Creavit.*

Esta grandeza, esta excelencia de la parte mas íntima de nosotros mismos, formarán el asunto de este discurso. Yo voy á buscar ante vosotros, hermanos mios, los caracteres de esa semejanza de Dios en nuestras almas. Meditémosla, y esforcémonos por hacer nacer en nuestros corazones sentimientos, que correspondan á la dignidad de nuestra naturaleza. Pidamos las luces del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á la bienaventurada Vírgen María. A. M.

1. Entre los rasgos diversos de nuestra semejanza con Dios distingo tres principales, que resumen todos los demas. Consisten en una semejanza de naturaleza, una semejanza de accion, y si me atrevo á explicarme así, en una semejanza de destino. Y, en primer lugar, ¿quién es Dios? La fe y la razon nos dicen, que siendo Dios la perfeccion del ser, él es el espíritu, la plenitud del ser; él es infinito; de ahí dos grandes caracteres de la naturaleza divina: la inmensidad y la simplicidad.

Sí, esta simple plenitud del sér no puede ser rebajada, no puede ser aumentada por el pensamiento. Él es todo lo que es, ó no es. ¿Pero no retrata nuestra alma visiblemente en su naturaleza esta simplicidad del sér divino? Ved el cuerpo: en él todo es múltiple y complejo. Compónese de elementos que se unen y se separan, de apariencias que se suceden sin fin. En el alma todo es superior á los sentidos y sus operaciones; todo es invisible é impalpable; todo está unido; todo es indivisible en su unidad. Si alguno la quiere dividir, la ve escapársele de sus manos; el que quiere buscar partes en ella, la ve desvanecerse ante sus ojos. Como Dios, pues, es el alma, ella es tal como es, ó no es. *Creavit.*

Hé aquí, hermanos mios, una de las mayores prerogativas del espíritu; tal vez no lo comprendemos bastante; y sobre todo, no le damos toda la importancia que merece. Sin esta simplicidad de nuestro sér, estaríamos á la merced de todas las fuerzas de aquí abajo, á merced de las fuerzas mas brutales y mas abyectas. Sí; sin ella no hay criatura sin inteligencia, que no pueda hacernos sentir sus ataques; no hay tirano, que no pueda derribarnos por tierra, como al insecto en el polvo; no hay revolucion, que no pueda hacernos sentir el peso de sus golpes, hasta en lo mas íntimo de nosotros mismos: no hay un solo movimiento de los hombres, que no nos arrebate alguna parte de nosotros mismos; pero el alma es simple: ella insulta la impotencia del tiempo; ella se ríe de la debilidad, de la fuerza; ella pisotea todos los despotismos, despreciándolos; ella conserva su pensamiento libre é independiente en frente de todas las tiranías que hieren y abruman con sus cadenas al cuerpo que la contiene. Las tiranías se aplauden á sí mismas; ellas triunfan y se ensalzan; pero lo que nombran su victoria, es precisamente su derrota; lo que miran como el acto supremo de su poder, es lo que sustrae para siempre al hombre de su dominio. Sí; en el momento en que lo creeis vencido, os engañais torpemente, porque él es libre, él sale de vuestros suplicios con mas luz ó mas esperanza que nunca.

Gracias á vosotros, ahora ya no es mas que un espíritu, un alma; él ha penetrado en la eternidad. Y, sin embargo, preciso es decirlo, y con mucho dolor, hermanos mios; en nuestros dias hay hombres que se lamentan de esta prerogativa de su sér, que la consideran como una carga, como un suplicio. Mirad en derredor de vosotros, ved cuantos hombres, que absorbidos como están en las preocupaciones de los sentidos, se adhieren á la tierra con amor desesperado, y le dicen: sí, madre mia, hermana mia, conviérteme en materia, como eres tú; sí; ¡cuántos hombres se esfuerzan por descender mas abajo de lo que están, que atormentan su inteligencia para anularse, si es posible, para identificarse en cierto modo con la tierra, de modo, que su asimilacion sea completa, que no pueda establecerse distincion entre ellos, ó, por lo ménos, para que su espíritu se someta al imperio de los sentidos! Pues bien; ese oprobio no les será concedido; gracias á Dios, la naturaleza misma del alma la protege contra esos atentados. Esa será su pena eterna; y al mismo tiempo causa su tormento el haber querido bajar adonde no se ha llegado, el haber querido identificarse inútilmente con la materia, conservando su alma. Y yo os doy gracias, Dios mio, porque dudar que pudierais conceder tal envilecimiento, era dudar de vos, pues que al rebajar vuestra imágen, vuestra grandeza misma seria rebajada.

Lo sé, hermanos mios; esos hombres no se hallan entre vosotros; ¡Dios no lo permita! Pero séame lícito preguntaros: ¿honrais no solo el espíritu en vosotros mismos, pero estimais tambien en su verdadero valor esa noble naturaleza de vuestra alma? ¡Ah! ¡Cuán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to cuidado teneis de vuestro cuerpo, y qué desden profesais á vuestro espíritu! ¡Qué preocupacion de los sentidos, y qué olvido de la inteligencia! ¡Ah! Nosotros no haremos traicion á vuestra indignidad; nuestro objeto es salvar vuestra grandeza y salvaros á vosotros mismos. No, no; este cuerpo, estos sentidos, son solamente la parte mas pequeña, mas insignificante de vosotros mismos; y vosotros haceis traicion á vuestra propia gloria, y conspirais contra ella. ¿No veis, que esos sentidos son los enemigos mas implacables que tiene vuestra alma; que los sentidos son los que la sacan fuera de sí misma? ¿Quién trabaja por atraerla, por corromperla y mezclarla con las cosas mundanas; quién abre las puertas á los cálculos mas groseros; quién subleva las pasiones; quién pone en pié todo vano fantasma sino los sentidos? ¿Quién la hace caer de su altura; quién la arrastra á las fáciles pendientes por donde se desliza todos los dias; quién la lleva y la seduce con los placeres de la carne? Los sentidos, los sentidos siempre.

Hé aquí, pues, el primero y el mas pernicioso enemigo del alma; y por una razon contraria, Jesucristo es el amigo verdadero del alma cuando ordena, que se sacrifiquen los sentidos, que se pierdan antes que logren pervertir el espíritu. Escuchad, pues, su voz, y cumplid sus preceptos. Nosotros somos hombres, es cierto; pero obedeciendo á Jesucristo nos elevaremos y nos sostendremos á la altura de nuestra alma.

Dios es simple; pero Dios es tambien inmenso. ¿A dónde huir, decia antiguamente el Profeta, para evitar vuestro poder, Dios mio? Yo bajo al abismo, y vos estais allí; yo subo á los cielos, y tambien estais vos en ellos; yo huyo al último confin del mundo, y vos siempre estais allí y en todas partes. Sí; donde hay un sér, una existencia, una criatura, donde hay vida, allí está Dios. La nada es únicamente la que no lo posee, porque la nada es la negacion del sér, de la existencia, de la vida. Indudablemente, hermanos mios, nuestra alma no puede llegar á esa infinidad; simple criatura, sus límites están marcados, y este cuerpo, al que se halla unida, viene á encerrarla mas todavía en la esfera reducida en que se mueve. Pero el alma posee la facultad, el poder de pensar, y el pensamiento le da esa infinidad, que le rehusan su naturaleza y las pasiones de este cuerpo que la tiene cautiva. Héla ahí; ella se despierta, ella se anima, y sus percepciones no tienen límites. Ella se crea para sí misma espacios inconmensurables, sin salir de los límites de su sér, como quien se pasea en los dominios de su naturaleza. Ella abarca el universo, y lo abarca con un solo pensamiento. Tan pronto ella visita al amigo, que

le disputa la ausencia; ella lo contempla, ella lo escucha, ella le habla desde las mas lejanas playas. Tan pronto penetra en la eternidad como en tierra que le es conocida y que le pertenece; ella rehusa, ella pide á la muerte el sér querido que le ha arrebatado, y en aquella eternidad aun se apodera de aquel que llora; ella va á unirse al que era en la tierra objeto de su ternura.

El pensamiento no ve un abismo que sea para él insondable; el infinito no tiene tinieblas que no aclare, sin que lo puedan impedir los siglos; él anima las cenizas frias; él saca del sepulcro á las generaciones pasadas; él restituye la vida á cuanto ha devorado la muerte; él hace hablar de nuevo, ver y obrar á lo que ha visto, hablado y obrado; y del mismo modo que la tumba no tiene losa que él no levante, la nada tampoco le resiste; él trae á la vida las generaciones venideras; él las contempla, él las ama, él trabaja, él sufre por ellas; él goza por anticipacion del porvenir que les prepara con sus trabajos; en fin, el mismo Dios, á pesar de su inaccesibilidad, no se libra de sus ardientes investigaciones. Sí, Dios mio, ocultaos detras de las nubes, retiraos al seno de vuestra gloria, sumergíos, si es posible, á las profundidades de vuestro sér; mi alma extiende sus alas, y coje el vuelo; las criaturas y la tierra desaparecen de su lado, cruza los espacios, el velo se rasga, la region purísima del sér y de la vida se ostenta; yo veo, yo oigo á los ángeles, yo me presento á vosotros, yo lanzo el grito de mi esperanza y de mi amor, y digo: Dios mio, hé aquí tu imágen; hé aquí tu criatura.

Y este no es mas que un lado de la inmensidad de nuestra alma; no solo puede abarcar con el pensamiento desde el mas miserable de los séres hasta el mismo Dios, sino que nada en el mundo, excepto Dios, es capaz de satisfacerla. No, no; dejaria de ser la imágen del Criador, si alguna cosa en el mundo fuese capaz de satisfacerla. ¡Observadla! ¡Qué inquietud en su inteligencia! ¡Qué generosa aspiracion en su corazon hecho para conocer y capaz de conocer la verdad! ¿Podriais decirme, qué ciencia la llena, qué verdad discutida y asentada, una vez admitida en su entendimiento, puede saciarla? Vosotros creeis que la ciencia va á llenar sus abismos; os engañais; lo que hace es extenderlos mas y mas. A fuerza de aprender, el alma no pierde el deseo de conocer; por el contrario, cada vez ambiciona con mas ardor nuevos conocimientos; por mas que recorre el mundo en todas direcciones, á cada paso que da, el espacio se extiende y huye; ella avanza, se acerca y cree tocar ese ideal cuya imágen lleva en sí misma; pero tambien esta ficcion ha retrocedido y se ha ocul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tado en las profundidades del horizonte. Lo mismo que sucede con el espíritu sucede con el cuerpo. De una necesidad satisfecha, renacen como por encanto otras necesidades; el deseo satisfecho se excita con la satisfaccion misma del deseo precedente; y el haber gozado es una razon para gozar mas. La conciencia de su inmensidad no permite al alma el reposarse aquí abajo y el dormir sobre la tierra. Para engañar sus propios deseos, va á buscar en la variedad y en la multiplicidad de los bienes creados, yo no sé qué falsa imágen de ese infinito á que ella aspira. Por mas que esas decepciones de todas las horas la convenzan de la desproporcion que existe entre el mundo entero y su propio corazon, ella no cesa de repetir: Yo no sé qué necesidad siento de hallar una realidad ideal. La experiencia viene á convencerla de la inutilidad de sus investigaciones; en aquel caso, se apodera de ella un fastidio profundo, invencible, un enojo intolerable contra este mundo, que no le ofrece nunca mas que lo finito. Le parece, que no es vivir el no gozar y poseer la plenitud de los bienes. Esa es la prueba de su naturaleza semi-divina; y así debia de ser, Dios mio, puesto que habeis impreso el sello de vuestra imágen en el alma del hombre. Hé aquí el primer signo de la semejanza del alma con Dios: Dios es espíritu, y el alma es espíritu.

3. Consideremos ahora otras dos semejanzas; una semejanza de accion y una semejanza de destino. Para las inteligencias concienzudas, buscar la semejanza del sér de Dios con el hombre, es buscar la semejanza de sus voluntades. Ahora bien; ¿cuál es el carácter supremo de la voluntad divina? Es la libertad. Sí, hermanos mios; Dios es libre, y ciertamente no puede ser de otro modo. Dueño de todos los séres, él los tiene pendientes sobre la nada; por consiguiente, todo depende de él. Él posee en sí mismo la voluntad suprema, y es claro, que no existe en él necesidad inútil y dominante, sino es la necesidad del amor infinito que se profesa. Por lo demas, al sacar el mundo de la nada, no gana ni adquiere ventaja alguna; si lo sumerge en la nada, tampoco pierde. Su independencia es la doble independencia de la soberanía absoluta y de la beatitud infinita.

Dios es libre; ¿pero acaso no reflejará el alma esa libertad de su Criador? Sin duda; ella está bajo la mano de Dios, y bajo el influjo de su cuerpo, que recibe la accion de todo lo que le rodea; y, sin embargo, el alma es de tal suerte dueña de sí misma, que ni el Criador ni la criatura no tienen ningun ascendiente en su voluntad sin el consentimiento de su voluntad propia. Es verdad, que se ha negado y que se niega todos los dias esta gloriosa libertad del

alma; pero yo no os haré la injuria de demostrárosla. Y, en efecto; ¿qué poder del cielo ó de la tierra puede avasallar la voluntad de un alma, si no cede ella la primera, y si no se entrega, cediendo? La fuerza puede ciertamente intimidarla; el placer puede seducirla por las caricias; la fortuna, el poder, la gloria, la ambicion pueden tentarla con el brillante prestigio del mando, la fama, los goces y la satisfaccion del orgullo; todo eso puede atacarla, pero nada puede vencerla si ella quiere resistir; y aun cuando ella cede, se doblega al impulso de su propia voluntad, nunca se pliega bajo los esfuerzos de una criatura. Pero siempre es un acto soberano, aunque sea un acto infortunado de su voluntad. Proclamémoslo muy alto, porque esa es la mejor de nuestras glorias; el hombre no depende de nada de cuanto lo rodea; todos los esfuerzos de la tierra son impotentes contra él; y si se recoge dentro de su espíritu, ¿quién penetrará en tal atrincheramiento?

Él no depende del placer; él ha podido entregarle una via de su corazon; pero siempre que quiera, podrá desalojarlo de él; pudiendo decir: partid, porque no os conozco. Él no depende de la fortuna; él ha podido ir en pos de los goces y de las criaturas, juntamente con sus riquezas, porque hay criaturas y goces que se dan á precio de oro; pero que la humanidad alce la voz, y al instante va á desprenderse de lo que tiene para satisfacer el hambre del indigente.

El poder halaga indudablemente su orgullo; pero que la cruz hable, y él sufrirá con paciencia todas las adversidades; pudiendo quizá mandar, se contemplará feliz de obedecer, cuando pugne por su patria y por su Dios. Él no depende de la gloria, pero la gloria podrá deslumbrarlo: que la cruz hable, y al momento rechazará indignado los miserables homenajes de la adulacion. Ese mismo cuerpo, hermanos mios, que nos parece que solo forma uno con ella, ese cuerpo que le está tan íntimamente unido, que el alma no puede sin dolores agudos verlo herir; ese cuerpo no ha recibido poder para ofender su libre arbitrio. Con la gracia de Dios, pero tambien con su voluntad, podrá hacerse dueña absoluta y ejercer la mas ilimitada dominacion sobre él; ella puede convertirlo no solamente en esclavo, sino en víctima; ella dispone de él con tan extenso imperio, que le impone los mayores sacrificios, el dolor de los sentidos y la muerte, todo cuanto ella exije por su fe, su amor, todo cuanto ella necesita en servicio de Dios y el suyo propio.

Y no se diga, que tal vez ese hombre encuentra en él alguna voluntad fatal ó imaginaria, y que en el fondo de su sér lleva su fuerza y su valor; eso no es ni puede ser. Cierto, que el hombre ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caido por una culpa original; él ha pervertido su sér, ha corrompido sus costumbres; él ha dirigido hácia la tierra los movimientos de su sér, que lo impelian hácia el cielo; su naturaleza está viciada, su voluntad está debilitada, su energía para el bien es menor; pero le queda toda su libertad completa; y esos mismos males de la caida son, en un sentido, mas que el abatimiento el triunfo de su voluntad. Es indudable, que el hombre necesita los auxilios de Dios; ¿y cómo podria ser de otra suerte? ¿No tiene necesidad de Dios para vivir, pensar y obrar? ¿Qué extraño es, que necesite que Dios lo guie, que Dios lo ayude á vencer y elevarse sobre sí misma para llegar al heroismo y la virtud? Pero con este auxilio divino, el hombre lo puede todo contra y sobre sí; en vano las pasiones se empeñan en atraerlo para rechazarlo despues lleno de heridas; en vano le amenazan sus inclinaciones con hacerlo pedazos; el alma combate, el alma sufre, el alma se mutila en cierto modo; pero el alma triunfa, y antes que ceder, sufriria hasta en sus mas insignificantes sensaciones. Y aun cuando hubiese cedido y obedecido al cuerpo, aun quedaria en libertad de romper sus ligaduras, como ha sido dueña de soportarlas; y tal es su inviolable é invencible libertad, que Dios mismo, ese Dios que la tiene bajo su mano, de suerte, que la acompaña de la voluntad á la accion, Dios respeta ese poder.

Sí, Dios mio, yo cederé sin duda, porque en ello se cifra mi gloria y mi felicidad; pero al ceder ante vos, ejerzo mi voluntad; vos sereis el Señor, pero lo sereis en mi provecho; vos reinareis, pero yo formaré vuestro imperio; vos podeis todo, pero yo querré todo lo que vos podeis; vuestro triunfo será el de mi alma, como ella es el triunfo de vuestro poder, y hasta en la dependencia del deber, hasta en la servidumbre, en la santa servidumbre de la virtud, hallaré toda la gloria y toda la grandeza de mi libertad. ¡Divina libertad! Yo os doy gracias, Dios mio, por haberme concedido tan precioso don; sin ella no poseeria el libre arbitrio: yo seria como una planta, planta por la voluntad de mi Criador; y sin contribuir en lo mas mínimo á mi propia gloria, antes bien ligado á ella, yo veria, bajo las miradas de mi Dios, abrirse mi voluntad para el bien, como se abre la flor sobre su vástago bajo el influjo de los calientes rayos del sol. Recibiéndolo todo de Dios, seria incapaz de devolverle nada. Pero Dios no ha querido condenarnos á esta observancia forzosa de la virtud; él nos ha hecho libres; él se honra con nuestros homenajes, pero quiere deberlos á nuestra voluntad; él no nos impone la virtud, sino que quiere que sea obra nuestra, que constituya nuestro mérito; él quiere que podamos llegar por nosotros mismos á esa felicidad

eterna, que nos ha sido prometida, y que debe de ser conquistada por el ejercicio de nuestra libertad. Respetémosla, pues, hermanos mios, guardémosla preciosamente; conservemos esa libertad, que es una de las glorias mas bellas de nuestra alma. La libertad exterior, es cierto, no depende de nosotros; ella está sujeta á todas las injusticias y á todas las pasiones de la tierra: sí; los hombres pueden arrebatarme la libertad de la palabra, la libertad de mi accion exterior, la libertad de mi cuerpo; pero jamas me robarán la libertad de mi alma, mi independencia moral, porque esa está dentro de mí. Sin mí, á pesar mio, no le será lícito á ninguna criatura el privarme de ella, no le será posible. Quedémonos lo que Dios nos ha hecho: él nos ha hecho libres, y nunca debemos convertirnos en esclavos.

4. Por fin, la última semejanza, que voy á tratar en breves palabras, es una semejanza de destino. La fe y la razon nos dicen, que Dios es el Sér Eterno; todas las generaciones salen de él; ellas no se llevan nada de su sér; todas las generaciones vuelven á él sin que le añadan nada. Sobre el tiempo, antes del tiempo, siempre antiguo, siempre nuevo, superior á todo lo que el pensamiento y el alma pueden concebir, todo lo que puedo decir es, que él es, que jamas ha sido ni será. Esta palabra resume su vida: ¡él es! Simple criatura, el hombre no tiene en sí esa eternidad de la vida; pero desde que ha sido unido al original divino, cuya imágen representa, desde ese dia se ha hecho inmortal. Indudablemente, con el pensamiento toca de mas cerca á la nada de donde ha salido; pero aunque siguiera toda la série de los tiempos que puede imaginar el pensamiento humano, nunca apercibiria, ni aun de lejos, el sepulcro donde debe venir á parar.

No os probaré literalmente, hermanos mios, esta vida eterna de vuestra alma; Dios ha apoyado bastante sólidamente la esperanza en su palabra y su promesa; nuestro Señor Jesucristo le ha prestado un testimonio bastante decisivo, viniendo á morir por ella; ciertamente, Dios como es, no hubiera venido á sacrificar su vida por lo que debe ir á apagarse un dia en un sepulcro. Ademas, el hombre no necesita mas que consultarse, y encontrará la garantía de su duracion en su naturaleza, y el testimonio de su destino en esa imágen de Dios que lleva consigo. ¡Y qué! Dios mio, lo que ha recibido la honra de vuestra semejanza ¿se perderia entre la corrupcion y el fango? ¡Cómo! ¿Cesaria de vivir lo que es la imágen de vuestra vida? ¡Cómo! Lo que os contempla ¿iria á morir en un sepulcro? ¡Cómo! Lo que os ha amado ¿se helaria con el frio eterno de la muerte? Es imposible: lo que se ha unido á vos, Dios mio, es eternamente sa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grado. La muerte es impotente; vos pereceriais, en cierto modo, en una parte de vos mismo, si dejáseis perecer lo que os ha poseido por medio del pensamiento, del deseo y del alma. Sí; el pensamiento, donde Dios ha vivido, es inmortal, y nuestra alma lo conoce; ella lo sabe, y por eso guarda en lo mas íntimo de ella misma la fe de su inmortal porvenir. Contempladla; ella no vive aquí bajo sino entre ruinas; ella no encuentra mas que vestigios mortales; ella ve como unas generaciones empujan á las otras, á la manera que las olas se empujan para ir á morir en el inmenso occéano. Ella ve á las ciudades desplomarse en su presencia; ella ve á los imperios caer en ruinas los unos sobre los otros; ella ve desaparecer las naciones; arrebatadas por el soplo de los tiempos; y en medio de tanto estrago y desolacion descubre un porvenir inextinguible. No hay que hablarle de la nada, porque le irrita; hay cierta cosa que le dice, que la nada es impotente, y que el sepulcro no puede ser su patria eterna; y hasta cuando lucha con la muerte, en esa lucha terrible, que le roba el tiempo que nunca ha de volver, ella no pierde la conciencia ni la fe sublime de su destino. Sí; al paso que todo concluye en el mundo para ella, oye dentro de sí un grito de gloria suprema, y se consuela diciendo, que puede muy bien cerrar los ojos al sol del tiempo, porque va á abrirlos para siempre al sol de la eternidad.

Así, pues, hermanos mios, aunque la muerte triunfe, aunque el espíritu parezca vencido, aunque toda esperanza terrenal se desvanezca, y aunque el alma vea á cada instante, que se le disputa su inmortal porvenir, una hora sonará, que ha de colocar las cosas en su verdadero lugar, y que vengará la humillacion del espíritu. Ved hoy: apenas si el hombre vive algunas horas; la muerte visita indistintamente todas las edades. Sesenta siglos hace, que la naturaleza renueva la implacable juventud de su existencia en la muerte; sesenta siglos hace, que el hombre atraviesa la tierra para poblarla de ruinas y cubirla de sepulcros. ¿Qué digo? ¡Oh miseria de nuestro poder! ¡Oh debilidad de nuestra fuerza! Nosotros comunicamos una vida á la materia, una duracion que nos rehusamos á nosotros mismos; todos los dias levantamos monumentos ante los cuales pasamos, maravillados con la obra de nuestras manos, y, sin embargo, apenas hemos recibido la primera injuria del tiempo, la tumba nos reclama, y ni el sepulcro sabe siquiera conservar la memoria de nuestro nombre. Pero un dia vendrá, que ha de vengar el insulto que la materia ha hecho al espíritu; una hora llegará, en que una revolucion ha de barrer las obras de la fuerza, ha de derribar á la materia, sepultándola en sus propias ruinas. ¿Y quién sobrevivirá cuando todo lo demas sea vencido? ¿Quién quedará en pié, cuando todo se desplome y pase? ¿Quién? El hombre. Sí, hermanos mios, el hombre, que no cambiará; el hombre, que no tendrá ya nada que temer de Dios; el hombre, que entrará en la plenitud, en toda la plenitud de la vida; el hombre, que poseerá en una sola hora todas las horas, todos los años, todos los siglos, si es que hay horas, años y siglos en el seno de Dios. Yo os doy gracias, Dios mio, por el destino que me habeis dado: que el discípulo del siglo se una, por decirlo así, á esta tierra por medio de todas sus fibras con la firmeza con que se une el árbol por sus raices; pero nosotros diremos con el Apóstol, que la muerte no es nada, ó por mejor decir, que ella encierra todas nuestras esperanzas. ¡Yo os saludo, rayos eternos; yo te saludo, sol de la ciudad de los espíritus; yo te saludo, verdadera patria de las almas, donde la vida se alimenta y bebe en su verdadera fuente! ¡Oh muerte! ¿Dónde está ahora tu triunfo? Tu triunfo se ha convertido en gloria mia; bajo tus golpes, mi alma no hace mas que transfigurarse como el insecto, que sale de su cubierta y se lanza á la atmósfera ansioso de luz y de vida. Yo te abandono, yo te arrojo, oh muerte en sudario; yo me lanzo con todo el explendor del pensamiento á través de las sombras y de los sepulcros, y á mi vez vuelo tambien hácia mi Dios y hácia la eternidad.

Esta es, hermanos mios, la grandeza del alma, espíritu como Dios, libre como Dios, inmortal como Dios; en esta semejanza divina consiste toda su belleza. Esa belleza, hermanos mios, ha cautivado de tal manera el corazon de un Dios, que él ha abandonado el cielo, ha bajado á la tierra, y viendo esta alma desfigurada por las pasiones, ha querido renovarla con su sangre. Y cuando ha debido remontarse á los cielos, ha depositado su amor en el corazon de su Iglesia, siendo ésta, diez y ocho siglos hace, la heredera del amor de Dios á sus hermanos. Si quereis, pues, ser agradables á Dios, tened compasion de vuestra alma. Vosotros teneis piedad del desterrado de la tierra natal, que arrastra una vida de miseria y desolacion; pues bien: vuestra alma es un culpable que vive separada de los ángeles, que son sus hermanos; separada de Dios que es su padre; ella aguarda que la muerte rompa los lazos de su cautividad; ella os suplica que la consoleis; ¡piedad! ¡piedad! ¿No tendreis piedad de su destierro, en nombre de Dios? Vosotros compadeceis al cautivo que implora por la luz y la libertad; ¿y qué otra cosa es vuestra alma sino una cautiva presa en los lazos del cuerpo macerado y herido con el choque de sus pasiones? Ella os pide que la restituyais

la claridad de la cruz y la libertad de los hijos de Dios, que le han sido arrebatadas. ¿Por ventura no tendreis piedad de ella? Vosotros compadeceis al moribundo, que temeroso del porvenir, disputa á la muerte unos instantes de vida, y ved vuestra alma: la vida espiritual languidece en ella; ¿qué digo? ved á vuestra alma, que tal vez está muerta, sepultada quizá en el pecado como en un sepulcro. ¡Oh! nosotros os lo suplicamos: tened piedad de vuestra alma; nosotros os lo rogamos en nombre del Padre: no dejeis perecer su imágen; nosotros os lo pedimos en nombre del Hijo: no dejeis perecer el fruto de su sangre. Tened compasion de vuestra alma: á ese precio, Dios os promete tener piedad de vosotros en el dia supremo, como yo lo deseo para todos. Amen.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Si los cristianos reflexionaran acerca del orígen de su alma, su redencion y su destino, no la degradarian con su conducta. Ocupémonos, pues, de su nobleza: 1.° porque ha sido criada á imágen y semejanza de Dios: 2.° porque ha sido constituida por Dios reina de la creacion: 3.° porque ha sido destinada á reinar con Dios en la gloria.

I. Nuestra alma no fué formada, como el cuerpo, de la tierra, sino que es un soplo divino: *inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem.* Gen. II, 5. Y es espiritual, inmortal, inteligente, libre, es decir, semejante á Dios, viva imágen, contínua representacion de Dios sobre la tierra.

II. Siendo tan noble, constituyola Dios reina de la creacion. Por ella creó el mundo visible: por ella pobló de animales la tierra, los aires y el mar: por ella adornó los cielos, templó los elementos, ordenó los planetas. Por este motivo la Trinidad Santísima, despues de haber dicho: *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram;* añade: *et præsit piscibus maris, et volatilibus cœli, et bestiis, universæque terræ, omnique reptili quod movetur in terra*; Gen. I, 26: y luego, dirigiéndose á nuestros primeros padres, les dice: *replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris*, etc.

III. Dios, que hizo el mundo para el hombre, formó al hombre para sí. El alma humana no es un simple producto de la voluntad divina, como los demas séres: *ipse dixit, et facta sunt*: sino un efecto inmediato de su amor infinito. Las demas cosas predican el poder

de Dios: el alma da testimonio de él con todos sus atributos. Fué criada, pues, para Dios, y solo Dios es su destino; solo Dios es su reposo; solo Dios su premio completo. *Ego ero merces tua magna nimis*, Gen. XV, 1.

Convencido el hombre de estas verdades, debe, como procedente de Dios, darle siempre gracias; como rey de la creacion, alabarle y servirle; como destinado á reinar con él, trabajar sin descanso para poseerle.

II.

Nosotros no podemos medir toda la profundidad del abismo en que nos precipitó la culpa, sino por lo que hizo y padeció el Hijo de Dios para sacarnos de tanta miseria. Su vida y su pasion nos demuestran la miseria en que yacíamos, y el precio de nuestra salvacion. Sentados estos antecedentes, dos deberes principalmente nos incumben: 1.° Conservar nuestra alma para Jesucristo, que la redimió: 2.° Conservarla para él que la tomó por esposa.

I. El que ha recibido un depósito está obligado á guardarlo; y cuanto mas precioso es el depósito, mas grave es la obligacion de conservarlo. Nosotros, dice san Buenaventura, hemos recibido de Dios el preciosísimo depósito de nuestra alma: ¿qué cuidado no hemos de poner en guardarla?

Nuestra alma era esclava del demonio; vino Jesucristo y la rescató; dió para su rescate su propia sangre. Era ya suya por la creacion, y se hizo dueña de ella por la redencion. El alma, pues, no es nuestra; es una conquista de Jesucristo: ¿y cómo no hemos de guardarla con todo esmero? *Empti enim estis pretio magno*, I Cor. VI.

El demonio y el mundo trabajan de consuno para reconquistar nuestra alma. Son innumerables los medios de que disponen, desesperados los esfuerzos que hacen. ¿Cuál no debe ser, pues, nuestra vigilancia, para rechazar los asaltos de nuestros enemigos, y conservar el alma para Jesucristo?

II. Nuestra alma es esposa de J. C. Si quedó satisfecha su misericordia rescatándola, su amor infinito no podia quedarlo sino uniéndose íntimamente á ella. Ame, pues, á Jesucristo, que es su esposo, y no olvide lo que dice san Agustin: todas las almas, ó son esposas de Cristo, ó adúlteras del demonio. Lib. de Gent. ¿Quién no querrá que su alma sea esposa del mas amante y generoso esposo, mas bien que adúltera del demonio?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

¿Qué significa la piedra preciosa ó tesoro escondido en el campo, para cuya posesion el hombre vende cuanto tiene? MATTH. XVII. Segun san Gregorio, papa, y san Bernardo, significa nuestra alma, que es un verdadero tesoro. Debemos, pues, 1.° Amarla sobre cuanto poseemos: 2.° Trabajar de contínuo en perfeccionarla.

I. De todo lo que posee el hombre, nada hay tan precioso como el alma. Debe, pues, ser apreciada sobre todo lo que poseemos.

Ademas; sobre el alma se han cumplido y han de cumplirse los mas grandes misterios, los mas importantes acontecimientos; tales como la redencion, la justificacion, la predestinacion, el juicio y la eternidad feliz ó desgraciada.

Por estos motivos nos dice J. C.: *nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam.* MATTH. X, 28. *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam commutationem dabit homo pro anima sua?* IDEM XVI, 26. No hay preciosidad igual á la de nuestra alma: luego debemos amarla sobre cuanto poseemos.

II. El objeto, que se ama, se conserva con exquisito cuidado, se procura, en cuanto es posible, perfeccionarlo. Perfeccionemos, pues, cada dia nuestra alma, si verdaderamente la amamos. Jesucristo nos dice: *Estote perfecti, sicut Pater vester cœlestis perfectus est.* MATTH. V. Lo mismo nos inculca el Apóstol en todas sus cartas. Al proponernos J. C. á su mismo Padre celestial como modelo de perfeccion, nos da á entender, que hemos de emplear toda la vida en perfeccionarnos.

Finalmente; siendo el alma una viva imágen de Dios, ¡seria locura no trabajar de contínuo para que se le asemeje en cuanto sea posible!

IV.

No hay mal que pueda compararse con el pecado mortal. Para evitar tamaña desgracia, consideremos, que el alma en pecado mortal es: 1.° Una infeliz cautiva, que inspira compasion; 2.° Un muerto, cuya resurreccion hemos de pedir incesantemente.

I. Es una cautiva. Antes pertenecia á Satanás; pero por el bautismo, pasó á ser hija de Dios. Por el pecado cae otra vez en su primitivo cautiverio. Y ser cautivo del demonio, ¿no es la mayor de las desgracias? ¿No debe inspirarnos compasion?

II. El alma en pecado está muerta; muerta al bien, muerta al mérito, muerta á la gloria; y solo Dios puede resucitarla. ¿Con cuánto fervor no hemos de pedir al Señor, que se digne resucitarla?

DIVISIONES.

ALMA.—Es preciso conservar nuestra alma para Jesucristo como una conquista hecha por él, y al efecto debemos rechazar vigorosa y absolutamente á sus enemigos.

Es preciso conservar nuestra alma para Jesucristo como una esposa suya, sin consentirle el menor apego á las criaturas.

ALMA.—La felicidad de nuestra alma, así en esta vida como en la futura, consiste en la posesion de Dios.

La desgracia de nuestra alma, así en esta vida como en la otra, consiste en estar privada de Dios y de su gracia.

ALMA.—Los hombres acreditan que abusan de su alma.

1.° Por los devaneos de su espíritu.
2.° Por las rebeliones de su voluntad.
3.° Por el mal uso que hacen de su memoria.

ALMA.—Es noble y preciosa; guardémonos de contaminarla con el pecado.

Es libre y dueña de sus acciones; no la hagamos esclava de la culpa.

Es inmortal; no vivamos como si hubiese de perecer con el cuerpo.

ALMA.—Es propiedad de Dios, que la crió y redimió; debe conservarse para él y preservarse de sus enemigos.

Es esposa de Dios; debe serle fiel y no compartir con otros sus afectos.

Es templo de Dios; debe evitar toda profanacion y no tributar homenaje á los ídolos de la ambicion, del placer, etc.

ALMA.—Hecha á imágen de Dios y superior al cuerpo, debe preferir la hermosura espiritual á la hermosura corporal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Destinada á gozar de Dios para siempre, debe hacer los mayores esfuerzos para procurarse la eterna felicidad.

ALMA.—Debemos amarla mas que todo cuanto poseemos, porque es el mayor presente que Dios nos ha hecho.

Debemos trabajar de contínuo en su perfeccion, porque es el mayor obsequio que podemos hacer á Dios.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Faciamus hominem ad imaginem, et similitudinem nostram. Gen. I, 26.

Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra.

Sensus, et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. Genes. VIII, 21.

Los sentidos y pensamientos del corazon humano están inclinados al mal desde su mocedad.

Educ de custodia animam meam; me expectant justi donec retribuas mihi. Psalm. CXLI, 8.

Saca de esta cárcel á mi alma: esperando están los justos el momento en que me seas propicio.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis: visi sunt oculis insipientium mori, illi autem sunt in pace. Sap. III, 1 et 2.

Las almas de los justos están en las manos de Dios, y no llegará á ellas el tormento de la muerte *eterna:* á los ojos de los insensatos pareció que morian, mas ellos, á la verdad, reposan en paz.

Est VIR *sapiens, mœani suæ sapiens.* Eccli. XXXVII, 25.

Aquel es *hombre* sabio, que es sabio para su alma.

Fili, in vita tua tenta animam tuam, et si fuerit nequam, non des illi potestatem. Idem. ibid. 30.

Hijo, durante tu vida examina y *procura conocer bien* tu alma, y si es mal inclinada, no le dés libertad.

Peccantem in animam suam quis justificabit? et ¿quis honorificabit exhonorantem animam suam? Eccli. X, 32.

¿Quién justificará al que peca contra su alma? y ¿quién honrará al que á su propia alma deshonra?

Recupera proximum tuum, secundum virtutem tuam. Idem XXIX, 27.

Sostén al prójimo segun tu posibilidad.

Corpus, quod corrumpitur, aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem. Sap. IX, 15.

El cuerpo corruptible apesga al alma, y este vaso de barro deprime la mente, ocupada *que está* en muchas cosas.

Nolite timere eos qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potius timete eum, qui potest, et animam et corpus perdere in gehennam. Matth. X, 28.

Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno.

Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Matth. XVI, 26.

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? O ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla *una vez perdida?*

Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat. Luc. XV, 6.

Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia, que se me habia perdido.

Ego libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris. II Cor. XII, 15.

Yo por mí gustosísimo expenderé cuanto tengo, y aun me entregaré á mí mismo *por la salud de* vuestras almas.

Qui converti fecerit peccatorem ab errore vitæ suæ, salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum. Jac. V, 20.

Quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará de la muerte al alma *del pecador,* y cubrirá la muchedumbre de sus propios pecados.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Segun la historia de la creacion, el hombre fué criado por Dios á su imágen y semejanza, lo cual no puede entenderse sino del alma, porque el cuerpo, sustancia material, nada puede tener de semejanza con Dios, que es puro espíritu. Esta verdad la confirma el acto y el modo con que el Señor dió vida al espíritu, bien distinto del modo con que formó el cuerpo: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ: et factus est homo in animam viventem.* Gen. II.

La Sagrada Escritura nos proporciona infinitos testimonios de que los antiguos patriarcas creyeron en la espiritualidad é inmortalidad del alma. Entre otros, citaremos las palabras de Tobías: *Filii*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sanctorum sumus, et vitam illam expectamus, quam Deus daturus est his, qui fidem suam nunquam mutant ab eo: Tobiæ II: palabras que revelan tambien la esperanza de una vida eternamente feliz, y el temor de una eternidad desdichada; lo propio debemos decir de las palabras que el Sabio pone en boca de los impíos desesperados: *Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam*, etc. Sap v.

Igual verdad revela la enérgica contestacion que da al impío Antioco uno de los siete hermanos Macabeos: *Et si in præsenti tempore suppliciis hominum eripiar, sed manum Omnipotentis nec vivus, nec defunctus effugiam.* II Machab.

Véase tambien la respuesta que dió el venerable anciano Eleázaro. Idem.

La parábola del rico Epulon es un testimonio incontestable de esta verdad, que cierra la boca á los incrédulos.

Otro testimonio tenemos en las palabras de Jesucristo: *Non est Deus mortuorum, sed vivorum.*

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

In vanum accipit animam, qui sola præsentia cogitat, et quæ sequuntur in perpetuum non attendit, et qui ejus vitam negligit, et ei carnis curam anteponit. Greg. lib. vii. Moral. 19.

En vano se ha concedido el don del alma al que solo piensa en lo presente sin atender á su porvenir eterno, y al que descuida su vida espiritual para dedicarse principalmente á la conservacion de su cuerpo.

Totum hominem animus circumfert, et quo vult transfert. Tertull. lib. ad Martyres.

El alma domina á todo el cuerpo, y le mueve á su placer.

Quod majus lucrum potest esse, aut quod pretiotius, quam si humanam animam quis lucretur? Hieron. in epist. ad Titum.

¿Qué mayor conquista, ni mas rica ganancia puede hacerse, que la de ganar una alma para Dios?

Sicut Deus omnem creaturam, sic anima omnem creaturam naturæ dignitate præcellit. Aug. de Gent.

Así como Dios aventaja infinitamente en dignidad á todas las criaturas, así el alma, proporcionalmente, es mas noble que todas ellas.

Omnis anima aut Christi sponsa, aut diaboli adultera est. Idem, ibid.

El alma, ó es esposa de Jesucristo por la gracia, ó adúltera del demonio por el pecado.

Quemadmodum fatendum est animam non esse quod Deus est; ita præsumendum, nihil intra omnia quæ creavit, ipsi Deo esse propinquius. Idem. lib. x Confess.

Es cierto que el alma no es Dios; pero tampoco puede negarse, que entre todas las criaturas ninguna se parece tanto á Dios en dignidad.

Anima habet mortem suam, cum vita beata caret, quæ vera animæ vita dicenda est. Idem, lib. xiv de Trinit. 4.

El alma tiene su muerte especial, y consiste en estar privada de la bienaventuranza, que es su verdadera vida.

Magna res est anima, quæ Christi sanguine redempta; gravis animæ casus, qui nonnisi Christi cruce potuit reparari. Bern. Epist. liv.

De gran valor es el alma por haber sido redimida con la sangre de Jesucristo: fatal hubo de ser su caida, pues no pudo repararse sino muriendo Jesucristo en cruz.

Quid majus his tibi facere potuit, quam ut ad similitudinem suam conderet factor tuus? Attende igitur diligenter primæ conditionis tua excellentiam. Idem, serm. lxvii, de Inter. domo.

¿Qué mas podia hacer tu Criador para elevarte sobre las criaturas, que formarte á su imágen y semejanza? Medita pues con profunda atencion la nobleza de tu orígen.

Quis furor, viles à vobis animas haberi, quas etiam diabolus putat esse pretiosas? Salvian. lib. iii ad Eccles. Cath.

¡Cuán ciegos están los que consideran al alma como cosa vil, cuando el mismo demonio las tiene en grande estima!

Si animam negligamus, nec corpus salvare poterimus: non enim anima pro corpore, sed corpus pro anima factum est. Chrysost. lib. de recuperat laps.

Si desatendemos nuestra alma, no por esto salvaremos el cuerpo, pues no fué creada el alma para el cuerpo, sino el cuerpo para el alma.

Nobilem vult esse vitam tuam, qui tibi commisit imaginem suam. Euseb. Emissen. hom. ii de Symb.

El que depositó en tí su preciosa imágen, quiere que tu vida sea tambien preciosa.

Quam pretiosus sis, si factori forte non credis, interroga redemptorem. Idem, ibid.

Si no crees al Criador respecto á tu nobleza, pregúntalo á tu Redentor.

ALMA: SUS RELACIONES CON DIOS.—Véase: DIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMBICION.

I.

Accessit ad eum mater filiorum Zebedæi adorans et petens aliquid ab eo.

Se acercó á Jesús la madre de los hijos de Zebedeo, y le adoró, manifestando querer pedirle alguna gracia.

(*Matth.* xx, 20.)

Cristianos, si nos sorprende la ambiciosa pretension de la madre de los apóstoles Juan y Santiago, mucho mas debe de sorprendernos la audacia de sus dos hijos. *Queremos*, dicen al Hijo de Dios, *que nos otorgues cuanto pidiéremos: Volumus ut quidquid petierimus facias nobis.* Marc., x, 35. ¿Puede subir á mas alto punto la codicia? Pues no se contentan con eso. Habiéndoles preguntado el Salvador si podrian beber su caliz, al instante, sin titubear ni preguntar qué es este caliz, responden: Si podemos: *Possumus.* ¿Puede ir mas allá la presuncion? En estas dos expresiones, que nos descubren la disposicion de su corazon, ¿no advertís, hermanos mios, los dos desórdenes aparejados naturalmente á la ambicion? Una codicia insaciable: *Volumus*: una presuncion insoportable: *Possumus.* El ambicioso lo quiere todo y se cree capaz de todo. Mas lo que debe de infundirnos aversion á estos dos desórdenes es la injusticia de aquella codicia, y la ceguedad de aquella presuncion; dos consideraciones en que dividiré mi discurso. La injusticia del ambicioso en el ansia de sus deseos, será el primer punto: la ceguedad del ambicioso en el ansia de sus deseos, será el segundo. Imploremos la asistencia del divino espíritu, poniendo por intercesora á la Madre de la gracia. A. M.

1. La injusticia aparejada al ansia del ambicioso, aparece principalmente en el agravio que hace á los particulares que aspiran á

las dignidades, en la violencia que hace á las potestades que las distribuyen, y en la injuria que hace á la providencia de Dios, primer autor de ellas; tres suertes de injusticia expresadas en estas odiosas palabras: *Volumus ut quodcumque petierimus facias nobis.*

San Cirilo ha notado, que lo que dió márgen á la atrevida peticion de los dos hermanos fué la promesa que acababa de hacer el Salvador á todos sus apóstoles; es á saber, que al tiempo de la restauracion de su gloria, los que le hubiesen seguido, se sentarian sobre doce tronos y juzgarian con él á las doce tribus de Israel: *Sedebitis et vos super sedes duodecim.* Matth., xix, 28. Basta esto para excitar en los dos indiscretos discípulos un deseo extremado de preferencia, y hasta para disgustarlos del lugar que les es prometido, á ménos que no vaya realzado con el explendor de la primacía, sentándose el uno á la derecha y el otro á la izquierda.

Esta pretension temeraria de primacía indigna á los otros diez discípulos. Todos ellos habian escuchado con respeto la promesa de su Maestro: descansaban en él, respecto de la distribucion de asientos; y encontraban cada uno su lugar y su empleo en el número de tribunales y de tribus, que habian de ser juzgadas. Mas el deseo orgulloso de dos ambiciosos viene á encender la envidia, la discordia y la indignacion en el corazon de los diez, que se ven repulsados por una pretension tan insensata. Porque ¿quién no se hubiera ofendido, viendo que los mas jóvenes arrebataban á los mas ancianos los empleos que piden mas experiencia y madurez, y que una madre intrépida se alzaba con maña y por su importunidad con unos honores en que apenas osaban fijar los ojos los mas dignos? Si se hubiera tratado de solicitarlos, ¿no tenia Andrés á su favor sus antiguos servicios y el mérito personal de haber seguido el primero á Jesucristo? Pedro, escogido ya para fundamento de la Iglesia, ¿no tenia la palabra de su Maestro por fianza de su primacía? Magdalena y Marta su hermana, que se habian distinguido por su hospitalidad para con el Salvador; ¿no tenian un derecho especial á las liberalidades y aun al reconocimiento de éste? Y si el Señor hubiese sido accesible á las solicitaciones, ¿no podian ellas esperarlo todo para su hermano?

Asi que es materia de la murmuracion y del escándalo público, que los que tienen los títulos mas evidentes para alcanzar las recompensas se vean defraudados de ellas por las intrigas de la ambicion: que los mas importunos triunfen de los mas modestos; y que los que mas colmados están de honores no puedan saciarse nunca. A vista de los ambiciosos, que todo lo devoran, ¿qué puede hacer

el verdadero mérito olvidado y degradado, sino quejarse, fastidiarse del trabajo, aflojar en la diligencia y actividad que da la emulacion sostenida por la esperanza, pasar muchas veces en la ociosidad la vida que se habia consagrado al bien público, y privar así al Estado de los frutos del talento, del valor y de la sabiduría de los hombres grandes? Pero si la ambicion es injusta, quitando á los particulares los honores que le son debidos, todavía lo es mas en la violencia que hace á las potestades que los distribuyen.

Llámese como se quiera el esfuerzo de la ambicion para captarse el favor de los magnates, digo, que las mas veces es una extorsion violenta, un ascendiente, que cobra su voluntad á pesar de ellos mismos. Aquellos á quienes comete Dios la distribucion de las dignidades, saben demasiado la obligacion y aun el interés que tienen en unir siempre la justicia á su liberalidad, y no perder sus beneficios arrojándolos en unos abismos, que no pueden llenarse. Y asi como es una gran satisfaccion para el que manda, hacer felices á sus súbditos y contentar á todos si pudiera; por el contrario, es un verdadero disgusto no hacer con las dádivas y mercedes mas que famélicos, ingratos y descontentos, que nunca se tienen por dignamente retribuidos, que conseguida una gracia se atreven á pedir otra, y que miran las otorgadas á los demas como hurtos que se les hacen á ellos. No, no se abren con gusto las manos para derramar beneficios sobre tales personas; y si los consiguen, es á fuerza de importunidades, que violentan y deslumbran muchas veces á la justicia misma.

Fijemos la atencion en lo que hace la madre de los hijos de Zebedeo. ¿En qué términos se expresa? Dí que mis dos hijos se sienten á tu lado, uno á la diestra y otro á la siniestra, en tu reino: *Dic ut sedeant hi duo.* Esto es pedir en la apariencia; pero, en la realidad, es mandar: *dic.* Con esta palabra manda ella con altanería, y prescribe al Salvador lo que ha de mandar y hacer. A ejemplo de la madre responden los hijos con la misma temeridad: Queremos, *volumus.* Esto es hablar como dueños y señores, no como suplicantes.

Es verdad, que al pronto no se emplea esta osadía y este tono imperioso para forzar á la autoridad á que satisfaga los deseos de la ambicion, sino que se usa de la maña y de la destreza. Se empieza adorando y pidiendo, *adorans et petens:* se echa mano de la sumision, la docilidad, la complacencia y la sumision. Una vez insinuado el ambicioso en el corazon del que manda, por entre el humo y el incienso de la adoracion, se cree entónces en estado de hablar con confianza, de pedir con altivez, de esperarlo todo, de atreverse á todo, y muchas veces de conseguirlo todo, *adorans et petens.*

Y ¿cómo se ha de sostener la dignidad, la justicia y el honor de la liberalidad contra estas insinuaciones caprichosas de la ambicion? Acordándose entónces de la importante verdad con que el hijo de Dios reprimió la ambicion de sus dos discípulos: *Non est meum dare vobis.* No me toca á mí concederos esas dignidades, sino á mi Padre, cuyo primer ministro soy, y que tiene ya dispuesto de ellas.

¡Ah! Si las potestades de la tierra levantáran así los ojos á su soberano celestial en la distribucion de las mercedes y dignidades, conocerian, que no están destinadas éstas para el ambicioso, excluido de obtenerlas como indigno y capaz de abusar de ellas, y que Dios se ha propuesto resistir á los soberbios. David fijaba la atencion en las personas que le rodeaban y á quienes honraba con su amistad, y no admitia á su confianza los hombres de vista soberbia y corazon insaciable: *superbo oculo et insatiabili corde;* sino que buscaba los que eran fieles para sentarlos á su lado: *Oculi mei ad fideles terræ, ut sedeant mecum.* Así ponia á salvo su justicia y liberalidad de la violencia y de los lazos de los ambiciosos.

Creo haberos mostrado cuán injusta es el ansia del ambicioso: *volumus:* ahora os haré ver cuan ciega y á las veces funesta es su presuncion: *possumus.*

2. Los que arrebatados de su ambicion tienen la temeridad de estimarse capaces de los honores y decir: *possumus;* deben persuadirse á que nuestro Señor hablaba con ellos cuando decia á los hijos de Zebedeo: No sabeis lo que pedís. Vuestra presuncion os ciega y os hace desdichados.

¡Qué ceguedad en la presuncion de esta madre! Quiere que sus dos hijos, tales como son, se sienten á la derecha y á la izquierda de Jesús en su reino. ¿Quiénes son ellos? ¿Qué calidades y qué disposiciones traen para ocupar un lugar tan preeminente? Son unos pescadores, hábiles á lo sumo para gobernar su barca y manejar sus redes; y ¿qué relacion tiene una barca con un reino? Son unos espíritus duros, ardientes é impetuosos, apellidados por eso hijos del trueno, y reprendidos ya por Jesucristo á causa de haber querido castigar á los Samaritanos con el fuego del cielo. Si tales personas rodearan á los reyes, en vez de contener á los súbditos en el deber y los vecinos en el respeto, encenderian el fuego de la rebelion y de la guerra por todas partes. Son dos, y los dos los propone para confidentes del monarca: ¿dónde se ha visto dividido este cargo sin daño y sin peligro? Basta que sean dos para tener envidia, para contrariarse, para dividir la corte y desmembrar el Estado, para sacrificar el bien público y aun el interés del príncipe á sus celos. Pero son hermanos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se dirá; sí, pero los dos son ambiciosos, y la ambicion no conoce parentesco. Para encumbrarse están ahora acordes y se aman como hermanos; mas no tardarán en volverse enemigos para batirse. ¡Cuántos se han unido con los vínculos de la amistad para pelear, y despues de vencer se han degollado por repartir el botin! La ambicion los une; la ambicion los separará y los perderá. Pretende la madre, que sus hijos se sienten en el reino de Dios, como si el trono y la silla de juez se hubieran hecho para el descanso y holganza de los que los ocupan, para recibir los homenajes de sus súbditos é inferiores. Esa es la idea que se forma el vulgo; pero ¡cuánto dista de la realidad! Por consiguiente, obraban ciegos la madre de Santiago y Juan, y éstos apóstoles, así como cuantos, siguiendo sus huellas, corren en pos de las dignidades. A trueque de apoderarse de ellas, no reparan en los medios; ni son mucho mas escrupulosos para mantenerse en la posesion, una vez que han llegado á alcanzarlas. No conocen en su ceguedad, que tienen tantos enemigos que combatir cuantos son los agraviados con su inmerecida elevacion, ó los envidiosos de su privanza y poderío, en fin, todos los que presencian tanto engrandecimiento y anhelan á poseerle. Mas dado que por todos esos lados estuvieran seguros y no tuviesen nada que temer; ¿no caen en la cuenta, que deben de temer á Dios? ¿Ignoran, que los que forman proyectos sin él, los que siembran, recogen y edifican sin él, siembran, recogen y edifican en vano? ¿Han olvidado, que Dios se complace en derribar las casas de los soberbios, secar las raices de su grandeza, y aniquilar su memoria? Todas estas expresiones, que os parecerán extrañas, se encuentran literales en los profetas y en los oráculos sagrados: *Radices gentium superbarum arefecit et disperdidit, et cessare fecit memoriam eorum à terrâ: domum superborum demolietur.* Eccli. x, 18, 20. Aunque fuerais tan altos como los cedros del Líbano, Prov. xv, 25, y tan profundas las raíces de vuestra fortuna, él sabrá arrancarlas. Ahora os creeis firmes, y en vuestro concepto serán necesarios siglos para conmover vuestra casa. El Señor se burla de vosotros, porque vé que llegará su dia: *quoniam prospicit quòd veniet dies ejus.* Vendrá un dia en que se dirá como David: Yo le ví arrogante y floreciente: dí una vuelta al mundo y volví atrás: ya no existia él ni el lugar de su mansion y su placer. Salm. xxxvi, 13. Este lugar será la mansion y el deleite de otro, tal vez estará destruido y reducido á cenizas como él. El dueño y la casa se habrán desvanecido como el humo: *Quemadmodum fumus deficient.* Salm. xxxvi, 20. Mirad el humo, y retened en la memoria estas tres palabras de san Gregorio el Grande: *Ascendit, tumescit, evanescit.* El humo sube de la tierra, *ascendit;* se extiende y desparrama, *tumescit;* y por fin se disipa y desvanece, *evanescit.* Así es el engrandecimiento del ambicioso como el del humo. Sube y se encumbra; ya es dichoso: se hincha y desvanece; ya está soberbio: al cabo desaparece; ya está perdido.

Si David, que habia vivido tanto tiempo y habia visto tantas revoluciones, echa mano en tantos lugares de esta imágen de lo porvenir, para consolarse de la elevacion de los malos y remediar el escándalo que recibian sus vasallos; si les anuncia la caida de los soberbios como un acontecimiento cierto; si no tiene otro medio de justificar á la Providencia, que permite el engrandecimiento de aquéllos para hacer resplandecer su justicia abatiéndolos; ¿nos atreveremos á dudar del cumplimiento de sus amenazas? Y ¿quién es el ambicioso tan temerario, que se lisonjea de que no se dirigen á él? David, transportándose con el pensamiento á los años anteriores de su reinado y á los siglos pasados, exclamaba, admirado de la ruina de los soberbios: ¿Cómo cayeron en desolacion? *Quomodo facti sunt in desolationem?* Salm. lxxii, 19. Pronto, pronto perecieron por su iniquidad: *Citò, citò perierunt propter iniquitatem suam.* Y de aquí, elevando su espíritu á lo futuro, y dando á los vivos una leccion con el infortunio de los muertos, añadia: Señor, reducirás á la nada la imágen de los ambiciosos y soberbios como un sueño: *Velut somnium imaginem ipsorum ad nihilum rediges.*

Cuando los ministros del Evangelio predicamos estas verdades, nos escuchais como á unos declamadores ignorantes de las cosas del mundo, y nos señalais con el dedo los tesoros y las grandezas levantadas sobre los mas injustos fundamentos. Pero no debeis objetarlas á mí ni á mis palabras: yo no hago mas que citar los oráculos. Objetadlas á David, que era un sabio, un profeta, un hombre de Dios y á mas de eso un rey, que sabia el rumbo de las cosas del mundo, y tenia á la vista los acontecimientos de su reinado y de los precedentes: aun se habia visto obligado á tolerar muchas veces estos ídolos de la fortuna y dejarlos impunes; porque no está en la mano de los reyes arrancar de todas sus tierras la cizaña que sofoca la buena semilla. Pero lo que sabia sin duda, y nos declaraba como profeta, es que lo que él toleraba, á su pesar, no lo sufria Dios: que el Señor tenia sus tiempos y sus medidas fijas para arrancar de cuajo á los ambiciosos: que este tiempo era breve: que la soberbia de aquéllos era una fantasma, un sueño, humo: que su odiosa grandeza difícilmente pasaria á sus hijos, y que aun costaria trabajo, que subsistiese sobre su cabeza. Cuando leeis todo esto en los Libros santos, os quedais

á manera de los ciegos, sin ver ni comprender: pues leedlo en el gran libro del mundo y en las historias de los tiempos; que no hay necesidad de un prolijo estudio. En cada siglo, en cada nacion y en cada condicion, ¡cuántas pruebas sacareis de la vanidad de los proyectos de los hombres, y de la inutilidad de todas sus precauciones para transmitir á su posteridad el fruto de sus crímenes y eternizar el edificio de su ambicion!

Me dirijo, pues, á todos los que se sienten abrasados de esta odiosa pasion, como el profeta Isaías se dirigia al justo Ezequías, IV Reg., xx, 14; y del ejemplo de un santo rey hago un remedio para la soberbia de todos los hombres. Este príncipe famoso, entre todos los reyes de Judá, por su zelo y piedad y por las gracias de toda especie que habia recibido de Dios, se olvidó de su deber en una ocasion, en que debiera haber renovado su agradecimiento y mostrado su fidelidad. Llegaron á su corte unos embajadores de Babilonia, y en vez de referir á Dios la gloria de su reinado, se ensoberbeció, por el contrario, *elevatum est cor ejus*. Paralip. xxxii, 25, y le pareció bastante afirmada su pujanza para poder envanecerse impunemente. Ostentó fastuoso delante de los embajadores todos sus tesoros, montones asombrosos de oro y de plata, de perfumes y piedras preciosas, y un aparato militar extraordinario, como un auxilio mas seguro que el de Dios contra las potencias enemigas: en una palabra, enojó á Dios: *Elevatum est cor ejus et facta est contra eum ira.* Y ¿dejó Dios á su siervo en las tinieblas de esta presuncion? No, cristianos; le sacó de ellas por un medio, á la verdad amargo, pero necesario para su salud y para la de todos los que presumen de su poder y grandeza. Presentásele Isaías y le dice: Tú has mostrado á estos extranjeros todo lo que puede hacer temible tu poderío: no solo les has abierto todos los tesoros de tus riquezas, sino todos los arcanos de tu corazon: ya estás contento; pero Dios no lo está. Al mismo tiempo le descubre una aciaga suerte para lo venidero, acontecimientos enteramente contrarios á sus esperanzas: le hace ver todos sus tesoros disipados, todos sus planes trastornados por la impiedad, la licencia y profusion de su hijo y de sus demas descendientes, y ellos y su trono y su ciudad víctimas de los asirios.

Penetrad, hombres ambiciosos, por entre el tupido velo de las ilusiones de vuestra soberbia, y vereis la negra suerte que os amenaza. ¿Esperais que Dios os envie á cada uno un profeta como á aquel rey de Judá, para que os entere de las consecuencias de la ambicion? ¿No son otros tantos oráculos para vosotros, los sucesos ocurridos de cien años acá en tantas casas antiguamente tan enalte-

cidas y pujantes, y ahora tan obscuras y abatidas? ¿Y quién puede libraros del peligro de correr la misma suerte? El uso presente que haceis en público de vuestra prosperidad, enseña á vuestros hijos el que deben de hacer ellos si quieren seguir vuestras huellas. No ignoran vuestros sentimientos, vuestras pasiones, lo que pasa en vuestro corazon, el camino que habeis escogido para levantarlos á esa grandeza. Conocen que son vuestros ídolos, que los sacrificais hasta vuestra alma, y que os condenais por ellos. Lo que de ahí resultará, es, que habiendo recibido de vosotros las lecciones de la ambicion, de la delicadeza y de la profusion; los ejemplos del desprecio de la religion, de la razon y del honor, destruirán, condenándose, las riquezas desmedidas y la asombrosa grandeza que les habeis adquirido, condenándoos; á ménos, que no os apresureis, á ejemplo de Ezequías, á preservar de la ira de Dios vuestra alma, mas bien que vuestras dignidades y tesoros por una humillacion pronta, voluntaria y sincera. Y ¿qué hizo el santo rey? Bajó la cabeza á los golpes de la Providencia, y reconoció la justicia y aun la bondad de Dios en el cuidado que tenia de humillarle: *Bonum verbum Domini quod locutus est*, Isai. xxxix, 8, exclamó. Bendito seas, Señor: la sentencia salida de tu boca, mas bien es en mi favor, que contra mí. Si es dura y sensible para mi soberbia, es provechosa para mi salud eterna, y esta debe de ser la única ambicion del hombre. Levantemos, pues, á ese noble fin todos nuestros deseos; y con la gracia divina, y mediante nuestras buenas obras, podremos conseguir una silla en aquel reino eterno y bienaventurado, donde reinan el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMBICION.

II.

Quicumque voluerit inter vós major fieri, sit vester minister.

Quien aspirare á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado.

(*Matth.* xx, 26.)

No hay lengua que pueda expresar los desórdenes que en todos tiempos ha causado la ambicion. Esta pasion vituperable produce en nuestros dias innnmerables males. Por eso vamos á combatirla; y para desarraigarla de vuestros corazones y destruirla, emplearé toda la fuerza y eficacia de la palabra de Dios.

A fin de hacérosla conocer y de producir en vosotros el justo horror con que se ha de mirarla, es necesario considerar sus caracteres ó señales, que vamos á reducirlos á tres; y son, la ceguedad, la presuncion, y la envidia que excita, ó el odio público que nos atrae. Es ciega en sus pretensiones, presuntuosa en sus juicios, odiosa en sus efectos. Y ¿qué remedio hay contra esto? No hay otro sino la humildad santa, que tan eficazmente se nos recomienda en el santo Evangelio, y que puede moderar y corregir por sí sola un deseo desordenado de ostentacion y engrandecimiento. Y si la ambicion, segun su primer carácter, es ciega en sus solicitudes, la humildad es la que debe rectificar los designios engañosos y falsos. Si la ambicion, segun su segundo carácter, es presuntuosa en sus juicios, la humildad es la que debe abatir esta grande estimacion de nosotros mismos, y de las cualidades que nos figuramos tener. En fin, si la ambicion es, segun su tercero y último carácter, odiosa en sus consecuencias, la humildad es la que debe prevenirlas; y en cualquier altura á que nos veamos encumbrados, nos mantendrá siempre unidos al prójimo con el corazon. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No hay pasion alguna, que nó ciegue al hombre y que no le haga ver las cosas con una exterioridad y aparente vislumbre, en la que le parezcan todo aquello que no son, y en la que nada vea de lo que son en sí. Pero se puede decir, amados oyentes, y es verdad, que este carácter conviene particularmente á la ambicion. Como la ciencia del bien y del mal fué el primer fruto que buscó el hombre, y que se atrevió á prometerse cuando se dejó arrastrar de la vanidad de sus deseos; así la ignorancia y el error es la primera pena que experimentó y á la que Dios le condenó para castigar su orgullo y confundirle. Él quiso, elevándose sobre sí mismo, conocer las cosas como Dios: *Eritis sicut dii scientes bonum et malum*. Gen. III, 5. Y Dios le humilló, quitándole aun los conocimientos útiles y saludables, que como hombre tenia. Entregado á su ambicion, vino á ser con su pretendida ciencia ménos inteligente y sabio, que un niño á quien falta el juicio y la conducta: y pareció que todas las luces de su razon se habian eclipsado, desde que concibió el designio de subir á un grado mas alto que aquel en que Dios le habia colocado. Ved, amados oyentes mios, el punto de moral que nuestra religion nos propone como un punto de fe; y es tan indisputable, que los filósofos paganos lo han reconocido. Por mas ambiciosos que hayan sido aquellos sabios del mundo, han confesado, que en esto mismo estaban ciegos; y nunca han parecido ni mas juiciosos ni mas elocuentes que cuando se han aplicado, segun lo vemos en sus obras, á descubrir y á manifestar las tinieblas sensibles que la ambicion acostumbra á derramar en un espíritu. Este era el asunto ordinario en que lucian y triunfaban.

En efecto; considerando la cosa en sí misma, y sin examinar lo que en este punto ha pensado la filosofía humana; ¡qué ceguedad no es para un hombre, que en su orígen es la misma bajeza, querer con todo empeño hacerse grande, ó, desesperado de serlo, querer, á lo ménos, parecerlo y afectar la exterioridad y la apariencia! ¡Qué ceguedad no es desear siempre lo que no tiene, y no contentarse jamas con lo que tiene! ¡Qué ceguedad no es, y aun tambien, que especie de encanto, empeñarse en padecer tantas miserias por un fantasma de honor, que nada tiene de sólido, que no da el mérito, ni por lo comun tampoco lo supone; que antes bien contribuye á hacerle perder: que no subsiste sino en la idea de algunos hombres engañados; que se hace el juguete del capricho y de la inconstancia; y que, á lo mas, no puede extenderse sino al tiempo de una vida corta, para desaparecer prontamente en la muerte, y para desvanecerse como humo y vapor!

Este es el modo con que ha hablado Salomon, el mas iluminado de todos los reyes, y así es como lo habia conocido por experiencia propia. Ved lo que nos ha representado muy bien y lo que ha comprendido en dos palabras, cuando llorando sus pasados errores, dice: Yo he querido satisfacer mi deseo, y nada he omitido ni excusado á este fin. Yo he construido soberbios palacios; he amontonado tesoros sobre tesoros; he hecho lucir el poder y magnificencia de mi reino, y lo he empleado todo en elevar y aumentar mi grandeza. Pero bajo de tan bellas apariencias no he hallado sino afliccion de espíritu y vanidad: *Et ecce universa vanitas, et afflictio spiritus.* Eccles. I, 14.

2. Apenas podia volver en sí san Bernardo de la admiracion y asombro que le causaba el considerar, por una parte, todo lo que la ambicion acarrea de inquietudes, de sobresaltos, de turbaciones, de agitaciones, de dolores interiores y desesperaciones; y ver, por otra parte, tantos ambiciosos, y lleno el mundo de gentes poseidas de una pasion tan cruel, y que ellos mismos son los que la mantienen y alimentan en su seno. ¡Oh ambicion! exclamaba este Padre; ¡por qué especie de encanto sucede, que siendo tú el suplicio del corazon, en que has nacido, y en que ejerces tu imperio, no hay persona, no obstante, á quien no agrades, y que no se deje sorprender del atractivo lisonjero que le presentas: *O ambitio, quomodo omnes torquens, omnibus placet!* Bernard. No busquemos otra causa mas que la ceguedad en que precipita al ambicioso. Ella le manifiesta, por término de sus diligencias y fatigas, un estado floreciente en que nada tendrá ya que desear, porque sus deseos se verán cumplidos; en el que gozará el placer y gusto mas dulce para él, y que mas sensiblemente le habia movido; es á saber, de dominar, mandar, ser árbitro en los negocios y dispensador de las gracias y de los beneficios. Pero, en el fondo, esto no es mas que una idea; y lo que hay aquí mas real es, que, para llegar á esto, es necesario andar un camino lleno de espinas y de dificultades: pero, ¿de qué espinas y dificultades? Atended.

3. Para llegar á este estado, en que la ambicion se figura tantos embelesos, es menester tomar mil medidas y precauciones, todas igualmente molestas, y todas contrarias á sus inclinaciones. Son menester muchas reflexiones y estudios; formar pensamientos sobre pensamientos; designios sobre designios; contar todas sus palabras; componer todos sus movimientos; y tener una atencion perpétua y sin descanso, ya sea sobre sí mismo, ya sea sobre los otros. Para contentar, pues, una sola pasion, que es la de elevarse á este estado, es menester exponerse á ser la presa de todas las pasiones; porque ¿acaso hay en nosotros alguna, que la ambicion no suscite contra nosotros mismos? ¿No es ella la que, segun las diferentes circunstancias y ocasiones, y los varios sentimientos que la mueven, ya nos aflige con los despechos mas amorosos, ya nos envenena con enemistades mortales, ya nos inflama con iras las mas violentas, ya nos agobia con las mas profundas tristezas, ya nos consume y deseca con las mas fieras melancolías, ya nos devora con las envidias mas crueles, y, en fin, la que hace sufrir á un alma como una especie de infierno, y que sea despedazada con mil verdugos interiores y domésticos? Para llegar, pues, á aquel estado que pretendemos, y para abrirse paso al través de todos los obstáculos que nos cierran el camino, es menester entrar en guerra con los competidores, que aspiran á aquel puesto igualmente que nosotros; que descubren nuestros designios y diligencias; que desordenan nuestros proyectos; que nos detienen nuestros pasos; para lo cual es menester oponer crédito á crédito, protector á protector, y sujetarse á ejecutar con frecuencia acciones las mas enfadosas, tolerar mil desaires, digerir mil disgustos, hacer mil movimientos, no ser dueño de sí mismo y vivir en el tumulto y la confusion. Así, en la esperanza de subir á un grado á que no se llega en un momento, es menester soportar dilaciones y demoras capaces, no solo de ejercitar, sino de apurar toda la paciencia; lo que durando muchos años, es menester penar con la incertidumbre del suceso, siempre vacilante entre la esperanza y el temor, y, por lo comun, despues de infinitas dilaciones; teniendo aun el terrible disgusto de ver estancadas y con mal suceso todas sus pretensiones; y no logrando por recompensa de tantos pasos, tan desgraciadamente perdidos, sino la rabia y el enfado en el corazon, y la vergüenza y bochorno delante de los hombres.

Aun digo mas: que despues de lograr el estado y dignidad que apetecemos, bien lejos de poner límites á la ambicion y de apagar el fuego, no sirve sino de irritarla mas y encenderla, pasando de un grado á otro; de modo, que nada hay á que no se incline, ni nada en que se fije; nada que no se quiera poseer, ni nada que se disfrute; siendo todo esto una contínua y perpétua sucesion de designios, de deseos y de empresas, y, por una consecuencia necesaria, un perpétuo tormento. Mirad á Aman: ¿qué le faltaba? Él era el favorecido del príncipe, era el mas opulento y poderoso de toda la corte de Asuero; pero Mardoqueo, sentado á la puerta del palacio no le hacia cortesía, y por el resentimiento y disgusto que de esto concibió, llegó á ser desgraciado en medio de todo cuanto puede hacer al hombre feliz. Asi, tanto como le ha costado el establecerse en aquel estado, otro tanto le debe costar el mantenerse en él. ¿Cuántos lazos

no se han de evitar? ¿Cuántos artificios, traiciones y golpes fatales no se han de prevenir? ¿Cuántos reveses no se han de temer? Pero yo aun paso mas adelante, y añado: aquel estado, en lugar de ser por sí mismo un estado de reposo, es una obligacion y empeño para el trabajo; es una carga y un peso muy grande, si se quieren cumplir todas sus obligaciones, que son tanto mas extensas y pesadas, cuanto el estado es de mas honor; un peso algunas veces sobre sus fuerzas, y con el que se abate y se deja rendir; de lo que nacen tantas quejas, que hay que tolerar tantas murmuraciones, tantos baldones y desprecios. Ved, digo yo, en aquel estado en que el ambicioso creia hallar una felicidad imaginaria, lo que hay de verdadero, de cierto y de inevitable.

4. Si á esto se añade una segunda consideracion, se llega á comprender bien otra ceguedad del ambicioso. Esta es, que él se propone por fruto de sus proyectos y trabajos una verdadera grandeza, la que no es mas que vanidad: *Universa vanitas.* ¿Cómo es esto pues? Vanidad es por sí misma y en sí misma. Porque ¿qué es esta grandeza de la que somos idólatras? ¿Y en qué la hacemos consistir? ¡A lo ménos, si se fundára en un mérito real; si consistiera en una vigilancia y cuidado mas atento, en un trabajo mas constante, y en cumplimiento de todas sus obligaciones, puede ser, que en ella hubiese alguna cosa de solidez! Empero, si llega á ser grande, lo es por la autoridad que ejerce y de que abusa; por los privilegios y superioridad del empleo y lugar que ocupa y que no llena; por un fausto sin moderacion ni límites, y por un lujo sin medida: esto es, se llega á hacer grande, y, con efecto, lo es por todo aquello que no depende ni nace de nosotros, y que está fuera de nosotros; y así no lo es, ni en su persona, ni por su persona. Vanidad hay tambien en los medios que se está obligado á emplear en esta grandeza falsa, ya sea para llegar con prontitud á conseguirla, ya sea despues para afirmarse en ella. Vanidad hay tambien en la duracion de esta grandeza mortal y pasajera. Han sido menester muchos años, y casi siglos, para construir este soberbio edificio; pero para destruirle enteramente y de lleno, ¿qué es necesario? Un instante, y nada mas. Un instante es, que no se puede evitar, pues es el de la muerte, al que toda la grandeza no puede detener.

La ceguedad, pues, del ambicioso, aun está en no atender á nada de esto, ó en no tener cuidado alguno de ello, con tal que espere acabar la carrera que se ha propuesto, y llegar hasta el fin de lo que tiene en su imaginacion. En vano le ofrece el mundo mil ejemplares de lo que yo digo; en vano le vienen á la imaginacion mil reflexiones

sobre lo que pasa á su vista y cerca de él; y en vano oye hablar y discurrir á los mas sensatos y cuerdos; él no escucha sino su ambicion, que le desatina y atolondra, á fuerza de gritarle sin cesar: sigue tu camino y no te detengas. Tal empleo está vacante por una casualidad, que deberia servirle de instruccion y entibiarle; y esto es lo que le ciega mas que nunca, y lo que le anima con una actividad extraordinaria. La experiencia de aquel ni la desgracia del otro no son para él de consecuencia ni regla. Parece que tiene prendas seguras de su destino, y que él debe ser privilegiado. A lo ménos quiere hacer la prueba de ello, y nada hay que no esté dispuesto á probar y experimentar á este fin. Dejémosle, pues, correr á su voluntad por el camino que se ha empeñado á seguir y extraviarse en él. Y en cuanto á nosotros, amados oyentes mios, siguiendo las luces de la razon, y aun, mas bien, las de la religion, aprovechémonos de la divina leccion que nos da nuestro sagrado Maestro: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde*, Matth. xi, 29. Ved lo que debemos aprender de él: ser humildes y humildes de corazon. La humildad rectificará todas nuestras ideas. Ella nos hará buscar el reposo donde se halla. Ella nos establecerá y colocará en una grandeza sólida, elevándonos por una renuncia cristiana sobre toda grandeza perecedera, y de este modo corregirá la ceguedad de nuestro espíritu, y nos preservará tambien de otro desórden de la ambicion, que es el de ser presuntuosa en sus juicios.

Yo encuentro que es muy sólida y de un profundo sentido la reflexion que hace S. Ambrosio, cuando dice, que un hombre ambicioso y que obra segun el movimiento de esta pasion que le domina, debe ser necesariamente ó muy injusto ó muy presuntuoso. Muy injusto, si busca los honores y empleos de que el mismo se reconoce indigno; ó muy presuntuoso, si los pretende y procura, persuadido á que es digno de ellos. Sucede muy pocas veces, añade este santo doctor, que nos hagamos con sinceridad á nosotros mismos la justicia de persuadirnos y convenir con nosotros mismos de nuestra propia indignidad. De lo que infiere y concluye, que el gran principio sobre que se funda la ambicion de la mayor parte de los hombres, es, por lo comun, la presuncion, ó una idea y juicio secreto que se figuran y forman de su capacidad: y de aquí saco la prueba de la segunda proposicion que he establecido. Porque observad, si quereis, todas las consecuencias que se siguen de este discurso, las que yo voy á aclarar y manifestar. El ambicioso aspira á todo y todo lo pretende; luego se cree capaz de todo. Él no pone límites á su fortuna

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ni á sus deseos: luego tampoco los pone á la opinion y juicio que tiene de su mérito y de su persona.

Preguntadle si en aquel empleo, cuyo lustre y explendor le deslumbra, podrá desempeñar todas las obligaciones que á él están unidas; y si tendrá toda la penetracion de espíritu que se requiere, toda la rectitud de corazon y toda la asistencia y continuacion necesaria: como se lo promete todo de sí mismo, os responderá sin duda, lo mismo que los dos hijos de Zebedeo, de quienes se habla en el Evangelio de S. Mateo: *Possumus*. Matth. xx, 22. Sí, yo lo puedo todo; yo lo haré. Pero yo infiero de esto mismo, que él no lo hará; y la razon es, porque su sola presuncion es un obstáculo para hacerlo, y mucho mas para hacerlo bien.

Amados oyentes; el cristiano ha de confiar poco en sí, ó mas bien, no confiar nada; tener casi todas las alabanzas de los hombres por vanas; rebajar siempre mucho de ellas, y persuadirse, de que aun se atribuirá mucho; no desear honor ni proporcionárselo; esperar á este fin la vocacion del cielo sin prevenirla; seguirla con temor y temblor cuando es evidente: y por poco dudosa que sea, desconfiar de ella; no aceptar los empleos honoríficos, para los cuales ha recibido de Dios algunos talentos, sin que se vea con sinceridad obligado á ello: y si está convencido de su incapacidad é ineptitud no ceder, ni aun á esta violencia. Yo sé que esto es muy opuesto á las ideas y práctica del mundo; pero yo no vengo aquí para instruiros segun las ideas y práctica del mundo, sino para proponeros las ideas del Evangelio, y para convenceros, á lo ménos, de su solidez y necesidad. Si el mundo se gobernara segun las máximas evangélicas, la ambicion se desterraria de él y reinaria la humildad. Con ésta se conseguiria arreglarse á la razon, se santificarian delante de Dios, y aun, por lo comun, se acertaria mejor para con los hombres, porque se tendria de ellos estimacion y confianza. Pero sin esta humildad, á mas de que esta ambicion es ciega en sus pretensiones y presuntuosa en sus designios, es tambien odiosa en sus consecuencias.

5. Como hay dos clases de grandezas, las unas, que Dios ha establecido en el mundo, y las otras que, por decirlo así, por sí mismas se erigen y levantan; aquéllas, que son las obras de la Providencia, y éstas, que son como producciones de la ambicion humana, no es necesario admirarse de que cansen efectos tan contrarios, no solamente en aquellos que las poseen, sino tambien en aquellos que no tienen en ellas parte alguna, y que las miran con unos ojos desinteresados y exentos de pasion. Una grandeza legítima y natural, que, segun el órden de la Providencia, lleva en sí misma un cierto carácter,

que á mas del respeto y veneracion, le granjea tambien la benevolencia y corazon de los pueblos. Al contrario sucede en aquellas grandezas irregulares, que no tienen otro fundamento mas que el de la ambicion y codicia de los hombres; en aquellas grandezas, que no se llegan á conseguir sino por artificio, por astucia y por cábalas, y de las que los políticos del siglo se aplauden en la Escritura, diciendo: *Manus nostra excelsa, et non Dominus fecit hæc omnia*. Deut. xxxii, 27. Nuestro crédito, nuestra industria es, y no el Señor, quien nos ha hecho lo que somos; en aquellas grandezas, digo, que Dios no autoriza, porque no es el autor: por mas brillantes que parezcan á nuestros ojos, tienen un no sé qué que nos disgusta, nos exaspera y nos inquieta, porque nos parecen otras tantas usurpaciones y excesos, que se dirigen á trastornar la equidad pública, por la que naturalmente somos celosos. Pues este carácter de injusticia que, les es esencial, es el que nos las hace odiosas.

Yo considero á la ambicion en los dos estados en que acostumbra desordenar y pervertir al espíritu del hombre, esto es, en la solicitud y diligencia para conseguir la grandeza cuando aun no se ha llegado á poseer, y en el término de esta misma grandeza cuando al fin se ha llegado á él. Pues en uno y otro estado, digo, que nada tiene que no excite la envidia, que no sea un objeto de aversion; y que por las otras pasiones que produce, cuales son las divisiones y parcialidades que mantiene, y las disensiones y disputas que mueve, no se dirija para destruccion y ruina de la caridad. Consultad solo á vuestra experiencia, que es en este punto mas capaz de instruiros y de convenceros que todos los discursos. ¿Qué idea os formais vosotros de un ambicioso, preocupado con el deseo de engrandecerse? Si yo os dijera, que era un hombre para quien la prosperidad de otro es un suplicio; que no puede ver el mérito, en cualquiera sugeto que se halle, sin aborrecerlo y sin combatirlo; que no tiene fe, ni sinceridad; que está siempre pronto en las concurrencias á vender al uno, destruir al otro, desacreditar á éste, y perder á aquél, aunque sea poca la utilidad que de ello espere tener; que de su imaginaria grandeza y fortuna se forma una divinidad, á la cual no hay amistad, reconocimiento, respeto, ni obligacion que él no sacrifique, no faltándole, ni careciendo de dobleces y disfraces aparentes, aun para hacerlo con modestia y con honor, segun el mundo; en una palabra, que á nadie ama, y que nadie puede amarlo: si yo os lo figurára de este modo, ¿no diriais que este era un mónstruo en la sociedad del que yo os hacia la pintura? No obstante, por poco que reflexioneis sobre lo que todos los dias pasa entre vosotros, ¿no confesareis, que

estos son los verdaderos rasgos de la ambicion, mientras que aun está de pretendiente, y en la solicitud de algun fin, que se ha propuesto?

Y si os hiciera ver el exceso de la ambicion, cuando una vez ha llegado ya el término de sus esperanzas, ¿qué diriais? ¡Qué uso, ó, por mejor decir, qué abuso y qué profanacion no hace entónces de la grandeza! Vosotros lo veis. ¡Qué arrogancia y que orgullo no es el del ambicioso, que se vale de su fortuna para no tener ni observar atencion con persona alguna, para tratar con desprecio á cualquiera que es inferior á él, para esperar y recibir los respetos y adoraciones, para querer que todo se rinda á su poder, para decidir de todo y arreglarlo todo, y para afectar ademanes de autoridad y de independencia! ¡Qué dureza no tiene para hacer valer sus derechos, para exigir con imperio lo que cree se le debe, para llevar con orgullo y soberbia lo que no le pertenece, para continuar sus venganzas, para oprimir los pequeños y para humillar é insultar á los grandes! ¡Qué ingratitud no es la suya para con aquellos mismos que le han hecho los mayores servicios, y á los que puede ser les deba toda su fortuna, desdeñándose y teniendo á ménos bajarse á ellos en adelante y olvidándolos! Una hora de prosperidad, hará que un favorecido desconozca y olvide una amistad de treinta años.

¡Bienaventurados los humildes, que, contentos con su estado y condicion, saben contenerse en él y ceñir en él sus deseos! Ellos poseen á un tiempo mismo el corazon de Dios y el de los hombres. No es esto decir, que no puedan ellos subir á las dignidades mas altas, porque la humildad no permanece siempre sepultada en sus tinieblas, sino que no es ella la que procura sus adelantamientos. Y aun mudando de estado, ella no muda ni de sentimientos ni de conducta, pues por hallarse elevada, no está ni con ménos sumision á Dios, ni con ménos caridad para con el prójimo, ni ménos desprendida de sí misma: pues los honores en lugar de lisonjearla, le sirven de carga, y en lugar de sacar de ellos una gloria falsa, los vuelve en confusion suya, y nunca emplea con mas voluntad el poder de que se halla revestida, que cuando se trata de obligar, de aliviar ó de hacer bien; pues aunque estuviese en la cumbre de la grandeza, no solamente se la veria colocada allí sin dolor ni quebranto, sino que no habria persona alguna que no la aplaudiera, que no estuviera de su parte, que no la respetára, y que no la canonizára. No obstante, todos estos elogios del mundo, y la voz de los pueblos á su favor, de nada le servirian si Dios no le añadiera sus recompensas eternas; pero así como resiste á los ambiciosos y soberbios, así tambien el Señor

comunica á los humildes su gracia en la tierra y les prepara una corona inmortal en el cielo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Contra ningun vicio levantó tanto la voz nuestro divino Redentor como contra la ambicion; y con razon, puesto que, 1.° destruye la santidad y la inocencia; 2.° Ahoga la piedad y la religion: 3.° Nos hace despreciar las divinas gracias.

I. La ambicion nace del orgullo y de la codicia. El orgullo es el principio ú orígen de todo pecado; Eccles. x: la codicia es la raíz de todos los males; I Timot. vi. Estos dos vicios destruyen la inocencia del alma: el orgullo corrompe el entendimiento, la codicia corrompe el corazon, y ambos empujan al hombre á cometer las mayores maldades: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et in desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum et in perditionem.* I Tim. vi.

II. Ademas de la inocencia, la ambicion arruina tambien la religion y la piedad, cuyo objeto es glorificar á Dios, poniendo al hombre bajo su dependencia. La religion nos manda, 1.° reconocer la soberanía é independencia de Dios; 2.° colocar toda nuestra esperanza en su infinita sabiduría; 3.° huir todas las ocasiones peligrosas, desconfiando de nosotros mismos, atendida nuestra fragilidad. El ambicioso no quiere reconocer la suprema soberanía de Dios, porque confunde su orgullo, y dice con sus acciones: *nolumus hunc regnare super nos;* Luc. xix. Tampoco quiere depender de su sabiduría, sino de su propio capricho. Por último, se precipita sin temor ni remordimiento en las ocasiones peligrosas.

III. No es ya de admirar, que el ambicioso, sin piedad ni religion, desprecie las gracias divinas ó los únicos medios de salvacion. El ambicioso, ocupado siempre en negocios del tiempo, no puede atender á las divinas inspiraciones; su corazon, dominado por mil deseos mezquinos, rechaza las gracias y los saludables movimientos con que Dios le visita. En una alma ambiciosa, Dios no tiene entrada.

II.

El ambicioso, cegado de su pasion, busca con loco afan las dignidades y los primeros puestos: 1.° prescindiendo de si Dios le llama

ó no á los mismos: 2.° con el fin de no servir á nadie y ser de todos servido: 3.° y para llevar una vida tranquila y regalada. Todo esto es contrario al espíritu de la religion.

I. Por mas que Dios haya criado al hombre libre, no le permite entrometerse en ninguna dignidad sin una vocacion especial. Cuando los hijos del Zebedeo pidieron á Cristo los primeros asientos en su reino, él les contestó: *non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo;* Matth. xx. San Pablo en su carta á los Hebreos dice, que nadie debe entrometerse en el sacerdocio, sino aquel que es llamado por Dios como Aaron, v, 4. Mas el ambicioso solo busca acensos valiéndose de todos los medios, y prescindiendo de la voluntad de Dios.

II. El hombre no tiene por naturaleza ningun derecho á mandar ni á ser servido de nadie; esto es propio solamente de Dios. El hombre naturalmente es dependiente. Si Dios le eleva á alguna dignidad, es para que cuide de los otros, sea como siervo de los otros; y por lo mismo su eleccion debe humillarle, como lo reconocia David: *exaltatus autem humiliatus sum et conturbatus*, Psalm. lxxxvii. Los monarcas han de ser los servidores de sus súbditos; los prelados, los siervos de los fieles: *Servi servorum Dei*. Pero el ambicioso busca las dignidades, no para servir á nadie, sino para ser servido, para mandar como si fuera irresponsable.

III. La razon y la experiencia enseñan, que las dignidades, mas que medios de tranquilidad y de bienestar, son verdaderas cargas: 1.° porque el hombre colocado en dignidad, vése cada momento obligado á violentar su propia voluntad y carácter; 2.° porque está obligado á tratar con toda clase de personas, aun con aquellas que le son antipáticas; 3.° porque está obligado á sacrificarse en obsequio de la verdad y de la justicia. Por esto, cuando los referidos hijos del Zebedeo pretendian honores y dignidades y gloria tranquila *(dic ut sedeant)*, el Salvador les pregunta: *potestis bibere calicem?* Las dignidades nos ofrecen espinas, no glorias. Pero el ambicioso solo las busca para su bienestar. Su conducta, pues, es bajo todos conceptos, contraria al espíritu de la religion.

III.

La ambicion es la ruina, 1.° del individuo, 2.° de la familia, 3.° de la sociedad.

I. Es la ruina espiritual y temporal del individuo. Es la ruina espiritual, porque el ambicioso, á trueque de satisfacer sus aspiraciones, no repara en prescindir de las leyes divinas y humanas. Es su ruina temporal, porque la ambicion, como toda pasion fuerte, ciega al hombre, y le mete en negocios, empleos y dignidades que comprometen su honor, su reposo y tal vez su salud, sus intereses y su vida. La historia contemporánea nos demuestra, que á muchos ambiciosos su pasion les ha costado la vida.

II. Es la ruina de la familia, porque el ambicioso descuida comunmente la educacion de sus hijos ó la fia á cualquiera, dales malos ejemplos, y tal vez les enseña el modo y los medios de ser ambiciosos como él.

III. Es la ruina de la sociedad, porque el ambicioso no se cuida de la justicia, de la decencia, del honor, de su conciencia. Cuanto mas elevado se vea sobre los otros, mas fatal será su influencia por sus parcialidades é injusticias, por el pernicioso ejemplo dado á sus inferiores, por la mala gestion de los negocios, por las fatales consecuencias de su ambicion, como son rivalidades, envidias, disensiones y partidos; guerras sangrientas y asoladoras. Absalon II Reg., Adonias Ibid., Datán, Coré, Abiron.

IV.

La ambicion es un vicio fatal; 1.° porque adormece el alma en vida; 2.° porque le inspira sentimientos de desesperacion en la hora de la muerte.

I. El ambicioso no puede fomentar su pasion con las leyes y usos de la Religion, que la condenan, sino con las leyes y usos del siglo, que la consideran como noble y legítima. Así es, que se forma las mas bellas ilusiones, y acalla todo remordimiento de conciencia. Los fatales resultados que han dado los proyectos ambiciosos de otros, le parecen accidentes naturales que habian de sobrevenir; y vive en una engañosa tranquilidad.

II. Pero viene la hora de la muerte en la cual callan las pasiones, y solo habla la conciencia oprimida. Entónces, ó Dios le castiga con una estupidez invencible, ó empieza, como Antíoco y Judas, á sentir todo el peso del remordimiento, á conocer toda la gravedad de sus injusticias y el deber de la restitucion; y creyéndose impotente para reparar tantos daños é injusticias, se echa en brazos de la desesperacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIVISIONES.

AMBICION.—El hombre ambicioso no es verdaderamente cristiano; porque no tiene, 1.° fe, 2.° ni esperanza, 3.° ni caridad.

AMBICION.—La ambicion es pecado diabólico; 1.° porque el ambicioso aspira á dominarlo todo: 2.° porque no quiere ser dominado de nadie.

AMBICION.—El ambicioso es, 1.° injusto en el ansia de sus deseos: 2.° Ciego en la presuncion de sus fuerzas.

AMBICION.—El ambicioso es, 1.° un vil esclavo cuando pretende honores: 2.° un tirano en el abuso que hace de ellos.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non dominabor vestri, nec dominabitur in vos filius meus, sed dominabitur vobis dominus. Judic. viii, 23.

No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo, sino que el Señor será quien domine y *reine* sobre vosotros.

Inimici Domini mox ut honorificati fuerint et exaltati, deficientes quemadmodum fumus deficient. Psalm. xxxvi, 20.

Los enemigos del Señor no bien serán ensalzados á puestos honoríficos, cuando serán abatidos y se desvanecerán como el humo.

Noli quærere fieri judex, nisi valeas virtute irrumpere iniquitates. Eccl. vii, 6.

No pretendas ser juez, si no te hallas con valor para hacer frente á las injusticias.

Non adjicies exaltari amplius in monte sancto meo. Sophon. iii, 11.

No te engreirás mas por *tener* mi santo monte *de Sion*.

Dicebat autem et ad invitatos parabolam, intendens quomodo primos accubitus eligerent... Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur. Luc. xv, 7 et 11.

Notando (Jesús) que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso una parábola, *y concluyó diciendo:* Cualquiera que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Jesus ergo cum cognovisset quia venturi essent ut raperent eum, et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus. Joann. vi, 15.

Conociendo pues Jesús, que habian de venir para llevársele por fuerza, y levantarle por rey, huyose él solo otra vez al monte.

Charitas non est ambitiosa. I Corinth. iii, 5.

La caridad no es ambiciosa.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La ambicion lanzó del cielo á Luzbel con la tercera parte de los ángeles que siguieron sus locas aspiraciones. No satisfecho de la hermosura y gracia con que Dios le habia creado, antes bien envanecido con tantos y tan ricos dones sobrenaturales, pretendió elevar su trono al lado del Altísimo y hacerse semejante á él: *In cœlum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti.... similis ero Altissimo*, Isai. xiv.

La última tentacion, que derribó á nuestros primeros padres de su envidiable felicidad, fué la ambicion, que se introdujo en su corazon por aquellas palabras del demonio: *Eritis sicut Dii, scientes bonum et malum*, Gen. iii. La noticia de una exaltacion fabulosa en lugar de una muerte ignominiosa cegó al pronto su entendimiento, disipó sus temores, y les hizo osados hasta una locura criminal.

Por lo mismo que la ambicion, una vez entronizada en el corazon humano, llega á un exceso de temeridad, provoca tambien la cólera divina, para descargar sobre los ambiciosos los mas ejemplares castigos. Aquellos tres magnates del pueblo de Israel, Core, Dathan y Abiron, que, dominados por la ambicion, quisieron ingerirse temerariamente en las funciones del santuario promoviendo un motin, y hasta ofrecer á Dios el sacrificio del incienso, recibieron el castigo digno de su loca ambicion: la tierra los tragó al pié mismo del santuario, Numer. xvi, abrasando un fuego prodigioso á sus revoltosos partidarios.

Véanse en el libro II de los Reyes, cap. 15, las artes de que se valia Absalon, y las demostraciones degradantes que hacia el pueblo de Israel para ganar partido y satisfacer su ambicion de reinar.

Véanse los cap. 6 y 7 del libro de Ester, en donde se ve un ejemplar castigo de la ambicion en el presuntuoso Aman, ahorcado en el mismo patíbulo que habia preparado para Mardoqueo.

El ambicioso que no quedare desengañado con estos ejemplos, puede consultar los efectos que la ambicion produjo en Alejandro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magno. Hijo de reyes y rey de sus respectivos estados, la ambicion le impelió á apoderarse de la Grecia, y la conquistó: llevó sus armas triunfantes á los imperios de los persas y de los medos, y los sujetó: de allí pasó al territorio vastísimo de la India y lo dominó; y no satisfecha su ambicion se entristeció: *Et post hæc decidit in lectum, et cognovit quia moreretur*, I Machab. I.

En el Nuevo Testamento se nos presentan los dos hijos del Zebedeo, Matth. XX, ambicionando los primeros puestos del apostolado; los apóstoles, aunque instruidos en la escuela de la misma humildad, altercando sobre la primacía de honor y de gobierno, Luc. XXII; y la loca ambicion de los escribas y fariseos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Omnis honor sæculi, diaboli est negotium. S. Hilar. in c. 3 Matth.

Toda dignidad mundana es usura para el demonio.

Ambitiosus humilitatem quærit, honestatem mentitur, affabilitatem exhibet, benignitatem ostendit, subsequitur, et obsequiatur, cunctos honorat, frequentat curias, visitat optimates, assurgit et amplexatur, applaudit et adulatur. S. Chrys. hom. 2 in epist. ad Tit.

El ambicioso se cubre con capa de humildad, finge la honestidad, pretesta afabilidad, se viste de cierta benignidad, recibe y da obsequios, honra á todos, frecuenta las curias, visita á los grandes, se levanta y da abrazos, aplaude y adula.

Quicumque desideravit primatum in terra, inveniet confusionem in cœlo, et inter servos Christi non computabitur, qui de primatu tractaverit. Idem in dialog.

Quien quiera que haya deseado grandes honores en la tierra, no encontrará sino confusion en el cielo; ni será contado entre los discípulos de Cristo el que habrá trabajado para obtener dignidades.

Ambitio est quædam simia charitatis, charitas, enim patiens *est pro æternis: ambitio patitur omnia pro caducis; charitas* benigna *est pauperibus, ambitio divitibus; charitas* omnia suffert *pro veritate, ambitio pro vanitate; utraque* omnia credit, omnia sperat, *sedlonge dissimili modo.* Petr. Ravenn. in serm.

La ambicion viene á ser un mono ó falso remedo de la caridad: si la caridad es paciente para alcanzar los bienes eternos, la ambicion lo es para los transitorios; si la caridad es benigna con los pobres, la ambicion lo es para los ricos; si la caridad todo lo sufre por la verdad, la ambicion lo sufre todo por la vanidad: una y otra

todo lo creen, todo lo esperan, pero con miras muy contrarias.

Locus regiminis desiderantibus negandus est, fugientibus offerendus, virtutibus ergo pollens coactus ad regimen veniat. San. Gregor. in Pastor.

Las prelaturas deben ser negadas á los que las buscan, y conferidas á los que huyen de ellas; y por tanto, el que esté dotado de virtudes no acepte las dignidades sino obligado por el precepto.

Quanto quisquis curis mundi majoribus occupatur, tanto facilius vitiis premitur: si enim vix animus valet peccata devitare quietus, quanto minus occupatione sæculari devinctus? S. Isidor. lib. III de summ. bono cap. 48.

Cuanto mas metido se halla el hombre en los negocios del mundo, tanto mas fácilmente se ve dominado por las pasiones: porque si en el retiro le es tan difícil evitar las culpas, ¿cuánto mas lo será en medio del tumulto del siglo?

REMEDIOS CONTRA LA AMBICION.

1.° Es necesario enseñar y recordar á los ambiciosos, como ellos mismos lo experimentarán, que las pesadumbres sembradas en la carrera de la ambicion comienzan desde el primer paso, y duran toda la vida.

2.° Se les debe manifestar la nada de los objetos que seducen su corazon, y lo inseguro de las recompensas que esperan.

3.° Tal vez el mejor remedio contra la ambicion, consista en citarles aquellos pasajes históricos que refieren la muerte prematura de la mayor parte de los ambiciosos.

M. Descuret, en su libro titulado: ***Médecine des Passions***, cita un hecho curioso: dice, que de los 75 presidentes de la Convencion francesa, dominados todos de una ambicion satánica, 18 fueron guillotinados, 5 se suicidaron, 8 fueron deportados, 6 encarcelados, 22 declarados fuera de la ley, y 4 encerrados en una casa de orates. Casi todos los secretarios de aquella famosa asamblea perecieron miserablemente.

MOTIVOS PARA HUIR DE LA AMBICION.

1.° La ansiedad del ambicioso.—El ambicioso vive contínuamente agitado por movimientos de esperanza, de temor y de ira. Podemos decir, que estos tres efectos martirizan su corazon como las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tres lanzas que atravesaron el del ambicioso Absalon y le dejaron sin vida.

2.° El peligro de la vida.—La ambicion nos expone á un contínuo peligro de perder la vida, como bien lo conoció Saturnino, que convidado á ceñir la corona del imperio, dijo: No sabeis, amigos, que mal es gobernar: las espadas y los dardos nos amenazan de contínuo, están pendientes de un hilo sobre nosotros las lanzas y cuchillas, se teme á los mismos guardias, se desconfia de los mas íntimos cortesanos: no se toma el alimento por gusto, ni se emprende el viaje por voluntad, ni la guerra por conviccion, ni se empuña la espada por deseo. DREXEL. *Auriford.* III, 5.

3.° La cuenta estrecha que ha de dar.—*Prælatus, si perversa perpetrat, tot mortibus dignus est, quot ad subditos suos perditionis exempla transmittit.* S. GREGOR. PASTORAL. V. Muy necio, pues, ha de ser el que, por satisfacer su vanidad, se expone á tener que responder de los pecados ajenos.

4.° El ejemplo de Jesucristo.—*Non enim debet discipulus esse super magistrum, nec servus major domino:* si Jesucristo, pues, fué *opprobrium hominum et abjectio plebis*, ¿cómo presumirá un cristiano elevarse sobre sus semejantes y dominarles?

5.° La propia indignidad.—Solamente á la virtud se debe de justicia la gloria; á ella sola se dispensa con acierto. La gloria ú honor sin virtud es injusta, es inconstante y peligrosa. Los romanos, aunque gentiles, dedicaron dos templos, uno á la gloria, otro á la virtud; pero nadie podia penetrar en el de la gloria ú honor sin pasar, primero, por el de la virtud: y con razon, porque siendo el honor un respeto exterior tributado á la bondad interior, y siendo la bondad hija de la virtud, claramente se infiere ser ésta el orígen del verdadero honor.

AMISTAD.

I.

Qui timet Deum, æque habebit amicitiam bonam.

Quien teme á Dios, logrará igualmente tener buenos amigos.

(*Eccles.* VI, 17.)

Al oir las bellas frases con que los hombres ponderan la amistad, al escuchar los generosos ofrecimientos que mútuamente se hacen, los tiernos sentimientos de que á porfía se muestran animados; me inclino á creer, que es muy feliz y afortunada esa sociedad, que forma de tantos miembros una sola familia, y de tantos corazones un solo corazon. En efecto; ¿qué mayor dicha, que multiplicar los beneficios y aliviar los males de nuestros hermanos, tomando parte con ellos, así en lo próspero, como en lo adverso; comunicarles nuestras penas y alegrías, vivir nuestra propia vida y la suya, dando y recibiendo casi alternativamente una doble existencia? Por esto dijeron algunos sabios, que la vida nos seria intolerable sin los recíprocos auxilios de la amistad; que es muy desdichado el hombre á quien le faltan los amigos en la desgracia; y que la misma felicidad dista mucho de ser completa, si los demas no participan de ella. Mas al escuchar, de otra parte, las graves quejas de otros, al ver las agradables demostraciones de tal ó cual, que se titula amigo, pero cuyas obras son pérfidas; qué nada mas comun entre los hombres, que faltar á las promesas y violar los contratos; que son muy pocos los que al primer contratiempo no vuelven la espalda á los que consideraban como amigos; al ver, repito, semejante conducta, asáltame una triste, pero fuerte duda, y por poco me inclinaria á creer, que las selvas y los desiertos son mas propios para proporcionar la paz y felicidad al hombre, que no la sociedad civil. Y á la verdad; ¿qué condicion puede darse mas triste para el hombre, que tener que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tres lanzas que atravesaron el del ambicioso Absalon y le dejaron sin vida.

2.° El peligro de la vida.—La ambicion nos expone á un contínuo peligro de perder la vida, como bien lo conoció Saturnino, que convidado á ceñir la corona del imperio, dijo: No sabeis, amigos, que mal es gobernar: las espadas y los dardos nos amenazan de contínuo, están pendientes de un hilo sobre nosotros las lanzas y cuchillas, se teme á los mismos guardias, se desconfia de los mas íntimos cortesanos: no se toma el alimento por gusto, ni se emprende el viaje por voluntad, ni la guerra por conviccion, ni se empuña la espada por deseo. DREXEL. *Auriford.* III, 5.

3.° La cuenta estrecha que ha de dar.—*Prælatus, si perversa perpetrat, tot mortibus dignus est, quot ad subditos suos perditionis exempla transmittit.* S. GREGOR. PASTORAL. V. Muy necio, pues, ha de ser el que, por satisfacer su vanidad, se expone á tener que responder de los pecados ajenos.

4.° El ejemplo de Jesucristo.—*Non enim debet discipulus esse super magistrum, nec servus major domino:* si Jesucristo, pues, fué *opprobrium hominum et abjectio plebis*, ¿cómo presumirá un cristiano elevarse sobre sus semejantes y dominarles?

5.° La propia indignidad.—Solamente á la virtud se debe de justicia la gloria; á ella sola se dispensa con acierto. La gloria ú honor sin virtud es injusta, es inconstante y peligrosa. Los romanos, aunque gentiles, dedicaron dos templos, uno á la gloria, otro á la virtud; pero nadie podia penetrar en el de la gloria ú honor sin pasar, primero, por el de la virtud: y con razon, porque siendo el honor un respeto exterior tributado á la bondad interior, y siendo la bondad hija de la virtud, claramente se infiere ser ésta el orígen del verdadero honor.

AMISTAD.

I.

Qui timet Deum, æque habebit amicitiam bonam.

Quien teme á Dios, logrará igualmente tener buenos amigos.

(*Eccles.* VI, 17.)

Al oir las bellas frases con que los hombres ponderan la amistad, al escuchar los generosos ofrecimientos que mútuamente se hacen, los tiernos sentimientos de que á porfía se muestran animados; me inclino á creer, que es muy feliz y afortunada esa sociedad, que forma de tantos miembros una sola familia, y de tantos corazones un solo corazon. En efecto; ¿qué mayor dicha, que multiplicar los beneficios y aliviar los males de nuestros hermanos, tomando parte con ellos, así en lo próspero, como en lo adverso; comunicarles nuestras penas y alegrías, vivir nuestra propia vida y la suya, dando y recibiendo casi alternativamente una doble existencia? Por esto dijeron algunos sabios, que la vida nos seria intolerable sin los recíprocos auxilios de la amistad; que es muy desdichado el hombre á quien le faltan los amigos en la desgracia; y que la misma felicidad dista mucho de ser completa, si los demas no participan de ella. Mas al escuchar, de otra parte, las graves quejas de otros, al ver las agradables demostraciones de tal ó cual, que se titula amigo, pero cuyas obras son pérfidas; qué nada mas comun entre los hombres, que faltar á las promesas y violar los contratos; que son muy pocos los que al primer contratiempo no vuelven la espalda á los que consideraban como amigos; al ver, repito, semejante conducta, asáltame una triste, pero fuerte duda, y por poco me inclinaria á creer, que las selvas y los desiertos son mas propios para proporcionar la paz y felicidad al hombre, que no la sociedad civil. Y á la verdad; ¿qué condicion puede darse mas triste para el hombre, que tener que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sospechar siempre de sus hermanos, y vivir en un contínuo temor de verse burlado, ó vendido, cuando ménos piense? ¿Y de qué sirven entónces los signos externos, destinados á manifestar los sentimientos internos, si se convierten en intérpretes engañosos, para embaucar á las personas sencillas é inexpertas? ¿A qué reglas será preciso atenerse, para que, bajo mentirosas apariencias, no se nos tienda una asechanza, y no se nos precipite astutamente en un abismo? Quizás á ninguna, que no sea la desconfianza, la sospecha, el temor. Y ya que los corazones nobles elogian tanto la amistad, ¿por qué apenas nos es dado contar de ella pocos ejemplos? Son muchas las uniones que llevan á cabo el interés, la vanidad, el placer; son muchas las prácticas oficiosas de la urbanidad; son frecuentes los amoríos, pero muy raras las verdaderas, las santas amistades. ¿Sabeis por qué? Porque la verdadera amistad es una virtud religiosa. Escuchadme atentos, y comprendereis, que la amistad no consiste, como piensan algunos, en cierta conformidad de deseos, ó en una venal comunion de intereses, sino en una pura y leal armonía de ánimos para el bien de unos y otros, y, por lo mismo, es una verdadera virtud. Lo demostraré despues de implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los que no reconocen otro orígen de la amistad, que la necesidad ó la utilidad, y no la natural disposicion del cariño y el amor á lo justo, demuestran claramente, que se han formado un triste concepto del corazon humano. No niego, que la utilidad, el provecho, puedan ser como parte integrante de la amistad; pero solo un ánimo injusto y mezquino en su injusticia confundirá el interés, que de la amistad pueda ó deba resultar con lo dulce, lo bello, lo mas precioso de esta virtud. La naturaleza, que nos inclina á querer bien á nuestros semejantes, es la que nos mueve á amar con preferencia á algunos, que, entre todos, saben conquistar nuestro afecto y cariño por su amabilidad ú otras circunstancias recomendables. Leyendo las historias antiguas, y los hechos de ciertos personajes, que alcanzaron gran fama por su talento ó por su virtud, nos sentimos inclinados á amarlos, bien que no podamos esperar de ellos beneficio alguno. No es raro, ademas, que algunos hombres ricos no solo de bienes del alma, sino de bienes de fortuna—y que por lo mismo necesitan ménos que otros del favor ajeno—busquen ansiosos la amistad, y hagan de ella un uso generoso. Puede, por consiguiente, el interés nacer de la verdadera amistad, mas no puede ni debe producirla; sino la buscamos, sino la cultivamos por lo que es en si misma, por la belleza de su índole, su fruto será de corta duracion. Procura, por su parte, deshonrar la amistad, quien busca amigos únicamente por su utilidad propia.

2. Para la amistad sólida es necesaria cierta igualdad de condiciones, así respecto de las prendas del ánimo, como de los bienes de fortuna. Y ateniéndonos á esta última, vemos, que las excesivas desigualdades contrastan con la dulzura de los mútuos auxilios; porque la ingrata opinion de su propia inferioridad en unos, y en otros la costumbre, aunque involuntaria de su preeminencia, les convierte recíprocamente en sospechosos ó exigentes, y, por lo mismo, mas incapaces de vivir familiarmente. Es muy difícil, que el superior sea fiel compañero del inferior; y por esto leemos en el Eclesiástico, Cap. XIII, 2: «Una buena carga se echa encima, quien hace liga con otro mas poderoso que él. No te acompañes, pues, con quien es mas rico que tú. ¿Qué sacará la olla de estar junto al caldero? Cuando chocare contra ésta, quedará hecha pedazos.» «El grande, continua el Eclesiástico, pintando al vivo las costumbres del siglo, se pondrá de buena gana en tu situacion; si ve en ello su beneficio, te recibirá sonriendo, te dará esperanzas, y pródigo de buenas palabras te preguntará: ¿qué es lo que has menester? Te convidará á su mesa; te hará gastar cuanto tienes; y á la postre se burlará de tí; y despues, al verte, te volverá las espaldas, y meneará su cabeza mofándose de tí.» Semejantes amigos, dice Job, se parecen á los torrentes; inundan en la primavera y están secos en verano. El verdadero amigo, empero, considera en el amigo otro yo.

Respecto á las condiciones del ánimo, será buena y sólida la amistad entre índoles que sean al mismo tiempo semejantes y diversas: semejantes en cuanto á la sustancia; diversas tocante á los accidentes. La semejanza de los sentimientos inspira confianza; la diversidad de comportamientos produce suavidad. Requiérese, pues, union, no unidad. En las amistades mundanas exígese, ademas, cambio de alguna cosa presente con otra que tambien lo es; y ¡desdichado del hombre, que, para ser amado, como ama él, solo puede invocar el pasado! Muy pronto se adquiere el conocimiento de que, en semejantes contratos, no se admiten los recuerdos á igual precio que las esperanzas. Y si alguna vez los hombres, sin esperanza alguna se entregan del todo á otros, es efecto comunmente de alguna satisfaccion del amor propio, ó de cierta sobreabundancia de su bienestar; porque siendo mas mimados de la fortuna, creen tambien que aman mas. Pero cuando sobrevienen grandes borrascas, cada uno se ase de la tabla que mas pronto le viene á mano, no se cuida de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demas, sino de librarse del naufragio; y las amistades solo se reaniman al verse salvos en la playa.

Conviene, pues, que la conformidad se funde en la rectitud de los buenos sentimientos; porque la naturaleza nos concedió la amistad como un auxiliar de la virtud. De ahí se sigue, que debamos familiarizarnos con los que sean mejores que nosotros, y que posean lo que á nosotros nos falta, siendo virtuosos en lo que nosotros somos defectuosos. Las almas nobles se sienten naturalmente inclinadas á procurarse la amistad de semejantes personas, porque su corazon les induce á ser perfectas; de donde se sigue, que el ejemplo de los mejores nos da mayor elevacion de ideas y comunica eficacia á nuestra voluntad. Así es, que no puede existir amistad entre los buenos y los perversos. Por esto se lee en el Eclesiástico, XIII, 21: «¿Cómo puede el lobo trabar amistad con el cordero? ¿Qué comunicacion puede haber entre un hombre santo y un perro?» Por otra parte, quien ama á otro, tolerando que obre mal, no le ama, sino que le ódia. Tampoco existe la amistad, ni es posible que la haya entre los malvados; sus confederaciones son mas bien complots, que solo se sostienen miéntras los une la esperanza del inícuo medro, ó el temor del castigo merecido. Hablando, empero, de una virtud, que se funda en el mútuo amor, seria tiempo perdido ocuparse en aquellos que, en realidad, no aman ni á los demas, ni á sí mismos, tales como los perversos, que viven tiranizados por alguna pasion. La amistad, por consiguiente, es la justa y perpétua comunicacion de la voluntad.

¿Qué diremos ahora de aquellas amistades, que se llaman simpáticas y galanteadoras? De seguro, que no pretendereis se confunda la amistad con el amor; porque aquélla es grave, sosegada, constante, dirigida por la razon; y éste es inconstante, voluble, esclavo de los sentidos y de la imaginacion. No obstante, os gusta adornar la amistad comun, como la llamais vosotros, con alguna dósis de cariño amoroso, que solo es dado lograr entre personas de distinto sexo, entre jóvenes corteses y de buenas costumbres. Semejantes amistades, continuais diciendo, ablandan la altivez del hombre y hacen mas respetable á la mujer, alivian el cansancio de uno, y disipan el fastidio de la otra, ocupan agradablemente en los pesados momentos de ócio, y adornan la cortés conversacion. Los corazones, deseosos de alimentos delicados, se libran con semejantes amistades de perniciosos deseos: adquieren los ánimos mayor elevacion de ideas, se perfeccionan en una mayor delicadeza de sentimientos, y la misma virtud se enlaza y une con el cariño en una bella armonía. Así es como raciocinais vosotros. Pero si así es, ¿de dónde proviene, que

semejantes amistades no son duraderas nunca, ó muy raras veces? ¿Cómo es, que, con frecuencia, las rompen los celos furiosos y la pertinaz discordia? ¿De dónde proviene, que haya tan frecuentes escándalos, y murmure la vecindad? ¿Puede la virtud tan cercana á la tentacion y á un peligro, que se busca y se ama, resistir siempre sin retroceder ó tropezar jamas? Leemos en los Proverbios, VI, 27: «¿Por ventura, puede un hombre esconder el fuego en su seno, sin que ardan sus vestidos? ó andar sobre las ascuas sin quemarse las plantas de los piés?» ¡Ah! seamos, siquiera una vez, ingénuos y veraces. Confesemos nuestra fragilidad, y no queramos insultar una virtud, que quizás no poseemos. Todas estas amistades no resisten por mucho tiempo la acostumbrada prueba; y bien que honestas, al principio, conducen poco á poco al pecado.

¿Cuál es, pues, la verdadera, la santa amistad, de que pretendo hablaros? Ya sabeis que la benevolencia, por sí sola, no es propiamente amistad, sino principio de ella, y que se convierte en amistad cuando es completa, recíproca y declarada. Ni es lo mismo amistad que buena armonía, porque, para que exista ésta, basta querer lo mismo; pero, para ser amigos, se necesita, ademas, que uno lo quiera para el bien del otro; de donde se sigue, que los amigos tienen siempre buena armonía, pero no siempre los que la tienen son amigos. Ni debe tampoco confundirse la amistad con la simpatía; porque ésta es hija de la inclinacion, aquélla lo es de la voluntad; la una se complace en el bien ageno, la otra se complace en ser su causa; aquélla gusta principalmente de las suaves impresiones que le produce la presencia de la persona amada; ésta no mengua por la distancia del objeto amado, y sobrevive á su pérdida. Es, pues, propio de la amistad, el procurarse mútuamente el bien. El verdadero bien del hombre consiste en el alma, no en la nobleza de la sangre, ó en lo elevado de la posicion social, ó en la gentileza de la persona, ó en las riquezas. El verdadero bien del hombre es la virtud; y en procurar la virtud consiste la amistad, que no es otra cosa, que la conformidad de los ánimos perfectamente acordes en las cosas divinas y humanas. Dice el Espíritu Santo, PROV. XXVII, 19: «El perfume y los varios olores recrean el corazon: con los buenos consejos del amigo se baña el alma en dulzura.» Propios son de la amistad las discretas correcciones en la prosperidad, los suaves consuelos en la amargura, los generosos auxilios en la desgracia. En la adversidad es principalmente dulce la amistad, porque entónces es cuando el alma tiene mas necesidad de ternura. Las lisonjas, por el contrario, las adulaciones, la ficcion y el

disimulo son el veneno mortal de la amistad. Es, pues, la amistad una virtud religiosa, que, proponiéndose el verdadero bien del hombre, ayúdale con medios eficaces á copiar en sí mismo la hermosa imágen de su principio, que es Dios; y á hacerse digno de unirse á él por su imitacion. Religiosa es la amistad; y del cielo vienen los magnánimos sentimientos y levantados propósitos con los que el amigo, que vive en otros y por otros, se eleva sobre sí mismo, y desprecia las comodidades y placeres, se olvida hasta de lo que le es necesario, arrostra los peligros y trabajos, soporta los desprecios y humillaciones, y sacrifica por el amigo su vida, si es necesario. Religiosa es la amistad en la mútua comunicacion de los secretos, y la fidelidad en guardarlos, porque esa comunicacion es el don mas precioso que un hombre puede hacer á otro; y esa fidelidad no tiene otra garantía que los sentimientos religiosos. Finalmente, es religiosa la amistad, puesto que nada la afecta tanto como la idea de un rompimiento, ó de perderla. Nosotros vivimos mas de lo futuro que de lo presente. Nuestra imaginacion no está nunca tranquila; suspiramos siempre por un porvenir lejano. Y aquellos mismos que se entregan hambrientos á los placeres presentes, sea cual fuere la confianza que tienen en sí mismos, esperan siempre los nuevos placeres, que les promete el dia de mañana; y cuanto mas querido nos es un objeto, tanto mas procuramos con el deseo prolongar su fruicion, y apartamos horrorizados toda idea de que se nos pueda acabar. Decidlo sino vosotros, jóvenes amantes, decid, si en la mas ardiente embriaguez de vuestros amores no habeis mil veces pronunciado aquellas dulces palabras: ¡para siempre, para siempre! Decidlo, vosotros, si no jurasteis que seria indisoluble, eterna, aquella cadena de rosas, que, sin embargo, tan pronto habiais de romper. Unicamente la religion puede consolar al amigo en la amarguísima pérdida del amigo; esa religion, que cuida de nosotros mas allá del sepulcro, y nos asegura, que el amigo, que acabamos de perder, vive todavía, piensa en nosotros, y es solícito por nuestro bien. La religion, pues, la sola religion conserva, á despecho de los vaivenes de la fortuna, del trascurso del tiempo, y de las ruinas que amontona la muerte, los vínculos sagrados de la amistad, y los conserva por toda la eternidad. Allá en la mansion de la luz perpetua, en el seno de aquel Dios, que es seguro fiador de todos nuestros afectos santos y nobles, porque es amor infinito, y por amor crió las cosas y las conserva; allá arriba veremos otra vez á las personas amadas; y, en la eternidad de un gozo inefable viviremos juntos y felices con una amistad, cuyo centro será el mismo Dios.

3. Explicada la índole natural de la amistad, y constando, que es una virtud religiosa, no debe admirarnos si vemos tan pocos ejemplos de ella en la sociedad. Y, sin embargo; ¿quién no estima la bondad y belleza de la amistad? ¡Oh! ¿cuán dulce es recordar la amistad de Jonatás y de David? ¡Tiernos como de paloma eran los lamentos que exhalaba David á la muerte de su amigo! Montes de Gelboe, decia, ni el rocío ni la lluvia caigan ya sobre vosotros; no seais en adelante los campos de las primicias, puesto que allí es donde fué arrojado por el suelo el escudo de los fuertes. Nunca disparó flecha Jonatás, que no se tiñera en sangre de los heridos; que no se clavara en las entrañas de los valientes. Su andar era mas veloz que el del águila, mas robusta su fuerza que la del leon, y, sin embargo, era digno de ser amado mas que la mas amable doncella. ¡Oh Jonatás, oh hermoso mio Jonatás, cómo sucumbiste en la pelea! Yo te amaba del modo que una madre ama á su único hijo. II Reg. I. No son ménos tiernas las expresiones que Ruth dirige á Noemi, quien queria persuadirla, á que se separara de ella por haber venido á ménos á causa de su triste viudez. ¡Ah! no me instes mas para que te deje, decia Ruth, porque á do quiera que tú fueres, he de ir yo, y donde tú morares, he de morar yo igualmente. Tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios. En la tierra en que murieres tú, allí moriré yo; y donde fueres sepultada, allí lo seré yo igualmente. No me haga Dios bien, si otra cosa que la muerte sola me separare de tí. Ruth. cap. I. ¡Qué ejemplos son estos, amados mios, de amistad verdaderamente celestial!

Debemos, pues, amar en el amigo su propio bien, el del alma sobre todo; amarlo de tal manera en la tierra, que podamos volverlo á amar para siempre en el cielo. Esta es la verdadera, casta y santa amistad, de la que se ha dicho: *Quien halla un amigo fiel, halla un tesoro*, Eccles. VI, 14; y sabeis perfectamente, que los tesoros no se encuentran en las plazas, ó á lo largo de los caminos. Por esto, añade el Eclesiástico: «Si quieres hacerte con un amigo, sea despues de haberle experimentado, y no te entregues á él con ligereza. Porque hay amigo, que solo lo es cuando le tiene cuenta, y no persevera tal en tiempo de la tribulacion. Y amigo hay, que se trueca en enemigo: y hay tal amigo, que descubrirá el odio, las contiendas y los dicterios. Cap. VI, VII.» Trata, pues, todas las cosas con el amigo; pero, antes que todo, trata de él: pues quien se fia de un falso amigo, puede muy bien compararse al que masca la comida con dentadura careada, ó anda con los pies lastimados. Por otra parte, «nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de

oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe. Bálsamo de la vida y de la inmortalidad es un fiel amigo: y aquellos que temen al Señor lo encontrarán. Eccles. VI, 15.» Son, empero, muchos los que se dejan engañar por ciertas apreciaciones dudosas y falaces, por ciertas maneras finas y corteses, por ciertas atenciones y cumplidos de algunos, que se ofrecen por servidores, y poco ménos que por holocausto de todos aquellos que por casualidad encuentran. ¿Quién se ocupa hoy del honor, de la fe, de la virtud? Por esto vemos, que apenas adquirida la familiaridad con quien se muestra amable, algunos le reciben al punto por amigo; pero con la misma precipitacion con que estrechan este lazo, lo rompen despues por aburrimiento ó desengaño. Toda amistad que no se apoya en la virtud no será duradera. Los que sois amigos de la mesa, del teatro, de la tertulia, aprovechad el tiempo, porque pronto se acabará vuestro gozo. Y de vuestra amistad no sacareis mas que amargura, vergüenza, arrepentimiento, y, por último, odio á todos los vínculos mas tiernos y justos.

Vosotros, oh jóvenes, sois los que debeis proceder con mayor solicitud y exámen en punto á amistades; porque, fáciles, por una parte, en comunicar vuestro corazon, y faltos, por otra, de experiencia, os hallais siempre en peligro de dar un mal paso. La bondad de vuestra alma, la misma rectitud de intencion pueden á veces ser causa de vuestra ruina. ¿A cuántos de vosotros, que prometiais frutos de exquisita virtud, una falsa amistad os agostó en flor y marchitó vuestras mas bellas esperanzas? ¡Qué talentos! qué ingenios! Sin embargo, todo se ha convertido en hez y podredumbre. Amigos falaces indujeron á Absalon á rebelarse, y murió traspasado por una lanza. Amigos falaces persuadieron á Jeroboan, que aumentára los subsidios reales, y se le rebelaron diez tribus. Amigos falaces lograron, que el Hijo pródigo abandonára el techo paterno, y viose obligado á partir las bellotas, que eran su comida ordinaria, con los puercos que apacentaba. Asi que, si apreciais la inocencia, la justicia, la conciencia pura, guardad vuestros sentidos, evitad la falsa amistad. Y si algunos perversos os dijeren: «Coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra intemperancia: ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestra lascivia: dejemos por todas partes vestigios de nuestro regocijo, ya que nuestra herencia es ésta, y tal nuestra suerte, Sab. II, 8:» «Ven con nosotros, pongámonos en acecho para matar al prójimo, armemos, por mero antojo, ocultos lazos al inocente, traguémosle vivo como traga el sepulcro los

cadáveres, y encontraremos toda clase de riquezas, y henchiremos de despojos nuestras casas; une tu suerte con la nuestra, sea una sola la bolsa de todos nosotros...: no sigas, hijo mio, sus pasos; guárdate de andar por sus sendas, porque sus piés corren hácia la maldad. Prov. I, 11.» Escucha mas bien lo que dice el Señor: Como roe la polilla los vestidos, así les roerá el gusano de la conciencia; pasarán «como el polvo que arrebata el viento; ó cual espuma lijera que la tempested deshace, ó como humo que disipa el viento, Sab. V, 15»: la oruga se comerá lo que reste de sus haciendas; y «lo que deje la oruga, se lo comerá la langosta, y lo que deje la langosta, se lo comerá el pulgon, y lo que deje el pulgon, lo consumirá el añublo. Joel. I, 4.» ¡Imágenes proféticas de castigos terribles!

¡Santa amistad, don del cielo! Haz que los hombres conozcan por experiencia el valor de tus beneficios; que conozcan y experimenten, que un amigo sin virtud, sin religion, no puede ser amigo verdadero de otro, ni debe prometerse verdadera amistad de los demas.

AMISTAD.

II.

Ab amicis tuis attende.
Está alerta en órden á tus amigos.
(*Eccles.* VI, 13.)

No hay cosa mas digna de alabanza, ni mas conforme, no solo á la razon, sino á la religion de los hombres, que la amistad bien entendida y tomada segun las verdaderas ideas que debemos formar de ella. Ella es, dice el Espíritu Santo, un tesoro de inestimable precio: es una proteccion contra la injusticia, un remedio contra los azares de la fortuna, un manantial de luces y consejos; es la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sazon de los bienes y la dulzura de los males. Todos estos provechos se siguen de la amistad; pero ¿quién pudiera creer, que de un árbol tan bueno pudiesen nacer frutos tan malos? Con todo, por un infeliz destino están expuestas á degenerar y corromperse las mejores cosas, como lo vemos en la amistad. Porque aun no hablando sino de las amistades, que parecen las mas honestas en la apariencia, y segun la opinion del mundo, hay dos especies, es á saber: amistades sólidas y amistades sensibles. Amistades sólidas, ó pretendidas sólidas, que no consisten en ciertos sentimientos tiernos y afectuosos, sino en una adherencia real y estrechez con la persona de un amigo, y en dedicarse de veras á su servicio. Amistades sensibles, que hacen una impresion la mas viva en el corazon, que le mueven y le aficionan; pero sin alterarle por otra parte, segun parece, de modo alguno su inocencia, ni hacerla salir de la regla de sus obligaciones mas rigurosas. Examinemos, pues, las unas y las otras del mismo modo que el mundo las imagina, las quiere, las autoriza, las prueba y las ensalza, hasta colocarlas en el grado de virtudes; y no dudo, que hallaremos muchos desórdenes y enormes abusos en la práctica. A lo ménos esto es lo que nos da demasiadamente á conocer el trato comun del mundo, y esto es lo que voy á demostraros. Implorémos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es por cierto un tesoro precioso el amigo verdadero y sólido: el amigo que, sin detenerse en palabras ni en pomposas demostraciones, ni en vanos sentimientos de una aficion y ternura pueril, obra eficazmente por su amigo en todas las ocasiones, y jamas le falta en las necesidades. Este carácter, propio de una alma bien nacida, nunca puede estimarse bastante. Este carácter, empero, tan estimable, tiene ciertos límites que el hombre no debe traspasar, y algunos extremos de los cuales debe huir: el mundo no conoce estos límites, ni huye de tales extremos; y, sin embargo, en esto consiste la perfeccion de la amistad. Porque ¿qué es un amigo sólido, segun las reglas y principios del mundo? ¿Qué es un amigo, con quien cuentan, en quien se hallan asegurados como de sí mismos, en quien confian sin reserva, y cuya rectitud, fidelidad y buena intencion no se sabe bastantemente ponderar? ¿Qué es, pues, pregunto, este amigo? Es un hombre, que se halla pronto y dispuesto á entrar en todos los intereses de su amigo, aunque sean los mas mal fundados y mas injustos; un hombre, que se halla dispuesto á tomar partido en todas las pasiones de su amigo, aunque sean las mas desordenadas y mas violentas; un

hombre, que se halla pronto á condescender con todos los errores de su amigo, aunque sean los mas falsos y los mas contrarios á la religion. Esto es lo que llama el mundo ser sólidamente amigo, y este es, segun el mundo, el modelo y ejemplo de los amigos: pero ¡qué desórden! Consideremos la cosa por menor, para descubrir mas claramente su ceguedad.

En primer lugar, toma partido en todos los intereses de un amigo, y cree que le obliga á esto especialmente su amistad. Esta es la primera máxima sobre que regla su conducta, y en la que, á su parecer, no hay cosa que no sea de razon. Mas porque los intereses de su amigo se hallan vinculados muchas veces á empresas del todo injustas, á pretensiones sin fundamento, á usurpaciones, á vejaciones, á sutilezas tramposas y á negociaciones contra todas las leyes de la conciencia, portándose como amigo, y cumpliendo, á su parecer con este oficio, llega á hacerse por esta amistad factor y cómplice de la maldad, de la intriga, del engaño, de la opresion y de los mas criminales y mas indignos procederes.

Pongamos un ejemplo, y supongamos, que un amigo se halla empeñado en un negocio, y que de este negocio se origina un pleito contrario á la justicia y á la razon. Desde el momento en que le tiene por su amigo, concluye que es necesario servirle y ayudarle; para cuyo fin no hay cosa que no ejecute, ni medio que no tiente, ni industria que no emplee, ni crédito y favor que no apure. Al fin, á fuerza de diligencias se logra su intencion y sale el pleito bien: pero ¿de qué delitos no se halla cargado en la presencia de Dios, por haber apadrinado una causa, que condena á un mismo tiempo al que la ha ganado, porque le ha puesto en posesion de un bien mal adquirido; al que la ha perdido, porque le pone en una total desesperacion; y al que la ha juzgado, porque le hace faltar á su ministerio; y al amigo que la ha tomado con tanto empeño, porque se ha hecho responsable de todo lo que debia resultar de un proceder tan injusto? ¿No es esto lo que sucede todos los dias? ¿No son estas las pruebas que espera el mundo de una amistad verdadera y efectiva? ¿No son estas las que en su lenguaje llama obras de amigo? ¡Obras de amigo! Esto es, efugios, artificios, mentiras, engaños. ¡Obras de amigo! Esto es, robos, rapiñas, maquinaciones contra el pobre y el inocente, contra la viuda y el huérfano. ¡Obras de amigo! Esto es, inhumanidades, crueldades y tiranías.

2. Sin embargo, no ponderemos demasiado; y sin salir del mismo ejemplo y del hecho particular, que acabo de referir, expongámosle con términos mas favorables y sencillos. Ya sé, que en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amistad de que aquí tratamos, se hallan diversos grados de abuso y de desórden. Tambien sé, que esta amistad mundana no obra igualmente en toda especie de personas, que no corrompe hasta este punto á todos los amigos, y que hay algunos de conciencia bastante timorata, que no quieren abandonarse abiertamente á desórdenes y excesos semejantes. Convengo en esto; pero, por otro lado, en la misma distincion que quiero hacer de estos grados diferentes, y aun en los mismos temperamentos que se toman, y en que creen poder mantenerse, sin exceder en algun modo sus límites, pretendo, que ninguno hay que se pueda justificar de manera alguna con el pretexto de amistad, porque ninguno hay que pueda concordarse, no solo con el mas exacto y riguroso cristianismo, sino aun con el mas moderado y ménos severo.

En efecto: los unos, aunque por otra parte no les falte probidad, se embarcan (permítaseme esta expresion) temeraria y ciegamente en la dependencia de un amigo, sin saber si le asiste ó no el derecho; sin informarse de su pretension, y aun sin quererse instruir, creyendo, que este respeto le es debido á la amistad. Y así dicen, este es mi amigo: me basta; porque yo supongo que es hombre de honor, y que, como tal, no emprenderia cosa alguna sino con razon; y le haria una grave ofensa en darle á entender en esto la menor duda, y en llegar á hacer algun exámen que le seria injurioso. De este modo es como discurren; y asegurados de este falso razonamiento, no dejan piedra por mover para favorecer á ese hombre, reputado como hombre de honor, ó supuesto como tal, y trabajan en su favor con el mismo ardor y celo, que si estuviesen convencidos de que tiene razon, y de que la justicia está por él. Pero pregunto, ¿es por ventura permitido el exponerse con tanta facilidad á violar la justicia, que de ningun modo conocen, y que puede ser se halle toda en la parte contraria, que está abandonada y oprimida? Dios tiene siempre la balanza en la mano para pesar lo que le toca á cada uno: ¿y sufrirá impunemente, que la equidad se exponga de este modo á las indiscreciones de una amistad celosa, que se entrega á todo sin distincion?

Hay otros, sin duda mas ilustrados, y les parece, que no se puede sostener la demanda del amigo, y así se guardan bien de defenderla; pues de hacerlo, les serviria de mucho escrúpulo, y aun quedarian deshonrados en el público y cubiertos de confusion. Pero, finalmente, ¿qué hemos de hacer, dicen ellos? Este es un amigo; se halla metido en un pantano ó en un negocio apurado, y la amistad pide, que se le saque de él lo ménos mal que se pueda. Y

hallándose ya resuelto de este modo á ayudarle, se imagina el expediente de procurarle un acomodo el mas ventajoso ó el ménos gravoso que pueda ser. La parte que se halla perjudicada tendrá que sufrir el daño, y á esto no miran de modo alguno, valiéndose de la máxima general, que les parece pueden seguir, y que aplican muy falsamente á la presente materia, de que en materia de acomodo es menester que cada uno ceda de su derecho, y que así las pérdidas como las ganancias se deben repartir igualmente. Pero si no consiente en esto la parte ofendida, si viendo este hombre las condiciones tan duras y fuera de razon que le proponen, rehusa sujetarse y las desecha, nada les importa; pues le harán tantas oposiciones, que le harán dar un consentimiento forzado, y, á pesar suyo, le atraerán á lo que se dirigian todos sus designios, que eran desempeñar á aquel amigo y librarle de un escollo en que iba á tropezar sin remedio. Concluida asi la pretension, se aplauden mútuamente y se dan las gracias, y cantan el triunfo y la gloria.

3. Sirvamos á nuestros amigos; seamos celosos por sus intereses; pero sea con un celo arreglado, con un celo segun conciencia, justicia, razon y prudencia. Si en sus miras y proyectos se alejan de su obligacion, y se apartan del camino derecho y permitido, léjos de favorecerles y autorizarles, démosles á entender, que en semejantes circunstancias no deben contar con nuestras personas. Descubrámosles con tanta firmeza y libertad, como caridad y dulzura, lo errado y extraviado de su pretension: procuremos apartarles de ella por nuestras representaciones y reprensiones suaves: y si nos oyen y se dan por convencidos, daremos gracias á Dios por su provecho. Pero si no nos escuchan ni oyen, quedaremos con pesar de ello; pero, por otra parte, con el consuelo de que, sin hacernos cómplices de sus malos designios é injustas pretensiones, hemos cumplido con una de las mas esenciales obligaciones de la amistad, que es advertirlos y darles buenos consejos. Este es el modo de ser, como debe ser un amigo verdadero.

Un amigo, segun las máximas del mundo, toma partido en las pasiones de un amigo, aunque sean las mas desordenadas y violentas. La complacencia mútua que hay entre los amigos, la conformidad de inclinaciones, la simpatía de genio, los mismos conocimientos, compañías y costumbres es lo que liga, une y mantiene la amistad. Pero con todo eso no debe pasar esta complacencia mas allá de lo justo; porque esta conformidad de inclinaciones, esta simpatía de genio, estos conocimientos, estas compañías, estas costumbres pueden ser muy perjudiciales, si no se limitan á ciertos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

términos en que se contengan estrechamente y se haga inviolable ley el no quebrantarles. Y por esta razon pide tanta circunspeccion y precaucion la eleccion de amigos; porque es de suma importancia no juntarse por amistad con gentes viciosas, desarregladas y apasionadas, á causa de que la amistad y familiaridad nos arrastrará insensiblemente á todos sus vicios, nos sumergirá en todos sus desórdenes y nos inspirará todas sus pasiones.

Es adagio comun: *amigo hasta las aras;* para dar á entender, que en todo lo que no tiene ninguna conexion con la religion, y que, por otra parte, no es en sí malo, se puede convenir con un amigo: pero si se trata de nuestra fe, no hay amigo á quien no se deba abandonar para mantenerla con teson; pues el Evangelio nos ordena renunciar por ella aun al padre, madre, hermanos, hermanas, y todo lo que estimamos mas en esta vida. Y, á la verdad, es muy equitativa esta ley; porque se trata del culto de Dios, que es sobre toda nuestra comparacion, y en él nos va el mayor de nuestros intereses, que es nuestra salvacion.

La verdadera amistad exige y pide, que despues de haber hecho todos los esfuerzos posibles para volver á un amigo al camino de la verdad, y ablandar la dureza de su corazon, tengamos constancia para hacerle esta declaracion precisa y positiva; yo soy vuestro amigo, es verdad, yo soy vuestro amigo; pero debo serlo mas de Dios, debo serlo mas de la Iglesia y de la fe que he recibido en el bautismo, y quiero conservarla pura; debo serlo mas de mi obligacion, que es el obedecer y creer; y debo serlo mas de mi alma, cuya salvacion depende de la fe católica y de mi inviolable sumision á ella. Un amigo de esta naturaleza es, propiamente hablando, un amigo sólido; y de todo esto debemos concluir, que aunque no haya hombre que no se precie de ser sólido en sus amistades, con todo eso hay pocos que lo sean verdaderamente, porque son muy pocos los que llegan á tener idea justá de una amistad sólida y verdadera.

4. Hablemos ahora de las amistades sensibles. Así como se hallan algunos corazones mas sensibles que otros, hay tambien algunas amistades mas afectuosas y tiernas que otras; y esto sucede mas de ordinario con las personas del otro sexo. Amistades de una mútua estimacion, de una inclinacion natural, de conformidad de costumbres, de simpatía y uniformidad en el genio, sin que en ellas tenga alguna parte la pasion: á lo ménos así lo procuran persuadir. Amistades que solo sirven, segun parece, á sostener la sociedad, el entretenimiento y descanso de la vida, y en que, en cuanto está de su parte, no querrian se introdujese el menor desórden. De

aquí nacen algunas amistades de que no se hace el mas mínimo escrúpulo, porque se lisonjean de guardar en ellas toda la honestidad é inocencia cristiana. Pero ¡qué inocencia tan sospechosa es ésta! Sin contradiccion alguna es el mas sútil y mas pernicioso lazo que deben temer algunas almas, que de suyo no son viciosas, y que de su natural son personas de honor y de virtud. En efecto; segun la disposicion mas ordinaria de nuestro corazon es muy difícil y casi imposible, que estas pretendidas amistades inocentes no sean, ó no lleguen á ser con el tiempo, delincuentes y criminales por muchos modos. Criminales por el peligro que consigo traen, y á que voluntariamente se exponen: criminales por el escándalo que muchas veces causan, sin poner en ello la debida advertencia; criminales por las impresiones que hacen en nuestro espíritu y corazon, y por las sensaciones que producen: en fin, criminales por los extremos á que nos arrastran, y funestas caidas en que nos precipitan.

Amistades criminales por el peligro que traen, y á que nos exponemos voluntariamente. Porque ¿de dónde nacen, y cuál es la causa de estas amistades sensibles y tiernas? Por modo ninguno lo es la razon, sino la inclinacion del corazon y de los sentidos: de donde resulta, que estas amistades son algunas veces tan quiméricas y mal avenidas, porque los sentidos son ciegos, y el corazon, lejos de consultar la razon en sus aficiones, se revela y la combate muchas veces. Sea lo que fuere, toda alianza en que tienen parte los sentidos, y en que el corazon se deja llevar por el peso de su inclinacion y de la naturaleza, debe ser de sumo peligro; porque los sentidos y el corazon no conspiran sino á complacerse; y en los progresos que dejan hacer á sus deseos del todo naturales y del todo humanos, no les ponen límites algunos.

Amistades delincuentes ó criminales por el contínuo escándalo que causan, sin que se ponga el suficiente cuidado en ellas. Es moralmente imposible, que dos personas se traten familiarmente sin que algunos lo noten; como es tambien imposible que, notando, dejen de hablar y de ocuparse de ellas. Cada uno discurre á su modo; y de todos los que hablan no se halla alguno que no repruebe una amistad tan poco discreta y que no se escandalice en algun modo. Algunos mas moderados y mas caritativos lo atribuyen solo á la ligereza, á vivacidad y á falta de consideracion y circunspeccion. Pero otros mas rigurosos en sus juicios ó mas maliciosos, pasan mas allá; y segun la experiencia que ellos tienen del mundo, llegan á sacar algunas consecuencias, en que padece mucho la virtud y reputacion de las personas interesadas. Y asi este es el motivo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mil burlas, de mil palabras embozadas, que aunque encubiertas, no son ménos inteligibles y expresivas.

Sin embargo, hay algunas personas, que no se les da nada de lo que se dice de ellas, y lo pasan con gran serenidad, contentándose con el testimonio que ellas dan de sí mismas, y diciendo con el apóstol S. Pablo: *A mi se me da muy poco el que vosotros ú otro algun hombre me condeneis: Dios es mi juez.* I. Corinth. xiv, 8. Y él conoce mi corazon. Pero no atienden á otras palabras del mismo apóstol, que decia: *Si todo me es lícito, no todo me es conveniente.* I. Corinth. vi, 12. Ni se acuerdan de lo que decia en otra parte el mismo Doctor de las naciones: *Si mi hermano se escandaliza de verme usar de tal vianda, me abstendré de ella toda mi vida*, Ibid. viii, 13, aunque no esté prohibida ni vedada. Ni se hacen cargo de aquella gran leccion del mismo apóstol, en que nos manda, que no solo debemos huir de lo que es malo, *sino aun evitar la apariencia del mal.* I. Thessal. v, 22. En el empeño en que se hallan metidos y que les ciega los ojos, no hay cosa que sea capaz de separarles de él. Y ¿no será condenable esta obstinacion? Y aun cuando ellas en lo interior de su alma y en todas sus intenciones fuesen tan puras y estuviesen tan inocentes como pretenden estar, ¿no será siempre en el tribunal de Dios una ofensa mas grave de lo que les parece, el exponer de este modo su reputacion, y faltar á la edificacion de los demas?

Amistades criminales por las impresiones que hacen en el espíritu y en el corazon, y por los sentimientos que producen en ellos. Es error no reputar por pecado en materia de impureza sino las graves culpas. Todo lo que no llega á este punto se tiene por bagatela, ó á lo mas por culpas leves. Pero ¿qué son estas culpas leves? ¿Qué son estas bagatelas de que se dejan llevar tan facilmente y por costumbre en el curso de una amistad tierna y sensible? Estas son mil ideas, mil pensamientos, mil recuerdos de una persona, de que está ocupada sin cesar la imaginacion; mil vueltas y mil reflexiones sobre una conversacion que se ha tenido con ella, sobre lo que la han dicho, y lo que ella ha respondido; sobre algunas palabras obligadas de su parte; sobre una cortesia, una señal de estimacion que se ha recibido de ella; sobre sus buenas prendas, sus modales atractivos, su genio agradable, su natural dulce y condescendiente; en una palabra, sobre todo aquello que se presenta á una imaginacion herida de un objeto que la agrada y que la llena. Estas son ciertas complacencias del corazon, que se tienen en presencia de la persona, ciertas sensibilidades en que se detienen y que lisonjean interiormente; que excitan y propagan en el alma una alegría siempre nueva. Estas son en toda la conversacion unos términos de ternura, algunas expresiones vivas y llenas de fuego; unas protestaciones animadas y cien veces repetidas, y algunas seguridades de ser todo y sin reserva de la persona que se estima. Estas son en todos los modos de obrar cierto aire, algunas demostraciones, atenciones, cuidados, ciertas ligeras libertades, ó por decirlo mejor, ciertos juguetes y puerilidades, indignas por lo comun del carácter de las tales personas, y que deberian sonrojarse de ellas. Pues pregunto ¿se puede creer razonablemente, que en las impresiones que todo esto hace y debe hacer en el espíritu, en el corazon, en los sentidos, no hay cosa alguna, que pueda herir y mancillar la mas delicada de todas las virtudes, que es la pureza cristiana? ¿Cómo es posible, que estando cerca de la llama no salte ni se sienta alguna chispa? ¿Cómo es posible no caer jamas en un camino, donde hay tanto en que resbalar? ¿Cómo es posible no recibir herida alguna, en medio de tantos millares de flechas? Las almas mas retiradas y mas puras, á pesar de la soledad en que viven, á pesar de su vigilancia contínua, de sus austeridades y penitencias, aun tienen muchos duros combates que mantener, y temen no dejarse vencer en algunas ocasiones: ¿qué es, pues, lo que se deberá discurrir y decir de los demas?

Amistades criminales por los extremos á que arrastran, y las funestas caidas á que precipitan. No es razon describir por menor aquellas amistades escandalosas, que podrian turbar á las almas virtuosas y castas. Poca admiracion causa, el que una amistad demasiado sensible y tierna degenere entre los mundanos y mundanas en un amor el mas apasionado, y que acabe, en fin, en los últimos escesos á que puede arrastrar la ceguedad del espíritu y el desórden del corazon. Pero lo que nos llena de horror es, que personas dedicadas á todas las buenas obras, y respetadas como modelos de santidad, lleguen algunas veces á caer en los mismos extremos que los mundanos mas escandalosos. Los ejemplares que tenemos de esta desgracia son bastantemente públicos, y las almas celosas han llorado muchas veces, al ver entre el pueblo fiel y en el santuario caidas tan lamentables y tan horrorosas desolaciones.

Vos que teneis el primer lugar entre los ángeles del Señor; vos que brillais con tanto resplandor como los astros, ¿cómo habeis caido del cielo? dice el profeta Isaías: Isai. xiv, 12. Vos confiabais en vos mismo; y considerando la dignidad de vuestro carácter, la excelencia de vuestra vocacion, y el ardor que os animaba al cumplimiento de vuestras obligaciones, deciais con confianza: *Yo subiré á*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la mas sublime perfeccion, yo me sentaré sobre el monte del Testamento; yo me pondré sobre las nubes y aun sobre los mismos astros. Yo seré semejante al Altísimo, ISAI. IBID., en donde procuraré adquirir toda la semejanza posible con este Dios de las virtudes, y este Santo de los santos. Vos lo decís, y lo quereis así; pero véoos ahora de un golpe *despojado de esta gloria y arrojado en las mas profundas cavernas*. Esto se sabe muy bien, y, sin embargo, no deja de causar una admiracion, que no se puede explicar. *¿Este es*, dicen, *aquel hombre?* ¿Son estos aquellos sugetos á quienes se miraba con tanta estimacion? ¡Qué prodigiosa mudanza! ¿De dónde nace, y de dónde se origina? Mas ¡ay! que no ha sido menester para esto mas que una mútua inclinacion, de que no se ha desconfiado como se debia desconfiar; y de ella se ha seguido una frecuencia muy reservada en sus principios y muy circunspecta: *El ángel de Satanás se ha trasformado á vista suya en ángel de luz*, II. COR. XI, 14, para justificarles una amistad, que parecia ser segun Dios, y no inclinarse á otro que á su Majestad. No obstante, el fuego se encendia. Este era un fuego encubierto; pero muchas veces el fuego encubierto es el mas vivo. El se aumentaba de un dia para otro, y una fatal ocurrencia ha hecho que levante llamas. Dios lo ha permitido así, y su presuncion les ha acarreado este castigo. Si no hubieran aflojado en su vigilancia, si hubieran sabido moderarse y usar de los preservativos y cautelas, que les dictaba una prudencia cristiana; si hubieran recibido mejor los consejos que les han querido dar algunas veces, ó hubieran atendido á lo que les sugeria su conciencia en algunas ocasiones, Dios les hubiera ayudado con su gracia, digo, con una gracia especial, y les hubiera hecho triunfar de la ocasion. Pero á nadie han querido creer sino á sí mismos, y asi tambien Dios les ha abandonado. Ellos se han olvidado, y ¿hasta qué punto? Pues si una tierna y sensible amistad es tan contagiosa y perjudicial para los justos, ¿cuánto mas lo será para los pecadores; quiero decir, para aquellos á quienes su estado y condicion les empeña en el mundo, dónde las pasiones dominan con mas imperio, y donde la ley del Señor tiene ménos poder y se quebranta cada dia con impunidad?

Mas sea lo que fuere, la sensibilidad del corazon no es por si misma delito, pero es principio y causa de muchos pecados; porque con grande facilidad se muda en sensualidad. Sin embargo, hay una sensibilidad que, por decirlo así, está toda en la razon, y ésta á ningun desórden inclina. Es un hombre sensible en lo que pertenece á un amigo. Se sienten sus prosperidades y sus adversidades, sus provechos y sus infortunios; este sentimiento, empero, es todo espiritual.

La sensibilidad, pues, solo es perniciosa cuando tienen los sentidos parte en ella; mas como es dificultoso discernir la parte que ellos tienen, y si en efecto tienen alguna, lo mas seguro y mejor es dirigir á Dios toda nuestra sensibilidad, no amar sino á Dios en nuestros amigos, y no amar á nuestros amigos sino en Dios y con relacion á Dios. Así es y debe ser la amistad cristiana. Amistad tanto mas pura, cuanto Dios es su sagrado lazo; y tanto mas sólida, cuanto la muerte no la puede romper, y debe durar eternamente por aquella caridad consumada, que une á los bienaventurados en la gloria, que á todos os deseo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

San Agustin dice, que de la buena ó mala eleccion de los amigos depende muchas veces nuestra salvacion. Voy, pues, á demostraros: 1.°, cuales son los verdaderos amigos; y 2.°, cuales los deberes de la amistad, cuyo cumplimiento la hace mas agradable.

I. Es facil hallar un amigo fingido, y nada mas funesto que el dejarse conducir por él y franquearle nuestro corazon. Para precavernos de este peligro, tengamos presente, que no es buen amigo el que no se somete á las verdades que la fe nos propone: *qui cùm sapientibus graditur, sapiens erit: amicus stultorum similis efficietur.* PROV. XIII, 20. Los Israelitas, contra el precepto de Dios, quisieron trabar amistad con los pueblos idólatras; y cayeron en la idolatría. En nuestros dias son muchos los que pierden la fe por su amistad con incrédulos. Tampoco es buen amigo, el que no tiene un corazon puro é incapaz de corromper el nuestro con perniciosos consejos ó con malos ejemplos. El espíritu nos dice: guardaos de trabar amistad con los amadores del mundo, porque no puede ménos de seros funesta. Huid del trato y amistad de un hombre iracundo y furioso, porque os infundirá su vicio. Hijo mio, si los pecadores te atraen con sus halagos, ármate de fortaleza para resistir á ellos. El que se junta con el soberbio, se hace tambien soberbio.

II. Lícito es tener amigos, y aun es bueno y santo; pero que sean verdaderos amigos. Jesucristo consideró como amigos á san Juan, á Lázaro y á algun otro; san Pablo á Timoteo y á Tito. Cuando tenemos la dicha de encontrar un amigo digno, cumplamos con él los deberes que nos impone la amistad, á saber: 1.°, seámosle fieles tanto en la desgracia como en la adversidad. Los mundanos lla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

man traidor al que abandona al amigo en la desgracia; y sin embargo lo hacen: dicen, que el amigo debe sostener y defender al amigo; pero no lo sostienen ni defienden. Nosotros, en este punto, debemos hacer lo que el mundo aconseja, y no hace. 2.°, empleemos toda nuestra influencia sobre el corazon del amigo para corregir caritativamente sus defectos. ¿A esto nos obliga el precepto de amor al prójimo, y, ademas, la amistad? Si á cada uno pedirá Dios cuenta de nuestro prójimo, ¿cuánto mas nos la pedirá del amigo?

II.

El Espíritu Santo nos asegura, que un buen amigo es un tesoro precioso; no debemos, pues, lisonjearnos de hallar facilmente un verdadero amigo cristiano. Y sin embargo, solo con los que son verdaderos cristianos debemos contraer amistad.

I. ¿Cuáles son las cualidades de un amigo verdadero? Que sea firme, generoso, fiel. Firme ó constante en la amistad, asi en la prosperidad como en la desgracia; en el recelo como en la confianza. Ejemplo: Jonatás en el libro I de los Reyes. Que sea generoso y haga por nosotros cualquier sacrificio. Fiel, que no nos halague, sino que nos avise y corrija. ¿Es esto lo que vemos en las amistades del mundo? Estas son amistades complacientes, aduladoras, interesadas, y por lo mismo falsas. Por esto los santos apenas tenian otro amigo que Dios. ¿Os parece cosa fácil hallar un buen amigo? *Amicus fidelis medicamentum vitæ et inmortalitatis.* Eccli. VI, 16.

II. Podemos contraer amistad, ó con personas de superior condicion á la nuestra, ó con inferiores, ó con iguales. En todos estos casos, si el amigo no es verdaderamente cristiano, será fatal para nuestra salvacion. En el primer caso, el respeto humano, la reverencia, el temor de perder un protector, la confianza de medro, etc.; nos moverá á imitar las costumbres del amigo. En el segundo, no oimos mas que lisonjas, adulaciones, aprobacion de todo cuanto hacemos, sea bueno, sea malo. Ejemplo: el pérfido Mamuchan, por cuya adulacion Asuero repudió injustamente á la honesta reina Vasti. Esth. I. Y los consejeros jóvenes y atolondrados de Roboam. III Reg. XII. En el tercer caso sucede lo que dice san Agustin: como el uno no se esconde del otro por la completa libertad que hay entre ellos, el mas díscolo, á fuerza de malos ejemplos, arrastra al otro, primero, á la indiferencia, luego á la burla y desprecio; y por último, al ódio de la piedad y de la Religion.

III.

Hay amistades, que los mundanos califican de sólidas y sensibles, que las exaltan hasta las nubes y las encomian como una virtud; veamos si á los ojos de la religion estas pretendidas amistades sólidas son verdaderas amistades: si las amistades sensibles, que el mundo llama inocentes, lo son verdaderamente.

I. ¿Cuál es, segun los mundanos, la amistad sólida? La de un hombre dispuesto á abrazar todos los intereses de su amigo, aunque sean injustísimos; á favorecer todas sus pasiones, aunque sean las mas desordenadas; á seguir todos sus errores, aunque sean los mas contrarios á la religion. A este llama el mundo un amigo sólido, un modelo de amigos. ¿Y hay aquí verdadera amistad? ¡Qué aberracion! ¡Cómo si el hombre debiese sujetar á otro sus creencias, sus costumbres, su eterno porvenir! ¡Cómo si el amigo tuviese mas derecho que Dios á nuestro corazon! Esto no es amistad, sino perversidad.

II. Atendida la corrupcion de nuestra naturaleza, es muy difícil, es casi imposible, que las amistades sensibles, contraidas comunmente entre personas de diferente sexo, y calificadas por el mundo de inocentes, no sean, ó no pasen á ser poco á poco pecaminosas por el peligro inherente á ellas, á que se expone uno por su voluntad; por el escándalo que suelen causar, y al cual no se atiende como es justo; por las impresiones que hacen en el alma y en el corazon, por los extremos á que llevan, y por las funestas caidas á que precipitan.

IV.

El Señor quiere que tomemos parte, como auxiliares suyos, en la eterna salvacion de nuestros amigos. Debemos, pues, 1.°, rogar á Dios por ellos; 2.°, exhortarlos á vivir cristianamente.

I. El primer deber, entre los amigos cristianos, es pedir al Señor con fervor, que salve á nuestro amigo; y si desgraciadamente está enfermo de alma, decirle con lágrimas: Señor, mi amigo está enfermo, pero enfermo de espíritu, enfermo de muerte eterna; dignaos curarle para que no perezca. Si cuando está enfermo de cuerpo nuestro amigo, nos apresuramos á buscar un buen médico, con mayor razon, estando enferma su alma por la culpa, debemos ir á buscar al Señor é interesarle para que la cure. De esta fidelidad á los amigos tenemos el mas elocuente testimonio en Jesucristo, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para socorrer á Lázaro volvió á la Judea, donde le buscaban sus enemigos.

¿Cumple hoy la amistad con este deber cristiano? ¿Van los amigos á buscar á Dios cuando saben que Dios se ha alejado de su amigo? ¿No sucede acaso lo contrario, sirviendo los amigos, en su mayor parte, para que se aleje Dios de las almas? ¿No se convierte la amistad en ocasion de ruina y muerte eterna, debiendo de serlo de espiritual salud y vida?

II. No debemos contentarnos con pedir á Dios que salve á nuestro amigo, sino que estamos obligados á darle saludables consejos; y si está en pecado, á exhortarle á la penitencia. Debemos decirle: Dios viene á la puerta de tu corazon, y te llama; óyele, no le resistas: te trae muchos bienes, y va á librarte de muchos males. ¡Te llama de tantas maneras! ¡Te habla en tantos tonos! Óyele; síguele.

Este lenguaje le será tal vez molesto á nuestro amigo; pero se le debemos por derecho de amistad; y mayor amor le mostramos corrigiéndole dulcemente, que adulándole; porque mejores son las heridas del que ama, que los falsos besos del que aborrece.

DIVISIONES.

AMISTAD.—La amistad puramente cristiana no es
1.° Interesada.
2.° Tampoco es aduladora.

AMISTAD.—Es ventajosa á los que se aman mútuamente cuando sus afectos naturales contribuyen á su salvacion.

Es perjudicial cuando un amigo obliga al otro á faltar á las reglas de la justicia y de la piedad.

AMISTAD.—La amistad sensible
1.° Es siempre peligrosa.
2.° Es con frecuencia escandalosa.
3.° Acaba por ser funesta.

AMIGO.—Un verdadero amigo debe oponerse
1.° A las pasiones de su amigo cuando éste vive en la prosperidad.
2.° Debe ayudar á su amigo en todas sus necesidades cuando la adversidad le acosa.

AMIGO.—Los amigos deben ser
1.° Generosos en sus larguezas y en su reconocimiento.
2.° Sinceros en los consejos que se les piden.
3.° Fieles en los secretos que se les confian.

AMIGO.—Es preciso visitar á los amigos, sin abusar de su familiaridad.

Es preciso conservar los amigos, sin tener en ellos una complacencia vana.

Es preciso defender á los amigos, sin fomentar ni abonar sus faltas ó defectos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Cave ne cum habitatoribus terræ illius jungas amicitias, quæ sint tibi in ruinam. Exod. xxxiv, 12.

Guárdate de contraer jamás amistades con los habitantes de aquella tierra; lo que ocasionaria tu ruina.

Diliges amicum tuum sicut te ipsum. Levit. xix, 18.

Amarás á tu amigo *ó prójimo* como á tí mismo.

Impio præbes auxilium, et his qui oderunt Dominum amicitia jungeris: et idcirco iram Domini merebaris. II Paral. xix, 2.

Tú das socorro á un impío, y te estrechas en amistad con gente que aborrece al Señor; y por tanto merecias experimentar la ira del Señor.

Si inimicus meus maledixisse mihi, sustinuissem utique: tu vero homo unanimis, dux meus, et notus meus. Psalm. liv, 13 et 14.

Si me hubiese llenado de maldiciones un enemigo mio, hubiéralo sufrido con paciencia.... mas tú, oh hombre, que aparentabas ser otro yo, mi guia y mi amigo.

Qui ambulat fraudulenter, revelat arcana; qui autem fidelis est animi, celat amici commissum. Prov. xi, 13.

El que va de mala fe descubre los secretos; pero el de corazon leal calla lo que el amigo le confió.

Omni tempore diligit, qui amicus est. Prov. xvii, 17.

Quien es amigo *verdadero*, lo es en todo tiempo.

Divitiæ addunt amicos plurimos, à paupere autem et hi, quos habuit, separantur. Prov. xix, 4.

Las riquezas aumentan mucho el número de los amigos, pero del pobre se retiran aun los que tuvo.

Multi colunt personam potentis,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

et amici sunt dona tribuentis. PROV. XIX, 6.

Ei qui revelat mysteria, et ambulat fraudulenter, et dilatat labia sua, ne commiscearis. PROV. XX, 19.

Noli amicus esse homini iracundo, neque habitaveris cum viro furioso, ne forte discas semitas ejus. PROV. XXII, 24.

Est autem amicus socius mensæ et non permanebit in die necessitatis. ID. IB., 10.

Amico fideli nulla est comparatio, et non est ponderatio digna auri et argenti contra bonitatem fidei illius. ECCLI. VI, 15.

Cum viro sancto assiduus esto, quemcumque cognoveris observantem timorem Dei. ECCLI. XXXVII, 15.

Ubi duo vel tres fuerint congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum. MATTH. XVIII, 20.

Vos dixi amicos, quia omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota feci vobis. JOANN. XV, 15.

hacen la corte al poderoso, y los que son amigos de quien distribuye dones.

No te familiarices con el hombre que revela los secretos, y que anda con solapa, y hace grandes ofertas.

No tengas amistad con el hombre iracundo, ni te acompañes con el furioso; no sea que imites sus procederes.

Hay tambien algun amigo, compañero en la mesa, el cual en el dia de la necesidad ya no se dejará ver.

Nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de oro ni plata, que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe.

Comunica y *trata* de contínuo con el varon piadoso, cualquiera que tú conozcas constante en el temor de Dios.

Donde dos ó tres *ó algunos pocos* se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos.

A vosotros os he llamado amigos; porque os he hecho *y haré* saber cuantas cosas oí de mi Padre.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Es muy célebre entre todas, la amistad que se tuvieron hasta la muerte Jonatás y David, el primero de los cuales no se contentó con interceder verbalmente por su amigo, sino que llegó al extremo de cederle sus vestidos y sus armas para librarle de la muerte. Esta amistad íntima la revela la Escritura con las siguientes significativas palabras: *Dilexit (Jonathas) David quasi animam suam, quia anima illius conglutinata erat animæ David.* I REG. XVIII.

Un ejemplo de amistad muy sincera vemos en Chusai, consejero de David, cuando se quedó con el rebelde Absalon para desvanecer con su influencia los consejos ó proyectos de Achitofel, fraguados con objeto de dar muerte á David. II REG. XVIII.

La amistad suele probarse en tiempo de la tribulacion, y entónces se conoce si es verdadera ó falsa. Así Job, miéntras vivió en la prosperidad, se vió rodeado de muchos que se apellidaban amigos suyos; pero una vez sumido en la desgracia, solo tres fueron á visitarle en el muladar, los demas se apartaron de él: *Non est auxilium mihi in me, necesarii quoque mei recesserunt à me.* JOB. VI.

El santo Evangelio nos manifiesta la familiaridad amistosa, que Jesucristo concedió á su discípulo S. Juan, dándole de ello un significativo testimonio al permitirle reclinarse sobre su pecho divino en la última cena; y dándole por madre á la santísima Vírgen en la cruz.

Igual amor manifestó á Lázaro; pues cuando Marta y Magdalena le enviaron á decir: *Domine, ecce quem amas infirmatur;* Jesucristo no solo dió pruebas de este amor, sino que trató á Lázaro de amigo: *Lazarus amicus noster dormit.* JOANN. XI.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Nolite amare vitia amicorum vestrorum, si amatis amicos vestros. AUG. IN QUOD. SERM.

Si amais á vuestros amigos, no ameis jamas sus vicios.

Amicitia in malo esse non potest. ID. EP. AD CENSOR.

La amistad no puede serlo en realidad para cosas malas.

Amicitia pauperum certior quam divitum. ID. DE AMICIT.

La amistad de los pobres es mas sincera que la de los ricos.

De amicitia omnis tollenda est suspicio, et sic cum amico quasi cum altero seipso est loquendum. HIERON. IN EP.

Es preciso evitar toda sospecha de la amistad, y conversar con el amigo como consigo mismo.

Solatium hujus vitæ est, ut habeas cui pectus aperias, cui arcana communices, cui secreta pectoris tui committas. AMBROS. LIB. 3 DE OFFIC.

En esta vida es un consuelo tener un amigo á quien puedas abrir tu corazon, comunicar tus secretos, y revelar los pensamientos de tu alma.

In prosperitate incerta est ami-

La amistad en la prosperidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

citia; nescitur enim utrum persona an felicitas diligatur. GREGOR. IN MORAL.

Amicitia tanto certior est, quanto vetustior. CASSIOD. IN QUOD. EP.

Vera amicitia tantum inter bonos oritur, inter bonos proficit, inter optimos consumatur. ID. IN PSALM.

Habet vera amicitia nonnumquam objurgationem, adulationem nunquam. BERNARD. IN EPIST.

Paupertas verum demonstrat amicum: quod divitiis non potes scire, paupertate scies. LAURENT. JUSTIN. DE PAUPERT. II.

Nullum tam certum est amicitiæ indicium, atque non connivere delinquentibus fratribus. CHRYSOST. SERM. XVIII IN EP. AD THESSAL.

es dudosa; por cuanto uno ignora si el amigo quiere las riquezas mas que á la persona.

La amistad es mas constante cuanto es mas antigua.

La verdadera amistad solo se contrae entre hombres de bien, entre ellos se consolida, y se perfecciona entre santos.

La verdadera amistad á veces se queja y reprende, pero jamas adula.

La pobreza es el mejor medio para conocer al amigo verdadero; en la pobreza descubrirás lo que nunca descubririas en la opulencia.

No hay prueba de amistad mas verdadera que el no contemporizar con los defectos de nuestros prójimos.

AMOR DE DIOS.

I.

Si charitatem non habuero, nihil suum.... sectamini charitatem.

Si no tuviere caridad, nada soy. Corred con ardor para alcanzar la caridad.

(*I Corinth.* XIII, 2, *et* XIV, 1.)

La caridad es el colmo de la sabiduría, la obra maestra de la gracia, el principio y el fin de toda la ley, el negocio del tiempo y de la eternidad, el triunfo y la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y dicha de los hombres sobre la tierra. La caridad ocupa un lugar eminente entre todas las virtudes como el oro lo ocupa entre los metales, como el sol entre los planetas, como los serafines entre los espíritus. La caridad todo lo anima; es en el órden sobrenatural lo que el sol en el órden natural. Quitad la caridad, y será lo mismo que si suprimieseis el sol. ¿Por qué estamos sumidos ahora en tanta oscuridad? ¿Por qué presenciamos tantos desastres, tantos males? Porque falta la caridad; porque los hombres en su devoradora sed de bienes materiales no se prestan á gustar un alimento tan espiritual como el del amor que debemos á Dios. Lo que aman son los placeres; lo que aman son las riquezas; lo que aman son las cosas de la tierra; lo que aman es lo que halaga las pasiones y satisface los sentidos. El amor de Dios es lo que ménos ocupa su corazon, ó, mejor dicho, lo que no lo ocupa poco ni mucho. Todo, en el vasto campo de la naturaleza, nos aconseja amemos á Dios; y por una inconsecuencia de nuestra natural corrupcion, adhiriéndonos á esas cosas que nos incitan á amar á Dios, dejamos de amarle. Estos mismos objetos, en pos de los cuales vamos, nos rechazan, diciéndonos, que no se han formado á sí mismos, sino que Dios es su Criador, y que á él debemos consagrar nuestros afectos; y con todo, es general y público el desprecio con que se mira á Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

citia; nescitur enim utrum persona an felicitas diligatur. GREGOR. IN MORAL.

Amicitia tanto certior est, quanto vetustior. CASSIOD. IN QUOD. EP.

Vera amicitia tantum inter bonos oritur, inter bonos proficit, inter optimos consumatur. ID. IN PSALM.

Habet vera amicitia nonnumquam objurgationem, adulationem nunquam. BERNARD. IN EPIST.

Paupertas verum demonstrat amicum: quod divitiis non potes scire, paupertate scies. LAURENT. JUSTIN. DE PAUPERT. II.

Nullum tam certum est amicitiæ indicium, atque non connivere delinquentibus fratribus. CHRYSOST. SERM. XVIII IN EP. AD THESSAL.

es dudosa; por cuanto uno ignora si el amigo quiere las riquezas mas que á la persona.

La amistad es mas constante cuanto es mas antigua.

La verdadera amistad solo se contrae entre hombres de bien, entre ellos se consolida, y se perfecciona entre santos.

La verdadera amistad á veces se queja y reprende, pero jamas adula.

La pobreza es el mejor medio para conocer al amigo verdadero; en la pobreza descubrirás lo que nunca descubririas en la opulencia.

No hay prueba de amistad mas verdadera que el no contemporizar con los defectos de nuestros prójimos.

AMOR DE DIOS.

I.

Si charitatem non habuero, nihil suum.... sectamini charitatem.

Si no tuviere caridad, nada soy. Corred con ardor para alcanzar la caridad.

(*I Corinth.* XIII, 2, *et* XIV, 1.)

La caridad es el colmo de la sabiduría, la obra maestra de la gracia, el principio y el fin de toda la ley, el negocio del tiempo y de la eternidad, el triunfo y la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y dicha de los hombres sobre la tierra. La caridad ocupa un lugar eminente entre todas las virtudes como el oro lo ocupa entre los metales, como el sol entre los planetas, como los serafines entre los espíritus. La caridad todo lo anima; es en el órden sobrenatural lo que el sol en el órden natural. Quitad la caridad, y será lo mismo que si suprimieseis el sol. ¿Por qué estamos sumidos ahora en tanta oscuridad? ¿Por qué presenciamos tantos desastres, tantos males? Porque falta la caridad; porque los hombres en su devoradora sed de bienes materiales no se prestan á gustar un alimento tan espiritual como el del amor que debemos á Dios. Lo que aman son los placeres; lo que aman son las riquezas; lo que aman son las cosas de la tierra; lo que aman es lo que halaga las pasiones y satisface los sentidos. El amor de Dios es lo que ménos ocupa su corazon, ó, mejor dicho, lo que no lo ocupa poco ni mucho. Todo, en el vasto campo de la naturaleza, nos aconseja amemos á Dios; y por una inconsecuencia de nuestra natural corrupcion, adhiriéndonos á esas cosas que nos incitan á amar á Dios, dejamos de amarle. Estos mismos objetos, en pos de los cuales vamos, nos rechazan, diciéndonos, que no se han formado á sí mismos, sino que Dios es su Criador, y que á él debemos consagrar nuestros afectos; y con todo, es general y público el desprecio con que se mira á Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A los ministros del altar nos toca recordaros vuestras obligaciones; y ya que se tiene en olvido la mas sagrada de todas ellas, permitidme que hoy os demuestre cuán obligados estamos á amar á Dios, y como debemos amarle para alcanzar la felicidad eterna.

Ayudadme antes á implorar la gracia que necesito. A. M.

1. El corazon del hombre ha sido criado para amar: el amor es su vida, dice S. Agustin; es su ejercicio capital y el centro de donde naturalmente procede; pero precisamente la mayor desdicha del hombre, ó mejor, su única desdicha, procede de la costumbre de prodigar su amor á objetos indignos de él, y negarlo á quien merece solo ser amado. Con ardoroso empeño sigue los impulsos de una pasion que le presenta atractivos falaces y una dicha quimérica en los objetos, que una funesta experiencia le muestra como orígen de todos sus males; y, sin embargo, el hombre cierra los ojos á la luz de la razon y de la fe, que le señalan en Dios el único, el verdadero objeto, que merece y puede fijar su amor. Con efecto, hermanos mios, cualesquiera que sean los atractivos que el hombre pueda encontrar en la criatura, desde luego echa de ver en ella defectos capitales, incomparablemente mas propios para darle disgusto, que calidades dignas y oportunas para ganar su corazon. Sea cual fuere el beneficio que de ellas haya recibido, cualesquiera que sea la ventaja que de las mismas pudiera prometerse, jamas ha visto ni verá en los objetos de la tierra un bien capaz de llenar sus deseos. Solo Dios posee todas las perfecciones, que pueden hacer un objeto esencialmente amable en sí mismo. Dios nos ha colmado de beneficios, y aun quiere hacernos dichosos, comunicándonos la propia felicidad de que goza él mismo. ¡Cuántos motivos, pues, nos impulsan á amarle, ora con relacion á él mismo, ora con respecto á nosotros! Sus adorables perfecciones deben obligarnos á amarle por lo que es Dios en sí, á amarle sin necesidad de otras circunstancias, que nos obliguen á ello. Los bienes que hemos recibido y que esperamos recibir de Dios, deben obligarnos á amarle por nosotros mismos, por gratitud. Reconoced, hermanos mios, y prestaos á unos motivos tan poderosos.

2. Mas, ¿por qué, hermanos mios, me empeño en ponderaros las perfecciones y los títulos por los cuales merece Dios nuestro amor, perfecciones y títulos que ninguna lengua mortal sabria expresar, que ningun espíritu creado puede concebir? Para manifestaros cuán digno de amor es Dios, fuera preciso, ante todo, comprender su esencia; y precisamente nuestra inteligencia es muy limitada para alcanzar á tanto: solo Dios puede conocerse y se conoce á sí propio.

Si, pues, hermanos mios, os digo, que este Ser amable por esencia no solo es grande y poderoso, sino que es la misma grandeza y el mismo poder; que no solo es hermoso y bueno, sino que están concentradas y personificadas en él la belleza y la bondad; que no solo es santo y sabio, sino que es la misma santidad y sabiduría; si os digo, que es un espíritu infinitamente ilustrado, pues todo lo conoce; que es eterno, como que siempre ha sido y siempre será; que es inmenso, puesto que llena todos los lugares del mundo, y aun alcanza fuera de la vasta extension de los espacios; si os digo, que Dios posee todas las perfecciones imaginables, podreis formaros sin duda una grande idea de este Ser supremo; pero la descripcion será, diciéndoos todo eso, todavía muy incompleta, tan incompleta como la expresion de un niño que balbucea; y despues de haberos ponderado de esta suerte las perfecciones de Dios, bien podré decir con el Profeta, que no acierto á hablar: *Nescio loqui*. Pero si el entendimiento del hombre no puede concebir las perfecciones adorables de nuestro Dios, si nuestra lengua no puede expresarlas, en cambio nuestro corazon puede amarlas: tanto como nuestro entendimiento debe temer que le deslumbre el brillo de la gloria de Dios, tanto mas nuestro corazon puede y debe entregarse al dulce placer de amarle.

Figuraos pues, hermanos mios, para excitar en vuestros corazones este divino amor, todo cuanto hay de grande en el mundo, todo lo que es capaz de fijar vuestra vista y seducir vuestros sentidos; figuraos todo lo que puede excitar la admiracion en vuestro entendimiento, interesar vuestro corazon y enternecerle; pues bien, todo esto lo encontrareis en Dios, pero de un modo infinitamente mas perfecto que en las criaturas. Yo admiro, decia á este propósito S. Agustin, la luz brillante del sol, la fecundidad de la tierra, la vasta extension de los mares, los atractivos de las bellezas mortales, la majestad de los reyes, el poder de los grandes, la elocuencia de los oradores, la sutileza de los filósofos; pero desde luego me convenzo, de que nada de esto merece compararse con mi Dios; puesto que Dios reune perfecciones infinitamente superiores á las que poseen las criaturas para interesar mi corazon y llenar mis deseos. ¿Qué amais, pues, hermanos mios, si no amais á Dios? ¿Amais el fausto de las grandezas, el brillo del poder? ¿Os han deslumbrado las dignidades de los grandes de la tierra? Pero qué ¿hay en todo esto algo, que merezca compararse con la grandeza de Dios? Él es el rey de los reyes, el árbitro de los soberanos; todos los potentados de la tierra no son mas que polvo, ménos aun, son nada en presencia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

su adorable majestad. ¿Os prendais acaso de la belleza de las criaturas? Y ¿qué belleza es comparable á la de Dios, principio de todas las demas, que no son sino un débil reflejo de la suya? Dios es la belleza por esencia, la belleza que se gozan en mirar los ángeles y los santos en el cielo: *In quem desiderant angeli prospicere.* I Petr. I. Finalmente, hermanos mios, si vais en busca de la bondad, Dios es la bondad por esencia, y no hay nada esencialmente bueno sino Dios: Cuanto hay de bueno en el mundo no lo es sino por una derivacion de la bondad infinita de Dios. La bondad de las criaturas es finita y limitada, y se apura, en fin, á fuerza de comunicarse; mas Dios es un océano de bondad que no se agota jamas; siempre dispuesto á comunicarnos todos los bienes que podemos apetecer, sin que sea posible menguar su caudal inmenso; siempre igual porque en él no caben las vicisitudes; siempre perfectísimo, sea cual fuere el uso que haga de su liberalidad con los hombres. Despues de esto, ¿puede nadie negar su amor á un Sér tan amable?

El amor ¿puede dejar de ser amado? dice S. Bernardo: *Quidni ametur amor?* ¡Ah! todos los dias venimos en conocimiento de las imperfecciones de las criaturas; y tales como se presentan á nuestros ojos sublevan nuestro espíritu: el que posee riquezas, carece de virtud; el que tiene poder, mira con indiferencia á sus semejantes; el que hoy os quiere, mañana os desprecia; el que desearia favoreceros, no puede; mas aun, hay bellezas de las cuales nos prendamos por algun tiempo, pero que en breve nos causan hastío. ¿Y no es una singularidad de nuestra parte, entregar nuestro corazon á objetos tan indignos de poseerle? Imperfectas son todas las criaturas, y, sin embargo, les damos todo el amor de nuestro corazon; y nuestro Dios, el mas amable de todos los séres, el mejor de todos los amigos ¿no ha de tener en él ninguna parte? ¿no ha de ver en nosotros mas que indiferencia é insensibilidad con menosprecio de su ley y gravísimo ultraje de su infinita magestad? ¿Cuál puede ser, decid, hermanos mios, la causa de que vosotros no ameis á un Dios tan digno de ser amado? ¡Ah! ya lo comprendo, es que vosotros no le conoceis, ó mas bien, que vosotros no quereis conocerle; pero admirad, contemplad sus obras, y conocereis, dice el Apóstol, por las cosas visibles las perfecciones invisibles de su autor. ¡Qué idea no deben daros de la sabiduría, de la bondad de Dios, tantas maravillas de la naturaleza! Pues el Sér supremo, aquel que ha creado el mundo, los espacios, los astros, la tierra y todas las criaturas, ¿no ha de ser necesariamente poderoso y perfectísimo? Y si es perfecto ¿puede nadie dejar de amarle? Mas si vosotros os manifestais insensibles á la

voz de la naturaleza, que os anuncia las perfecciones de Dios, tal vez no lo sereis á los beneficios de que os ha colmado y de que os colmará todavía: segundo motivo de amar á Dios.

3. Con efecto, hermanos mios, si los bienes que hemos recibido y que esperamos recibir de una persona, son justos títulos para pagarle el tributo de nuestro agradecimiento; ¿cuánto no debemos amar á Dios de quien hemos recibido tantos beneficios, y de quien tanto debemos esperar? Esta bondad infinita se ha comunicado á nosotros y aun se nos comunica todos los dias de mil maneras, por los bienes de la naturaleza y de la gracia, y quiere comunicarnos todavía por toda una eternidad los de la gloria; de suerte, que podemos decir con verdad, que Dios, este bien infinito, es nuestro, que es bueno, no solamente en sí mismo, sino que lo es con relacion á nosotros, que es nuestro propio bien. ¿No es justo, pues, que nosotros seamos tambien suyos, y que le devolvamos amor por amor; y ya que no hemos sido los primeros en amarle, nos apresuremos á lo ménos á manifestarnos reconocidos al suyo con la intensidad del nuestro? ¿Será necesario, hermanos mios, para avivar en vuestros corazones este amor inspirado por la gratitud que debeis á Dios, recordaros los innumerables beneficios que de él habeis recibido? ¿Ignorais acaso, que á Dios debeis el sér, y que si su mano bienhechora nos abandonase, volveríamos á la nada? ¿Ignorais acaso, que de él teneis todos los bienes que poseeis, la salud, la hacienda, el talento, en suma, todo lo que sois, y todo lo que os pertenece? Pero ¿cuánto mas no le debeis aun por los bienes de la gracia que os ha concedido? No contento con haberos criado, os ha redimido de la esclavitud del demonio; y tened en cuenta, que no os ha redimido por medio del oro ni de la plata, sino á costa de su sangre. De tal suerte nos ha amado Dios el Padre, como que nos dió á su Hijo para servir de víctima expiatoria de nuestros pecados. ¿Qué don mayor podia haceros? Este adorable Hijo, en virtud del amor que nos tiene, se entrega á los padecimientos, á los desprecios, á la muerte, y muerte en cruz; ¡admirable extremo de caridad! ¿Encontrareis en el mundo quien os ame hasta el punto de daros, no digo su hacienda, sino su vida, para conservar la vuestra? ¡Ah! si el mas humilde de los hombres os hubiese amado de esta suerte, ¿cuánto le amariais para corresponderle? Vosotros amais á aquellos á quienes debeis vuestra fortuna; ¿qué digo? el menor beneficio adquiere derechos sobre vuestro corazon; y ¿no amariais á un Dios de quien tanto habeis recibido, á un Dios que murió para daros la vida, que os enriquece con sus gracias, que os comunica tantos auxilios sobrenaturales con

sus sacramentos, que os tiene preparado un reino eterno, donde él mismo será vuestra recompensa, y os hará dichosos con su propia dicha?

¡Ay de vosotros si no amaseis á un Dios tan bueno! ¿No mereceriais ser castigados con el anatema que pronuncia S. Pablo contra los que no aman á Jesucristo? Sí, mereceriais, hombres ingratos, experimentar los efectos de la justicia de Dios, puesto que sois insensibles á los efectos de su amor. Estais rodeados por todas partes de sus beneficios, de los cuales se ha servido como otros tantos alicientes para ganar vuestros corazones; ha comprado vuestro amor dándose á sí propio por precio, y vosotros le rehusais ese amor de que le sois deudores por tantos títulos! ¡Ved cuán injustos sois con Dios por la insensibilidad que revelais con respecto á vosotros! ¿Quién está mas interesado en el amor que Dios os pide, Dios ó vosotros mismos? Dios no os ha menester á vosotros ni vuestro amor, siendo así, que vosotros habeis menester á Dios; y si dejais de amarle, os acarreais la mayor miseria, puesto que no podeis ser dichosos sin el supremo bien, que no poseereis jamas si no le amais. Si Dios os ama, es por un puro efecto de su bondad; pero al amar vosotros á Dios cumplís con un deber y procurais por vuestro interés; vosotros sois los que salís perdiendo al dejar de amarle.

Si un monarca de la tierra, un grande del mundo, de quien esperaseis conseguir una fortuna, os ofreciese su amistad y os pidiese en cambio la vuestra, ¿se la negariais? Pues bien, los reyes de la tierra, los grandes del mundo no llevan hasta tal punto la condescendencia de ofrecer su amistad indistintamente á todos sus súbditos; al contrario, les miran como á servidores suyos. Y Dios, infinitamente superior á todos los reyes de la tierra, en vez de tratarnos, solamente como á servidores, quiere que seamos sus amigos: *Jam non dicam vos servos, sed amicos.* Joan. xx. El mas humilde, el mas miserable de los hombres puede, lo propio que el mas grande, aspirar á este favor; y los que lo deseen con eficacia, están seguros de alcanzarlo. Desde el instante en que amamos á Dios, tenemos la seguridad de que él nos ama; no sucede lo propio con los hombres, pues vemos con frecuencia, que al solicitar una amistad no se necesita mas para verla frustrada; y aun muchas veces los obsequios que se dispensan á una criatura, por el mismo celo con que se procura agradarle, son desatendidos y desdeñados; los mejores servicios se pagan con ingratitud; y á pesar de todo esto, se tiene apego á esas criaturas, á esos hombres ingratos, y no se ama á Dios, el mejor, el mas sincero, el mas fiel de todos los amigos. ¡Inconcebible ceguedad humana! ¿dónde está vuestro juicio? ¿dónde vuestro corazon? ¿Hay siquiera uno de vosotros que no haya recibido mercedes, y no tenga que esperar todavía otras de Dios nuestro Señor? ¿Hay alguien que mejor que Dios merezca vuestro amor? Amadle pues, dice S. Juan, puesto que él se ha anticipado á amaros: pagadle amor con amor; sed todos de él ya que él es todo de vosotros. Pero; ¿cómo debemos amarle? Hé aquí lo que voy á manifestaros.

4. El modo de amar á Dios es amarle sin medida. La caridad es una virtud diferente de las demas, que pueden degenerar en defectuosas al excederse de un término medio; asi la liberalidad degenera en prodigalidad, la fuerza en temeridad, cuando traspasan los límites que tienen señalados. Con respecto al amor, empero, sea cual fuere el que tengamos á Dios, siempre será infinitamente menor del que Dios se merece, porque siendo infinito el objeto de este amor, merece ser infinitamente amado. ¿Qué regla, pues, puedo prescribiros, hermanos mios, para cumplir con este esencialísimo mandamiento? Una sola; la que Dios nos ha prescrito en los términos de la ley. Amaras, nos dice el Señor, á tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma y con toda tu mente: *Diliges dominum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tote mente tua.* Matth. xxii, 37. Este amor debe proceder del corazon como de su principio; y debe manifestarse en todas las palabras. Amor sincero, amor eficaz: dos calidades del amor de Dios, que voy á explicaros.

Lo que quiere el Señor, hermanos mios, es el corazon. Dios le ha formado, y tiene un derecho incontestable á todas sus aspiraciones. Y ¿nos lo habria dado para no ser amado, y para que lo entregásemos á otro? Dios es su Señor y su Maestro; á Dios le corresponde, por consiguiente, designar á este corazon el objeto que debe amar: este derecho nadie absolutamente lo tiene sino Dios. Los monarcas de la tierra tienen sin duda derecho á que les obedezcan sus súbditos; los amos, á que les sirvan sus criados; mas el poder de los unos y de los otros no alcanza al derecho de hacerse amar de sus subordinados: miéntras éstos obedezcan y cumplan con su respectiva obligacion, no pueden exigirles mas. Pero Dios, que conoce el fondo de nuestros corazones, y que es el dueño absoluto de ellos, quiere que le prestemos todos los homenajes: Dios considera los humanos corazones como un templo animado donde deben hacérsele sacrificios; y estos sacrificios son los del amor, que deben desterrar del corazon cualquiera otro objeto que no sea Dios; del amor que ha de consagrarle enteramente á Dios.

Ahora bien, ¿en qué consiste este sacrificio del amor? ¿qué obli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gacion impone Dios al hombre al exigirle que le ame de todo corazon? S. Tomás nos dice, que ha de ser un amor especial, un amor preferente, en virtud del cual, amando á Dios mas que á todas las cosas, le prefiere á todos los otros seres y objetos, y está dispuesto á perderlo todo antes que apartarse de Dios. Tal es el amor que debemos profesarle; amor que no consiste en una ternura, en una sensibilidad, que no está á nuestra disposicion ó que no sentimos; ni tampoco en un arranque de fervor, que puede sernos comun, y que Dios no exige de nuestra debilidad; sino en un amor especial, escogido y preferente, que haciéndonos considerar á Dios como el mas perfecto, el mas amable de todos los séres, nos adhiere á él con lazos tan estrechos, que nada es capaz de romperlos. Vosotros, hermanos mios, amareis á Dios con este amor de preferencia si estais prontos á sacrificarlo todo por él, á renunciarlo todo para amarle, á perder vuestra hacienda, vuestra salud y aun la vida, antes que separaros de él; á incurrir en la desgracia de todos los hombres, á someteros á todos los males del mundo antes que determinaros á perder la amistad de Dios. Pero si teneis apego á algun objeto que Dios os prohibe amar; si posponeis sus beneficios al favor de tal ó cual criatura, que es vuestro ídolo, de este ó aquel hombre á quien temeis, ó de quien esperais alguna gracia; si preferís ofenderle á trueque de no privaros de ese placer, de no renunciar á esa hacienda, de no experimentar ese desaire, esa afrenta, ese menosprecio, ese contratiempo; ¡ah! entónces no amais á Dios con ese amor de preferencia que le debeis, supuesto que le sacrificais á la criatura, á vuestra hacienda, á vuestro deleite, á vuestra pasion. En vano protestareis de vuestro amor; vuestro corazon contradice vuestras palabras. Consultadlo, hermanos mios, y examinad si realmente domina en vuestro corazon algun deseo criminal, si le ocupa alguna pasion, el deleite, el interés, la venganza; y si así fuere, ¡ah! confesad que no amais á Dios, porque el amor debe desterrar de vuestro corazon cualquier otro apego que arrebate su posesion á Dios. Él quiere vuestro corazon, luego es preciso darlo exclusivamente á Dios, es preciso que no lo compartais con otros objetos, pues no solamente os pide Dios vuestro corazon, sino que os lo pide todo entero. Es un Dios celoso, que no puede tolerar la menor division; rehusarle una parte, es negárselo todo: Dios es el único que comprende en sí todas las cualidades para ser amado, y que merece serlo infinitamente, no solo por su grandeza, sino porque tiene derecho sobre todas las aspiraciones de nuestro corazon. ¡Ah! Señor; ¿no advertís que el corazon es harto pequeño de suyo, y que su amor es muy limitado y exíguo en comparacion del que vos mereceis? ¿cómo es posible, que se le comparta? Y ¿no seria haceros una injuria el consentir en nuestro corazon cualquier otro dueño fuera de vos?

Apartaos, hermanos mios, de los que pretenden hermanar en su corazon el amor de la criatura y el del Criador, de los que posponen voluntariamente á Dios antes que emanciparse del señorío de alguna pasion, de algun objeto que Dios les prohibe amar, y únicamente le sacrifican algunas de las inclinaciones que el Señor nos tiene vedadas. Dios no agradece el amor de un corazon que no es suyo por completo; desde el instante en que observa en él algun objeto que le desplace, se retira. Digo algun objeto que le desplazca: porque Dios, hermanos mios, no nos prohibe amar absolutamente á sus criaturas; así, no nos prohibe amar á nuestros padres, á nuestros amigos, á las personas que nos favorecen; aun mas, nos manda que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos: pero este amor debe referirse á Dios, de quien ha de tomar orígen y motivo; porque si con el amor á Dios se tiene simultáneamente apego á otro sér, por lo que es en sí y no con referencia á Dios, ya no se le ama como se debe. ¿Cuáles son, pues, los objetos cuyo amor nos prohibe el Señor? Son todos los séres y objetos cuyo amor es incompatible con el que debemos á Dios; como la ciega pasion que nos induce al pecado; las personas con las cuales se mantienen relaciones criminales: ved aquí las inclinaciones que el amor divino no puede tolerar en un corazon que quiere pertenecer á Dios. Este amor, que es eficáz como la muerte, dice el Espíritu Santo, ha de producir en vuestros corazones los efectos que la muerte natural produce sobre el cuerpo, esto es, así como la muerte separa el alma del cuerpo, así tambien el amor de Dios debe separaros de todos los objetos sensibles; debe haceros morir para todos los vanos deleites que encontrais en las criaturas con el objeto de uniros al Criador. Es un fuego celestial que debe destruir en vosotros todas las inclinaciones terrenales, que debe consumir todo amor profano para fijaros exclusivamente en Dios. Este fuego debe obrar no solo en vuestro interior, sino que, ademas, debe manifestarse en el exterior por los resultados, porque así lo previene la ley, segun la cual debemos amar á Dios con todas nuestras potencias.

5. Si para cumplir con el divino precepto, bastase profesar á Dios la estimacion natural y la bondad de sentimientos que inspira el conocimiento de sus infinitas perfecciones; si bastase para que fuese perfecto este amor pronunciar algunas oraciones, y elevar hácia él algun suspiro desde el fondo del corazon, y aun derramar al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gunas lágrimas de ternura, bien puede decirse, que de los mandamientos de la ley, el primero seria el mas fielmente observado, supuesto que esos buenos sentimientos, esas palabras afectuosas, esos suspiros, esas lágrimas no son inasequibles muchas veces aun á los que están dominados por el apego á las criaturas. Pero nó, hermanos mios; el verdadero amor no se encierra en límites tan estrechos; no consiste en los sublimes sentimientos que puedan tenerse de Dios, ni en las palabras afectuosas que pueden pronunciarse; sino en la observancia de todos sus mandamientos. Si la amistad consiste en la conformidad de las voluntades, no se puede amar á Dios sin satisfacer su voluntad, y no puede satisfacerse su voluntad sin amarle. Así, pues, si alguno dice, que ama á Dios y no cumple sus mandamientos, es un hombre falaz, dice el discípulo amado, y la verdad no está en él. I Joan. II, 4. ¿Deseais, pues, hermanos mios, conocer cuál es el hombre que ama verdaderamente á su Dios, y si este amor reina tambien en vuestros corazones? Un hombre que ama á Dios nada teme tanto como desagradarle, y procura hacer su voluntad en todo lo que emprende, dedica todas las potencias de su alma á servirle y glorificarle, rinde cada dia á su Criador el debido tributo por medio de la oracion, la adoracion y demas ejercicios que la religion le prescribe; nunca toma inútilmente en boca su santo nombre, siempre lo pronuncia con respeto, y dedica á su servicio los santos dias del domingo y de fiesta. El hombre, que ama verdaderamente á Dios, da á cada uno lo que le pertenece, el honor debido, no agravia á nadie, perdona generosamente las injurias, y conserva con el prójimo los vínculos de paz que el Apóstol recomendaba á los primeros cristianos. El hombre, que ama á Dios, no tiene apego á los bienes y honores del mundo, á los placeres de los sentidos; modera sus pasiones, es humilde en la prosperidad, paciente en la adversidad; porque la caridad ejerce su imperio sobre todas las virtudes, y hace que todos cooperen á sus intentos, y se sirve de la fortaleza para superar todos los obstáculos que se presentan en el cumplimiento de sus deberes; de la justicia, para respetar y defender los derechos ajenos; de la templanza, para vencer los atractivos del deleite; del celo, para procurar la gloria de Dios; en una palabra, la caridad comprende todas las virtudes, y es el complemento y la plenitud de la ley, dice S. Pablo. La caridad no hace excepcion de mandamientos; sabe bien, que al quebrantar uno, el hombre se se hace reo de todos los demas, como dice el apóstol Santiago: *Qui peccat in uno, factus est omnum reus.* Jac. II, 10.

Observad, hermanos mios, que aun cuando la caridad perfecta

comprende una voluntad sincera de cumplir toda la ley, está sujeta, sin embargo, á una ley particular distinta de las demas, como quiera que tiene un objeto propio, que es Dios, considerado en sus infinitas perfecciones; mas claro; en virtud del primer mandamiento, estamos obligados á amar á Dios, no solo por el bien que nos dispensa, sino tambien por lo que Dios es en sí, un sér infinitamente perfecto, obligacion de la cual no podríamos nosotros salir airosos. ¡Ah! si conociésemos los infinitos títulos por los cuales debemos amar al Sér supremo, no habria momento de nuestra vida en que no manifestásemos nuestros transportes de amor á Dios; haríamos en la tierra lo que en el cielo hacen los santos, cuya ocupacion se reduce exclusivamente á amar á Dios, con lo cual mereceríamos amarle como ellos por toda la eternidad: obligacion, que, por otra parte, podemos cumplir con la mayor facilidad por medio de la gracia de Dios, que nos proporciona de esta suerte grandes beneficios y ventajas. Con efecto, hermanos mios, para amar á Dios no hay necesidad de ser rico, sabio, ni aun santo; basta tener corazon, y ofrecerlo á Dios como podemos todos hacerlo. Así el pobre como el rico, el ignorante como el sabio, el que está enfermo como el que tiene salud, pueden cumplir con el precepto de amar á Dios; muchos no pueden ayunar, ni dar limosna; pero todos pueden y deben amar á Dios. Pues bien, si amamos á Dios, como debemos, tenemos una seguridad de ser amados; y, en este caso, ya no nos queda cosa alguna que desear. Amemos, pues, hermanos mios, amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazon, pues él nos lo manda, y está en nuestro propio interés el amarle; manifestemos con frecuentes actos este amor, y especialmente en la hora de la muerte.

Mas ¿con qué señales conoceremos que este amor domina en nuestros corazones? La primera es una dulce inclinacion á recordar con frecuencia los títulos por los cuales merece ser amado el Dios á quien nosotros servimos. La segunda consiste en hablar á menudo y gustar de que se hable de él. Quien ama, nunca se cansa de hablar del objeto de su amor y siempre habla de él con placer; un amigo se complace en ponderar las buenas cualidades de su amigo, y los beneficios que ha recibido de su mano. ¿Hablais á menudo de Dios? ¿Cuál es el asunto mas ordinario de vuestras conversaciones? Hablais de la tierra, de vuestros placeres, del objeto de vuestra pasion, porque vuestro corazon está adherido á esos objetos, y la boca habla de lo que abunda en el corazon; pero vosotros no hablais de Dios; luego no le amais. La tercera señal del amor que se tiene á alguno consiste en desear su compañía, en conversar con él, y visitarle á me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nudo; si vosotros amaseis á Dios, os complaceriais en él, le visitariais en su santo templo y en las personas de los pobres. La cuarta señal y práctica de amar á Dios se reduce á obrar en su nombre, ofrecerle no solamente todos vuestros pensamientos, sino tambien todos vuestros actos; no hacer cosa que le desagrade; tener horror profundo al pecado, y cumplir siempre su santa voluntad, prefiriéndola á todo. Si amais á Dios, no solamente obrareis en su nombre, sino que aun padecereis por él. Para un corazon que ama nada es penoso, cuando se hace en obsequio del objeto amado; y si algo hay que padecer por él, se ama el padecimiento.

Finalmente, si amais á Dios, en cuanto esté de vuestra parte, procurareis su gloria, impedireis que le ofendan los demas; y si no podeis impedirlo, gemireis y sufrireis al ver que se le ofende. Pues ¡qué! ¿veriais con sangre fria insultar en vuestra presencia á vuestro padre, á vuestro amigo? Y ¿escuchais como se ofende á vuestro Dios sin tomar su defensa contra los que le ultrajan? ¿Dónde está vuestro amor? ¿Dónde vuestro celo por su gloria? *Sectamini charitatem*, os diré, pues, con el Apóstol. Procurad alcanzar la caridad. Decidle á menudo al Señor con el mártir S. Ignacio: Señor, danos tu santo amor, y seremos ricos; no te pedimos bienes, ni honores de la tierra, sino la gracia de amarte. Decidle, pues, hermanos, con el santo obispo de Hipona: Belleza siempre antigua y siempre nueva, ¡cuánto he tardado en conocerte y amarte! *Sero te amavi.* ¡Ay del tiempo que hemos perdido! pero queremos repararle con el mas ferviente amor. ¡Oh fuego divino, que ardes sin extinguirte! aviva esa llama, que ha de consumir en nosotros todo apego á lo terrestre, para trasformarnos en tí ahora y por toda la eternidad.

AMOR DE DIOS.

II.

Diliges Dominum Deum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.

Amarás al Señor tu Dios de todo corazon, con toda tu alma y con todo tu espíritu.

(*S. Mateo*, XXII, 11.)

Nunca reflexiono sobre estas palabras del Evangelio que no me pasme de que los hombres, que no son hechos sino para Dios, piensen tan poco en amarle, que sea necesario obligarlos por un precepto expreso. Sin que nos digan que amemos á nuestros parientes, á nuestros amigos y á nuestros protectores, les damos nuestro afecto y nuestros cuidados, les ofrecemos nuestros servicios, y les manifestamos nuestro reconocimiento; y no es necesario que nos digan que amemos á las criaturas, pues demasiado las amamos, y muchas veces con furor y con locura. Es posible, ¡oh mi Dios, que seais vos solo el único á quien miramos con indiferencia! Es cierto, que si yo pregunto á cada uno de vosotros, si ama á Dios, no hay ninguno que no responda resueltamente que le ama. Hasta las personas mas enfrascadas en el mundo, dicen que aman á Dios, no á la verdad como es amado por muchos justos, sino como puede ser amado en medio de las distracciones mundanas. Para discernir, pues, el verdadero amor del aparente, que está hoy sujeto á tantas ilusiones, juzguemos de él por la regla, que Dios mismo nos da: yo la hallo en la exposicion simple de las palabras del precepto: *diliges Dominum Deum tuum:* amarás al Señor tu Dios: ved aquí la mas esencial de nuestras obligaciones, que expondré en mi primer punto: *ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.* Le amareis de todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu: ved aquí el modo con que debemos cumplir esta obligacion;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que aclararé en el segundo: *el precepto, y la práctica del precepto del amor de Dios*. Esto es lo que intento explicaros. A. M.

1. *Amarás:* esto es todo lo que nos ordena el Evangelio, que es una ley toda de amor; pero ¿qué es lo que hemos de amar, y por qué motivos? Vedlo aquí en estas tres palabras: *Dominum Deum tuum*. Amaremos á Dios, porque es nuestro soberano Señor, y pide de nosotros este homenaje: *Dominum*. Le amaremos, porque es nuestro Dios, nuestro primer principio, y nuestro último fin: *Deum*. Le amaremos, porque quiso ser todo nuestro, y es justo que nosotros seamos todos suyos: *tuum*. Estas tres palabras bien explicadas bastan para hacernos percibir lo que es el primero y el mas grande de todos los preceptos.

Diliges Dominum. Amaremos á Dios, porque es nuestro soberano Señor. El culto y homenaje que le debemos es nuestro amor. Que Dios es nuestro soberano Señor, y tiene sobre nosotros un dominio universal, nadie lo duda: todos sabemos, que de él recibimos el sér y la vida; que es el dueño absoluto de nuestros cuerpos, de nuestras almas, de nuestros corazones, de nuestros bienes y de todo lo que somos; y que á él pertenece disponer de nosotros para un tiempo determinado y para la eternidad. Esto supuesto, ¿se puede disputar sobre la obligacion de amarle? Dios nos ama desde la eternidad, y ¿rehusaremos nosotros amarle por un poco de tiempo? Su amor le movió á colmarnos de sus beneficios, y ¿nosotros le negaremos nuestro corazon? ¿No seria esta la ingratitud mas fea, mas criminal y mas imperdonable? ¡Ah, mi Dios! perdonadme la libertad que me tomo de hablaros; vos me mandais amaros, y yo tengo dificultad en obedeceros. ¿Es necesario mandar á un súbdito amar á su rey, á un hijo amar á su padre, á una esposa amar á su esposo y á una criatura á su Criador? ¿No sois vos mi soberano, mi padre, mi esposo y mi criador? No obstante, vos me amenazais con grandes miserias, si yo no os amo: ¿hay en el mundo mayor miseria que no amaros? ¡Ah, cristianos! pensemos y reflexionemos bien, en que siendo Dios nuestro soberano Señor, debe ser el rey de nuestro corazon, y que no tenemos religion sino en cuanto amamos á Dios, como dice san Agustin: *pietas cultus Dei est, nec colitur ille nisi amando*. AUGUST. EP. CXX, AD HON., 8. ¿Pensamos en ello cuando oramos, cuando oimos misa, cuando vamos á comulgar? ¿pensamos muchas veces en ello en el discurso del dia? ¡Cuántos cristianos pasarán el año entero sin hacer un solo acto de amor de Dios! El mismo Señor se queja de ello por su profeta Jeremías:

¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una novia de la faja que adorna su pecho? Pues ello es que el pueblo mio se ha olvidado de mí innumerables dias; *Numquid obliviscetur virgo ornamenti sui, aut sponsa fasciæ pectoralis suæ? populus verò meus oblitus est mei diebus innumeris*. JEREM. II, 32. Vengamos al segundo motivo, que debe movernos á amar á Dios.

Diliges Dominum Deum. Es nuestro Dios á quien debemos amar: es nuestro primer principio y nuestro último fin; de él hemos salido y á él debemos volver. ¡Oh hombre! exclama san Agustin, haz todo lo que quisieres, vuélvete del lado que quisieres, nunca hallarás reposo sino en solo Dios: *versa et reversa in tergum, et in latera, et in ventrem, et dura sunt omnia, et Deus solus requies*. CONF. LIB. VI, 16. Como el corazon del hombre ha sido criado para solo Dios, no puede hallar reposo sino en él. En él solo puede hallar toda su alegría y su placer; fuera de él siempre estará en la turbacion y en la inquietud. Pues bien, hermanos mios, ¿creeis vosotros esta verdad: que nada hay en el mundo que pueda satisfaceros sino Dios; que él solo es capaz de llenar el vacío de vuestro corazon; que él es el centro adonde deben terminar todos vuestros deseos, y que, por consiguiente, es el único objeto á que debemos unirnos, si tenemos el corazon recto?

Se puede repartir los hombres en tres clases: unos están echados, otros encorvados y otros son rectos. Los que están echados no aman ni temen á Dios; los que están encorvados le temen, pero no le aman; los que tienen el corazon recto, le temen y le aman juntamente. Los que están echados son aquellos pecadores que están sepultados en la basura del pecado, los hombres infames, los libertinos sin religion, á quienes nada se les da ni por el infierno ni por el paraíso: es fácil de comprender, que semejantes personas no aman á Dios. Los que están encorvados son los semi-cristianos, que ahora de Dios, ahora del mundo, no sirven á Dios sino con una espalda, como dice un profeta; temen, pero no aman; cumplen con sus obligaciones, mas por el temor del castigo que por el amor de la justicia. Los rectos son los hombres justos, que libres de todo amor profano, buscan á Dios por Dios mismo, los hombres íntegros, que observan su santa ley y se sujetan enteramente á su voluntad, los cuales por la pureza de sus deseos y la rectitud de su intencion, se elevan sobre todas las consideraciones humanas para unirse únicamente á aquel á quien quieren agradar. Haced, Señor, que nosotros seamos de este número: todas las criaturas nos convidan á ello y nos gritan con una voz fuerte é inteligible, que debemos amaros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El cielo que nos cubre, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, el agua que nos refresca, el fuego que nos calienta, todas las criaturas, en una palabra, nos dicen con un lenguaje mudo, pero elocuente, que debemos amaros: mas ¡ay! ellas hablan á sordos, á no ser que vos os digneis, Dios mio, de abrirnos los oidos del corazon. Nosotros somos, no obstante inexcusables, porque todo nos empeña en amaros. Vos no solo sois nuestro soberano, Señor y nuestro Dios, sino que tambien sois todo nuestro á fin de que nosotros seamos enteramente vuestros.

Diliges Dominum Deum tuum. Sí, hermanos mios, queriendo Dios ganar nuestros corazones, empleó todo género de medios á fin de que fuésemos suyos: no contento con ser nuestro criador, quiso ser nuestro redentor: no contento con habernos formado con sus manos, quiso sacarnos de las del demonio. ¡Ay Dios mio! ¿podré yo decir el amor que nos habeis tenido? *sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* Joann. III, 15. Ved aquí como el Padre nos ha amado; no tenia sino un Hijo único, y nos lo ha dado: así nos amó. No es solo un rey ni un gran príncipe el que nos amó de esta suerte, es un Dios el que nos ha amado, aunque le éramos inútiles, con un amor oficioso y gratúito; y nos amó, sin embargo de ser sus enemigos, con un amor generoso y magnífico. Nos amó cuando estábamos llenos de miserias y pecados; nos amó cuando teníamos las armas en la mano y la rabia en el corazon: *cum inimici essemus*, como se expresa S. Pablo. Rom. V, 10. Nos ha amado, en fin, hasta darnos no solo la vida y los bienes que tenemos, sino tambien su propio y único Hijo. Y este Hijo que nos ha dado, ¿cómo nos ha amado? Vírgen santa, que lo trajisteis en vuestro seno; establo de Belen, en donde nació; leño adorable, en que fué enclavado por nuestro amor, decidnoslo. Aun cuando pusiésemos en una balanza el amor de todos los querubines, de todos los serafines, de todos los apóstoles, de todos los mártires y de todos los bienaventurados; y aunque Dios produjese millones de ángeles y de hombres; todos estos amores juntos nunca podrian igualar al del Hijo de Dios, que en vez de cansarse de amarnos, parece que no tiene otro objeto que amar sino á nosotros. Despues de esto, ¿podremos nosotros rehusarle nuestro amor? Es todo nuestro por misericordia; seamos nosotros enteramente suyos por reconocimiento; *nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos.* I Joann. IV, 19.

Esta es la conclusion que debemos sacar con S. Juan. Hemos visto la obligacion que tenemos de amar á Dios; veamos ahora cómo debemos amarle.

2. Es esta, hermanos mios, una cosa difícil de explicar, porque la medida que debemos guardar amando á Dios, es, dice S. Bernardo, amarle sin medida: *modus diligendi Deum est eum diligere sine modo.* Bern. de mod. dilig. Deum, 1. No obstante, para atenernos á los términos del precepto,

I. Digo, que debemos amar á Dios de todo nuestro corazon: *ex tote corde tuo*, es decir, que debemos amar á Dios con toda la extension de nuestra voluntad. Notad bien esta palabra *todo*, que es del texto sagrado: esta palabra se opone á la division, y nos enseña, que no debe haberla en la caridad; que el hombre no puede dividir su corazon entre Dios y las criaturas, porque siendo debido todo nuestro amor á Dios, le robamos todo lo que le quitamos para darlo á las criaturas. Esta verdad nos hace ver cuanto se engañan aquellos que se dividen entre Dios y el mundo. La Escritura condena todas estas mezclas, y nos enseña, que son causa de la pérdida de una infinidad de almas: *divisum est cor eorum*; *nunc interibunt.* Oseas. X, 12. Nos enseña, que por atractivo que tengan para nosotros las criaturas, no debemos amarlas sino en Dios y para Dios; que debemos amar á Dios sobre todas las cosas, mas que á nuestros parientes, mas que á nuestros amigos, y mas que á nosotros mismos. ¡Oh amor de preferencia! ¡cómo condenarás tú algun dia á tantos cristianos, que prefirieron su placer á su obligacion! ¡Cómo condenarás á tantos padres y madres, que habiéndose hecho un ídolo de sus hijos, se atrajeron la misma reprension que, en otro tiempo, el gran sacerdote Heli, cuando le dijo Dios: *magis honorasti filios tuos, quam me;* I Reg. II, 29. Tuviste mas consideracion para tus hijos que para mí, pues que quisiste mas sufrir que me ofendiesen, que no reprenderlos. No nos engañemos: el verdadero amor de Dios consiste en dar á Dios la preferencia sobre todo lo demas, cumpliendo fielmente sus santos mandamientos, á expensas de nuestra hacienda, de nuestro honor y de nuestra vida; *hæc est charitas Dei, ut mandata ejus custodiamus*, dice el discípulo amado, I Joann. IX, 3; de donde concluyo, que para cumplir el precepto del amor de Dios, en cuanto se puede y se debe acá abajo, debemos sin cesar trabajar en aumentar en nosotros la caridad y en destruir la concupiscencia. Esto es, dice S. Agustin, lo que la Escritura nos predica, y de esta suerte reforma las costumbres de los hombres. L. I de Doct. christ., 22. Ved aquí lo que es amar á Dios *ex toto corde.*

II. *In tota anima tua.* Es necesario amarle con toda mi alma. Dios quiso pedirnos todos nuestros movimientos y todas nuestras acciones, pidiéndonos nuestra alma, que es su [illegible]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suerte, que por este precepto, tan extendido como es, no quiso dejar al hombre ninguna parte vacía de sí mismo, á fin de que no desee llenarla de alguna otra cosa. Quiso tambien Dios enseñarnos con este término *de toda vuestra alma*, que hasta las pasiones mas naturales, como la hambre, la sed, etc., deben arreglarse segun la ley del amor de Dios. Por esto nos dice S. Pablo, I Cor. x, 31: *sea que comais, sea que bebais ó cualquier otra cosa que hagais, hacedlo todo por amor de Dios.* Sobre lo que se debe advertir, que hay muchas personas que creen amar á Dios, y no suspirar sino por él, las cuales, no obstante, no tienen el cuidado que deben de purificar su alma de ciertas pasiones secretas, de algunas pequeñas aversiones, de ciertos movimientos de cólera, de envidia y de murmuracion, que, aunque leves, no dejan de causar grandes desórdenes en el alma. Es necesario, pues, acordarse de que estamos obligados á amar á Dios con toda esta parte de nosotros mismos: *in tota anima tua.*

III. En fin, debemos amarle con todo nuestro entendimiento; *in tota mente tua.* Esto es decir, que nuestro entendimiento debe estar entera y perfectamente sujeto á Dios. Pero qué, me direis, ¿no nos será permitido pensar en ninguna otra cosa mas que en Dios? Podeis pensar en vuestra familia, y en cualquier otro negocio perteneciente á vuestro estado: Dios no os prohibe ninguno de estos pensamientos; pero quiere que sean arreglados al amor que le debeis, que los dirijais todos á él, de suerte, que él solo tenga toda vuestra estimacion.

Aquí se manifiesta, cristianos, la ceguedad del entendimiento humano en aquella injusta preferencia que damos á tantas cosas sobre Dios. Si se hallase alguno, que hiciera mas caso de la plata que del oro, todos le tendrian por un insensato; y vosotros estimais mas el oro que á Dios, sin que ninguno halle nada que extrañar: ¡qué espantosa ceguera! ¡Cómo! ¿lleva por ventura mas ventaja el oro á la plata, que Dios al oro? Si pasara, pues, por loco, el que prefiriera la plata al oro, ¿será cuerdo el que prefiera un poco de oro al Criador del cielo y de la tierra? ¡Qué ceguedad!

Mirad, decia en otro tiempo Josué á los hijos de Israel: yo os he instruido sobre muchas cosas; pero lo que mas os encomiendo, y á lo que principalmente debeis aplicar vuestra atencion, es á amar al Señor vuestro Dios, y uniros á él por entero: *hoc tantum diligentissime præcavete, ut diligatis Dominum Deum vestrum.* Josue, xxiii, 11. Permitid, hermanos mios, que os dé el mismo consejo; y ¿lo hay acaso mas importante para vuestra salvacion? Por mas que hicierais milagros y prodigios, y distribuyerais toda vuestra hacienda á los pobres, si faltase en vuestro corazon el amor de Dios,

de nada os serviria esto delante de él. Tened todas las virtudes que quisierais, todas, sin la caridad, os serán inútiles para merecer el cielo: *in hac vita,* nos dice el gran S. Agustin, *virtus non est nisi diligere Deum.* Aug. ep. v. Separemos nuestro corazon de las criaturas para no amar sino al Criador. Tiempo es ya de que en un asunto tan grave tomemos una resolucion firme.

Hagamos á Dios esta oracion de un gran santo: *suscipe residuum annorum meorum.* Ved aquí el acto de amor de Dios por el cual acabo este discurso, diciendo con S. Bernardo: ¡Ah Señor! de vos he recibido favores y misericordias inexplicables: yo lo reconozco y os doy mil gracias: dignaos recibir los pocos años que me restan para reparar aquellos que he pasado sin amaros. Sí, aunque soy miserable pecador, os ofrezco todo lo restante de mi vida: no la rehuseis: *suscipe residuum annorum meorum.* ¡Señor mio! bien poco os doy, porque acaso no me restan sino muy pocos dias que vivir; pero todo lo que me resta, lo consagro á amaros. Confieso que estoy cubierto de vergüenza y confusion, por no presentaros sino el miserable resto de una vida, cuya mejor porcion robaron la ambicion, el deleite, el amor del mundo, y el apego á las criaturas; pero espero poder reparar por la penitencia lo que he perdido por el pecado. Vengo tarde á vos, ¡oh mi Dios! ¡Oh bondad, siempre antigua y siempre nueva, que llenais de embeleso el corazon de los ángeles y de los santos, que tarde comienzo yo á amaros! Mas quiero suplir con la austeridad de mi vida, lo que la brevedad de mis dias no me permite cumplir; voy á amaros con todo mi corazon, con toda mi alma y con todo mi entendimiento: os amaré mas que á ninguna otra cosa; amaré á vos, y os amaré constantemente en esta vida, á fin de amaros con los santos por toda la eternidad. Amen.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El precepto por el que Dios nos manda amarle, 1.°, es facilísimo: primera cualidad del precepto, y primer motivo de cumplirle; 2.°, es utilísimo: segunda cualidad del precepto, y segundo motivo de cumplirle.

I. El hombre debe amar; Dios ha de ser amado: esta es toda la ley en compendio: *audi, Israel: diliges Dominum Deum tuum.* Deut. vi, 4. Tan fácil le es al hombre amar, que no puede vivir sin amor. Tan fácil le es amar á Dios como natural al corazon dirigir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus afectos al objeto mas amable. Basta conocer á Dios en sus atributos, en su amor, en sus beneficios, para amarle. Es, pues, facilísimo amar á Dios.

II. Es utilísimo, 1.°, porque este amor es el que da todo su valor á nuestras acciones; 2.°, porque facilita las acciones mas difíciles, 3.°, porque ennoblece las mas pequeñas; 4.°, porque este amor redunda en nuestro propio provecho; 5.°, porque este amor, en cierto modo, nos diviniza.

II.

Para confusion de los ingratos y consuelo de las almas nobles demostraremos, 1.°, que nadie puede dispensarse de amar á Dios: 2.°, daremos á conocer las verdaderas señales de este amor.

I. La ley de amor á Dios estaba escrita en el libro de la naturaleza y en el fondo de nuestra conciencia, antes de haberlo sido en las tablas de Moisés y en el Evangelio de Jesucristo; y nosotros no podemos excusarnos de amar á Dios, sino afectando ignorar, que somos hombres y que Dios es Dios: Dios nos manda que le amemos; Dios merece ser amado; Dios castigará severamente á los que no le aman: ¿cómo dispensarnos, pues, de amar á Dios?

II. Triste condicion la nuestra en este mundo; no sabemos si somos dignos de amor ó de ódio. Pero si no hay señal absolutamente cierta de que amamos á Dios, hay algunas por las cuales es difícil equivocarse. ¿Cuáles son? 1.ª Preferir á Dios á todo lo criado. 2.ª Sujetarse gustoso al cumplimiento de sus preceptos, aun á costa de la vida. 3.ª Serle fiel aun en las cosas pequeñas. La vigilancia de los santos en este punto condena nuestra conducta.

III.

Los cristianos, que tantos y tan señalados beneficios hemos recibido y recibimos de Dios, debemos amarle; 1.°, con un amor preferente; 2.°, con un amor tierno; 3.°, con un amor efectivo.

I. Con un amor preferente, posponiendo todo amor, aun el de nosotros mismos, al suyo, y procurando que nuestro corazon no esté dividido. Dios nos ama con la mayor ternura y exige de nosotros todo nuestro amor. No podemos, pues, dividir nuestro corazon.

II. Con un amor tierno Dios nos ama como el mejor y mas amable de los padres: debemos, pues, amarle con la ternura propia

de hijos amantes, apartándonos de cuanto pueda ofenderle, y haciendo cuanto sea de su agrado.

III. Con un amor efectivo, ó sea manifestado con obras, no omitiendo nada de cuanto pueda promover su gloria, como es trabajar para que sea conocido, amado y servido.

DIVISIONES.

AMOR DE DIOS. *(Cuando él nos ama.)*—El interés que se toma por nuestra perfeccion es una prueba de que nos ama como obras suyas.

La herencia que nos tiene dispuesta revela, que nos ama como á hijos suyos.

La union que quiere realizar entre él y nosotros prueba, que ama á nuestras almas como á sus esposas.

AMOR DE DIOS. *(Cuando él nos ama.)*—El amor que Dios tiene á los hombres les ha de hacer despreciar

1.° Los ódios de sus mayores enemigos.

2.° Las caricias de sus falsos amigos.

AMOR DE DIOS. *(Cuando él nos ama.)*—Nosotros le movemos á que nos ame con paciencia cuando sufrimos las flaquezas de nuestros prójimos.

Le movemos á que nos ame con libertad cuando menospreciamos las riquezas del mundo.

Le movemos á que nos ame con familiaridad cuando se nos hace agradable conversar con él por medio de la oracion.

AMOR DE DIOS. *(Cuando él nos ama.)*—Dios nos ama, aunque seamos indignos de su amor.

Nos ama en el tiempo para amarnos mas todavía en la eternidad.

Nos ama para que aprendamos á amarnos los unos á los otros.

AMOR DE DIOS. *(Cuando le amamos.)*—Para amar á Dios es preciso

1.° Amar lo que él ama.

2.° Aborrecer lo que él aborrece.

AMOR DE DIOS. *(Cuando le amamos.)*—Es preciso amar á Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1.° Cuando él se nos esconde y cuando se nos da á conocer.
2.° Cuando nos envia aflicciones y cuando nos da consuelo.
3.° Cuando nos castiga y cuando nos concede recompensas.

AMOR DE DIOS. *(Cuando le amamos.)*—Cuando amamos á Dios es preciso

1.° Que nuestro amor nos haga conocer la deformidad del pecado.
2.° Que nuestro amor nos induzca á trabajar para la propagacion de su reino.
3.° Que nuestro amor nos haga despreciar todos los obstáculos ó contrariedades que háyamos de sufrir en su obsequio.

AMOR DE DIOS. *(Cuando le amamos.)*—Debemos amar

1.° La voluntad que Dios tiene de que nosotros le amemos.
2.° La ley que nos manda amarle.

AMOR DE DIOS. *(Cuando le amamos.)*—Se conoce que las religiosas aman mas á Dios que las gentes del mundo

1.° Cuando están mas ocupadas en su presencia.
2.° Cuando están mas retraidas de las criaturas.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Hoc tantum diligentissime præcavete, ut diligatis Dominum Deum vestrum. Josue xxii, 11.

Una sola cosa habeis de procurar con todo esfuerzo, que es amar al Señor Dios vuestro.

Diligam te, Domine fortitudo mea. Psalm. xviii, 1.

A tí he de amarte, oh Señor, que eres *toda* mi fortaleza.

Diligite Dominum omnes sancti ejus. Psalm. xxx, 24.

Amad al Señor santos suyos todos.

Custodit Dominus omnes diligentes se. Psalm. cxliv, 20.

El Señor defiende á todos los que le aman.

Ego diligentes me diligo. Prov. viii, 17.

Yo amo á los que me aman.

Universa delicta operit charitas. Idem. x, 12.

La caridad cubre todas las faltas.

Præbe, fili mi, cor tuum mihi. Idem. xxiii, 26.

Dame, oh hijo mio, tu corazon.

Fortis est ut mors dilectio. Cant. viii, 6.

El amor es fuerte como la muerte.

Oculi Dei in diligentes se. Eccli. xxxiv, 15.

Los ojos de Dios están fijos sobre los que le aman.

In charitate perpetua dilexi te. Jerem. xxxi, 3.

Yo te he amado con perpétuo *y no interrumpido* amor.

In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis. Oseæ xi, 4.

Yo los atraje hácia mí con vínculos propios de hombres, con los vínculos de la caridad.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua; hoc est maximum et primum mandatum. Matth. xxii, 37.

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma; este es el máximo y primer mandamiento.

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Luc. xii, 49.

Yo he venido á poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?

Si diligitis me, mandata mea servate. Joann. xiv, 15.

Si me amais, observad mis mandamientos.

Qui habet mandata mea, et servat ea, ille est qui diligit me; qui autem diligit me, diligetur à Patre meo, et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Joann. xiv, 21.

Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y yo mismo me manifestaré á él.

Plenitudo legis est dilectio. Rom. xiii, 10.

El amor es el cumplimiento de la ley.

Certus sum, quia neque mors, neque vita... neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro. Rom. viii, 38.

Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida... ni otra ninguna criatura podrá jamas separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor.

Si charitatem non habuero, factus sum velut æs sonans. I Corinth. xiii, 1.

Si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena.

Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit. I Cor. xvi, 22.

El que no ama á nuestro Señor Jesucristo sea anatema.

Nos ergo diligamus Deum, quoniam ipse prior dilexit nos. I Joan. iv, 19.

Amemos pues á Dios, ya que él nos amó el primero.

Videte qualem charitatem dedit nobis Deus, ut filii Dei nominemur, et simus. Idem. iii, 1.

Mirad qué *tierno* amor hácia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos *en efecto*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léase la reconvencion que dirige Moisés al pueblo de Israel, diciéndole, que el único modo de agradecer cumplidamente á Dios tantos beneficios como del mismo recibian, era temerle, servirle y amarle sobre todas las cosas. Deuteron. x, 12 y 13.

Josué protesta ante todo el pueblo de que inútilmente esperarán la felicidad y paz que Dios les promete, si no procuran con absoluta preferencia amar de corazon á su Dios y Señor. Josue xxiii, 11.

El Espíritu Santo hace un magnífico elogio de David porque amó á Dios de todo corazon. Eccli. xlvii, 10.

El ejemplo de la Magdalena arrepentida y postrada á los piés del Salvador, nos manifiesta los prodigiosos efectos que produce en el alma el amor divino, transformándola; y nos revela cuan generoso es Dios en perdonar muchos y grandes pecados: *Dimissa sunt et peccata multa quoniam dilexit mundum*. Luc. vii.

Cuanto se complace Dios en nuestro amor, y cuanto se complace en nosotros cuando le amamos, nos lo manifiesta él mismo en las respuestas que exije del Príncipe de los apóstoles: *Petre, amas me? Etiam, Domine, tu scis quia amo te.*

El apóstol S. Pablo puede servirnos de modelo de un amor intenso cuando afirma, con todo el vigor de su alma, que ninguna criatura, ninguna desgracia, ni aun la misma muerte, podrán separarle del amor de Jesucristo. Rom. viii.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Facile quælibet bona possunt perire, quæ non possunt sine charitate prodesse. Ambr. lib. de voc. gent. iii.

Con suma facilidad pueden perderse todos los bienes, cuya posesion de nada nos aprovecha sin el amor de Dios.

Nihil amantibus durum, nullus labor difficilis; amemus et nos Deum, et facile videbitur. Hieron.

Nada hay penoso para los que aman, ninguna empresa se les hace difícil; amemos pues á Dios, y todo nos será fácil.

Nullum habere debet terminum charitas, quia nullo potest claudi fine Divinitas. Leo serm. x de Quadr.

El amor á Dios no debe tener límites, como no los tiene la Divinidad.

Quisquis cognoscit te diligit te, se obliviscitur; amat te plusquam se, relinquit se ut veniat ad te. Aug. in soliloq. vi.

El que te conoce (oh Dios mio) y te ama, se olvida de sí propio, porque te ama mas que á sí, y por esto se olvida de sí mismo para pensar solo en tí.

Verus amor non sentit amaritudinem, sed dulcedinem, quia soror amoris dulcedo est, sicut soror odii est amaritudo. Aug. confess. lib. iii.

El verdadero amor no conoce la amargura, sino la dulzura, por ser esta la compañera inseparable del amor, así como la amargura lo es del odio.

Charitas in omnibus Dei donis ita excellit, ut etiam Deus dicta sit: Deus charitas est. Idem, in epist. ad Julian.

El verdadero amor es un don de Dios tan superior á sus demas dones, que hasta se le apellida Dios: *Dios es todo amor.*

Altare Dei est cor nostrum in quo jubetur ignis semper ardere; quia necesse est ex illo ad Deum flammam charitatis indesinenter ascendere. Greg. lib. xv moral. 7.

Nuestro corazon es el altar del mismo Dios, en el cual se nos manda, que tengamos siempre encendido el fuego del amor, cuya llama debe subir contínuamente hasta su divina presencia.

AMOR DEL PRÓJIMO.

I.

Diliges proximum tuum sicut teipsum.
Amarás al prójimo como á tí mismo.
(*Luc.* ix, 27.)

Nadie ignora, que despues del amor que todo hombre debe tener á su Criador, el amor del prójimo es la base y el fundamento de la religion cristiana, como que en estos dos principios se funda toda la economía de lo que el Señor se ha dignado revelarnos. Sin embargo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léase la reconvencion que dirige Moisés al pueblo de Israel, diciéndole, que el único modo de agradecer cumplidamente á Dios tantos beneficios como del mismo recibian, era temerle, servirle y amarle sobre todas las cosas. Deuteron. x, 12 y 13.

Josué protesta ante todo el pueblo de que inútilmente esperarán la felicidad y paz que Dios les promete, si no procuran con absoluta preferencia amar de corazon á su Dios y Señor. Josue xxiii, 11.

El Espíritu Santo hace un magnífico elogio de David porque amó á Dios de todo corazon. Eccli. xlvii, 10.

El ejemplo de la Magdalena arrepentida y postrada á los piés del Salvador, nos manifiesta los prodigiosos efectos que produce en el alma el amor divino, transformándola; y nos revela cuan generoso es Dios en perdonar muchos y grandes pecados: *Dimissa sunt et peccata multa quoniam dilexit mundum*. Luc. vii.

Cuanto se complace Dios en nuestro amor, y cuanto se complace en nosotros cuando le amamos, nos lo manifiesta él mismo en las respuestas que exije del Príncipe de los apóstoles: *Petre, amas me? Etiam, Domine, tu scis quia amo te.*

El apóstol S. Pablo puede servirnos de modelo de un amor intenso cuando afirma, con todo el vigor de su alma, que ninguna criatura, ninguna desgracia, ni aun la misma muerte, podrán separarle del amor de Jesucristo. Rom. viii.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Facile quælibet bona possunt perire, quæ non possunt sine charitate prodesse. Ambr. lib. de voc. gent. iii.

Con suma facilidad pueden perderse todos los bienes, cuya posesion de nada nos aprovecha sin el amor de Dios.

Nihil amantibus durum, nullus labor difficilis; amemus et nos Deum, et facile videbitur. Hieron.

Nada hay penoso para los que aman, ninguna empresa se les hace difícil; amemos pues á Dios, y todo nos será fácil.

Nullum habere debet terminum charitas, quia nullo potest claudi fine Divinitas. Leo serm. x de Quadr.

El amor á Dios no debe tener límites, como no los tiene la Divinidad.

Quisquis cognoscit te diligit te, se obliviscitur; amat te plusquam se, relinquit se ut veniat ad te. Aug. in soliloq. vi.

El que te conoce (oh Dios mio) y te ama, se olvida de sí propio, porque te ama mas que á sí, y por esto se olvida de sí mismo para pensar solo en tí.

Verus amor non sentit amaritudinem, sed dulcedinem, quia soror amoris dulcedo est, sicut soror odii est amaritudo. Aug. confess. lib. iii.

El verdadero amor no conoce la amargura, sino la dulzura, por ser esta la compañera inseparable del amor, así como la amargura lo es del odio.

Charitas in omnibus Dei donis ita excellit, ut etiam Deus dicta sit: Deus charitas est. Idem, in epist. ad Julian.

El verdadero amor es un don de Dios tan superior á sus demas dones, que hasta se le apellida Dios: *Dios es todo amor.*

Altare Dei est cor nostrum in quo jubetur ignis semper ardere; quia necesse est ex illo ad Deum flammam charitatis indesinenter ascendere. Greg. lib. xv moral. 7.

Nuestro corazon es el altar del mismo Dios, en el cual se nos manda, que tengamos siempre encendido el fuego del amor, cuya llama debe subir contínuamente hasta su divina presencia.

AMOR DEL PRÓJIMO.

I.

Diliges proximum tuum sicut teipsum.
Amarás al prójimo como á tí mismo.
(*Luc.* ix, 27.)

Nadie ignora, que despues del amor que todo hombre debe tener á su Criador, el amor del prójimo es la base y el fundamento de la religion cristiana, como que en estos dos principios se funda toda la economía de lo que el Señor se ha dignado revelarnos. Sin embargo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no todos los cristianos quieren hacerse cargo de la latitud á que alcanza el deber de amar á sus semejantes, ni de los verdaderos caracteres de este amor. En la presencia de Dios, todos los hombres, sea cual fuere su país, sus leyes, sus costumbres, sus creencias, son dignos de nuestro amor; porque todos son hermanos, todos han sido formados por una misma mano, en todo se ve impresa la imágen del mismo Criador; y por salvar á todos y á cada uno, sin la menor preferencia de fieles ó infieles, justos ó injustos, derramó su sangre Jesucristo. Siendo uno mismo el Dios de todos los hombres, dejándose ver en todos el sello impreso por la misma mano, y siendo iguales las relaciones que los unen, ¿pudiéramos dejar de amarlos, sin ofender al Dios que los crió, al Salvador por quien fueron redimidos, al Hombre-Dios que no se desdeñó, como dice el Apóstol, de caracterizarlos con el título de hermanos suyos? ¿Y no debemos ofrecerles el obsequio de nuestro amor, no una vez, sino siempre, en todo tiempo, en toda circunstancia, en cualesquiera ocasiones? Pero ¿cuál será el tipo por el que habrá de regirse este amor? El Salvador nos lo dice: *Sicut teipsum*; debemos amar á nuestros semejantes como nos amamos á nosotros mismos. Si los hombres observasen religiosamente este precepto, todos serian felices, reinarian en todas partes la paz y la tranquilidad, la tierra seria una imágen del cielo; pero por desgracia es muy comun el tener por excluidos del derecho al amor que Dios prescribe en su ley, á los hombres á quienes se guarda algun resentimiento; y amar á los demas solo en épocas determinadas, en ocasiones especiales, en circunstancias particulares, y amarlos con ménos eficacia de la que debe manifestarse en la práctica. Examinemos atentamente los designios que Jesucristo tuvo al imponernos el precepto de amar á nuestros semejantes, y comprendiendo la obligacion que nos impone, y el tipo á que debemos atenernos en el cumplimiento de este precepto, procuraremos observarlo con la escrupulosidad que se merece por la singular preferencia que le dió Jesucristo. *Diliges proximum*, amarás al prójimo, esto es, á todos los hombres: hé aquí nuestro deber. *Diliges sicut teipsum*, le amarás como á tí mismo; he aquí su tipo ó norma. El asunto, por su importancia, exige toda vuestra atencion. Para examinarlo dignamente, imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La ley de gracia no es la única que dice, ama al prójimo, *diliges proximum;* esta ley es tan antigua como el mundo, y es anterior á él; Dios la grabó en el corazon de nuestros primeros padres para trasmitirla á su posteridad. A proporcion que los hombres se multiplicaron, se extendió mas; y para perpetuarla, quiso el Señor que se grabára tambien en tablas de piedra, dándolas á Moisés para que la publicára á su pueblo. Pero como esta ley no habia llegado aun á su perfeccion, y estaba ya borrada del corazon de la mayor parte de los hombres, Jesucristo, que vino para completar lo que la faltaba, la renovó con su divino espíritu, y la dejó enteramente perfecta. Por esto la puso entre las primeras máximas de su Evangelio, y la calificó de precepto suyo particular: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem.* Joan. xv, 12. Os doy un nuevo mandamiento: *Mandatum novum;* Jesucristo quiere que se observe de un modo enteramente nuevo y con mas perfeccion que en la ley antigua; es decir, que los hombres se amen unos á otros como él les amó; que amen hasta á sus mayores enemigos: *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.* Joann. xiii, 34. Tales son, amados hermanos mios, los términos de la ley, que impone el amor al prójimo; ley formal y precisa, que no da lugar á torcidas interpretaciones; ley indispensable, contra la cual nadie puede alegar excusa para eximirse de ella; ley la mas justa y razonable, apoyada en los mas sólidos fundamentos, esto es, en las relaciones de los hombres con Dios, y en las relaciones de los hombres entre sí. Debemos amar al prójimo; ¿por qué? por ser obra é imágen de Dios, por haber sido redimido con la sangre de un Dios: éstas son sus relaciones con Dios. Debemos amar al prójimo; ¿por qué? porque como hombres, todos somos hermanos, y mas aun como cristianos: éstas son las mútuas relaciones que nos unen.

El hombre es obra é imágen de Dios, de lo cual no podemos dudar. Cuando concebió el designio de sacarle de la nada, dijo: Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Gen. i, 26. Formó su cuerpo con un poco de tierra y lo animó con un soplo de vida, con una sustancia espiritual, que representa en su esencia á la misma divinidad, la imita en sus operaciones, y, siendo inmortal, participa de su eternidad. Este hombre, formado á imágen de Dios, es tambien el premio de la sangre de un Dios; fué redimido y salvado por la muerte de un Dios-Hombre, y en este concepto es hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino, objeto de su amor y de su celo paternal. ¡Qué motivos tan poderosos para amar al prójimo! Negarle nuestro amor, ¿no seria negarlo al mismo Dios que lo ha formado y redimido para hacerlo suyo? Si no amais al prójimo, que veis, ¿cómo amareis á Dios, á quien no veis, dice S. Juan? Si no amais al prójimo, ¿cómo podeis decir, que amais á Dios? En este caso infrin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gis uno de los primeros preceptos, cuya observancia le da á conocer á los que le aman; y si la infraccion de un solo mandamiento equivale á la infraccion de toda la ley, como dice el apóstol Santiago, ¿qué diremos de los que los infringen todos, no observando el precepto de la caridad, que es el complemento de la ley? No deben confiar, pues, en su salvacion los que no aman al prójimo. En vano, amados oyentes, en vano usariais el lenguaje de los ángeles; en vano tendriais una fe bastante viva para remover los montes, como dice S. Pablo; en vano pasariais orando todos los dias; en vano hariais vuestro cuerpo objeto de todos los rigores del ayuno y de la mortificacion; pues si no teneis caridad, añade el mismo Apóstol, de nada os servirá todo eso: *Si charitatem non habuero, nihil mihi prodest.* I Cor. XIII, 3. Debemos practicarla con preferencia á cualquiera otra virtud, dice el Príncipe de los Apóstoles: *Ante omnia in vobismetipsis mutuam charitatem habentes.* I Petr. IV, 8; y no digais que ese ó aquel á quien no amais, no merece vuestro amor; que tiene un carácter extravagante é insufrible; que ese hombre, á quien la ley os manda amar como á vosotros mismos, tiene defectos que le hacen indigno de vuestro afecto; que no puede alternar en ninguna sociedad, que hasta os ha insultado, ultrajado, y que siempre está prevenido contra vosotros. Yo supongo que todo esto sea cierto, y que la conducta de ese hombre merezca vuestra indignacion mas que vuestra amistad; el desprecio de sus semejantes mas que las consideraciones sociales; pero ese hombre es la imágen de Dios, ha sido redimido con la sangre de un Dios, y lo que en él debeis mirar y amar, no son sus vicios, sus defectos, sus desórdenes y su conducta, sino la imágen que representa; cerrad los ojos á lo demas: básteos saber, que Dios está representado en el hombre que os desagrada, que os ha ofendido; y, por último, debeis amar á Dios en este hombre, y á ese hombre por Dios. La imágen del rey, ora esté grabada en plomo ó en oro, siempre es respetable; así tambien la imágen de Dios, ya se considere en un hombre vicioso ó virtuoso, siempre es, como tal imágen, digno de vuestro respeto y amor. Mirad esta imágen, ó mejor, mirad á Dios, y así cumplireis lo que os manda; mirad tambien lo que el prójimo es para vosotros mismos, y vereis otro de los motivos en que se funda la caridad, que debemos tenernos mútuamente.

Puede considerarse al hombre, ó por lo que es en sí mismo, ó por lo que es como cristiano. En ambos conceptos, los hombres han de atender á las relaciones mútuas, que deben formar los nudos de una estrecha caridad. Cualquier hombre es prójimo de otro hombre;

como hombres, todos tenemos un mismo orígen, un mismo padre. Para que no tengamos todos mas que un mismo corazon, todos estamos compuestos de la misma naturaleza, de un cuerpo y un alma semejantes; habitamos la misma tierra, y nos alimentamos de los mismos frutos que produce. No creais, pues, que por ser vosotros ricos, y pobre vuestro prójimo, esteis dispensados de amarle. Sois ricos, y podeis pasaros sin él, no hay duda; pero ese pobre, ese indigente, ese miserable, es hombre como vosotros, es vuestro semejante, Dios podia enriquecerle, ensalzarle como á vosotros, y tal vez lo ha merecido mas que vosotros. ¿Le aventajais acaso en sacrificios hechos á Dios para obtener unos bienes que él no tiene? ¿No podia Dios reduciros al mismo estado en que se encuentra un infeliz pobre? Miraos, pues, á vosotros mismos en el hombre que habeis despreciado. Es vuestro hermano, y como tal, merece vuestro amor. ¿Y cuánto mas habrá de merecerlo como cristiano?

Con efecto, todos somos hermanos en Jesucristo, y el lazo del cristianismo, que une á los hombres, es aun mas fuerte que el de la humanidad. Como cristianos, todos somos regenerados por el mismo bautismo, todos tenemos á Dios por padre, á la Iglesia por madre, á los sacramentos por alimento, al cielo por herencia; somos los miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Pobres y ricos, grandes y pequeños, nobles y pecheros, reyes y súbditos, sabios é ignorantes, todos pertenecen al cuerpo místico de Jesucristo, y todos, por consiguiente, han de estar unidos por los vínculos de una sincera caridad. Ved la union y las relaciones que hay entre los miembros del cuerpo humano. Tal es la comparacion de que se vale el Apóstol: Vosotros sois el cuerpo *místico* de Cristo, y miembros unidos á otros miembros: *Vos estis corpus Christi et membra de membro.* I Cor. XII, 27. Todos estos miembros se interesan uno por otro: el dolor del uno se comunica á los demas; y no bien está curado el uno, quedan todos aliviados. Los ojos guian á los piés, las manos defienden la cabeza; en la distribucion de alimentos, cada miembro toma lo que necesita y deja lo demas para los otros. Si alguno de ellos sufre ó está débil, los otros le alivian y le sostienen; si el pié se clava en una espina y se lastima, por levantados que estén los ojos, se bajan para buscarla, la mano acude para sacarla; en una palabra, tienen todos los miembros tales relaciones entre sí, como que les son comunes los bienes y los males.

Estos son los efectos que la caridad debe producir entre los cristianos, que son miembros de un mismo cuerpo. Todos estos miembros deben estar unidos para prestarse mútuamente los auxilios que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necesitan, de suerte, que los unos sirvan como de ojos, los otros como de piés, segun se expresa en la Sagrada Escritura, cuando se elogia al santo varon Job, diciendo, que era el ojo del ciego, el pié del cojo: *Oculus fui cæco, pes claudo.* Job. xxix, 15. Los que son superiores á los demas por su autoridad, y figuran, digámoslo así, lo que la cabeza con respecto al cuerpo, deben dar apoyo á los débiles; los ricos no han de desdeñar la miseria de los pobres, sino socorrerla; los que están buenos, han de asistir á los enfermos; los sabios y expertos han de instruir á los ignorantes y ayudarles con sus consejos. S. Pablo, comparando los miembros inferiores á los demas, dice, que así como los piés del cuerpo humano, aunque muy inferiores á la cabeza, no le tienen envidia, así los cristianos, que viven en la pobreza y en la oscuridad, no han de envidiar la dicha de los mas afortunados. Aunque un miembro sea incurable y con sus dolores haga sufrir á los demas, ninguno, empero, se irrita contra él, sino que, por el contrario, le compadecen y no consienten en que se les prive de su compañía. Así debemos sufrir mútuamente nuestros defectos, sin exceptuar á nuestros mayores enemigos, que ponen á prueba nuestra paciencia. Nada debe extinguir la caridad que ha de unir á los miembros de Jesucristo. El que está separado de su hermano por la enemistad que le tiene, no pertenece al cuerpo místico cuya cabeza es Jesucristo; es un miembro corrompido, que corre peligro de muerte: *Qui non diligit manet in morte*, Joann. iii, 14, pues no conserva el espíritu de caridad, que es la señal con la que Jescucristo quiso que se reconociera á sus discípulos: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus.* Rom. viii, 9.

Y con todo, amados hermanos mios, ¿dónde está la caridad cristiana, lazo que ha de unir los corazones? Léjos de ser así, vemos que menudean entre los cristianos la enemistad, la disension, los celos y la injusticia. El uno procura arruinar al otro con vejaciones, ó con engaños y reprobados medios. Este se apodera injustamente de unos bienes que no le pertenecen; aquel denigra sin embozo la reputacion de su hermano; los grandes oprimen á los pequeños; los pequeños envidian á los grandes; los que son iguales se miran con prevencion, de suerte, que bien podemos decir, que el mayor enemigo del hombre es el hombre mismo. Ya no hay lealtad entre los amigos; dicen que nadie sabe ya de quien fiarse; el trato de los hombres se hace insufrible, y ninguno está tranquilo sino lejos de sus semejantes; aun los que están unidos por los lazos de la carne y de la sangre, son á veces los mayores enemigos, y con frecuencia hallamos mejor acogida en un extraño, que en un pariente. El Evangelio cita el ejemplo

de un hombre, que fué abandonado por sus deudos y socorrido por un samaritano, que no pertenecia á su nacion. Muchas veces vereis tambien, que algunos, á pesar de sus buenos sentimientos, se dejan llevar de la antipatía, de la aversion á los que tienen la desgracia de desagradarles, con los cuales se permiten á lo mas algunas apariencias de caridad fingida, para encubrir un rencor reconcentrado ó una indiferencia censurable; les vereis, sin embargo, frecuentar los sacramentos, hacer muchas buenas obras, observar exactamente ciertas prácticas de devocion, que sin estar animadas del espíritu de caridad, no pueden agradar á Dios ni merecer sus recompensas. ¡Oh caridad de los primeros cristianos! tú les unias tan íntimamente, que todos no formaban mas que un corazon y un alma. ¿Por qué no reinas todavía en el espíritu y corazon de los cristianos de nuestros dias? ¡Ojalá, amados hermanos mios, reaviveis en vosotros el sublime fuego que animaba al cristianismo naciente! ¡Ojalá veamos renovarse la fraternal caridad, que constituye el carácter de los discípulos de Jesucristo! Examinemos ahora la práctica de esta caridad; *Sicut teipsum.*

Cuando el Criador nos impuso la ley de amar al prójimo, preveia todos los falsos pretextos de que se valdria el amor propio para eludir la fuerza de su mandamiento, y, por consiguiente, proscribia ya de antemano esas amistades simuladas y aparentes, estériles é ineficaces, esas amistades, que se reducen á algunas palabras de cumplimiento, á algunas ofertas de servicios: amistad aparente, que no procede del corazon; amistad estéril, que no produce efecto. Por esto nos mandó el Señor, que amásemos al prójimo como á nosotros mismos: *Diliges sicut teipsum*; porque el amor que á nosotros nos profesamos es sincero y eficaz. Tal debe ser tambien nuestro amor para con el prójimo: amor sincero, que proceda del corazon; amor contrario á las amistades, que deben toda su apariencia al barniz que las encubre; amor eficaz, que se manifieste con las obras, é incompatible con las amistades estériles que no producen efecto. Mas como el amor que á nosotros nos profesamos, por sincero y eficaz que sea, no está siempre bien ordenado, ni se deja guiar por un buen motivo, y á veces es vicioso, mundano, carnal é interesado, tambien quiso Jesucristo purificar nuestro amor al prójimo, proponiéndonos por modelo el amor que nos profesa á nosotros: *Sicut dilexi vos.* Joan. xiii, 34. Para resumir, pues, todas las calidades y reglas, que debe reunir y observar la caridad fraternal, digo, que ha de ser sincera en su principio, eficaz en sus obras y pura en sus motivos. Tal fué la caridad del samaritano, cuyo ejemplo nos propone Jesucristo.

Nosotros nos amamos con amor sincero, y puede asegurarse, que, en este punto, dejamos á un lado astucia y fraudes; no solamente no nos queremos mal, sí que tambien nos deseamos cuantos bienes creemos necesarios para nuestra utilidad y recreo. Tened, pues, en cuenta, cuanto os amais á vosotros mismos para amar igualmente al prójimo. Considerad al prójimo como á vosotros mismos, no para desearle y hacerle mayor mal que á vosotros mismos, sino para procurarle y hacerle todo el bien que para vosotros apeteceis. Ésta es la pauta de la caridad cristiana. Porque os amais á vosotros mismos, no quisierais que nadie se apoderase injustamente de vuestros bienes, empañase vuestra reputacion con negras calumnias, y os insultase con sangrientos sarcasmos: ¿cómo, pues, no os animan iguales sentimientos hácia el prójimo? Porque os amais á vosotros mismos, os deseais todo el bien que creeis necesario para preservaros de los males de la vida; lo propio debeis desear para el prójimo. No creais, pues, cumplir con el deber de la caridad, si tratais con indiferencia á vuestros semejantes. El precepto del amor reclama vuestro corazon; si se lo negais, no cumplís con el precepto. Ved al samaritano del Evangelio, á quien Jesús nos propone por modelo: á la vista del pobre herido, á quien encuentra moribundo en el camino, franquea su corazon á compasivos sentimientos, *misericordia motus*, y acude al auxilio de aquel infeliz, para prestarle cuantos servicios le inspira su caridad. Todo lo que hace para aliviarle, se lo dicta el corazon, se lo inspira un amor sincero: *misericordia motus*. Este grande ejemplo, amados oyentes, confunde á los corazones duros é insensibles á las miserias del prójimo, indiferentes á las adversidades ajenas, que se concretan á dar algunas muestras exteriores de compasion, en las cuales el corazon no toma parte alguna. Si os vierais en angustiosos apuros, agobiados por enfermedades ó reveses de fortuna, ¿no os pluguiera mucho, que vuestros semejantes os tuviesen compasion y tomasen parte en vuestros padecimientos? En vano, pues, os preciais de amar al prójimo, si no le profesais con sinceridad los mismos sentimientos, que desearíais en los demas con respecto á vosotros mismos.

Como os amais con amor sincero, quereis que se toleren vuestros defectos, que se os trate con indulgencia; tolerad, pues, igualmente los defectos agenos; sed para los otros tan indulgentes como quisierais que ellos lo fuesen para vosotros, y asi cumplireis la ley de Jesucristo: *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi*. Gal. vi, 2. Este es, amados hermanos mios, un punto notable para la práctica de la caridad. Todos tenemos defectos y flaquezas, que nos exponen á las mútuas ofensas, y, sin embargo, estamos obligados á vivir juntos; así, pues, para que la sociedad sea llevadera, es preciso perdonarnos recíprocamente, y disimular nuestras debilidades, sin lo cual fuera imposible toda relacion entre los hombres. La admirable sabiduría de Dios consiste, en que nos ha mandado amarnos unos á otros como á nosotros mismos, porque amándonos de esta suerte, nos perdonamos mútuamente. Dios, que nos manda sufrir á los demas, les manda tambien que nos sufran á nosotros. Si todos cumplen con su deber, nunca se turbará la paz, que á menudo se ve interrumpida por las pendencias y disensiones intestinas, que siembran la desolacion en las familias. ¿Por qué? por la falta de caridad en tolerar los defectos del prójimo. ¿Cuántos quieren que se les dispense y se les sufra todo, sin que por su parte toleren nada en los demás? Desean indulgencia para sí, y tratan á los otros con altivez, insultándoles ó despreciándoles por sus defectos. ¿Es esto amar al prójimo como á sí mismo? No por cierto, pues la caridad cristiana sigue la misma regla para el prójimo y para sí propio. No debemos amar solamente de palabra, y con la lengua, sino con obras y de veras ó sinceramente: *Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate*. I Joan. iii, 18. ¿Cuál es el amor que nos profesamos á nosotros mismos? No solo nos deseamos el bien, sino que nos lo procuramos por todos los medios, y ocurrimos á nuestras necesidades. ¿Vivimos en la indigencia? buscamos medios para conseguir mejor suerte. ¿Estamos enfermos? recurrimos á los médicos. Estamos afligidos? buscamos consuelo al lado de un amigo. En una palabra, el amor ingenioso, que nos tenemos á nosotros mismos, nos sugiere mil recursos para hallar lo que necesitamos. Esto debe hacer un amor ingénuo y eficaz para con el prójimo; pues concretarnos á simples deseos, sin tratar de realizarlos, no es cumplir los deberes de la caridad, sino imitar á aquellos, que vieron á un herido en el camino de Jericó, y se limitaron á manifestar que le tenian compasion sin prestarle auxilio. ¿Por qué no imitamos, por el contrario, la conducta del caritativo samaritano, que á impulsos de su compasion, le dió todas las pruebas de una caridad eficaz, sin aguardar á que el pobre herido le pidiese socorro? En el órden práctico es menester, que estudieis todas las necesidades corporales y espirituales á que se ve reducido el prójimo, para prestarle los auxilios que podais. Si vuestro hermano está en la indigencia, abatido por reveses de fortuna, por las calamidades del tiempo, tendedle una mano para ayudarle á levantarse, so-

con vuestras riquezas, con vuestro crédito, con vuestro trabajo, y con todos los servicios que de vosotros dependan. Si el hambre le molesta, y la sed le devora, y la desnudez le hiela, dadle de comer, y de beber, y con que vestirse. En resúmen, prestad al prójimo desdichado todos los servicios, que desearíais que se os prestasen á vosotros mismos en igual situacion.

3. Pero es muy raro encontrar hombres bastante sensibles al infortunio ajeno, para verter en su corazon el lenitivo de una caridad bienhechora. ¿Cuántos corazones duros como el bronce, dejan desfallecer á unos infelices que carecen de todo, sin socorrerles con lo mas mínimo, al propio tiempo que no se privan ni quieren privarse de nada? ¿Cuántos les tratan con desdén, con insultante desprecio, haciendo asi ménos llevadera su miseria? Si se deciden á dispensarles algun favor, solo es para librarse de sus ruegos importunos, y aun lo acompañan con gestos y ademanes que dan testimonio de su alma empedernida. ¿De qué procede, pues, amados oyentes, semejante dureza, esa insensibilidad á las desgracias ajenas? De un espíritu sórdido, que domina á la mayor parte de los hombres. La caridad, dice S. Pablo, no mira por su interés: *Non quærit quæ sua sunt.* Pero dice el mismo apóstol, que ese interés lo buscan todos: *Omnes quæ sua sunt quærunt.* Esto es lo que destruye la caridad entre ellos. La caridad se complace en comunicarse; pero el espíritu de interés se reconcentra en sí propio, todo se lo atribuye, solo se ama á sí mismo, y no es duro sino con los demás. El espíritu de interés no solo vuelve á los hombres insensibles á la desdicha del prójimo, si que tambien separa á los mismos que debieran estar mas unidos: separa á los amigos, á los parientes, al hijo y al padre, al hermano y á la hermana, y lleva el desconcierto á las sociedades. ¿Por qué los primeros cristianos no formaban mas que un corazon y un alma? Porque no tenian cuestiones de interés que dirimir; todos sus bienes eran comunes, y competian en hacerse bien unos á otros. Para ser caritativos, es preciso desprendernos del interés y hacer partícipes de nuestros bienes á los demas segun sus necesidades y nuestros recursos; de suerte, que el que tiene mucho dé mucho, y el que tiene poco dé poco, como decia Tobías á su hijo.

Mas no nos detengamos solamente á probaros, que las necesidades físicas del prójimo deben ser el objeto de la caridad; hay bienes mas nobles, y son los del alma. Este asunto podria ofrecer materia para un discurso particular, del cual solo indico en

breves palabras los puntos capitales. Si el prójimo está afligido, debemos consolarle: es un acto de caridad, que á todos conviene, y que todos pueden desempeñar. ¿Cuántas ocasiones de ejercerlo no se presentan en los infaustos sucesos que acibaran la existencia humana? Una palabra de consuelo oportunamente dirigida á un enfermo, á un afligido, suaviza la amargura de sus dolores. Si el prójimo es un ignorante, ú observa una conducta desordenada, debemos instruirle ó corregirle. ¡Cuántos pobres ignorantes hay, que han menester instruccion, y por no tenerla, se alejan del buen camino! ¡Cuántos pecadores se extravian por las sendas de la iniquidad, por no recibir las saludables correcciones y los prudentes consejos que les inducirian á cumplir con sus deberes! Así, pues, la mayor caridad, que cabe ejercer, es la de afanarse por la conversion de los pecadores, coadyuvar á la salvacion del alma del prójimo, ya con exhortaciones oportunas, ya con buenos ejemplos, aun mas eficaces que las palabras.

En conclusion diremos, que la caridad ha de ser pura en su motivo, y lo será si amamos al prójimo, como Jesús á nosotros: *Sicut dilexi vos.* ¿Cómo nos amó Jesús, hermanos mios? Nos amó sin mérito alguno por nuestra parte, sin interés alguno por la suya. Nos ama hasta el punto de sacrificar sus bienes, su reposo, su vida por nuestra salvacion; y esta es la regla que propone á nuestra caridad, cuyo fin debe ser Jesucristo. Por consiguiente, ni la nobleza de la extirpe, ni el explendor de las riquezas, ni las prendas físicas y morales deben determinar nuestro amor al prójimo, y aun mucho ménos debe tener por principio la pasion. Amarse para el crímen, dice S. Crisóstomo, es amarse para el infierno; y el amor ciego y profano no cabe ni puede caber en el órden de la caridad cristiana.

Habeis oido, hermanos mios, que estamos obligados á amar al prójimo como á nosotros mismos; os encargo, pues, que lo hagais. Este amor pide que nos suframos los unos á los otros; que nos socorramos en las necesidades; cumplamos con estas obligaciones del amor cristiano, y de esta suerte alcanzaremos una recompensa, que nunca acabará, la felicidad eterna que os deseo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMOR DEL PRÓJIMO.

II.

Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis.

No tengais otra deuda con nadie, que la del amor que os debeis unos á otros.

(*Rom.* XIII, 8.)

Es evidente, que los males de la sociedad, ante cuya consideracion no puede menos de aterrarse el hombre reflexivo, traen su orígen y toman su desconsoladora intensidad del desprestigio ha que ha venido el sentimiento moral, robusta base en que descansan los fundamentos del mundo. Pues bien: el sentimiento moral está sometido con frecuencia á duras pruebas, merced á dos fuerzas opuestas, que luchan entre sí con ruda braveza: la fuerza del amor propio individual, y la fuerza del amor que naturalmente profesamos á nuestros semejantes, y al cuerpo de que todos somos miembros. El sentimiento moral queda herido de muerte desde que logra la preponderancia el amor propio individual; porque aquel sentimiento envuelve la superioridad de la razon sobre todos los actos de la vida, de la razon que nunca se ofusca, mas que cuando tratamos de apreciar cuales son nuestros legítimos derechos é intereses.

Si queremos, pues, robustecer el sentimiento moral, es preciso obligar al hombre á que dé exterior expansion á sus afectos; que procuremos hacerle de todos para que no sea exclusivamente de sí propio; que le exijamos de contínuo amor para con sus semejantes. Cuántos mas hijos tiene un padre, mayores sacrificios está dispuesto á hacer, porque precisado á compartir su amor entre tantos objetos, se ama ya muy poco á sí mismo; lo propio nos sucede á nosotros. Cuando nos convencemos de que hemos de mirar como hermanos á todos nuestros semejantes, y nos consideramos severamente obligados á amarlos á todos como á nosotros mismos, queda, digámoslo así, muy poco espacio en nuestro corazon para nuestro amor propio, que, por lo general, solo se nutre del amor que usurpamos á nuestros hermanos. Es preciso, pues, inculcar á los hombres el precepto de amar á nuestros prójimos por Dios como nos amamos á nosotros mismos, si queremos aplicar el remedio á los males de que la sociedad adolece. Este precepto vale mas que todas las leyes que los hombres han dado desde el principio del mundo, porque puede suplirlas todas, al paso que las leyes no pueden suplir este precepto.

Voy pues á considerar hoy la importancia social del amor cristiano á nuestros semejantes, y á demostraros, que esta importancia es inmensa. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Otra de las mas funestas enfermedades del corazon humano es el antagonismo individual, del que han nacido mas ó menos directamente todos los desastres que han pesado y pesan sobre los pueblos. El hombre no ha amado al hombre; hé aquí el orígen de tantos trastornos. Contra el sentimiento del egoismo, que, reducido á sus justos límites, es el sentimiento de la conservacion del individuo, pero que exagerado, como generalmente suele serlo, es la muerte del espíritu social, ha de haber otro sentimiento de generosidad y de amor, que aun á costa de sacrificios tienda á la conservacion del todo. La combinacion de estas dos fuerzas produce el órden moral y el bienestar de la sociedad. Pues bien, el amor cristiano, que debe el hombre á sus semejantes, nos representa unidas estas dos fuerzas; por consiguiente, es el remedio mas eficaz y fecundo para los males de la sociedad. Bien pueden los hombres andar en busca de teorías, que tengan quizá tanto de falaces como de ingeniosas; bien pueden inventar combinaciones que aspiren á la honra de que se las tenga por principios fundamentales: vanas é inútiles serán todas sus tentativas; vana é inútil será necesariamente toda organizacion donde no entren otros elementos mas fecundos que los debidos al ineficaz cálculo humano. La ley moral es la ley social; porque la ley moral, siendo la higiene del alma y el antídoto de las enfermedades del corazon, es la que pone los sentimientos propios y los intereses individuales en armonía con los demas sentimientos é intereses que constituyen lo que llamamos el bien social y público; y esa ley moral, segun como establece las relaciones entre hombre y hombre, se compendia en el precepto de amar á nuestros prójimos lo mismo que á nosotros mismos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo, cuando hizo oracion por los suyos, pidió á su Padre, que todos fuesen una misma cosa como lo son el Padre y el Hijo: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos.* Joan. xvii, 2. Mostrando el Salvador, que este era el objeto y el término, digámoslo así, de su religion, dió con su religion á la sociedad su base mas robusta. ¡Qué espectáculo tan encantador ofrece un pueblo cuando con unánime voz llama *Padre* á un mismo padre! Este es el orígen de los cambios que, en sentido benéfico, se han verificado en el mundo desde que vino Jesucristo. Todo debia cambiar, y todo efectivamente cambió desde que se dijo á los pueblos, que todos, asi los ricos como los pobres, los sabios como los ignorantes, los gobiernos como los gobernados, tenian un mismo Padre, una misma providencia, un mismo amor. El gobierno, las leyes, el derecho de gentes, todo á sufrido radicales modificaciones, porque los gobernantes supieron, que los gobernados eran hermanos suyos, y que debian todos amarse como hermanos; y las naciones se persuadieron, de que en la paz debian procurarse unas á otras el mayor número de bienes, así como no causarse en la guerra sino el menor número posible de males.

2. Todas las acciones que tienden á perturbar el órden social, se evitan con el amor á nuestros semejantes. S. Pablo escribiendo á los Romanos, y recordándoles con las mismas palabras de la ley, que no debian ser adúlteros, ni homicidas, ni ladrones, ni calumniadores, ni abrigar deseos inmoderados, añadió, que así estos mandamientos, como cualquier otro del mismo género, se encierran en este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Si, pues, amando al prójimo como á nosotros mismos, se evitan las acciones y culpas de que habla el Apóstol, y que tienden á perturbar tan directamente el órden moral y social, bastará la observancia de este precepto para remediar los males todos de la sociedad, así como será suficiente el olvido ó desprecio de este mandamiento para que abunden los crímenes y las iniquidades, que relajan todos sus vínculos y acaban por destruirla.

Y advertid, hermanos, que segun S. Pablo, estos excesos no se evitan simplemente con el mero hecho de no odiar ó aborrecer al prójimo, sino que es necesario de todo punto amarle; y solamente amándole, como prescribe Dios, se curarán radicalmente los males, que, mas tarde ó mas temprano, causan la desmoralizacion, y, en su consecuencia, la ruina de los pueblos. Hay muchos cristianos que están persuadidos, de que para

cumplir los deberes recíprocos de los hombres constituidos en sociedad, solo se requiere no aborrecer á sus prójimos. Error funesto; pues si cuando amamos á nuestros hermanos el egoismo nos impulsa fuertemente á sobreponer á todo nuestros intereses, sean ó no legítimos, siempre que puedan encontrar algun obstáculo en los intereses de otro hombre, ¿qué sucederia si la indiferencia tuviese ya como dispuesto el corazon para que se levantase contra el de su hermano? No basta, no, la indiferencia; porque esta no une: lo que une es el amor; y miéntras los hombres no se amen mútuamente, no habrá entre ellos union ni concordia. Podrá haber alguna demostracion exterior de benevolencia, que solo será un acto de educacion; pero no habrá caridad, no habrá sacrificios; nadie enjugará las lágrimas del que llora; nadie consolará al que padece; nadie levantará al que se caiga; y nadie, por último, mitigará las penas del que sufre. El que se contenta con no aborrecer al prójimo, aun cuando disponga de abundantes riquezas, no socorrerá al desgraciado. Para los efectos que la religion se propone realizar en la sociedad cuando nos manda amar á nuestros semejantes, no basta la indiferencia, se requieren actos reales y positivos de amor. Amados oyentes, en el órden moral no se puede desconocer un principio ó alguna de sus leyes sin promover el mayor desconcierto. Pues bien: la ley moral, relativamente á las relaciones que establece entre hombre y hombre, se reasume, como he dicho, en el precepto de amar á nuestros prójimos por Dios, como nos amamos á nosotros mismos. Luego, si se desconoce este precepto, la sociedad se verá expuesta á grandes peligros. Bien podrá recordarse al hombre, que es un sér social y sociable; que todos los ciudadanos son hermanos suyos; que todo ciudadano debe ser benéfico, aun á costa de sacrificios: de nada servirán estas exhortaciones. El que no escucha la voz de la religion, que le manda amar á sus semejantes, no buscará su satisfaccion mas que en el bastardo interés del propio egoismo. Los mandatos humanos, especialmente aquellos que encuentran viva repugnancia en el corazon, son siempre poco eficaces para dar resultados positivos en el órden social, que es el órden de los sacrificios. En este caso, el hombre cede, pero no ama; obedece á la ley, pero no practica la caridad; sucumbe á la fuerza, pero la aborrece; por consiguiente, faltan los vínculos sociales, y no hay por lo tanto sociedad.

3. Medítenlo bien esos políticos, que combaten al cristianis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo. Sin la religion faltaria, no solo la base mas firme que puede apetecerse para que sean robustos y duraderos los vínculos que unen á unos hombres con otros, sino tambien el cebo, digámoslo así, de que deben nutrirse las afecciones del corazon humano, tan propensas á no buscar su satisfaccion mas que en el interés del propio egoismo. Tal vez crean algunos, que las leyes políticas suplirian por la religion; pero si faltase entre los hombres el mútuo amor que el cristianismo les prescribe, cuando pensarian en dar leyes á hombres, se las darian á *individuos;* y como todo lo que es puramente individual, es opuesto á las condiciones del bien social, todas sus leyes, por sábias que fuesen en el terreno de las teorías, no darian resultado alguno en el terreno de la práctica.

Hoy dia vemos por do quiera el antagonismo de las ideas, de los sentimientos y de las familias, no por falta de buenas leyes, sino por falta de amor cristiano. Todos hablan de union, todos presienten que sin ella los pueblos no hacen mas que caminar hácia su ruina; pero no se pide el elemento unitivo y conciliador á la que puede prestárnosle. La religion con el precepto de amar á nuestros semejantes, es la que solamente puede acabar con las disensiones; la religion es la única que sabe obligar al hombre á dar exterior expansion á sus afectos; la religion es la que ha de llenar el vacío que se deja sentir en el corazon de la sociedad, porque le falta el amor cristiano.

Escuchemos, pues, la voz de la religion: amémonos unos á otros, como lo manda Jesucristo; con este amor cumpliremos toda la ley; toda la ley cristiana y toda la ley social; toda la ley religiosa y toda la ley política. Amémonos unos á otros, segun lo manda la Iglesia; este amor labrará nuestra perfeccion, nuestra felicidad en la tierra, y luego nos dará la bienaventuranza en el cielo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Nadie ignora, que debemos amar al prójimo; pero, ¿cómo se observa este precepto? Muy mal. Veamos, pues: 1.°, la necesidad de este precepto: 2.°, las obligaciones que impone.

I. «Amarás á tu prójimo como á tí mismo.» MATTH. XXII, 39. Hé aquí la ley que se nos intima; ley formal, que se funda en

la naturaleza y en la religion. En la naturaleza: nada mas necesario que este amor, sin el cual no habria sociedad posible. En la religion: nada es mas necesario que este amor, segun la fe de Jesucristo, y las virtudes particulares que exige de nosotros. Los dos títulos de hombre y de cristiano nos obligan á amar al prójimo.

II. Pocos son los que observan este precepto en toda su extension. Unos pretenden limitarlo á cierto número de personas, excluyendo á las demas; otros, se contentan con un amor puramente natural, y no pocas veces carnal; algunos hacen consistir el amor en demostraciones afectadas de una falsa benevolencia y de cumplimientos estériles; otros, en fin, lo reducen á algunos auxilios temporales, sin pensar en bienes mas sólidos. El verdadero amor del prójimo es universal en su objeto, espiritual en su principio, sensible en sus efectos, y solícito de la salvacion del prójimo.

II.

En este precepto de la caridad, hemos de considerar tres cosas: 1.ª La naturaleza del precepto, que nos manda amar al prójimo: 2.ª El órden del precepto, que nos prescribe el modo como hemos de amar al prójimo: 3.ª El espíritu del precepto, que nos señala el motivo por el cual debemos amar al prójimo.

I. Segun san Agustin, es tal la naturaleza de este precepto, que no hay cosa mas natural, mas facil, mas ventajosa para la sociedad, que su observancia.

II. La caridad, dice san Bernardo, tiene fuego y celo, pero es preciso que la justicia y la discrecion los templen: tiene buenas intenciones, pero es necesario, que observe el órden respecto á los diversos intereses del prójimo.

III. La caridad hace el bien por Dios; el amor propio lo hace por egoismo. El amor propio hace al hombre materialmente caritativo; pero al paso que exteriormente cumple con las obligaciones de la caridad, no tiene su espíritu. De aquí nacen muchas ilusiones: ilusion de misericordia, ilusion de interés, ilusion de piedad.

DIVISIONES.

AMOR DEL PRÓJIMO.—Para excitarse al amor del prójimo conviene pensar en las ventajas que se obtienen amándole.

Para amar al prójimo, segun el espíritu cristiano, conviene estudiar la importancia de la ley que nos manda amarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMOR DEL PRÓJIMO.—El amor del prójimo es indispensable en el cristiano.

El amor al prójimo á nadie debe serle bochornoso.

AMOR DEL PRÓJIMO.—Debemos ser sus intercesores para con Dios y para con los hombres.

Debemos consolarle en sus necesidades espirituales, lo propio que en las corporales.

Debemos exhortarle con amorosa familiaridad, así para que medre en sus virtudes, como para que extirpe sus vicios.

AMOR DEL PRÓJIMO.—El amor de nuestro prójimo exije:
1.° Que no nos desdeñemos de socorrerle.
2.° Que procuremos corregirle.
3.° Que andemos con cuidado para no escandalizarle.

AMOR DEL PRÓJIMO.—La miseria del prójimo exije de los eclesiásticos un amor compasivo.

La flaqueza del prójimo exige de los eclesiásticos un amor circunspecto.

AMOR DEL PRÓJIMO.—El amor que los eclesiásticos deben tener al prójimo, consiste:
1.° En amar á los poderosos sin lisonjearles.
2.° A los pobres sin desdeñarles.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Diliges amicum tuum sicut teipsum. Levit. xix, 18.

Amarás á tu amigo como á tí mismo.

Non oderis fratrem tuum in corde tuo. Idem. ibid. 17.

No aborrezcas en tu corazon á tu hermano.

Dilige proximum, et conjungere fide cum illo. Eccli. xxvii, 18.

Ama á tu amigo, y séasle leal.

Numquid non pater unus omnium nostrum? Numquid non Deus unus creavit nos? Quare ergo despicit unusquisque nostrum fratrem suum? Malach. ii, 10.

¿No es uno mismo el Padre de todos nosotros? ¿No es un mismo Dios el que nos ha criado? ¿Por qué, pues, desdeña cada uno de nosotros á su hermano?

Diligere proximum tamquam se, majus est omnibus holocautomatibus et sacrificiis. Marc. xii, 33.

El amar al prójimo como á sí mismo, vale mas que todos los holocaustos y sacrificios.

Omnia quæcumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis. Luc. vi, 31.

Tratad á los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os tratasen á vosotros.

Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Joann. xiii, 34.

Entretanto un nuevo mandamiento os doy, y es: que os ameis á vosotros del modo que yo os he amado.

In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. Joann. xiii, 35.

Por aquí conocerán todos, que sois mis discípulos, si os teneis *un tal* amor unos á otros.

Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Joann. xv, 12.

El precepto mio es, que os ameis unos á otros como yo os he amado á vosotros.

Majorem hac dilectionem emno habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joann. xv, 13.

Nadie tiene un amor mas grande, que el que da su vida por sus amigos.

Charitate fraternitatis invicem diligentes. Rom. xii, 10.

Amándoos recíprocamente con ternura y caridad fraternal.

Qui diligit proximum, legem implevit. Rom. xiii, 8.

Quien ama al prójimo, tiene cumplida la ley.

Plenitudo ergo legis est dilectio. Idem, ibid. 10.

Así el amor es el cumplimiento de la ley.

Charitas patiens est, benigna est, non æmulatur. I Cor. xiii, 4.

La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora, no tiene envidia, etc.

Si quod solatium charitatis, si qua societas spiritus, si qua viscera miserationis... eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes. Philip. ii, 1 et 2.

Si *hay* algun refrigerio de *parte de vuestra* caridad, si alguna union *entre nosotros* por *la participacion* de un mismo espíritu, si hay entrañas de compasion,... teniendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos.

Rogamus autem vos, fratres, corripite inquietos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos,

Os rogamos también, hermanos, que corrijais á los inquietos, que consoleis á los pusilánimes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

patientes estote ad omnes. I Thessal. v, 14.

Charitatem continuam habentes, quia charitas operit multitudinem peccatorum. I Petr. iv, 8.

que soporteis á los flacos, que seais sufridos con todos.

Mantened constante la mútua caridad entre vosotros, porque la caridad cubre *ó disimula* muchedumbre de pecados.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Un magnífico ejemplo de caridad para con sus prójimos y muy agradable al Señor dió Moisés, cuando al ver, que Dios queria de todos modos castigar la rebeldía del pueblo de Israel, tanto se empeñó en aplacar su justa ira, que por último le dijo: *Obsecro, Domine, peccavit populus iste peccatum maximum.... aut dimitte eis hanc noxam; aut si non facis, dele me de libro quem scripsisti.* Exod. xxxii, 31.

Abrahan y Lot pueden servir de ejemplo y de estímulo á los cristianos: de ejemplo, por la caridad que ejercian con los peregrinos; y de estímulo, para merecer de Dios las mismas gracias que ellos recibieron. Gen. xviii, 19.

Tobías dió pruebas de una caridad la mas desinteresada y decidida, despreciando los edictos del tirano, burlando las pesquisas y la vigilancia de los verdugos, para recoger los cadáveres de sus conciudadanos muertos en las calles y plazas, esconderlos durante el dia en su casa, y trabajar toda la noche para darles sepultura. Tob. ii.

Seria interminable citar aquí todos los rasgos de caridad, que Jesucristo ejerció con toda clase de enfermos espirituales y corporales; el autor sagrado escribe en pocas palabras su vida empleada toda en la caridad, diciendo: *Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes.* Act. x. Para fundar su religion, puso por base de la misma, la caridad.

En el mismo libro leemos, que en aquellos tiempos felices de la primitiva Iglesia, era admirable la concordia y caridad que habia entre todos los fieles: *Multitudinis credentium erat cor unum, et anima una.* Actor. v, 14.

Esta caridad para con el prójimo fué la verdadera divisa de los primeros cristianos: *Videte quomodo se diligunt!* Tertul. Apolog. xxxix. Tal era la exclamacion unánime de los paganos, al ver la caridad de los fieles.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Apud christianos, lex et norma amicitiæ, quisquis ipse est; atque eadem proximis velle, quæ et sibi ipsis. Greg. Nazian.

Es ley y regla de amistad entre cristianos desear al prójimo lo que se desea para sí.

Mandatum charitatis proximi simile est mandato charitatis divinæ; quoniam hoc illud inducit, et ab illo rursus munitur. Chrysost. Hom. in Matth.

El precepto de amar al prójimo es inseparable del precepto de amar á Dios; porque el primero supone el segundo, y aquél se corrobora con éste.

Hoc in primis habet charitas, quod cum utilitate sit facillima atque jucundissima. Idem. Homil. ii, in Job.

Es propio de la caridad, el ser al mismo tiempo útil, facil y consoladora.

Charitatis debitum etiam si semper solvatur, semper debetur. Idem. Epist. xxii.

El deber de la caridad aunque siempre se cumpla, siempre obliga.

Alius amat quia redamatur, alius quia honore afficitur, alius quia utilitati sibi esse fore hominem putat; Christi vero causa difficile quemquam invenies, qui amicum, ut oportet, diligat: omnes fere sæcularium vinculorum nexu vinciuntur. Idem. Hom. lxi, in Matth.

Hay quien ama porque es amado, ó porque es honrado, y hay quien ama por el provecho que espera de amar; pero difícilmente se encuentra quien ame á su amigo como debe, esto es, por amor á Jesucristo: casi todos aman por causas mundanas ó motivos terrenos.

Considera, o homo, unde nomen sumpseris? Ab humo scilicet quæ nihil à te accipit, sed omnia largitur:... unde appellata humanitas specialis et domestica virtus hominis quæ adjuvent consortem. Ambros. v, Offic.

Hombre; no olvides de dónde has tomado tu nombre: lo has tomado de la tierra, que para nada te necesita, sino que te lo proporciona todo... por cuyo motivo es llamada *humanidad* la virtud especial y doméstica por la que el hombre socorre á su compañero.

Non diligis proximum tuum, si non ad bonum, ad quod ipse tendis, adducis. August. de morib. Eccles.

No amas de veras á tu prójimo, sino le procuras el bien que deseas para tí.

Dilectio proximi certus gra-

El amor al prójimo es cami-

dus est ad dilectionem Dei. IDEM. LIB. CONTR. ADIM. 6.

Omnis homo homini proximus. Non est cogitanda longinquitas generis, ubi est natura communis. IDEM. LIB. DE DOCT. CHRIST.

Charitas est glutinum animarum, societas fidelium, otio non frigida, actione non fracta, non fugax, non audax, non præceps. IDEM. IBID.

In charitate pauper est dives, sine charitate omnis dives est pauper. Charitas in adversitatibus tolerat, in prosperitatibus temperat, in duris passionibus fortis est, in bonis operibus hilaris est, in tentationibus tutissima, in hospitalitate latissima, inter bonos fratres lætissima, inter falsos patientissima. IDEM, DE LAUDE CHARIT.

Tantum quilibet portat proximum suum quantum amat: si enim amas, portas; si desiisti amare, desiisti tolerare. GREG. IN EZECHIEL.

Charitas in adversis non deficit, quia patiens est; *inimicis non rependit, quia* benigna est; *felicitas aliena eam non cruciat, quia* non æmulatur; *conscientia mala non pungit*; *quia* non agit perperam. BERNARD. TRACT. DE CHARIT.

no seguro para obtener el amor de Dios.

Todo hombre es prójimo de otro hombre: no hay, pues, que pensar en la distancia del parentesco, donde es comun el orígen.

La caridad es el vínculo de las almas y la sociedad de los fieles, que no relaja la pereza, ni cansa el trabajo; que no es inconstante, temeraria, ni precipitada.

El pobre con caridad es rico; el rico sin caridad es pobre. La caridad es sufrida en la adversidad, en la prosperidad templada, fuerte contra las duras pasiones, contenta en el bien obrar, firme en las tentaciones, generosa en la hospitalidad, alegre entre los buenos hermanos, y paciente entre los falsos.

Cualquiera tolera al prójimo en proporcion de lo que le ama; el que le ama súfrele: desde el momento en que dejas de sufrirle, dejas tambien de amarle.

La caridad no desfallece en la contradiccion porque *es paciente;* no se venga de los enemigos porque *es dulce y bienhechora;* no le atormenta la prosperidad ajena porque *no es* envidiosa; no le remuerde la conciencia porque no obra mal.

AMOR DE LOS ENEMIGOS.

I.

Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.

Yo os digo: amad á vuestros enemigos.

(*Matth.* v, 44.)

Confieso, hermanos mios, que no contiene el Evangelio en materia de costumbres máxima mas perfecta, ni precepto mas heróico, que el que nos manda perdonar á nuestros enemigos, y amar y hacer bien á los que nos hacen mal y nos aborrecen. Bien sé, que en el corazon del hombre todo repugna á este precepto: que nuestro resentimiento naturalmente se aviva con la memoria de la injuria: que nuestros sentidos se conmueven á sola la vista del enemigo: que la venganza se mira hoy en el mundo como pasion propia de almas grandes: que casi se ha colocado ya en la clase de las virtudes; y aunque se confiesa de buena fe, que es contraria al Evangelio, se cree, á lo ménos, poderse defender, que no repugna á la razon. Por estos motivos, que tanto ensalza el mundo, no es extraño, que muchos oradores cristianos se hallen como desconfiados cuando persuaden el amor de los enemigos. Porque lo tengo de decir como lo siento, este es tal vez el precepto mas árduo de la religion, y en cuyo cumplimiento se hallan los mayores embarazos y dificultades. Hay montes que allanar, cuando se trata de perdonar las injurias: el amor propio saca la cabeza, el respeto humano sofoca los buenos sentimientos que nacen en el corazon, la nota de cobarde se viene inmediatamente á los ojos, y las gentes califican de ruin, de pusilánime y de menguado á cualquiera, que abraza á su enemigo é imprime ósculo de paz en su rostro. ¡Triste situacion la nuestra en que todo conspira para perdernos! ¡Qué opuestas son las máximas perversas del mundo á las máximas sacrosantas de Jesucristo! El mundo persuade la venganza; Jesucristo intima la reconciliacion: el mundo fomenta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dus est ad dilectionem Dei. IDEM. LIB. CONTR. ADIM. 6.

Omnis homo homini proximus. Non est cogitanda longinquitas generis, ubi est natura communis. IDEM. LIB. DE DOCT. CHRIST.

Charitas est glutinum animarum, societas fidelium, otio non frigida, actione non fracta, non fugax, non audax, non præceps. IDEM. IBID.

In charitate pauper est dives, sine charitate omnis dives est pauper. Charitas in adversitatibus tolerat, in prosperitatibus temperat, in duris passionibus fortis est, in bonis operibus hilaris est, in tentationibus tutissima, in hospitalitate latissima, inter bonos fratres lætissima, inter falsos patientissima. IDEM, DE LAUDE CHARIT.

Tantum quilibet portat proximum suum quantum amat: si enim amas, portas; si desiisti amare, desiisti tolerare. GREG. IN EZECHIEL.

Charitas in adversis non deficit, quia patiens est; *inimicis non rependit, quia* benigna est; *felicitas aliena eam non cruciat, quia* non æmulatur; *conscientia mala non pungit*; *quia* non agit perperam. BERNARD. TRACT. DE CHARIT.

no seguro para obtener el amor de Dios.

Todo hombre es prójimo de otro hombre: no hay, pues, que pensar en la distancia del parentesco, donde es comun el orígen.

La caridad es el vínculo de las almas y la sociedad de los fieles, que no relaja la pereza, ni cansa el trabajo; que no es inconstante, temeraria, ni precipitada.

El pobre con caridad es rico; el rico sin caridad es pobre. La caridad es sufrida en la adversidad, en la prosperidad templada, fuerte contra las duras pasiones, contenta en el bien obrar, firme en las tentaciones, generosa en la hospitalidad, alegre entre los buenos hermanos, y paciente entre los falsos.

Cualquiera tolera al prójimo en proporcion de lo que le ama; el que le ama súfrele: desde el momento en que dejas de sufrirle, dejas tambien de amarle.

La caridad no desfallece en la contradiccion porque *es paciente;* no se venga de los enemigos porque *es dulce y bienhechora;* no le atormenta la prosperidad ajena porque *no es* envidiosa; no le remuerde la conciencia porque no obra mal.

AMOR DE LOS ENEMIGOS.

I.

Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.

Yo os digo: amad á vuestros enemigos.

(*Matth.* v, 44.)

Confieso, hermanos mios, que no contiene el Evangelio en materia de costumbres máxima mas perfecta, ni precepto mas heróico, que el que nos manda perdonar á nuestros enemigos, y amar y hacer bien á los que nos hacen mal y nos aborrecen. Bien sé, que en el corazon del hombre todo repugna á este precepto: que nuestro resentimiento naturalmente se aviva con la memoria de la injuria: que nuestros sentidos se conmueven á sola la vista del enemigo: que la venganza se mira hoy en el mundo como pasion propia de almas grandes: que casi se ha colocado ya en la clase de las virtudes; y aunque se confiesa de buena fe, que es contraria al Evangelio, se cree, á lo ménos, poderse defender, que no repugna á la razon. Por estos motivos, que tanto ensalza el mundo, no es extraño, que muchos oradores cristianos se hallen como desconfiados cuando persuaden el amor de los enemigos. Porque lo tengo de decir como lo siento, este es tal vez el precepto mas árduo de la religion, y en cuyo cumplimiento se hallan los mayores embarazos y dificultades. Hay montes que allanar, cuando se trata de perdonar las injurias: el amor propio saca la cabeza, el respeto humano sofoca los buenos sentimientos que nacen en el corazon, la nota de cobarde se viene inmediatamente á los ojos, y las gentes califican de ruin, de pusilánime y de menguado á cualquiera, que abraza á su enemigo é imprime ósculo de paz en su rostro. ¡Triste situacion la nuestra en que todo conspira para perdernos! ¡Qué opuestas son las máximas perversas del mundo á las máximas sacrosantas de Jesucristo! El mundo persuade la venganza; Jesucristo intima la reconciliacion: el mundo fomenta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el ódio; Jesucristo predica la paz: el mundo instiga al encono y mala voluntad de nuestros hermanos; Jesucristo quiere que no tengamos voluntad sino para el amor, ni manos sino para el beneficio. ¡Grandes contrariedades! Pero el mayor dolor es, que las leyes criminales del mundo han de prevalecer contra la ley santa del Salvador. Sin embargo, hermanos, me debeis agradecer este buen concepto, que tengo formado de vosotros. Yo siento dentro de mí mismo gran confianza cuando trato esta materia: confiado, por una parte, en que el Señor ha de favorecer mis rectas intenciones, persuadido, por otra, de que hablo á un auditorio de pecho abierto y generoso, concibo ciertas esperanzas de que mis palabras han de producir el fruto de la reconciliacion y el amor de los enemigos. Fundo mi persuasion en dos motivos, que serán los dos puntos de este discurso; en que Jesucristo lo manda, y en que la razon lo dicta. Jesucristo manda el amor de los enemigos; esto basta para un cristiano: la razon dicta el amor de los enemigos; esto basta para un hombre racional. O bien se considere al hombre como cristiano, ó bien como sociable y político, está obligado á perdonar á su contrario; y no haciéndolo así, viola á un mismo tiempo la religion y la humanidad. Os lo demostraré despues de implorar la gracia. A. M.

1. Aunque el amor de los enemigos haya obligado en todos tiempos; aunque la venganza de Cain y de Saul haya sido siempre execrable á los ojos del Señor; aunque el volver bien por mal haya sido precepto expreso de Dios en todas las épocas y edades del mundo; podemos decir, sin embargo, que este es un mandamiento nuevo de nuestra religion sacratísima, porque el sumo legislador le ha intimado por su propia boca, y le ha dado especial fuerza con la autoridad de su palabra: *Ego autem dico vobis*. Tal vez habreis oido decir, (así hablaba el Salvador á sus discípulos), tal vez habreis oido decir á los antiguos, que se debia amar al amigo y aborrecer al enemigo; pero yo os digo, que habeis de amar á vuestros mayores contrarios, y habeis de hacer bien á los que os aborrecen. Aquella doctrina ha sido perversa y criminal, inventada por los vengativos é iracundos, apoyada por los paganos y adoptada por los fariseos, que tienen hiel de dragon y entrañas de víbora para con sus hermanos. Mi ley es ley de suavidad y dulzura, ley de paz y de concordia, ley de caridad y de union: amar á quien hace bien, no lleva consigo mérito, porque es inclinacion natural, y mi ley no fuera divina si no llevara algun carácter superior que la distinguiese. Por lo tanto, el que ha de alistarse en mi escuela, el que ha de profesar mi doctrina, se ha de despojar de resentimientos, disensiones y discordias; ha de tener corazon de paloma, y ha de vivir en el reino de la paz. Que no venga, pues, á ofrecerme sacrificios, ni ménos se llegue al altar, si tiene con su hermano alguna queja; reconcíliese antes que me venga con dádivas ni presentes: no admito sus ofrendas ni sus dones, si su corazon se halla hirviendo en odios ó en deseos de venganza.

Estas son las palabras, que á cada paso repite el Salvador, y no es menester multiplicar testimonios cuando consta por los evangelistas, que Jesucristo vino á establecer un reino nuevo de amor y alianza firme en los corazones de los hombres. Sentado este principio, arguye san Juan Crisóstomo con aquella energía propia de su elocuencia, y reconviene á los suyos con una paridad terminante á que no pueden responder. ¿Quién de vosotros, les dice, quién de vosotros dejaria desairado al monarca, si éste se empeñase en una demanda, que estuviera en vuestra mano? Supongamos, que estás reñido con otros, y que te asisten motivos robustos para el rompimiento, que no experimentas mas que desaires, injurias y traiciones, y una intencion depravada y perversa de hacerte cuanto mal pueda. Se presenta á tu vista el Príncipe de las Españas, y te dice: Ha llegado á mi noticia la enemistad en que vives con tu vecino; sé tambien los motivos que te ha dado para la queja; pero basta de rencillas y malas voluntades: yo estoy empeñado en hacer estas paces; deja á un lado todo respeto á la union, y atiende únicamente á que yo lo quiero. No puedo persuadirme, ni os persuadireis vosotros, que hubiese alguno tan desatento, que se resistiera á la expresa voluntad de una persona real: desde luego se darian al olvido cuantos motivos de etiqueta y disension sugiriese el amor propio: bastaria la mediacion del Príncipe para allanarse á la paz, aunque fuese á costa de los mayores intereses y sacrificando los mas vivos resentimientos del corazon.

Pues yo no sé, que todos los emperadores, reyes y soberanos del mundo puedan ponerse en balanza con el Rey de los siglos, monarca eterno y señor absoluto de cielos y tierra. Éste es el interesado en el perdon del enemigo, éste se empeña, éste lo quiere y lo manda: *Ego autem dico vobis*. Y á este personage tan alto se deja desatendido, y no puede alcanzar el Rey de la gloria lo que se concederia con facilidad al rey de la tierra. ¡Oh insensatez del corazon humano! Pesad, hermanos, esta razon en el peso del santuario, y decidme si os hace fuerza. ¿Qué tienes que responder, iracundo, cuando todo un Dios se pone por medio? Dile á tu corazon, que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deje de esas pequeñeces y cavilosidades de la política mundana; no repares si eres tú el ofensor ó el ofendido, el que agravió ó el agraviado; si te dieron causa suficiente para desviarte del trato y comunicacion con aquella familia ó con tus mismos parientes; no esperes que te den satisfaccion de la injuria; esto fomentará un odio eterno y una separacion escandalosa: mira solamente que Dios lo manda: *Ego autem dico vobis*. Si se te pone delante el puntillo de honra, la nota ó sobrescrito de ruin y de cobarde, el respeto del mundo, las hablillas de las gentes, desprecia todos estos pretextos frívolos, y mira solamente que Dios lo manda: *Ego autem dico vobis*. Tú pudieras vengarte á proporcion de la ofensa, darle en rostro con su mal procedimiento, procurarle un daño irreparable ó en la vida ó en la hacienda; pero sofoca estos movimientos arrebatados, da lugar á que se pase la cólera, vuelve sobre tí, y reflexiona solamente, que Dios lo manda: *Ego autem dico vobis*.

No te contentes con las comunes salutaciones, que no pasan de la boca, ni con ciertas exterioridades, que no son mas que una pura disimulacion y un odio disfrazado con velo de cortesanía y de cumplimiento; descúbrele el fondo del corazon, y dale á entender con llaneza, que si él tuvo atrevimiento para injuriarte, tú tienes generosidad para condonarle la injuria. Ved aquí, hermanos, insensiblemente tocado el modo de la reconciliacion, ó por decirlo mejor, la sustancia de esta obra: el Señor manda el perdon de los enemigos, y que los perdonemos de corazon: este es el trono en donde Dios reposa para reinar sobre nosotros con imperio, el templo en donde recibe nuestras primeras adoraciones, el santuario en donde le ofrecemos el incienso de nuestros respetos, y el altar en que se le sacrifica la primera víctima. Del centro, pues, de este trono, de este templo, de este santuario y de este altar ha de salir el amor que debemos á nuestros enemigos. Fuerte mandamiento por cierto, pero indispensable. Si el corazon no se ablanda, se inclina, se humilla, se rinde y se somete, nada se cumple de lo que Dios manda: aunque tuvieseis toda la pureza de los ángeles, toda la fe de los patriarcas, y todo el zelo de los apóstoles, sin este amor interior, que os predico, nada cumpliriais de lo que Dios manda. Ocultad en este instante vuestro encono debajo de la mas bella apariencia; exhalad vuestra alma en suspiros y oraciones al pie de los altares; vivid en un total retiro del mundo y sus placeres; practicad las mayores austeridades; subid con vuestra contemplacion hasta el tercer cielo; obrad tambien grandes milagros; si no amais en lo interior del corazon á vuestros enemigos, nada habeis cumplido de lo que Dios manda.

A la luz de esta doctrina juzgad vosotros mismos, si vuestras reconciliaciones merecen nombre de tales; que yo sospecho, no sin grave fundamento, que han sido solo, si acaso lo han sido, paliadas, disimuladas y fingidas, porque no han nacido del corazon. Ya le dije á mi contrario, dice uno, que le perdonaba la ofensa; con esto he cumplido mi deber; pero no quiero tratarle en adelante: su vista me perturba, su memoria me irrita; estése cada cual en su casa, que no quiero su amistad para nada. Pues ¿no ves aquí, que aquella paz fué una pura ceremonia, y que el encono no se apagó, sino que está escondido entre cenizas? ¿No te alegras cuando se murmura de su conducta, y aun tú serás el primero en morderle la estimacion y la honra? Prueba evidente de que tu corazon no está mudado para él, y que conservas todavía vivas chispas de odio y de venganza. Tal persona, dice aquel, me hizo una burla muy pesada de que no pude tomarme satisfaccion correspondiente; vaya con Dios, yo le perdono por ahora; pero tal vez vendrá tiempo en que vuelva por mis intereses, y le salga bien caro su atrevimiento. ¡Bella reconciliacion! Estás fulminando venganzas para en adelante, y protestas que le perdonas; no nace del corazon esta paz, es forzada, y solo durará mientras te vieres abatido. Hermanos, el demonio nos lleva extraviados por diversos caminos en este punto, y el mayor dolor es, que el pueblo quizás se arde en disensiones, y cada cual se lava las manos y se reputa inculpable ó libre del precepto de la reconciliacion. Se frecuentan los sacramentos, y de un punto tan esencial no se hace escrúpulo. El uno porque es mayor, el otro porque es el agraviado, éste porque es caballero, aquélla porque es señora, se ven familias envejecidas en odios de muchos años, sin haber quien las reduzca á la paz y caridad fraternal. Muchas veces, por cosas de ninguna importancia, se conservan etiquetas y antipatías, que son el escándalo del pueblo y la ruina de la sociedad. En no haciéndose cargo de que Dios lo mandó, y que esto solo ha de bastar, no hay fuerzas para vencerse.

Dios lo manda, y con su mismo ejemplo nos precisa á cumplirlo. Subid al monte Calvario, dice san Agustin, y á vista de un Dios, que perdona á sus propios verdugos, aprended á perdonar á los que os han hecho algun agravio: *Vide pendentem*. Contempladle morir en una cruz por aquellos que le han clavado en ella. *Vide clamantem*. Escuchad la súplica, que hace á su eterno Padre en favor de todos sus enemigos. Aplicad el oido á la peticion, que hace de no aborrecer á los que él tanto ama. ¿Cómo, pues, continúa san Agustin, Jesucristo no se vengó ni pidió ser vengado, antes bien, todo lo contrario,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y vosotros, no solamente respirais venganzas, sino que pretendeis quitar á Dios el derecho que á él solo le compete? ¡Oh criado inícuo! *serve nequam*, ¿no te he perdonado millares de veces todas tus deudas, y aun hoy te convido con mi gracia, y tengo todos mis tribunales abiertos para tí? *Nonne debitum dimisi tibi?* ¿Por qué, pues, no quieres perdonar tú á vista del ejemplo que te he dado, del órden que te he prescrito, de las instancias que te he reiterado, de las promesas que te he hecho, y de los castigos con que te amenazo? ¿Cómo tienes atrevimiento á pedir, que te perdone asi como tú perdonas á los otros? ¿Quieres, pues, que como los tratas sin consideracion, te trate yo sin misericordia? A vista de este ejemplo de un Dios que agoniza, y que ruega por los mismos que le hacen morir afrentosamente, no sé qué puedan responder los rencorosos y vengativos: mirándose en el espejo de un cordero inocente, que derrama su sangre por lavar nuestros ódios y rencores, no sé cómo no se avergüenza el mundo de abrigar todavía sentimientos de indignacion y de ódio. Amemos al enemigo, porque Dios lo manda por su boca, y lo persuade con su ejemplo. Esto basta para un cristiano; y yo añado, que esto es conforme á la hombría de bien, á la recta razon del hombre, y á las leyes de la humanidad.

2. Los hombres son naturalmente sociables, gustan de tratarse con los de su especie, y sus delicias las tienen puestas en una recíproca comunicacion de voluntades. Mientras dura en alguno la aversion á su prójimo, padece una agitacion interior, que descompone todos sus afectos, trastorna sus medidas, turba su quietud y su reposo, y bástale una sola gota de este licor ponzoñoso del ódio para acibarar todos sus gustos, y llevar contínuamente consigo un tirano que le martiriza. No es menester para el convencimiento de esta verdad registrar escrituras, ni revolver historias: cada cual dé una simple ojeada á su corazon, si acaso le tiene herido de esta pasion tiránica, y verá las mareas que se levantan en este mar encrespado y en este golfo soberbio. Es una furia, que le despedaza por puntos, una fiebre, que le consume las carnes, un ardor inextinguible, que le quema el corazon y las entrañas, y aguda saeta, que se vuelve contra el mismo que la dispara. La dulzura, la tranquilidad y el reposo se han alejado de su casa; el tumulto y la discordia habitan en lo interior de su alma; el sueño huye de sus ojos; la imaginacion se alimenta de especies funestas y sangrientas, la comida le daña, el juego no le divierte, todo trato le es pesado, y, en fin, un corazon poseido de ódios y de rencores es verdugo de sí mismo. Yo no quiero recordaros los efectos lastimosos de esta pasion desbocada, los

reinos asolados, las ciudades arruinadas, las casas demolidas, las vidas perdidas, las haciendas acabadas, todo consecuencia de enemistades y triste parto de las venganzas. Luego, todo vengativo se opone al buen órden de la razon, y en vez de ser miembro de la república, es azote de la sociedad.

Bien sé, que se hallan hombres, mejor dijera, demonios, que atizan el fuego de las discordias, que se complacen de ver á dos encontrados y malquistos, y en vez de ser fiadores de la paz, son fomento y yesca de la disension. Bien sé, que se hallan parientes ó extraños del ofendido, que le ponderan la ofensa, le reproducen el agravio, y aun le dan nuevos colores para estimularle á la satisfaccion, y persuadirle el encono bajo el pretexto de valentía, de honor, de deber ó de razon de estado. Estos son ministros de Satanás, mensajeros del infierno, piedras de escándalo y abominacion, nacidos únicamente para borrar cualquier buen sentimiento de humanidad. Pero ¿quiénes son éstos, que venden con aplauso semejantes consejos? Ya lo he dicho, hermanos; unos hombres díscolos y perdidos, unas fieras carniceras, y, en fin, la escoria de la república. Consultad á los hombres sensatos, á sugetos de razon y de peso, y vereis cuán contraria sentencia os dan en esta causa. A buen seguro, que un hombre racional no persuada la venganza: luego, la venganza se opone directamente á la razon del hombre. El decir de las gentes es trampantojo de necios ó desvanecidos. Los que van repitiendo, que no deben colocarse en la clase de las gentes de forma, son una porcion ínfima del vulgo impetuoso, que solo sigue los primeros impulsos de la brutalidad.

Siempre he admirado la respuesta de un caballero valiente, pero cristiano, el cual provocado de su enemigo para el desafío, respondió al criado que le trajo el mensaje, en estos términos: Dile á tu amo, que estoy pronto á reñir con él y con veinte como él, como ese papel que me envia me lo dé firmado de dos teólogos doctos. Que fué lo mismo que decirle: siempre y cuando hombres de seso y de juicio aprueben estas acciones sanguinarias, estos enconos y violencias, estos odios y venganzas, me hallarán desde luego dispuesto á presentarme en el campo del duelo hasta quitar ó perder la vida, que tengo aliento para todo; pero si semejantes acciones no las aprueba la razon ni la humanidad, digan lo que quieran las gentes vulgares é insensatas, no me moveré á tomar la espada, aunque sea á costa de mi honra. Respuesta verdaderamente digna de entallarse en láminas de bronce. Si mi enemigo me ha ofendido, yo quiero perdonarle la ofensa; si él conserva entrañas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hiel para conmigo, yo conservo corazon de dulzura para con él. ¿Quién será mas digno de alabanza, aun á los ojos del mundo, el que renuncia sus derechos para conservar la paz con el prójimo, ó el que quiere sostener los puntos de la soberbia á costa de la opresion de su hermano? Y no me digan que esto es ruindad ó bajeza; porque les responderé, que no entienden lo que dicen: este es el mayor heroismo de la virtud. No hay obra mas costosa ni empresa mas difícil, que el vencerse á sí mismo, y no hay mayor vencimiento, que querer bien á quien nos quiere mal. No era cobarde David, sino tan esforzado y valiente, que despedazaba los osos y los leones, y, con todo, jamas pudo resolverse á tomar venganza de Saul, su capital enemigo, pudiéndolo hacer muy á su salvo, porque lo tuvo por la mayor vileza é ignominia. José, aquel grande hombre, que fué vendido por sus hermanos, y que llegó á ser el señor de todo Egipto, ¡qué bien hubiera podido lavar la injuria en su propia sangre! Pero su corazon era harto generoso para dejarse manchar con tales villanías. Moisés ¡qué conspiraciones no tuvo en su mismo pueblo! Pero su alma era muy noble y muy superior á la negra pasion de la venganza. Los primeros hijos de la Iglesia, ultrajados, perseguidos, azotados, aborrecidos de muerte por los tiranos, ¿cómo les pagaban estos agravios? Escuchad á Tertuliano, que ha conservado sus palabras: Vosotros, decian, vosotros nos maltratais, nos oprimís, nos despedazais y bebeis de nuestra sangre; pero no podreis apagar la llama del amor con que os deseamos todo bien: vosotros nos despojais de la ropa de la libertad y de la vida; pero nos queda el poder de rogar por vuestra prosperidad y salud: vosotros nos atais las manos; pero nuestras manos atadas se levantan al cielo á implorar su proteccion en favor vuestro: vosotros nos mirais como enemigos; pero nosotros os miramos como hermanos amados en Jesucristo, como hijos del mismo Padre y herederos del mismo reino. ¿A quién no moverán estas palabras? ¿Qué pecho no ablandarán estos sentimientos nobles y generosos, propios de la religion y dignos de la humanidad?

Quede, pues asentado, que la venganza es propia de locos, de ruines y cobardes; y que no hay valor que pueda compararse con el de aquellos corazones generosos, que no hacen caso de los agravios recibidos: que el perdonar las injurias es carácter propio de hombres de superior clase; y que no hay señal mas clara de la grandeza de una alma que hacer bien al malhechor. Esto practicaron los héroes del paganismo, los mártires y santos de la

religion, y esto debe hacer cualquiera que se estime. Si alguno de vosotros, á pesar de estas razones, mantiene todavia la llama del rencor y del odio, tema justamente igual rigor y justicia del juez terrible y soberano: con la medida que midiere será medido; y si no perdona á sus hermanos, no espere perdon del Padre de las misericordias, siempre inexorable con los vengativos. Dios haga por su infinita bondad, que cesen entre vosotros las quejas y disensiones, que os ameis con un amor recíproco como hijos de Jesucristo y destinados á una misma herencia y felicidad, y que yo pueda decir con alegria de mi corazon, que mis palabras y persuasiones no han sido vanas, sino que han producido en vosotros frutos de paz y de concordia, que son frutos del Espíritu Santo, para que viviendo unidos con lazos de caridad en esta vida, os ameis y os goceis eternamente en las moradas de la gloria.

AMOR DE LOS ENEMIGOS.

II.

Ego dico vobis: diligite inimicos vestros.
Yo os digo amad á vuestros enemigos.
(*Matth.* v, 44.)

Lamentable desgracia es, por cierto, que ofuscados nuestros carnales ojos con el brillo de la hermosura falaz de que exteriormente se hallan revestidos los bienes de este mundo, nos dejemos, por fin, seducir, y lleguemos á satisfacer el deseo de gozarlos; que atraidos de la suave dulzura de la miel, de que los suponemos llenos, nos decidamos á gustarla, tragando el fatal veneno oculto y mezclado en ella. Lamentable desgracia es, repito, pues, por unos gustos tan momentáneos, por una hermosura tan frágil y aun aparente, por un interés vilísimo, nos cegamos hasta el punto de precipitarnos en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mayor abismo de miserias. Pero es sin comparacion mas doloroso, que muchas veces, sin interés que nos mueva, sin placer que nos atraiga, sin belleza que nos deleite, nos dejemos arrastrar por las instigaciones de la soberbia, del desordenado amor propio, á un pecado, que nada tiene que no sea deforme y fiero, aun en el exterior; á un pecado enemigo de la salud, ajeno del honor, contrario á la tranquilidad; á un pecado, que reprueba la recta razon, detesta la humanidad, y condena terminantemente la Religion de Jesucristo; al ódio implacable, al rencor desapiadado, á la cruel venganza. Vicio monstruoso, diametralmente opuesto al precepto que nos impone Jesucristo en su Evangelio, de amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen, y orar por los que nos persiguen y calumnian.

Diametralmente opuesto; porque si nuestro enemigo nos quitó el honor ó la fama con su injusta murmuracion, si nos ultrajó con palabras un tanto denigrativas, si nos causó algun perjuicio, aunque leve, en nuestros intereses, aprovechamos la primera ocasion que se nos presenta para descubrir los defectos que mas le deshonran, procurando tal vez aumentar su deformidad, si es que no tenemos la grosera osadía de inventarlos; de suponer vicios que jamas ha cometido; y todo esto con el depravado fin de degradarle, de envilecerle en la opinion de sus amigos y compañeros, y aun de procurarle las burlas é insultos de los mas atrevidos. En esto ciframos nuestra satisfaccion, este es nuestro mayor placer. ¡Qué locura! Mírate, soberbio vengativo, mírate con cuidado, despues de conseguida tu venganza, no en el espejo de la Religion ni en el de tu conciencia, sino en el de la razon y de la humanidad; y dime ingénuamente: ¿qué ventajas has reportado? ¿cuáles son los frutos que has recogido? ¿ha adquirido mayor nombre tu reputacion? ¿recobraste tu honor perdido? ¿has logrado acrecentar tus intereses? Pero, ¡ay! que regularmente sucede lo contrario.

Yo pudiera recordaros los tristes resultados de la venganza para moveros á abandonarla, á renunciar para siempre á un medio tan degradante como insuficiente para recobrar el honor ó los intereses perdidos; pero quiero mas bien excitaros al amor de vuestros enemigos con el ejemplo y el precepto de Jesucristo, por ver si de este modo consigo mayores frutos. A. M.

1. ¡Infeliz situacion la del pecador! Declarado por la culpa enemigo de Dios y hecho objeto de su indignacion, ¿qué seria de él, si el mismo Señor, á quien ha ofendido, no le tendiera su mano protectora para sacarle de tan lamentable estado? Pereceria sin duda. Pero, ¡ay! que desgraciadamente olvida que todo lo debe á la misericordia infinita de su Dios, y aun tiene la ingratitud de rebelarse temerario contra su mismo bienhechor; contra aquel Dios, que por un puro efecto de su bondad le ha dado el sér, la gracia y los bienes que le enriquecen, y le promete la gloria que le hará feliz: contra este Dios se rebela el hombre ingrato. ¡Qué vileza! ¡qué alevosía! Pero ¡qué bondad, qué paciencia, qué misericordia la del Señor! Al mismo tiempo que así le desprecia la miserable obra de sus manos, le prepara él, le ofrece, le franquea nuevos y mayores beneficios. Cuando el vil se está fabricando su ruina y su condenacion eterna, compadecido este Dios amoroso de la miseria, que todavía no conoce él, está formando el asombroso proyecto de darle su mismo Hijo para su remedio. El Dios de la majestad se humilla, el Criador se hace hijo de una criatura, el Eterno nace muchos siglos despues de criado el mundo, el Inmenso se encierra en la pequeña cárcel de una madre Vírgen, Dios se hace hombre, solo porque el hombre pueda reconciliarse con Dios.

¡Oh caridad incomparable de mi Dios! ¡Oh feliz y dichosa culpa, diré con la Iglesia santa, que mereció un Redentor de tanto precio, de tanta dignidad y excelencia! ¡Oh culpa! tu fuiste necesaria para conseguir el conocimiento correspondiente á nuestra debilidad, del amor inmenso, de la caridad infinita, de la misericordia incomparable del Señor. Yo le ofendo, y él me busca amoroso para conducirme á su gloria; le injurio, y se humilla para dar la satisfaccion que yo debo; le aborrezco, y me pone en la precision de amarle; intento despojarle de sus bienes, y generoso me da todo su sér, dándose á sí mismo. Me espanto, me horrorizo al considerar la ingratitud del pecador; pero aun es mayor mi asombro cuando miro la paciencia, la misericordia de mi Dios. Su generosidad se aumenta en proporcion á nuestra ingratitud: cuando mas injurias recibe, se postra ante su eterno Padre y le ofrece la oracion mas fervorosa por nuestro remedio. Cada gota de sangre, que derrama, es un manantial de gracias y beneficios para nosotros; y en cambio de la muerte que le damos, nos ofrece una vida feliz y bienaventurada. Sin esperar á que reparemos la ofensa, él mismo nos busca, nos llama, satisface nuestra deuda, nos proporciona la mas fácil reconciliacion, nos convida con su amistad y con su gloria, y nos otorga el perdon mas cumplido de todos nuestros delitos en el momento mismo que queremos.

Esta es y ha sido siempre la conducta del pecador con su Dios, y

de Dios con los pecadores. Y ¿es posible, que no amemos de corazon á semejante abismo de bondad? que no sirvamos con el mayor ahinco á esta fuente inagotable de amor? que no imitemos un ejemplo tan edificante de paciencia y resignacion? que no perdonemos de corazon las injurias de nuestros hermanos? que abriguemos el cruel veneno del rencor y la venganza?

¡Débil mortal, criatura miserable! ¿son acaso hechura de tus manos los que te han ofendido? ¿Es infinita, por ventura, la distancia que media entre tu dignidad y su vileza? Vuélvete enhorabuena furioso contra la víbora que te ha mordido, y contra la zarza que te ha lastimado: acaba con la vida de aquélla, y arroja ésta al fuego para que no vuelvan á molestarte. Pero ¡contra el hombre! contra el hijo de tu mismo Padre! contra el miembro de tu mismo cuerpo! contra el individuo de tu misma naturaleza! contra el hombre, obra de un mismo Dios, redimido con una misma sangre, llamado á una misma Religion, criado para una misma gloria!—Ah! que las fieras se arrojen enfurecidas sobre su presa y la despedacen, aunque ningun daño les haya causado, nada tiene de particular, porque ni conocen mas felicidad que el deleite de sus sentidos, ni mas ley que la de la fuerza, ni mas regla, que su comodidad propia. Pero el hombre, cuya razon le demuestra con claridad, que la venganza es contraria á su naturaleza, puesto que cuando es mas cruel y vengativo, tanto es mas inhumano ó ménos racional; que el hombre, que desde su nacimiento tiene grabada en su corazon la ley de la clemencia y mansedumbre; que el cristiano, discípulo de un Señor tan paciente y benigno, y que conoce la imposibilidad de conseguir el perdon de sus delitos, miéntras no perdone él las injurias y profese un amor verdadero á sus enemigos; que este hombre, olvidado de sus deberes sociales y religiosos, abrigue en su interior el espíritu de venganza, se deleite en conservar el rencor y la enemistad, esto es lo que arrebata justamente mi admiracion. Y en verdad ¿qué motivo os ha dado para esto vuestro prójimo? por qué le negais vuestra amistad? por qué habeis roto las relaciones con él? por qué huís de su presencia? ¿A qué ese empeño de publicar sus defectos, y ese disgusto que os causa el elogio de sus bellas cualidades? ¿De qué proviene ese interés que os tomais en derribarle, destruyendo su hacienda, y denigrando su reputacion? ¿Os mueve á esto su malicia, su crueldad, su vida desarreglada y escandalosa? Pero en ese caso, debierais separar el vicio de la naturaleza, el defecto de la humanidad; porque muy bien se puede amar entrañablemente al hombre, aborreciendo al mismo tiempo sus crímenes. Debierais, en cumplimiento de vuestro deber, procurar sacarle por todos los medios posibles de estado tan lastimoso, para que todo cuanto en él quede, sea amable á vuestros ojos. De lo contrario, seria aumentar el mal, exasperándole, provocando nuevamente su ira, y colocándole cada dia en nuevos precipicios.

Pero, ay! yo no puedo ocultaros una reflexion á que da lugar vuestra conducta. ¿En qué consiste, que hasta que os ha injuriado, no habeis advertido esas debilidades, esos defectos, que siempre ha abrigado? Cuando conservaba vuestra amistad, era tan injusto, tan blasfemo, tan cruel, tan impio como ahora; y á pesar de eso, no os parecia tan odioso y despreciable, buscabais pretextos con que cohonestar ó excusar sus vicios, y, á lo mas, os compadecia su situacion; pero no abandonabais por eso su amistad. Llegó por fin á alcanzaros su injuria, os causó un leve daño, y esto solo fué suficiente para excitar vuestro enojo, vuestro odio contra él: ya os creeis autorizados para llenarle de dicterios, para infamarle, para romper con él. No es, pues, el celo de la honra de Dios, ni el bien espiritual de vuestro prójimo, sino la injuria que os ha hecho lo que os mueve á obrar así. Vuestro interés, vuestro amor propio, vuestra vanidad son las teas que han encendido en vuestro corazon el fuego implacable de la venganza.

¡Ah vil mortal! gusano despreciable! qué conducta tan criminal y detestable es la tuya! Compara la injuria que has recibido con la que has hecho: ¿qué supone tu honor, tu fama, tus intereses, tu vida misma, en que puede haberte ofendido tu hermano? Nada, si se compara con la magestad de Dios, á quien has ofendido tú. Mide la desigualdad que puede haber entre tí y tu enemigo, y la mil veces infinita distancia que hay de Dios á tí. Examina los títulos que obligan al hombre á complacerte, y los justísimos é innumerables motivos que tiene Dios para exigir de tí la mas ciega obediencia, la gratitud mas humilde, la mas inviolable fidelidad. Observa tu conducta para con él, y la de tu Dios para contigo. ¡Qué oprobio, qué confusion! Indigno eres del renombre glorioso de discípulo de Jesucristo, de aquel Señor cuya conducta debieras imitar, y cuyas leyes te es preciso obedecer. Dirás acaso, que su conducta es un portento de caridad, tanto mas inimitable cuanto mas asombroso; y así es en verdad, hablando del exceso infinito de su amor. Pero Dios, dice san Agustin, jamas ha mandado á los hombres cosas imposibles, antes bien, en el mero hecho de imponernos el precepto, nos da á entender, que si á cumplirlo no alcanzan las débiles fuerzas natura-

les, lo conseguiremos facilmente con los auxilios de su gracia soberana, que nunca nos niega.

2. Pero es preciso distinguir entre el precepto y el consejo. Nos aconseja el Señor, sin imponernos obligacion alguna, aquellas obras heróicas, que arrebatan justamente nuestra admiracion en los modelos de santidad; como el que hagamos con nuestros enemigos las demostraciones mas expresivas de un amor fino y verdadero; que si recibimos de ellos una bofetada en la mejilla derecha, les presentemos la izquierda por si quieren hacer lo mismo; que expongamos la misma vida, si es necesario, para conservar la suya. Pero nos manda expresamente amarlos, nos manda hacerles bien y rogar por ellos. Si los hombres, dice, ciegos con su orgullo y amor propio, se contentan con amar á los amigos, juzgando que les es permitido aborrecer á los enemigos, yo, que soy la sabiduría de Dios, os aseguro, que estais obligados á amar de corazon indistintamente á unos y á otros, y pagar con beneficios y oraciones las injurias y calumnias de éstos, como los servicios y amistad de aquéllos. Y á la verdad, prosigue, si no tuvierais obligacion de amar sino á los que os aman, ¿en qué os diferenciariais de los gentiles? El bárbaro mas idiota, el ateista mas ciego, el salvaje mas estólido, todos aman sin dificultad á sus amigos. Los irracionales, aun aquellos que se hallan inclinados á la ferocidad, suelen halagar algunas veces, y hasta lamer la mano á sus bienhechores, obrando contra su natural inclinacion. Si pues el cristiano no estuviera obligado á mas, ¿en qué consistiria la excelencia de su Religion? ¿en qué se distinguiria de los brutos? ¿Cómo podria llamarse hijo de aquel Padre celestial, que, lleno de amor, hace que el astro del dia extienda sus rayos benéficos sobre los buenos y los malos, y envia las lluvias oportunas para remedio y consuelo del pecador, lo mismo que del justo?

¡Qué reflexion tan eficáz contra el ódio y la venganza! Piérdese seguramente por este vicio el esclarecido nombre de hijos de Dios, y la dichosa porcion de su herencia, como lo asegura el Crisóstomo, fundado en las palabras mismas del Salvador. Todos los pecados, añade, serán perdonados al que perdone de corazon las injurias de sus prójimos; y lo mismo dice Jesucristo por san Mateo. MATTH. VI, 14. Y ¿es posible, que os parezca dura é impracticable esta obligacion? aun dudareis que es un verdadero precepto? Cerrad por un momento los groseros ojos de la carne y abrid los del espíritu; ahogad dentro de vosotros mismos las perniciosas instigaciones del amor propio, y atended solo á las saludables voces de vuestra conciencia; y reflexionad con detencion los bienes que os produce la odiosa

venganza. Una satisfaccion llena de encono y de crueldad; un fiero deleite, que bien examinado, os horroriza á vosotros mismos; una orgullosa complacencia, que os hace despreciables y odiosos á los ojos de Dios y de los hombres; un honor fundado en la infamia de vuestros hermanos; una vanagloria apoyada en el abatimiento de vuestros semejantes; un leve interés comprado á costa de la ruina de vuestros prójimos; un innoble placer, que solo dura aquel corto espacio que la desapiadada ira tiene embargada vuestra razon, pero que pasado éste os avergüenza, os confunde, os atormenta con crueles remordimientos, y vuelve contra vosotros las furiosas armas que habiais usado para herir á vuestros enemigos: estos son los tan decantados frutos, que produce la venganza.

¡Qué diferentes son el puro deleite, la alegría verdadera, la dulce satisfaccion, que indudablemente causa en el alma el perdon y olvido de las injurias! Una accion heroica en que no puede tener parte el interés, la ambicion, ni la gloria mundana; un rasgo de generosidad á que no puede incitarnos la carne ni la sangre; un acto admirable de caridad ejecutado en obsequio de nuestro Dios, por solo el deseo de imitarle, por el solo gusto de servirle.... ¡Oh! ¡y cuán inmenso es el regocijo, que semejante accion hace experimentar al alma del cristiano! No es posible, dice san Juan Crisóstomo, que pueda Dios negar cosa alguna, que le pida el cristiano en estas circunstancias. Bien puede con toda seguridad decirle con san Agustin: he cumplido, por mi parte, el mas árduo y difícil de tus preceptos; he hecho en obsequio de tu amor el mas costoso sacrificio; justo es, pues, que cumplas tú en mí la mas consoladora de tus promesas.

Y efectivamente, el que observa con exactitud el precepto de amar á los enemigos, puede reconvenir á su Dios con firmeza y confianza; y este Dios bueno oirá con indecible gusto esta reconvencion amorosa, manifestándole, que si alguna vez tarda en acceder á sus ruegos, lo hace solo, á fin de que pueda conocer mejor el precio de sus gracias, y recibir mas dulce, mas excesivo, mas inmenso deleite en la posesion de sus dones. Pero este mismo Dios, que solo anhela despachar favorablemente nuestras súplicas, nos enseña, que el medio mejor, el mas eficáz, el único para conseguirlo, es el perdon de las injurias. Así es, que nos dice por san Marcos, XI, 24 y 25, cuando molestados del hambre, afligidos de la enfermedad, oprimidos de la miseria, perseguidos de la tentacion, acosados, en fin, de todos los males, vayais á dirigir á vuestro Dios las oraciones mas fervorosas, para que os libre de todos ellos, perdonad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

primero los agravios que hayais recibido de vuestros hermanos, sofocad la ciega pasion de la ira, amad entrañablemente á vuestros enemigos, y entónces yo os aseguro, que correspondiendo á vuestro amor mi Padre celestial, los hará desaparecer en el momento, y os concederá la salud del alma por una remision completa de todos vuestros pecados. Pero si animados del criminal deseo de venganza os acercais á sus piés, léjos de concederos lo que solicitais, cerrará sus oidos por no escuchar vuestra peticion, os arrojará de sí lleno de furor, y hará caer sobre vosotros la mano severa de su terrible justicia.

Hé ahí, miserable vengativo, á donde te conduce tu locura. Irremisiblemente has de pagar toda la deuda que has contraido con tus pecados. En la oscura cárcel del infierno serás oprimido con todo género de tormentos, pagando por una eternidad la injuria que con tu dureza has hecho á Dios, sin que jamas puedas repararla ni esperar el menor alivio. Y ¿es posible, que aun no te decidas á perdonar de corazon á tus enemigos? á amarlos como hermanos? ¿Aun te volverás á tu casa con la misma enemistad, con el mismo ódio, con el mismo rencor, que abrigabas en tu pecho al entrar en el templo? Si así fuere, cristianos, esto es, si no os perdonais verdaderamente unos á otros, si no os reconciliais, no abrais jamas vuestros impuros lábios para la oracion. En nombre de aquel Dios, cuyo ministro soy, aunque indigno, de aquel Dios altamente inclinado á perdonar, pero cuya justicia es inexorable, os conjuro, que no oreis, que no clameis á las puertas de su misericordia, porque vuestras oraciones serán armas crueles, que volvereis contra vosotros mismos. En tan lamentable estado, no hay para vosotros perdon, no hay gracia, no hay sacramentos, no hay gloria, no hay remedio alguno. Aunque os acojais al sagrado templo, aunque recurrais á las oraciones del sacerdote, aunque os coloqueis sobre el mismo altar, como el desgraciado Joab, III. Reg. II, 29 y 34, allí os arrebataria vuestro enemigo Satanás, allí serian traspasadas vuestras almas, como lo fué el cuerpo de aquel infeliz, con los agudos dardos de la divina venganza; de allí seriais arrancados para sepultaros en el lugar de la desesperacion y los tormentos. Dejad, pues, el nombre de cristianos, retiraos para siempre de la Iglesia de Jesucristo, renunciad los derechos que habiais adquirido al reino de los cielos, negad abiertamente.... pero ¿qué voy á decir? Negad mas bien á vuestro corazon el impío deleite que tiene en vengarse de su enemigo; negad á vuestro interés, á vuestra vanidad, á vuestra mal entendida reputacion, la satisfaccion que exigen de vosotros; olvidad enteramente las ofensas que habeis

recibido de vuestros prójimos, y, teniendo presente el precepto de Jesucristo, amadlos de corazon, aunque ellos os aborrezcan; hacedles bien, aunque os hagan mil injurias; tratadlos con consideracion y caridad, aunque os calumnien; dirigid por ellos las mas fervientes súplicas al trono de las misericordias, aunque os persigan; para que imitando la edificante conducta del Salvador, os hagais acreedores como él al glorioso nombre de hijos predilectos del Padre celestial, y á la participacion de la herencia, que os hará felices por los siglos de los siglos. Amen.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Debemos perdonar de corazon á nuestros enemigos cuantos agravios nos hayan hecho, y amarlos con un puro y verdadero amor de caridad: 1.°, porque es un precepto de Dios: 2.°, porque los obedientes á este precepto divino serán dichosos: 3.°, porque los rebeldes á este mandamiento serán temporal y eternamente desgraciados.

I. Antiguamente habia cundido en el mundo, dice Jesucristo, esta máxima perniciosa: amarás á tu amigo, y aborrecerás á tu enemigo; pero yo os digo, que ameis á vuestros enemigos; que hagais bien á los que os aborrecen; que oreis por los que os persiguen. Instruido en esta doctrina el Apóstol, decia á los Romanos: No volvais mal por mal: no maldigais á los que os maldicen, sino, por el contrario, bendecidlos, hacedles bien, pues Dios os llama á esta perfeccion de vida.

II. El fiel observador de este precepto puede contar, desde luego, con el perdon de sus pecados, con la paz del alma, con el dulce sosiego del espíritu, con la adopcion de hijo de Dios en la tierra, y con la bienaventuranza del cielo. Qué dicha! Qué felicidad!

III. Los que no perdonan los agravios recibidos, no alcanzarán el perdon de sus pecados, no hallarán misericordia en Dios, y serán para siempre excluidos de la gloria. ¡Qué vida tan desdichada la de los que no usan misericordia con los que los agraviaron! ¡Qué conciencia tan lastimosamente despedazada en presencia ó en ausencia de sus enemigos! La vista de los contrarios los irrita, su voz les incomoda, sus palabras los alteran, su compañía los irrita. Si están separados, sus mismos pensamientos los martirizan; acechan sus pasos, censuran su conducta, les chocan sus costumbres, é interpretan en mal sentido hasta sus acciones mas ino-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

centes. No serian mas atormentados en su cuerpo de una víbora que llevasen en su seno, que lo son en su corazon por la representacion contínua de las ofensas, que se les figura haberles hecho su enemigo. No duermen con sosiego, ni comen con gusto.

Por lo mismo que no perdonan, no son perdonados; y atormentados en su última enfermedad por los remordimientos de su conciencia, y horrorizados con la cercanía de los tormentos, empezarán ya en la tierra á padecer, en algun modo, los tormentos que les están preparados para siempre en el infierno.

II.

Hay hombres, que solo respiran venganza; y hay cristianos, que viven de ilusiones en punto al amor de los enemigos: Demostremos á los primeros: 1.°, la necesidad indispensable que tienen de amar á sus enemigos: á los segundos: 2.°, que realmente aborrecen á sus enemigos cuando pretenden amarlos.

I. Debemos amar á nuestros enemigos: 1.°, porque Dios lo ordena: 2.°, porque nuestros enemigos lo merecen: 3.°, porque lo exige nuestro interés. Tres razones, que prueban invenciblemente la necesidad de amar á los enemigos.

II. Debemos amar á los enemigos con un amor sincero y benéfico; si no es tal, obramos contra la ley: estos dos caracteres demuestran, que muchos presumen amar á sus enemigos, y verdaderamente no les aman.

III.

En este plan puede demostrarse: 1.°, cuán justa es la ley de perdonar á los enemigos, contra las falsas razones que se alegan para impugnarla: 2.°, la extension de esta ley contra los vanos pretextos, que se alegan para debilitarla en la práctica.

I. Si perdono las injurias, dice el vengativo, me privo de un derecho que me pertenece; me expongo neciamente á la malignidad y al furor de los malos; renuncio al único medio que me queda de reparar mi honor denigrado. Pues bien, voy á demostraros, que el que se venga: 1.°, usurpa un derecho, que solo pertenece á Dios: 2.°, introduce el desórden y la confusion en la sociedad civil: 3.°, se constituye esclavo de una pasion tiránica, que debiera reprimir.

II. ¿A qué se reduce entre los mundanos el perdon de las injurias? A no manifestar el ódio, á no volver mal por mal, á privarse del triste placer de la venganza; es decir, que se pretende cumplir con el deber de perdonar al enemigo, pero no se quiere: 1.°, amarle: 2.°, hacerle bien: 3.°, mantener con él esa correspondencia y union que nos exige la sociedad cristiana. Sin embargo, á estas tres cosas nos obliga la ley.

IV.

Siendo este un punto tan importante, voy á demostraros: 1.°, que es necesario perdonar: 2.°, que es necesario perdonar bien.

I. Para convenceros sólidamente de la necesidad de perdonar á nuestros enemigos, bastará manifestar: 1.°, que el perdon de los enemigos no es un consejo, sino un precepto impuesto por el mismo Dios: 2.°, que es otro de los preceptos mas evidentes: 3.°, que es el mas equitativo: 4.°, que es el mas ventajoso.

II. Jesucristo es quien nos manda perdonar: Jesucristo es quien debe servirnos de modelo para perdonar bien. Debemos pues: 1.°, perdonar á nuestros enemigos, como Jesucristo nos perdona: 2.°, como Jesucristo perdonó á sus verdugos y á sus mas declarados enemigos: 3.°, si no le incitásemos con nuestras súplicas, atraeríamos sobre nosotros la maldicion divina.

V.

Hay dos clases de personas, que contravienen á las leyes de la reconciliacion, á saber: el vengativo y el indiferente. El uno niega el perdon como demasiado difícil; y el otro disputa su amistad como accesoria al precepto. ¿Qué hace, pues, la Religion? 1.°, allana al vengativo la dificultad del perdon, con el aliciente de los motivos que le propone: 2.°, reduce al indiferente á la necesidad de la amistad, por la extension de las obligaciones que le prescribe.

DIVISIONES.

AMOR DE LOS ENEMIGOS. — Debemos amar á nuestros enemigos

1.° Por obediencia, pues nos lo manda Dios, que es nuestro soberano.

2.° Por amor de Dios, que es nuestro Padre, y nos lo enseña con su ejemplo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3.° Por temor de Dios, que es nuestro juez, y nos amenaza con el castigo, si no perdonamos á los que nos han ofendido.

AMOR DE LOS ENEMIGOS. —Dios nos manda amar al enemigo: 1.° con su autoridad: 2.° con su amor: 3.° con sus promesas y sus amenazas.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Mea est ultio, ego retribuam. Deuter. xxxii, 35.

Mia es la venganza, yo les daré el pago.

Cum ceciderit inimicus tuus, ne gaudeas, et in ruina ejus ne exultet cor tuum. Prov. xxiv, 17.

No te alegres de la caida de tu enemigo, ni se regocije tu corazon en su ruina.

Omnis injuriæ proximi ne memineris, et nihil agas in operibus injuriæ. Eccli. x, 6.

Echa en olvido todas las injurias recibidas del prójimo, y nada hagas en daño de otro.

Relinque proximo tuo nocenti te, et tunc deprecanti tibi peccata solventur. Eccli. xxviii, 2.

Perdona á tu prójimo cuando te agravia, y asi, cuando implores el perdon, te serán perdonados tus pecados.

Si offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquit adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo, et tunc veniens offeres munus tuum. Matth. v, 23 et 24.

Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, alli te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra tí, deja alli mismo tu ofrenda delante del altar, y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y despues volverás á presentar tu ofrenda.

Si quis te percusserit in dexteram maxillam tuam, præbe illi et alteram. Matth. v, 39.

Si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele tambien la otra.

Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester cœlestis delicta vestra. Matth. vi, 14.

Si perdonais á los hombres las ofensas que cometen *contra vosotros*, tambien vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados.

Si esurierit inimicus tuus, ciba illum. Rom. xii, 20.

Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer.

Nulli malum pro malo reddentes. Rom. xii, 17.

A nadie volvais mal por mal.

Qui dicit se in luce esse et fratem suum odit, in tenebris est usque adhuc. I Joann. ii, 9.

Quien dice estar en la luz, aborreciendo á su hermano *ó al prójimo*, en tinieblas está todavía.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El patriarca José nos ofrece dos ejemplos de la mas noble generosidad en perdonar la inícua traicion, que le hicieron sus hermanos: el primero, cuando se les manifestó en Egipto, ya elevado á la dignidad de virey, pues cuando sus hermanos temblaban y se consideraban perdidos irremisiblemente, él les dijo: *Nolite pavere, pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Ægyptum.* Gen. xlv. El segundo, cuando muerto su padre, y temiendo sus hermanos que entónces se vengaria de la injurias que le habian hecho, le enviaron una comision, rogándole, que no se acordase de los pasados agravios, y les concediese un sincero perdon. José, no solo accedió, sino que se enterneció hasta llorar. Gen. l.

Job, entre las muchas protestas que hace de su inocencia, dice, que no se ha alegrado jamas del mal de sus enemigos: *Si lætus sum ad ruinam ejus qui me oderat.* Cap. 31.

David perdona generosamente á Saul y á toda su casa y parentela, al rebelde Absalon y al atrevido Semei. I Reg. xxiv; II Reg. 16 et 18.

Nuestro divino Redentor cumple hasta su muerte con el precepto que él mismo impuso: *Diligite inimicos vestros*, Matth. v; y miéntras sus enemigos claman: *crucifige*, dice S. Bernardo, él clama con voz piadosa: *Pater ignosce.*

San Estéban ruega tambien por los que le apedrean, Act. vii; y S. Pablo se ofrece á ser martirizado por sus perseguidores.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Christianus nullius est hostis. Tertull. lib. ad. Scap. 2.

El verdadero cristiano de nadie es enemigo.

Amicos diligere omnium est, inimicos autem solum christianorum. Idem, Ibid.

Todos aman á los amigos, pero solamente los cristianos aman á los enemigos.

Malum inferre peccare est,

El hacer mal es pecado; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reddere malum gravius est. ORIGEN.

Christus addidit legem, certa nos sponsione constringens, ut sic novis peccata dimitti postulemus, sicut nos debitoribus nostris dimittimus. *Quare crimen est, nolle dimittere.* CIPRIAN. DE ORAT. DOMIN.

Imitatione Dei, gloriosius injuriam tacendo fugere, quam respondendo superare. GREGOR. NACIAN. IN SENTENT.

Per amorem hominis inimici efficeris amicus Dei, imo non solum amicus, sed etiam filius. AUG. SERM. V, DE SANCT.

Vindicta cœlestis inimicum digere. S. PAULIN.

Diligere inimicos, culmen est bonitatis, pietatis fastigium, divinæ, philosophiæ documentum. S. PETR. CHRYSOL.

Vincar injuriis, vincam obsequiis, invitis præstabo, ingratis adjiciam, honorabo et comlemnentes me. BERNARD. EPIST. CCXXXIII.

es peor el volver mal por mal.

Cristo, al imponer esta ley, nos obligó tambien, mandándonos pedir que se nos perdonen nuestros pecados, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores: por cuyo motivo el no perdonar es un verdadero pecado.

A imitacion de Dios, vale mas apartarnos de la injuria, callando, que vengarla, contestando.

Amando al enemigo te haces amigo de Dios: no solo amigo sino tambien hijo.

Amar al enemigo es una venganza celestial.

Amar á los enemigos es el colmo de la bondad, lo mas elevado de la piedad, y una máxima de la filosofía divina.

Seré vencido con injurias, pero yo venceré con favores, que haré á los desconocidos, aumentaré con los ingratos, honraré á los mismos que me desprecian.

REFLEXIONES TEOLÓGICAS Y MORALES SOBRE EL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

Debemos amar á los enemigos. Amar á los enemigos por Dios, y segun Dios, es mandamiento expreso de Jesucristo: *ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.* MATTH. V, 44. Es poco no vengarse, tolerar una injuria sin quejarse, no murmurar ni exasperarse y calmar todos los resentimientos; es necesario, ademas, amar á los enemigos, amarlos aun en el instante mismo en que nos dan las señales mas sensibles de ódio. Respecto á esto, la ley de Jesucristo es tan terminante y decisiva, que es imposible torcer su sentido.

Es precepto universal. Cuando Jesucristo dijo: yo os digo, que ameis á vuestros enemigos: no se dirigia solamente á sus apóstoles, sino á todos; y esto es lo que distingue á la nueva ley de la antigua. Precepto es éste tan universal, que no hay clase, ni dignidad, ni méritos, ni edad, que pueda dispensar de él.

Es precepto justo. La justicia vindicativa, es un acto de autoridad soberana, que solo pertenece á Dios, como él mismo lo declara: *mea est ultio.* DEUT. XXXII, 35. Es justo respecto á los particulares, porque la ley que nos manda perdonar, intima á todos los demas la misma obligacion en favor nuestro.

Quien reza la oracion dominical, se obliga á perdonar. ¿Puede rezarse la oracion dominical, que nos enseñó el mismo Jesucristo, sin perdonar? ¿Podreis llamar á Dios vuestro Padre, si os resistís á imitarle, y tratais con dureza y amargura á sus hijos? ¿Podreis pedir la santificacion del nombre que deshonrais, y de que haceis blasfemar á otros con vuestro mal ejemplo? ¿Pedireis que venga su reino, miéntras os cerrais su puerta? ¿Osareis pedir que se cumpla la voluntad de Dios, si os resistís á ella negando el perdon que os pide? ¿Podreis pedir la conservacion de la vida espiritual y corporal, si sois desapiadados con vuestros hermanos? ¿Con qué cara solicitareis el perdon de los pecados, sabiendo que son imperdonables, miéntras vosotros no perdoneis? ¿Sereis bastante temerarios para pedir á Dios las fuerzas necesarias para resistir á la tentacion, miéntras os exponeis á cometer todo género de pecados, no perdonando? ¿Podreis pedir á Dios que os libre de todo mal, si os precipitais en el mal y os negais á sacar de él á vuestros hermanos?

Jesucristo modelo de nuestra generosidad. Todos los cristianos pedimos á Dios diariamente en la oracion dominical: «Señor, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Lo mismo exhortaba san Pablo á los Colosenses: *sicut Dominus donavit vobis, ita et vos.* CAP. III, 13. Jesucristo, es, pues, nuestro modelo; no nos avergoncemos de imitarle. Él nos previene, nos busca y nos hace bien, aun cuando nosotros le ultrajamos: nos perdona siempre y todo género de pecados. ¿Haceis vosotros otro tanto con vuestros enemigos?

Es muy glorioso el perdonar. Nada tan heróico y digno de un corazon noble, tan glorioso entre Dios y los hombres, como el perdonar al enemigo. El que se vence á sí mismo, vale mucho mas que el que conquista un imperio. Los mismos paganos reconocieron, que es cobardía el vengarse, y una accion muy noble el perdonar.

La venganza nos está prohibida. Ni un solo caso encontrareis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en que sea lícita la venganza particular. *Non quæras ultionem, nec memor eris injuriæ.* Levit. xix, 18.

Castigos de los vengativos. Dios no nos perdonará, si nosotros no perdonamos. Seremos tratados sin misericordia, si tratamos al prójimo sin caridad. Si nos vengamos, Dios se vengará: hará con nosotros lo mismo que hubiéremos hecho con nuestros enemigos. Así nos lo enseña Jesucristo. Véase la parábola que hay en el capítulo xviii de san Mateo.

Promesas hechas á los generosos de corazon. Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester cœlestis delicta vestra. Matth. vi, 14. Sofocad vuestros resentimientos y quejas, y así olvidará Dios las que tiene contra vosotros: amad á vuestro enemigo, y Dios os amará. Bendecid al Padre de las misericordias, que os ofrece un medio tan seguro de aplacar su indignacion.

Véase: PERDON DE LAS INJURIAS.

AMOR PROPIO.

I.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo.

(*Luc.* ix, 23.)

La triste humanidad gime bajo un yugo ignominioso. El entendimiento se considera como oscurecido por densas tinieblas; la voluntad se siente, en cierto modo, arrastrada al mal por una propension que la es innata; el corazon es víctima de mil pasiones funestas, que se disputan su dominio; todo en el hombre es ignorancia, miseria,

dolor y desgracia, desde que sale á la luz del mundo. Tales son las consecuencias que debemos al pecado de nuestros primeros padres, pecado que nosotros heredamos, y que continua causando los mayores estragos en las almas. Sabeis muy bien, oyentes, que el desórden, que semejantes infortunios han acarreado al linage humano, fué una contravencion á las órdenes expresas de Dios, una resistencia á sus preceptos; mas claro, un arranque de amor propio. El enemigo de Dios y del hombre supo insinuarse con astucia en el corazon de la primera mujer, sugirióle ideas contrarias á las que habia oido de los labios de su Criador; suscitó en su alma un deseo funesto de satisfacer su propia voluntad; y no contenta con haber infringido el precepto del Señor, obligó, en cierto modo, á su esposo, á participar de su pecado. Pues bien, la miseria, la muerte y todas las desdichas que nos han trasmitido y que deploramos de continuo, son las consecuencias de aquel funesto arranque de amor propio.

El mismo medio que empleó el enemigo de nuestra felicidad para oponerse á los designios de Dios sobre el hombre, lo utiliza ahora, y por desgracia con buen éxito, para introducir el desórden y la desventura entre los cristianos. Procura persuadirnos, de que no debemos oponer la menor resistencia á nuestros deseos; que somos dueños de nuestra voluntad, y que nadie puede dominarla; y de este modo consigue, que unos séres miserables se atrevan alevosamente contra su Dios, quebranten sus preceptos, y le nieguen la obediencia que se le debe. Pues bien, ved aquí el objeto de este discurso; y para que eviteis cuidadosamente este defecto, voy á demostraros, que el amor propio destruye en nosotros el amor legítimo de nosotros mismos, el amor que debemos al prójimo, y, por último, el amor que debemos á Dios. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nadie ignora, que el amor, que nos profesamos á nosotros mismos, puede ser una virtud y puede tambien ser un vicio. Dios nos manda, que amemos al prójimo como á nosotros mismos; hay, pues, un amor de nosotros mismos legítimo y virtuoso, un amor bien dirigido, porque está subordinado á la voluntad de Dios. Hay, empero, otro amor de nosotros mismos, que no admite otra regla que dirija sus movimientos, ni se propone otro fin que nosotros mismos, y por esto se le llama amor propio, y, por lo tanto, no atiende á lo que de nosotros desea el Señor, ni se cuida de lo que es útil al prójimo, sino que únicamente busca su propia satisfaccion. Este segundo amor destruye el primero; pues no se ama verdaderamente quien se ama mal; y sin duda se ama muy mal el que con su amor propio se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en que sea lícita la venganza particular. *Non quæras ultionem, nec memor eris injuriæ.* Levit. xix, 18.

Castigos de los vengativos. Dios no nos perdonará, si nosotros no perdonamos. Seremos tratados sin misericordia, si tratamos al prójimo sin caridad. Si nos vengamos, Dios se vengará: hará con nosotros lo mismo que hubiéremos hecho con nuestros enemigos. Así nos lo enseña Jesucristo. Véase la parábola que hay en el capítulo xviii de san Mateo.

Promesas hechas á los generosos de corazon. Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater vester cœlestis delicta vestra. Matth. vi, 14. Sofocad vuestros resentimientos y quejas, y así olvidará Dios las que tiene contra vosotros: amad á vuestro enemigo, y Dios os amará. Bendecid al Padre de las misericordias, que os ofrece un medio tan seguro de aplacar su indignacion.

Véase: PERDON DE LAS INJURIAS.

AMOR PROPIO.

I.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo.

(*Luc.* ix, 23.)

La triste humanidad gime bajo un yugo ignominioso. El entendimiento se considera como oscurecido por densas tinieblas; la voluntad se siente, en cierto modo, arrastrada al mal por una propension que la es innata; el corazon es víctima de mil pasiones funestas, que se disputan su dominio; todo en el hombre es ignorancia, miseria,

dolor y desgracia, desde que sale á la luz del mundo. Tales son las consecuencias que debemos al pecado de nuestros primeros padres, pecado que nosotros heredamos, y que continua causando los mayores estragos en las almas. Sabeis muy bien, oyentes, que el desórden, que semejantes infortunios han acarreado al linage humano, fué una contravencion á las órdenes expresas de Dios, una resistencia á sus preceptos; mas claro, un arranque de amor propio. El enemigo de Dios y del hombre supo insinuarse con astucia en el corazon de la primera mujer, sugirióle ideas contrarias á las que habia oido de los labios de su Criador; suscitó en su alma un deseo funesto de satisfacer su propia voluntad; y no contenta con haber infringido el precepto del Señor, obligó, en cierto modo, á su esposo, á participar de su pecado. Pues bien, la miseria, la muerte y todas las desdichas que nos han trasmitido y que deploramos de continuo, son las consecuencias de aquel funesto arranque de amor propio.

El mismo medio que empleó el enemigo de nuestra felicidad para oponerse á los designios de Dios sobre el hombre, lo utiliza ahora, y por desgracia con buen éxito, para introducir el desórden y la desventura entre los cristianos. Procura persuadirnos, de que no debemos oponer la menor resistencia á nuestros deseos; que somos dueños de nuestra voluntad, y que nadie puede dominarla; y de este modo consigue, que unos séres miserables se atrevan alevosamente contra su Dios, quebranten sus preceptos, y le nieguen la obediencia que se le debe. Pues bien, ved aquí el objeto de este discurso; y para que eviteis cuidadosamente este defecto, voy á demostraros, que el amor propio destruye en nosotros el amor legítimo de nosotros mismos, el amor que debemos al prójimo, y, por último, el amor que debemos á Dios. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nadie ignora, que el amor, que nos profesamos á nosotros mismos, puede ser una virtud y puede tambien ser un vicio. Dios nos manda, que amemos al prójimo como á nosotros mismos; hay, pues, un amor de nosotros mismos legítimo y virtuoso, un amor bien dirigido, porque está subordinado á la voluntad de Dios. Hay, empero, otro amor de nosotros mismos, que no admite otra regla que dirija sus movimientos, ni se propone otro fin que nosotros mismos, y por esto se le llama amor propio, y, por lo tanto, no atiende á lo que de nosotros desea el Señor, ni se cuida de lo que es útil al prójimo, sino que únicamente busca su propia satisfaccion. Este segundo amor destruye el primero; pues no se ama verdaderamente quien se ama mal; y sin duda se ama muy mal el que con su amor propio se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

procura toda clase de males, y aleja de sí toda clase de bienes.

Examinad, oyentes, de donde proceden los desórdenes de nuestra alma, la insubordinacion de las pasiones, el desarreglo de las intenciones, la inconstancia de nuestros propósitos, y vereis, que todo procede del amor propio. Nuestros mas temibles enemigos, cuales son el mundo, los sentidos y el demonio, con todos sus esfuerzos, con todas sus astucias, con toda su violencia serian impotentes para hacernos perder un solo grado de mérito, de virtud y de gracia, si no tuviesen por auxiliar nuestro amor propio. Este es el que hace una guerra tenaz á la virtud, y procura por todos los medios posibles exterminarla. El amor á la propia conveniencia rechaza la mortificacion. El amor á los propios placeres empaña la pureza. No satisfecho con oponerse á las virtudes, abre este amor propio la puerta á todos los vicios. En pos de él van siempre la vanidad, el interés, los deleites, el orgullo con el cortejo de los males, que son compañeros inseparables de los vicios. ¿Qué digo en pos de él? Todos los vicios no son mas que nuestro amor propio. ¿Qué es la ambicion? El amor á nosotros mismos, que apetece honores y grandezas. ¿Qué es la avaricia? El amor á nosotros mismos, que corre en pos de las riquezas. ¿En qué consiste la incontinencia? En el amor á nosotros mismos, que busca los placeres materiales. ¿En qué consiste el odio? En el amor á nosotros mismos, que tiene sed de venganzas. Y la pereza ¿qué es sino el amor á nosotros mismos, que desea la ociosidad y descanso? Con razon, pues, S. Anselmo llama al amor propio fuente de todos los vicios.

Y en vista de todo esto, ¿cuál debe ser nuestra conducta con respecto al amor propio? La santa Escritura nos le enseña con una hermosa figura. El patriarca Abrahan tenia dos hijos, Ismael é Isaac; al primero lo tuvo en Agar, que era esclava, al otro en Sara, que era libre; aquél, como dice el Apóstol, habia nacido segun la carne ó naturalmente, y éste milagrosamente y en virtud de la promesa hecha por Dios: *Qui de ancilla secundum carnem natus est: qui autem de libera per repromissionem.* Gal. IV, 23. Ismael perseguia al virtuoso Isaac, y para acabar de una vez con las persecuciones y travesuras de Ismael, dijo Sara á su esposo: Echa fuera á la esclava y á su hijo. El Señor intimó á Abrahan, que cumpliese los deseos de Sara su esposa; por lo cual este patriarca, á pesar del amor que profesaba á Ismael y á Agar, tuvo que echarlos de su casa. Ahora bien; estos dos hijos, como dicen los santos padres, eran el símbolo de dos amores, el amor propio, hijo de la esclava, ó de la concupiscencia, y el amor verdadero, hijo de la mujer libre, ó de la gracia. El amor

propio persigue al verdadero amor, como Ismael perseguia á Isaac; arrojemos, pues, de nuestro corazon este amor desordenado con su madre la concupiscencia, como Abrahan arrojó de su casa á Ismael y á su madre.

2. Tal vez os parezca difícil renunciar á lo que mas os place, y resistir á las pasiones que mas os embelesan; pero reflexionad, que tambien le fué doloroso á Abrahan desprenderse de Ismael. *Dure accepit hoc Abraham*, dice la santa Escritura. Gen. XXI, 11. Duro pareció esto á Abrahan; sin embargo obedeció. Obedezcamos tambien nosotros á la gracia, obedezcamos á Dios; ambos nos van repitiendo: *ejice*, *ejice*, arrojad este amor propio, que introduce en vuestro corazon el desórden, y que es el orígen de todos los pecados. Si no lo hacemos, nuestra vida será una série interminable de pecados, y nuestra muerte la mas desgraciada: *Qui amat animam suam, perdet eam*, dice Jesucristo: *et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.* Joan. XII, 25. El que ama desordenadamente su alma, la perderá; mas el que la aborrece ó mortifica en este mundo, la conserva para la vida eterna. Sentencia admirable, exclama S. Agustin. Tract. LI, in Joan. La causa de nuestra perdicion es el amor desordenado, que nos profesamos á nosotros mismos, y lo que ha de salvarnos es el odio santo á nosotros mismos. Si amándonos de un modo indigno, fomentamos las perversas inclinaciones de nuestra corrompida naturaleza, moriremos en desgracia; y, al contrario, el que aborreciéndose santamente, persigue de contínuo su amor propio, tendrá una muerte preciosa en la presencia del Señor. Felices, pues, concluye el santo doctor, felices aquellos, que por no perecer eternamente por su desordenado amor, saben salvarse aborreciéndose santamente: *Felices qui oderunt custodiendo, ne perdant amando.* Anonadad, pues, este amor desarreglado, que destruye en nuestro corazon el amor legítimo de nosotros mismos.

Tambien destruye el amor propio el verdadero amor, que debemos á nuestro prójimo. Uno de los caracteres con que la verdadera caridad se distingue de la aparente, es, segun el Apóstol, el que no procura sus intereses y conveniencias: *Charitas non quærit quæ sua sunt.* No hay, pues, verdadera caridad ó verdadero amor al prójimo cuando en el corazon reina el amor propio. No negaré, que ciertos hombres, asi como se aman desordenadamente á sí mismos, aman tambien en algun modo á su prójimo; pero este amor, mas que amor al prójimo, es amor á sí mismos. Aman porque se les respeta; aman porque esperan algun favor; aman por simpatía de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

genio, por satisfacer sus pasiones, por estímulo de la avaricia. Pero ¿es este el amor que debemos tener á nuestro prójimo? El amor al propio aprecio, el amor á los placeres, al interés, á las conveniencias, ¿es acaso el amor que la ley de Dios nos manda profesar á nuestros hermanos? Haced que desaparezca toda esperanza de proteccion, ó de recompensa; suponed que se hace una leve injuria, ó una accion, que los interesados califican de desprecio; y vereis que al punto desapareee su amor, y que le sustituye el resentimiento, y acaso la venganza. ¿Qué se infiere de esto? Que al amar á sus prójimos, solo se aman realmente á sí mismos; y éstos, dice el Apóstol, *quæ sua sunt quærunt*, II Philip. xxi, no buscan sino sus propias conveniencias y utilidades; luego, por una consecuencia legítima, aquellos en cuyo corazon reina el amor propio, como en fuerza de este amor solo buscan su utilidad, no aman en realidad al prójimo.

3. Para comprender mejor esta verdad, veamos que amor, segun la ley de Dios, debemos tener á nuestro prójimo. Este es mi precepto, dice el Salvador, que os ameis los unos á los otros como yo os he amado: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.* Joan. xiii, 34. No quiere nuestro Salvador, que nos amemos de cualquier modo, sino cual él nos amó. ¿Y cómo nos amó Jesucristo? nos amó humillándose por nuestro amor; nos amó haciéndose pobre por nuestro amor; nos amó sufriendo por nosotros insultos y tormentos; nos amó hasta hacerse víctima de propiciacion, y derramar por nuestra felicidad toda su sangre en la cruz. Si, pues, nuestro amor del prójimo debe ser como el amor que nos tiene Jesucristo, ¿cómo pueden existir á un tiempo en nuestro corazon el amor propio y el amor verdadero del prójimo? El uno no busca sino su útilidad propia; el otro, olvidándose en cierto modo de sí mismo, solo piensa en la felicidad ajena: el amor propio es celoso de su reputacion, y antes que sacrificarla, se expondrá á sufrir eternos tormentos; el verdadero amor del prójimo está siempre dispuesto á sacrificarla por el bien de sus hermanos: el amor propio ama tanto los bienes materiales, que procura por todos los medios posibles aumentarlos; el amor del prójimo se priva con placer de esas ventajas, siempre que la necesidad lo exige.

No pueden, pues, encontrarse en un mismo corazon estos dos amores tan opuestos; es imposible que ame verdaderamente al prójimo el que se ama excesivamente á sí mismo. Las limosnas que podria distribuir, y no distribuye el que se deja guiar por su amor propio; los saludables avisos que podria dar á sus hermanos, y no los

da por evitarse molestias; los consuelos con que podria suavizar las pesadumbres de sus semejantes, y que los omite por evitar incomodidades; las discordias, las rencillas con sus hermanos; todo esto, que trae su orígen del amor propio, demuestra bien, que estos dos amores no pueden estar juntos. Y si falta á la caridad que debe á sus hermanos el que conserva en su corazon este fuego sacrílego del amor propio, ¿cuál será su recompensa en la hora de la muerte? El Juez supremo no le reconocerá por hijo suyo, porque no imitó sus ejemplos.

Desengañémonos, oyentes. Jesucristo, al establecer entre nosotros el reinado del amor, puso por fundamento la abnegacion propia; porque sabia bien, que el amor propio y el amor del prójimo no pueden estar juntos. Jesucristo empezó por darnos el ejemplo, pues como dice el Apóstol: *Christus non sibi placuit.* Rom. xv, 3. No atendió á su complacencia, sino á nuestra felicidad; y quiere que imitemos esa abnegacion si deseamos ser discípulos suyos. Para ser dichosos por toda una eternidad es preciso conservar cuidadosamente en nuestro corazon el amor del prójimo, y crucificar el amor propio, como dice el padre san Ambrosio.

4. Por último, el amor propio destruye el amor que debemos á Dios. Para comprender mejor la oposicion que hay entre el amor de Dios y el amor propio, recordad, oyentes, lo que la fe nos enseña acerca de nuestro principio y de nuestro destino. Dios es nuestro principio y nuestro último fin; por consiguiente, nosotros, como criaturas suyas, debemos constituirnos en una total dependencia suya, atribuirle todo lo bueno que reconozcamos en nosotros, y tomar por norte su mayor gloria en todos nuestros actos. Esto supuesto, ¿quién no conoce, que nuestro primer deber es el reconocimiento de su soberano dominio, y el homenaje contínuo á que estamos obligados con él? La salud, el talento, la grandeza de corazon, la belleza, todo lo bueno que hay en nosotros es un don de Dios, y debe servir para su mayor gloria. Nobleza, dignidad, riquezas, honores, todo debemos emplearlo para dar gracias al Señor, que se ha dignado dispensarnos esos bienes. Ahora bien; ¿obra así el que guarda en su corazon el amor propio? No; porque se sirve de los dones de Dios para su propia útilidad, y echa en olvido la gloria de Dios, como si no los hubiese recibido del Señor, como si fuesen cualidades enteramente suyas. En lo que desea, en lo que hace no piensa en Dios, sino en sí mismo. En sí mismo piensa cuando estudia, cuando se divierte, cuando trabaja; y cuando corre en pos de bienes, cuando huye de los males, no se propone otro fin que á sí mismo. En los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismos actos de devocion á que se dedica, parece increible, oyentes, en sus mismas oraciones obra siempre á impulso de su amor propio, y se busca á sí mismo, y no á Dios. Si pide el perdon de sus pecados, no es porque le disguste la ofensa hecha á Dios, sino porque teme las penas eternas: si desea la gloria eterna, no es porque le disguste estar léjos de su Criador, sino para estar seguro de que no tendrá mas que sufrir: si muestra algun afecto á la virtud, es por la útilidad y por los aplausos que de ella espera: si pide la intercesion de los santos, no es tanto para obsequiarlos como para verse libre de la tribulacion, que le mueve á invocarlos: en fin, aun cuando parezca que busca á Dios, se busca á sí propio, porque no acude á Dios por amor que le tenga, sino por el amor que se tiene á sí mismo; y convirtiendo en medio lo que debe ser fin, y en fin lo que debe ser medio, quiere que el mismo Dios sirva de medio para lograr el objeto que se propone. Hé aquí, pues, como el amor propio es contrario al amor de Dios.

Ademas, el amor de Dios debe ser un amor de preferencia, un amor superior á todos los amores, un amor que nos haga anteponer su gloria á cuanto hay de mas grande en el mundo. Pues bien, el amor propio prefiere la satisfaccion propia á la voluntad divina, la satisfaccion de sus pasiones á los preceptos del Señor. Es una especie de idolatría en virtud de la cual tributamos á nosotros mismos el culto que debe tributarse á Dios. Quiere el Señor, que perdonemos las injurias; pero el amor propio cree que su honor no le permite perdonar; y el que se ama desordenadamente solo piensa en vengarse del que le ofendió. Quiere Dios, que renunciemos las vanidades; pero el amor propio se creeria rebajado sin ellas; y el que se ama desordenadamente no quiere hacer semejante sacrificio. Quiere el Señor, que procuremos el bien de nuestros hermanos; y el que alimenta en su corazon el amor propio oye con placer las calumnias contra sus hermanos, porque no quiere disgustar á una persona que ama. ¿Es este el amor que se debe? Anteponer á él y á su gloria los propios intereses y conveniencias, ¿no es una especie de idolatría?

Hay dos ciudades, dice san Agustin, fundadas sobre dos amores: la una es celestial, cuyo fundamento es el amor de Dios y el desprecio de sí mismo; la otra es terrestre, cuyo fundamento es el amor propio y el desprecio de Dios. ¿Cuál será el destino de los que viven en esta ciudad terrestre? Deducidlo del siguiente hecho. Habiendo Jesús preguntado á sus apóstoles, qué concepto se habian formado de él, Pedro respondió: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. En-

tónces el Salvador para premiar tan ilustre y gloriosa confesion, le aseguró que sobre él edificaria su Iglesia. En seguida comenzó Jesús á vaticinar lo que habia de padecer en Jerusalen. Pedro, al oir esto, le habló aparte en estos términos: No permita el cielo que te suceda lo que acabas de decir. Apártate de mí, Satanás, le contestó Jesús: porque tú no apeteces lo celestial, sino lo mundano. ¿Cómo se explica que el Señor, despues de haber elogiado á san Pedro, le llame Satanás? El mismo nos lo explica. La primera respuesta de san Pedro no fué dictada por el amor propio: *Caro et sanguis non revelavit tibi;* no sucedió, empero, lo mismo con la segunda: *Non sapis ea quæ Dei sunt, sed ea quæ hominum;* hé aquí como mereció elogios por la primera, y fué reprendido por la segunda. Ahora bien, si Jesucristo llamó Satanás al que habia elegido por gefe de los apóstoles, solo por una respuesta dictada por el amor propio, ¿cómo tratará al cristiano, que lo sacrifica todo á este desordenado amor?

Oyentes, ya veis lo que es el amor propio: se hace incompatible con el verdadero amor á nosotros mismos, y con el amor que debemos á Dios y á nuestro prójimo. Apartaos, pues, de este mónstruo, si deseais la felicidad eterna. ¡Jesús mio! Arrancad de nuestro corazon este desordenado amor. Hasta ahora en todos mis actos no he pensado sino en mí; vos podiais castigarme: vuestra bondad me ha conservado hasta ahora, para que conociendo la enormidad del amor propio, lo aborrezca y me recele de él. Concededme, Señor, la gracia necesaria para detestar siempre este infame amor, y para amaros desde ahora con todo mi corazon, con todas mis fuerzas, á fin de amaros despues por toda la eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMOR PROPIO

(SUS ILUSIONES).

II.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

(*Joann.* VIII, 46.)

¡Qué antiguo es en el mundo no creer la verdad, despreciar la verdad, no estimar como se debe la verdad! Pero en un mundo, en que está tan entronizada la mentira, ¿qué mucho es que así suceda? Porque ¿cuándo agradó la luz á quien tiene lastimada la vista? No obstante, aunque la mentira reine tanto en el dia de hoy, vemos por experiencia, que el vestido con que procura cubrirse es el de la verdad. Ningun mentiroso ó engañador quiere parecer en público con su propia ropa; y aunque profese el engaño y la falsedad, siempre aspira, á lo ménos, á una apariencia de razon, con la cual intenta cubrir su vergonzosa desnudez. En las mismas cláusulas de nuestro Evangelio tenemos esto bien claro. Ved con qué imperio, con qué satisfaccion y con qué tono de autoridad hablaban los enemigos de Cristo. Quien los oyese, no diria sino que ellos eran los perfectos, y Cristo el defectuoso; ellos los justos, y Cristo el injusto; ellos los veraces, y Cristo el falaz. Á una proposicion tan comedida como la que habeis oido en las palabras de mi tema; á una reconvencion tan justa como la que se contiene en esta expresion, *¿si os digo la verdad por qué no me creeis?* la respuesta única que dan, es la que se lee en el mismo Evangelio citado: *¿no decimos nosotros bien, que eres un samaritano, y que estás poseido del demonio?* De manera, que en el juicio de estos hombres presuntuosos y groseros, Cristo tenia el diablo, y ellos estaban poseidos del Espíritu santo;

Cristo vivia entre tinieblas, y ellos entre luces; Cristo era dirigido por el espíritu de mentira y de seduccion, y á ellos los gobernaba el de rectitud y de verdad.

Decidme, amados mios, ¿podrá darse mayor ficcion que la que hizo aquí el amor propio? ¿Juzgar á Cristo con el espíritu de los fariseos, y éstos juzgarse con el espíritu de Cristo? ¡Pues ojalá hubiese sucedido esto una sola vez! Pero no es solo de aquella edad, ni de aquellas circunstancias el tenerse los fariseos por Cristos, y tener á los Cristos por fariseos: no fué solo en aquella coyuntura cuando la mentira presumió de verdad, y ésta quedó abandonada ó despreciada como mentira. Desengañémonos, amados oyentes, que cuando por nuestra desgracia reina en nosotros alguna pasion, aunque la verdad se presente con todos los coloridos con que la pintaba Cristo, nuestro corazon apasionado hallará medios para desfigurarla ó despintarla, y hará, que la mentira aparezca con traje y facciones de verdad. ¿Cuántas verdades clarísimas é inconcusas no burlamos con nuestras mentiras? ¿Cuántas mentiras evidentes y claras no vendemos ó pretendemos vender por verdades? El amor propio nos fascina á todos; y cuando él domina nuestro juicio, ó se apodera de nuestras conciencias, con la mayor facilidad nos persuadimos á que lo falso es verdadero y lo verdadero falso. Creemos que decimos bien, *benè dicimus nos*, como decian los fariseos, cuando formamos un juicio semejante al suyo; y con una opinion errada sentamos á la falsedad en el mismo trono de la verdad.

Así nos persuadimos tan fácilmente á que es lícito lo que es ilícito; á que es diestro lo que es siniestro; á que es virtuoso lo que es vicioso. ¡Cuánto hay de esto en el mundo, amados mios! ¡Cuántos hacen traicion á la verdad, por dejarse vencer de una apariencia de razon! ¡Cuántos abandonan la mas sana y pura doctrina que Cristo nos predica, por seguir y dejarse engañar de las ilusiones de una falsa conciencia! Á vista, pues, de este universal desórden, no será muy importuno el preveniros contra este daño, haciéndoos presentes sus consecuencias para el remedio. Y así el asunto que elijo, como mas conforme al Evangelio de hoy, y como mas adecuado á la ley santa que profesais, es lo primero, cuán fácilmente desconoce á la verdad una falsa conciencia; y lo segundo, con que rigor se venga la verdad de la conciencia que voluntariamente la olvida: dos puntos que dividirán cómodamente mi oracion, y que procuraré producir lo mas brevemente que pueda, si me asiste para ello el auxilio de la gracia. Ayudadme á alcanzarla, diciendo todos conmigo la salutacion angélica. A. M.

1. No hay duda que la luz de la razon nos propone fielmente la verdad, y que si ésta se mira con un ojo puro y sencillo, aparece á nuestro entendimiento como ella es. Pero si la miramos con ojo torcido y teñido de pasion, aquella tintura ó vicio la desfigura de manera, que en vez de parecer verdad, parece falsedad. Sucede en estas funciones de los ojos del espíritu lo mismo que acontece en las de los ojos del cuerpo. Si vemos un objeto hermoso por medio de un cristal limpio y puro, el tal objeto se nos representará con toda su belleza: si es blanco, se nos representará blanco; si es rojo, se nos representará rojo; y lo mismo digo de los demas colores. Pero si el cristal que se interpone está alterado con alguna extraña tintura, el objeto no aparecerá como él es en sí, sino del mismo color de que está teñido el cristal. Ved aquí un símil muy propio, ó un espejo clarísimo de lo que sucede á nuestra conciencia cuando está tinturada de algun mal efecto. Ella es, sin duda, el ojo ó los ojos con que miramos la verdad: si el cristal de estos ojos está teñido de alguna pasion, la verdad se altera en ellos considerablemente, y se nos propone con tales colores, que ya no parece verdad, sino una purísima falsedad.

Este es el principio, amados mios, de que veamos atropelladas las mas sagradas leyes, y que los infractores vivan con tanta quietud, juzgando, aunque con falsedad, que para ello están protegidos de la razon. El amor propio sabe hacer sus escenas y representarnos la verdad segun su capricho, manejando las leyes segun conviene á su interés. Los textos de Escritura mas claros, las razones mas poderosas, los preceptos mas inconcusos parecen una bagatela despreciable, una fruslería sin sustancia, como haya un sofisma ó razoncilla que favorezca, aunque en apariencia, á nuestros propios intereses ó á nuestros vanos deseos. ¿Qué texto mas claro, que aquel en que Salomon asegura, que ninguno sabe si es digno de amor ó de odio, Eccl. IX, 1; y que atendida nuestra ciencia particular, separada de toda revelacion divina, nuestro destino es incierto, y nadie puede positivamente afirmar cosa de él? Con todo eso, el heresiarca Calvino se atreve á afirmar lo contrario, y halla arbitrio para eludir este texto, diciendo, que el que llega á tener fe, conoce que posee ese excelente don, y que de este conocimiento dimana una certidumbre infalible de su salvacion, de la cual debe el que la tiene, estar tan asegurado en su entendimiento, como lo está todo fiel cristiano de la predestinacion misma de Jesucristo. En vano le opondrás, que un san Pablo, I. Cor. IV, 4, aun siendo tan grande apóstol, y no reprendiéndole nada su conciencia, todavía dudaba si estaria en

gracia, y si el supremo Juez le hallaria digno de pena, viendo en él alguna culpa, que él no advertia ó conocia. Aun siendo este argumento tan claro, él continuará, no obstante, eso en su error, y defenderá obstinadamente, que al abrigo de esta fe no hay nada que temer; porque su amor propio le ha propuesto esto por una verdad muy acomodada á su libertinage y extravagancia, convenciéndole con mil sofismas ridículos, y haciendo que tenga por razon muy fuerte, lo que realmente es un sueño ó una ilusion de su falsa conciencia.

Á semejantes engaños están expuestos, amados mios, todos los que siguen sus pasiones, y dan lugar á que segun ellas se interpreten las leyes. No hay abismo á que no nos pueda precipitar la pasion dominante, si con tiempo no nos prevenimos contra ella, usando de aquellas sabias precauciones, que sin cesar nos sugiere ó nos suministra nuestra razon. Esta siempre nos instruye, y, cuanto es de su parte, en toda ocasion nos propone con fidelidad el verdadero bien; pero si nos dejamos teñir de la pasion loca, y permitimos que esta domine en nuestro corazon, la verdad inmediatamente desaparece, y llegamos á tener por tal lo que no lo es. Esta es la raiz de los descaminos que reinan en el mundo, porque á favor de una conciencia errada, seguimos ciegamente nuestra voluntad, y elejimos sin el menor escrúpulo la senda del error, persuadiéndonos falsamente á que vamos por la de la salud. Por eso dijo san Juan Crisóstomo, Joann. Chrys. *in loco cit á P. Montarg. tom.* 2. *discurs.* 1, que la apariencia del bien es mas dañosa todavía que el mismo mal. Ella es la que nos empeña en los errores mas groseros; la que nos precipita en las ilusiones mas lamentables, y, en fin, la que nos inspira aquel encadenamiento de obstinacion, por la cual mas queremos perder nuestra eterna salud, que confesar llanamente nuestra estolidez.

Pero ¿qué digo confesar? La falsa conciencia, amados mios, tiene por ley la misma pasion, y nos hace persuadirnos á que obedecemos á la ley, cuando seguimos la pasion desarreglada que hemos concebido por tal. Esto hizo decir á David, hablando de esta suerte de personas, que habian pasado ó que se habian transformado en la misma afeccion de su corazon: *Transierunt in affectum cordis*, Psalm. LXXII, 7; es decir, que no solo se habian entregado ó abandonado, sino que habian convertido su razon y su voluntad en pasion. Esto es propiamente vivir á lo gentil, ó imitar las máximas que impugna san Cipriano en la gentilidad. Esta, para autorizar sus delitos, lo que hizo, fué formarse unas divinidades viciosas, á las que consagraba como virtudes las pasiones mas brutales y desor-

denadas. De esta suerte, el desarreglo vino á ser un objeto del culto, y el vicio un deber de la religion: *Fiunt miseris religiosa delicta*. Cypr. *Ep.* 1. *ad Donat.*

Y ¿no es esto, amados oyentes, lo que nosotros con igual razon podemos echar en cara á una infinidad de cristianos, que disgustados del yugo de la ley de Dios, queriendo arrojar de sus corazones los remordimientos que ésta hace nacer en ellos, disfrazan insensiblemente sus pasiones en leyes, sus escándalos en obligaciones, sus excesos en virtudes? Y viviendo bajo este disfraz siempre tranquilos, imaginan no solo que no quebrantan la ley, sino que hacen en ello un gran servicio á Dios: *Ut arbitrentur, obsequium se præstare Deo.* Joann. xvi, 7. Una induccion simple y natural os hará esto mas claro y perceptible; porque no hay estado ó condicion de gentes en que no se forme esta conciencia falsa, y en que no se justifiquen con ella todos los desórdenes de nuestra voluntad. No hay estado ó condicion de gentes, que no tenga sus descaminos, sus misterios de iniquidad, sus deslices favorecidos, sus vicios familiares, sus injusticias privilegiadas. ¡Qué no vemos permitido en la espada, en la toga, en el manejo de intereses, en el comercio, y aun en la misma Iglesia!

Pero vamos á nuestra induccion. Los jueces se forman su conciencia particular; y de aquí tantas sentencias injustas, tantas violencias lastimosas, tantas interpretaciones arbitrarias. Las gentes de negocios se forman la suya; y de aquí tantas estafas delincuentes, tantos agravios, tantas ganancias, que todo el mundo les condena, y que solo su conciencia no les reprende. Lo mismo practican los grandes y potentados; y de aquí tantas tiranías y vejaciones, tantas injurias y tantas injusticias. Lo mismo las damas; y de aquí el permitirse éstas tanto desórden, tanto desarreglo, tanta licencia, que aun el vulgo indulgente con dificultad les disimula, y que Dios no les disimulará cuando las juzgue. Lo mismo los sabios ó literatos; y de aquí tantas opiniones peligrosas, tantas sentencias aventuradas, que llegan hasta á hacer dudar de la misma verdad. Lo mismo últimamente los devotos; y de aquí tantos abusos, que desacreditan la virtud, y que á largos pasos conducen á la ilusion. Todos estos tienen su conducta por muy recta ó conforme á la ley, y con esta falsa seguridad viven y mueren muy pacíficos, persuadiéndose á que han andado por la senda de la salud, no habiendo seguido otra que la de la ilusion y del error.

¡Oh amados mios, á qué extremos tan lastimosos nos conduce una conciencia falsa ó voluntariamente errónea! Ella nos hace formar un nuevo Decálogo, un nuevo Símbolo, un nuevo Evangelio y una nueva Iglesia. Todo ello, esto es, cada cual de estas cosas no es mas que una; pero por las ilusiones de nuestro amor propio venimos á tal desgracia, que cada uno quiere un Símbolo, un Decálogo, una Iglesia y un Evangelio acomodados á su conciencia. Y lo que es todavía mucho mas de sentir, que con ser tan clara esta sinrazon y resistirla tan fuertemente la luz natural, con todo eso nos persuadimos á que obramos bien, á que pensamos bien, á que nos conducimos bien: y ved aquí, amados mios, por lo que dijo el Espíritu santo, que hay un camino, el cual parece muy recto al hombre, y su término es la perdicion: *Est via, quæ videtur homini juxta; novissima autem ejus deducunt ad mortem.* Prov. xiv, 12.

Miéntras no se atraviesa nuestra utilidad ó nuestro gusto, todo va arreglado: entónces no hay conciencia mas justa ni mas escrupulosa que la nuestra; pero cuando por desgracia se mezcla alguna de las dos cosas dichas, al instante mudamos de parecer, y ya nos dicta otra cosa nuestra conciencia. Un ejemplo familiar os hará entender mas bien esta reflexion. Ocurra un negocio en que no tengamos interés alguno: nada nos costará en ese caso el formar una conciencia recta, ni en ser regulares y aun severos en lo que mira á las obligaciones de justicia. No tratándose de nuestra utilidad propia, ó quedándose nuestro interés á un lado, las obligaciones de conciencia no nos son ya difíciles ni nos traen algun peso; antes bien las aprobamos y nos son muy agradables: juzgamos sanamente, discurrimos doctamente, hablamos elocuentemente. ¿Pero hay cuestion sobre nuestro interés? ¿se presenta una ocasion en que nuestra utilidad y esta pureza de principios no concuerden entre sí? Perdone la verdad y perdone el Evangelio, que en tal circunstancia es menester variar el juicio: nuestra utilidad muda el caso, y es preciso discurrir ya de un modo muy diverso. Entónces las luces se amortiguan, la severidad se desmiente á sí misma: ya no se miran las cosas con aquel ojo sencillo, con aquel ojo depurado que se miraban antes. Nuestro interés ha trocado la escena; y aquellas opiniones, que antes parecian relajadas, ya no parecen anchas: aquellas probabilidades que antes nos parecian insufribles, ya no nos son odiosas: lo que antes mirábamos como injusto, ya nos parece recto; ya ha mudado de faz y nos parece lleno de equidad. Y ¿por qué motivo amados oyentes? Porque nuestro amor propio (que para todo tiene ardid) ha teñido el cristal del alma del color mismo de su pasion, y sin pensar ha hecho doblarse la conciencia hácia el lado del interés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ¿qué diré de la moda, amados mios? Este es otro escollo de nuestras conciencias, contra el cual se estrellan lastimosamente las leyes mas justas y las verdades mas sacrosantas. ¿De qué deberes no se juzga una mujer dispensada cuando puede decir: *Esa es la moda, ese es el gusto del tiempo, eso es lo que ahora se usa?* Esta sola autoridad basta para eludir todas las leyes de la Iglesia. Esta expresion ridícula: *todas van así, todas se visten así*, tiene mas poder para triunfar de las conciencias de las mujeres, que todos los sermones de los santos Padres, y que cuantos discursos pueden producir los mas elocuentes oradores. Tambien hay en las damas su teología; pero muy acomodada al gusto, el cual defienden ellas pertinazmente contra todos los argumentos de la ley; pues como la misma experiencia nos dicta, en todas partes hay sus catedráticas ó letradas, que presumiendo grandemente de teólogas, á cualquiera se las quieren apostar, y sobre este punto de modas nuevas no reconocen superior.

¿Es posible, dicen, que todo el mundo se engaña? ¿es creible, que Dios ha de condenar á todo el mundo? *Numquid omnes perditurus est Deus?* Augusт. Serm. xxxv, 5. Este es, dice san Agustin, el lenguaje ordinario de los mundanos; pero lenguaje engañoso, porque la moda ó la costumbre no prescribirá jamas contra el Evangelio. Ningun incidente, ninguna corruptela, ninguna perversion, ningun uso particular ó ley general puede abolir la ley de Dios. Ningun abuso, ninguna licencia pública tiene derecho para excusar la intemperancia, para autorizar la inmodestia, para justificar la usura, para santificar la calumnia, para cohonestar la embriaguez, para indemnizar la deshonestidad, para disculpar la provocacion. El Hijo de Dios, decia Tertuliano, no se llamó jamas moda ó costumbre, sino Verdad eterna: *Christus veritatem se, non consuetudinem nuncupavit.* Tertull. de veland. virg. i. Si él hubiera dicho: *Yo soy moda*, ó *yo soy costumbre*, la costumbre y la moda hubieran podido prevalecer contra la ley de la verdad; pero como dijo: *Yo soy verdad*, esta debe prevalecer contra la moda y la costumbre. No, señoras mias, no os persuadais á que la costumbre ó la moda, tal como vosotras la suponeis, baste para excusar ni aun disminuir vuestra culpa delante de Dios. Antes habeis de estar ciertas de que mas bien os aumenta la carga é irrita mas gravemente la divina ira.

2. Habreis pensado acaso, que el castigo que Dios previene para vindicar la verdad de los fraudes y ficciones del amor propio, consistirá en aquellas pérdidas y contratiempos sensibles, que ordinariamente se ven en el mundo. Pues no: sabed que es muy otra la pena

con que Dios explica su ira, y que es mucho mayor de lo que vosotros podeis concebir. Pues, ¿cuál es? preguntareis. Acaso lo tendreis por paradoja: digo que el silencio y la paciencia. Esta es, amados mios, el mayor castigo que puede tener la conciencia falsa, y el azote mas funesto de parte de Dios contra esta especie de culpa, tan ofensiva á su justicia. Cuando Dios calla, entónces es cuando prepara en secreto los mas terribles golpes de su cólera. Cuando deja de herir, es porque quiere castigar mas severamente, cubriendo su furor con un velo de aparente bondad, para que así sea mas ruidoso el estrago, y sus juicios se hagan mas respetables. En esta calma silenciosa (mas temible aun que la borrasca misma) se cuenta de seguro sobre la misericordia; mas por lo mismo que la hacemos servir de capa para el pecado, lo que sucede es, que en vez de acercarse, se aleja; en vez de templarse, se irrita.

No lo dudeis, pecadores: Dios trabaja en cierto modo en formar en nosotros esta falsa paz; no poniendo algun influjo que nos arroje ó precipite á ese estado infeliz, sino dejando de hacer lo que fácilmente pudiera, si efectivamente nos quisiera librar de él. Él obra y habla todavía al corazon; pero de un modo ineficaz, que no mueve con efecto al alma y la deja en su frialdad. La gracia influye sériamente en nuestro espíritu, y de hecho solicita moverlo; pero no hace ya en él aquella impresion que era menester para persuadirlo y ganarlo. ¿Por qué vemos tan frecuentemente en este gran mundo tantas gentes, que no se asustan de nada, y que trayendo una vida la mas inícua y licenciosa, guardan, no obstante eso, toda la paz de su corazon y toda la serenidad de su rostro? Pues es porque Dios los ha embriagado con el vino de su ira, y porque esta fatal embriaguez los tiene sumergidos en un profundo sueño: *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis*, Isai. xxix, 10, que dijo Isaías.

¿Y qué se sigue de aquí, hermanos mios? (Este es el mas lamentable efecto de la falsa paz, y la mas terrible muestra de la cólera de nuestro Dios.) Lo que se sigue es, que estas almas pacíficas, que han querido acomodar la ley á sus intereses, y hacer servir la misma verdad á sus vanos antojos por un modo para ellas imperceptible, se han conducido por sí mismas á una impenitencia final, casi irremediable. Ved aquí la prueba. Esta penitencia ¿de qué se ha de hacer? Estas gentes no la juzgan necesaria, porque se consideran sin pecados; y por sus falsas ilusiones, las que son verdaderas culpas las tienen por virtudes. Decid, por ejemplo, á Saúl, que haga penitencia de su arrojo, y de haber desobedecido á Dios, reservando la vida al rey Agag: inmediatamente dirá, que antes ha sido obediente, y que ha

hecho una accion de clemencia en haber perdonado á ese rey infeliz: *Implevi verbum Domini.* I Reg. xv, 13. Decid á Azarias, rey de Judá, que llore su empresa sacrílega de haber usurpado el sacerdocio; escandalizando el templo y quitando el incensario de la misma mano del pontífice sumo: sin dilacion responderá, que su fin fué únicamente honrar al Señor; y este falso pretexto podrá tanto con él, que solo una lepra repentina le hará conocer su temeridad. II Paral. xxvi, 20. Decid, en fin, á los judíos, que lloren el haber entregado á su Maestro, despues de haber visto en él tanta santidad y milagros: prontamente responderán, que ese fué un acto de fina política, y que en él solamente habian mirado á conservar la nacion hebrea: *Venient romani, et tollent nostrum locum et gentem.* Joann. xi, 48.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos tan remotos? Decid á una infinidad de cristianos, que hagan penitencia de sus excesos; que lloren el desarreglo de su vida inútil; que sientan su desórden y relajacion; que giman el escándalo de una conducta tan estragada y criminal: inmediatamente darán la disculpa de que ellos se han portado en todo como gentes de honor; que saben muy bien lo que es conciencia, y que no ignoran como deben formarla y salvarla. Aunque hayan entregado justos, aunque hayan perdonado Agages, aunque hayan atropellado sacerdotes y hecho otras mil violencias semejantes á estas, todo les parece nada, y se quedan con gran serenidad. Un pecador mitigado es mas difícil de convertir que un impío. Sí, señores, no pongais en ello dificultad: dadme un gran pecador ó un libertino; por gran pecador ó libertino que sea, aunque exceda á un Manasés ó á un Acab, si él tiene todavía algun rastro de fe ó de conciencia, aun no está el caso desesperado, aun no está esa alma perdida, aun queda recurso: algun dia despertará ese resto de fe y turbará su conciencia. Pero si ese pecador es de los de conciencia falsa, por mucho que hagamos con él, todo será inútil: aun cuando le abriésemos de par en par las puertas del infierno, su falsa conciencia vendrá inmediatamente á consolarle, y le abrirá las del cielo. ¿Mas qué sucederá al fin? Que cuando ese infeliz hombre llegue al término fatal de la muerte, tendrá gran satisfaccion de que muere en gracia, y experimentará la desdicha de que muere en pecado mortal: él se habia prometido una corona de justicia, y no encontrará sino un eterno suplicio.

San Juan Crisóstomo advierte, que cuando el profeta Isaías, animado del zelo de la gloria y de los intereses de Dios, demostraba querer inclinarle á que castigase las impiedades del pueblo de Israel, no empleó para irritar su justicia otra expresion que esta: *Excæca*

cor populi hujus. Isai. vi, 10. Señor, cegad el corazon ó la conciencia de este pueblo. No le dijo: Señor, humillad este pueblo, confundid este pueblo, consternad, oprimid, arruinad este pueblo. ¿Y por qué? Porque todo eso y aun mucho mas que fuera dable, le parecia muy poco en comparacion de la ceguedad de su corazon; y así á esta lastimosa ceguedad reduce toda la pena que correspondia á su ingratitud: *Excæca cor populi hujus.* Como si dijera: Señor, este es el modo de que os vengueis plenamente: guerras, pestes, hambres, calamidades temporales no serian otra cosa para estos rebeldes súbditos que unos semicastigos: derramad, pues, sobre sus conciencias ó sobre sus corazones depravados tinieblas espesas, que así la medida de vuestra indignacion será tan colmada como lo ha sido y es la de su iniquidad. ¿Quién dudará ya á vista de esto, que, en el concepto del profeta Isaías, la ceguedad de la conciencia es el mas grave castigo de la culpa? Pues, amado auditorio, con un espíritu del todo opuesto al del profeta, voy á terminar este discurso, haciendo á Dios una oracion á vuestro favor, á ver si así puedo libraros de aquella lastimosa ceguedad, que él pedia tan instantemente para su pueblo de Israel, y en que temo caigais vosotros por otra semejante ingratitud.

¡Ah, Señor! por mas irritado que esteis, no cegueis el corazon de este pueblo: no entorpezcais, no, las conciencias de estos hijos ingratos. Descargad sobre todo lo demas vuestra ira; pero reservad sus conciencias. Sus bienes y sus fortunas desde luego están en vuestras manos; pero no los priveis de aquellas luces, que deben alumbrarlos y guiarlos en el camino de la virtud. Humilladlos, mortificadlos, empobrecedlos; y aun, si es menester, aniquiladlos segun el mundo; pero, Señor, no apagueis en ellos este rayo de luz que les queda, para que por él sean conducidos á su último fin. A cualquier otro castigo que os agrade, se someterán muy de voluntad; pero no los pongais á una prueba tan difícil, como privarlos del conocimiento de sus deberes y de aquella vista sana con que deben mirar sus obligaciones. Eso seria, Señor, declararlos ya réprobos, y yo los quiero á todos predestinados. Para esto, Señor mio, usad con ellos de toda vuestra misericordia, y dadles la luz que necesitan para andar por la senda de la perfeccion y de la verdad. Haced que á ésta la conozcan como es en sí, y que el amor propio no los engañe con sus ilusiones, haciéndoles tener por bueno lo que no lo es. De esta suerte, Señor, conocerán su culpa; de esta suerte harán penitencia; de esta suerte conseguirán la gracia; y con ella lograrán despues alabaros y bendeciros por eternidades de gloria. Yo os la deseo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El amor propio no mortificado á tiempo, lleva al hombre á estos tres extremos: 1.°, á no seguir otra direccion que la de sus sentidos: 2.°, á no atenerse á otras leyes que á sus caprichos: 3.°, á no concebir otro mal que el temor de convertirse.

I. El hombre dominado por el amor propio no se interesa por nadie, ni á nadie cree deber consideracion alguna; y por lo tanto no piensa en sus deberes hácia Dios, ni en sus deberes hácia los hombres. Habiendo olvidado los preceptos de la moral, no pensando sino en sí mismo, no tiene temor de Dios, ni fidelidad, ni conciencia; en una palabra, no sigue otra direccion que la de los sentidos.

II. El hombre dominado por el amor propio se contempla y se adora á sí mismo; hace de sí mismo una divinidad. Persuadido de que lo merece todo, convierte en leyes sus mas raros caprichos, y fuera de aquí nada ve razonable. «Sabe que el amor propio te daña mas que ninguna cosa del mundo.» Imit. Chr. l. III, c. 27.

III. La conversion es una gracia de Dios: esta gracia no se da sino al que la pide y desea de veras: esto supone siempre la cooperacion del pecador á los auxilios de la gracia. Al hombre dominado por el amor propio le falta esta cooperacion, porque ni pide, ni desea la gracia; antes bien llega á temerla, ya porque en sus deleites y caprichos cifra su último fin; ya porque fuera de su vida mundana no concibe sino melancolía y tristeza; ya, en fin, porque le parece indecoroso, y hasta cierto punto imposible, contradecirse á sí mismo cambiando de conducta.

II.

Si el hombre previese, que su enemigo ha de causar su ruina temporal y eterna, ¿se entregaria á él? Cierto qué no, pues el hombre que se deja dominar por su amor propio, 1.°, se entrega en manos de su mayor enemigo; 2.°, es víctima de sus pasiones.

I. Consultad la historia sagrada: ¿Quién fué el mas cruel enemigo de Adan? Su amor propio. ¿Quién el de Cain? El mismo amor. ¿Quién el de los obstinados, que perecieron en el diluvio y en Sodoma? El mismo. Además, cuando Dios castiga con hambre, peste, esterilidad, guerra y otras plagas, castiga como padre: *visitabo in virga iniquitates eorum... misericordiam autem meam non dispergam ab eis.* Psalm. lxxxviii, 33, 34: pero cuando quiere abandonar á un pueblo, ó á una alma, la deja entregada á si misma.

II. Desde el momento en que el hombre cifra su dicha en los deleites, no piensa ni desea otra cosa que satisfacer sus pasiones. Como las pasiones nunca quedan satisfechas, cuanto mas trata el hombre de acallarlas, mas hambrientas se presentan, hasta que, falto de fuerzas y vigor, es víctima de sus mismos desórdenes.

DIVISIONES.

AMOR PROPIO. —Este amor encuentra pretextos
1.° Para excusar los pecados mas graves.
2.° Para abusar de las principales virtudes.

AMOR PROPIO.—1.° El amor propio nos priva de arreglar nuestra conducta á las máximas del Evangelio.

2.° Nos presenta como imposible la observancia de los preceptos, que con mayor facilidad pueden cumplirse.

3.° Nos induce á entrar por motivos exclusivamente humanos en los estados mas santos y perfectos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sensus et cogtatio hominis in malum prona sunt ab adolescentia sua. Gen. viii, 21.

Los sentidos y pensamientos del corazon humano están inclinados al mal desde su mocedad.

Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Psalm. cxiii, 9.

No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da *toda* la gloria.

Qui diligit iniquitatem, odit animam suam. Psalm. x, 6.

El que ama la maldad, odia á su *propia* alma.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum. Matth. xvi, 24.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.

Si quis venit ad me, et non odit... animam suam, non potest meus esse discipulus. Luc. xiv, 26.

Si alguno de los que me siguen no aborrece *ó no ama ménos que á mí*... á su misma vida, no puede ser mi discípulo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nemo quod suum est quæral, sed quod alterius. I Corinth. x, 24.

Dicta la caridad que nadie busque su propia satisfaccion *ó conveniencia*, sino el bien del prójimo.

Ego per omnia omnibus placeo, non quærens quod mihi utile est, sed quod multis. Ib., 33.

Yo tambien en todo procuro complacer á todos, no buscando mi utilidad particular, sino la de los demas.

Charitas non quærit quæ sua sunt. I Cor. xiii, 5.

La caridad no busca sus intereses.

Omnes quæ sua sunt quærunt. Philip. ii.

Veo que *casi* todos buscan sus propios intereses.

Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Joann. xii, 25.

El que ama *desordenadamente* su alma, la perderá; mas el que aborrece *ó mortifica* su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna.

In novissimis diebus erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, etc. II Timoth. iii, 1, 2.

En los dias postreros *ó hasta el fin del mundo* levantaránse hombres amadores *ó pagados* de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, etc.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La fe nos enseña, que el primer pecado de Adán nos privó de todas las gracias y dones sobrenaturales, y nos acarreó infinitos males en el órden espiritual y en el temporal. En este primer pecado ya se descubre el amor propio; por cuanto nuestro primer padre prefirió su gusto al precepto de Dios. Le halagó en gran manera la falaz promesa del tentador: sereis como dioses; y prendado de sí propio, no temió las amenazas ni los castigos de Dios.

Seria prolijo referir todos los ejemplos de amor propio que nos dieron los primeros pecadores; pero entre todos descuella el de Cain, quien persuadido del culto supremo y de la adoracion que debia á Dios, no obstante, en sus sacrificios le ofrecia lo mas despreciable de todos sus frutos, reservando lo mejor para sí.

Consúltese el capítulo 25 del Génesis, y nótese la diferencia de afecto con que Isaac amaba á Esaú y Rebeca á Jacob. Dice el sagrado texto: *Isaac amabat Esau, eo quod de venationibus illius vesceretur;* pero despues de algunas palabras añade: *Rebecca diligebat Jacob:* de donde parece deducirse, que si el amor que Rebeca profesaba á Jacob era puro y desinteresado, el que Isaac tenia á Esaú, en gran parte, se fundaba en la propia conveniencia, en sus ventajas: amor que muchos padres profesan á sus hijos, y que siendo mas amor propio que amor paterno, los induce á ser negligentes en corregirlos y á disimularles los vicios de la juventud.

Otro ejemplo de un excesivo amor propio nos ofrece la conducta de Absalon, al agasajar de un modo indigno de su clase al pueblo de Israel, con el fin de hacer odioso á su padre y soberano, y de hacerse proclamar rey de Israel. En este amor propio se fundaban todas las pomposas promesas que hacia á los descontentos. II Reg. xv.

Finalmente, como el amor propio tuvo una parte principal en la ruina del género humano, Jesucristo, al rehabilitarlo, propúsose hostilizar al amor propio. Por esto en sus predicaciones inculcaba con tanta frecuencia la humildad, la penitencia, la abnegacion propia, la cruz, y reprobaba al apego desordenado á las personas, á los objetos de la tierra y á nosotros mismos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Sic condita est mens humana, ut numquam sui non meminerit, numquam se non intelligat, numquam se non diligat. August. de Trin. cap. xiv.

Tal es la naturaleza del hombre, que nunca se olvida de sí mismo, nunca deja de enorgullecerse de sus conocimientos, y de amarse desordenadamente á sí propio.

Disce amare te, non amando te. Id. tract. li, in Joann.

Aprende á amarte aborreciéndote.

Prima hominis perditio fuit amor sui. Id. serm. xlvii, 7, Matth.

Lo primero que perdió al hombre fué su amor propio.

Vitium illud (amor sui) maxime cavendum, à quo tanta mala procedunt. Id. tract. cxxiii, in Joann.

Debemos precavernos en gran manera del amor propio, por los graves males que nos acarrea.

Anima, per odium mundi et sui, proficit in amorem Dei et proximi. Id., lib. de spir. et anima.

El alma progresa en el amor á Dios y al prójimo aborreciendo al mundo y aborreciéndose á sí misma.

Scimus quia vehementer claudit oculum cordis amor pri-

No ignoramos que el amor propio ahoga en gran manera los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vatus. GREG. HOM. IV, IN EZECH.

Tanto amplius se quisque amat, quanto amplius se pro Dei amore non amat. S. LEO.

Ille profecto sanctus est, qui voluntati propriæ renuntiavit. JOANN. CLIMACUS.

Fuge sanguisugam hanc, et omnia reliquisti; hæc enim omnia trahit ad se; pone hanc, et jugum quam multiplex abjecisti. BERN. SERM. LXXI, IN CANT.

Stipendium amoris proprii mors est; initium omnis mali. S. BASILIUS.

Scito quod amor tui ipsus magis nocet tibi, quam aliquas res mundi. EX. LIB. DE IMITAT. CHRISTI, I, III, 27.

Voluntatem dico propriam, quando quod volumus, non ad honorem Dei, non ad utilitatem fratrum, sed propter nosmetipsos facimus. BERNARD. SERM. III, DE RESURRECT.

buenos sentimientos del corazon.

Es tanto mas verdadero el amor que se profesa el hombre á sí mismo, cuanto mas se desprecia por amor de Dios.

Es realmente santo ó perfecto el que ha renunciado completamente á su propia voluntad.

Huye de esta sanguijuela, y todo lo habrás abandonado, pues todo lo quiere para sí: despójate del amor propio, y habrás sacudido un yugo pesado.

La recompensa del amor propio es la muerte del alma; porque es el orígen de todo mal.

Recuerda que en el mundo nada te perjudica tanto como el amor propio.

Llamo voluntad propia á la que nos hace obrar, no por la honra de Dios y por el bien de nuestros prójimos, sino por nuestra conveniencia.

REFLEXIONES TEOLÓGICAS Y MORALES.

Definicion. Amor propio es cierta propension de la voluntad á buscar su propio provecho; por esto se llama tambien amor de concupiscencia; á diferencia del amor de amistad, que desea el provecho, no como propio, sino como ventajoso al prójimo.

Division. Divídese el amor propio en *bueno* y *malo*. Es *bueno* cuando el hombre ama á sí mismo y á sus cosas únicamente por Dios: como cuando ama á su cuerpo para emplearlo en el servicio de Dios. Es *malo*, cuando el hombre, amándose á sí mismo y las otras cosas, se considera á sí mismo como á último fin. En este caso, el hombre pervierte el órden prescrito por la Divina Providencia á él y á todas las cosas, que consiste en dirigirlo todo á Dios, como á su fin último. Santo Tomás divide tambien el amor propio en *exterior* ó sensible, que nos inclina á amar al cuerpo y á todas las cosas sensibles; y en *interior* ó racional, que apreciando cual conviene nuestra alma, nos lleva á amar los bienes eternos. Amarse á sí mismo exteriormente es vituperable, y es laudable amarse interior ó racionalmente.

Actos viciosos del amor propio. Este amor invade casi todos los actos interiores y exteriores de nuestra vida, por eso no podemos señalarlos todos. Los mas conocidos son: 1.° Proponerse á sí mismo como fin último. 2.° No querer sujetarse ni obedecer. 3.° Procurar de contínuo la propia comodidad. 4.° Desear siempre ser honrado y respetado, y tener aversion al desprecio y á la humillacion. 5.° Amar el ócio y el descanso del cuerpo. 6.° Alegrarse de las ganancias terrenas y entristecerse de las pérdidas. 7.° Amar con exceso todo lo suyo, é inclinarse á las cosas y palabras vanas. 8.° Buscar consuelos sensibles. 9.° Gozarse en tener muchos amigos y parientes, gloriarse de la nobleza de la cuna. 10. Obsequiar á los poderosos, lisonjear á los ricos, aplaudir á los que participan de sus ideas. 11. Quejarse siempre de cualquier molestia, de cualquier defecto del prójimo. 12. Desear ser conocido y alabado, trabajar para ser alabado y admirado.

El amor propio impide todo progreso espiritual. Para caminar sin tropiezo hácia Dios, es preciso despojarse enteramente de sí mismo: miéntras el hombre quiera disponer de sí mismo, de nada le servirán sus buenas cualidades. «Si el hombre diere todo el caudal de su casa, aun no es nada. Y si hiciese gran penitencia, aun es poco. Y si poseyere todas las ciencias, aun está léjos. Y si tuviere gran virtud y muy fervorosa devocion, todavía le falta mucho, esto es, una cosa que le es sumamente necesaria. Y ésta ¿cuál es? Que dejadas todas las cosas se deje á sí mismo, y salga de sí totalmente, sin retener nada del amor propio.» IMIT. CHRIST. L. II, C. 11.

El amor propio se opone á todas las virtudes. Se opone al amor de Dios, porque lleva por norte tomarse á sí mismo como último fin: al amor del prójimo, porque solo trabaja para su provecho: á la humildad, porque aspira á ser, y piensa ser lo que no es: á la mortificacion, porque tributa una especie de culto á su cuerpo: á la obediencia, porque cree rebajarse sometiéndose á alguno: á la abnegacion, porque quiere que todos respeten su voluntad, y hasta sus caprichos: á la castidad, porque no se comprende como puede ser puro quien evita con el mayor cuidado toda molestia y procura todos los regalos á su cuerpo. Bien dijo Tomás de Kempis, que desde el momento en que el hombre se busca á sí mismo, ya no está Dios con él; y sin Dios ¿qué virtud puede haber?

AMOS.

I.

Domini, quod justum est et æquum, servis præstate.

Amos, tratad á los criados segun lo que dictan la justicia y la equidad.

(*Coloss.* IV, 1.)

Nadie en la sociedad puede prescindir de la ayuda, cooperacion ó servicio de los demas, así como en el cuerpo humano ningun miembro puede decir que no ha menester de los otros. La cabeza necesita de los piés, y los piés necesitan de la cabeza. De esta necesidad surgen los diferentes estados y condiciones que hay en la sociedad, y que se prestan un mútuo apoyo para que resulte el equilibrio, indispensable condicion de la vida social. Siempre habrá amos y criados en el mundo, como habrá gobernantes y súbditos; y en algun modo podemos decir, que todos somos criados ó servidores, porque unos lo son de estos señores, y estos señores lo son de otros, y así va subiéndose hasta el último eslabon de la gerarquía social, donde tambien encontramos siervos, que cuando ménos lo han de ser de Dios. Si, pues, á todos nos corresponde servir, á todos nos interesa que se sepa como deben tratarnos aquellos á quienes hemos de servir; esto es lo que me propongo manifestar, pues no son los amos los que mas instruidos se hallan acerca de los deberes que tienen con los criados. La experiencia nos enseña, que en este punto hay una lamentable y casi general ignorancia, que trae en pos de sí resultados ó consecuencias desastrosas. Desvanezcamos, pues, estas tinieblas, y difundamos alguna luz sobre ellas. Hé aquí mi objeto, y por esto voy á manifestaros, que una de las obligaciones mas justas y esenciales de los amos es procurar la salvacion eterna de sus criados; y si dejan de procurarla, son reos delante de Dios y dignos de castigo. Vos-

otros convendreis en esto, si considerais conmigo esta obligacion bajo tres diferentes aspectos: el primero en órden á los sirvientes de que estais encargados; el segundo en órden á Dios, que os los ha encargado; y el tercero en órden á vosotros mismos, que teneis el encargo. Fundado en estos principios, sostengo, que tres motivos muy interesantes os imponen el deber estrecho de ocuparos en procurar la salvacion de vuestros criados: éstos son: el interés de vuestros sirvientes; el interés de Dios; y por último vuestro propio interés. Hé aquí en pocas palabras manifestado mi designio, que contiene instrucciones tanto mas necesarias, cuanto son ménos conocidas y ménos practicadas. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Preciso es confesar, que es una carga pesada y dura para los amos ser responsables de la salvacion de sus criados y domésticos, y haber de dar una cuenta exacta de aquellos, que, por una vocacion particular del cielo, están sujetos á su autoridad y dominio. No dejamos de conocer el trabajo y las consecuencias de esta obligacion; ella sin disputa es grande, y está sujeta á cuidados penosos y pesados; pero considerando únicamente el solo interés de estos domésticos de que os hallais encargados, es justa. El órden de las cosas pide, y es justicia, que se debe á todos los que viven dependientes de un superior, que así como éste tiene autoridad y derecho sobre sus personas, del mismo modo debe observar y cuidar que su conducta sea la mas arreglada, particularmente en lo que conduce á su salvacion. ¿Cuál es la razon, me direis? Porque todo gobierno, aun el temporal, lo ha instituido Dios en la tierra para conducir los hombres á su último fin y felicidad soberana; y como esta felicidad y último fin del hombre no es otra cosa que la eterna salvacion, se infiere, que estos superiores á quienes Dios ha dado en el mundo la autoridad y potestad de mandar, están recíproca é indispensablemente obligados á emplearse en procurar que se salven aquellos que deben obedecerles. Por esto el Apóstol dice á los criados en su Carta á los hebreos: *Obedite præpositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri.* Hebr. XIII, 17. Mis hermanos, si vuestro estado os obliga á servir á los hombres, no rehuseis sujetaros á ellos, y estad prontos á ejecutar sus órdenes, porque vuestros superiores cuidan de vosotros y velan sobre vuestra conducta. Velan, como que deben algun dia parecer ante el santo tribunal de Dios á dar de ello estrecha cuenta: velan, como que deben ser examinados en este tremendo tribunal del cuidado que han tenido en procurar la salvacion de vuestras almas: velan, finalmente,

porque si así no lo ejecutan, sabrá Dios averiguar los motivos y proporcionar las penas en la terrible cuenta que de ello les pedirá.

Ello es cierto, que es una obligacion unida al carácter de superior; y para daros de ello una idea mas justa y un conocimiento mas profundo y particular, es forzoso advertir, que es tambien cierto, que un superior, desde que es reconocido como tal, debe á sus domésticos tres cosas sobre todas las demas: estas son, el ejemplo, la instruccion, y una correccion de caridad en los lances que puedan ocurrir y sea necesaria. El ejemplo es preciso para edificarlos y para preservarlos de la mayor de todas las tentaciones, cual es el escándalo. La instruccion es forzosa para no dejarlos, como regularmente se les ve, con una ignorancia grosera de las mas esenciales obligaciones de cristianos, y tambien para hacérselas conocer en cuanto es posible y excitarlos á cumplirlas. Una correccion de caridad es necesaria para conservar en ellos la inocencia y reprimir el vicio.

2. Todo esto es cierto y evidente; pero al mismo tiempo es lo que no podemos llorar bastantemente, y segun es justo, en el siglo en que vivimos. Permitidme que en el dia de hoy os dé mis quejas en este asunto, que puede ser que haya algunos en este auditorio á quienes puedan aprovechar y ser útiles. Mis sentimientos son, que muchos, bien léjos de contribuir á la salvacion de aquellos que ha querido Dios encomendar á su vigilancia, son causa muchas veces de su perdicion y reprobacion: muchos, bien léjos de apartar á sus domésticos de sus extravíos para conducirlos y guiarlos por el camino recto de la virtud, los separan de éste en que caminaban para pervertirlos y corromperlos: muchos, finalmente, bien léjos de ser tutores y pastores de sus almas, son seductores y corruptores de ellas. Digo corruptores: y los medios de que para este fin se valen son tantos, que yo no puedo numerarlos: ya los corrompeis por las amistades y ocasiones de pecar en que los poneis, haciéndolos cómplices de vuestros desórdenes; ya por los ejemplos perniciosos que les dais, que son para ellos una tentacion, tanto mas digna de temer, cuanto es mas presente y mas frecuente; ya por una ignorancia culpable en que vivís del modo con que ellos se manejan, de la que saben valerse para llevar una vida licenciosa y libertina; ya finalmente, por una indulgencia reprensible y una cobarde tolerancia que los autoriza en todos sus vicios. Sobre estos cuatro puntos seria muy útil, que todos los dias hicieseis en vuestras familias un sério exámen delante de Dios; pero á lo ménos, si así no lo haceis, al presente piden toda vuestra reflexion.

Sí, mis oyentes; yo intento convenceros: y las pruebas que para

ello tengo, son demasiado claras y evidentes, confirmadas á cada paso con la experiencia. Yo intento convenceros, repito, de que vosotros contribuís y aun causais la condenacion de vuestros domésticos y criados, por las ocasiones de pecar muchas veces contínuas en que los poneis; pues no se puede componer, que vosotros vivais en el libertinaje, sin que ellos vivan en él igualmente que vosotros: porque este hombre de quien os servís y que no tiene horror de ofender y desagradar á Dios con tal que os dé gusto, ¿en qué lo empleais? ¿Á qué le destinais? Á que sea el instrumento de vuestras abominaciones y excesos, el confidente de vuestros designios y el ejecutor de vuestras injusticias y de vuestras venganzas. Él es el que prepara y dispone todos los proyectos, el que advierte y facilita los medios, el que maneja y guia todo lo que á esto conduce, el que lleva los recados y papeles que sostienen las correspondencias, y el que recoge las respuestas; el que procura y previene las ocasiones de hablarse y de verse, y finalmente, él es el que sirve de medio para conservar y mantener las mas vergonzosas y detestables comunicaciones. Pero aun no es esto todo; porque pervirtiendo estos domésticos y criados por las ocasiones de pecar en que vuestras costumbres viciosas los exponen, los pervertís tambien y corrompeis por vuestros ejemplos.

3. Pero aun paso mas adelante; y digo, que las mas veces sois causa de la perdicion de vuestros domésticos y criados, por una ignorancia voluntaria en que vivís de sus acciones y del modo con que se manejan. No quereis ocuparos en este punto en averiguaciones enfadosas y molestas; y los criados que conocen este descuido, abandonan todas las obligaciones de la religion, quebrantan impunemente y con libertad todos los preceptos de la Iglesia, no oran, no oyen misa, no ayunan, no reciben los sacramentos; y de aquí tiene orígen que se entregan á todos los excesos, hasta que cometen alguno tan público, que el amo, al fin, no lo puede ignorar. Si lo hubiéramos sabido, decís entónces, y si hubiéramos tenido alguna noticia de los desórdenes y vicios de este criado, hubiéramos en el momento puesto el remedio. ¿Si vosotros lo hubierais sabido? Pero ¿por qué no lo sabeis? ¿No debiais saberlo? ¿No teniais obligacion de informaros del modo con que vivia? ¿Qué diligencias habeis practicado para averiguarlo y conocerlo?

Pero aun es mas culpable y bien comun, que muchas veces no se ignora el modo y conducta que llevan los criados y domésticos, y no obstante no les reprendeis y siempre los tolerais: pues porque un criado es útil y hábil en todos los demas encargos de vuestra casa, y porque para vuestras personas tiene toda la asistencia y destreza

necesaria, temeis disgustarlo, y que en otra parte se acomode: porque un doméstico es indócil ya nada se sujeta; y porque reprendiéndole seria forzoso tolerar algunos malos servicios y algunas acciones ó palabras, no las mas arregladas y compuestas, callais y no lo reprendeis por evitar la desazon que sus atrevidas respuestas pudieran causaros: finalmente, porque un doméstico os lo han encomendado y tiene quien le proteja, le permitís todo lo que quiere y le excusais en todo lo que ejecuta por complacer al sugeto que le favorece y le sostiene. ¡Ah mis hermanos! ¿Conviene acaso, que estos pecadores ciegos estén siempre sin alguno que los guie, los encamine y dirija bien? ¿Es bien hecho, que vivan sin freno que los sujete, sin instruccion que los ilumine, y sin advertencias y consejos que los corrijan? Si la caridad sola, sin mas motivo que la union y semejanza que hay entre todos los hombres, os obliga á no rehusarles estos socorros y espiritual asistencia, ¿os será indiferente y no será digno de castigo, el que teniendo con ellos un mútuo enlace mas estrecho que con los demas, los dejeis que infelizmente perezcan y los abandoneis de modo, que no tomeis interés alguno en la mas grande de sus felicidades, cual es la salvacion de sus almas? ¿Quién se encargará de este cuidado y diligencia, si vosotros los abandonais? Y si nadie tiene este encargo y cuidado, ¿en qué abismo no se precipitarán ellos por si mismos?

Pero vosotros decís: yo les pago exactamente su salario, ¿qué mas les debo? Oidlo. En un criado, dice san Juan Crisóstomo, debeis distinguir dos cosas: su trabajo y su persona. Su trabajo es el que emplea en serviros, y su persona es la que depende de vosotros. Convengo en que su trabajo esté abundantemente satisfecho y pagado por las recompensas, que recibe de vuestra mano; pero su persona, que os la subordinó y sujetó, y su libertad, que en alguna manera cautivó á vuestro arbitrio, disponiendo de este tan precioso don en favor vuestro, ¿la estimais en tan poco y la dais un precio tan vil? No, no, prosigue san Juan Crisóstomo: no es este estipendio solo el que debeis pagar por ella y lo que os debe costar; este salario que les dais no es mas que una justa retribucion de los servicios que os hacen; es forzoso, pues, que para recompensar la sujecion y dependencia de sus personas, les seais responsables de otra cosa mas superior; ésta es, que debeis ser para ellos como sus guardas y sus ángeles tutelares: pues esta es la principal deuda que habeis con ellos contraido, y, hablando con esta expresion, el primer pacto que con ellos habeis formado. A consecuencia de que os sirven, pretendeis vosotros, que ellos os pertenecen y que son vuestros; pero es

para que seais responsables de ellos, porque debeis responder y dar cuenta de todo aquello que os pertenece y os toca; y si el mas ínfimo de todos llega á perderse y condenarse, será (segun san Pablo) con riesgo vuestro y á vuestra cuenta: *Servus Domino suo stat, aut cadit.* Rom. xiv, 4. ¡Cuántos superiores y padres de familias en el último dia serán condenados por Dios y castigados con sus anatemas, no solo por sus propios delitos, sino tambien por los pecados de sus criados y domésticos! En cuya justa reprobacion y sentencia, este soberano y terrible juez, no solamente satisfará y vengará los intereses de los domésticos y criados, sino que vengará tambien y se satisfará de sus particulares y propios intereses, como voy á manifestároslo.

4. Teniendo todas las potestades su orígen en Dios, no hay una siquiera, que no deba emplearse por una obligacion indispensable y esencial en respetar y conformarse con Dios, y mirar por sus intereses; y fundado en esta verdad, pregunto; ¿cuál es el interés que Dios tiene en una familia cristiana? Es, que en ella le honren y veneren, y ser glorificado por la arreglada y buena vida de los que la componen; luego es preciso, que el superior de ella no tenga otro fin distinto de éste, y es menester que se considere siempre como ejecutor de las órdenes de Dios, como instrumento de las venganzas de Dios, y, en una palabra, como el hombre de Dios en su casa; porque ser superior en una familia, es lo mismo que tener que cumplir todos estos cargos, y, segun mi dictámen, todo esto le obliga por derecho natural y divino. Porque con efecto, ¿qué cosa hay mas justa y mas conforme á la ley de la naturaleza, que obligar á un hombre en cuyas manos está el poder de Dios, á que primeramente use de él para honor de Dios, y no que le emplee en su propia utilidad? Dios dice al padre de familias: Yo te hecho lo que eres, y te he dado la autoridad que posees; tú no tienes otra potestad mas que la mia, y he querido dividirla contigo; pero he pretendido, y aun intento, que en el ejercicio que harás de ella, sea yo el primero á que atiendas y veneres. Dos intereses hay que procurar y conservar; el tuyo y el mio. El tuyo es el servicio y asistencia que tus criados deben darte; y el mio son las obligaciones de religion que ellos deben cumplir, y con las que me deben venerar como cristianos. Sírvete de tu autoridad para exigir de ellos lo que te deben y es justo: á esto yo no me opongo; pero nunca olvides, que me deben á mí mas que á tí, y que tú debes ser responsable y darme cuenta de ello miéntras estén sujetos á tus órdenes. Este es el modo, amados oyentes, con que Dios habla.

¿Y qué cosa hay, vuelvo á decir, mas justo y mas conforme á la razon? Pero reflexionad cuanta es en este punto la injusticia del hombre. ¿Qué hace éste revestido de su poder y de la autoridad de su soberano Señor? Por un abuso intolerable, y por una monstruosa ingratitud, la dirige toda á su misma persona, y la hace servir á su propia autoridad. Este derecho de mandar y de gobernar se le habia confiado para que mirase por el interés de Dios; pero él deja á un lado este interés, y no piensa ni considera sino en el suyo propio. ¿No es esto, hermanos mios, una profanacion de los intereses de Dios? Sin embargo, esto es lo que se observa todos los dias entre los cristianos.

Esto es lo que S. Bernardo lloraba con el mayor dolor y amargura, y lo que causaba su afliccion y sentimiento cuando consideraba lo que la experiencia le habia enseñado, y lo que le manifestaba mas cada dia; pues reflexionaba, que en las familias cristianas toleramos con mucha mas paciencia las ofensas y ultrajes que Jesucristo sufre, que los nuestros: *Quod patienter jacturam ferimus Christi quam nostram.* Que quieren tener una exacta cuenta y cuidado de los menores daños que hacen los criados, sin poner atencion alguna á la diminucion y menoscabo de su piedad, y á la entera ruina de su religion: *Quod quotidianas expensas quotidiano reciprocamus scrutinio, et continua Dominici gregis detrimenta nescimus.* Bernard. Que están perfectamente instruidos, y se procura estarlo, del justo precio y de la cantidad de todo lo que se emplea y gasta por mano de los diferentes criados de una casa para su precisa manutencion y decencia; pero que casi no se piensa en descubrir los desórdenes y vicios á que estos domésticos están sujetos.

El Apóstol, escribiendo á su discípulo Timoteo, dice, que cualquiera que desprecia ó abandona el cuidado de sus criados y domésticos, y, sobre todo, que cualquiera que no se aplica á formarlos y dirigirlos segun el espíritu de Dios, á instruirlos y educarlos en santo temor, y mantenerlos y conservarlos en la práctica y ejercicio de las obligaciones que se deben á Dios, debe ser mirado como un hombre que ha renunciado la fe, y que es aun peor que un infiel: *Si quis suorum, maximè domesticorum, curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior.* I Timoth. v, 8. Vosotros me direis, que no os escucharán, y que aunque les advirtais su obligacion, no pondrán cuidado ni darán atencion á vuestros avisos y consejos. Y esto será cierto cuando, en lugar de procurarles los medios de dejarles tiempo proporcionado para que cumplan y desempeñen las obligaciones que tienen para con Dios, no les dejeis desocupados un momento en todo el dia, y sin distinguir los dias festivos de los otros, los empleeis en asuntos del todo profanos, sin dejarlos descansar; y se verificará tambien, cuando sin darles jamas ejemplo alguno, ni de oracion, ni del uso de los sacramentos, ni de todas las prácticas de ejercicios de piedad cristiana, vivais entre ellos y á su vista, y les permitais, que vivan cerca de vosotros como gentes sin fe y sin Dios. Pero si con una caridad sostenida, y fundada en la autoridad y poder, ó con una autoridad dirigida por la caridad, les representais los derechos que tiene el soberano Señor á quien debemos servir, los hallareis dóciles. Haced de esto la prueba, y por vosotros mismos podreis quedar convencidos de la certeza de lo dicho. Pero digamos la verdad: el celo de los intereses de Dios casi no tiene actividad ni calor en vuestros corazones, y vosotros no os incomodais ni alterais porque Dios sea ó no sea servido y venerado en vuestras casas; pero aunque nada de lo dicho os mueva, atended á lo ménos á vuestro propio interés, que es del que me queda que hablaros.

5. Imponiéndoos Dios la obligacion de que veleis y cuideis de la conducta de vuestros domésticos y criados, ha tenido presente vuestra propia utilidad espiritual, y la temporal: Vosotros sabeis, y la costumbre del siglo y el uso de la vida no os permite que lo ignoreis, que el riesgo mas comun, y el mas peligroso y pernicioso efecto del estado y graduacion de los superiores es hacerlos orgullosos, soberbios y vanos. Contra este peligro tan evidente es uno de los remedios mas eficaces, y un contrapeso el mas poderoso para reprimir este orgullo, y para abatir y humillar esta altivez del corazon, la ley que ha impuesto Dios á los superiores respecto de aquellos que están á su obediencia; porque, con efecto, supuesto este órden, ¿qué sentimientos puede tener un superior, que no procedan de la modestia y humildad? ¿Por qué me envaneceré y me gloriaré (puede decirse á sí mismo) de que tengo alguna autoridad sobre este hombre, cuando este mismo dominio y poder me sujeta á obligaciones muy penosas y molestas? Este doméstico, es verdad, me debe su trabajo; pero le soy responsable de mi celo. Él me debe una especie de servicio, y yo le debo otra; él está encargado de ciertas comisiones y empleos en mi casa, pero yo he de responder de sus acciones. Él es mi criado en lo que tiene conexion con mi cuerpo, pero yo lo soy suyo en todo lo que toca á su alma; y así, la sujecion es mútua, y la correspondencia recíproca entre él y yo.

Pero pasemos adelante: yo quiero, que imponiéndoos Dios aquella obligacion ha tenido tambien presente vuestra utilidad espiritual.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desde el punto que vuestros domésticos fueran perfectos cristianos, serian vigilantes y cuidadosos, recibirian vuestros mandatos como preceptos del mismo Dios; porque respetarian en vuestras personas á Dios mismo, y por consecuencia, la misma prontitud que tendrian en servir á este primer Señor, la manifestarian en serviros á vosotros. Desde que fueran buenos cristianos, os tendrian y conservarian todo el respeto que os deben, y os darian pruebas de él en todas las ocasiones que se presentáran. Desde el momento que fueran buenos cristianos, se dedicarian con aplicacion y fidelidad á los diversos ministerios á que quisierais destinarlos para lograr un feliz éxito en vuestros proyectos, y para los aumentos é intereses de vuestros negocios; ellos no reservarian en su poder, ni desperdiciarian cosa alguna de cuanto les entregaseis y confiaseis; no pensarian en enriquecerse con lo que os usurpaban, ni harian gastos aparentes y falsos ahorros con que aumentasen su salario; atenderian y cumplirian vuestros preceptos segun todo el rigor de la expresion con que se los dieseis, sin que por ninguna interpretacion favorable á su codicia excediesen los límites justos de vuestras promesas.

Entónces, amados oyentes, se podria decir en alguna manera de vuestra casa lo que el Hijo de Dios dijo de la de Zaqueo al entrar en ella: *Hodie salus huic domui facta est.* Luc. XIX, 9. Aquí es donde reina la paz, y donde todo concurre á promoverla y conservarla: señores y criados están todos acordes y conformes, y en una union que forma una perfecta armonía. Por eso no se oyen murmuraciones, ni hay discordias ni disputas. Los domésticos están contentos con obedecer, y los superiores casi no tienen necesidad de mandar; porque cada uno por sí mismo procura desempeñar su obligacion; y por este medio, lo que es cierto de la sabiduría (segun la expresion del Espíritu Santo) lo es tambien de esta paz, que pone juntos y une los miembros de una casa con el superior y con la cabeza de ella: *Venerunt omnia bona pariter cum illa.* SAP. VII, 11. Pues es un manantial y orígen de bendiciones, y todos los bienes vienen por ella y con ella. La piedad florece: la vida entónces es dulce, el trato y comunicacion es cómodo, la confianza entera, los domésticos se miran casi como hijos, los superiores se consideran como padres, y la felicidad es en un todo perfecta.

Pero ¿dónde se encuentran estas casas en el mundo? ¿Cuántas de ellas pueden contarse? Vosotros sabeis muy bien la razon, amados oyentes; y si aun no la habeis llegado á comprender, y no puedo hacer otra cosa que repetírosla muchas veces, para que una siquiera llegueis á conocerla; y es porque vosotros no manteneis ni

conservais en vuestras casas el culto de Dios, ni las buenas costumbres. ¡Padres de familia! muy ciegos sois y declarados enemigos de vosotros mismos, si no trabajais en que vuestros criados y domésticos vivan cristianamente. ¡Oh! si vosotros imitarais á la mujer fuerte, que el Espíritu Santo os propone como modelo: Vela, dice, sobre los procederes de su familia: *Consideravit semitas domus suæ.* PROV. XXXI, 27. ¡Ah! quiera el cielo que de hoy mas, al propio tiempo que cuideis y atendais á las necesidades temporales de vuestros criados y domésticos, cuideis y atendais tambien á su santificacion: el cielo recompensará vuestros trabajos. Si les salvais con vuestros ejemplos y exhortaciones, además de las ventajas que tendreis en este mundo, recibireis, como os lo asegura el Apóstol, por fruto de vuestro celo una dichosa eternidad, que es la que os deseo.

AMOS.

II.

Domini, quod justum est et æquum, servis præstate.

Amos, tratad á los criados, segun lo que dictan la justicia y la equidad.

(*Col.* IV, 1.)

Los padres y los hijos, los maridos y las mugeres, forman los principales individuos que componen las familias; pero hay tambien otros que, aunque de un órden inferior, no dejan de tener sus obligaciones recíprocas los unos para con los otros. En el primitivo estado de la inocencia, y segun que el primer hombre salió de las manos de Dios y apareció sobre la tierra, todos hubiéramos sido iguales, no solo en cuanto al alma y el cuerpo, sino tambien en las riquezas y honores que se encuentran en el mundo. El pecado desterró esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preciosa igualdad, é introdujo la subordinacion y dependencia que hoy vemos entre los hombres. Apareció Jesucristo, Dios y Hombre verdadero en la plenitud de los tiempos, para reparar los desórdenes del pecado y restituir todas las cosas al buen órden con que salieron de sus manos como criador; y no obstante, no obligó á los reyes á descender del trono y ponerse al nivel de los vasallos; no precisó á los ricos á despojarse de sus bienes y partirlos igualmente con los pobres; no mandó á los que estaban constituidos en grandeza y autoridad renunciar las dignidades, para ponerse en igualdad con los que no las tenian. El Señor dejó los diferentes estados de los hombres en aquella subordinacion en que los halló á su venida al mundo; pero con una sabiduría admirable, estableció entre los cristianos una excelente igualdad, que subsiste en medio de la misma desigualdad y diferencia de estados y condiciones que en ellos vemos. Esta igualdad que estableció el Hijo de Dios, es la caridad divina, que hace que los ricos, no poniendo su corazon en las riquezas, socorran con ellas á los pobres, á quienes miran como hermanos; y obliga á los pobres á servir á los ricos en aquellas cosas de que tienen necesidad. Esta igualdad de amor es la que regla sabiamente todas las cosas segun la diferencia de los estados; la que subsiste entre la diversidad de condiciones, y une entre sí aquellos mismos, que un nacimiento al parecer diferente debia separar. Pertenecia, pues, á la adorable sabiduría de Jesucristo, establecer esta union en la mútua dependencia de los pobres y los ricos, de los amos y los criados, y sin destruir la variedad de condiciones hacer necesariamente recíprocos los socorros; porque ni los amos pueden subsistir sin criados, ni los criados pasarlo bien sin amos: á éstos conduce Dios á la felicidad eterna por el camino de la misericordia; á aquéllos por el de la paciencia y humillacion. ¡Benditos sean eternamente los adorables designios del Señor, que á todos provee de medios oportunos para conseguir el cielo, que es el dichoso fin para que á todos nos crió! Vamos, pues, amados mios, á lograr un bien tan inestimable, cumpliendo las obligaciones que nos impone. Hablemos de los amos, dirigiéndoles las palabras del apóstol san Pablo, que me oisteis en el principio; *Domini, quod justum est et æquum, servis præstate:* amos, dad á vuestros criados lo que es justo y razonable. Y ¿cómo cumpliremos esto? Tratándolos con dulzura; primera obligacion: pagándoles con puntualidad; segunda obligacion: proporcionándoles los medios de servir á Dios; tercera obligacion. Procuremos explicarlas á mayor gloria de Dios y salvacion de vuestras almas. A. M.

1. Si los amos tuviesen presente, que la diferencia que se halla entre ellos y sus criados, no es un efecto de su mérito ni un premio de su virtud, sino una adorable disposicion de la divina Providencia, que desde la eternidad determinó á cada uno el estado que debia tener sobre la tierra, y que el de los criados es por lo comun un efecto de la misericordia de Dios, que quiere salvarlos por la humillacion y la paciencia; pocas instrucciones serian bastantes para que ellos conociesen y llenasen dignamente sus obligaciones. Pero habiéndose apoderado de muchos un espíritu de orgullo y de altanería, se persuaden, miserablemente engañados, hallarse revestidos de una autoridad legítima para tratar á sus criados con desprecio, fiereza é insolencia. Pero, no señores, no teneis tal autoridad: se halla, es verdad, en vosotros una potestad dominativa para gobernar vuestra familia, no para abusar de ella, sino para mandar las cosas justas, y con el modo debido, á vuestros hijos, á vuestros criados y dependientes, acordándoos, que lo que constituye grande á una persona en los ojos de Dios, es su semejanza con Jesucristo, es su virtud y santidad, sea pobre, sea rico, sea grande ó pequeño, esclavo ó libre, noble ó plebeyo, amo ó criado. Por esta sublime verdad deben siempre los amos tener delante de su alma estos primeros principios de la razon y admirables reglas de moralidad: no hagas á otro lo que no quisieras hiciesen contigo: pórtate con tu prójimo como deseares que él se porte contigo: perdona, y serás perdonado: haz misericordia, y la usarán contigo: no condenes á tu prójimo, y no serás condenado. ¡Qué principios tan luminosos! La razon los dicta, la ley inmaculada de Dios los manda, y el interés comun los persuade. Si los amos fueran criados, ¿querrian que les mandasen con desabrimiento, con enfado, con furor? ¿No desearian, que sus amos les mandasen con dulzura, con agrado, con buen modo? Haced esto mismo con vuestros criados, si quereis cumplir con vuestra primera obligacion.

Con efecto, esta es la conducta que el Espíritu Santo, en el libro de la Sabiduría, manda observar á los amos con los criados. Eccli. IV, 35. No seais, les dice, como un leon en vuestra casa, haciéndoos terribles á vuestros domésticos y oprimiendo á vuestros criados. Esto mismo encarga el apóstol san Pablo, cuando dice: Ad Ephes. VI, 9: vosotros, amos, manifestad á vuestros criados, que les teneis afecto y estimais, no tratándolos con dureza y amenazas; reflexionad, que ellos y vosotros teneis un mismo Señor, que está en el cielo, y no hace acepcion de personas. Pero cuando no tuviéramos las divinas Escrituras, la razon es suficiente para evidenciar esta verdad. Oiga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

mos á Séneca, que sin embargo de ser un gentil, su filosofía le enseñaba los excelentes consejos que daba á un amigo suyo sobre este particular. SENECA IN EPIST. XLVII. «Yo me regocijo,» le decia, «que os porteis con vuestros esclavos de un modo dulce y agradable. Algunos dicen: *son esclavos;* pero yo respondo, que son hombres que viven con nosotros, que nos sirven, y de ellos tenemos necesidad. Debemos, por lo tanto, considerarlos como nuestros amigos, aunque de una clase inferior, desterrando aquel comun proverbio: *cuantos esclavos tantos enemigos;* porque debes saber, que no es la malicia de ellos la que ha dado lugar á este proverbio, sino nuestra conducta injusta é intolerable. Nuestra dureza tiene la culpa de la aversion que ellos nos tienen. Yo te suplico no imites á esos hombres tan locamente soberbios, que ponen su gloria en hollar bajo sus piés á los hombres, sus semejantes. Procura ganarles el afecto con tu moderacion; y si alguno os dice, que tratais á los esclavos como si fueran libres, respondedle, que no; pero que los tratais como debe un hombre tratar á otros hombres. Porque, al fin, yo quiero que los amos se hagan amar de sus esclavos, y que ellos los sirvan porque sus amos los aman. ¿Por ventura degrado con esto á los hombres libres, igualándolos en alguna manera con Dios, que quiere á un mismo tiempo ser reverenciado y amado de sus criaturas?» ¡Qué bien, amados mios, habla este filósofo gentil! ¿qué mas pudiera decir un santo Padre?

Pecan pues gravemente, aquellos amos, que nada saben mandar sin enfurecerse, y echar demonios y maldiciones por su pestífera boca á la menor réplica de sus criados, aunque sea justa. Faltan tambien innumerables veces á su obligacion, aquellas amas delicadas, impertinentes y melindrosas, que á la mas pequeña friolera en que les falten sus doncellas, las maltratan con palabras insolentes y de mala crianza. Pecan enormemente tambien aquellos amos, que dicen á los criados palabras indecentes, torpes y escandalosas, en vez de hacerles conocer su falta con razones ó amonestarles con dulzura, que no lo vuelvan á cometer; y aquellos otros, que en lugar de corregir con entereza los defectos graves, que merecen una severa correccion, alzan la mano ó el palo para castigar con furor á sus criados delincuentes. Dios dice: amad al criado prudente y fiel como á vosotros mismos: ECCLI. VII, 23: no prives á tu criado de su libertad: no te permitas abandonarle en su pobreza. Esto dice Dios; y vosotros ¿qué decís? Si atendeis á vuestras pasiones, muchas réplicas me hareis; mas si oís la divina ley, ella os dirá, no solo que los trateis con dulzura, sino que les pagueis con puntualidad.

2. Pagar con prontitud el jornal al trabajador ó al criado es una de las obligaciones mas graves de los amos, y apenas hallareis cosa mas estrechamente mandada en el antiguo y nuevo Testamento. Dios dice en el Levítico: LEV. XIX, 13: *el precio del que ha trabajado para tí, no se detenga en tu casa ni un solo dia.* El mismo Dios, por ministerio de Moisés, dice tambien en el Deuteronomio, XXIV, 15: «no rehuseis entregar al instante el jornal ganado por el pobre, á quien debeis mirar como hermano que está en necesidad: entregádselo en el mismo dia que lo ha ganado, antes que el sol se ponga, porque él es pobre, y tiene vinculado en su jornal el sustento de su vida; no sea que, difiriéndole la paga, clame al cielo contra vosotros, y esta tardanza os sea imputada á pecado.» Instruido en esta divina ley el santo anciano Tobías, encargaba su observancia, estando cercano á la muerte, á su buen hijo. *Cuando un hombre*, le decia, *haya trabajado para tí, págale prontamente lo que ha ganado, y no permitas jamas, que su jornal quede en tu casa.* TOB. IV, 15.

Yo me alegraria, que los cristianos no tuviesen necesidad de que les pongamos delante lo que el mismo Dios mandó en el Testamento antiguo á los judíos, cuando la equidad natural les está dictando una cosa tan razonable y tan justa. Sin embargo, si quisiesen ver establecida tambien esta obligacion en el Testamento nuevo, escuchen al apóstol Santiago, que en su Epístola canónica dice: V, 4: *Sabed, que el precio del trabajo que habeis hecho perder á los obreros que recogian el fruto de vuestros campos, clama al cielo, y los llantos de los segadores de vuestras tierras han subido hasta los oidos del Dios de los ejércitos.* Y ciertamente, amados mios, si detener un solo dia el jornal al trabajador es un pecado que clama al cielo, ¿cuánto clamará no pagar fielmente al criado el salario estipulado, despues de haber servido, no un dia ó un mes, sino un año, y acaso muchos años? Ellos creian haber juntado un pequeño caudal con el sudor de su rostro, para pasar ménos trabajosamente la vida; y si cuando van á ver verificadas sus esperanzas, se hallase un amo tan bárbaro y cruel, que maliciosamente no les pagase, ¿habria términos, encontrarian expresiones dignas para declarar la espantosa deformidad de este pecado? Si esto no es un crímen, que espantosamente clama al cielo por castigo, yo no sé cuál pueda serlo.

Pecan pues mortalmente, aquellos amos de entrañas duras, que cuando sobreviene alguna calamidad pública, la aumentan con su dureza, recibiendo criados á precio mas bajo que el ínfimo, porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así como el criado seria un injusto, si exigiese por su trabajo mas de lo que le corresponde, solo por la necesidad que el amo tiene de él, del mismo modo el amo peca contra justicia cuando no paga al criado el jornal justo. Pecan tambien enormemente, como ya dejo insinuado, los que maliciosamente dilatan la paga del jornal, ó no pagan el todo del que tienen contratado con sus criados. Y esto no solo debeis entenderlo respecto de los criados que teneis de contínuo ó por temporada larga en vuestra casa, sino de todos los demas á quienes encargais alguna obra. ¡Oh, cuánto hay de esto en el mundo, Dios mio! ¡cuántos hay muy prontos para mandar trabajar y comprar, y muy tardo para pagar lo comprado ó trabajado! ¡Cuántas maldiciones llevan muchos sobre sí por esta causa! ¡Cuántos hurtos enmascarados con el título de ocultas compensaciones! No obreis así vosotros, amados mios, no así: procurad no dilatar un solo dia la paga á vuestro jornalero como Dios lo manda. Á lo ménos imitad á aquellos buenos señores, que cada mes ajustan cuentas con todos los que han hecho alguna obra para la casa, y la pagan exactamente hasta el último maravedí.

Pecan tambien los amos y amas, que no dan á sus criados el alimento necesario para vivir, y que han contratado les debian dar; y lo mismo se entiende de la habitacion y demas condiciones en que se hubiesen convenido al principio. Pecan asimismo aquellos amos y amas, que obligan á pagar á sus criados ó criadas aquellos daños contingentes y meramente casuales, que acontecen en las casas sin culpa alguna de los criados ó criadas, por ejemplo, romperse un plato, quebrarse un espejo, desaparecerse un pañuelo, ó cosas á este modo, cuando los criados ó criadas no se obligaron en el principio de su ajuste á estos daños casuales, sino á poner aquel prudente y diligente cuidado que les corresponde. Pecan los amos, que por algun enfado ó por sus caprichos, despachan á los criados ántes del tiempo convenido en su ajuste, sin pagarles el todo de su contrato, ó los detienen mas tiempo de lo estipulado, sin añadirles nada por aquel nuevo servicio. Padre, dicen algunos, que ellos han dado motivo; que no se portan bien; que han cometido tal ó tal defecto grave.—Convengo en que los despidais cuando ellos no cumplan con su obligacion; pero pagadles lo que legítimamente hubieren ganado hasta el dia de su marcha, y estamos conformes. Pecan tambien especialmente las amas, que mandan cerner, amasar, cocer, barrer, lavar, coser y otros labores de sus casas á las vecinas pobres, sin pagarles el salario competente; no reflexionando, que ellas dejan sus casas, se apartan de sus hijos y no hacen sus labores por emplearse

en las que ellas les encargan; exponiéndolas no pocas veces por su pobreza, á que se compensen ocultamente con remordimiento de su conciencia. Todo lo cual deberian sin duda evitar las amas, pagando no solo lo justo, sino algo mas por limosna y caridad.

Nada mas justo, que esta caridad y esta limosna de los amos con los criados y criadas cuando los han servido la mayor parte de la vida, y han llegado á la ancianidad en que no pueden ya trabajar mas, ó han caido enfermos. ¡Qué dureza de corazon, qué inhumanidad la de aquellos amos, que envian al hospital á sus criados apenas caen enfermos, sin quererlos tener en su casa, aunque haya buena proporcion para asistirlos, curarlos y visitarlos! ¡Qué dolor! ¡cuántos amos cuidan mas de sus perros y caballos enfermos, que de sus criados! ¿De dónde proviene este horroroso trastorno de ideas? Nada se escasea, todo cuanto es menester se gasta para curar un animal; y por el menor gasto en la enfermedad de un criado ó de una criada, que son sus semejantes, sus hermanos y están en lugar de hijos, se resienten y se quejan á cada hora. ¿Cómo es esto? No es difícil hallar la causa: si una bestia se les muere, necesitan dinero para comprar otra, y pierden el que emplearon en la que se les murió: si un criado marcha, ó se halla enfermo, no es menester gastar cosa alguna para que venga otro; él se presenta voluntariamente buscando su remedio. Ved ahí como el amor de sí mismo y el de sus cosas temporales absorbe el que debieran tener al cumplimiento de las santas leyes de la Religion, de los preceptos de la caridad, y del amor á sus semejantes. Por eso no cuidan de ellos, ni los asisten en las enfermedades del cuerpo, ni tampoco les procuran la salud del alma.

3. *Si alguno*, dice el apóstol san Pablo, *no tiene cuidado de los suyos, y particularmente de sus domésticos, ha negado la fe, y es peor que un infiel.* I Ad Tim. v, 8. ¡Ojalá, que una expresion tan fuerte y tan terrible despertase á los amos del adormecimiento en que muchos viven respecto de sus domésticos! Los infieles, cuyos conocimientos se limitan á lo temporal, se persuaden haber cumplido con las leyes de la equidad, procurando á sus criados las comodidades temporales, que en salud y enfermedad necesitan: por eso los cristianos serian peores que ellos, como dice san Pablo, si, como antes insinué, no atendiesen al socorro de las necesidades temporales de sus criados. Mas como viven iluminados por la Fe divina, y saben por ella, que sus criados tienen un alma espiritual, inmortal, hecha á la imágen y semejanza de Dios, para cuya posesion ha sido criada, deben proporcionarles los medios de conseguir su eterna fe-

licidad, ó confesar ingénuamente, que han abandonado su fe. Para evitar una desgracia tan lamentable, deben los amos saber, que su primera obligacion para con sus criados, en este particular, es darles buen ejemplo, como ya lo he demostrado cuando he hablado de las obligaciones de los padres para con sus hijos; y por eso no lo repito, contentándome solamente con decir, que un amo que tiene sólida piedad, trata eficazmente de inspirarla en el corazon de sus criados, porque no se persuade le puedan ser útiles, miéntras no sean virtuosos. Y á la verdad, señores, ¿qué ocupacion mas noble, ni mas útil se puede hallar sobre la tierra, que conocer, servir y amar á Dios? ¿Qué enseña un amo á sus criados, si no se lo enseña acompañando la doctrina con el buen ejemplo? ¡Qué bien hacen aquellos buenos amos, que enseñan á sus criados la doctrina cristiana, las verdades de fe, las reglas de las buenas costumbres, las obligaciones de su estado, y las de todo fiel cristiano para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismos; que les enseñan á orar, á examinar su conciencia, á rezar en compañía de todos el santo Rosario y otras devociones, y dirigir á Dios todos sus trabajos, todas sus palabras, obras y pensamientos, acordándose, que tienen á su cargo aquellas almas, y que de ellas han de dar cuenta en el tribunal de Dios! ¡Oh, qué juicio tan espantoso aguarda á los malos amos, que con su mal ejemplo escandalizan á sus criados, maldiciendo, jurando, embriagándose delante de ellos, profiriendo palabras torpes en su presencia, haciendo que los acompañen para la maldad, y no hablándoles jamas una palabra para inspirarles la práctica de la virtud! Ay de ellos, que ya han abandonado la fe, y son peores que un infiel.

Pero cuando ellos no los instruyan, deben no impedirles el que los domingos y dias de fiesta asistan á la iglesia, para oir las instrucciones de sus párrocos, estar presentes á los divinos oficios, hacer oracion mental y vocal con los demas fieles, y recibir los santos sacramentos; dividiendo así entre Dios y ellos los servicios de sus criados, empleándolos en sí los seis dias de la semana, y dejando á Dios enteramente el domingo, para que, gozando los criados de un dulce reposo en tan santos dias, los empleen en procurar su eterna felicidad. ¡Dichosos los amos, que de este modo procuran que sus criados sean buenos! ellos experimentarán su utilidad y provecho, no solo espiritual, sino temporalmente; pero ¡ay de aquellos, que dejan para los domingos y dias santos varias labores que mandar á sus criados, cuando no son de urgente y

manifiesta necesidad! ¡Ay de los amos, que ocupan á sus criados en trasegar vino, apalear el trigo, limpiar los establos y hacer otros trabajos incompatibles con la observancia de los dias santos, y que por una especie de avaricia no lo hacen en los dias de labor, porque no interrumpan la que estaban haciendo, ni aun por una ó dos horas que podrian gastar en semejantes ocupaciones! Lo mismo digo de las pobres criadas, que se ven precisadas á remendar su ropa los dias de fiesta, porque sus malas amas no las dan un rato de tiempo para coserla entre semana. De este lastimoso principio se origina esta pecaminosa insensibilidad, en que viven innumerables amos y criados respecto á su salvacion. ¿Quién es el criado que en los pequeños pueblos frecuenta los sacramentos? ¿quién es el amo que los envia con frecuencia á confesar? ¿dónde viven estos amos y estos criados? ¡Ah, cuántos y cuántos una vez sola en cada año se acercan á recibir el cuerpo y sangre del Señor! Y ¡cuántos aun esta sola vez por la Pascua es por un temor mundano, porque no digan, porque así es costumbre en todos, y no por amor á su Dios y criador! ¿De dónde este olvido de Dios y tanta negligencia en el único negocio de su eterna salvacion? Pensadlo bien vosotros, y hallareis, que muchos amos no solo no instruyen á sus criados con doctrina y ejemplo, no solo no les dan tiempo para emplearse en Dios y en procurar su salvacion los dias santos; pero ni tratan siquiera de evitar los pecados de sus criados y apartarlos de las ocasiones de ofender á Dios. Esta es una grande obligacion de los amos; esto es cuidar muy particularmente de sus almas, acordándose de aquellas terribles palabras, que deben pensar, les dice Dios, al recibir un criado: *Custodi virum istum, quia si lapsus fuerit, erit anima tua pro anima ejus:* III Reg. xx, 39: guarda este criado, porque si se pierde, tu alma será el pago del alma que se perdió: *Sanguinem ejus de manu tua requiram.* Ezech. III, 20. Deben por tanto los amos impedir á sus criados, que salgan por la noche en esas, que comunmente llaman rondas, en que tantos pecados de palabras torpes se cometen, tantos cantares impuros se cantan, tantas amistades criminales se mantienen, tantos hurtos se cometen, tantas pendencias se ocasionan, y se dan tantos escándalos. ¡Ay de los amos, que no se lo prohiben, y ay de los criados que no los obedecen cuando les mandan no salir de casa por las noches! Lo mismo debemos decir de las entradas en las tabernas, de juntarse con malas compañías, de aficionarse al juego, de las concurrencias á perjudiciales diversiones.

Acabemos, recapitulando en breve cuanto hemos dicho á los

amos, con las mismas palabras que san Cárlos Borromeo los exhortaba en su tercer Concilio provincial. «Cuiden,» dice el santo, «de la salud temporal y espiritual de sus domésticos, sirviéndoles de guia con palabras y ejemplo. Adviertan no haya en su casa quien ignore los principios de la Religion cristiana que profesan, ó envien á la parroquia á los que no lo sepan, para que asistan á la doctrina y á los sermones. Procuren que concurran todos los domingos y demas fiestas á la iglesia, para adorar á Dios en su santo templo, oir la santa misa, y estar presentes á los divinos oficios. Exhórtenlos á recibir con frecuencia los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y que en los dias festivos se abstengan de obras serviles, y se animen á ayunar la cuaresma, vigilias y cuatro témporas. Destierren de su casa las blasfemias, los juramentos y maldiciones, y que no se vean en ella libros que traten de materias impuras, ó que induzcan al libertinaje, sino libros buenos, piadosos y cuya lectura los enseñe á temer á Dios y cumplir sus obligaciones. Estas cosas tan útiles encargaba á los amos aquel gran santo, y esas mismas encargo yo á vosotros, para que en vuestras casas reine la paz, la union, la caridad, y la observancia de la ley de Dios, y alcanceis la felicidad eterna.

DIVISIONES.

AMOS.—Jesucristo es el primer amo por quien hay que trabajar.

A este amo debe acudir el cristiano en las necesidades que experimente.

Imitando la conducta de este divino amo, deben los amos de la tierra procurar su salvacion y cumplir con los deberes de su estado.

AMOS.—Dios recompensa á los buenos amos porque tratan como padres á sus criados.

Dios castigará á los malos amos porque tratan como déspotas á sus criados.

AMOS.—Los amos inducen á sus criados á que les sean fieles, cuando ellos dan ejemplo de fidelidad á Dios.

Los amos se hacen estimar de sus criados cuando saben mandar sus pasiones.

Los amos se hacen querer de sus criados cuando los cuidan en sus enfermedades.

AMOS.—Deben mirar á sus criados como hermanos.

Deben mantenerlos, asistirlos en sus necesidades, y pagarlos con puntualidad.

Deben cuidar de su salvacion, corregirles y darles buen ejemplo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Facies quodcumque dixerint qui præsunt loco quem elegerit Dominus. Deut. xvii, 10.

Harás todo lo que te dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor.

Data est à Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra. Sap. vi, 4.

La potestad os la ha dado el Señor; del Altísimo teneis esa fuerza, el cual examinará vuestras obras.

Noli esse sicut leo in domo tua, evertens domesticos tuos, et opprimens subjectos tibi. Eccli. iv, 35.

No seas en tu casa como un leon, aterrando á tus domésticos, y oprimiendo á tus súbditos.

Qui occidit proximum suum, qui effundit sanguinem, et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt. Eccli. xxxiv, 26, 27.

Hermanos son *ó corren parejas* el que asesina á su prójimo, el que derrama la sangre, y el que defrauda el jornal al jornalero.

Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare. Id. xx, 28.

El Hijo del hombre no vino á ser servido, sino á servir.

Quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister. Matth. xx, 26.

Quien aspirare á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado.

Nemo potest duobus dominis servire. Luc. xvi, 13.

Nadie puede servir á dos amos.

Non est personarum acceptor Deus: sed in omni gente, qui timet eum, et operatur justitiam, aceptus est illi. Actor. x, 34, 35.

Dios no hace acepcion de personas, sino que en cualquiera nacion, el que le teme y obra bien merece su agrado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Qui enim in Domino vocatus est servus, libertus est Domini. I Corinth. VII, 22.

Pues aquel que siendo esclavo es llamado al servicio del Señor, se hace liberto del Señor.

Domini, quod justum est et æquum, servis præstate; scientes quod et vos Dominum habetis in cœlo. Coloss. IV, 1.

Amos, tratad á los siervos segun lo que dictan la justicia y la equidad; sabiendo que tambien vosotros teneis un Amo en el cielo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El santo Job es un modelo de amos justos y benéficos para con sus criados; pues, al recordarle sus amigos si en su vida pasada habia cometido alguna injusticia contra su prójimo, que pudiera ser causa de los males que estaba padeciendo, protestó de su inocencia; y respecto á sus servidores pronunció aquellas significativas palabras: *Si contempsi subire judicium cum servo meo, et ancilla mea, cum disceptarent adversum me.* Job. XXXI.

José, colocado en la dignidad mas alta despues del rey, fué vigilante, próvido, justo y benéfico con todos sus subordinados. Gen. XLI y XLII.

Si est tibi servus fidelis, sit tibi quasi anima tua. Eccli. XXXIII. Esta sentencia del Espíritu Santo la vemos confirmada en muchos lugares de la Escritura. Y nos demuestra, que un criado fiel es un tesoro, es como un ángel custodio, por cuyo ministerio Dios bendice á los amos, á sus familias y á sus bienes. Laban ve prosperar su hacienda mientras Jacob está á su servicio. Gen. XXIX. Putifar admira la prosperidad de su casa administrada por José. Gen. XXXVII. Nabucodonosor aparta de sí los castigos de Dios, así que Daniel es admitido entre sus domésticos, y vuelve á experimentar el enojo del Señor por no haber seguido los consejos del profeta. Dan. III y IV. Naaman siro debe su salud y su conversion á los consejos de su fiel criado. IV Reg. V.

En el cap. VIII de S. Mateo vemos al centurion, aunque gentil, cual modelo de amos piadosos y caritativos, implorando con inaudita fe y humildad la salud para uno de sus criados.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dicit Christus: non ideo christianus factus es, ut dedigneris servire: non feci de servis liberos, sed de malis servis bonos servos. August. in Psalm. LXXXIII.

Dice Cristo: no eres cristiano para que tengas á ménos el servir; pues no he tratado de libertar á los criados de la servidumbre, sino de convertir en siervos buenos los que eran malos.

Domini, domesticorum vestrorum salutem omni vigilantia procurate. Id. in serm. comm. serm. LI.

Amos, procurad con toda vigilancia la salvacion eterna de vuestros criados.

Nomen, et conditionem servitutis culpa genuit, non natura, et prima hujus subjectionis causa peccatum est. Id. lib. de vera innocent.

No fué la naturaleza, sino la culpa, la que introdujo el nombre y estado de servidumbre; pues el principal orígen de esta sujecion fué el pecado.

Melior ejus status est qui famulatur homini, quam qui servit suæ cupiditati. Id. ib.

Mucho mas feliz es la condicion del que sirve á un hombre, que la de aquel que sirve á sus depravados deseos.

Ipse de servo tuo exigit servitutem, et homo hominem parere tibi compellis; et non cognoscis miser Dominum tuum, cum sic exerceas ipse in hominem dominatum. Cypr. contr. Demetr.

El mismo (Dios) exige la sumision de tu criado; y tú, siendo hombre, obligas á otro hombre á que te obedezca en todo; y no obstante no quieres obedecer á tu Señor, al propio tiempo que dominas á tu prójimo.

Servis tamquam nobis ipsis utendum est. Isidor. Pelusiota.

Hemos de tratar á los criados como quisiéramos que se nos tratase á nosotros.

Quanta servorum illic corruptela, ubi dominorum tanta corruptio! morbido enim capite, nihil sanum est, neque ullum omnino membrum officio suo fungitur, ubi quod est principale non constat. Salvian. lib. VII. de Gubernat. Dei.

¡Cuántos abusos cometen los criados cuyos amos se entregan á la corrupcion! Porque una vez enferma la cabeza, nada queda sano; no hay miembro que desempeñe sus funciones cuando falta la cabeza.

Est hoc ad gloriam domini, si servos habeat gratos, et illum diligant servi. Chrisost. hom II, in epist. ad Philem.

El tener los siervos fieles y adictos á su amo, redunda en alabanza del mismo amo.

Admonendi sunt domini ut na-

A los amos se les ha de amo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turæ suæ, quo equaliter sunt cum servis suis conditi, memoriam non amittant. S. GREG. PASTORAL, PAR. III.

nestar, que no olviden nunca, que sus domésticos son hombres como ellos.

ANCIANIDAD.

Senectus enim venerabilis est: ætas senectatis vita inmaculata.

La vejez es venerable: es edad anciana la vida inmaculada.

(*Sab.* IV, 8.)

Respetables ancianos, hombres de tiempos que ya pasaron, vosotros habeis abierto paso á nacientes generaciones, y ya recogidos á la sombra de los árboles que habeis plantado con vuestras manos y habeis regado con vuestro sudor, podeis descansar honradamente. Los jóvenes que entran ahora en la escena del mundo, os recuerdan los dias de vuestra juventud. Si ya falta vigor á vuestros brazos, si ya no os asiste el aliento para las grandes empresas, en cambio hay debajo de vuestras canas el depósito de la sabiduría, y en vuestros labios teneis palabras de consejo. Son respetables vuestros pasos, y vuestra autoridad es la tutela de las familias. Y como al peso de sus tiernos frutos se encorvan las ramas, así vosotros os encorvais al cuidado de vuestros hijos y de vuestros nietos; y al extender la mano para bendecirlos, os asemejais al patriarca de la antigüedad, sois la imágen augusta de la divinidad. Todo es en vosotros respetable, vuestra tranquilidad de ánimo, la gravedad de vuestro porte, vuestra conversacion, vuestro cariño, vuestra mirada, y hasta vuestros achaques y enfermedades.

Mas si todas estas ventajas reune la ancianidad, ¿cómo se explica que haya tan escasa conformidad entre jóvenes y viejos? Fuisteis

jóvenes un dia, y los jóvenes vendrán á viejos, y de esta suerte se enlazan las generaciones humanas durante esta breve peregrinacion sobre la tierra. Mas por esto mismo es de temer, que se incurra en uno de dos escollos: O que los viejos, desconociendo su condicion, quieran conservar la ligereza de su juventud; ó que pretendan inducir á los jóvenes á envejecer para alternar con ellos en iguales condiciones de corazon é inteligencia. Por uno de estos dos motivos le vienen á vuestra edad fastidios, contradicciones y amarguras, y se niega á los viejos el tributo de veneracion y respeto, que su experiencia y sus desengaños se merecen.

Todo tiene su tiempo, como dijo Salomon. Para edificar y para destruir, para descansar y activarse, para sembrar y recoger, para hablar y guardar silencio, para la guerra y para la paz, para todo tiene su oportunidad el tiempo. Vuestra edad no es por lo tanto la edad de las ilusiones, sino de la cordura; no reclama indulgencia sino veneracion. Todo en vosotros ha de ser mesurado como lo es el tiempo de que podeis disponer; próximos á dejar la tierra, no podeis disponer sino de una breve parte de tiempo. La ancianidad es respetable; mas para que lo sea verdaderamente, debe la ancianidad andar muy mirada en ser cortés y grave, es decir, conviene que en su proceder no se revele la ligereza y la irreflexion de la juventud, y que su gravedad no degenere en un tono imperioso y altivo. Hé aquí el punto concreto de que voy á ocuparme. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Somos viejos, y ya las arrugas de nuestra frente deponen contra nosotros; somos viejos, y quien mas, quien ménos, estamos próximos al término de nuestras miserias. Sentimos la flojedad en las piernas, la debilidad en los brazos, y el peso de los años en nuestra espalda: nuestra voz se apaga, la vista se debilita, y la frialdad de la sangre se deja conocer en nuestras venas. El ímpetu y la fogosidad de nuestros años juveniles han desaparecido; aquel afan con que íbamos tras de los placeres, se ha calmado; hemos de ir dejando abandonadas todas las afecciones que mas nos habian interesado. La muger, los hijos, los parientes, los amigos, las riquezas, los honores, los placeres, árboles que hermoseaban el campo de nuestra vida, todo se va agostando, y no le sustituye sino el funeral ciprés.

Somos como un buque con velas destrozadas y mástiles caidos; abandonados á merced del viento que ha de conducirnos al puerto; y en esta situacion, ¿aun tendríamos pretensiones de desafiar los hor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turæ suæ, quo equaliter sunt cum servis suis conditi, memoriam non amittant. S. GREG. PASTORAL, PAR. III.

nestar, que no olviden nunca, que sus domésticos son hombres como ellos.

ANCIANIDAD.

Senectus enim venerabilis est: ætas senectatis vita inmaculata.

La vejez es venerable: es edad anciana la vida inmaculada.

(*Sab.* IV, 8.)

Respetables ancianos, hombres de tiempos que ya pasaron, vosotros habeis abierto paso á nacientes generaciones, y ya recogidos á la sombra de los árboles que habeis plantado con vuestras manos y habeis regado con vuestro sudor, podeis descansar honradamente. Los jóvenes que entran ahora en la escena del mundo, os recuerdan los dias de vuestra juventud. Si ya falta vigor á vuestros brazos, si ya no os asiste el aliento para las grandes empresas, en cambio hay debajo de vuestras canas el depósito de la sabiduría, y en vuestros labios teneis palabras de consejo. Son respetables vuestros pasos, y vuestra autoridad es la tutela de las familias. Y como al peso de sus tiernos frutos se encorvan las ramas, así vosotros os encorvais al cuidado de vuestros hijos y de vuestros nietos; y al extender la mano para bendecirlos, os asemejais al patriarca de la antigüedad, sois la imágen augusta de la divinidad. Todo es en vosotros respetable, vuestra tranquilidad de ánimo, la gravedad de vuestro porte, vuestra conversacion, vuestro cariño, vuestra mirada, y hasta vuestros achaques y enfermedades.

Mas si todas estas ventajas reune la ancianidad, ¿cómo se explica que haya tan escasa conformidad entre jóvenes y viejos? Fuisteis

jóvenes un dia, y los jóvenes vendrán á viejos, y de esta suerte se enlazan las generaciones humanas durante esta breve peregrinacion sobre la tierra. Mas por esto mismo es de temer, que se incurra en uno de dos escollos: O que los viejos, desconociendo su condicion, quieran conservar la ligereza de su juventud; ó que pretendan inducir á los jóvenes á envejecer para alternar con ellos en iguales condiciones de corazon é inteligencia. Por uno de estos dos motivos le vienen á vuestra edad fastidios, contradicciones y amarguras, y se niega á los viejos el tributo de veneracion y respeto, que su experiencia y sus desengaños se merecen.

Todo tiene su tiempo, como dijo Salomon. Para edificar y para destruir, para descansar y activarse, para sembrar y recoger, para hablar y guardar silencio, para la guerra y para la paz, para todo tiene su oportunidad el tiempo. Vuestra edad no es por lo tanto la edad de las ilusiones, sino de la cordura; no reclama indulgencia sino veneracion. Todo en vosotros ha de ser mesurado como lo es el tiempo de que podeis disponer; próximos á dejar la tierra, no podeis disponer sino de una breve parte de tiempo. La ancianidad es respetable; mas para que lo sea verdaderamente, debe la ancianidad andar muy mirada en ser cortés y grave, es decir, conviene que en su proceder no se revele la ligereza y la irreflexion de la juventud, y que su gravedad no degenere en un tono imperioso y altivo. Hé aquí el punto concreto de que voy á ocuparme. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Somos viejos, y ya las arrugas de nuestra frente deponen contra nosotros; somos viejos, y quien mas, quien ménos, estamos próximos al término de nuestras miserias. Sentimos la flojedad en las piernas, la debilidad en los brazos, y el peso de los años en nuestra espalda: nuestra voz se apaga, la vista se debilita, y la frialdad de la sangre se deja conocer en nuestras venas. El ímpetu y la fogosidad de nuestros años juveniles han desaparecido; aquel afan con que íbamos tras de los placeres, se ha calmado; hemos de ir dejando abandonadas todas las afecciones que mas nos habian interesado. La muger, los hijos, los parientes, los amigos, las riquezas, los honores, los placeres, árboles que hermoseaban el campo de nuestra vida, todo se va agostando, y no le sustituye sino el funeral ciprés.

Somos como un buque con velas destrozadas y mástiles caidos; abandonados á merced del viento que ha de conducirnos al puerto; y en esta situacion, ¿aun tendríamos pretensiones de desafiar los hor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rores de la tempestad? A pesar de lo inverosímil y de lo impropio de la edad, todavía hay viejos bastante locos para abandonarse á toda la destemplanza de la juventud. No son para vuestra edad los bailes, los teatros, los expléndidos banquetes, las conversaciones animadas y festivas, la agitacion contínua, el afan de las ambiciones y de las riquezas, las frivolidades, los caprichos, los bajos pensamientos, y las palabras vanas. Si en todo esto quereis rivalizar con la juventud, sereis objeto de escarnio y de burla. Si en los viejos no se encuentra la gravedad, ¿en dónde habrá esperanza de encontrarla? Si los que han de dar ejemplo de templanza y de mesura, y han de ser la enseñanza práctica de la virtud, no cuidan del comedimiento, ¿á quién se podrá exigir que sea comedido?

La ancianidad no es respetable por el número de los años que cuenta, sino por una conducta sin mancha. El Espíritu Santo nos enseña, que los bienes de la vida no se cuentan por su duracion, sino por el buen uso que se hace del tiempo. Triste y miserable cosa es, ver á un viejo de vacilante paso andar en pos de los placeres, ó invertir horas en la contemplacion de las riquezas, que satisfacen á su avaricia: ¿es este el fruto que habeis de sacar de vuestra experiencia? Andais en busca de un fantasma, que se os escapa constantemente de la mano. Ya el Eclesiástico XXV, 4, nos enseñó, que Dios mira con aversion tres clases de hombres, los pobres orgullosos, los ricos inveraces, y los viejos fátuos y locos.

¿Y que diré de aquellos, que, no satisfechos con dar perversos ejemplos, se esfuerzan en pervertir á los jóvenes é inocentes con doctrinas profanas, con chistes indecentes y malignas sugestiones? ¿Cómo podrán reparar el mal que causan á sus hermanos, puesto que la inocencia es el tesoro mas precioso, y haciéndola perder á sus semejantes, les privan hasta de consuelo en la tribulacion, y de esperanza en la muerte? ¡Oh vosotros, que por vuestra edad sois como maestros de escándalo! considerad seriamente cuan grave daño ocasionais á los jóvenes y á los pequeñuelos. Vosotros como viento abrasador destruís las viñas cuando brotan, y los racimos que están en cierne. No olvideis, empero, que, como dice un Profeta, «sembrais vientos, y recogereis torbellinos.» OSEAS. VIII, 7. «Forzoso es, dice Jesucristo, que haya escándalos; ¡ay empero de aquel hombre que causa el escándalo! mejor le seria que le colgasen del cuello una piedra de molino, y asi fuese sumergido en el profundo del mar. Si, pues, tu mano ó tu pié te es ocasion de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de ti; porque mas te vale entrar en la vida eterna manco ó cojo, que con dos manos ó dos piés ser precipitado al fuego eterno.»

MATTH. XVIII, 6 *y sig.* Mirad, por consiguiente, que no escandalizeis ni arrastreis al pecado á alguno de los jóvenes ó de los pequeñitos; «porque sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara del Padre celestial, y no es su voluntad el que perezca uno solo de estos pequeñuelos.» IBID. X y XIV.»

Dirigiéndome ahora á los que no cometen semejantes excesos, pero que se quejan siempre de la ancianidad porque lleva consigo muchos cuidados, fastidios, incomodidades, les diré, que cada edad tiene sus bienes y sus males, sus privaciones y sus ventajas, sus deberes y sus propios méritos. Este es el órden establecido por la Providencia, órden admirable, del cual resulta la variedad, la armonía y la hermosura del mundo moral. Los placeres ardientes no son para los ancianos, es cierto; pero no lo es ménos, que éstos tampoco sufren los tormentos, que de ordinario llevan consigo los deseos vivos y violentos, y las ilusiones mentirosas, ó aquellas falsas imágenes, que no dan nunca la felicidad que prometen. Cansancio extraordinario, contiendas peligrosas, vanidad nunca satisfecha, ved ahí los frutos de la vida agitada y turbulenta que lleva por lo comun la juventud. Las ardorosas empresas de la juventud, sus diversiones deslumbradoras, sus placeres llenos de atractivos, rara vez impiden que sucumba bajo el peso de su propia miseria, y que no suspiren para llegar á los años de la calma y del descanso. Considerémoslo bien, y nos convenceremos de que ninguna edad es absolutamente infeliz, como ninguna goza del privilegio de una felicidad completa; y respetando el órden esencial, no pidamos nunca á una estacion los frutos propios de otra, no pidamos al invierno las flores de la primavera. Los dias del hombre, así como tienen una aurora y un medio dia, debian tener su tarde y su noche. A cada edad le están señaladas sus pruebas; y así como el jóven está obligado á resistir á las impetuosas sugestiones del placer, así el anciano debe soportar con santa resignacion las privaciones y los achaques de la vejez. Las pasiones que en otro tiempo turbaban su paz, se han calmado: las pretensiones insolentes que martirizaban su amor propio, han cesado de atormentarle: las aflicciones que destrozaban el corazon, no han dejado en él vestigio alguno de los males pasados: sus esperanzas iban siempre acompañadas de afanes, y con frecuencia eran atormentadas por el temor: ahora, llegados al término de sus trabajos, sus penas son ménos amargas; estando para entrar en el puerto, disfrutan de mayor tranquilidad.

Estas son las consoladoras meditaciones á que debeis entregaros segun la prudencia humana; la religion, empero, os exhorta á pen-

sar de un modo mas sublime, y á comparar, cuando se trata del mérito de las cosas, lo presente con lo futuro, lo temporal con lo eterno. Quiere, que prescindiendo de las vanidades de la tierra, ameis, cual conviene, los bienes que no causarán nunca disgusto, bienes cuyo precio no disminuye con la edad, bienes «que ni el orin, ni la polilla consumen, y que los ladrones no desentierran, ni roban, Matth. vi, 20; bienes, en fin, útiles y necesarios á todas las edades, pero que son de un modo especial propios de la ancianidad. El lucro de otros bienes debeis considerarlo como una verdadera pérdida; la sola virtud es para vosotros una ganancia segura é inmortal. Por desgracia habeis esperado demasiado tarde á adquirir este tesoro; avergonzaos, pues, de vuestra conducta; y puesto que vuestro cuerpo amenaza ruina, y no puede tardar en disolverse, esforzaos á edificar el hombre espiritual, el hombre digno de respeto, el hombre segun el corazon de Dios. No hay tiempo que perder: los instantes son preciosos; ¡desventurado del que los pierda miserablemente! La muerte está á punto de descargar sobre vosotros el golpe fatal; procurad, pues, poner en salvo la vida del alma. Os hallais al término de una carrera y al principio de otra: el paso es peligroso, y sus consecuencias incalculables. ¿Y tendreis valor para arrojaros, sin reflexion alguna, en el precipicio? No puedo persuadírmelo; y la eternidad, hácia la cual caminais apresuradamente, sin duda os inspira otros pensamientos.

2. La experiencia es madre de la ciencia; da cierta autoridad á las palabras de los ancianos, y pone el sello á sus consejos. Los ancianos han visto, que la escena ó apariencia de este mundo pasa en un momento; que las estaciones y las edades desaparecen repentinamente; que las pasiones agitan el mar de la vida, en cuyas alborotadas olas son muchos los que perecen, pocos los que con grandes trabajos se salvan en algun islote, y nadie llega á la playa sin gravísimos peligros: han visto, que algunos pobres han llegado en poco tiempo á ser ricos; pero que han perdido cuanto tenian en ménos tiempo que lo habian adquirido; han visto, que al placer sucede el dolor, y á la alegría las lágrimas; que nada hay de firme, sólido y permanente en este mundo; que todo es miseria y vanidad. Instruidos con tantos ejemplos, tienen derecho para corregir á los jóvenes, que por falta de experiencia se hallan expuestos á mil peligros; y por lo tanto, están éstos obligados á escucharlos con sumision y respeto. Venerables ancianos, procurad con toda solicitud la salvacion de los jóvenes; os lo piden la sociedad y la religion, recordándoos, que la ancianidad es como una augusta magistratura

instituida por la Providencia, la cual al mismo tiempo que procura el bien ajeno, trabaja en su perfeccion propia. Todas vuestras palabras, todos vuestros consejos, todas vuestras reprensiones sean inspiradas por el celo de la salvacion de los jóvenes; y este celo sea siempre dirigido y templado por la compasion y la dulzura. Un poeta antiguo dijo con mucha gracia y propiedad, que los bordes del vaso que se entregan al niño enfermo, han de bañarse con un licor dulce y agradable, para que de esta suerte beba la pócima amarga y saludable que hay en el fondo. Las palabras amables y dulces penetran mas en el corazon, que las palabras duras y amargas. Guardaos, pues, de una severidad importuna; todos vuestros consejos, todas vuestras correcciones sean inspiradas por el amor; y no dudeis, que un amor generoso obligará á los jóvenes á escucharos con placer, y á mostrarse dóciles y obedientes.

Con esta precaucion, vuestra edad será respetada, vuestros consejos serán provechosos, vuestras canas venerables y vuestra memoria se conservará en bendicion. Y nosotros, diremos al jóven insolente, que se atreva á sentarse en vuestra presencia: «Ante la cabeza llena de canas ponte en pié, y honra la persona del anciano.» Levit. xix, 32. «No menosprecies lo que contaren los ancianos; antes bien házte familiar á sus máximas; porque de ellos aprenderás sabiduría y documentos de prudencia. No dejes de oir lo que cuentan los ancianos, porque ellos lo aprendieron de sus padres.» Eccles. viii, 9. Honra al anciano, y teme á Dios; y no olvides, que el reino de tu fuerza, el reino de tu hermosura, es un reino que solo dura un dia. Dobla tu frente, y respeta al anciano; pues que está ya cerca de su último fin.

¡Oh jóvenes! vosotros no reflexionais en los innumerables beneficios que habeis recibido de vuestros mayores, á quienes debeis gratitud y reverencia. Son ellos los que edificaron vuestras casas, desmontaron vuestros campos, y con su industria y comercio os procuraron lo necesario para la vida y los bienes de que disfrutais; y vosotros ¡ingratos! pasais con la mayor indiferencia por delante de ellos, y no os compadeceis de sus achaques y dolencias. Miéntras vosotros, llenos de vanidad y de orgullo, subís á la cima de la montaña que divide el camino de nuestra vida, ellos cansados y llenos de temor la bajan por la parte opuesta; al paso que para vosotros el horizonte se dilata é ilumina, para ellos va circunscribiéndose, y oscureciéndose; ¿y no es justo que tengais de la flaca y débil ancianidad el mismo cuidado, que los ancianos tuvieron de vuestra débil y flaca infancia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3. Cuantas veces leo las historias de los antiguos patriarcas, mi espíritu se regocija, mi corazon se enternece. Vivian dilatados años aquellos padres venerables, y veian con placer como á sus plantas crecian y prosperaban los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Vivian bajo tiendas, pasando con sus rebaños de un lugar á otro; una piedra ó un nombre transmitia á la posteridad la memoria de sus hechos mas importantes; un pozo, un árbol, les recordaba lo que hicieron sus mayores: sus fiestas eran memorables por su sencillez y por la inocencia con que las celebraban: sus cánticos eran alabanzas al Señor: sus conversaciones consistian en referir palabras y explicar enigmas. Verdaderamente era aquella la edad de oro; pero lo que mas me sorprende es la veneracion profunda con que miraban y trataban á sus mayores. Los ancianos eran los príncipes de las familias y de las tribus; eran los sacerdotes de la religion en todos sus actos, lo mismo públicos que domésticos; eran los maestros de la virtud; ellos ordenaban donde habian de detenerse y cuando habian de marchar; ellos señalaban á cada uno lo que habia de hacer y en que debia ocuparse: recibian las promesas y los juramentos; decidian los pleitos y terminaban las querellas: hospedaban á los peregrinos, disponian los banquetes; antes de morir bendecian á sus hijos y nietos; y, alumbrados por una luz superior, les anunciaban sus futuros destinos. ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! ¡Qué distantes estamos nosotros de un tenor de vida tan bello y sencillo! ¿Dónde se ven ahora aquellos ejemplos de sumision y de piedad, que con tanto placer recordamos?

En nuestros dias, una parte considerable de la juventud se gloria de haber sacudido el yugo de la sumision y del respeto; mófanse de la ancianidad, víctima, segun ellos, de mil fábulas y preocupaciones. ¿Trata uno de contraer matrimonio? No le hableis de consultarlo con hombres de larga experiencia: un anciano lleno de preocupaciones, os dirá, no puede ser buen consejero. Aquel otro no sabe resolverse; por una parte le gusta la profesion de las armas, por otro se siente inclinado á la toga: decidle que lo consulte con hombres experimentados. ¿Consultaré á los ancianos, os preguntará, con desden? Son gente preocupada; hombres tímidos y cabilosos, que no saben mas que alabar lo pasado y criticar lo presente. Así habla una considerable parte de jóvenes; y entretanto solo vemos perfidias entre amantes, escandalosos divorcios, disensiones domésticas, ruinas de patrimonios, traiciones entre amigos, engaños y bancarrotas en el comercio: en una palabra, no vemos sino libertinaje en las

ideas, corrupcion en los sentimientos, y profanacion de todos los deberes naturales y sociales.

¡Jóvenes insolentes! vosotros despreciais á los ancianos; pues no lo olvideis, si el Señor os concede llegar á la edad madura, la nueva generacion os tratará como vosotros tratais á vuestros mayores. Y vosotros, venerables ancianos, no desconfieis; vuestra conducta será recompensada. El Señor os abre los brazos de su bondad, y os tiene preparado el premio debido á vuestras fatigas y á vuestra paciencia. Vuestras fuerzas van debilitándose, pero Dios cuida tiernamente de vosotros. No temais por vuestros hijos, el Señor les alimentará; no os desconsoleis al pensar que tal vez no tardarán vuestras esposas en quedar viudas; el Señor sabrá consolarlas. Vosotros sereis conducidos al sepulcro como el grano es llevado al granero; la muerte no será para vosotros el término sino la renovacion de la vida. El cuerpo corruptible, esta casa terrestre que habitais será destruida; pero Dios os «dará en el cielo otra casa, una casa hecha no de mano de hombre, y que durará eternamente.» II Corint. v, 1. Habeis combatido con valor, habeis guardado la fe; al concluir vuestra carrera Dios os adornará con un manto de justicia y os pondrá en posesion del reino inmortal de la gloria.

ÁNGELES.

Spiritus in ministerium missi propter eos, qui hæreditatem capiunt salutis.

Espíritus que hacen el oficio de servidores en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud.

(*Hebr.* I, 14.)

La primera obra que salió de las manos del Criador, segun el símbolo de los Apóstoles, fué el cielo: «Dios criador del cielo.» No es necesario, empero, hermanos mios, entender solamente, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3. Cuantas veces leo las historias de los antiguos patriarcas, mi espíritu se regocija, mi corazon se enternece. Vivian dilatados años aquellos padres venerables, y veian con placer como á sus plantas crecian y prosperaban los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Vivian bajo tiendas, pasando con sus rebaños de un lugar á otro; una piedra ó un nombre transmitia á la posteridad la memoria de sus hechos mas importantes; un pozo, un árbol, les recordaba lo que hicieron sus mayores: sus fiestas eran memorables por su sencillez y por la inocencia con que las celebraban: sus cánticos eran alabanzas al Señor: sus conversaciones consistian en referir palabras y explicar enigmas. Verdaderamente era aquella la edad de oro; pero lo que mas me sorprende es la veneracion profunda con que miraban y trataban á sus mayores. Los ancianos eran los príncipes de las familias y de las tribus; eran los sacerdotes de la religion en todos sus actos, lo mismo públicos que domésticos; eran los maestros de la virtud; ellos ordenaban donde habian de detenerse y cuando habian de marchar; ellos señalaban á cada uno lo que habia de hacer y en que debia ocuparse: recibian las promesas y los juramentos; decidian los pleitos y terminaban las querellas: hospedaban á los peregrinos, disponian los banquetes; antes de morir bendecian á sus hijos y nietos; y, alumbrados por una luz superior, les anunciaban sus futuros destinos. ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! ¡Qué distantes estamos nosotros de un tenor de vida tan bello y sencillo! ¿Dónde se ven ahora aquellos ejemplos de sumision y de piedad, que con tanto placer recordamos?

En nuestros dias, una parte considerable de la juventud se gloria de haber sacudido el yugo de la sumision y del respeto; mófanse de la ancianidad, víctima, segun ellos, de mil fábulas y preocupaciones. ¿Trata uno de contraer matrimonio? No le hableis de consultarlo con hombres de larga experiencia: un anciano lleno de preocupaciones, os dirá, no puede ser buen consejero. Aquel otro no sabe resolverse; por una parte le gusta la profesion de las armas, por otro se siente inclinado á la toga: decidle que lo consulte con hombres experimentados. ¿Consultaré á los ancianos, os preguntará, con desden? Son gente preocupada; hombres tímidos y cabilosos, que no saben mas que alabar lo pasado y criticar lo presente. Así habla una considerable parte de jóvenes; y entretanto solo vemos perfidias entre amantes, escandalosos divorcios, disensiones domésticas, ruinas de patrimonios, traiciones entre amigos, engaños y bancarrotas en el comercio: en una palabra, no vemos sino libertinaje en las

ideas, corrupcion en los sentimientos, y profanacion de todos los deberes naturales y sociales.

¡Jóvenes insolentes! vosotros despreciais á los ancianos; pues no lo olvideis, si el Señor os concede llegar á la edad madura, la nueva generacion os tratará como vosotros tratais á vuestros mayores. Y vosotros, venerables ancianos, no desconfieis; vuestra conducta será recompensada. El Señor os abre los brazos de su bondad, y os tiene preparado el premio debido á vuestras fatigas y á vuestra paciencia. Vuestras fuerzas van debilitándose, pero Dios cuida tiernamente de vosotros. No temais por vuestros hijos, el Señor les alimentará; no os desconsoleis al pensar que tal vez no tardarán vuestras esposas en quedar viudas; el Señor sabrá consolarlas. Vosotros sereis conducidos al sepulcro como el grano es llevado al granero; la muerte no será para vosotros el término sino la renovacion de la vida. El cuerpo corruptible, esta casa terrestre que habitais será destruida; pero Dios os «dará en el cielo otra casa, una casa hecha no de mano de hombre, y que durará eternamente.» II Corint. v, 1. Habeis combatido con valor, habeis guardado la fe; al concluir vuestra carrera Dios os adornará con un manto de justicia y os pondrá en posesion del reino inmortal de la gloria.

ÁNGELES.

Spiritus in ministerium missi propter eos, qui hæreditatem capiunt salutis.

Espíritus que hacen el oficio de servidores en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud.

(*Hebr.* I, 14.)

La primera obra que salió de las manos del Criador, segun el símbolo de los Apóstoles, fué el cielo: «Dios criador del cielo.» No es necesario, empero, hermanos mios, entender solamente, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esa palabra, el cielo visible, cuya majestad pregona la gloria de Dios, sino, que significa tambien el cielo invisible, mansion de los elegidos, donde Dios premiará con la felicidad á todos aquellos que fielmente le habrán servido; y ademas los séres sublimes, puramente espirituales, que Dios crió para que fueran los primeros moradores de su paraiso. A estos seres se les llama ángeles, esto es, mensajeros, porque están destinados á ser los mensajeros de Dios, encargados de ejecutar en todas partes las órdenes de su providencia. De los ángeles me ocuparé en el presente discurso; quiero hablaros de su naturaleza, de su mision y del culto que debemos tributarles. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los ángeles son espíritus puros, que no están en manera alguna sujetos, como nosotros, á un cuerpo. Es verdad, que se han aparecido frecuentemente á los hombres, bajo una forma corpórea; pero no era, hermanos mios, un cuerpo real, sino aparente para impresionar la vista, y hacer que se oyeran las palabras que, por encargo de Dios, anunciaban al mundo. Aquellos cuerpos, que aparentemente tomaban los ángeles, tenian todo el aspecto de la juventud, porque nada envejece en el cielo, que es una fresca hermosura, siempre nueva, rebosando felicidad y gozo. Aparecianse á menudo con alas, y así los representan los pintores, para indicar la presteza y júbilo con que ejecutan los mandatos que Dios les confia. Aparécense con ornamentos blancos para significar su inocencia y su gloria. Así que todo esto, hermanos mios, son figuras alegóricas para instruirnos, pero no realidades. Los ángeles son espíritus dotados de una inteligencia incomparablemente superior á la nuestra; conocen á Dios, sus perfecciones, todas las obras de la creacion; ven, de un solo golpe de vista, lo que no podemos nosotros descubrir sino á fuerza de estudio y de raciocinio; los efectos y sus causas; y á menudo conjeturan acertadamente, pero no siempre de un modo cierto, los acontecimientos futuros, dependientes del libre albedrío de los hombres. Solo Dios conoce lo que debe suceder en virtud del libre albedrío humano. Ni conocen lo que pasa en el corazon del hombre, porque Dios se reservó ese secreto. Siendo los ángeles de una naturaleza tan superior á la nuestra por la inteligencia, nos exceden de un modo incomparable en la fuerza. La Sagrada Escritura nos representa á un ángel solo destruyendo todo el ejército de Senaquerib ante los muros de Jerusalen; nos representa otro, cogiendo al profeta Habacuch por los cabellos de su cabeza, y llevándole de la Judea á Babilonia para traer á Daniel,

en el lago de los leones, el alimento que necesitaba. Los ángeles, pues, tienen una fuerza incomparable, una agilidad maravillosa, y van, como el relámpago, de uno á otro extremo del mundo.

Dios los crió antes que la materia, y en número indecible, porque juzgó digno de su majestad, que le rodearan esas legiones de espíritus bienaventurados. Dícenos la Sagrada Escritura, que se manifiesta la grandeza de un rey por la multitud de su pueblo, de sus soldados y cortesanos; de la misma manera se revela la majestad de Dios por esos millones de millones de espíritus celestiales, destinados á rodear su trono, á cantar sus alabanzas, y á ejecutar sus órdenes en todas partes. ¡Oh! qué bello espectáculo se nos ofrecerá, hermanos mios, cuando entraremos en el cielo, y nos veremos en medio de todos aquellos ángeles tan magníficos, tan numerosos, cantando las alabanzas de Dios! ¡Oh! comprenderemos que Dios atendió perfectamente á su gloria criando, primero que la materia, estas legiones de espíritus celestiales. Y no reina el menor desórden, la mas mínima confusion, sino el órden mas perfecto en todos esos ejércitos de Dios. Hállanse divididas en tres gerarquías todas esas legiones celestiales. La primera gerarquía contiene los Serafines, Querubines y Tronos: consiste su mision en honrar á Dios en sí mismo, segun su majestad. La segunda gerarquía, compuesta de las Dominaciones, de las Virtudes y de las Potestades, tiene por mision el honrar á Dios, segun su soberano dominio, sobre la creacion; y la tercera gerarquía, compuesta de los Principados, de los Arcángeles y de los Ángeles, tiene por mision el servir la providencia de Dios, segun su accion en el mundo.

2. Despues que los ángeles fueron criados, cada gerarquía con su destino propio, no fueron en seguida admitidos á la vision divina, á la felicidad del paraíso; porque el paraíso es una recompensa, y es necesario merecerla. Los ángeles fueron, como nosotros, sometidos á una prueba. ¿Y que exijió Dios de ellos para que merecieran la dicha de ser admitidos á la vision intuitiva, la dicha de sumerjirse en la felicidad y el mismo gozo de Dios? Los doctores de la Iglesia nos enseñan, que, para salvarse, debieron los ángeles practicar las mismas virtudes que deben salvarnos á nosotros, la fe, la esperanza, la caridad, la religion, la inocencia, la humildad, la obediencia.

Debieron vivir ejercitando la fe, porque la fe es el primer homenaje de que está Dios mas celoso. Dios quiere, ante todo, que su criatura, sea cual fuere, rinda homenaje á su veracidad infinita, y que ante su soberana verdad humille su entendimiento, por mas que no comprenda las cosas que le enseña. Pero, para que los ángeles

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudieran practicar esta virtud, era indispensable que Dios les hiciera una revelacion. Dios les reveló los principales misterios, cuya fe debe salvarnos á nosotros mismos; revelóles, que él era un solo Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; revelóles, que criaria hombres compuestos de un espíritu y de un cuerpo, y que tendrian que ayudarles para que se salváran; revelóles, que su Hijo tomaria, no una naturaleza angélica, sino la humana, y que ese adorable Hombre-Dios seria su Rey, su Dueño y su Señor, á quien deberian adorar, amar y servir; revelóles, que, despues de la prueba á la que estaban sometidos, vendria una recompensa infinita para los que triunfáran de ella, y castigos espantosos para los que sucumbieran. Fueron, pues, obligados los ángeles, á admitir dichas verdades sin comprenderlas, á creerlas, como nosotros, por la palabra de Dios.

Tambien estuvieron, como nosotros, obligados á desear la vision y posesion de Dios, y á esperar de su bondad infinita que les concediera la gracia para alcanzar la felicidad eterna.

Como nosotros se vieron obligados á amar á Dios en sí mismo, segun sus perfecciones infinitas, á complacerse en su bondad inefable, y entregársele enteramente para amarle y servirle; como nosotros se vieron obligados á honrar á Dios por la virtud de religion, á humillarse ante su grandeza infinita, á ofrecérsele, para no vivir ni respirar sino para él.

Como nosotros se vieron obligados á practicar la humildad, á reconocer la dependencia soberana de Dios, á no menospreciar los ángeles superiores á los inferiores, á respetarlos, y éstos á no envidiar á aquéllos.

Como nosotros, finalmente, tuvieron que someter su voluntad á la de Dios, y á humillarse ante el Hombre-Dios cuya futura existencia les habia sido revelada.

Hé aquí las condiciones á que se sujetó la salvacion de los ángeles.

3. Lucifer no quiso consentir en esas condiciones. Embriagado del amor de sí mismo, de la idea de las perfecciones con que Dios le habia adornado, se rebeló contra las condiciones propuestas por Dios. El ejemplo de Lucifer arrastró un gran número de ellos en su perdicion; ¡que tan contagioso es el mal ejemplo, y tan funestas las malas compañías! Hé aquí, pues, que estalla la rebelion entre los ángeles; y manifiéstase entónces san Miguel, que abate todas aquellas legiones de sublevados al grito de: *¿Quién como Dios?* ¿quién es grande como Dios? ¿quién puede compararse á Dios? ¿quién no debe humillarse ante Dios? *¿Quis ut Deus?* Dios arrojó para siempre á todas aquellas legiones rebeladas al fondo de los infiernos.

¿Qué han hecho desde entónces esos espíritus rebeldes contra Dios? Se han ocupado en tentarnos para hacernos participantes de su perdicion. Tientan á los hombres viciosos, haciéndoles olvidar la muerte y la vida futura. Tientan á las almas piadosas, ilusionándolas, y para engañarlas mas facilmente, se transforman en ángeles de luz. Procuran perdernos por medio de los atractivos del placer, de la gloria, de la fortuna, que presentan como la dicha suprema; como tambien por medio del terror, de los respetos humanos, de las violencias, que seria menester hacernos, para salvarnos; por medio de las representaciones vanas, ó peligrosas, de que llenan nuestra imaginacion; y de las mismas personas que nos rodean, de las cuales, las unas nos exasperan por sus malos tratos é injusticias, y las otras nos pervierten por sus agasajos y lisonjas, por sus palabras pérfidamente dulces y amistosas. De esta manera trabajan los demonios para perdernos. Y si Dios lo permite, es porque sabe que nos es útil que seamos tentados, pues no hay virtud sólida sino ha sufrido la prueba de la tentacion; y porque las tentaciones vencidas nos proporcionan un grado de gloria y de felicidad mayor para toda la eternidad, por lo mismo que esas tentaciones nos acostumbran á la humildad, nos enseñan cual es nuestra flaqueza, y la necesidad que tenemos de acudir á Dios por medio de la oracion.

Penetremos, hermanos mios, en los designios divinos, y acordémonos, de que todos los demonios juntos son impotentes contra nosotros, si queremos oponerles resistencia, y que no pueden tener entrada en nuestra alma sino por la puerta de nuestra voluntad. Tengámosla cerrada, y serán nulos sus esfuerzos contra nosotros.

Miéntras, empero, que todos los ángeles malos ejercen en la tierra ese horrible ministerio, los ángeles buenos ejercen un ministerio muy distinto, y cuya meditacion es propia para mover y edificar nuestros corazones.

Para explicaros, hermanos mios, el ministerio que ejercen estos ángeles, recordemos lo que llevamos ya dicho: que hay tres gerarquías entre los ángeles. La mision de la primera es honrar á Dios en sí mismo. Dios se conoce; conociéndose, se ama; amándose, se complace en sí mismo, y halla su suprema felicidad en la infinita plenitud de su excelencia. Los Serafines, hermanos mios, son los que tienen la mision de honrar, de representar en ellos ese amor de Dios. ¡Ah! qué bello espectáculo el de esos serafines, ocupados en honrar el amor infinito de Dios, en consumirse de amor por Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que es todo amor! ¡Oh! qué bella mision la que recibieron esos espíritus celestiales, que no se ocupan sino en amar á Dios, en adorar ese amor, alabarlo, bendecirlo, ensalzarlo, y representarlo despues en ellos, amando á ese Dios infinitamente bueno, infinitamente agraciado con toda la fuerza de su corazon! Hé aquí, hermanos mios, la mision de los serafines.

Roguémosles encarecidamente á esos serafines, que hagan descender sobre nuestros corazones alguna chispa de la llama que les consume, y seamos devotos suyos para alcanzar este amor. Al propio tiempo que los serafines cumplen su mision de honrar el amor de Dios, los Querubines cumplen otra mision: la de honrar el conocimiento infinito que Dios tiene de sí mismo y de sus perfecciones infinitas. Y aquí, hermanos mios, no hay interpretaciones arbitrarias. Hablándonos el Espíritu Santo de un coro de ángeles que se llaman luces, nos dice, que, ilustrados por una luz particular, honran en Dios ese conocimiento infinito que Dios tiene de sí mismo, esa verdad soberana que existe en Dios. Son, pues, los querubines unos ángeles ilustrados por la luz divina, que estudian en Dios sus bellezas, sus perfecciones infinitas, progresando á cada instante en dicho conocimiento. Porque en Dios, por lo mismo que es infinitamente perfecto, hay siempre mucho por conocer, nuevas bellezas por descubrir, perfecciones mas maravillosas para admirar. Y hé aquí la pasmosa ocupacion de los querubines. ¡Oh! roguémosles encarecidamente que nos alcancen un rayo de luz, que ilustre nuestra inteligencia acerca de las bellezas de Dios y de sus perfecciones infinitas. ¡Ay, hermanos mios! nosotros no conocemos á Dios, vivimos aquí entre tinieblas. Dichosos querubines; ¡ah! vosotros le veis claramente, le veis de cerca, penetrais mas profundamente que todos los demas ángeles en sus infinitas perfecciones; haced, que desciendan sobre nosotros algunos rayos que nos iluminen, que nos permitan ver cuan bueno y bondadoso es, para que, conociéndole mas, le amemos y sirvamos con mas perfeccion.

Finalmente, hermanos mios, despues de los Serafines y Querubines, queda otra clase de ángeles, que son los Tronos. Conociéndose Dios y amándose, encuentra en ello su reposo, su dicha; no necesita de otro sér alguno para ser dichoso, porque encuentra en sí mismo su dicha perfecta. Ahora bien; ¿qué significa el nombre de tronos, sino el sitio, el lugar dónde descansa el soberano? No imaginemos en Dios un trono material, como el trono en que descansa el hombre, porque todo es espiritual en Dios; sino que su reposo es la complacencia que tiene en sí mismo, y en sus infinitas perfecciones. Pues bien, los Tronos son los que están ocupados en adorar, honrar esta complacencia infinita. Tambien se complacen ellos en Dios; Dios descansa en ellos y ellos en Dios. ¡Oh! permita el cielo, que nosotros participemos de la mision de dichos Tronos, que nuestros corazones se conviertan en tronos de Dios, el lugar dónde repose Dios, dónde se complazca, y que nosotros nos complazcamos tambien en Dios, que no conozcamos ya otra felicidad que el descansar en Dios, con todos nuestros afectos, y todo nuestro corazon. Hé aquí, hermanos mios, el magnífico y sublime ministerio de la primera gerarquía: honrar á Dios en sí mismo.

El ministerio de la segunda gerarquía, es honrar á Dios en su soberano dominio sobre la creacion. El primer coro de dicha gerarquía lo forman las Dominaciones. Ese nombre, dado por el Espíritu Santo al coro de los ángeles, significa, que tienen la mision de honrar á Dios como soberano Señor, el dueño ante quien todo debe humillarse y anonadarse; que ellos mismos deben representar tambien el dominio de Dios, y ejercerlo sobre los ángeles inferiores, y sobre todas las criaturas. Tiéneles tambien encargado Dios que trasmitan á los ángeles inferiores sus órdenes. Y con esto nos enseñan, hermanos mios, que los que son dueños y señores en la tierra, deben, ante todo, honrar á Dios como el primer Dueño y Señor, y deben trabajar, como las Dominaciones, para hacerle honrar, hacer que se respeten todas sus leyes, todas sus órdenes. Al propio tiempo, empero, que las Dominaciones honran al soberano dominio de Dios, ese dominio ejerce su accion por una fuerza omnipotente, á la que nada se resiste, y al propio tiempo, por un poder que tiene la virtud de combatir todo cuanto se le opone. Esta fuerza por la que ejerce Dios su accion en el mundo, por la que lo conserva, y lo dispone todo á su voluntad, es, hermanos mios, la perfeccion que las Virtudes tienen la mision de honrar en Dios. El nombre de virtud significa fuerza, energía. Pues bien! los espíritus celestiales, designados bajo el nombre de Virtudes, tienen esa mision de honrar en Dios la fuerza omnipotente, por la cual conserva el mundo, obra milagros, detiene el sol en su carrera, hace retroceder los rios hácia su orígen, y abre en medio de los mares un paso á pié enjuto. Invoquemos, pues, dichas Virtudes, para vencer las tentaciones. Roguémoselo, y ellos acudirán en nuestro auxilio, haciéndonos fuertes contra todas las legiones infernales desencadenadas para combatirnos.

Por último, miéntras que las Virtudes ejercen la fuerza de Dios en la tierra, hay un tercer coro de ángeles, que son las Potestades, cuya mision es combatir cuanto se opone á la accion de Dios en la

tierra, todos los esfuerzos del demonio, que quisiera arruinar la obra de Dios en este mundo y perder las almas. Las Potestades honran el supremo é incomparable poder de Dios, Señor y Dueño.

Sigue la tercera gerarquía encargada de honrar y servir la accion de la Providencia en el mundo. Los Principados constituyen el primer coro de esa gerarquía; su mision consiste en ejercer la accion de la Providencia sobre los reinos y los imperios. Esos Principados son los que levantan ó derriban los tronos, segun los designios de la Providencia, y velan por la ejecucion de todos los designios de Dios acerca de las naciones, las provincias, las parroquias.

Vienen despues los Arcángeles encargados de velar sobre los que gobiernan en la tierra. Luego vienen los Angeles encargados de ejercer la accion de la Providencia sobre los inferiores. Es indudable, que Dios no necesita de estos ángeles para hacer cuanto llevamos dicho; pero estimó digno de su majestad no hacerlo todo por sí mismo, y tener poderosos ministros que ejecutáran sus designios. A la manera que un potentado de la tierra envia sus ejércitos y sus generales, revestidos de su poder para que ejecuten sus órdenes en todos los puntos de su reino, así Dios, desde lo alto del cielo, envia á sus ángeles para que ejecuten todos sus designios en la tierra.

Aquí teneis, hermanos mios, el glorioso ministerio que desempeñan los ángeles.

Solo nos falta ahora saber, que culto se debe á los ángeles. Hay un culto general que se debe á todos los ángeles, y otro especial debido á algunos.

4. Consiste el culto comun, debido á todos los ángeles, en honrarles, estimarles, amarles; en respetar á esos ángeles, que velan por el bienestar de cada uno, porque cada uno de nosotros tiene, aquí en la tierra, su ángel custodio. Hay, pues, aquí, una asamblea de ángeles custodios tan numerosa como vosotros mismos. Salid por las calles, y en cada hombre que veais, respetad al ángel que está á su lado. Respetad al ángel de las regiones aéreas, que regula y gobierna las estaciones y las tempestades; respetad al ángel de las aguas, que preside á ese elemento tan necesario al hombre. Todo, en la creacion, está presidido por un ángel; Dios ejerce toda su accion, en los cielos y en la tierra por el ministerio de los ángeles. Ya que por todas partes estamos rodeados de ángeles, ¿no es justo, hermanos mios, que les honremos, saludemos, amemos y les tributemos homenaje y respeto? En esto consiste, hermanos mios, nuestro primer deber; y el segundo, en darles las gracias por los servicios que nos prestan. Todos los bienes, que Dios nos dispensa, son un beneficio de Dios; pero este beneficio nos lo concede por el ministerio de los ángeles: justo es, pues, que les demos gracias en todas partes.

Nuestro tercer deber, relativamente á los ángeles, consiste en imitarles. La imitacion de Jesucristo y de los Santos forman una de las partes esenciales del culto debido á Jesucristo y á los Santos. De la misma manera la imitacion de los ángeles es la parte mas importante del culto que les debemos tributar.

Pero, ¿en qué podemos imitar á los ángeles? Primeramente, ejecutando con toda la prontitud posible cuanto Dios quiere de nosotros. En el instante mismo en que el ángel conoce la voluntad de Dios, parte y la ejecuta con la rapidez del relámpago. Hé aquí el modelo de la prontitud con que debemos ejecutar lo que Dios exige de nosotros.

Debemos imitarles tambien en su caridad. Los ángeles, hermanos mios, trabajan contínuamente por nosotros, que somos ingratos para con ellos. Con frecuencia prestan sus servicios á las criaturas mas culpables, sin que nada les entibie. ¡Oh qué bello modelo, hermanos mios, de caridad para con nuestros hermanos!

Los ángeles en medio de estas ocupaciones, no pierden nunca de vista la voluntad de Dios. Nosotros tambien, aun en medio de nuestras ocupaciones, debemos dirigir la mirada del corazon hácia Dios para amarle, y portarnos como verdaderos hijos suyos.

Hay, ademas, un culto especial para algunos ángeles. Debemos, primeramente, un culto particular á los siete Espíritus que, segun el Apóstol, están delante del trono de Dios. El ángel Rafael nos declara, que él es uno de esos espíritus. ¡Pues bien! dichos espíritus son modelos perfectos de oracion, de meditacion, de oracion fructuosa. ¡Tenemos tanta necesidad de ejemplares para orar bien! Seamos pues devotos de esos siete espíritus, que están delante del trono de Dios.

Debemos un culto especial á nuestros ángeles custodios, que tantos servicios nos prestan, y que oran contínuamente por nosotros. Ofrecen á Dios todas nuestras oraciones y nuestras buenas obras, nos inspiran buenos pensamientos, buenas ideas, y nos preservan de innumerables peligros. Velan por nosotros noche y dia; justo es, que les tributemos un culto especial, que les amemos y demos gracias.

Debemos un culto especial á san Miguel, como protector que es de la Iglesia. Digamos como él: ¿Quién como Dios? ¿quién es amable como Dios? ¿quién, como Dios, merece todo nuestro amor? *¿Quis ut*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Deus? Hagamos como él la guerra al infierno, á las legiones infernales; resistamos al demonio.

Debemos tambien un culto especial á san Gabrjel, porque él fué el primero que veneró la Santísima Vírgen, diciéndole: Yo te saludo, María, llena de gracia. Es el modelo de amor de Jesús y de María. Y cuando un ángel ha bajado del cielo, hermanos mios, para enseñarnos á venerar y amar á María, á venerar y amar á Jesús, ¿no es justo que le profesemos una devocion especial?

Por último, el ángel Rafael tiene tambien derecho á un culto especial por parte de nosotros; porque es el ángel que proteje á los viajeros, el que acompañó al jóven Tobías, el que cura á los enfermos.

Esto es, hermanos mios, lo que debia deciros acerca de los santos ángeles. Veo que he sido harto prolijo; pero, hermanos mios, como tan pocas veces se trata esta materia en el púlpito, creí que debia aprovecharme de esta oportunidad para daros á conocer esta parte tan bella de nuestra santa religion; creí que debia haceros conocer los dichosos compañeros de nuestra eternidad; creí que debia introduciros, siquiera por el pensamiento, y por el amor, en la sociedad de los ángeles, entre los que alabaremos, amaremos y bendeciremos á Dios para siempre, que es la gracia que á todos deseo.

AÑO

(ÚLTIMO DIA DEL).

Quasi aquæ delabimur non revertentes.

Todos nos vamos deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.

(II Reg. XIV, 14.)

La santa Escritura, en las palabras que acabo de citar, nos explica de diversas maneras, ó, mejor, nos revela los actos de nuestra existencia presente. Nos dice, que nos vamos deslizando como las aguas, que nunca vuelven á su orígen. Con efecto; así como hay aguas que hacen mas ruido que otras, hay igualmente personas que meten mas ruido que las demas. Las aguas nunca vuelven hácia su orígen, y nosotros tampoco volvemos hácia el nuestro, que es la tierra. Las aguas van á perderse y confundirse en el vasto Océano; y nosotros nos dirigimos hácia ese Océano de luces, de vida y amor para el cual hemos sido criados.

Hé ahí, queridos hermanos, las palabras de la Escritura santa, que he pensado someter á vuestra meditacion al despedirnos de este año. Divídese el tiempo en años, meses, semanas, dias y horas: la Iglesia encargada de la direccion de nuestras almas acá en la tierra, se aprovecha de esas divisiones para amonestarnos y conducirnos á Dios. Por esto, en la oracion de la mañana y en la de la tarde, en los oficios del domingo y al fin de cada semana, de cada mes y de cada año, nos encarga de un modo especial que pensemos en Dios. Y por este motivo, hoy que es el último dia del año, nos hallamos reunidos aquí, en el templo del Señor.

Todos vosotros, hermanos mios, habeis ya formado juicio de este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Deus? Hagamos como él la guerra al infierno, á las legiones infernales; resistamos al demonio.

Debemos tambien un culto especial á san Gabrjel, porque él fué el primero que veneró la Santísima Vírgen, diciéndole: Yo te saludo, María, llena de gracia. Es el modelo de amor de Jesús y de María. Y cuando un ángel ha bajado del cielo, hermanos mios, para enseñarnos á venerar y amar á María, á venerar y amar á Jesús, ¿no es justo que le profesemos una devocion especial?

Por último, el ángel Rafael tiene tambien derecho á un culto especial por parte de nosotros; porque es el ángel que proteje á los viajeros, el que acompañó al jóven Tobías, el que cura á los enfermos.

Esto es, hermanos mios, lo que debia deciros acerca de los santos ángeles. Veo que he sido harto prolijo; pero, hermanos mios, como tan pocas veces se trata esta materia en el púlpito, creí que debia aprovecharme de esta oportunidad para daros á conocer esta parte tan bella de nuestra santa religion; creí que debia haceros conocer los dichosos compañeros de nuestra eternidad; creí que debia introduciros, siquiera por el pensamiento, y por el amor, en la sociedad de los ángeles, entre los que alabaremos, amaremos y bendeciremos á Dios para siempre, que es la gracia que á todos deseo.

AÑO

(ÚLTIMO DIA DEL).

Quasi aquæ delabimur non revertentes.

Todos nos vamos deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.

(II Reg. XIV, 14.)

La santa Escritura, en las palabras que acabo de citar, nos explica de diversas maneras, ó, mejor, nos revela los actos de nuestra existencia presente. Nos dice, que nos vamos deslizando como las aguas, que nunca vuelven á su orígen. Con efecto; así como hay aguas que hacen mas ruido que otras, hay igualmente personas que meten mas ruido que las demas. Las aguas nunca vuelven hácia su orígen, y nosotros tampoco volvemos hácia el nuestro, que es la tierra. Las aguas van á perderse y confundirse en el vasto Océano; y nosotros nos dirigimos hácia ese Océano de luces, de vida y amor para el cual hemos sido criados.

Hé ahí, queridos hermanos, las palabras de la Escritura santa, que he pensado someter á vuestra meditacion al despedirnos de este año. Divídese el tiempo en años, meses, semanas, dias y horas: la Iglesia encargada de la direccion de nuestras almas acá en la tierra, se aprovecha de esas divisiones para amonestarnos y conducirnos á Dios. Por esto, en la oracion de la mañana y en la de la tarde, en los oficios del domingo y al fin de cada semana, de cada mes y de cada año, nos encarga de un modo especial que pensemos en Dios. Y por este motivo, hoy que es el último dia del año, nos hallamos reunidos aquí, en el templo del Señor.

Todos vosotros, hermanos mios, habeis ya formado juicio de este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

año; todos habeis ya pronunciado vuestro fallo; y este fallo sobre el año que va á espirar, será el asunto de mi discurso. Despues de haber explicado lo que todos nosotros pensamos acerca de esta materia, procuraré sacar de nuestras ideas comunes algunas conclusiones prácticas. Pidamos á Dios por la intercesion de la Vírgen Santísima, que las reflexiones que voy á haceros, segun el espíritu de la Iglesia, que nos ha reunido al pié del santo altar, á todos nos sean provechosas. A. M.

En este instante, hermanos mios, todos pensamos lo mismo acerca del año que hoy concluye; todos formamos de él el mismo juicio. Y ¿qué juicio hemos formado? A todos nos parece, que ha discurrido rápidamente, que ha sido á la vez feliz y desgraciado, bueno y malo. Hé aquí la idea que todos nos hemos formado de este año.

En primer lugar, afirmamos, que ha sido de breve duracion. La Escritura Santa nos asegura, que el tiempo vuela; y el apóstol San Pablo, para demostrarnos su rapidez, nos dice, que toda nuestra vida no es mas que un dia. Cierto es, amados hermanos, que cuando empieza un año nos parece que nunca ha de concluir. No dudamos, de que el año que comienza tendrá su término; pero como este término está lejano, se nos figura que jamás le alcanzaremos. Pero apenas ha terminado, y nos volvemos para buscarle, entónces nos parece que ha pasado como el rayo; tal ha sido su rapidez. Observad una cosa, que suele pasarnos desapercibida; nuestra vida es el instante presente; pero ¿qué es el instante presente? el tiempo pasado ya ha concluido, lo futuro todavía no ha comenzado; solo nos pertenece el tiempo presente, que apenas podemos coger. Por esto nos parece, que este año ha pasado sin habernos casi apercibido de ello.

Pero si el año ha pasado rápidamente, ¿no es cierto, hermanos mios, que ha sido, á la vez, feliz y desgraciado? El firmamento material despide algunos dias sobre nuestras cabezas luminosas claridades; pero á veces se cubre de tinieblas, es oscuro como la noche. Lo mismo puede decirse de nuestra existencia: hay intérvalos de bellas claridades; pero los hay tambien de oscuras sombras; hay dias que brillan con rayos luminosos, y otros que se envuelven en una noche tenebrosa; á veces todo nos sonrie, á veces todo nos entristece; la existencia es para nosotros una carga tan abrumadora, que llegamos á desear la muerte. Pero cualquiera que sea el estado en que Dios nos ha colocado, nuestra condicion, en el último dia del año, es siempre la misma: felicidad y desgracia, alegrías y tristezas, aflicciones y gozos. Esto es lo que, en resúmen, hemos todos experimentado. ¿De dónde ha venido la desgracia? ¡Ah! de todas partes: de la enfermedad que ha atacado á nuestra persona, ó á las personas que mas amamos; de las decepciones, ilusiones, injusticias é ingratitudes de nuestros conocidos, amigos ó deudos. Muchas son las miserias de este mundo; pero, notadlo bien, no todas nos vienen de la mano de Dios: nosotros mismos somos con frecuencia los autores de nuestros males y de los de nuestros semejantes..... Es verdad, que ciertos dias nos sentimos como anonadados; pesa sobre nosotros una atmósfera que nos abrasa, que apenas nos permite respirar, y que nuestro cansancio, nuestra angustia nos obligan á exclamar con el Apóstol: tengo deseo de morir. ¡Morir! Y ¿por qué? Porque no atendeis al orígen de vuestros males. Hay males terribles para aquellos á quienes Dios quiere purificar con el sufrimiento, la pérdida de un verdadero amigo, de un hijo, de un padre, de una madre. ¡Oh! ¡Qué dias tan desgraciados aquellos en que hemos de derramar lágrimas sobre un despojo mortal, y acompañar al sepulcro á un objeto querido, y presenciar como echan sobre su ataud la última paletada de tierra! ¡Qué afliccion tan terrible la nuestra en estos casos! Y el recuerdo de esta pérdida, como que no está escrito en la arena para que el menor soplo de viento nos lo arrebate, ni en las palmas de las manos para que bien pronto desaparezca, de ahí es, que, despues de la pérdida, su recuerdo nos abreva de amargura. Todos hemos sido desgraciados durante el año que hoy concluye, bien que no todos lo hemos sido de la misma manera; todos hemos experimentado penas, y no podíamos dejar de experimentarlas, porque todo en nuestro entendimiento, en nuestro corazon, en nuestra alma, en nuestro cuerpo es ruina, y, por lo tanto, hemos de sufrir. ¿Habrá quien se atreva á negarlo? Ademas de los padecimientos ocasionados por la enfermedad y la muerte, hay los que dependen de la sujecion, cuando se está sometido á la voluntad de otro, y esta voluntad no es siempre discreta. Hay los que provienen de la familia, de las locuras de la juventud: La madre llora, el padre teme por el honor de su nombre..... ¡Oh! no cabe duda: todos habeis sufrido en este año, y en vuestra angustia os parecia que el tiempo marchaba á paso lento y que las horas duraban dias, meses y años.

Pero si, por una parte, nuestra vida ha sido desgraciada, debeis tambien convenir, en que ha sido al mismo tiempo feliz: hemos tenido dias de gozo, de satisfaccion, horas de felicidad. ¿Y quién nos ha proporcionado esos consuelos, esos gozos, esas satisfacciones? En primer lugar, estos goces proceden de la familia, que con sus flujos y reflujos de afectos, con esta amistad viva, verdadera, profunda,

inmesurable, que hace de los miembros de la familia una comunidad en la que nadie se pertenece á sí mismo, sino á las personas que ama; comunidad que es como el Paraíso de la tierra, puesto que en el cielo las almas por el amor se unirán con Dios, y no serán sino una misma cosa con él. Despues de estos gozos de familia, vienen los de la amistad, que descansa sobre las simpatías, sobre la comunidad de miras, de afecciones, de sentimientos, y que hace de los amigos una segunda familia. Hay todavía otros goces: os hablaré de los que nos proporciona el aspecto de la naturaleza? No; quiero prescindir de ellos, porque tal vez la mayor parte de los que me escuchais habreis recorrido diferentes países, y admirado sus riquezas; habreis trepado la cima de altísimas montañas, contemplado la inmensa extension de las aguas, visto vastos horizontes, respirado el perfume de las flores bajo el hermoso azul de los cielos, y os habreis dicho á vosotros mismos mil veces: ¡ah! ¡qué hermoso es esto! ¡en estas obras veo un reflejo de la belleza, el poder, la sabiduría y bondad infinita! Ademas, vosotros habeis leido los libros que contienen la verdad, los libros donde están escritos los pensamientos de Dios, porque la verdad es el pensamiento de Dios; y al leer estos pensamientos perfectamente expresados, estos pensamientos que derraman torrentes de luz, vosotros habeis gozado. A veces habreis gozado, no leyendo estos pensamientos, sino oyéndolos de viva voz, cuando un hombre, no digo un sacerdote del Señor, os explicaba cosas que os arrebataban; ¡que felicidad era entónces la vuestra! No quiero hablaros de los goces materiales y honestos, bien que por nuestra pobre naturaleza los amemos todos. Sin embargo, os exhorto á no dejaros dominar de ellos, porque os serian fatales. No siempre lo que es permitido es lo mas saludable; y si os dejaseis dominar por estos goces, pudiera muy bien sucederos como á los que se acercan demasiado á ciertas máquinas cuando están funcionando, que en vez de seros útiles, acabarian con vosotros. Sin embargo, confesémoslo, vosotros habeis experimentado esos goces. Pero habeis olvidado el gozo principal, que es el de la conciencia, el de haber cumplido con el deber. Cuando uno puede dirigirse á si mismo esta gran palabra de Jesús á su eterno Padre: *opus consummavi quod dedisti mihi*, Padre mio, tengo acabada la obra cuya ejecucion me encomendaste, he practicado lo que me ordenaste hacer; cuando al acercarnos al lecho del descanso, que es la imágen de la muerte, podemos decir: Dios mio, he hecho lo que me habias mandado, todo lo que debia hacer, y nada mas de lo que debia hacer, ¡qué gozo inunda el corazon! Y ¡qué feliz seria la sociedad en general, si cada

uno, cualquiera que sea su condicion, pudiera decir por la noche estas palabras: he hecho lo que debia hacer: *opus consummavi quod dedisti mihi!*

Confesémoslo, pues, hermanos mios; este año ha sido para vosotros feliz y desgraciado á la vez; con la diferencia, sin embargo, de que para unos ha sido mas feliz que desgraciado, y para otros mas desgraciado que feliz. Yo creo, que si se colocaran en los platillos de la balanza los gozos y las tristezas, éstas pesarian mucho mas que aquéllos.

Por último, todos habeis juzgado que este año ha sido bueno y malo. ¿En qué consiste la bondad? En la conformidad de la voluntad nuestra con la voluntad de Dios. El género humano decayó de su primitivo estado por no haberse conformado con la voluntad de Dios. Ahora bien, ¿os habeis vosotros conformado con esta voluntad en este año? ¡Ah! cuando expresabais esta voluntad de Dios en vuestros deseos, en vuestros sentimientos, en vuestras obras; cuando oiais en vuestro interior una voz que os decia: «has obrado bien;» vuestra vida era santa. Pero, ¿no ha sido tambien algunas veces culpable? No *siempre* hemos cumplido la voluntad de Dios. Buscando locas felicidades, ¿no hemos encontrado aljibes de agua impura, donde presumíamos encontrar un manantial de agua viva? Nosotros, pues, hemos sido á la vez santos y pecadores. Es posible que no hayais sido grandes pecadores; ¿podeis, empero, negar, que hayais faltado en alguna cosa? ¡Cuántas impaciencias, y pudiera tambien decir cóleras, cuántos sentimientos de vanidad, de orgullo!.... ¡Qué grandes erais á vuestros propios ojos! Queriais dominar, y, al tropezar con algunas contradicciones, estallaba en vuestro corazon la tempestad; por cierto que entónces no erais santos, pues haciais vuestra propia voluntad y no la de Dios. Ademas, á consecuencia del sublime concepto que os habiais formado de vosotros mismos, ¿con que severidad habeis juzgado al prójimo? ¡Cuántas veces habeis creido descubrir en él defectos que no tenia! ¡Cuántas habeis dicho que vuestro hermano distaba mucho de ser perfecto! ¿Erais entónces santos? Nuestro Señor ha dicho: «Teneis una viga en vuestro ojo, y no reparais en ella, y os poneis á mirar la mota en el ojo de vuestro hermano.» ¡Cuántas miserias en nosotros, cuántas debilidades! Y no obstante, cuántos nos hallamos en este auditorio compuesto de almas que aman al Señor, no queremos el mal precisamente porque es mal, sino que nos dejamos arrastrar al mal, que se ha convertido en tirano nuestro. Hé aquí, pues, lo que somos. ¡Ay! el pobre linage humano no es capaz de otra cosa. Desde que se separó de Dios anda

á tientas, camina por la senda de la iniquidad: marcha al dia, y se para el dia siguiente. Es el paralítico del Evangelio, el ciego del Evangelio, el sordo del Evangelio, el mudo del Evangelio, hasta que llegue á ser el muerto del Evangelio.

Ahora bien, hermanos mios; ¿qué consecuencias debemos sacar de esas sencillas reflexiones, sobre la vida y sobre el juicio que vosotros y yo hemos formado del año?

La primera consecuencia es, que hay otra vida. Nuestros dias pasan con la mayor rapidez; ora seamos felices, ora desgraciados, el tiempo vuela. Nosotros quisiéramos prolongar nuestra mansion en la tierra; y cuando nos vemos atacados de un mal grave, cuando la enfermedad se agrava y nos hace vislumbrar la muerte, hacemos los mayores esfuerzos para rechazarla.

Para que no os asuste, no olvideis nunca la rapidez de la vida, que caminais hácia la eternidad. Acordándoos frecuentemente de ella, os direis: los años que transcurren, nada me importan, pues me conducen á Dios, á mi fin, á mi principio, á mi descanso. Cierto es, que este año ha pasado rápidamente; pero, ¡qué es el año trascurrido sino una corrida hácia el lugar de mi descanso, hácia la posesion de Dios en la eternidad! Estos dias no han sido perdidos sino para la tierra; yo les encontraré sin fin y sin medida en la eternidad; han caido como cae la arenilla de un reloj, y con ellos han caido el fastidio y las desazones; lo que no ha caido es el mérito, ó, si ha caido, ha sido para levantarse. A imitacion, pues, del Apóstol, cantemos el cántico de la inmortalidad: ¡oh muerte! ¿dónde está tu victoria? Yo no te temo; y cuando tú te me presentas, como tienes de costumbre, con los ojos hundidos y los huesos disecados, no me espantas. Al leer sobre la tumba estas palabras: *aquí yace*, no puedo ménos de exclamar: La tumba es el Tabor de mi transfiguracion. Hé aquí la conclusion que debemos sacar de la brevedad de la vida. Escuchad al desterrado, que viendo con placer como pasa rápidamente el tiempo, exclama: ¡Gracias á Dios; bien pronto tendré la dicha de ver á mi patria! Oid al encarcelado, que dice: ¡Oh! ya se acerca el dia en el que se me abrirán las puertas de esta cárcel. Tal es la primera conclusion que debemos sacar de la rapidez del tiempo enmedio de las penas y de los gozos de este mundo: hay otra vida; y al sacar esta conclusion, recordad lo que mil veces se os ha dicho del infierno, del cielo, de los castigos y de la recompensa.

Somos un compuesto, he dicho ya, de gozos y de tristezas. Pues bien, quitad de la vida esas tristezas y quedaos con los solos gozos, aumentadlos con el pensamiento cuanto pudiereis, y tendreis una

idea del cielo, puesto que el cielo es la exencion de todo mal y la posesion de todo bien: en esto consiste la felicidad eterna. Al contrario, quitad de la vida las satisfacciones, los gozos y las esperanzas; aumentad mas y mas las penas, y formareis una idea del infierno. Cuando sufrís, cantais el cántico de vuestra libertad futura. Refiérese, ya lo sabeis, que cazando cierto rey en medio de un bosque, encontró á un hombre, que á pesar de estar cubierto de llagas y en una situacion espantosa, cantaba. Díjole el rey: «¿De dónde os viene tanta alegría? Parece que mas bien debierais lamentaros y llorar por vuestros males.»—«Señor, contestó, es cierto que mi casa se está arruinando, pero tambien lo es que se me está edificando otra, la de la eternidad; cuanto antes abandonaré esta casa ya arruinada y me trasladaré á la casa de Dios; y la casa de Dios es Dios mismo: *in domum domini ibimus.*» Así, pues, cuando el dolor nos oprimiere, recordemos, que acá abajo debemos sufrir para expiar los pecados, que mas ó ménos nos han esclavizado, y cantemos entónces el cántico de la libertad. Sea nuestra conclusion práctica, queridos hermanos mios, dar gracias á Dios, que hubiera podido quitarnos la vida cuando nosotros estábamos separados de él. Porque en tal estado, ¿qué hubiera sido de nosotros? Démosle tambien gracias, si hemos permanecido fieles á su voluntad y practicado su justicia. No murmuremos de los que han faltado á su deber; tal vez, en idénticas circunstancias, hubiéramos obrado como ellos, y aun peor que ellos. ¿Qué hemos de hacer, pues, al pensar en esta mezcla de debilidad y de fuerza? Tributar gracias á Dios por habernos alumbrado y concedido la fuerza para obrar el bien. Humillémonos en presencia de la magestad eterna, cuyas leyes hemos desconocido, y pidámosle perdon. Hé aquí lo que debemos practicar desde luego. Bien pronto oireis el cántico de penitencia, que repetia con frecuencia un rey muy famoso, pero que olvidó alguna vez sus deberes mas graves: Señor, habed piedad de mí segun vuestra gran misericordia.» No me basta una misericordia, decia: «Habed piedad de mí segun la muchedumbre de vuestras misericordias: *Miserère mei secundum multitudinem miserationum tuarum.*» A imitacion suya imploremos la muchedumbre de las misericordias del Señor; pues implorándolas con fervor, oiremos bien pronto el cántico de triunfo, *Te-Deum*, para dar gracias á Dios por los beneficios que nos ha dispensado durante este año.

Finalmente, mis amados feligreses, el año que va á terminar, está prosternado al pié de este altar, y dice: Dios mio, estoy en vuestra presencia; algunas horas mas, y habré vuelto á la nada de

dónde me sacasteis. ¡Oh, Dios mio! durante mi corta peregrinacion sobre la tierra he olvidado frecuentemente el bendeciros, glorificaros y serviros; á menudo me he dejado arrastrar por la tentacion. Señor, cubierto estoy de confusion delante de vuestro santo altar, y os pido me perdoneis. Perdonadme, sí, los pecados que conozco y los que ignoro, el mal que recuerdo y el que he olvidado. Estoy en presencia de vuestro santo altar, delante de la cruz, que es prenda de nuestra salvacion y de nuestra esperanza. Señor, perdonadnos nuestras debilidades, nuestra ceguedad y nuestra tibieza. Pero, Señor, en el decurso de este mismo año he disfrutado de alegrías y de satisfacciones. ¡Ah! os doy gracias, Señor, por haberme concedido esas alegrías y satisfacciones. Gracias, Señor, gracias, por esos dias que no he sabido aprovechar como debia. Me he irritado contra el dolor, he murmurado, he blasfemado; ¡perdon, Señor! yo debia mejorarme, cambiarme, y he abusado de las gracias que me dispensabais. ¡Ay de mí! si en esos momentos me hubieseis llamado á juicio, ¿cuál hubiera sido mi destino? Gracias, pues, por haberme concedido tiempo para arrepentirme: me arrepiento; no quiero que vuestra esperanza sea defraudada. ¡Ay! hemos pecado por ignorancia y por debilidad: habed piedad de nosotros, Señor, segun la muchedumbre de vuestras misericordias.

AÑO

(PRIMER DIA DEL).

PLÁTICA.

Dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes.

Mientras tenemos tiempo hagamos bien á todos.

(*Gal.* VI, 10.)

Nacer, crecer, marchitarse y morir, hé aquí, mis queridos feligreses, toda la historia de las cosas de la tierra desde que el hombre, noble criatura, que es, por su inteligencia, el rey del mundo, hasta el insecto que huella con sus pies; desde el sol, cuyos rayos nos alumbran y calientan, hasta el arroyuelo que se extremece al menor soplo de viento, todo cambia, todo desaparece, todo se extingue. Lo que ayer nos admiraba, hoy ya no existe; de ello no nos queda sino un poco de ceniza. Ni las riquezas, ni el poder, ni la belleza, ni el talento pueden preservarnos de las injurias del tiempo, que, en su rápido vuelo, todo lo arrebata. Una sola cosa se libra de su accion destructora; una sola cosa le sobrevive, porque al nacer adquiere una imprescriptible inmortalidad: nuestras obras, buenas ó malas que sean. Siendo efecto de una alma inteligente y libre, son, como ella, imperecederas é inmortales. La tierra será un dia destruida; pero nuestras obras vivirán siempre, y no perecerán nunca. Existirán siempre sobre las ruinas del mundo, produciendo en nosotros, y con su responsabilidad, un peso inmenso de gozo ó de temor, de amor ó de desesperacion.

Tal es la doctrina de la Iglesia, tal la enseñanza de nuestra fe. ¡Doctrina pavorosa, cuya verdad, bien comprendida, puede decidir de nuestra salvacion! ¡Terrible enseñanza, la sola que da al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su justo valor, y nos revela toda la locura de los que emplean en la vanidad ó en el crímen una vida, cada paso de la cual tiene eco en la eternidad. Sí, amados feligreses mios, os lo repito, para que os penetreis profundamente de esa verdad; todos esos pensamientos, todos esos deseos, todos esos actos que juzgais con la mayor ligereza, de los cuales ni siquiera os ocupais, por lo mismo que son actos de vuestra voluntad, durarán necesariamente y jamas perecerán.

Así, pues, este año, que acaba de desaparecer, y del cual ya no queda para los hombres sino un recuerdo; este año, que se ha hundido en los abismos del pasado; este año, que nosotros llamamos pasado, vive todavía, está en presencia de Dios con nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras obras y nuestros deseos. Todo entero está allí, y allí permanecerá siempre, y volveremos á encontrarle para nuestra gloria ó para confusion nuestra.

Empero, sea cual fuere la respuesta que acerca de este año nos dé nuestra conciencia, no desfallezcamos: nuestro Dios es un Dios lleno de ternura y de bondad, que se complace en nuestro arrepentimiento; el trabajador llamado á la última hora, si sabe aprovecharse de ella, recibe como los otros su salario. Un nuevo año comienza: demos tambien con él comienzo á una vida enteramente nueva, vida mas formal y mas grave; vida mas razonable y mas cristiana.

Séame, pues, permitido dirigiros las palabras que el apóstol San Pablo dirigia á los habitantes de Efeso: Renovaos en el interior de vuestra alma, y revestios del hombre nuevo, que ha sido criado conforme á *la imágen de* Dios en justicia, y santidad verdadera: ***Renovamini spiritu mentis vestræ, et induite novum hominem qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis.*** Ephes. iv, 23 y 24. Tales son los deseos que yo abrigo con respecto á vosotros en este dia, en que nadie hay que no desee la felicidad de todos sus hermanos ó amigos. Porque si atiendo á las disposiciones de mi corazon para con vosotros, si escucho el deseo ardiente que tengo de vuestra felicidad y de vuestra salvacion, no he de vacilar en afirmaros, que vosotros sois el único objeto de mi solicitud y de mi afecto. Como pastor de vuestras almas, no tengo derecho á llamaros los muy amados de mi corazon, sino por haberme impuesto la obligacion de hacer por vosotros los votos mas sinceros.

Os deseo, pues, á todos un año bueno y feliz, y feliz no solo por la abundancia de bienes temporales, sino por la gracia que os preserve del pecado, por la práctica de las obras cristianas, por la paz y la union en vuestras familias, por las bendiciones del cielo sobre vosotros, sobre vuestros hijos y sobre todo lo que os pertenece. Solo

así será para vosotros, mis amados feligreses, bueno, santo y feliz el año que empezamos.

Yo no os deseo lo que tal vez os desea el mundo, esto es, fortuna y riqueza material: yo os deseo la fortuna verdadera; no esta fortuna perecedera, esta fortuna que el tiempo cada dia nos arrebata y solo deja en los corazones disgustos y remordimientos; sino la fortuna que es el resultado de la piedad, la caridad, el amor de nuestros hermanos, y que es premiada en la eternidad. Tales son los deseos que abriga mi corazon, corazon afectuoso, que no puede ser feliz sin vuestra felicidad.

Os deseo, pues, amados feligreses, que con el año que ha terminado, haya terminado tambien en vosotros el reinado del pecado; que renazca entre vosotros la piedad, la religion, la caridad, la union de las almas: ***Renovamini spiritu mentis vestræ, et induite novum hominem qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis.*** Si en el año que comienza hoy practicareis la virtud, será para vosotros un año feliz.

En vano iria acompañado de la felicidad mas perfecta, segun el mundo; en vano, en el círculo fugitivo de nuestros dias os proporcionaria todo cuanto pudiera colmar vuestros deseos, bienes, placeres, honras pasageras; si no fuera para vosotros un año cristiano, seria desgraciado. Al contrario; aun cuando os veais contrariados por los reveses de la fortuna, si lo empleais santamente, será un año siempre feliz para vosotros, porque os conducirá á la felicidad eterna.

¿Quereis conocer el inestimable valor de este año? Preguntaos á vosotros mismos, bajo las inspiraciones de la fe, porque motivo Dios os lo concede.

¿Os lo concede para acumular bienes de la tierra? No, porque al morir nadie se lleva un átomo de polvo. ¿Os lo concede para conquistar una posicion, para hacer fortuna en el mundo? Tampoco, porque esta fortuna ha sido condenada por estas terribles palabras: «¿De qué le servirá al hombre ganar el universo entero, si acaba por perder su alma? ¿Os lo concede para satisfacer vuestras pasiones? Ménos todavía, porque las vanas satisfacciones pasan y abren bajo nuestros pasos un abismo de remordimientos, de tristes recuerdos y de infortunios.

¿Con qué objeto, pues, se nos concede este año? Para que lo consagremos todo entero á la gloria de Dios, á su servicio y á nuestra salvacion; para que hagamos el bien, practiquemos la virtud y llenemos exactamente los deberes de nuestro estado; para que lle-

vemos una vida edificante é irreprensible, produzcamos frutos mas abundantes de bendiciones y de gracias, y nos santifiquemos, como dice el apóstol San Pablo: «Es la voluntad de Dios, que seais santos:» es, en una palabra, para que alcancemos la corona eterna.

Y hemos de apresurarnos á adoptar resoluciones generosas, porque la figura de este mundo pasa y desaparece; porque los dias, los meses, los años corren velozmente, y avanzamos á grandes pasos hácia la eternidad; porque este tiempo tan breve, que nos resta de vida sobre la tierra, debe sernos tanto mas grato y precioso, cuanto, empleándolo bien, podemos merecer el cielo, y aun acrecentar el manantial de nuestros méritos y de nuestro galardon; porque este año es, quizas, el último que el Señor nos concede..... Sí, quizas será el último para vosotros, los que exclusivamente ocupados en los intereses perecederos de la vida presente, descuidais, olvidais los graves intereses de la vida futura. Quizas será el último para vosotros, que fiados en vuestra salud, en vuestros pocos años, en el vigor de vuestra edad, no cesais de ofender á Dios, de abusar de sus dones, de quebrantar sus mandamientos, y de entregaros sin medida y sin freno á los placeres frívolos y tan poco sólidos de este mundo! Y no lo dudeis, este año será ciertamente el último para muchos de los que escuchan en este instante mis palabras!

Pongamos, pues, inmediatamente manos en la reforma de nuestra conducta y en las prácticas que nos prescribe la religion. No salgamos de este santo templo sin haber resuelto firmemente reparar lo pasado, procurando que el año presente sea fecundo en virtudes y viviendo por Dios y para la salvacion de nuestra alma. Seamos en esta vida sobrios, justos y piadosos, aguardando la bienaventuranza esperada y la venida del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.

Que sea vuestro, oh Dios mio, que os pertenezca este año que comienza hoy. Sí, Dios mio, queremos emplearlo en amaros y serviros. El mundo, ah, se ha llevado la mayor parte de nuestra existencia; á él hemos dedicado nuestros mas hermosos dias; pero ya que en vuestra misericordia habeis querido conservárnosla hasta ahora, á vos solo queremos consagrarla por el tiempo y por la eternidad. Amen.

AÑO.

PLÁTICA.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ.

En tu presencia, Dios mio, procuraré traer á la memoria con amargura del corazon todos los años de mi vida.

(*Is.* xxxviii, 15.)

Acaba de espirar un año, y otro año comienza. Así empiezan y concluyen, así pasan y se suceden con sorprendente rapidez todos los instantes, todos los dias, los años todos de nuestra vida, y con ellos desaparecen así el gozo y los placeres, como el dolor y la tristeza, así la prosperidad y la dicha, como la adversidad y el infortunio.

Todo pasa acá en el mundo, y no quedan mas que nuestras buenas ó malas obras, por las cuales se nos ha de juzgar castigándosenos ó recompensándonos, segun merezcamos.

Acaba de espirar un año: mas ¿cómo lo hemos pasado? ¿Ha sido para nosotros un año bueno y feliz? ¿Ha sido tal, hermanos mios, como vosotros lo deseasteis al comenzar, ó tal como lo deseasteis para otros? Entónces os animaban las mas lisonjeras esperanzas; ¿las habeis visto defraudadas ó realizadas segun vuestros deseos?

Otro año comienza; ¿será para vosotros bueno y feliz? Esto es lo que sin duda deseais y se os desea, y de seguro abrigais las mismas esperanzas que en el año anterior; pero ¿se cumplirán ó se realizarán conforme deseais? En suma: ¿qué ha sido para vosotros el año que acaba de finir? ¿qué será el que comienza? Esto es lo que hoy me propongo explanar en pocas palabras.

¿Deberemos considerar bueno y feliz un año, tan solo porque en su curso todo ha satisfecho nuestros deseos; porque hemos dado dichosa cima á todas nuestras empresas; porque nuestros negocios han prosperado; porque hemos medrado en el seno de la abundancia y de los placeres? Hé ahí, en verdad, la idea que en el mundo se tiene formada de la felicidad; hé ahí lo que desean los mas con anhelo, lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se llama felicidad: *Beatum dixerunt cui hæc sunt.* ¡Falaz y frágil felicidad! ¡Dicha engañosa, no preservada de contrariedades, ni exenta de sinsabores, que se desvanece como la sombra, que huye y pasa con la rapidez del rayo! Nó: califique el mundo enhorabuena de dichosos á los que poseen semejante felicidad; por lo que á nosotros toca, iluminados por los resplandores de la fe, adoctrinados en la escuela de Jesucristo, no buscamos la felicidad en este lugar de destierro, en este valle de lágrimas y miserias, no; sino que la buscamos en el cielo: al cielo dirigimos nuestras miradas, al cielo elevamos nuestros suspiros; y si la felicidad es posible en la tierra, nosotros solo consideramos felices, solo calificamos de dichosos á los que tienen á Dios por herencia y son fieles á su voz: *Beatus cujus Dominus Deus ejus.*

Año bueno y dichoso, hermanos mios, no solamente lo es el año en que se conserva la salud, ó los bienes temporales abundan, ó los trabajos fructifican, ó nuestros planes y proyectos tienen un feliz resultado, ó dejan de experimentarse contratiempos y pérdidas; sino tambien aquel en que no se ha pecado, ó se ofrecen ménos ocasiones é instigaciones para pecar: aquel en que se tiene mas prudencia, mas religion, mas virtud, mas justicia, mas probidad, mas amor á Dios, mas fervor en su servicio, mas caridad en favor del prójimo, mas compasion en favor de los desgraciados; aquel en que hay mas union en las familias, mas afecto entre parientes, mas edificacion en el público, mas práctica de buenas obras, mas piedad, mas devocion en los padres de familia, mas docilidad, obediencia y respeto en los hijos, mas dulzura y bondad en los amos, mas fidelidad y adhesion en los criados, mas fervor en los ancianos, mas modestia y templanza en los jóvenes, mas pudor y recato en las mujeres, mas probidad y sobriedad en los hombres.

Ese es, amados hermanos mios, el año bueno, el año santo empleado en el servicio de Dios, el año que os deseo con toda la sinceridad de mi corazon, porque se os tomará en cuenta en la bienaventuranza eterna.

Ahora, hermanos mios, permitidme que os pregunte ¿cómo habeis empleado el año que acaba de trascurrir? ¿Podeis decir que para vosotros ha sido bueno y feliz segun el Señor, esto es, que ha sido un año santo, un año de virtud y de fidelidad? ¿Podeis abrigar la consoladora conviccion de que haebis seguido las sendas de la virtud siendo amigos de Dios, y de que para salvaros, basta continuar viviendo como habeis vivido hasta el presente? Y sin embargo, ¿cuán grandes y numerosas han sido las gracias que el Señor os ha dispensado durante este año que acaba de terminar? Gracias naturales, como la salud, la fuerza, la industria, los alimentos, la recoleccion de frutos de la tierra y la conservacion de la vida; y si no habeis experimentado pérdidas, accidentes, contratiempos, ¿sois por ventura mejores que aquellos que los han sufrido, tan solo por esa razon? Gracias sobrenaturales, gracias propiamente dichas; como buenos pensamientos, buenos deseos, saludables inclinaciones, piadosos designios. Misas, sacramentos, avisos, amonestaciones santas, buenos ejemplos, hasta el punto de que cada uno se dijera para consigo: ¡cuántos auxilios para mi salvacion! ¡cuántas tentaciones en las cuales Dios me ha sostenido! ¡cuán culpable soy, pues, en haber recaido, en haber prevaricado otra vez!

Mas examinémonos circunstanciadamente, y veamos como hemos cumplido nuestros deberes, cada uno segun su estado.

Yo, sacerdote y párroco, ¿he predicado con mi ejemplo la virtud que he predicado con la palabra y anunciado tan á menudo en este púlpito ó al pié del altar?

Vosotros, padres de familia, ¿habeis servido á Dios, habeis hecho que le sirvieran vuestros hijos y criados?

Hijos de familia, ¿habeis contristado á vuestros padres con vuestra desobediencia y orgullo?

Jornaleros y criados, ¿no os habeis prestado á la injusticia de vuestros principales ó amos? ¿No les habeis indignado contra vosotros con vuestro poco interés, con vuestra indolencia, infidelidad y desordenada conducta?

El año que comienza ¿será para vosotres un año bueno y feliz? Tal es lo que os deseais á vosotros y deseais para los demas. Sin embargo, no presumais que me concrete á manifestar deseos impotentes y estériles; quiero ademas contribuir á su realizacion; quiero trabajar con todas mis facultades, á fin de que el año que comienza sea bueno y feliz para todos, á cuyo objeto voy á indicaros los medios que teneis á mano para alcanzar la verdadera dicha.

Pax vobis: ¡Haya paz entre vosotros! Tal es la máxima que inculcó Jesucristo á sus discípulos en el instante de dejarlos para volver al seno de su Padre; tal es tambien el sincero deseo de vuestro párroco en este dia: *Pax vobis.* Pero la paz que yo os deseo, hermanos mios, la felicidad que apetezco para vosotros, no es aquella paz engañosa, aquella falsa felicidad que el mundo promete con el goce de sus bienes y de sus placeres: *Non quomodo mundus dat (pacem), ego do vobis;* sino la paz que Jesucristo vino á traer á la tierra, y que los ángeles anunciaron á los hombres de buena voluntad; la paz que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo dejó á sus fieles discípulos, como prenda de su amor y de su ternura: *Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis.* Sí, hermanos mios, ¿quereis que este año sea para vosotros año bueno y de dicha, un año feliz? Procurad pasarle *en paz con Dios, en paz con los hombres, en paz con vosotros mismos.*

Sí, pasadle en paz con Dios, procurando preservaros de pecado, y evitando cuanto pueda desagradar á Dios y haceros perder su amistad; cumpliendo con fidelidad su ley y sus mandamientos; es decir, siendo puntuales en ofrecer todos los dias al Señor el homenaje de vuestras oraciones y de vuestro respeto, y dándole pruebas de vuestro amor y vuestro agradecimiento por sus beneficios. No manchen jamas vuestros labios el juramento, ni la blasfemia, ni la imprecacion. No se abra vuestra boca sino para bendecir el santo nombre de Dios. Santificad por medio de buenas obras el dia del domingo, guardándoos de profanarle con el trabajo ó el desórden; acudid en este santo dia al templo del Señor á orar y cantar sus alabanzas en compañía de los demas fieles. Conservaos puros é inocentes en su presencia; y si el pecado manchase vuestra alma, apresuraos, corred á purificarla en el tribunal de la reconciliacion, y á lavar vuestras culpas con las lágrimas de la penitencia. Hijos dóciles de la Iglesia de Jesucristo, estad sumisos á sus leyes; observad tambien los ayunos y las prácticas de la penitencia que ella os prescribe, y acudid luego á la mesa santa para ser partícipes del sagrado banquete á que os convida, á lo ménos una vez al año.

Padres, educad á vuestros hijos en la ley y el temor del Señor; formadles en la virtud, instruidles en sus deberes, vigilad su conducta; reprendedles, corregidles cuando lo merecieren, y, sobre todo, edificadles con vuestros buenos ejemplos. Hijos, honrad á vuestros padres, amadles, respetadles, asistidles en sus necesidades, consoladles en sus tribulaciones, y Dios os bendecirá. Esposos, amaos, respetaos, auxiliaos mútuamente. Fieles, escuchad la voz de vuestro párroco; sed tiernos, amables y complacientes con vuestros inferiores; tened entrañas de misericordia para los desgraciados, sentimientos de caridad para todo el mundo.

No permitais jamas que el orgullo domine en vuestro corazon, que la envidia lo estruje, que la cólera le conmueva y agite. Si poseeis riquezas, no fijeis en ellas vuestro corazon: detestad la avaricia y el sórdido interés. Apartaos tambien de la ociosidad, madre de todos los vicios, la cual acibararia vuestra existencia, que arrastrariais como un peso insoportable.

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

	Pág.
PRÓLOGO.	VII.
INTRODUCCION al púlpito ó método para aprender á predicar bien.	1
MÉTODO para componer un discurso ó sermon contra cualquier pecado. .	21
MÉTODO para disertar sobre cualquiera virtud.	25
MÉTODO para improvisar un discurso, aunque sea de una hora. . . .	29
Abandono de Dios.	33
1. Misericordia espantosa.	34
2. Silencio funesto.	34
3. Pecado: pena del anterior pecado.	35
4. Pecado abandonado.	38
5. Abandono: principio de condenacion.	40
6. Indicio de no estar abandonado.	43
Divisiones sobre este asunto.	45
Pasages de la sagrada Escritura.	45
Figuras de la sagrada Escritura.	46
Sentencias de los santos Padres.	47

(*) Damos aquí un índice de las principales materias de cada uno de los sermones continuados en este tomo: el título que lleva cada número no es mas que el extracto de la materia que contienen los párrafos de un sermon, señalados con el mismo número.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo dejó á sus fieles discípulos, como prenda de su amor y de su ternura: *Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis.* Sí, hermanos mios, ¿quereis que este año sea para vosotros año bueno y de dicha, un año feliz? Procurad pasarle *en paz con Dios, en paz con los hombres, en paz con vosotros mismos.*

Sí, pasadle en paz con Dios, procurando preservaros de pecado, y evitando cuanto pueda desagradar á Dios y haceros perder su amistad; cumpliendo con fidelidad su ley y sus mandamientos; es decir, siendo puntuales en ofrecer todos los dias al Señor el homenaje de vuestras oraciones y de vuestro respeto, y dándole pruebas de vuestro amor y vuestro agradecimiento por sus beneficios. No manchen jamas vuestros labios el juramento, ni la blasfemia, ni la imprecacion. No se abra vuestra boca sino para bendecir el santo nombre de Dios. Santificad por medio de buenas obras el dia del domingo, guardándoos de profanarle con el trabajo ó el desórden; acudid en este santo dia al templo del Señor á orar y cantar sus alabanzas en compañía de los demas fieles. Conservaos puros é inocentes en su presencia; y si el pecado manchase vuestra alma, apresuraos, corred á purificarla en el tribunal de la reconciliacion, y á lavar vuestras culpas con las lágrimas de la penitencia. Hijos dóciles de la Iglesia de Jesucristo, estad sumisos á sus leyes; observad tambien los ayunos y las prácticas de la penitencia que ella os prescribe, y acudid luego á la mesa santa para ser partícipes del sagrado banquete á que os convida, á lo ménos una vez al año.

Padres, educad á vuestros hijos en la ley y el temor del Señor; formadles en la virtud, instruidles en sus deberes, vigilad su conducta; reprendedles, corregidles cuando lo merecieren, y, sobre todo, edificadles con vuestros buenos ejemplos. Hijos, honrad á vuestros padres, amadles, respetadles, asistidles en sus necesidades, consoladles en sus tribulaciones, y Dios os bendecirá. Esposos, amaos, respetaos, auxiliaos mútuamente. Fieles, escuchad la voz de vuestro párroco; sed tiernos, amables y complacientes con vuestros inferiores; tened entrañas de misericordia para los desgraciados, sentimientos de caridad para todo el mundo.

No permitais jamas que el orgullo domine en vuestro corazon, que la envidia lo estruje, que la cólera le conmueva y agite. Si poseeis riquezas, no fijeis en ellas vuestro corazon: detestad la avaricia y el sórdido interés. Apartaos tambien de la ociosidad, madre de todos los vicios, la cual acibararia vuestra existencia, que arrastrariais como un peso insoportable.

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

	Pág.
PRÓLOGO.	VII.
INTRODUCCION al púlpito ó método para aprender á predicar bien.	1
MÉTODO para componer un discurso ó sermon contra cualquier pecado. .	21
MÉTODO para disertar sobre cualquiera virtud.	25
MÉTODO para improvisar un discurso, aunque sea de una hora. . . .	29
Abandono de Dios.	33
1. Misericordia espantosa.	34
2. Silencio funesto.	34
3. Pecado: pena del anterior pecado.	35
4. Pecado abandonado.	38
5. Abandono: principio de condenacion.	40
6. Indicio de no estar abandonado.	43
Divisiones sobre este asunto.	45
Pasages de la sagrada Escritura.	45
Figuras de la sagrada Escritura.	46
Sentencias de los santos Padres.	47

(*) Damos aquí un índice de las principales materias de cada uno de los sermones continuados en este tomo: el título que lleva cada número no es mas que el extracto de la materia que contienen los párrafos de un sermon, señalados con el mismo número.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.

Abjuracion. 48
1. Grandeza de la abjuracion. 48
2. Es una gracia gratuita. 49
3. Mocion de afectos. 50
ALOCUCION sobre la abjuracion. 52
Planes sobre el mismo asunto. 53
Abnegacion. 55
1. Necesidades de la abnegacion. 57
2. Voluntad de Dios. 59
3. Ejemplos. 59
4. Ventajas de la abnegacion. 61
Pasages de la sagrada Escritura sobre el mismo asunto. 62
Figuras de la sagrada Escritura. 63
Sentencias de los santos Padres. 64
Abominacion desoladora. I. 65
1. El mundo hace burla de la virtud. 66
2. Falsa política y libertinage. 67
3. El libertinage causa la ruina del pueblo. 68
Abominacion desoladora. II. 69
1. Pecado mortal. 69
2. Temeridad del que desprecia á Dios. 70
3. Impunidad del pecado. 70
4. Pecado autorizado. 71
5. Pecado recompensado. 71
6. Ruina de Jerusalen y del alma pecadora. 72
Divisiones sobre este asunto. 73
Absolucion. 74
1. Situacion en que se coloca el hombre por el pecado. 75
2. Misericordia del Señor con los pecadores. 76
3. Padre del Hijo pródigo. 77
4. Pastor que vuelve al redil la oveja extraviada. 77
5. Sumision del pecador. 78
6. Sinceridad de la conversion. 78
Divisiones sobre este asunto. 79
Abstinencia de precepto. 80
1. La abstinencia es necesaria. 81
2. Ejemplos de abstinencia. 82
3. Fruto de la abstinencia. 82
4. Sentencias de los Santos Padres. 83
5. Conducta que debe seguir un cristiano. 83
Planes sobre el mismo asunto. 84
Divisiones 86
Abstinencia de consejo. (*Exhortacion á las religiosas*). 86
1. Principio de la gracia. 87
2. Santificar las acciones. 88
3. La virginidad es un tesoro que se lleva en vasos quebradizos. . . . 90
4. Grandeza ó pequeñez de las acciones. 90
5. Amor perfecto de Dios y pureza del alma. 91

Pág.

6. Caracteres de la abstinencia. 91
Pasages de la sagrada Escritura sobre este asunto. 92
Figuras de la sagrada Escritura. 93
Sentencias de los santos Padres. 94
Acciones. (*Modo de santificarlas*). 96
1. Principio de la gracia. 98
2. Santificar las acciones. 99
3. Dios nos aprecia especialmente por el amor. 100
4. Grandeza ó pequeñez de las acciones. 102
5. Amor perfecto de Dios y pureza del alma. 104
Accion de gracias. 106
1. Dios es el autor de todos nuestros bienes. 109
2. Sentimiento de dependencia. 111
3. Sentimiento de humildad. 112
4. Accion de gracias. 113
5. Ejemplo de la Vírgen Santísima. 113
6. Debemos honrar á Dios con sus dones. 115
Adoracion. 118
1. Grandeza de Dios; grandeza humana. 118
2. La grandeza humana es vacilante é incierta. 119
3. Motivos para servir á Dios. 121
4. Malicia del pecado. 122
5. De que modo debemos servir á Dios. 123
6. Dios exige un culto de amor y de gratitud. 124
Plan sobre el mismo asunto. 127
Divisiones. 128
Aduladores. I. 129
1. Los aduladores son enemigos de la verdad. 130
2. Los aduladores son enemigos de la amistad. 133
Aduladores. II. 135
1. Malicia de los aduladores. 136
2. Culpa de los que desean ser adulados. 137
Planes sobre el mismo asunto. 140
Divisiones. 142
Pasages de la sagrada Escritura. 142
Figuras de la sagrada Escritura. 144
Sentencias de los santos Padres. 144
Adulterio. I. 146
1. Gravedad del adulterio. 147
2. Sus consecuencias. 148
3. Rigor con que Dios y los hombres lo castigan. 150
4. Sus causas. 152
5. Sus remedios. 152
Adulterio. II. 155
1. La razon reprueba el adulterio. 155
2. La ley lo condena. 156
3. La religion tambien lo condena. 158
4. Los adúlteros no llegarán á la posesion del reino eterno. 158

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.

Planes sobre el mismo asunto. 159
Divisiones. 161
Pasages de la sagrada Escritura. 162
Figuras de la sagrada Escritura. 164
Sentencias de los santos Padres. 165
Adversidad. 166
1. Orígen de nuestras adversidades. 167
2. Son convenientes para la eterna felicidad. 169
3. Virtud y felicidad son incompatibles. 170
4. Ni el mundo ni la razon pueden consolarnos. 172
5. Solo Dios puede consolarnos. 174
Planes sobre el mismo asunto. 177
Divisiones. 179
Pasages de la sagrada Escritura. 181
Figuras de la sagrada Escritura. 182
Sentencias de los santos Padres. 183
Adviento. 184
1. Gloria de Dios en la Encarnacion. 185
2. Su poder. 187
3. Su justicia. 187
4. Ceguedad del mundo. 188
5. Enemigos de la gloria de Dios. 189
6. Sacrificio del Salvador al nacer. 190
7. Celo por la gloria de Dios. 191
8. ¿De qué modo podemos glorificar á Dios? 192
Aflicciones. I. 194
1. Las aflicciones son útiles al justo. 195
2. Son tambien útiles á los pecadores. 200
Aflicciones. II. 204
1. Utilidad de las aflicciones. 205
2. Bienaventurados los que lloran. 207
Planes sobre el mismo asunto. 209
Agradecimiento. I. 212
1. Pruebas de la Escritura. 213
2. El agradecimiento es el carácter distintivo del cristiano. 217
Agradecimiento. II. 219
1. La gratitud nos obtiene nuevos beneficios. 220
2. Debemos dar gracias á Dios en las tribulaciones. 222
Planes sobre el mismo asunto. 223
Divisiones. 225
Pasages de la sagrada Escritura. 225
Figuras de la sagrada Escritura. 227
Sentencias de los santos Padres. 228
Agua bendita. I. 229
1. Influencia de los Sacramentos. 230
2. Efectos del agua bendita. 231
3. Su eficacia. 232
Agua bendita. II. 234

Pág.

1. Costumbre de la bendicion del agua. 234
2. Sus símbolos. 235
3. Sus efectos. 236
4. Su uso. 237
Pasages de la sagrada Escritura. 238
Figuras de la sagrada Escritura. 239
Sentencias de los santos Padres. 239
Alegría cristiana. 241
1. La verdadera alegría consiste en la virtud. 242
2. Es santa en su orígen. 242
3. Santa por los motivos que la causan. 243
4. Santa en sus obras. 244
5. Causas de la melancolía del pecador. 244
6. La alegría del pecador es criminal en sus motivos. 245
7. La alegría del pecador es criminal en sus efectos. 245
Plan sobre el mismo asunto. 246
Antigua y nueva alianza. 247
1. Indole de los dos Testamentos. 248
2. Tres clases de esclavitud. 250
3. Poder del demonio. 251
4. Esclavitud de que habla San Pablo. 252
Alma. (*Su espiritualidad*). 254
1. El alma es un ser simple. 255
2. El pensamiento repugna á la materia. 257
3. Tambien le repugna el raciocinio. 260
4. Objeciones. 261
Alma. (*Su libertad*). 268
1. Sentimiento íntimo de nuestra libertad. 269
2. La libertad probada por el raciocinio. 272
3. Testimonio del género humano. 274
4. Pruebas indirectas. 275
Alma. (*Su inmortalidad*). 279
1. Negar la inmortalidad del alma es negar la sabiduría de Dios. . . 281
2. Es negar la bondad de Dios. 282
3. Es negar la divina justicia. 284
4. Es negar la sociedad. 286
Alma. (*Su grandeza y excelencia*). 287
1. Simplicidad del alma. 288
2. Su inmensidad. 290
3. Su libertad. 292
4. Su inmortalidad. 295
Planes sobre el mismo asunto. 298
Divisiones. 301
Pasages de la sagrada Escritura. 302
Figuras de la sagrada Escritura. 303
Sentencias de los santos Padres. 304
Ambicion. I. 306
1. Injusticia del ambicioso. 306

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.

2. Su ceguedad. 306
Ambicion. II. 314
1. Carácter de la ambicion. 315
2. Ceguedad del ambicioso. 316
3. La ambicion suscita las demas pasiones. 316
4. Fruto de la ambicion. 318
5. Consecuencias de la ambicion. 320
Planes sobre el mismo asunto. 323
Divisiones. 326
Pasages de la sagrada Escritura. 326
Figuras de la sagrada Escritura. 327
Sentencias de los santos Padres. 328
Remedios contra la ambicion. 329
Motivos para huir de la ambicion. 329
Amistad. I. 331
1. Orígen de la amistad. 332
2. Amistad sólida. 333
3. Ejemplos de amistad santa. 337
Amistad. II. 339
1. Un amigo sólido segun el mundo. 340
2. Abuso de la amistad humana. 341
3. Amigo verdadero 343
4. Amistades sensibles. 344
Planes sobre el mismo asunto. 349
Divisiones 353
Pasages de la sagrada Escritura. 353
Figuras de la sagrada Escritura. 354
Sentencias de los santos Padres. 355
Amor de Dios. I. 357
1. El amor es la vida del hombre. 358
2. Perfecciones de Dios. 358
3. Hemos de devolver á Dios amor por amor. 361
4. ¿Cómo debemos amar á Dios? 363
5. Verdadero amor de Dios. 365
Amor de Dios. II. 369
1. Motivos que deben movernos á amar á Dios 370
2. Como debemos amarle. 373
Planes sobre el mismo asunto. 375
Divisiones. 377
Pasages de la sagrada Escritura. 378
Figuras de la sagrada Escritura. 380
Sentencias de los santos Padres. 380
Amor del prójimo. I. 381
1. Ley del amor al prójimo. 382
2. Falta de caridad en los cristianos. 386
3. El interés destruye la caridad. 390
Amor del prójimo. II. 392
1. La ley moral es la social. 393

Pág.

2. La caridad repara los daños del amor propio. 394
3. El egoismo. 395
Planes sobre el mismo asunto. 396
Divisiones. 397
Pasages de la sagrada Escritura. 398
Figuras de la sagrada Escritura. 400
Sentencias de los santos Padres. 401
Amor de los enemigos. I. 403
1. Jesucristo manda amar á los enemigos. 404
2. La razon prescribe amar á los enemigos. 408
Amor de los enemigos. II. 411
1. Ejemplo de Jesucristo. 412
2. Precepto. 416
Planes sobre el mismo asunto. 419
Divisiones. 421
Pasages de la sagrada Escritura. 422
Figuras de la sagrada Escritura. 423
Sentencias de los santos Padres. 423
Reflexiones teológicas y morales. 424
Amor propio. I. 426
1. Amor propio. 427
2. Debemos aborrecernos santamente. 429
3. Amor al prójimo. 430
4. El amor propio destruye el amor á Dios. 431
Amor propio. *(Sus ilusiones).* **II.** 434
1. El amor propio no representa fielmente la verdad. 436
2. Como castiga Dios las ficciones del amor propio. 440
Planes sobre el mismo asunto. 444
Divisiones. 445
Pasages de la sagrada Escritura. 445
Figuras de la sagrada Escritura. 446
Sentencias de los santos Padres. 447
Reflexiones teológicas y morales. 448
Amos. I. 450
1. Los amos han de ser tutores de sus criados. 451
2. Muchos amos son corruptores de sus criados. 452
3. Muchas veces son la causa de su perdicion. 453
4. Los amos prescinden de los intereses de Dios. 455
5. Utilidad espiritual y temporal de los amos. 457
Amos. II. 459
1. Primera obligacion de los amos. 461
2. Segunda obligacion de los amos. 463
3. Tercera obligacion de los amos. 465
Divisiones. 468
Pasages de la sagrada Escritura. 469
Figuras de la sagrada Escritura. 470
Sentencias de los santos Padres. 470
Ancianidad. 472

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.

1. Cuando es respetable. 473
2. Los ancianos deben corregir á los jóvenes. 476
3. Ejemplos de los antiguos Patriarcas. 478

Angeles. 479

1. Naturaleza de los Angeles. 480
2. Prueba á que fueron sometidos. 481
3. Sus ocupaciones. 482
4. Nuestros deberes para con los Angeles. 486

Año. (*Ultimo dia del*). 489

Año. (*Primer dia del*). 497

Año. 501

FIN DEL ÍNDICE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

BV4217
T4
v.1
1871-93 45165

AUTOR

TITULO Tesoro de oratoria sagrada

FECHA DE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS